DENNIS WHEATLEY

El Oscuro Secreto de Josefina

El Oscuro Secreto de Josefina

Dennis Wheatley

The Dark Secret of Josephine © Dennis Wheatley 1955. All rights reserved

ÍNDICE

Copyright

Capítulo

¿Ha muerto Robespierre? I.
La cuerda de seda II.
Hacia el Oeste III.
Conflicto a bordo IV.
En peligro V.
Capturados por los piratas VI.
La prueba VII.
Boda a medianoche VIII.
El puerto donde reinaba el Mal IX.
Una mano, desde la tumba X.
El estanque de los cocodrilos XI.
Noche en el bosque XII.
De mal en peor XIII.
La isla del terror XIV.
Difícil elección XV.
Su Excelencia el Gobernador XVI.
En la brecha, una vez más XVII.
Entra en escena Robert MacElfic XVIII.
La traición del General Pichegru XIX.
Secuelas de la Revolución XX.
En la guarida del león XXI.
El factor imprevisto XXII.
Entrevista a medianoche XXIII.
Un bandolero de uniforme XXIV.
Una desesperada intriga XXV.
Chantaje XXVI.
El gato se sale de la talega XXVII.
Epílogo

CAPÍTULO PRIMERO

¿HA MUERTO ROBESPIERRE?

Los dos hombres habían desayunado juntos: lenguados de Dover, bistecs que pesaban medio kilo, melocotones de invernadero … Y luego, como si aquella fuera una de las apacibles mañanas del mes de agosto, habían cogido el frasco de Oporto, marchándose al jardín.

El anfitrión era William Pitt el joven, Primer Ministro del rey Jorge III; el lugar, su casa de campo, Holwood House, cerca de Hayes, en Kent; el invitado, el señor Roger Brook, su agente secreto más acreditado; año, el de 1794.

Aunque sólo contaba treinta y cinco años de edad, el señor Pitt hacía ya once que regía los destinos de Gran Bretaña. En el transcurso de los mismos no había regateado esfuerzos para alcanzar el fin que se propusiera alcanzar: sacar al país del atolladero en que se hallaba, muy próximo a la catástrofe, para llevarlo hasta una época de maravillosa prosperidad. Dieciocho meses atrás había añadido a sus innumerables obligaciones la de dirigir una guerra no buscada, para enfrentarse con la cual su país no estaba preparado. No era de extrañar, pues, que aparentara más edad de la que tenía.

Sus cabellos, echados hacia atrás, se habían tornado grises y la frente se veía surcada por numerosas arrugas. El poder penetrante de su mirada delataba una rápida inteligencia; el firme trazo de su boca, su decisión de continuar acarreando las graves responsabilidades inherentes a su alto puesto. Una timidez incurable le había hecho un hombre solitario y al correr de los años había ido haciendo cada vez menos vida de sociedad, transformándose en un ser extraordinariamente aferrado a sus personales opiniones, dictatorial. Pitt presentaba la disposición

mental de un erudito y aristócrata. Su forma de vestir no delataba su complejo y selecto mundo interior. El traje gris, por ejemplo, que vestía en aquella ocasión, le daba un aire vulgar.

Contrastando con él, su compañero aparecía embutido en una chaqueta azul brillante provista de botones dorados, un florido chaleco y unos impecables pantalones de montar. Este atuendo denunciaba al exquisito de primer orden. La verdad era que Roger Brook había mostrado siempre una gran afición a vestir bien. A sus veintiséis años ofrecía una espléndida y masculina figura, de estrechas caderas y anchos hombros. Su proporcionada cabeza, su prominente nariz, la firme barbilla, proclamaban su gran personalidad. Sin embargo, examinándole bien, llegábase a la conclusión de que quizá hubiera debido estar en aquellos instantes en la cama, bajo los solícitos cuidados de un médico, en lugar de discutir asuntos die Estado con su jefe.

Aún en condiciones normales, Roger Brook, al igual que Pitt, aparentaba más edad de la que en realidad tenía. Esto era debido a que habiendo huido de su casa a los quince años, en lugar de seguir los pasos de su padre, el contralmirante Brook, en la Armada, había llevado una existencia muy movida. El peligro, la necesidad de actuar siempre con la mayor reserva, había endurecido el trazo de sus labios, originalmente sensibles, aunque éstos todavía delataban su inclinación hacia el humor y la buena vida. Sus azules ojos, muy vivos, provistos de unas largas pestañas que habían sido la envidia de muchas mujeres, mostraban destellos de astucia tanto como de alegría. Pero ahora veíanse bajo los mismos unas pequeñas bolsas. Brook tenía, además, las mejillas hundidas, a consecuencia de las muchas noches que pasara en vela. Acababa de escapar de los horrores de la Revolución Francesa, que había vivido por dentro por espacio de muchos meses, pensando que en el instante menos pensado podía ser traicionado, detenido y enviado a la guillotina.

Aunque Roger solía informar a su jefe muy de tarde en tarde, era considerado más bien un amigo que un subalterno, un simple funcionario que se hallaba a las órdenes de aquel Brook, impuesto de que el famoso hombre de Estado, incorruptible pese a no contar con ninguna fortuna, no podía mantener un secretario particular y mostraba al mismo tiempo tanta aversión a la tarea de escribir cartas que la mayor parte de su correspondencia quedaba siempre sin contestar, no le había enviado ninguna misiva solicitando aquella entrevista. Roger prefirió a eso levantarse temprano y recorrer a caballo las dieciséis millas que desde su casa, en

Richmond Park, le separaban de Pitt, cruzando por Wimbledon Mommon, a través de huertos y jardines y los lindos poblados de Tooting, Streatham y Bromley. En sus anteriores visitas a Holwood había descubierto que el señor Pitt no tenía secretos para hombres como su primo, lord Grenville, que estaba al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores, su colega Harry Dundas, William Wilberforce, el arzobispo Tomline y otras pocas personas más que consideraba íntimas. Roger dio por descontado que sería invitado a pasar su informe después del desayuno. Luego resultó que el gran hombre se encontraba solo aquella mañana. Brook pudo acaparar por entero su atención, sin que nadie les interrumpiera en ningún momento.

Extendiendo un largo y huesudo brazo, Pitt levantó el frasco de vino sobre la mesa de hierro del jardín, tendiéndoselo a su huésped, declarando:

— Uno apenas puede dar crédito a esas escenas de pesadilla que me habéis descrito. Esos cuatro individuos debieron tener necesidad de ordenar que los alcantarillados fuesen limpiados diariamente para impedir que la sangre obstruyera las conducciones subterráneas. Las atrocidades cometidas por esos malvados no podrán ser fácilmente imitadas jamás. Alabado sea Dios por haber permitido que al final fuesen derrocados. Francia puede ya contemplar la perspectiva de una restauración, el establecimiento de un Gobierno integrado por personas normales.

En cuanto Roger hubo llenado de nuevo su vaso, arrojó una mirada preñada de inquietud a su interlocutor, por encima del borde de aquél. Ésta no era la primera vez que en el transcurso de la conversación se sentía asaltado por el deseo de contener el habitual pero a menudo infundado optimismo del primer ministro. Marcando mucho las palabras, apuntó:

— Sería un error estimar terminado el reinado del Terror, *sir*.

— ¡Vamos, vamos! — Pitt se encogió de hombros —. Vos habéis venido a confirmar lo que otros ya me habían dicho. El populacho saltaba de gozo a la vista de Robespierre siendo conducido en un carro al cadalso.

— Eso es cierto. Y a excepción de unos pocos franceses todo el mundo está harto, cansado de revolución, maldiciéndose frecuentemente el día en que ésta comenzó. Es grande el pánico de las gentes, la mísera condición a que ha sido reducida la mayoría. Hay que verlo para creerlo. Como todas las personas dentro de París viven en perpetuo estado de temor, no es raro que el espectáculo de la caída del principal tirano motivara una explosión

de júbilo. Pero, pese a todo …

Pitt atajó a su interlocutor con un gesto de impaciencia.

— No hay Gobierno alguno capaz de refrenar a un pueblo por completo e indefinidamente. Desde luego, esa explosión tenía que producirse. Ahora que la gran mayoría se ha significado tan claramente, poniendo de relieve su repulsa, a la vista de los excesos recientemente cometidos, no será tolerada ninguna nueva serie de regidores de los negocios públicos a menos que encaucen el general deseo de retorno a la protección de las vidas de los ciudadanos, a la libertad, al reconocimiento de la propiedad mediante tribunales legalmente formados.

— He de reconocer a mi vez, *sir*, que tal sería el caso aquí, en nuestro país. Sin embargo, creedme, tal pensamiento no es aplicable a Francia. Allí la gente no dispone de medios para arrebatar el poder de las manos de quienes lo detentan si no es por una contrarrevolución. Ahora bien, todos los hombres capaces de un *coup d'état* han muerto o se encuentran en prisión cuando no en el destierro.

— ¡Estais equivocado! — exclamó Pitt animadamente. A continuación sorbio un poco de su Oporto —. Los acontecimientos de Termidor pueden ser considerados en sí mismos una especie de contrarrevolución.

Roger denegó con un movimiento de cabeza.

— Si vos pensais así es que habéis sido mal informado. No se produjo ningún movimiento contra los principios políticos que han servido de base para gobernar a Francia desde que los jacobinos tomaron las riendas del poder. Fue una revuelta de carácter puramente doméstico, en el seno de la cual un grupo de demagogos sin escrúpulos logró encumbrarse a costa de otros miembros del mismo partido. Tanto los que se fueron como los que quedan secundan la política extremista de la Montaña. Estos últimos, ayudados por otros individuos de idéntico parecer, se han estado engañando mutuamente, siempre con el ansia de conquistar el poder, a lo largo de muchos meses. Todo comenzó con una serie de intrigas. Los Hebertistas fueron los primeros en sucumbir. Constituían éstos el cerebro de los *sans-culottes*. Con su caída la plebe se convirtió en un monstruo sin cabeza. Por entonces uno se había atrevido a esperar sucesos más alentadores. Sin embargo, el reinado del Terror continuó. En el mes de abril las huestes de Danton enfilaron el camino del cadalso. Parecía iniciarse un retroceso, contemplándose la perspectiva de unos Consejos más moderados … Os aseguro, no obstante, que de haber triunfado

ellos habrían seguido llevando adelante la empresa de convertir a la nación en una pandilla de delincuentes, haciendo de París un inmenso burdel. Quedaba el triunvirato de Robespierre, Couthon y St. Just. Ninguno de esos supuestos «incorruptibles» era tan venal como Danton, ni tan vil como Hébert. Pero usaron la guillotina con más rigor que estos dos. Tenían que proceder así para poder seguir en el poder. Ahora han desaparecido ellos también pero únicamente para ser sustituidos por otros que están manchados de sangre inocente hasta el cuello.

Por un momento Pitt guardó silencio, contemplando el prado que se extendía ante sus ojos, bañado por la luz del sol. Luego dijo, conciliador:

— Mi querido Brook, vuestra posición de privilegio en el seno de la sociedad francesa en los últimos tiempos, fruto de un tenaz esfuerzo, os ha permitido seguir de cerca los acontecimientos interiores de la tremenda crisis, tan de cerca que no tengo más remedio que consideraros la primera autoridad en Inglaterra en dicha materia. Con todo, os creo equivocado en vuestra predicción acerca del futuro de Francia. Las circunstancias que rodearon vuestra huida de este país, con el azaroso y largo viaje posterior por Suiza, el Rhin y los Países Bajos, os ha alejado algo de la realidad actual. Vos podéis saber bien poco de las cosas que han ocurrido en Francia desde vuestra salida, que tuvo lugar a fines de julio. Yo, en cambio, poseo informes mucho más recientes. Entre ellos uno por el que se me asegura la existencia de una vigorosa reacción contra el Terror, como consecuencia de la cual no menos de noventa y cinco colaboradores de Robespierre han seguido a su jefe al cadalso.

— Excelente noticia, en verdad — dijo Roger sonriendo, para añadir precavidamente —: Su importancia es, no obstante, relativa. Depende de la identidad de esos noventa y cinco individuos. Nada quiere decir que se tratara de un grupo de parásitos de los «incorruptibles». Si, por el contrario, entre ellos figuraban hombres como Billaud-Varennes, Collot d'Herbois, Fouché, Barére, Vadier, Carrier, Fouquier-Tinville, Fréron y Tallien, he de declarar que ya podéis dar algún sólido fundamento a vuestro optimismo.

— Fouquier-Tinville ha sido arrestado; pero con respecto a este asunto no recuerdo ningún otro de los apellidos por vos mencionados.

— En tal caso, *sir*, creo que procedería mal si os animase en vuestras esperanzas. En el momento de marcharme yo, Billaud y

Collot, oponiéndose a Robespierre, lograban retener sus puestos en el todopoderoso Comité de Seguridad Pública. El primero supervisó las matanzas perpetradas en las prisiones en septiembre del 92, en una de las cuales la princesa de Lamballe, en unión de otras muchas damas, sacerdotes y nobles, fue bárbaramente descuartizada después de muerta. El segundo, ascciado a Fouché, organizó las *mitraillades* de Lyon. En el transcurso de éstas perecieron centenares de liberales, asesinados en masa, a base de metralla. Siendo Tallien procónsul en Burdeos, diezmó las clases media y superior de dicha ciudad. Y el pasado invierno, cuando el almirante lord Hood se vio obligado a abandonar Tolón, Fréron convirtió ese puerto en algo así como una bañera llena de sangre. Carrier, como vos debéis saber, ha adquirido una triste celebridad arrojando al Loira centenares de hombres, mujeres y niños sin otro fin que el de que se ahogaran. Se dice que en el transcurso de cuatro meses de su tiránico gobierno de Nantes asesinó a quince mil personas. Mientras todos esos monstruos tengan a su cargo la dirección de los asuntos públicos, ¿qué posibilidades existen de conseguir un retorno a la normalidad?

El primer ministro frunció el ceño, dibujándose en su rostro un gesto arrogante.

— Encuentro vuestras apreciaciones sobre la situación en Francia algo desconcertantes, señor Brook. Particularmente teniendo en cuenta que no desempeñasteis un papel de poca importancia en la preparación de la caída de Robespierre. No puedo negaros ningún elogio por tal servicio, pero, ¿os habríais arriesgado más de haber elegido a vuestros colaboradores entre otros hombres, menos inclinados por su carácter a continuar la política de sus predecesores una vez asestado el golpe?

Roger habríase sentido irritado de no tener constancia de los escasos conocimientos que el gran hombre de Estado poseía en relación con los sucesos internos de la gigantesca revuelta. Habiendo espantado con un brusco movimiento de la mano una avispa que mostraba un interés evidente por su Oporto, replicó con encomiable paciencia:

— *Sir:* cuando os dignasteis recibirme en el castillo de Walmer, nuestra anterior entrevista, fue convenido que yo haría cuanto estuviera en mi mano para debilitar el régimen francés, lanzando a sus gobernantes unos contra otros. Allí no era el caso de arrojar una jauría de domesticados perros tras un puñado de ratas gigantescas. Tuve que vérmelas con un monstruo mitológico y todo cuanto pude hacer se redujo a incitar a las cabezas del mismo

a atacarse entre sí.

— Obrasteis perfectamente, entonces. Contadme algo más acerca de los hombres que elegisteis para secundar vuestros propósitos. ¿Qué clase de tipo es ese Barras, quien, de repente, ha adquirido tanta importancia?

— Es un *ci-devant* conde que ha servido en el ejército de la India. El invierno pasado, en su papel de general en el sitio de Tolón, demostró gran iniciativa. Fue allí donde le conocí. Le escogí porque es un individuo ambicioso, de probado valor, con excelentes condiciones para el mando. Es también el hombre más disoluto y más falto de escrúpulos con que he podido topar en toda mi vida.

— ¿Y qué me decís de Dubois-Crancé?

— Aunque no es militar ha desempeñado un papel de singular importancia en la conducción de los ejércitos revolucionarios, destilando alguna disciplina en sus filas. A tal hecho debe él probablemente la vida, pues se trata de uno de los escasos moderados de privilegiada inteligencia que han sobrevivido al Terror. Su valor radicaba en su habilidad para hacer salir a los cobardes diputados del Estado Llano de su letargo, de manera que éstos apoyaran el ataque de que iba a ser objeto Robespierre en la Convención.

— Parece ser un hombre prometedor. Sin embargo, ¿está justificado vuestro acercamiento a un terrorista declarado como Tallien?

— Era esencial contar con uno de los originales conductores del populacho. Solamente así podía darse al movimiento una base suficientemente amplia, que permitiera el enfrentamiento con los *sans-culottes*, saliendo en defensa de los robespierristas. Escogí a Tallien para aquella misión porque la bella aristocrática con quien asegura estar casado se encuentra en prisiones, sentenciada a muerte. Para intentar salvarla no tenía más remedio que unirse a nosotros

— ¿Y qué podéis contarme de los demás hombres, los llegados al grupo formado por esos tres individuos que elegisteis?

— Desgraciadamente, aquellos que demostraron ser más valiosos en el complot eran todos sujetos que a mí me hubiera gustado más ver muertos. Entre ellos estaba el despreciable abate Sièyes, el terrorista Frèron y mi enemigo personal más temible, Joseph Fouché, quien tiene que añadir a sus numerosos crímenes el derivado de su papel de alto sacerdote del ateísmo, la nueva

religión de Francia. El único lazo de unión que había entre esos hombres era la certeza absoluta de que si no actuaban con rapidez, asestando un golpe mortal a Robespierre, sus cabezas no tardarían ni un mes siquiera en caer en la cesta instalada al pie de la guillotina. El temor compartido les llevó a borrar diferencias, cuantas se oponían al interés de la pequeña colectividad.

— ¿Y vos juzgais a esta pandilla de hombres sin Dios, con las manos manchadas de sangre, capaz de mantenerse en el poder?

— No habiendo una oposición digna de tal nombre no acierto a ver por qué algunos de ellos han de dejar de salirse con la suya. Por supuesto, habrá luchas intestinas y caerán varias cabezas. Ahora bien, entre todos controlan actualmente los dos grandes Comités, la Guardia Nacional, el Ejército y la vasta organización palicíaca establecida durante el Terror. Consecuentemente, aquellos que sobrevivan podrán regir los destinos públicos de un modo tan arbitrario como sus predecesores.

— Muy improbable — observó el primer ministro con un despliegue de sus dictatoriales maneras —. No estáis al día por lo que a noticias respecta, Brook. De lo contrario os daríais cuenta de que el Gobierno francés ha tomado otro rumbo. La inicua ley del 22 Prairial ha sido rechazada. El Tribunal Revolucionario ha sido reorganizado también para darle algún tinte de legalidad. Centenares de prisioneros han abandonado las cárceles parisienses.

Roger replicó con una sonrisa:

— Mucho me complace enterarme de esto, que, por otro lado, no me sorprende nada, en absoluto. Confío en que tan pronto hayan sido reducidos los fanáticos se registrarán menos salvajadas. Los nuevos amos no son necios y hay que contar con que secundarán la reacción servilmente en cuanto aprecien que pueden conquistar la popularidad a bajo precio sin ningún riesgo para ellos. Pero sería un tremendo error tomar tales medidas de clemencia como una señal de debilidad.

— No he hablado de debilidad. Hablaba de un cambio de rumbo. He sido informado en el sentido de que en París se habla ya del retorno a la Constitución del año 91 y del restablecimiento de la monarquía.

— Os ruego, *sir*, que no prestéis oídos a semejantes rumores.

— ¿Por qué no? — El primer ministro volvió a llenar su vaso de Oporto, empujando el frasco en dirección a Roger —. Habéis dicho que esos hombres no son necios. Ahora, pues, es cuando se les presenta la oportunidad de demostrar su valía como estadistas. Conocedores de la situación, habiendo tentado el pulso del país, se

dejarán arrastrar por la corriente, invirtiendo sus posiciones. Evitando la guerra, invitando al ejército de los príncipes a entrar en París se verán recompensados con dinero, honores y la gratitud de sus compatriotas. Considerad lo mucho que pueden ganar iniciando tal movimiento.

— Por el contrario, *sir*, lo perderían todo. Todos ellos se pronunciaron por la muerte de Luis XVI. Ellos más que nadie tienen motivos para aplicarse el dicho: «No depositeis vuestra confianza en los príncipes». De estar en su pellejo a mí me parecería que al firmar un pacto con todas esas altezas firmaba mi propia sentencia de muerte.

— Vuestros viajes os han hecho algo irónico, señor Brook.

— No, *sir*. Sólo un poco astuto.

— Excelente cualidad para aquellas personas cuya vida depende de su discreción. Tal ha sido vuestro caso en innumerables ocasiones, ¿no? Hay que reconocer, no obstante, que siempre existe la posibilidad de que alguien opte por correr grandes riesgos cuando entrevé también grandes recompensas.

Claramente enredado, Roger replicó con un destello de enfado en sus azules ojos:

— En muchas ocasiones, *sir*, yo he procedido así, defendiendo vuestros intereses. Con todo, creo que os serviría mal si no os pusiera en guardia contra ese optimismo que mostrais. Los acontecimientos de Francia no tomarán el feliz giro que vos esperais.

Tras esta explosión, Brook se preguntó si en su ansiedad por atajar el optimismo del primer ministro no se habría excedido. Antes de abandonar París había llegado a estar seguro de que el Terror había llegado a su punto culminante. Probablemente había subestimado la fuerza y la rapidez de la reacción que tenía que producirse. Pero al recordar a los brutales artífices de la revolución. muchos de los cuales ocupaban aún puestos clave en la administración pública, comprendía que aquéllos procurarían que las cosas siguieran como estaban antes que entrar en tratos con los *emigrés*.

Tras un momento de silencio, William Pitt tuvo a bien decir:

— No pretendía aludir a vuestro valor. Es imposible que exista otra persona que haya desplegado más valor que vos en los numerosos intentos realizados para rescatar a diversos miembros de la real familia. Resulta muy lamentable que la mala suerte se cebara en vos hasta última hora, cuando ya creíais haber salvado

casi la vida del pequeño rey de Francia.

Roger dejó oír una breve risita, un tanto amarga.

— Jamás la suerte jugó tan mala pasada a un hombre ya que ahora no podré aspirar a las cien mil libras que vos me prometisteis por la entrega del heredero del trono francés sano y salvo.

Durante unos instantes los dos guardaron silencio. Éste, dentro del jardín, sólo era alterado por el adormecedor zumbido de las abejas, revoloteando entre las flores de los cercanos setos. Después el primer ministro dijo pensativamente:

— Vos dijisteis que el niño, que se encuentra aún en el Temple, había estado emparedado durante seis meses. En el transcurso de ese período de tiempo la comida le estaba siendo pasada a través de una ventanilla enrejada, la cual impedía que sus carceleros pudieran verle siquiera. En tales condiciones no es extraño que al dar con él descubriera que vivía como un animal, en un indescriptible estado de suciedad, escrofuloso, ulcerado, tan enfermo que no era capaz más que de musitar unas cuantas palabras casi incoherentes. Yo creo que después de semejante experiencia una criatura tiene que cambiar hasta el punto de que sea imposible identificarle. ¿Estáis convencido, sin la más leve sombra de duda, de que él no era el hijo de María Antonieta?

— Ciertamente, *sir*. Este niño tenía por lo menos dos años más. Yo conocía perfectamente al Delfín. Barras y Fouché le vieron poco después. Los dos pensaron igual que yo: que el pequeño Capeto había sido sustituido por otra criatura.

— ¿Y creeis que la sustitución fue hecha por Simón, por orden de Chaumette o Hébert, en junio, la época en que fue emparedado el Delfín?

— Sí. Y como los tres han muerto no hay modo de localizar a la víctima de su intriga.

— Víctima … Quizá no sea éste el vocablo adecuado empleándolo en toda su significación. Ese desgraciado niño puede estar aún encerrado en una celda de cualquier prisión parisién o escondido en alguna aislada granja.

Con anterioridad a la presente ocasión, Roger no había mentido jamás a su jefe. Él sabía que Luis XVII había muerto. ¿Cómo? ¿Dónde? Este era un secreto que no tenía la menor intención de dar a conocer a nadie. Daba lo mismo que el primer ministro lo supiera o no. Consecuentemente, Roger se expresó en los siguientes términos:

— Supongamos que es así. Dentro de unos años tiene lugar una contrarrevolución. La gente que actúa ahora cerca de él como carceleros argumentarían que se habían prestado a hacer el papel para que no le ocurriera nada, sacándole del escondrijo con la esperanza de obtener una buena recompensa. Pero yo dudo de que esta historia llegue algún día a convertirse en realidad. La última vez que vi al niño advertí que las brutalidades de Simón habían dado por resultado un retroceso mental en aquél, hasta el punto de que había llegado a olvidar casi que era príncipe, miembro de una familia real. Es poco probable también que, quienquiera que fuese el que lo llevara al Temple, revelase su identidad a los nuevos guardianes. De proceder así habría atentado contra sus propios fines. Yo opino que el sádico Hébert le asesinó para impedir que Robespierre se hiciera de una carta tan valiosa. Y, de no ser así, ¿por qué cuando él y Chaumette comparecieron ante los tribunales en marzo no se presentaron a entregar al valioso huésped retenido a cambio de sus vidas? En todo caso esa criatura quedó reducida a un estado terrible y hay que pensar en que muy difícilmente podría reponerse. Lo más prudente, pues, sería eliminarle de todas las previsiones futuras, dándole por muerto.

Pitt volvió a llenar su vaso, dejando casi vacío el frasco.

— Tal vez tengáis razón. Nos encontramos así ante una tragedia que no anuncia nada bueno ni para el presente ni para el futuro de Francia.

— ¿Por qué, señor?

— Tenemos que ver en su tío, el conde de Provenza, ese estúpido, a Luis XVIII. De haber logrado vos traer el niño hasta aquí podríamos haber sacado partido de él, devolviéndolo a su país bien nutrido de nuestras ideas democráticas, para poder actuar como un monarca constitucional. Tal como se hallan planteadas las cosas actualmente hay que convenir en que cuando el de Provenza suba al trono — hasta ese punto se encuentra saturado de anticuados prejuicios —, intentará retrasar el reloj algo así como un centenar de años, robando a su pueblo las tan ansiadas libertades, aquéllas que fueron conquistadas en los primeros días de la Revolución. Luego nos enfrentaremos con el dilema. ¿Continuaremos apoyándole, como legítimo heredero del trono de Francia? ¿Aguantaremos hasta que el pueblo se rebele de nuevo y una vez más esa nación se convierta en una amenaza para el orden y la seguridad de Europa?

— Transcurrirá mucho tiempo antes de que vos podáis añadir esa preocupación a otras ya existentes — repuso Roger con un

encogimiento de hombros.

— Todo lo contrario — contestó rápidamente Pitt —. Preveo que habré de enfrentarme con esa cuestión dentro de un año todo lo más.

Con una sonrisa en la que había una leve nota de conmiseración, Roger inquirió:

— ¿Debo entender que seguís creyéndome equivocado en mi apreciación de los últimos acontecimientos en París?

— No. Vuestras opiniones tienen tan buen fundamento que, desgraciadamente, con ellas habéis reducido de un modo notable mis esperanzas de firmar la paz con el nuevo Gobierno. Hay, sin embargo, otros medios para hacer entrar a los franceses en razón … Tenía en proyecto el avance de los ejércitos aliados.

— ¡Dios mío! — exclamó Roger encogiendo sus largas piernas bruscamente —. Pero, entonces, *sir*, vos creéis que transcurrido algún tiempo aquéllos serán capaces de lograr una aplastante victoria, ¿no es así?

— Me sorprendería muchísimo que no consiguieran ese propósito. Verdad es que hemos sufrido un considerable retroceso, a causa de la victoria de los franceses en Fleurus, a fines de junio. Ahora bien, día por día se incrementa la fuerza de la Coalición y no tardaremos en compensar aquel desastre. Correspondiendo a unas entregas de dinero, que gracias a la excelente administración, Gran Bretaña puede pagar, Austria y Prusia enviarán nuevos contingentes al campo de lucha. Además, nuestras medidas dentro del país para reclutar más soldados han sido llevadas a la práctica, por fin.

— En el momento de nuestra entrevista de Walmer, en febrero, vos, *sir*, hablasteis del proyecto de disponer de ocho nuevos regimientos para este otoño. ¿Os referíais a tales unidades ahora?

— En efecto — respondió el primer ministro, asintiendo al mismo tiempo que en su rostro aparecía un gesto de satisfactión.

Mentalmente, Roger formuló una objeción. Después dijo:

— Permitidme que ponga en tela de juicio la utilidad de semejante refuerzo. La agregación a nuestros ejércitos de un puñado de alemanes mercenarios no podrá compensar las levas realizadas por los franceses en el transcurso de este año. El infatigable Carnot, a quien yo creo que la Historia hará justicia señalándole como el Ministro de la Guerra más relevante que ha tenido jamás Francia, se propuso desde un principio constituir catorce ejércitos y va camino de conseguirlo.

— ¡Catorce pandillas de delincuentes, señor Brook! ¡Catorce pandillas! Os aseguro que no tardarán en ponerse de acuerdo para huir a campo traviesa nada más divisar a los infantes de su majestad.

— No quiero discutiros eso. Pero me agradaría mucho saber en qué basáis vuestras esperanzas al contemplar la perspectiva de una victoriosa campaña. A lo largo de los años 92 y 93 el camino hasta París estuvo en numerosas ocasiones despejado y sin embargo los aliados no acertaron a aprovecharse de aquellas ventajosas circunstancias. No existe ninguna razón ahora para suponer que tales circunstancias volverán a darse y, por otro lado, las tropas republicanas cuentan actualmente con mejores efectivos.

El primer ministro hizo un ademán de impaciencia.

— Reconozco que han sido desperdiciadas muy buenas ocasiones. Eso fue debido a la división que había entre los generales aliados. Ahora, en cambio, éstos se hallan unidos. En cuanto al mejoramiento de las fuerzas francesas he de sugeriros que quedará ampliamente compensado por la incompetencia de sus jefes.

— Tampoco encuentro base, *sir*, para dar por buena esta afirmación.

— Danton, al menos, comprendió que los ejércitos no podían ser regidos por *sans-culottes*. Por eso, desde su puesto de ministro de la Guerra, se obstinó en que al frente de aquéllos hubiera hombres de experiencia. ¿Qué ha sido de ellos?, os pregunto yo ahora.

— Lafayette y Dumouriez cayeron en poder de los aliados. El duque de Biron, Luckner, Custine, Houchard y el vizconde de Beauharnais fueron enviados, uno tras otro, a la guillotina.

— ¡Precisamente! Los robespierristas no sabían nada de cuestiones militares. En cuanto uno de sus generales sufría un revés le acusaban de traidor, ejecutándole seguidamente. Los franceses han decapitado a los mandos de su propio ejército. Por tal motivo es fácil de prever su derrota. Los aliados pasarán las Navidades en París.

Molesto, Roger contestó:

— Al parecer, *sir*, no queréis reparar en la habilidad demostrada por esos jóvenes generales que debemos considerar producto de la Revolución. Pichegru, Roche y Jourdan, los actuales jefes de los ejércitos que operan en el Rhin, en el Mosela y en Flandes han sabido hacer gala de un instinto guerrero nada vulgar al dirigir las últimas acciones. Una de éstas nos ha obligado

a abandonar el difícil país cortado por el Lys y el Scheldt.

— ¿Y qué significa eso cuando conservamos todavía las fortalezas de Landrecies, Quesnoy y Valenciennes? Con su temerario avance han introducido la cabeza en una especie de lazo corredizo. Habría que decir que la mala suerte se ha cebado con el príncipe Coburg y su alteza el duque de York si éstos no lograron atrapar a nuestros enemigos allí. Además, Francia no podrá resistir mucho tiempo los tremendos dispendios a que le obliga la guerra. En el aspecto financiero se halla también en el caos. La gente se muere de hambre. Las costas del país están bloqueadas por nuestras escuadras.

— Verdad es que los pasados cinco años de desorden han destrozado la maquinaria administrativa de Francia. No obstante, creedme, *sir*, Cambon, Cambacérès, Dubois-Crancé y otros hombres como ellos han superado tal desventaja mediante brillantes improvisaciones.

— Señor Brook: entre vuestros muchos talentos creo que no figuran los conocimientos financieros. Podéis creerme si os digo que la destrucción total de un sistema fiscal que ha requerido siglos para ser levantado tiene que conducir forzosamente a la bancarrota. No hay manera de llevar adelante una guerra sin dinero. La escasez de abastecimientos de todo género inutilizará a los ejércitos franceses, hasta tal punto que éstos se convertirán en una presa fácil para los aliados.

Roger se contuvo, reservándose el comentario que acababa de ocurrírsele. Hallábase convencido de que su famoso jefe sabía menos acerca de cuestiones militares que los robespierristas. Al menos ellos habían desplegado algún sentido común al conceder determinados poderes al brillante Carnot. El primer ministro se empeñaba en interpretar torcidamente los hechos, en vista de que no coincidían con sus esperanzas y opiniones.

Habiendo vaciado su vaso, William Pitt inquirió con naturalidad:

— ¿Cuándo os proponéis regresar a Francia?

Con idéntica naturalidad, Roger dejó caer la bomba que llevaba preparada, arropada en los informes que tenía que presentar aquella mañana y que en todo momento había estado dispuesto a soltar.

— No he pensado en volver a Francia, *sir*.

— ¿Qué decís? — inquirió su jefe con una mirada que denotaba el sobresalto que acababa de experimentar.

— Volví a Francia a disgusto en febrero. Ahora me he decidido definitivamente contra tal idea. A lo largo de estos dos años últimos no he llegado a pasar ni tres meses al lado de mi esposa. Es exigir mucho de dos seres que se aman, *sir*.

En la vida del austero primer ministro ninguna mujer había representado papel alguno. Así pues, William Pitt no podía comprender las atracciones de la sociedad femenina, ni mucho menos que una representante del sexo opuesto fuese capaz de distraer la atención de un hombre, ni siquiera temporalmente, de los asuntos de Estado. Con marcada frialdad contestó lo que estaba pensando.

— Si no recuerdo mal, Brook, vos pasasteis dos de los mejores años de vuestra vida en el viaje de bodas, por Italia. Si posteriormente vuestro trabajo os ha obligado a permanecer alejado del hogar durante largos meses ella no tiene mucha razón al quejarse. En nuestros barcos hay oficiales, y también en remotas guarniciones, que se pasan cinco y seis años sin ver a sus familiares de un tirón. No permitáis, pues, que altere la excelente opinión que tengo de vos al consentir que la llamada del hogar suene con más fuerza en vuestros oídos que la del deber.

— Hay algo más, *sir*. Cuenta también, y mucho, la tensión constante en que he vivido estos últimos meses. Vos no podéis imaginar cómo era la vida en París, a lo largo de la primavera y el verano. Había sido consumida la eliminación de la nobleza, el clero y las personas acomodadas en general. Las fauces del Terror se volvían a continuación hacia todos los tibios, a los que ponían en duda la hermosura de las libertades que la Revolución había traído consigo. El Comité de Seguridad Pública tenía espías por todas partes y actuaba con fanática rudeza. Cada noche se llevaban a cabo centenares de visitas domiciliarias por sorpresa. El descubrimiento de un arma de fuego o de una carta escrita por un pariente huido al extranjero a raíz de los primeros sucesos bastaba para que toda una familia fuera a parar a la cárcel. Todas las mañanas, en el buzón del infame acusador público, Fouquier-Tinville, eran encontradas docenas y docenas de misivas denunciando a alguien. El noventa y nueve por ciento de aquellas acusaciones anónimas tornábanse sentencias de muerte para el individuo de turno. Una simple expresión indiscreta, una leve protesta en las colas del pan, eran suficientes para ir al cadalso. Hasta los *sans-culottes* habíanse acobardado, no atreviéndose ya a oponerse a la voluntad de la camarilla que mantenía a la nación esclavizada. Yo no pude impedir la muerte de una persona que

amaba. Hube de permanecer exteriormente impasible mientras no muy lejos de mí caían para siempre seres a los que tenía gran afecto. Aquello era como vivir una interminable pesadilla, hora tras hora, día tras día. Deseo, *sir*, que todo quede definitivamente atrás, a mis espaldas.

William Pitt asintió. El tono de su voz fue ahora más cordial.

— Eso es otra cosa. Tales condiciones de vida pueden, efectivamente, minar la fortaleza de un hombre. Al veros esta mañana me dije que vuestro aspecto dictaba mucho de ser bueno. Bien a las claras se ve que necesitáis un largo período de descanso.

Ante este velado reconocimiento de su un tanto quebrantado vigor, Roger replicó con una amarga sonrisa:

— Soy un enfermo física y espiritualmente, *sir*. Necesito, por tanto, algo más que un simple descanso para volver a ser el hombre que fui.

— ¡Vamos, vamos! El año no está tan avanzado como para que no podáis pasar unas vacaciones junto al mar. La costa de Kent puede resultar deliciosa en el mes de septiembre. Permitidme que dé instrucciones para que vos y vuestra esposa quedéis instalados cuanto antes en el castillo de Walmer. No sé de otro sitio mejor para llevar la paz a la mente de un hombre. Luego, cuando os sintáis mejor, podríais desplazaros a Bath o Brighton, con el fin de participar en los festejos de la temporada de otoño. Apuesto lo que sea a que por noviembre desearéis ardientemente proseguir la valiosa labor que habéis estado realizando para mí.

— Os lo agradezco, *sir*, pero no me es posible aceptar vuestro ofrecimiento. Creáis lo que creáis yo estoy convencido de que por espacio de mucho tiempo París seguirá siendo una ciudad regida por el temor, la violencia y las detenciones arbitrarias. Sirviéndoos allí me he hecho de terribles enemigos. Aparte, hay otras personas que conocen el doble juego en que he estado empeñado. De ser traicionado, a despecho de cualquier disminución del Terror, perdería la cabeza … y aún le tengo algún cariño a la que llevo sobre los hombros. Que yo haya sobrevivido a una época espantosa, a lo peor, escapando indemne, es sólo debido a una serie de milagros. Sería un loco si volviera a tentar a la Providencia.

— Señor Brook: comprendo en todo su alcance vuestras palabras. Pero quisiera pediros que examinarais la cuestión desde mi punto de vista. Dispongo en Francia de muchos otros agentes que me envían continuos informes pero, ninguno de ellos es comparable a vos. No son capaces más que de andar por los

alrededores de los acontecimientos que se producen, en tanto que vos llegasteis a introduciros en los Consejos que agrupaban a los hombres que dieron lugar a aquéllos. Pongo a Dios por testigo de que jamás he enviado a nadie a la muerte a sabiendas … Pero vos, como bien decíais hace unos segundos, habéis sobrevivido a lo peor. Yo ahora tengo una extremada confianza en vos. Creo que seréis capaz de conservar vuestra hermosa cabeza sobre los hombros en las circunstancias que se avecinan, menos peligrosas que las anteriores, que tan gallardamente desafiasteis. No os pediré una decisión ahora. Aplacemos ésta. Sin embargo os ruego que reflexionéis sobre lo que he dicho. Venid a verme en cuanto os hayáis recobrado del agotamiento que en el presente os aflige.

— No, *sir*. No hay ni que hablar de eso. En el año 92 accedí a marchar a Francia porque en aquellos momentos me hallaba desesperadamente necesitado de dinero. En la actualidad, a Dios gracias, dispongo de más medios. Por ello puedo afrontar el riesgo de que os sintáis disgustada. Hasta que vuestros pronósticos se cumplan, hasta que Francia no vuelva a ser un país adecuado para la vida de los seres humanos he resuelto no regresar a él.

Las comisuras de los labios del primer ministro parecieron adoptar una leve inclinación al preguntar a aquél severamente:

— ¿Debo deducir de vuestras palabras que os negáis a continuar a mi servicio?

— De ningún modo, *sir*. Por Navidad mi juventud y excelente constitución habrán hecho que me recupere. Confío en que el año que viene podréis hallar otra misión para mí.

— ¡Ah! Ahora os expresáis más de acuerdo con vuestro natural temperamento. aquél a que estoy habituado. Si la campaña de otoño marcha como yo espero, a principios de la primavera regirán las condiciones por vos exigidas. En verdad que podéis serme de inestimable valor en París mientras negocio la paz y la restauración.

— ¡No, no! — exclamó Roger exasperado —. Creo haberme expresado con entera claridad. No pondré los pies en Francia hasta que la restauración sea un hecho. Ahora bien, existen otros países en Europa, aparte de Francia. En el año 86 me enviasteis a Holanda, para ayudar a lord Malmesbury. En el 87 os serví en las cortes de Dinamarca, Suecia y Rusia. En el 89 y en el 90 realicé misiones para la reina María Antonieta en las de Toscana y Nápoles. En el 91 me nombrasteis vuestro enviado especial en Madrid. He trabado útiles relaciones en todos esos lugares. Enviadme a cualquiera de tales sitios, a América, a una de las

cortes alemanas. No me importa que sea ésta o aquélla. Creo haber conquistado el derecho a pediros que mi punto de destino sea una ciudad habitable por un ser humano civilizado, donde no haya que vivir como un perro, acosado a todas horas y medio muerto de hambre.

William Pitt, denegando con un obstinado movimiento de cabeza, de lado a lado, replicó:

— Ahora, habiéndosenos unido en una gran alianza Austria, Prusia, las provincias del Rhin, Holanda, España, Sardinia y Nápoles, con el exclusivo fin de aplastar a los franceses, nuestros diplomáticos me tienen al corriente de cuanto acaece en dichas cortes. Por otra parta las relaciones de Inglaterra con los países neutrales son enteramente satisfactorias. Francia es mi problema y vos os habéis hecho un hueco entre las personas que rigen la política de esa nación, hueco que ningún otro hombre puede llenar. Supondría una lamentable pérdida de tiempo y energías enviaros a cualquier otro lado — William Pitt se puso en pie, agregando con una amable sonrisa —: No penséis más en esto de momento. Cuando os hayáis restablecido estoy seguro de que pensaréis de otra manera. Cuando se aproximen las Navidades estableceré contacto con vos. Así pues, os ruego me tengáis al corriente por lo que a vuestro paradero por ese tiempo respecta.

Roger se había levantado también. Apretó los labios, hasta convertir éstos en una firme raya estampada sobre su rostro antes de contestar:

— Todo eso será en vano, *sir*. Y puesto que os negáis a concederme un destino razonable acabo de decidirme: aceptaré una invitación recibida ayer. Por Navidad me encontraré en las Indias Occidentales y si las islas del azúcar se me antojan tan agradables como las pinta la gente intentaré fijar mi residencia allí.

Capítulo II

LA CUERDA DE SEDA

Cuando Roger se alejaba a lomos de su montura de Holwood House, sintióse invadido por una multitud de sentimientos en tropel. La terrible existencia que había llevado en Francia bajo el imperio del Terror hubiera saciado la sed de aventura de la mayor parte de los hombres. Pero era el espanto de aquella vida, junto con las sórdidas condiciones en que se desarrollaba la misma, más que el peligro, en todo instante presente, lo que le hiciera renegar de su trabajo en París. Con anterioridad a la sangrienta revuelta, allí como en otros países, Roger había paladeado una existencia agradable. Entrevistándose con soberanos, trabando amistad con hombres de Estado, generales y diplomáticos, tanto en el seno de las cortes como fuera de ellas, habíase sentido a gusto, igual que el pez en el agua. El fin siempre era la obtención de informaciones reservadas de indudable valor para influir en los acontecimientos de una manera favorable para su patria. Por su inclinación hacia esta labor, tan brillantemente desarrollada además, no había pensado ni por un momento en romper su relación con el primer ministro. Luego habíase visto obligado a ello por la negativa del gran hombre a mandarle a otro lugar que no fuera Francia.

De otro lado, la idea de arrojar por la borda todo género de inquietudes durante muchos meses, con motivo de un viaje a las Indias Occidentales, había supuesto una tentación muy fuerte. La invitación había llegado inesperadamente y, según resultaron poco después las cosas, en el momento más oportuno. Era la segunda noche que pasaba en su casa. El día anterior, una antigua amiga, Georgina, ahora condesa de St. Ermins, habíase acercado a Richmond para visitar a su esposa, Amanda, sin anunciar previamente su llegada. Los St. Ermins habían arribado a Londres

en agosto sólo porque el conde sufría de insomnio, tan agudamente que Georgina decidió consultar a un especialista en enfermedades mentales. El doctor recomendó a su paciente un largo viaje por mar y como St. Ermins poseía propiedades en Jamaica, el matrimonio pensó en el desplazamiento hasta allí con el propósito de pasar el invierno. Más adelante, quizá, visitarían Norteamérica. Georgina no sabía nada del regreso de Roger a Inglaterra, procedente de Francia. Al verle en su casa, tan quebrantado de salud, se apresuró a decir que él y Amanda debían acompañarles en su viaje.

Como los cuatro se llevaban muy bien ningún otro proyecto podía figurársele a Amanda más agradable que aquél, por lo cual insistió cerca de Roger, para que éste aceptara la propuesta del matrimonio amigo. Él le había contestado a su esposa que temía que el primer ministro necesitara de su concurso en algún sitio, con lo cual no había ni que pensar en ausentarse de Europa. Ahora, enfadado como se hallaba con el primer ministro por haberle obligado a forzar la situación, se alegraba de lo sucedido por Amanda. Cuando ya llevaba recorrida más de una milla a caballo convino para sí que también debía estar contento por él.

Aquellos dos últimos años los había pasado Amanda, en su mayor parte, en los hogares de algunos miembros de su familia. Consecuentemente, apenas había tocado las remesas que por los servicios de Roger en el extranjero le pasaba periódicamente el Ministerio de Asuntos Exteriores. De Francia, además, Brook se había traído las considerables sumas de dinero percibidas en su calidad de alto funcionario del Gobierno establecido por la Revolución.

Roger calculó aproximadamente sus bienes. No dispondrían de menos de 10.000 libras esterlinas. Aunque él y Amanda eran extravagantes por naturaleza, con ese dinero podrían vivir bastante tiempo cómodamente. Cuando regresaran de América él se dedicaría a buscar un puesto bien remunerado.

Obligando a su caballo a marchar al trote cruzó Bromley y su poblado adyacente, Beckenham. Más allá dejó el camino principal, siguiendo por un sendero que le condujo a la aldehuela de Penge Green. Desde aquí atravesó varios grandes huertos, rumbo a Nor Wood. Ya no le quedaban más que tres millas de recorrido.

Diez minutos más tarde, cuando se adentraba en un bosquecillo, sus pensamientos se habían detenido en Charles St. Ermins y en su enfermedad. Georgina no había hecho un secreto de ella. Su esposo era uno de los valientes caballeros que, bajo la

presidencia de *sir* Percy Blakeney, había formado una Liga para rescatar a las familias francesas amenazadas por el Terror. A veces, para realizar sus planes habíanse visto obligados a presenciar horribles atrocidades. Una de aquellas escenas en particular era la que se había adueñado de la mente del noble.

En Arras, donde naciera Robespierre, un amigo de éste, Le Bon, había impresionado incluso a los revolucionarios por su crueldad. En cierta ocasión, habiendo capturado a un *emigré*, un oficial que había regresado, ordenó que fuera acomodado en la guillotina boca arriba, convenientemente sujeto mediante unas correas. Luego, mientras el desgraciado estaba allí, con la vista obsesionadamente fija en la cuchilla triangular que se cernía sobre su cabeza, la cual no tardaría en segar ésta, el terrorista había invertido veinte minutos en leerle una información periodística que relataba una de las últimas victorias republicanas. A la víctima, aguardando de un instante a otro la caída de la cuchilla, cada uno de aquellos minutos debió parecerle una hora. St. Ermins, que presenciara la escena disfrazado de guardia nacional, soñaba ahora cada noche que él era el *emigré* así torturado. Generalmente, tardaba poco en despertar con la angustia y el nerviosismo de rigor, débil imagen, sin embargo, de lo que el otro debió haber sufrido.

Roger sentíase también afligido por ciertos recuerdos. Ahora bien, éstos cobraban viveza en su mente en el transcurso de las horas del día siempre. La muerte del pequeño rey era uno de ellos. Otro recuerdo que solía atormentarle, pese a corresponder a un suceso que no llegara a presenciar, pero que era similar a otros muchos de los que fuera testigo, se refería a la muerte de su primer amor, Athénaïs de Rochambeau, guillotinada durante una de sus breves ausencias de París. Mentalmente veía a los ayudantes del verdugo arrojando la delicada cabeza de la joven al carro y ésta en el instante de caer entre sus piernas.

Cada vez que esta aterrorizadora visión le asaltaba costábale indecibles esfuerzos borrarla de su mente. Roger llegó a preguntarse si él y su amigo St. Ermins pertenecerían a una categoría de hombres sensibles con exceso. Poníanlo en duda, desde luego. Los dos habían demostrado en muchas ocasiones un valor normal. La vista de las atrocidades cometidas a sangre fría durante la Revolución tenía forzosamente que hacer estragos en los nervios de los hombres. Que él y Charles intentaran escapar juntos del mismo peligro se le figuró una afortunada coincidencia. Comprendió que el doctor que había aconsejado al conde tenía

que ser un individuo inteligente. La pacífica y rutinaria vida a bordo del buque, seguida por horas y horas de paseos al sol, por entre las numerosas palmeras, resultaba de lo más a propósito para desvanecer todo género de pesadillas.

Abandonando la arboleda en Nor Wood, Roger rebasó el cerro de Round Hoad, descendió un centenar de metros y torció a la izquierda, llegando así a la hospedería de Horn. Aquí concedió a su montura un descanso de media hora, mientras bebía un par de vasos de vino de Málaga, sentado ante una tosca mesa, frente al establecimiento. Desde aquel sitio se divisaba un hermoso panorama. Por la parte oeste había numerosas edificaciones dotadas de extensos jardines, las cuales penetraban en el valle.

Desde la hospedería regresó al camino que conducía al sur de Streatham Common, pero aún no había llegado a aquél, encontrándose precisamente ante las puertas de la mansión del duque de Bedford, cuando con gran enojo comprobó que su caballo acababa de perder una herradura. Esto le obligó a marchar a paso de paseo a lo largo de una milla, hasta remontar el promontorio de Streatham. Allí, en un cruce de carreteras, había una fragua, donde se encargaron de herrar a su cabalgadura.

Como el herrero y sus ayudantes se encontraban ya ocupados hubo de esperar un rato. Roger decidió tomar asiento frente al pequeño taller, dedicándose a observar los vehículos que pasaban para entretenerse. Casi todos eran carros que, cargados con productos del campo, se dirigían a los mercados londinenses. Vio también dos coches de viajeros, que se encaminaban probablemente a Brighthelmstone o Brighton, como entonces había comenzado a llamarse aquel sitio de recreo y baños.

Brook comparó mentalmente el afanoso ir y venir de los vehículos con el desesperanzado letargo y la absoluta pobreza que predominaba en todos los poblados franceses de similar tamaño. Le sacó de sus sombrías reflexiones una voz que le anunciaba que su montura se hallaba dispuesta. Pero en ese preciso instante una figura familiar atrajo su atención.

William Pitt ascendía por la elevación montado en su carruaje, un faetón. A despecho de la pendiente sus caballos continuaban avanzando al galope. Los demás vehículos se apartaron rápidamente para dejarle paso. El primer ministro ocupaba el asiento posterior, lo cual constituía un hábito en él, rígido como un bastón, sin mirar a ningún lado, con la vista al frente. Era un hombre indiferente al aplauso o a las censuras de las multitudes.

Adoptaba, generalmente, una actitud tan altanera que en la Cámara, cuando ocupaba su puesto, no se dignaba ni mirar a sus más próximos partidarios. Roger se puso en pie, quitándose el sombrero en el momento de inclinarse en una graciosa reverencia. Pero Pitt no hizo ningún gesto de reconocimiento. El carruaje, muelleando suavemente, apenas aminoró la marcha al deslizarse ante la herrería. Pronto dejó atrás la Iglesia de St. Leonards, enfilando el camino de Tooting.

Volviendo a ponerse el sombrero con un brusco ademán, Roger fijó la vista en el vehículo, frunciendo enojado el entrecejo. La endiosada actitud del primer ministro en público, aquel aire de superioridad, se le antojaba intolerable. Pero lo que más le disgustaba era el trato que le dispensara el gran hombre aquella mañana. Pensando en la falta de aprecio y la poca generosidad que le demostraba su jefe puso en manos del herrero el chelín importe de sus servicios, tras lo cual montó en su caballo, reanudando su viaje.

En Tooting llegó a estar a unos cien metros de distancia del faetón de Pitt. Luego observó que su vehículo se deslizaba por Garrett Lane, lo cual le hizo pensar que el primer ministro iba a Kew, a ver al rey, vía Roehampton. Su camino, en cambio, le llevaba hacia el oeste, habiendo de cruzar más tarde por Wimbledon. Una hora más y llegó a la Puerta de Robin Hood, en el Parque de Richmond. A las tres y media divisaba Thatched House Lodge, su casa.

Tratábase de una menuda y encantadora mansión situada en el extremo sur del parque, desde la que se podía contemplar una maravillosa vista de las Colinas de Surrey. Uno de los edificios del lugar había sido utilizado en otro tiempo por Charles I como refugio de caza. Aquél, el actual, era todavía propiedad de la Corona. William Pitt se lo había cedido en arriendo por cuatro años a Roger, haciendo gala de una amabilidad sorprendente en él. De este modo había querido recompensar sus especiales servicios durante las primeras etapas de la Revolución.

Habiendo dejado las riendas de su caballo en manos del riel Dan, su servidor, un ex contrabandista de negras barbas, Roger se adentró en los establos, penetrando en la casa por la parte posterior. La puerta de la cocina se encontraba abierta. De un solo vistazo contempló asombrado lo que ocurría en el interior de aquélla. Su esposa parecía estar muy atareada. Secundábanla en sus faenas dos doncellas. Por todos lados divisaba platos, fuentes,

verduras y frutas. Amanda levantó la vista en determinado momento, descubriendo a su esposo, plantado ante el umbral.

— ¡Gracias a Dios que has vuelto! — exclamó —. Hay una docena de cosas por hacer, para llevar a cabo las cuales necesitaba contar con tu ayuda.

Roger enarcó una ceja.

— ¿Qué significa esto? Verdad es que necesito alimentarme, pero aunque quisiera no podría dar cuenta ni de la centésima parte de esas viandas.

Amanda era una gentil mujer, de esbelta figura. Sus cabellos, de un tono castaño rojizo, eran muy rizados. Tras sus labios, me nudos y bien formados, un tanto entreabiertos, como si en todo momento fuera a sonreír, veíanse unos dientes menudos y regulares. La esposa de Roger se echó a reír francamente, replicando:

— Tenemos huéspedes que además no son de paso sino que van a quedarse en la casa.

Viendo el rostro de su marido un tanto oscurecido, Amanda le empujó levemente hacia fuera, cerrando la puerta de la cocina a sus espaldas.

— Mi disposición de ánimo, querida — protestó Roger —, no me hace apetecer la compañía de ningún amigo.

— Vamos, vamos, Roger — le reconvino ella suavemente —. Tienes que ser sensato. Ayer te pasaste casi todo el día en el jardín … Daba pena verte. Te animaste un poco con la llegada de Georgina. Luego … La bebida no ha sido nunca uno de tus vicios pero ayer, tras la comida, atentaste tantas veces contra el Oporto que echaste a perder nuestra velada.

Roger sonrió entristecido.

— Lamento eso, Amanda, y también mi habitual malhumor. Te ruego que seas paciente conmigo.

— Lo seré, cariño, pero no puedo enfrentarme sola con tal estado de cosas. Pronto me tornaría igual que tú. Acabaría estudiando la posibilidad de lanzarme por una ventana. Mi tarea consiste en lograr que vuelvas a ser el que eras. Por tal razón, no bien te marchaste esta mañana, le dije a Dan que me llevara en la calesa a Londres. Georgina accedió en seguida a mi petición. Ella y Charles se quedarán en la casa una temporada. Como paran en la Plaza de Bedford, en casa de sus padres, le indiqué que vinieran con ellos a comer. Georgina me prometió, además, localizar a Droopy Ned. Esta noche, pues, un grupo integrado por tus mejores amigos me ayudarán en la empresa de infundirte unos ánimos que

has perdido.

Roger besó a su esposa.

— Fue una idea excelente la tuya, querida. Tal vez tengas razón al pensar que la presencia de otras personas puede contribuir a que concentre la atención en otras cosas, olvidándome de mí mismo. Me alegro de que los St. Ermins hayan accedido a quedarse. Eso nos proporcionará una buena ocasión para discutir los detalles del proyectado viaje a Jamaica.

— ¡Roger! — la sorpresa hizo que los hermosos ojos de la joven se dilataran, en un gesto que traslucía su gozo —. ¡Y tú me habías hecho creer que no existía la menor posibilidad de satisfacer mis deseos! ¡Oh! Ya no volveré a decir nada más contra William Pitt. Éste ha sido muy generoso al dejarte libre el tiempo que necesitamos para realizar ese viaje.

— Con tal de que te encuentres a solas conmigo puedes decir de él lo que se te antoje, en la seguridad de que no intentare contradecirte. Ya no estoy a las órdenes del primer ministro.

— ¿Eh? ¿Te has disgustado con él? ¿Es eso lo que deseas darme a entender?

— No. Pero es lo cierto que me ha tratado de una manera indigna. Por supuesto, me han pagado mis servicios pero tampoco he ganado mucho más que si hubiera estado trabajando en otro puesto más cómodo y seguro. Aún siendo así no le pedí nada extraordinario. Únicamente que en el transcurso del año próximo se sirviera facilitarme una misión en un país donde la vida fuese soportable. Tenía derecho a ello. Él me lo negó, no obstante, y ni siquiera se ofreció a seguir pasándome el sueldo durante el tiempo que necesitara para recuperarme físicamente. Le dije claramente que no volvería a Francia. Así ha acabado nuestra entrevista.

— Él saldrá perdiendo — replicó Amanda —. Es intolerable que explote a los demás en beneficio de sus egoístas fines. Jamás dará con un hombre que pueda considerar digno sucesor tuyo. Cuando se dé cuenta de ello eso supondrá una buena lección para él. Mejor. Así aprenderá a mostrarse más humano con los demás.

Roger se encogió de hombros.

— No quieras engañarte a ti misma, querida. El primer ministro no reconocerá jamás, en público ni en privado, que ha cometido un error conmigo. Tenemos que dar al César lo que es del César, no obstante. Él explota a la gente guiado por los más altos motivos, que nada tienen que ver con los suyos personales. Se trata de los intereses de la nación, que constituyeron en su día la razón de nuestro acercamiento.

El rostro de Amanda reflejó ahora el más profundo interés.

— ¿Te ha afectado mucho este incidente, querido?

— He decidido no tomármelo muy a pecho. Éste es un asunto del que puedo desentenderme con más facilidad que de otros. Mientras venía hacia acá he pensado que lo mejor es aceptar las cosas tal como vienen. Ya veremos qué es lo que pasa más adelante.

Amanda hizo un gesto de aprobación, añadiendo él entonces, con una franca sonrisa:

— Te diré algo más. En este momento no tengo otro propósito que el de imaginar lo bien que lo vamos a pasar los dos descansando tranquilamente bajo el venturoso sol de las Indias.

— ¡Oh, Roger, cuán feliz me haces! — exclamó la joven enlazando el cuello de su esposo con los brazos.

Durante unos instantes permanecieron estrechamente abrazados. Minutos después, Amanda volvía a entrar en la cocina y él se apresuraba a bajar al sótano a por unas botellas de vino.

Una hora más tarde llegaban los invitados: Georgina, cuya morena belleza y tempestuosa vitalidad contrastaba, respectivamente, con la blanca tez y la pacífica naturaleza de Amanda; Charles, un joven de regular complexión, cuyos rasgos faciales, excepción hecha de su nariz, recordaban los de su gran abuelo, Charles II; el coronel Thursby, el padre de Georgina, quien, hombre muy inteligente, había hecho una gran fortuna en los comienzos de la revolución industrial … Roger había mirado a éste como un segundo padre desde la niñez. Droopy Ned había venido también, pues habíanse enterado a tiempo que se encontraba en Sion House, con los Northhumberland. Habían pasado por Isleworth para recogerle. Llamábase en realidad Edward Fitz-Deverel, nombre al que anteponía el título de lord, debiendo su apodo al hábito de inclinar la cabeza, lo cual hacía por ser corto de vista. Era un presumido de primer orden. Su elegante atuendo disimulaba la presencia de una mente aguda especializada en las antigüedades. Había sido amigo íntimo de Roger desde los días del colegio.

Amanda dejó encantada a los St. Ermins al comunicarles su decisión de acompañarles en el viaje a Jamaica. Luego Roger se llevó al jardín al grupo, a cuyos miembros, en el amplio cenador de aquél, obsequió con una bebida preparada por él, a base de vino del Mosela. Mientras los trocitos de hielo tintineaban en el fondo de los altos vasos sus amigos le hicieron un sinfín de preguntas relativas a la situación en Francia. Roger satisfizo su

curiosidad facilitándoles un resumen de lo que refiriera al señor William Pitt, el primer ministro.

— ¿Crees entonces — inquirió el coronel Thursby —, que a despecho de la caída de Robespierre hay pocas esperanzas de que lleguemos a un acuerdo con los franceses?

— Ninguna, a mi juicio — declaró Roger —. Aunque los Termidorianos, que tienen en sus manos nuevamente el látigo dentro de París, desearan la paz, no se atreverían a concertarla. Hay ahora en Francia un millón de hombres sobre las armas. La paz significaría la dispersión de los que sirven en las fronteras, que regresarían a las ciudades organizados en pandillas armadas. Ningún gobierno llegaría a creerse capaz de contener a éstas, de evitar sus excesos. El país quedaría reducido pronto a un estado anárquico. Las esperanzas de William Pitt en un cambio interior son tan infundadas como las que sitúa en una rápida victoria aliada. De todo esto me encuentro absolutamente convencido.

— Pero, entonces, ¿crees que los austríacos y el cabezota del duque de York avanzarán sobre París este otoño? — preguntó Georgina.

— En efecto. Y eso pese a la incompetencia que hasta el momento han demostrado.

— Puede que tanto como incompetencia sea el desinterés con que austríacos y prusianos contemplan esa guerra — observó Droopy —. Unos y otros están pendientes de la partición de Polonia, reteniendo fuerzas militares para impedir que Catalina de Rusia se apodere de una parte mayor que la convenida.

St. Ermins asintió.

— Ahí está … Y tal situación se ve agravada por sus divididos consejos. Cada general coloca los intereses de los aliados por debajo de los de su gobierno respectivo, utilizando sus tropas para cercar ciudades codiciadas, en lugar de emplearlas conjuntamente en una gran maniobra para aplastar a los franceses.

— Todos esos factores contribuyen a la falta de éxito por nuestra parte — convino Roger —. Pero la raíz del conflicto radica en la pésima orientación dada por el señor primer ministro a los que se encuentran por debajo de él

— ¡Vamos, Roger! ¡A por él! — exclamó alegremente Georgina —. Nadie hubiera pensado jamás que Roger fuese capaz de un comentario semejante sobre su jefe. Tiempo atrás solías obsequiarnos con largos sermones, en los que hablabas interminablemente de la grandeza de Billy Pitt.

Comprendiendo que sus palabras habían producido una impresión entre sus amigos que él deseaba evitar, Roger replicó:

— Creo que no habéis interpretado exactamente mis manifestaciones. Pitt es un hombre que posee auténtica grandeza. Su obstinación y orgullo resultan a veces irritantes, pero reúne cualidades que le convierten en el inglés más ilustre de nuestros días. En ocasiones se llega a entrever su verdadera naturaleza, la que los asuntos de Estado no le dejan mostrar. Entonces resulta un hombre de gran atractivo. He querido decir únicamente que no sabe nada de cuestiones militares. Por ello avanza completamente a tientas cuando estudia los pasos que es preciso dar para alcanzar la derrota de nuestros enemigos.

— Cierto — subrayó Droopy, subiendo y bajando la cabeza en un gesto de enérgico asentimiento —. El genio de Pitt en los campos de las finanzas y la diplomacia es indiscutible. Ahora bien, ha odiado siempre la guerra y no comprende cuanto a ella afecta.

El coronel Thursby sonrió al mirar a Roger.

— Dinos qué harías tú de estar en la piel del primer ministro.

— Puesto que Inglaterra paga al músico, ésta tiene derecho a que el hombre toque algo, *sir*. William Pitt debería obligar a los aliados a ponerse de acuerdo, a concentrar sus fuerzas para lanzarse decididamente hacia París.

— ¡Oh! En eso estamos de acuerdo. Ahora, la empresa es más ardua de lo que parece a simple vista. ¿Qué más?

— Llamar al de York y designar para ocupar su puesto a un hombre más capaz.

— Dudo de que su majestad accediera a eso. El duque de York es su hijo predilecto, el mejor de todos también. Al menos se trata de un hombre honesto.

— El ejército dejaría de depender de un príncipe de sangre real. No sería el primer precedente. Por otra parte en este país se encuentran excelentes soldados, de competencia probada en numerosas ocasiones.

Roger se dispuso a dar cuenta a sus amigos de otras medidas que él habría tomado, pero en aquel momento apareció Dan para anunciarles que la comida iba a ser servida, pues todo se hallaba a punto. El grupo se adentró en la casa. Como era habitual en aquella época, sólo les fueron presentadas dos grandes fuentes pero cada una de ellas equivalía a media docena de platos diferentes. Así pues, todos se dispusieron a hacer los honores al pescado, la carne, volatería y caza, de acuerdo con su respectivo

apetito, rociando aquellos exquisitos bocados copiosamente, con vinos de Grave, del Rhin, Clarete y Florencia.

En el transcurso de la comida Georgina comenzó a esbozar sus futuros planes. Saldrían de Bristol, en la primera semana de octubre. Confiaban en llegar a Jamaica a primeros de diciembre. Las plantaciones de los St. Ermins se encontraban en el lado norte de la isla, cerca de la Bahía de Santa Ana. Allí tenían una gran mansión, ocupada en aquellos momentos por un primo en segundo o tercer grado, que administraba las posesiones. Proyectaban convertirla en su residencia pero también pasarían mucho tiempo en Kingston, donde una intensa vida de sociedad ayudaba a hacer más agradable la temporada invernal.

Droopy Ned, que era un «tory» intransigente, aprovechó la oportunidad para observar, dirigiéndose a Roger:

— Por lo que respecta a las Indias Occidentales, al menos, no tendrás motivos de queja. El año pasado el almirante *sir* John Jervis y el general *sir* Charles Grey lograron apoderarse de todas las posesiones francesas en aquellas latitudes.

— ¡Claro que tengo motivos de queja! — exclamó Roger —. Precisamente lo que más me molesta es la dispersión de nuestras fuerzas, obra de Pitt. Venciendo a los franceses en su propio país lo demás se nos daría por añadidura, caería en nuestras manos como fruta madura. Si los efectivos de *sir* Charles Grey hubieran sido enviados a Tolón esta plaza sería nuestra ahora. De haber ido aquéllos a parar a Flandes el ambiente allí nos sería más propicio. Mejor todavía: de haberse hallado en Inglaterra cuando la revuelta de La Vandée llegaba a su punto culminante, el Gobierno Revolucionario habríase derrumbado, incapaz de hacer frente al enemigo en un nuevo frente.

— Tal misión fue encomendada a las fuerzas de lord Moira — apuntó St. Ermins.

— Ya lo sé. Y éste constituye otro ejemplo de mala orientación, ya que aquél permaneció en las islas del Canal todo el invierno, en espera de instrucciones concretas. Pero yo estaba hablando de las Indias y es allí adonde nuestras mejores tropas han ido a parar.

— ¡Vamos, vamos! — protestó el coronel Thursby —. Las «Islas del Azúcar» son de inmenso valor. Asegurando para nosotros aquellas últimamente pertenecientes a los franceses nos resarciremos de los gastos originados por la guerra. Al apoderarse de ellas, Billy Pitt ha demostrado mucho sentido común, una de las cualidades precisamente que han hecho de él lo que es hoy día. Tenía que aprovechar la oportunidad que se le presentaba.

— Yo me pregunto: ¿A quién nombrará Gobernador de la Isla de Martinica? — manifestó St. Ermins —. El que consiga tal cargo se habrá hecho de un bombón.

El coronel Thursby asintió.

— En efecto. El trabajo real en tales puestos es cosa de los subordinados competentes en cuestiones de administración colonial, en tanto que todos los gajes pertenecen al Gobernador. A mí me parece que en un sitio así, tratándose de unas tierras explotadas hasta el máximo desde el punto de vista agrícola, aquél no dejará de ganar anualmente unas cinco mil libras.

— Bueno, pero, ¿no se lucha allí también, todavía? — preguntó Amanda —. He oído decir que las islas han sido muy afectadas por la Revolución y que en la mayor parte de ellas los esclavos se han sublevado.

— Eso es lo que está ocurriendo en Santo Domingo — convino el coronel —. Los realistas franceses de allí nos pidieron que salváramos sus vidas y propiedades. En la actualidad se esta desarrollando una gran campaña contra los negros, animados en su sedición por los terroristas parisienses. En las otras islas, incluidas las nuestras, se han producido sucesos similares, sólo que en mucha menor escala.

— Cuando nosotros lleguemos allí todo habrá vuelto a la normalidad — declaró St. Ermins —. Y es que desde la victoria de lord Howe, en el transcurso del «glorioso 1.° de junio», el océano es nuestro. Los franceses, en lo sucesivo, no podrán apoyar a los esclavos sublevados.

Roger miró a su amigo con una triste sonrisa en los labios.

— Y, en realidad, Charles, ¿tú sabes lo que nos costó esa victoria? Yo la creo equivalente a una tremenda derrota.

Un coro de excitadas protestas acogió sus palabras. Pero él hizo callar a sus oyentes con, un enérgico ademán.

— No nos confundamos. Sé perfectamente que la caza de cinco días ordenada por el buque insignia, pretendiendo atraer a la flota francesa a la batalla, está dentro de la auténtica tradición británica por lo que a la tenacidad y al valor desplegados respecta. Me han dicho, también, que aunque ese gran hombre contaba cerca de setenta años apenas abandonó un momento la cubierta de su nave. Es el resultado de la acción lo que yo critico. Mi estancia en Francia me ha permitido ver el otro lado del cuadro tan bien como el nuestro. Creo que estoy mejor situado que vosotros para formarme un juicio exacto de la situación.

Roger hizo una pausa, que aprovechó para sorber un poco del vino que le acababan de servir. Luego prosiguió hablando.

— Esta primavera Francia se encontraba en el mayor de los apuros. Robespierre y los suyos sabían que a menos que acertaran a dar de comer a la hambrienta población parisién a la llegada del verano la desesperación arrastraría a las masas a la revuelta, que terminaría con el asesinato de ellos y la petición de paz por parte del pueblo, una paz inmediata. Consecuentemente, adquirieron una gran cantidad de trigo en América, contratando cuantas embarcaciones pudieron para su transporte a Europa. De no llegar a tiempo eso supondría su fin. En vista de ello se encargó al almirante Villaret-Joyeuse la custodia del convoy. Éste tenía que salvarse cualesquiera que fuesen los sacrificios que tuviese que hacer la flota. Por supuesto, la misión de lord Howe era interceptar la expedición. Podía haberlo conseguido … Gracias a sus superiores fuerzas habría contenido a Villaret-Joyeuse. Hubiera podido ignorarlo, incluso. En lugar de eso se dejó arrastrar tras sus probables presas, alejándose de los puertos franceses. En la batalla, desde luego, infligió un terrible castigo a sus enemigos pero también él quedó muy mal parado. Tanto que sus navíos no pudieron regresar a tiempo de interceptar el convoy. Éste llegó a sus puertos de destino intacto. Con aquel trigo ya disponían los franceses de un amplio margen para esperar tranquilamente la recolección de la presente cosecha. Así fue cómo se regaló al Gobierno del Terror una nueva prórroga y nosotros perdimos la oportunidad de poner punto final a la guerra.

Durante unos instantes todos callaron. Finalmente, el coronel Thursby manifestó:

— Tu relato confirma la impresión que tengo, desde hace algún tiempo, de que la guerra en el mar está mal dirigida. Lord Howe será un gran marino, pero ya es demasiado viejo para continuar en el servicio activo. Tengo también algo que decir sobre sus ideas. Siempre se ha preocupado extraordinariamente de conservar sus barcos, evitándoles tareas excesivas y los azares derivados de una larga permanencia en el mar durante el invierno. A eso se debe la inefectividad de nuestro bloqueo de la costa francesa. En mi calidad de hombre entendido, por razón de mis actividades, en cuestiones económicas soy consciente de los grandes beneficios que ocasionaría para nosotros un bloqueo auténtico. Claro que para conseguir tal objetivo se necesita un nuevo sistema de patrullas y una vigilancia constante.

— La Armada se basta y se sobra para lograr tal propósito —

opinó Georgina —. Es decir, se bastaría de no tener sobre sus hombros una cabeza escasamente equilibrada. Se impone el traslado a otro puesto de lord Chatham, el hermano de William Pitt. Día tras día media docena de nuestros más acreditados lobos de mar hacen acto de presencia en el almirantazgo, a las ocho de la mañana precisamente, en demanda de órdenes. Su señoría estima una costumbre monstruosa la de hacerle abandonar el lecho antes de las nueve y llega siempre a las diez a su despacho, bostezando y con la cabeza completamente vacía de ideas.

— Tienes razón, cariño — manifestó St. Ermins, apoyando a su esposa —. Y fue una lástima que cuando su gracia de Portland formara la nueva coalición con Pitt, él no insistiera para que el cargo más alto del almirantazgo fuese dado a una persona de superior capacidad.

Droopy Ned no pudo resistirse a la tentación de observar con un leve acento de ironía:

— Tu líder, Charles, se hallaba tan absorto en la labor de llevarse la parte del león en el reparto de poderes que no acertó a pensar en otra cosa.

St. Ermins se echó a reír, replicando:

— Nosotros, los «whigs», llegamos con retraso al reparto de botín. Lo asegurado por su gracia no suponía más que una pequeña parte del monopolio disfrutado por Henry Dundas bajo la administración «tory».

— Quizá, pero ten en cuenta que Dundas es un hombre astuto, inmensamente capaz, con un insaciable afán de trabajo, en tanto que el duque es un tipo muy mediocre y debe su posición a la influencia.

Habiendo regresado de Francia poco antes, Roger no sabía nada de los cambios habidos últimamente en el Gabinete. Éstos habían tenido lugar a lo largo del mes anterior. Sus amigos, a petición de él, se apresuraron a ponerle al corriente de los últimos azares políticos.

En los primeros años de la Revolución las simpatías de casi todo el mundo dentro de Gran Bretaña, y particularmente en el seno del partido «whig», había apuntado a los nobles franceses y profesionales de ideas liberales, quienes influyeran para forzar al rey Luis a aceptar una Constitución, quedando abolidos así los muchos abusos de que habían sido víctimas las clases más humildes desde la Edad Media. Cuando la Revolución comenzó luego a degenerar en una guerra de clases, actuando el populacho contra la propiedad, la religión y la vida, las clases media y

superior de Inglaterra fueron evolucionando gradualmente, mostrándose más y más opuestas al nuevo régimen.

Desde el comienzo, Charles Fox habíase colocado al frente de los revolucionarios y continuó así incluso después de que hubiese sido declarada la guerra contra Francia, utilizando sus brillantes condiciones de orador para colocar al Gobierno cada vez que se le presentaba la oportunidad, en situaciones embarazosas, sin el menor escrúpulo a todo esto. Edmund Burke, su amigo y colega, a causa de figurar en la oposición mucho tiempo ya, difería violentamente de él en aquel asunto, habiendo dado a conocer sus puntos de vista en «Reflexiones sobre la Revolución». Este libro tuvo una enorme difusión y como ponía de relieve claramente que el triunfo de los jacobinos se traduciría en la caída de Europa en el ateísmo y la anarquía, no sólo convenció a muchas personas encuadradas en la clase media sino que privó a Fox del apoyo de la mayoría de los miembros de su propio partido.

Desautorizado Fox se hizo patente que los «whigs» sinceros deseaban tanto como los «tories» una vigorosa continuación de la guerra. Entonces, Pitt, con el fin de fortalecer su administración, acordó con Portland una coalición. A primeros de julio el duque se hacía cargo del Ministerio de la Gobernación, William Windham quedaba al frente del de Guerra y los condes Fitzwilliam y Spencer se tornaban, respectivamente, lord Presidente y lord del Sello Privado. En el almirantazgo Pitt había mantenido a su hermano y en el *Foreign Office* a su primo, lord Grenville, en tanto que el infatigable Dundas, un hombre hábil para todo género de trabajo, se quedaba en el Departamento que se ocupaba de los asuntos de la India y Colonias.

Tales cambios requirieron las más delicadas negociaciones, ya que por un lado Pitt no estaba decidido a sacrificar a sus más valiosos y experimentados colegas y por otro la poderosa nobleza «whig» alargaba la mano para apoderarse de cuanto pudiera. El virreinato de Irlanda y varios otros puestos de tanto relieve como éste eran todavía motivo de frecuentes discordias. Roger, que había estado escuchando atentamente el relato de las numerosas intrigas a que habían dado lugar todas aquellas escaramuzas, se dijo que su ex jefe debía haber pasado unos meses saturados de preocupaciones agobiantes. Tras unos momentos de reflexión manifestó:

— Esto que me decís justifica la falta de consideración que me mostró el primer ministro, negándome una nueva misión, algo que fuese más de mi agrado. Es evidente que todas esas cosas han

embotado su sensibilidad. Pero, bueno, con todo el respeto debido, Charles, me inclino a preguntarme si esta entrada en escena de tus amigos, los «whigs», facilitará su misión a la larga.

— Yo creo que sí — declaró St. Ermins —. Saldadas ciertas diferencias de carácter doméstico la oposición disminuirá en las dos Cámaras. Entonces se hallará en condiciones de atender de un modo casi exclusivo a la guerra.

El coronel Thursby aprobó sus palabras con un gesto.

— Hay bastante de verdad en eso pero no logrará, en cambio, sustraerse a cierto problema especial. Me refiero a los conflictos provocados por los jacobinos ingleses en todos los centros industriales. Por supuesto, ahora podrán proclamar sus desleales sentimientos en el Parlamento, a través de Fox y de un puñado de irresponsables radicales, pero organismos tales como la «London Corresponding Society» y los «metodistas» están volviéndose una amenaza para el Estado. De no haber mediado esa señal de peligro que fueron los cuatro días de incendios, pillajes y crímenes, cuando los conflictos de Gordon en Londres, una señal advertida por los honestos artesanos, aquí habría habido ya una revolución. Sin embargo, el número de esos descontentos crece día por día. Esa gente abusa de la libertad de que disfrutamos en este país. Se goza, en general, oyendo a determinados elementos predicar la sedición, viendo cómo se publican panfletos suscritos por quienes sostienen que Inglaterra debería transformarse en una República. Sus actividades pueden llegar a ser serio motivo de preocupación para el Gobierno. Pero como no se ponen en práctica métodos de represión, que además se nos antojarían a todos aborrecibles, no existe medio alguno de contener a esos insensatos.

Roger había comenzado a pensar en su desacierto al esperar que el primer ministro contemplara con una perspectiva más realista la cuestión de la guerra. Evidentemente, tenía tantas cosas en la cabeza, que constituía algo imposible no ver una u otra desfigurada. En el instante de disponerse a hablar de ello llegó a sus oídos, como a los de los otros comensales, el rumor característico que producen unos caballos lanzados a un rápido galope. Hízose en la mesa el silencio más absoluto. Unos segundos después localizaba el familiar sonido ante la puerta principal del edificio, donde cesó bruscamente. Roger miró a su mujer pero ésta movió la cabeza de un lado para otro, dándole a entender que no tenía la menor idea sobre la identidad del posible visitante. Luego entró corriendo en el comedor Dan. Sus oscuros ojos denotaban su agitación, al exclamar con su inconfundible acento de Hampshire:

— ¡No podía dar crédito a mis ojos, señor! Pero es verdad … Ahí fuera se encuentra el gran Billy Pitt, preguntando por vos.

Excusándose rápidamente ante sus invitados, Roger se apresuró a salir de la habitación, dirigiéndose al jardín. Allí, en el breve sendero que conducía a la entrada de la casa, muy erguido, sentado en el asiento posterior de su carruaje, como si no hubiese movido un músculo desde la última vez que Roger le viera, se hallaba el primer ministro. Pero ahora, a la reverencia de Roger correspondió con una ligera inclinación de cabeza. A continuación, tendiéndole un gran sobre, dijo con viveza:

— Señor Brook: Vengo de Kew, donde he estado hablando con Su Majestad de asuntos relacionados con las Indias Occidentales. Como estáis decidido a marcharos allí sugerí al rey que podíais ser portador de este documento. Su Majestad quiso que expresara ante vos su esperanza de que con tal desplazamiento recuperéis la perdida salud. A su deseo uno el mío. Confío en que vuestras nuevas ocupaciones en los trópicos borrarán pronto esos ingratos recuerdos de la revolución francesa, a cuya gestación y desarrollo asististeis.

Roger tomó el sobre, repitiendo su reverencia. Después repuso:

— Os estoy muy reconocido, *sir*, por comunicarme el mensaje de Su Majestad y por vuestros buenos deseos. Naturalmente, para mí será un honor actuar como correo del rey. Me sentiría también muy honrado si aceptaseis a pasar al interior de la casa, permitiéndome ofreceros un vaso de vino.

En el rostro del primer ministro apareció una de sus raras sonrisas. No obstante, hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

— Os lo agradezco, pero no puedo aceptar vuestra invitación. Me esperan asuntos urgentes, que requieren mi atención en Holwood. Perdonadme, pues.

Dicho esto tiró del fino cordón atado por uno de sus extremos al dedo meñique de una de las manos de su cochero. Unos segundos más y el vehículo marchaba en dirección a la carretera.

Serían ya más de las siete. A la luz del crepúsculo Roger no había podido ver, en el primer vistazo, la dirección estampada en el sobre. Ahora, al contemplar éste con más detenimiento, observó que había sido dirigido a él mismo. Acelerando el paso penetró en el iluminado vestíbulo, abriendo el sobre y paseando seguidamente la mirada por el pergamino que contenía. No llevaba leídas más que unas cuantas líneas cuando abrió la boca atónito. En aquel documento real se le nombraba Gobernador de la recién conquistada isla de Martinica.

Entró en el comedor corriendo, con los brazos extendidos sobre su cabeza, anunciando a gritos su contenido. Las mujeres le abrazaron; los hombres le vitorearon, estrechándole después la mano, golpeándole amistosamente en la espalda. Roger se hallaba aún acosado por sus amigos cuando Dan entró con una buena provisión de champaña. Todos llenaron sus copas con el rosado y ligeramente efervescente vino de la época, brindando por su excelencia el Gobernador.

Una hora más tarde, aproximadamente, Amanda y Georgina se retiraban. Roger volvió a bajar al sótano, a por más vino. En ausencia de Brook sus tres amigos expresaron sus personales puntos de vista con referencia al nombramiento.

Todos se mostraron de acuerdo al juzgarlo un gesto extraordinariamente generoso. En un puesto como aquel se podía conseguir el apoyo de algún terrateniente, capaz de controlar dos o tres asientos en el Parlamento. Y Roger carecía de influencias políticas …

El coronel Thursby añadió a esto que el gesto del primer ministro denotaba tanta generosidad como buen sentido, dada la calidad de Roger, un hombre de cabeza firme, dotado de altos principios, quien, habiendo vivido en Francia mucho tiempo, resultaba más adecuado que muchos otros pensando en la empresa de pacificar una isla que hasta unos meses atrás había sido una colonia francesa.

Pero el astuto Droopy Ned añadió algo más a tan favorable opinión. Inclinando la cabeza, en un gesto muy peculiar en él, dijo, sonriendo irónicamente:

— Creo que pasais por alto un detalle. Roger es el agente secreto de más prendas que haya tenido la Corona desde hace muchos años hasta la fecha. Billy Pitt lo tiene valorado en mucho para dejarlo perder así como así. Esta mañana, fatigado temporalmente, hastiado momentáneamente de su trabajo, Roger se desligó de él. Pero esta noche ha vuelto a perder la libertad. Mediante ese nombramiento de Gobernador de la isla de Martinica ha quedado atado con una cuerda de seda, pudiendo ser manejado a voluntad del que sostiene el extremo libre de la misma. Apuesto mil guineas a que dentro de un año Roger está sirviendo a William Pitt nuevamente en Europa.

Capítulo III

HACIA EL OESTE

Roger pasó las siguientes semanas muy ocupado. Primero escribió al primer ministro para darle las gracias por su atención y luego a Dundas, el ministro de Colonias, solicitando audiencia, para recibir instrucciones concretas sobre la labor a desarrollar desde el cargo que le había sido concedido. El metódico Dundas le contestó a vuelta de correo, invitándole a comer en su casa de Wimbledon, el jueves siguiente, sugiriéndole la conveniencia de que llegara bastante temprano, para poder ocuparse los dos del tema de la entrevista antes de sentarse a la mesa.

Roger sentía cierta simpatía por Dundas y su eficiencia le inspiraba un gran respeto. Tendría entonces el ministro cincuenta y tantos años. Era un hombre calvo, de rojiza faz, que aún hablaba con el franco acento escocés que adquiriera en la niñez. La gente le calificaba, no sin razón bien fundada, de deslenguado. Bebía como un cosaco pero sus frecuentes libaciones no hacían mella en su espléndida constitución. Su extraordinaria capacidad le permitía despachar verdaderas montañas de trabajo con seguridad y rapidez. La India suponía uno más entre tantos complicados asuntos de los que era responsable y sabía más sobre ella que ningún otro hombre de los que formaban parte del Parlamento. Su genial buen humor, del que lamentablemente el señor William Pitt carecía, le hacía aparecer como regidor de valor incalculable de su partido. Invariablemente, solía dar los puestos vacantes de cargos localizados dentro de sus dominios a sus paisanos, con cuyo proceder disponía de una numerosa corte de hombres leales. Su influencia había llegado a ser tan grande que Dundas era conocido por el sobrenombre de Harry IX de Escocia.

Cinco minutos después de haber llegado Roger, Dundas estaba llenándole un vaso de ponche, dentro de su estudio, al tiempo que decía riendo jovialmente:

— Habéis venido a ver cuánto podéis sacarme, ¿eh? No pretendéis otra cosa.

— No, no, desde luego — replicó Roger sonriente. Pensaba que por el hecho de ser la Martinica una conquista reciente de la Corona no habría sido fijado el sueldo correspondiente al Gobernador. Entonces añadió, animoso —: ¿Qué os parece tres mil anuales?

Dundas se recostó en su asiento, riendo ahora a carcajadas.

— ¡Diablos! ¡Qué osadía! Pero, ¿es que me habéis tomado por el Inca del Perú? No. Quinientas es la suma que se aproxima al límite aunque yo había pensado en que fuesen ochocientas libras.

El rostro de Roger reveló su desilusión, apresurándose a protestar:

— ¡Por favor, señor! El *Foreign Office* me ha estado pagando mil doscientas …

— Y tengo la seguridad de que os habéis ganado bien hasta el último penique — asintió Dundas, repentinamente serio, ya que se hallaba tan enterado como Pitt del trabajo que el joven había estado desarrollando en Francia —. Pero en Martinica no os espera ninguna guillotina empapada de sangre sino una vida ociosa, amenizada con toneles de ron y nutrido acompañamiento de beldades color café al lado de las cuales podréis tenderos en el discreto refugio de los cañaverales.

— Con todo, *sir*, un millar de libras es una miseria para el Gobernador de una isla.

— Bueno. Por vuestros anteriores servicios trataré de sacarle al tesoro las mil doscientas.

— Mis gastos absorberán en seguida esa cantidad — comentó Roger sombríamente —. ¿No podríais pedir mil quinientas?

— No — respondió Dundas con un enérgico gesto —. Pediré mil doscientas, y ni un penique más. Pero escuchadme, joven. Si fuerais escocés juzgaríais vuestro puesto de Gobernador una auténtica ganga. Tal como se hallan planteadas las cosas no tengo inconveniente en atentar un poco contra vuestra inocencia. Aprovechad el sentido común que heredasteis de vuestra madre, una MacElfic, y podréis haceros allí de oro.

— He oído hablar de ciertas oportunidades — admitió Roger —. Sin embargo, dudo de que me permitan aquéllas hacerme de una suma de dinero que valga la pena.

— ¡Es que, vos seréis el dueño de esa isla! Sólo precisaréis de un buen colaborador, un hombre hábil que se entere, por ejemplo, de las libras que los aspirantes a determinados puestos preten den pagar como máximo. Están los servicios de puertos, prisiones, correos, aduanas … Será necesario expedir permisos para esto y aquello. Habrá que autorizar para su función a los proveedores de buques, a fin de que puedan actuar dentro de la más estricta legalidad … Todos ellos contribuirán de un modo u otro a ensanchar vuestra bolsa. Y no olvidéis que millones y millones de gotas de agua forman un mar. No consintais que los que estén por debajo de vos obtengan algo a cambio de nada y volveréis rico como un nabab. Podéis avanzar cuanto os apetezca sin perjudicar a vuestro país. De manera que en vuestra marcha hacia delante no tenéis por qué temer nada.

Bastante tranquilizado ante los consejos de Dundas, Roger estimó prudente dejar a un lado la cuestión económica. Durante un rato los dos hombres discutieron sobre la política más conveniente en relación con los dueños de las plantaciones. Luego la conversación se generalizó, tocando el tema de la nueva coalición. A Dundas no le satisfacía ésta, en absoluto, pues creía que el duque de Portland había dado una falsa interpretación a la oferta del primer ministro, intentando arrebatarle parte de sus privilegios. Aquí no se trataba de hacer dinero mediante la venta de los puestos pero él opinaba que era imposible mantener la unidad del partido a menos que la persona que se hallaba al frente de éste no tuviese algo que ofrecer a los suyos. Antes que estar mano sobre mano, esperando la subsiguiente caída de Pitt, había rehusado formar parte del nuevo Gabinete. Pitt se había impresionado tanto ante la perspectiva de perder a su antiguo colega que tuvo una áspera entrevista con el duque, llegando hasta a pedir al rey que escribiera una carta a Dundas, de su puño y letra, notificándole que consideraba sus servicios indispensables. El asunto había dejado, sin embargo, un mal sabor de boca en todos y no anunciaba precisamente que «whigs» y «tories» se dispusiesen a colaborar sin el menor inconveniente.

A las cuatro llegó un carruaje, trayendo a los otros tres invitados. Formaban éstos parte del reducido círculo Pitt-Dundas. Dos de ellos, Pepper Arden y George Rose, conocían ya a Roger. El primero era más bien un «protegido», un individuo de mediocres talentos cuya mal enfocada lealtad, unida a una faz que carecía casi de nariz, lo cual le daba una cómica apariencia, convertíale en el centro de las pullas de la Cámara. El otro, capaz, devoto del

primer ministro, estaba al frente de los asuntos del Tesoro, colaborando en la brillante administración por aquél dirigida. A los pocos minutos de su llegada Dundas se había puesto de acuerdo con él, señalando que el sueldo anual de Roger sería el de mil doscientas libras.

Henry Addington era la tercera persona del grupo. Era un hombre de elevada estatura, bien parecido, de modales encantadores, habiendo estado en *Lincoln's Inn* cuando Pitt practicaba como abogado allí. Había sido este último quien le hiciera pasarse al campo de la política, quien más tarde, también, utilizara su influencia para conseguir que fuese elegido «Speaker» de la Cámara en el año 89. Roger le juzgó un hombre tan modesto y falto de ambiciones que se hubiera quedado asombrado de haber podido vislumbrar que con el tiempo llegaría a ocupar el alto puesto de primer ministro.

Todos comieron y bebieron abundantemente y ya que no había damas presentes Dundas se encargó de mantener a sus invitados en continuo alborozo, contándoles todas las historias obscenas que conocía, que no eran pocas. Después la conversación se tornó más seria, volviéndose a tocar el tema de la política y, a su debido tiempo, el de la Revolución Francesa y sus últimos avances. Para aquellos amigos Dundas no tenía secretos, de modo que hablando de las actividades de Roger en Francia éste fue invitado a relatar el proceso determinante de la caída de Robespierre y su posterior ejecución. También refirió algunos hechos notables que había presenciado durante el imperio del Terror. Fue Addington quien comentó:

— Es evidente, señor Brook, que sois un hombre de gran valor. Sólo así se explica que continuarais vuestra misión en circunstancias extraordinariamente graves y peligrosas, a lo largo de tanto tiempo además. En consecuencia, creo que no podéis ofenderos si sugiero la posibilidad de que en muchas ocasiones debéis haber temido por vuestra existencia. Me interesaría oír de vuestros labios cuál fue el instante de más apuro para vos.

Roger reflexionó un momento antes de contestar.

— Temí siempre ser traicionado. Esto determinó en mí una ansiedad constante. Pero, a mi parecer, *sir*, he pasado más miedo en el campo de batalla que en las escaramuzas de una u otra índole con los revoluvionarios. El invierno pasado fui enviado como uno de los *Citizen Représentants en Mission* al ejército que asediaba Tolón. Fort Mulgrave era el punto clave de la defensa y habiéndome enterado de la fecha en que se proyectaba realizar un

fuerte ataque, con nutridas fuerzas, me hallaba intranquilo, deseando hacer llegar a lord Hood la noticia que compendiaba las intenciones de los franceses. Como a mí me era imposible abandonar el lugar en que se encontraban las tropas, decidí que lo mejor era permitir que me capturaran. Al norte de Fort Mulgrave había un pequeño reducto ocupado por una batería. Sugerí al general Dugomimier que su destrucción la noche anterior al gran asalto facilitaría la conquista del fuerte, ofreciéndome para ponerme al frente de los atacantes. El general accedió. Mi intención era, por supuesto, separarme de mis hombres al amparo de la oscuridad, entregarme al primer soldado inglés que encontrara y entrevistarme a continuación con lord Hood. Más tarde me cambiaría por otro prisionero de rango semejante. Yo podría, pues, regresar para continuar mi misión, sin que los franceses sospecharan que había sido yo el que deshiciera sus planes. Pero los míos no me salieron bien …

Tras haber tomado un sorbo de Oporto, Roger volvió a hablar:

— Desgraciadamente para mí, con ocasión de discutirse en el Consejo los detalles del proyecto se produjo la intervención de un menudo oficial llamado Bonaparte. Era de Córcega y tendría, aproximadamente, mi edad. Aunque sólo ostentaba la graduación de capitán de Atillería, ascendido eventualmente al empleo de teniente coronel, insistió en la escrupulosa revisión del plan. Aquel sombrío retaco sostenía que si bien la conquista del reducto no era una medida descaminada, llevar el intento a cabo la noche anterior al asalto, acarrearía el inevitable y prematuro despertar en el frente de lucha. Entonces persuadió a sus superiores para que la acción tuviese lugar en el transcurso de las horas inmediatamente precedentes al ataque general, cuando ya los ingleses no pudieran reforzar sus filas con las tropas que se encontraban a bordo de los buques de guerra. Debido a la intervención de aquel saldado de Córcega me vi obligado a dirigir un ataque contra la batería en cuestión en pleno día. Creo que nunca he pasado más miedo que en aquella ocasión.

Sus oyentes se echaron a reír y Rose inquirió:

— ¿Llegasteis a apoderaros de la batería?

En el rostro de Roger apareció una sonrisa de tristeza.

— Ni siquiera lo sé, pues no bien hube llegado a ella uno de los defensores me golpeó con la culata de su arma, seguramente, dejándome aturdido. Pero si el menudo Bonaparte había pretendido mi ruina no pudo proceder mejor. Fallé al no transmitir a lord Hood la información, cierto. Resultó que la batería se

hallaba defendida por aliados nuestros, los españoles. Cuando me recuperé comprobé que me encontraba en un buque de guerra de éstos, siendo conducido a Mallorca. Como no me estaba permitido revelar mi verdadera identidad tuve que trabajar mucho y en lo que señalaron, sin lograr incorporarme a mi labor hasta dos meses después.

Otro coro de amistosas risas acogió las últimas palabras de Roger. El frasco de Oporto fue de mano en mano otra vez y la charla se tornó aún más animada.

Serían las dos de la madrugada cuando Roger montaba en su caballo. Oscilando levemente sobre la silla, emprendió el camino de su casa.

Le quedaba una cosa importante que hacer todavía: visitar al rey. Para cumplir con tal formalidad Dundas le condujo al Palacio de St. James. El rey Jorge tenía por entonces cincuenta y seis años. Era un hombre corpulento, de rojiza faz y no grandes dotes intelectuales. Poseía, en cambio, una fuerte dosis de sentido común y era obstinado. A diferencia de sus antepasados alemanes, él sobreponía lo que apreciaba como intereses de la nación a todo lo demás. Estaba apasionadamente convencido de que el bienestar del país dependía por entero del quebrantamiento del férreo collar impuesto a aquél por la nobleza «whig», por lo que en los primeros veinticinco años de su reinado no había hecho otra cosa que combatirla. Por último, mediante los atrevidos pasos del joven Billy Pitt, a la edad de veinticuatro años su primer ministro, había logrado coronar su máxima aspiración. Entre los dos, y salvando innumerables dificultades, habían llevado al país a vivir una época de gran prosperidad. Cinco años atrás había estado varios meses enfermo, con una afección de tipo mental. La noticia de su restablecimiento produjo tal impresión de general alegría en Inglaterra que ya quedó fuera de toda duda que su honestidad, sencilla forma de vivir y su inocente manía (el cultivo de los nabos, siempre con la pretensión de que no había ningún agricultor en el Reino que le superara en la obtención de grandes ejemplares), le habían granjeado sin reservas el afecto de su pueblo.

Durante sus misiones, Roger había tenido ocasión de conocer a varios reyes extranjeros. Sin embargo, no había podido ser presentado hasta aquel momento al suyo. Por tanto, quedó agradablemente sorprendido al oír decir al monarca:

— Teníais que haber venido a vernos antes, señor Brook,

teníais que haber venido antes … Me han dicho que hace siete años que estáis a nuestro servicio y siempre entregado a empresas peligrosas, culminadas constantemente con el éxito más halagüeño. Tenemos que daros las gracias. Y ahora os marcháis a la Isla de la Martinica, ¿eh? ¿Qué plantaréis allí? Caña de azúcar, por supuesto. No hace mucho tiempo nos encontramos en la carretera con un vehículo de próspero aspecto. Figuraos: seis caballos. Todo el mundo iba lujosamente ataviado allí. «¿Qué es eso?», pregunté a mi ayudante. «¿Se trata de algún príncipe extranjero o nuevo embajador?» «No, *sire*», me respondieron. «Es un comerciante que acaba de regresar de las "Islas del Azúcar".» «¡Santo Dios! — exclamé —. ¿Tanto azúcar puede haber allí?» Esto que os cuento es cierto. Pero ahora cultivan en aquellas tierras el ñame, la patata dulce o batata, como también le llaman. Si podemos convencer a los agricultores para que planten aquéllas en abundancia nos habremos hecho de una comida excelente para los esclavos. Luego ya no nos veremos en la necesidad de enviar anualmente tremendas cantidades de arenques salados. Acordaos del ñame, señor Brook, acordaos del ñame …

— Me acordaré, *sire* — respondió Roger.

Habiendo hecho una profunda inspiración, el rey prosiguió diciendo:

— ¿Cuándo zarparéis? Con el primer convoy de la temporada, indudablemente. Para eso, no obstante, tienen que pasar todavía unas semanas. Antes de marcharos, pues, iréis a ver a vuestro padre. Transmitidle nuestros saludos, señor Brook. Le tenemos en alta estima. Es un hombre honrado. Y un excelente marino. Sí. Saludadle de nuestra parte y dadle cuenta de la opinión que de él tenemos.

Roger se inclinó en una reverencia.

— Me alegraría muchísimo, *sire*, poder transmitirle vuestro amable mensaje, pero ocurre que en estos momentos se encuentra operando en el Mediterráneo.

— ¡Ah! ¡Ah! — el rey dejó oír una risita aguda. Un repentino regocijo se reflejó en sus saltones ojos azules. Luego apoyo llanamente un dedo en el pecho del joven —. Habéis sido derrotado en el juego que más entendéis, señor Brook. ¡Derrotado en vuestro propio juego! Nuestro servicio de información funciona mejor que el vuestro. Vuestro buen padre estuvo en Windsor hace dos días para darnos cuenta de la toma de Córcega. Tuvimos el gran placer de hacerle Caballero por su participación en la empresa. Ahora, pues, es el almirante *sir* Chris. El almirante *sir*

Chris. El almirante *sir* Chris. Suena bien, ¿eh? ¿Conocéis Córcega? Vuestro padre nos ha dicho que la isla se encuentra casi por completo cubierta de castaños, los más hermosos que ha podido ver hasta ahora. Los campesinos elaboran una harina con el fruto de esos árboles, una harina muy nutritiva. Disponen así de un excelente alimento sin el menor gasto. ¿No lo conocéis?

— No he estado nunca en Córcega, *sire*. Pero en Toscana se elabora una harina similar que he tenido ocasión de probar, encontrándola muy agradable — antes de que el rey comenzara a hablar de nuevo, Roger se apresuró a añadir —: ¿Me permitís, majestad, expresar mi contento por el honor conferido a mi padre? Puedo deciros que no tardaré en marchar en su busca para felicitarle.

— Hacedlo, hacedlo así — el rey, un tanto caviloso, hizo un gesto de asentimiento. Pensaba en sus negligentes y desagradecidos hijos —. Considero a vuestro padre un hombre afortunado por teneros a vos, señor Brook. Sí. Muy afortunado. Sois un joven que promete. Decidles a los habitantes de la Isla de Martinica que ahora que son nuestros súbditos nos ocuparemos de sus asuntos con el mayor interés. Y no olvidéis el ñame, señor Brook, no lo olvidéis.

El rey se volvió luego para dirigir la palabra a otra persona y Roger se retiró con una profunda reverencia. Su padre tenía que haber pasado por Londres. Le sorprendía muchísimo que no se hubiese acercado a Richmond para ver a Amanda y solicitar noticias sobre su paradero. Tan pronto hubo abandonado el palacio fue al almirantazgo y aquí encontró la respuesta a las preguntas que se había formulado poco antes. Al desembarcar en Portsmouth la tripulación del buque que le había traído desde Gibraltar entregó al almirante Brook un pliego de cargos que fue sometido posteriormente a sus superiores, quienes le rogaron que llevara a cabo algunas indagaciones en relación con aquel asunto.

Por el coche nocturno, Roger envió a Portsmouth un mensaje de felicitación, comunicando a su padre sus inmediatos proyectos. Dos días después recibía la oportuna contestación. El almirante le notificaba que solucionado el asunto que le retuviera en la población costera se disponía a regresar a su hogar. Le pedía a Roger que le hiciera en compañía de Amanda una breve visita antes de zarpar para las Indias. Consecuentemente, el lunes siguiente la pareja partió para Lymington.

Grove Place se llamaba el antiguo hogar de Roger. El edificio

se hallaba situado a un cuarto de milla de High Street, hacia el sur del antiguo Borough. La construcción databa del año 1660, habiendo sido en aquellos tiempos la vivienda de una granja. Cien años después de haber sido levantada era añadido al edificio la parte que había de constituir el bloque central y en 1787 el contraalmirante Brook había invertido bastante dinero, del ganado en las Indias Occidentales, en la construcción de dos nuevas habitaciones y un espacioso vestíbulo que contaba con una hermosa escalera semicircular. No se trataba, por tanto, de una lujosa mansión sino, sencillamente, de una casa muy confortable, provista de seis amplias habitaciones, bien proporcionadas, y otras veinte de dimensiones más reducidas. A sus espaldas, sobre una extensión de terreno en pendiente, veíase un vallado jardín. Hacia el sur se divisaba una serie de prados. Desde las altas ventanas de la casa se contemplaba un precioso panorama, del que formaba parte el extremo occidental de la Isla de Wight.

El ajetreado y pequeño puerto estaba sólo a diez minutos de distancia a pie. En la época veraniega siempre cabía el recurso de las excursiones en botes de vela; en el otoño se imponían las expediciones de caza por todos los lugares de los contornos. Durante la primavera, el New Forest, detrás de la población, ofrecía cien encantadores puntos elegibles como centros de animadas jiras. Durante el invierno abundaban los venados por allí. Reuniendo además otros atractivos, era imposible no sentirse feliz en aquellos parajes, en los que Roger había pasado una niñez deliciosa. Y años más tarde también había disfrutado, en sus esporádicas visitas.

Su padre, un hombre alto, corpulento, jovial, de encarnadas mejillas, les acogió con su habitual cordialidad, declarando una y otra vez que había sido grande su alegría al enterarse de que Roger había conseguido salir de Francia sano y salvo. Celebráronse los dos nombramientos, el de padre e hijo. Fue solicitado para la ocasión el mejor de los vinos guardados en los sótanos de la casa. Nadie hubiera podido sentirse más feliz que Ben, el viejo servidor de los Brook, al cumplimentar aquella orden.

El almirante insistió en que su hijo le refiriera sus aventuras en los últimos meses en París. También le pidió que le hablara de su proyectado viaje a las Indias Occidentales. Antes de eso no consintió en contar nada que afectara a su persona. Tras la comida, Amanda se ocupó de que a los dos hombres les fuera servido el Oporto en el cuarto de estar. Luego le preguntó abiertamente a su padre político cómo había ganado su distinción.

— Querida Amanda, yo no he hecho nada de particular — respondió aquél con llaneza —. Bueno. Tal vez tenga algún mérito haber cumplido con mi deber sin desmayos a lo largo de cuarenta años de servicios. Hablando con sinceridad: hubo una racha de buena suerte. Lo corriente es que los despachos sean transmitidos por un oficial con el grado de capitán, siempre que éste posea una buena hoja de servicios. Habiendo recibido yo orden de mis superiores de dirigirme a Harwich, lord Hood decidió que fuese yo quien diese cuenta a Su Majestad, personalmente, de las últimas noticias. Al honrarme a mí lo que el rey pretendió, en realidad, fue honrar a toda la Marina.

— Vamos, padre — insistió Roger riendo —. El mismo rey me dijo que habíais jugado un papel importante en la conquista de Córcega.

— ¡Eso no es cierto! — exclamó el almirante —. El grueso de la flota no participó en esa operación. Su misión era permanecer entre los puertos franceses y la isla, para que nadie interfiriera nuestros movimientos. Como contralmirante mi tarea se reducía a la tan poco espectacular de actuar para lord Hood en las numerosas ocasiones en que la *Victory* nos dejaba, para poder acercarse más y con su inspiradora presencia reforzar el espíritu de nuestros hombres.

— Pero, por favor — apremió Amanda —, decidnos cómo fue tomada la isla.

— Nada más empezar toda la empresa parecía bastante sencilla. El líder de los patriotas, Pasquale de Paoli, controlaba ya la mayor parte de la isla. En poder de los franceses estaban tres plazas fuertes situadas al norte. Ahora bien, éstas resultaron otros tantos huesos difíciles de roer. Pese a ello nos habríamos salido con la nuestra a no mucho tardar de no haber encontrado una inesperada resistencia. El ejército inglés fracasó de una manera lamentable al no prestarnos el adecuado apoyo. En ocasiones, la falta de espíritu mostrada por los integrantes de aquél llevó a nuestros marineros a la locura.

»El asunto se inició a mediados de enero con la intervención del Comisionado de Su Majestad, *sir* Gilbert Elliot, y el teniente coronel John Moore, quienes desembarcaron para establecer un plan de acuerdo con Paoli. El veterano patriota convino en emplear sus partisanos en la labor de impedir que los franceses reforzaran San Florencio mientras nosotros atacábamos por el mar. A primeros de febrero fueron desembarcadas algunas tropas en una playa situada en las proximidades de la ciudad pero nuestros

colaboradores actuaron con excesiva lentitud y fueron nuestros marineros quienes les enseñaron cómo tenían que proceder al instalarse con sus armas en las alturas de los alrededores para llevar el fuego al interior de la fortaleza. Fue un trabajo agotador aquel de instalar las pesadas baterías, arrastradas sobre troncos, izadas con complicados aparejos sobre escarpaduras que eran verdaderos precipicios, pero al fin ocuparon las posiciones señaladas, listas para realizar su devastador trabajo. El día 16 se realizó un asalto a la luz de la luna sobre el principal reducto. Me han dicho que el coronel Moore dirigió aquél con encomiable valentía. Sin embargo, éste fue el único episodio que podía figurar en la cuenta del ejército hasta la conclusión de la campaña.

»Al día siguiente los franceses abandonaron San Florencio. Lord Hood dispuso en seguida lo necesario para que Bastia fuese reducida. Pero el general Dundas, el jefe allí de las tropas, se comportó cobardemente más bien. Argumentó que no disponía de efectivos suficientes para aquella misión, negando toda colaboración hasta que recibiera refuerzos de Gibraltar. Lord Hood se hallaba tan enojado que aunque carecía de autoridad para proceder así le ordenó, amparado en su gran prestigio, que emprendiera el regreso. A mediados de marzo, fingiéndose enfermo para justificarse, se había ido. Su sucesor, el general D'Aubant, no demostró ser mejor. No se le veía dispuesto a mover un hombre por los cerros que separaban San Florencio de Bastia. Entonces nuestro gran almirante declaró que él se encargaría de tomar la plaza con sus propios medios.

»Con este fin destacó al capitán Nelson en el *Agamemnon* y dos fragatas. A esto siguió una de las más bellas hazañas de nuestra historia naval. Horace, u Horacio, Nelson, como él prefiere ser llamado, cuenta solamente treinta y cinco años de edad y es uno de nuestros mejores hombres. Resulta algo pequeño y de no muy fuerte naturaleza, pero en cuanto a celo, inteligencia y valor no hay quien le gane, de no ser el mismo lord Hood. En este episodio desempeñó el papel de un infante de Marina. Desembarcó sus armas de cubierta y bajo su mando sus hombres se transformaron en verdaderos Hércules, ya que consiguieron apostar aquéllas en alturas que a primera vista parecían inescalables, con el propósito de bombardear Bastia. Contra ellos se lanzaron cinco mil resueltos franceses, pero él se condujo como si sus mil hombres hubieran sido en realidad diez mil. Por espacio de seis semanas el enemigo continuó atacando con renovado ardor. El 18 de mayo los esfuerzos de nuestro capitán se vieron recompensados con la

petición de condiciones por parte de los sitiados. Eso sirvió de estímulo al ejército, quien entonces se puso en movimiento. Vimos con pena que aquél llegaba, sin haber disparado un tiro, el día 23, oportunamente, para aceptar la rendición de la ciudad.

»Calvi era ya la única fortaleza que quedaba en poder de los franceses. Quedaba justificado. Por su situación parecía aún más inexpugnable que Bastia. Por entonces el general D'Aubant había sido reemplazado por el general Honorable Charles Stuart, quien demostró hallarse en posesión de más bríos que su colega. Pero tuvo que enfrentarse con un problema, desgraciadamente. La fiebre mermó sus fuerzas. Una vez más el capitán y sus hombres hubieron de encargarse de la tarea de subir las armas a las alturas. Fue en esa ocasión cuando tuvo la mala suerte de ser alcanzado en un ojo por unas piedras que salieron lanzadas por los aires a consecuencia de la explosión de un proyectil. Temióse que perdiera el ojo afectado. El valeroso capitán Nelson resistió herido un día más, negándose de momento a retirarse, asistiendo a la acción por tanto hasta el final. Tras dos meses de lucha, el 10 de agosto la guarnición sitiada se entregaba. *Sir* Gilbert Elliot tomó formalmente posesión de la isla en nombre de Su Majestad.

— Fue precisamente un hermano de *sir* Gilbert, Hugh, quien se distinguió enormemente en la ayuda prestada al rey Gustavo de Suecia. Por aquellas fechas yo me hallaba en aquel país — observó Roger.

Amanda impidió que su esposo comenzara a relatar ese pasaje de su vida inquiriendo nuevos detalles de la campaña de Córcega.

El almirante correspondió atentamente a su curiosidad. Antes de que se dirigieran a sus respectivas habitaciones para descansar todos el padre de Roger hizo una completa descripción de Paoli, el patriota. Aludió también a sus fieros partisanos, que sin embargo les había resultado de escasa utilidad. Al igual que unos buitres humanos, aquéllos se habían lanzado sobre los cadáveres de franceses e ingleses, sin establecer la menor distinción, para saquearlos. Habló asimismo del «León», refiriéndose al sol, que en verano hacía allí más dura la campaña que si se encontraran en África. Refirióse detalladamente a las fantásticas grietas que presentaba el suelo de la isla, a sus grandes bosques de castaños, a los numerosos pantanos, cuyos mosquitos eran los que habían provocado en las tropas inglesas las fiebres que las diezmaran, al sublime apego al deber de que habían hecho gala los marineros británicos pese al implacable castigo por ellos sufrido.

Trató, bastante molesto, de las recientes indagaciones que

había llevado a cabo sobre las quejas de una de las tripulaciones, manifestando que éstas eran fundadas. El almirante era un hombre endurecido por los muchos años de servicio en el mar y se hallaba habituado a la vida incómoda pero consideraba las condiciones en que se encontraban alojados los marineros rasos sencillamente aterradoras. El hecho de que los hombres mutilados en acciones de guerra, luchando en la Armada Real, fuesen devueltos a sus hogares sin pensión alguna, viéndose obligados a vivir de la caridad pública el resto de sus vidas, le producía una gran indignación. Que sus superiores del almirantazgo se mostraran escasamente inclinados a hacer lo posible por que las cosas mejoraran le parecía censurable, denotando que no tenían la menor idea de la importancia de ciertos problemas. El almirante Brook temía, pues aquello se veía venir, que si no se realizaban reformas a fondo pronto se amotinarían las tripulaciones.

Roger y Amanda pasaron en Grove cinco días que transcurrieron rápidamente. Nunca habían realizado una visita tan corta, pero los muchos preparativos que tenían que hacer todavía les obligaban a regresar a Richmond a toda prisa. Dan y la doncella personal de Amanda, la pequeña Nell, les acompañarían en su viaje. El esposo de la cocinera era un hombre respetable, empleado en una caballeriza de la localidad. Decidióse que éste y su mujer quedaran al frente de la casa, encargados de su cuidado.

En su calidad de esposa de un Gobernador, Amanda pensó que debía hacerse acompañar por alguna joven que a la vez que actuaba de acompañante suya le ayudara a cumplir con sus deberes sociales. Para tal menester fue elegida su prima Clarissa Marsham. Clarissa tenía dieciocho años y era huérfana. Como vivía bastante estrechamente en compañía de un tío cuya principal preocupación era la salvación de su alma, había dado un salto de alegría al ofrecérsele aquella oportunidad que le permitiría asomarse al mundo como dama de compañía no oficial. Encontrábase ya en Richmond, ayudando a embalar las cosas más valiosas del hogar de los Brook.

Roger había conocido a Clarissa siendo una chica desgarbada, de inexpresivos ojos y nariz sobresaliente, el día de su boda, para asistir a la cual había faltado a la academia de señoritas que frecuentaba. Al verla ahora aprobó por completo la elección de su esposa. En los últimos cuatro años la figura de Clarissa habíase rellenado a la perfección, adquiriendo sus rasgos faciales más agradables proporciones. Sus vivaces y azules ojos habían dejado

de parecer unos guijarros redondeados de tono mate. Veíase ya un destello de alegría en ellos. El arco de la nariz daba a su rostro una provocativa arrogancia, prudentemente contenida por el evidente deseo que mostraba de agradar. Sus rubios cabellos y su tez, de leche y rosas, acrecentaban su general atractivo. Roger invirtió de buena gana cien guineas en mejorar su equipo, aunque inicialmente pensara en salir del paso con sólo cincuenta …

Durante los últimos días de septiembre la casa se convirtió en un torbellino. Las modistas iban y venían de un lado para otro. En cajas adecuadas iban siendo introducidas prendas de vestir, piezas de las vajillas de plata y porcelana, libros … Todas aquellas cosas, en fin, que quizás en el futuro no resultaran de fácil adquisición. Procedióse luego a atar convenientemente los paquetes, a comprobar las pólizas de seguro y ordenar otros papeles. Tomáronse medidas para dejar bien instalada a la pareja que cuidaría del hogar en ausencia de los dueños, una ausencia que probablemente se prolongaría varios años.

Por último, el día 27, los viajeros se pusieron en camino. Llegados a Londres, se dirigieron a Berkeley Square, a casa de los St. Ermins, donde habían de pasar la noche. El 28 aquel grupo, que aparte de Georgina y Charles incluía a la doncella, Jenny, un servidor, Tom, y un cocinero francés al que llamaban *monsieur* Pirouet, salió de Londres rumbo a Bristol, distribuyéndose sus miembros en cuatro carruajes tremendamente cargados. Al atardecer llegaron a Newbury, alojándose en Wihite Hart. Al día siguiente cubrieron otra etapa, alcanzando por la tarde Normanrood, en Wiltshire, donde residía el padre de Droopy Ned, el marqués de Amesbury. Droopy les había pedido que hicieran un alto allí.

Lord Edward era tenido en aquellos parajes por un hombre extraordinariamente extravagante. No sólo por la índole de sus pasatiempos, cifrados en la manía de coleccionar joyas antiguas, el estudio de las religiones antiguas y la experimentación sobre su persona en drogas orientales sino también porque aborrecía lo que había dado en llamar «deportes sangrientos». Era, no obstante, un excelente pescador. El río Avon, que cruzaba las propiedades de su padre, era un señuelo para él, atrayéndole inevitablemente todas las primaveras. Volvía también por septiembre a Normanrood con el exclusivo propósito de comer moras, por las que sentía auténtico delirio. Incluso en aquel lugar vestía tan estruendosamente como en la capital. Cuando salió de debajo del pórtico de la gran mansión para recibir a sus huéspedes iba

envuelto en satén, perfumado y rizado igual que si marchara al encuentro de un principesco séquito en pleno Bath.

Pasaron una velada muy agradable. Cuando todos se disponían a retirarse a sus habitaciones Droopy retuvo a Roger, diciéndole que deseaba hablarle a solas. Entonces condujo al joven a su refugio, colmado de libros. De un armario sacó un jarro que contenía un extraño líquido, compuesto en un monasterio extranjero, importado especialmente para él. Habiendo llenado dos altos vasos con aquel elixir color ámbar, manifestó:

— Tú sabes muy bien, Roger, cuánto me ha alegrado ese nombramiento de Gobernador, distinción magnífica que además te mereces. Lo último que yo quisiera es que mis palabras fuesen una especie de sombra para tu alegría. Sin embargo, no me consideraría un buen amigo tuyo si no te confesara que me inspira alguna inquietud tu inminente marcha a las Indias.

No albergando su mente en aquellos instantes la más leve preocupación, en plena digestión de una excelente cena, Roger inquirió animoso, aunque un tanto amodorrado:

— Y eso, ¿por qué, Ned? Lo único que ensombrece mi alegría es, quizá, pensar que por espacio de varios años no vamos a vernos con la frecuencia de antes, cuando mis misiones me llevaban todo lo más al continente europeo.

Droopy movió de un lado para otro su alargada cabeza, semejante a la de un pájaro.

— No estaba pensando en eso sino en tu salud y en la de los que te acompañan.

Roger se encogió de hombros.

— La perspectiva del cambio me ha entonado, verdaderamente. Es decir, he vuelto a ser ya con eso el mismo de antes. Pero tú has mencionado a los otros. Quizá te quieras referir a las enfermedades que acechan a los blancos en aquellas regiones, ¿no es así?

— Así es, en general. Y me refería a la fiebre amarilla en particular.

— Mi padre me ha hablado de ello. Recordarás que estuvo destinado en las Indias la mayor parte de los años que nosotros pasamos en la escuela. Me dijo que por culpa de esa terrible enfermedad allí quedaron muchos de sus hombres.

— Por aquellos tiempos el riesgo era ocasional puesto que se limitaba a las fechas de estacionamiento de los buques en los puertos que tocaban. Tu caso es distinto. Habrás de vivir permanentemente en tierra. Me preguntaba si sabrías qué terrible

azote supone la fiebre amarilla.

— He oído hablar muy poco de lugares tan distantes durante el tiempo que pasé en Francia. Sé, no obstante, que esa enfermedad entorpeció nuestras operaciones en Córcega, causando numerosas bajas.

— Mira, Roger, esto no debe trascender. El Gobierno calla por razones que no se te habrán de escapar, pero lo cierto es que en el transcurso del pasado año hemos perdido en aquellas malditas islas más de diez mil soldados, todos ellos aniquilados por el demonio amarillo.

— ¡Diez mil soldados! — exclamó Roger horrorizado —. ¡Un ejército! Esto es, los mismos hombres que podían habernos ganado la guerra de haber sido traídos a Inglaterra la pasada primavera. También hubieran podido ser enviados en ayuda de lord Hood cuando todavía Tolón estaba en nuestro poder. ¿Estás seguro de lo que dices?

— ¡Y tan seguro! — Droopy asintió enérgicamente —. Y aún continúan en el mismo plan, muriendo como moscas. Pretendo hacerte ver la conveniencia de adoptar todo género de precauciones para evitar que llegues a contraer esa mortal infección.

— Haré lo que esté en mi mano. ¿Podrías darme alguna orientación?

Droopy tomó un sorbo de licor. Luego contestó:

— Poco es, desgraciadamente, lo que se conoce sobre tal enfermedad. Los médicos aseguran que tiene su origen en las miasmas desprendidas por las noches de los pantanos situados en las partes bajas de la línea costera. Yo sostengo una teoría diferente. Es posible que sea transportada por los mosquitos que infestan tales sitios. Eso es lo que yo creo. De todas maneras yo te aconsejo que nada más llegar a Bristol compréis cierta cantidad de fina muselina, bajo la cual dormiréis en lo sucesivo. Por lo menos impedirá que los mosquitos os molesten con sus picotazos. Por lo que al tratamiento respecta te comunicaré que el té a base de la corteza de Cinchona ha demostrado ser eficaz. Ahora bien, prevenir es mejor que curar y si os decidís a tomar todos una taza nada más levantaros, por la mañana, puede que eso os proteja contra la infección. Me agradaría que me prometieras, Roger, que procederéis de acuerdo con mis instrucciones.

— Has hablado sensatamente, querido. Por mi parte queda prometido y me ocuparé de que los demás adopten esa costumbre. ¿Puedes sugerirme algo más?

— Me temo que no. Te daré una droga para que la tomes en el caso de que sufras un grave ataque. Es capaz de reducir a quien la utiliza a la inconsciencia por espacio de muchas horas y tienes que manejarla con gran cuidado porque una dosis excesiva causaría un daño irreparable, fatal. No obstante, pone al cuerpo en condiciones de resistir el ataque de la fiebre.

— Muy agradecido. Desde luego, llevaré esa droga conmigo.

— Hay otra cosa. Es un hecho probado que la enfermedad no se presenta a una milla de distancia como mínimo de tierra. Por eso creo que se propaga mediante los picotazos de los insectos más bien que por los efluvios desprendidos de las zonas pantanosas. Efectivamente, estos últimos pueden ser arrastrados por los vientos, llegando merced a ellos a sitios lejanos. Los mosquitos, en cambio, sólo pueden cubrir trayectos relativamente pequeños. Por consiguiente, si al llegar a la Martinica te encuentras, como yo me temo, con una epidemia usa de tu autoridad de Gobernador para obligar a los soldados a abandonar los cuarteles, insistiendo cerca de sus superiores para que sean instalados en los buques que haya disponibles, que habrán de zarpar inmediatamente. Incluso aquéllos ya enfermos pueden recobrarse escapando a una segunda infección.

Con la prometida droga en una de sus maletas y el valioso consejo de Droopy en su mente, Roger tomó asiento, a la mañana siguiente, en el vehículo que encabezaba la expedición. Luego la aravana comenzó a alejarse del imponente edificio de Normanrood mientras su amable y miope anfitrión agitaba una mano, saludando a sus amigos. Así permaneció hasta que sus ojos dejaron de divisar la nube de polvo levantada por los carruajes. Aquella tarde los viajeros llegaban a Bristol, hospedándose en *Negro's Head*.

Bristol había sido durante mucho tiempo la segunda ciudad del reino, pero estaba a punto de ceder su puesto a Liverpool, población que había introducido reformas revolucionarias en la organización del puerto, ofreciendo a los buques para sus tareas de carga y descarga más facilidades que ninguna otra. El sistema de los canales, gracias al cual el coronel Thursby se había hecho de una gran fortuna, arrojaba un transporte de mercancías, para las florecientes industrias de Lancashire y Midlands, más económico que el efectuado por carretera. Además, los propietarios de buques de allí habían acaparado todo el volumen del comercio de esclavos, que producía enormes beneficios. Bristol descansaba ahora, principalmente, en el movimiento a que daba lugar su

tradicional intercambio con las Indias Occidentales, sus grandes refinerías de azúcar y su industria de construcción naval, que contaba muchísimos años.

Ocurría allí lo mismo que en todos los grandes centros indus triales: la Revolución Francesa había sembrado la inquietud entre el elemento obrero. La propaganda de los jacobinos británicos lograba muchos adeptos para las doctrinas comunistas. El dueño de *Negro's Head* informó a Roger sobre la situación, notificándole que en aquellos momentos había planteada una huelga en los astilleros locales. Suspiraron aliviados al enterarse de que esto no impediría la salida de su buque.

En la mañana siguiente, 1.° de octubre, hicieron sus últimas compras en tanto que los servidores marchaban tras los equipajes al muelle para ver si éstos eran convenientemente guardados a bordo. Habiendo comido muy temprano en la hospedería, Roger y los suyos se dirigieron a la dársena de Cumberland, donde se encontraba el buque. Tratábase de la *Circe*, mandado por el capitán Cummins. Aguardaba tan sólo la llegada de los pasajeros para sacar ventaja de los vientos que soplaban y zarpar.

Con la marea de última hora de la tarde la Circe inició su descenso por el río. En el gran camarote de popa el capitán y los viajeros bebieron, brindando por una travesía feliz. Pero … Mucho antes de desembarcar en las Indias, Roger habría dado cuanto poseía por cambiar los peligros que les acechaban en aquel funesto navío por los días que pasara en París amenazado constantemente, en las jornadas más críticas del Terror.

Capítulo IV

CONFLICTO A BORDO

Por aquella época habría unos catorce mil buques mercantes que surcaban los mares bajo el pabellón británico. La mayor parte de ellos desplazaban trescientas y quinientas toneladas. Sólo la «East India Company» poseía unos cuantos gigantes de los mares, cuyo tonelaje oscilaba entre las cifras de mil y mil cuatrocientas.

Pero es que la *Compañía* era algo aparte. El monopolio del comercio con la India, Ceilán, Burna y China habíala hecho fabulosamente rica. Los miembros de su Consejo directivo habían utilizado los recursos de que disponían a fondo, para establecer un servicio digno de su vasto y privado Imperio. Los jóvenes eran enrolados como cadetes únicamente después de una rigurosa selección y en las altas esferas sociales se consideraba tan honroso entrar al servicio de la Compañía como ingresar en la Armada o estudiar para el Foro. Sus oficiales vestían un elegante uniforme. Para ascender tenían que haber hecho determinado número de travesías, demostrando la eficiencia requerida para el empleo a que aspiraban. Todos ellos disfrutaban del privilegio de un espacio reservado en la carga total, de manera que solían obtener pingües beneficios con sus trapicheos privados. Dicho espacio era tan considerable que no resultaba extraño que en un solo viaje un capitán ganara diez mil libras, a repartir con los que le ayudaban a llevar a buen fin la operación. Muchos oficiales de la Compañía procedían de la Armada Real. Los buques de aquélla se veían bien cuidados. Sus marineros eran hombres expertos en su oficio. La Compañía, por algún decreto especial, escapaba también en ciertos aspectos a la acción del fisco.

Muy diferente era el estado medio de los otros buques que

integraban la Marina Mercante inglesa. Cosa extraña: para prestar servicio en ellos había que sufrir un riguroso examen. Y sin embargo, las tripulaciones estaban integradas por verdadera chusma, ex presos y hombres que pretendían salir del país para eludir un arresto inminente. Sus oficiales se reclutaban entre los individuos de duro carácter que, generalmente, habían servido muchos años como subalternos. Luego, para ser piloto o capitán no había que sufrir ningún examen. Uno de aquellos tipos ambiciosos tenía suficiente con aprender unos elementos de navegación. Más adelante una recomendación de sus superiores le procuraba un camarote a popa, en el cual, andando el tiempo forjaría el subsiguiente cargo de capitán. Efectivamente, solía decirse de aquellos hombres que «habiendo entrado por el escobén salían por cualquiera de los portillos de los camarotes de popa». Ocurría frecuentemente, también, que cuando se encumbraban en el puesto perseguido tanto tiempo se entregaban a la bebida, perdiéndose sus tripulaciones y los navíos a ellos confiados, por una lamentable combinación de alcoholismo e incompetencia.

El capitán Cummins, de la *Circe*, no era mejor ni peor que los demás marinos de su tipo. Tendría unos cincuenta años de edad. Era hombre rudo y de gran experiencia, habituado a capear toda clase de temporales. Cuando el mar cobraba un aspecto amenazador se mantenía alerta en cubierta, horas enteras, días, incluso. En las jornadas de calma encerrábase en su camarote para dedicarse exclusivamente a beber ron, hasta el punto de perder casi la cabeza. Su respiración recordaba el ruido de un gran fuelle al encogerse y dilatarse alternativamente, poseía la fuerza de una mula y era capaz de hablar peor que el que más mal hablase de la tripulación. Imponía la disciplina entre sus hombres con feroz brutalidad.

Afortunadamente para sus pasajeros éstos podían eludir su compañía la mayor parte del tiempo. En los barcos de la «East India», determinados comerciantes, los *nouveaux riches*, pagaban hasta cien libras por disfrutar del privilegio de comer en la mesa del capitán todos los días que durara el viaje. Ahora bien, los que se dirigían a las Indias disponían de una acomodación más restringida. Lo único que cabía hacer era instalar una gran mesa en el camarote de popa. El capitán entonces comía en la suya.

La *Circe* era una embarcación que desplazaba cuatrocientas treinta toneladas. Al igual que sucedía en todos los buques de su categoría, los pasajeros no disponían para congregarse de otro sitio que el camarote de popa o la cubierta. Poseían el alojamiento de

un modo exclusivo, relativamente, pues tenía que darse a aquél otros usos. Por ejemplo, habíanse establecido dos turnos. Primero comían los servidores y luego los señores, para que éstos, si les placía, hiciesen un rato de sobremesa frente a sus copas de vino. Adyacentes al camarote grande existían doce de menores dimensiones, la mayoría de los cuales contaban con literas dobles. Pero St. Ermins había hecho un arreglo con los armadores por el conjunto de la acomodación de los pasajeros. Así pues, disponían de espacio suficiente para su equipaje en los camarotes no ocupados. Éstos se hallaban bien equipados. Sus portillos protegerían a sus ocupantes del violento sol tropical. Por debajo de ellos, en el camarote principal, había un largo sofá de forma semicircular. Varios espejos con marcos de caoba adornaban los mamparos. En uno de los camarotes pequeños había sido instalada una tina, convenientemente asegurada para servir de baño. Los viajeros se habían provisto por sí mismos de la necesaria ropa de cama. En consecuencia, una vez se hubieron habituado a andar por allí, agachándose oportunamente para evitar desagradables tropiezos con los bajos techos, no encontraron su alojamiento del todo incómodo.

Por supuesto, no se trataba de zarpar para dirigirse sin el menor rodeo a su punto de destino. Aún en tiempos normales surcaban las aguas centenares de buques piratas, tanto alrededor del continente europeo como del americano. Entonces, debido a la guerra con Francia, aquéllos eran más numerosos que nunca. Por tanto habíase organizado un sistema de convoyes del que sólo se exceptuaban los barcos más rápidos.

Como las probabilidades de un viaje feliz dependía de los vientos la organización de los convoyes estaba a tono con la marcha natural de las estaciones. El primer desplazamiento invernal se producía a primeros de octubre. Por causa de las exigencias bélicas los buques navegaban escasamente protegidos. Habitualmente la escolta se componía de dos corbetas de dieciocho cañones, a cargo de las cuales quedaban agrupaciones de navíos en número de sesenta a ciento veinte, en general mercantes pesados y lentos que tenían que ser dejados en la otra orilla del Atlántico sanos y salvos, con sus correspondientes dotaciones y pasajeros.

Los convoyes que se dirigían a las Indias Occidentales se formaban en Cork. Generalmente pasaban siempre varias semanas antes de que todos los buques se hubiesen agrupado. St. Ermins no ignoraba esto, por lo que deliberadamente había retrasado la

partida de su grupo hasta que estuvo seguro que en el puerto se hallaba ya concentrado el grueso de la expedición. De producirse entonces un aplazamiento éste sería imputable al tiempo. Su cálculo resultó bastante exacto, ya que la *Circe* levó anclas el 6 de octubre, tras pasar en Cork tres días únicamente. En el transcurso de éstos, Roger y los suyos saltaron a tierra numerosas veces, disfrutando con la liberal generosidad de las amistades que tenían en aquella población. La *Circe* se hizo a la mar acompañada por unos setenta y cinco buques.

Una dilatada experiencia había enseñado a los navegantes de aquel tiempo que el viaje más rápido a las Indias se hacía poniendo primero rumbo a Madeira, dirigiéndose luego hacia el norte. Los vientos aseguraban así una veloz y tranquila travesía del Atlántico. La curva descrita se iniciaba en los 35° norte, terminando a 15° del Ecuador.

Nada más zarpar de Cork el convoy se encaminó hacia el sur por el oeste, para distanciarse más adelante del Cabo Finisterre unas cien millas. Durante los primeros cuatro días se disfrutó de un tiempo excelente. Las limitadas dimensiones de las cubiertas de la *Circe* hicieron que los pasajeros llegasen a conocer a los miembros de la dotación de vista, así como a sus oficiales, que solían saludarles con una leve inclinación de cabeza. Componíase la tripulación de cuarenta y dos marineros, tres pilotos, un contador, un sobrecargo y un médico. El buque transportaba a bordo, principalmente, paños burdos y carne en salazón. Los dueños de las plantaciones tenían la costumbre de obsequiar a los esclavos con aquellos presentes llegada la Navidad.

Con vistas a la protección del comercio británico habían sido promulgadas numerosas leyes, declarando de curso ilegal las mercancías procedentes de las colonias o de la metrópoli, según se tratase en los buques ingleses, tripulados por súbditos de la misma nacionalidad. Pero la separación de las colonias norteamericanas y la extraordinaria necesidad de disponer de marinos para tripular los navios de la Armada, varados años antes muchos de ellos y vueltos a poner en servicio, habían restado rigidez a las disposiciones oficiales. Una de las transcendentales reformas era que las colonias podían comerciar libremente con los recién independientes estados. Otra, que en las dotaciones de los mercantes podían figurar marineros extranjeros, siempre en una proporción razonable.

Por este motivo figuraba como primer piloto de la *Circe* un fuerte holandés, actuando de contador un sueco. Tres de los

marineros eran baltos y otros ocho, recogidos en Puerto Rico, en un viaje anterior, de origen español, más o menos.

Jennings y Baird, el segundo y tercer piloto, respectivamente, eran un par de rufianes, fáciles de confundir con los miembros del grupo de marineros rasos. Wells, el sobrecargo, iba a bordo con la exclusiva misión de actuar por cuenta de los propietarios de la mercancía transportada cuando el buque llegara a su destino. Era un joven con la cara llena de granos, una víctima de la tuberculosis que había emprendido aquel viaje sólo para intentar recuperar la perdida salud. El único de todos estos hombres que podía presumir de poseer una educación algo esmerada era el médico, un joven y agradable escocés que respondía al apellido de Fergusson.

El convoy se encaminaba a todo trapo hacia el sur. Pocos de los buques comprendidos en aquél eran tan grandes como la *Circe*. En su mayoría iban aparejados con velas cuadradas, siendo de tres palos. Pero había muchos también de dos mástiles y cierto número de goletas y bergantines. El sol de octubre se reflejaba en ocasiones en las blancas velas de las embarcaciones, diseminadas por toda la extensión oceánica que podía abarcar la vista de un hombre, componiendo un bello espectáculo.

Durante el primer domingo que pasaban en el mar el capitán se ocupó de dirigir el servicio religioso. Charles y Roger leyeron las «Lecciones». Los pasajeros estuvieron presentes pero no parte de la tripulación. La ausencia de los puertorriqueños, por el hecho de ser católicos, era lógica. No así la de ocho o diez marineros ingleses, que habiéndose negado a trasladarse a popa con el fin citado se reunían después a proa para entonar sus plegarias juntos.

La reunión fue dirigida por uno de los contramaestres, llamado Ephraim Bloggs. Contaría éste unos treinta años y era un magnífico ejemplar humano, coronado por una masa de cortos y rizados cabellos. Notábase a primera vista que se trataba de un hombre de fuerte personalidad, superior al tipo medio de los individuos que en todas las embarcaciones llenaban los sollados de proa.

Roger contemplaba el reducido grupo situado a cierta distancia del mismo, algo inquieto ante aquella especie de cisma que minaba la unión que debía haber entre los tripulantes. No es que él fuera un fanático defensor de la Iglesia de Inglaterra sino que sabía que los llamados jacobinos británicos habían encontrado sus más ardientes partidarios entre los disidentes y utilizaban a menudo sus reuniones para hacer propaganda de sus doctrinas

revolucionarias.

Al dar cuenta al capitán Cummins de sus impresiones sobre aquel asunto el hombre le contestó que también él había mirado tales reuniones con malos ojos y que hubiera preferido que no se celebraran. Ahora bien, bajo la bandera británica se observaba siempre una gran tolerancia en materia religiosa. No podía prohibir tales manifestaciones. El capitán le explicó a Roger que Bloggs era un antiguo herrero, rumoreándose que había tenido que huir años antes de su pueblo por haber dejado medio muerto, tras una brutal agresión, al cacique de aquél, en un ataque de irrefrenable ira. Ya había demostrado la violencia de su carácter en una riña con su jefe, habiéndole sido puestos los grilletes por insubordinación. Esto aparte, era un excelente marino. Ningún contramaestre era más digno de confianza, cuando tenía en sus manos el timón.

Al día siguiente, el quinto de la salida de Cork, una serie de fuertes ráfagas forzó al convoy a recoger velas. Los hombres tiraban de jarcias y corrían de un lado para otro dejando oír sus alegres cantos, que pronto serían sustituidos por tristes lamentos.

Hallábanse ahora a la altura del Golfo de Vizcaya. El tiempo empeoraba rápidamente. Por la noche la visibilidad descendió a media milla. Avanzaban ya con los mástiles desnudos frente a la tormenta. Georgina y Nell se habían retirado, con las mismas náuseas de siempre, recrudecidas por el violento balanceo. No tardaron en recuperarse, sin embargo. Amanda y Jenny cayeron también. La joven Clarissa era la única mujer que continuaba igual. Charles demostró ser un buen marido, pero Roger hubo de hacer acopio de toda su voluntad para no sucumbir. Sobre la cubierta del barco y en pleno mar solía perder su habitual confianza en sí mismo.

A lo largo de la noche la tormenta se recrudeció. Mucho antes del amanecer, Roger habíase dado por vencido y yacía tendido cuan largo era en su estrecha litera, presa de las más angustiosas náuseas. Aún no contando con el horroroso cabeceo del buque, *monsieur* Pirouet no hubiera podido confeccionar ningún plato, ni siquiera en el caso de que le hubiesen ofrecido una fortuna. Tom tampoco estaba en disposición de servirlo, ni Charles de comer … Clarissa resultó ser la única candidata.

Dan, que había pasado la mayor parte de su existencia en el mar, podía hacer frente a cualquier temporal. Así pues, preparó para la joven un buen desayuno en la cocina de pasajeros. Luego

permaneció al lado de la mesa, atento a los varios utensilios que por los movimientos del buque corrían peligro de caer al suelo, contemplando a Clarissa con admiración mientras ésta comía.

A continuación Clarissa se dedicó a recorrer los alojamientos de sus amigos y servidores, haciendo cuanto pudo por ellos. Luego insistió en subir a cubierta. Dan la condujo a popa y aquí, por temor de que una inesperada ola pudiera barrerla, la ató al palo de mesana con la primera cuerda que encontró a mano. Procedió muy bien porque el barco se inclinaba alarmantemente tanto de un costado como de otro y pocos segundos después se perdía por unos momentos bajo las olas la cubierta. Calada hasta los huesos, con los cabellos chorreando agua, Clarissa permaneció allí toda la mañana. Días después les decía a sus amigos que jamás había vivido una experiencia tan emocionante.

Estos últimos pasaron los tres días siguientes en los camarotes. El doctor Fergusson, Clarissa y Dan estuvieron ocupándose constantemente de ellos. Cada vez que el buque parecía elevarse sobre una de aquellas montañas líquidas, que eso venían a ser las olas, los maltrechos pasajeros contenían el aliento; luego, al iniciar el descenso, como si el navío fuera a sumergirse en un insondable valle, sentían la misma impresión que si fuesen a quedarse vacíos, yendo a vomitar de un momento a otro cuanto tenían dentro del cuerpo. Sus gemidos eran ahogados por el rumor ensordecedor de los truenos, la incesante lluvia y la masa de agua que alfombraba el piso de las cabinas hasta la altura del tobillo, la cual, impulsada por los bruscos movimientos de la nave, se estrellaba contra los mamparos y se colaba por los intersticios de las puertas con ululantes silbidos. Silbaba también el viento por entre las jarcias cuando la *Circe*, cogida de través por una de tantas olas, parecía estar a punto de hacerse pedazos. No pasaba ni una sola hora sin que se oyese el crujido de una verga o el golpe de uno de los botes de salvamento al desprenderse de sus pescantes para estrellarse contra la cubierta. Todos temían que cada una de aquellas sobrecogedoras experiencias fuese la última. El miedo se convertía en pánico cuando los viajeros pensaban que caídos al mar, en caso de naufragio, no podrían luchar por salvar sus vidas, agotados como se hallaban ya por las angustias de los días precedentes.

Ellos no lo sabían con certeza pero la verdad era que sus temores se hallaban bien justificados. En efecto, la tempestad iba empujando a la *Circe* hacia la costa portuguesa. De haber continuado aquélla con la misma furia, el barco se hubiera hecho pedazos entre las rocas. Al cuarto día, por la tarde, el tiempo, a

Dios gracias, mejoró. Entonces aumentó la visibilidad. El capitán pudo ya divisar la costa y maniobrando con la vela del trinquete fue capaz de enmendar el rumbo.

Hasta tal punto se había dispersado el convoy que sólo uno de los acompañantes de la *Circe* se hallaba a la vista: un bergantín que había perdido todas las vergas y velas más altas. No se encontraba en mejor situación la *Circe*. Sólo había quedado intacto de ella el palo trinquete. Casi todas las vergas superiores habían desaparecido. Sus cubiertas eran una confusa masa de aparejos, quebrados en el transcurso de las agitadas últimas horas de su singladura. Un miembro de la tripulación había sido lanzado fuera del barco por las impetuosas olas; otro había muerto al caerle encima una de las vergas arrancadas durante el temporal; dos se encontraban gravemente heridos. Los dos capitanes decidieron recalar en Lisboa, a cuyo puerto llegaron ambas naves para alivio de todos el día 15 de octubre.

Dos buques más, de los que integraban el convoy, se hallaban ya anclados allí. Otros tres enfilaron dicho puerto en el transcurso de las siguientes veinticuatro horas. Cuatro o cinco sufrían averías tan serias que tendrían que permanecer allí por algún tiempo, reparando. Ninguno de los barcos de escolta figuraba entre ellos. Sin embargo, como un buque de guerra portugués iba a salir en breve para Madeira, acompañando a un reducido convoy mercante, siendo la partida el día 20, el capitán Cummins decidió hacer cuanto pudiera para que por aquella fecha la *Circe* estuviese lista y en condiciones de figurar en el grupo. Hubo que contratar más mano de obra y trabajar de sol a sol a lo largo de los cuatro días siguientes. La *Circe* se convirtió en una especie de laberinto en el que se oía a todas horas un ruido infernal. Los martillos y las sierras no paraban; los hombres gritaban transmitiéndose órdenes; sobre las cubiertas caían con gran estruendo tablas y otras piezas de madera.

Para escapar a aquella insoportable confusión los pasajeros, aunque no del todo recuperados, saltaban a tierra. El brillante sol de octubre les reanimó pronto. Cuarenta años antes Lisboa había sufrido el más devastador terremoto de los tiempos modernos. La mayor parte de la ciudad había quedado en aquella ocasión reducida a un montón de escombros. El puerto y los barcos surtos en él se habían visto afectados por la catástrofe, en la que perecieron cuarenta mil personas, en el espacio de unas horas. Los portugueses, no obstante, habían encajado aquella terrible calamidad con gran valor. De entre los escombros pronto había

comenzado a surgir una nueva y bella ciudad que contaba con muchos y majestuosos edificios.

Los pasajeros se sintieron maravillados al visitar algunas plazas y avenidas de la capital. El tercer día de su estancia hicieron una excursión a Cintra, donde disfrutaron de una buena comida a la sombra de unas parras, rociando aquélla con un vinillo delicioso. Su satisfacción por verse libres de los estrechos alojamientos de la *Circe* momentáneamente se vio ensombrecida tan sólo por las noticias que llegaron a sus oídos sobre los otros buques de su convoy, muchos de los cuales habían naufragado en las proximidades de la costa. Diez, por lo menos, habían quedado destrozados sobre los arrecifes y era seguro que otros se habían hundido durante la tormenta, en alta mar. Consideráronse, pues, ellos muy afortunados por haber escapado a aquella aventura sin más daños que los sufridos en sus ropas y otras cosas que poseían.

El día 20 la *Circe* zarpaba del puerto de Lisboa con el convoy portugués. Les acompañaba una goleta recién llegada. El tiempo era bueno en aquellos momentos. Reinaban, empero, vientos contrarios, cosa lógica en aquella época del año. De nuevo los buques emprendieron una navegación zigzagueante, avanzando en raras ocasiones más de dos millas por hora en dirección a su punto de destino. Al cuarto día de viaje se produjo un conflicto a bordo de la *Circe*. Una delegación de tripulantes presidida por Ephraim Bloggs se acercó a popa para protestar de la mala calidad de la comida.

Roger averiguó más tarde que la queja era razonable, hallándose plenamente justificada. Los pasajeros no supieron nada de aquel hecho, hasta que viendo a Bloggs atado a un mástil se enteraron de que iban a serle propinados cincuenta latigazos. De acuerdo con las manifestaciones del capitán, después de haber sido comunicada a la delegación que nada podía hacerse por mejorar sus condiciones de vida, Bloggs hubo de ser sujetado por los otros hombres para impedir que se abalanzara sobre la persona que ostentaba la máxima autoridad a bordo del buque. Cummins tenía que hacer un escarmiento para imponer la disciplina.

Cincuenta latigazos suponían ciento cincuenta cortes. Tal castigo podía significar la muerte para un individuo mal dotado físicamente. Las mujeres se quedaron aterradas ante la brutal sentencia. Charles y Roger convinieron que podía haberse explicado sólo en el caso de que Bloggs hubiese llegado a golpear al capitán. Pero la palabra de éste era ley a bordo del buque y una vez hubo rechazado las súplicas de ellos, en solicitud de que

redujera el número de latigazos, ya no cabía hacer nada. Era imposible evitar que aquello fuera adelante.

Amanda, Clarissa y las dos doncellas se apresuraron a refugiarse en sus camarotes. Georgina se opuso a retirarse. Charles la cogió del brazo, diciéndole:

— Querida, éste no es el sitio más adecuado para una mujer. Te ruego que te unas a Amanda y Clarissa.

Ella denegó con un movimiento de cabeza.

— No, Charles. Me propongo quedarme aquí y tengo una razón para adoptar tal proceder.

Sus nudillos se tornaron blancos al cerrar sus manos con fuerza sobre el pasamanos que tenía en frente. Luego volvió el rostro para no ver la horrible escena que comenzaba a desarrollarse a sus pies. No obstante, no movió ni un músculo, ni siquiera cuando en el décimonoveno latigazo Bloggs comenzó a gritar y a impetrar la ayuda de Dios. Habíase abatido el látigo treinta y cuatro veces sobre él cuando se desmayó. El capitán Cummins, convencido evidentemente de que había dejado bien sentado el principio de autoridad, ordenó al ejecutor del castigo que desatara a Bloggs.

Cuando su ensangrentado cuerpo se derrumbaba sobre la cubierta oyóse la voz de Georgina, clara y seca:

— ¡Que lleven a ese hombre al camarote vacío que hay al lado del de mi doncella!

El grupo de marineros que rodeaban a Bloggs levantaron la vista hacia ella, contemplándola con ojos atónitos. Después miraron al capitán, aguardando la confirmación de aquella orden. Cummins volvió la cabeza, con el rostro ligeramente enrojecido, declarando:

— No está permitido, *milady*, que uno de los miembros de la tripulación ocupe uno de los camarotes de popa. A proa se hallará perfectamente y allí le visitará el doctor.

— ¡Habéis oído lo que dije! — respondió Georgina con brusquedad —. ¡Procurad que esos hombres me obedezcan!

— *¡Madame!* — protestó el capitán, irritado —. Esto no es cosa vuestra y …

— ¡No quiero oír nada! — a Georgina habíasele encendido la sangre, aquella sangre casi gitana que circulaba por sus venas. Los ojos le llameaban, además —. Me he metido en esto porque estimo mi intervención necesaria. Negaros a seguir mis indicaciones y os prometo que cuando regrese a Inglaterra daré cuantos pasos sean precisos para que los armadores de este buque os dejen en tierra para siempre.

La situación era embarazosa. Roger simpatizaba con Georgina, apreciando su generoso impulso, pero también estimaba lamentable que se expusiera a sufrir una humillación en público o llegara a minar la autoridad del capitán en el caso de que éste accediera a sus deseos. Afortunadamente, a Charles se le ocurrió mediar en la desagradable discusión, diciendo en un tono de voz humorístico y sereno al enfadado Cummins:

— Esta dama, *sir*, no pretende criticar vuestra actuación tratándose de un asunto que afecta al gobierno interior del buque. Pero esta terrible escena le ha afectado mucho, hasta el punto de serle imposible contener sus explicables impulsos. Ninguno de nosotros discute vuestro derecho a aplicar el castigo que consideréis más adecuado ante una falta. Ahora, habéis de reconocer que no existe ninguna disposición legal que prohíba que la víctima sea atendida tras la ejecución de la sentencia. ¿He de decir algo más para forzaros a acceder a los deseos de esta señora?

El capitán Cummins vio con buenos ojos aquella simbólica ramita de olivo que se le tendía. Las palabras que acababa de oír habían sido amables y blandas pero también advirtió en los ojos del joven conde un expresivo destello. Por aquellos días un noble era todavía un poder con el que había que contar. Encogiéndose de hombros hizo una señal a los marineros para que transportaran a Bloggs, aún inconsciente, al camarote situado al lado del de Jenny.

Sin volver a mirar para nada al capitán, Georgina bajó a aquél. Jenny se apresuró a llevarle agua caliente. La joven se recogió sus amplias faldas y lavó las heridas que Bloggs tenía en la espalda con una solución de sal muy poco concentrada, instalando después a aquél con la mayor comodidad posible. Finalmente lo dejó al cuidado de Jenny. Dos días más tarde Bloggs se hallaba recuperado. El doloroso castigo le había afectado escasamente, gracias a su fuerte naturaleza. Entretanto, Jenny habíase enterado de no pocas cosas relativas a su persona.

Jenny declaró que, a juzgar por sus palabras, tenía en su violento carácter el peor de los enemigos. Cierto era que se había visto obligado a huir de la población en que vivía por haber dejado medio muerto, a consecuencia de una paliza, a quien dentro de ella se empeñaba en ser dueño de vidas y haciendas, pero no era menos verdad que aquel cacique habíase hecho merecedor del castigo por haber arrojado fuera de su casa a una pobre e inválida anciana. Bloggs sabía leer y escribir y seguía la doctrina metodista. Cosa extraña en aquellos días: siempre había

renegado de la bebida. El relato de las condiciones en que se vivía a proa resultaba impresionante. Como discípulo convencido que era de Tom Paine, había querido en todo momento asegurar los «derechos del hombre» para el desvalido, incluso si como último recurso se veía obligado a apelar a la fuerza.

Georgina refirió esto a los otros con algunos recelos. Ella y Charles se consideraban responsables del bienestar de los que de ellos dependían pero habían sido educados al estilo tradicional y pensaban que los seres que ocupaban una posición más humilde en la sociedad tenían que sentirse contentos puesto que Dios había señalado a cada uno el puesto en que habían de servirle. Roger oyó todo aquello con gran interés, ya que tenía no poco que ver con los presentimientos que se apoderaran de él al observar antes las reuniones celebradas por Bloggs y los suyos los domingos.

Su inquietud se acrecentó por el hecho de que el domingo siguiente al azotamiento de Bloggs cinco hombres más de la tripulación dejaron de asistir al servicio de la Iglesia de Inglaterra, uniéndose a los disidentes. Terminadas las plegarias, aquellos hombres, una docena, aproximadamente, siguieron reunidos. Permanecían en cuclillas sobre la cubierta, fumando en sus pipas de arcilla, charlando en voz baja.

Roger no tenía motivos para suponer concretamente que Bloggs trataba de amotinar a la dotación. Pero era en cambio casi seguro que podía adivinar lo que se hablaba en aquellas reuniones y sabía por experiencia la serie de horrores que posiblemente se derivarían de la general aceptación de las doctrinas de Bloggs. Roger había asistido muchas veces al espectáculo que ofrecían los hombres llenos de buenas intenciones dirigiéndose a la masa inculta. Al final aquéllos eran barridos por todos los rufianes sin escrúpulos, que arrastraban al populacho a cometer los más brutales excesos. Consecuentemente, decidió aprovechar la primera oportunidad que se le presentara para hablar con Bloggs.

Surgió aquélla por la tarde, cuando el áspero contramaestre se encontraba ante la rueda del timón. Roger comenzó a charlar con él con toda naturalidad y tras unas cuantas observaciones indiferentes le preguntó sobre las condiciones imperantes entre la tripulación.

Éste era un tema que Bloggs podía tratar con amplitud. El hombre aludió minuciosamente a la carne de cerdo, salida un año atrás, a los guisantes, duros como balines, a las galletas, que habían adoptado un tono grisáceo nada atractivo … Aparte de esto había la cuestión del alojamiento, «escasamente adecuado para

unos animales», por si no fueran poco aquellos alimentos, que nada más verlos «revolvían el estómago». Roger había observado ya que tan pronto el buque había llegado a una zona más cálida la mayor parte de la tripulación pasaba las noches en la cubierta. Ahora Bloggs le explicó que hacían eso para escapar al ataque de los escarabajos, pulgas y ratas que infestaban su «guarida», saturada de un aire enrarecido, sin luz ni calor, ni espacio suficiente para que pudieran descansar a la vez los hombres que no se hallaban de guardia. En los trópicos tenían la costumbre de dormir casi desnudos, pero desde el comienzo de aquel viaje hasta el final no se habían despojado de sus ropas y no disponían como medio para atender a su aseo personal de otra cosa que de un balde que llenaban de agua del mar asomándose por la borda.

En la *Circe*, al igual que en otros muchos buques semejantes, explicó Bloggs, las duras condiciones en que vivía la tripulación se veían agravadas por el mal trato, pues había capitanes que permitían e incluso animaban a sus subordinados inmediatos a ofender de palabra y obra a la marinería, pese a que con esto el servicio no solía mejorar absolutamente nada. Se esperaba de ellos que encajaran pacientemente los golpes que les propinaban sin la menor protesta y en cuanto un individuo hacía el más leve gesto de rebeldía se veía cargado de grilletes. Cuando un hombre se hallaba enfermo se le daban veinticuatro horas para restablecerse y unirse a los otros compañeros en sus tareas. A lo largo de aquel viaje los únicos días en que no había habido alguien encadenado habían sido los correspondientes al temporal que afrontaran.

El salario de un marinero se reducía a tres libras mensuales y para impedir que desertaran no se les pagaba hasta que el buque volvía a fondear el puerto de partida. Pese a ello eran muchos los que preferían perder el dinero que se les adeudaba a quedarse por algún tiempo más a las órdenes de un capitán tiránico. Una tercera parte de los marineros que llegaban a las Indias Occidentales desertaban tan pronto llegaban a puerto. Algunos procuraban regresar en otro buque, pero la inmensa mayoría acababan uniéndose a los que vivían allí al margen de la ley, saqueando las costas o dedicándose al contrabando.

Evidentemente, la situación era peor de lo que Roger se imaginara. Éste no se esforzó por defender a los armadores, que por su ignorancia o negligencia eran los responsables directos de aquel estado de cosas. Sin embargo, con el mayor tacto, hizo ver a Bloggs que por mucha razón que tuvieran los miembros de la tripulación en sus quejas ningún bien se derivaría de fomentar sus

reuniones, en el transcurso de las cuales sus personales agravios serían exagerados, convirtiéndose en una especie de obsesión.

Ante esta actitud, Bloggs, comunicativo hasta aquel instante, se tornó sombrío y silencioso, igual que en los momentos precedentes a aquellos instantes de expansión. Sospechaba entonces que Roger actuaba como enviado del capitán, que aquél pretendía hacerle caer en una trampa: la que se derivaba de admitir que fomentaba la rebeldía entre sus compañeros. Bloggs replicó que las únicas reuniones de que tenía noticia eran aquéllas que se celebraban los domingos, añadiendo que todos los hombres tenían derecho a adorar a Dios a su manera y que si varios desgraciados marineros se juntaban para rezar nadie podía oponer reparos a su intención.

Confiando en poder dar a la conversación un tono amistoso Roger se puso a hablar de religión y de sus tolerantes opiniones en lo tocante a tal materia. Pero una de dos, o Bloggs no tenía nada de teólogo, cosa muy probable, o se sentía verdaderamente alarmado … El resultado fue que limitó sus respuestas a monosílabos. Roger se vio obligado a abandonar su intento de alterar unas actividades peligrosas en potencia.

Al décimo día de su salida de Lisboa la *Circe* llegó a Madeira. El capitán Cummins había esperado encontrar aquí el grueso del convoy que zarpara de Cork, pero se equivocó. Entre el 19 y el 27 arribaron los dos buques de escolta y casi sesenta embarcaciones mercantes. No habiendo llegado en el curso de los dos días siguientes ninguna más había que suponer que las restantes se habían perdido o se hallaban repostando en algún puerto o puertos. Por la mañana, en vista de tales circunstancias, fue dada la orden de reanudar el viaje.

Cruzar el Atlántico sin escolta era exponerse a ser capturado por un buque corsario nada más acercarse a las costas del Nuevo Mundo. Era ésta una proeza que sólo los buques muy rápidos podían realizar con alguna probabilidad de éxito. Ahora bien, tanto la *Circe* como el cañonero que la había acompañado desde Lisboa desarrollaban buenas velocidades. Tras breve consulta los capitanes decidieron que como el convoy les llevaba tan sólo veinticuatro horas de ventaja, antes de retrasarse un mes aguardando la llegada del resto procurarían alcanzar aquél. Por lo tanto, los pasajeros pudieron estar muy pocas horas en tierra, en el pequeño puerto de Funchal, en la mañana del día 30, mientras estaban siendo embarcadas verduras, agua potable, frutas y un par de barriles de Madeira … Levada el ancla, comenzó la larga carrera hasta las Indias.

El tiempo era bueno y el aire suave. La *Circe* navegaba blandamente impulsada por los vientos alisios del nordeste. El calor hizo que las mujeres recurrieran a sus muselinas y sobre las cubiertas fueron instalados toldos para resguardar las mismas de los ardientes rayos solares. Todos los disgustos sufridos por los viajeros anteriormente fueron olvidados en un abrir y cerrar de ojos al empezar a gozar del placer de los largos días pasados en ociosa charla o dedicados al pasatiempo de turno, a la lectura, a la contemplación de las marsopas, de los peces voladores o alguna que otra ballena …

El capitán Cummins salía de su camarote ahora muy de tarde en tarde. Cuando lo hacía se le notaba bajo los efectos de la bebida. Hasta cierto punto esto podía serle perdonado en atención a los instantes de ansiedad que vivía. La *Circe* y la goleta hubieran debido avistar el convoy, que se desplazaba lentamente, a los tres días de zarpar de Madeira pero no habían conseguido su objetivo. Esto significaba que seguían rumbos ligeramente distintos. Así pues, al cuarto o al quinto día, todo lo más, tenían que haberle tomado ventaja, con lo cual se desvanecían las probabilidades de reunirse. La *Circe* tendría que afrontar el peligro de los ataques piratas al entrar en el Caribe. Su armamento se reducía a un cañón de a nueve montado en la proa y otro de dieciocho a popa, una protección inadecuada de tener que enfrentarse con un corsario, normalmente bien provistos de medios de ataque. De tropezar con uno pocas eran las posibilidades que se les ofrecían de eludir la captura. Sólo podrían escapar de ser más rápidos que el enemigo.

A despecho de las raras apariciones del capitán en cubierta los hombres se aplicaban obedientemente a sus tareas respectivas. Sobre los costados habían sido montadas unas guindolas y los marineros daban a aquéllas unas pasadas de pintura negra y amarilla. Los castigos, sin embargo, seguían en vigor … A menos que no hubiera uno o dos hombres cargados de grilletes, el capitán acusaba a sus oficiales de no mantener entre la tripulación una disciplina suficientemente rigurosa. En dos ocasiones un par de los miembros de la dotación habían sido azotados.

Otro individuo de a bordo que distaba mucho de ser feliz era *monsieur* Pirouet. Mientras cocinaba para los pasajeros en su fogón, sofocado, falto de espacio, pensaba en las espaciosas cocinas de Whiteknights, en Stillwaters, en la gran mansión de Georgina, cer ca de Ripley, e incluso en sus dominios de Berkeley Square, donde había regido una pastelería, teniendo a sus órdenes seis operarias. Pero lo que más turbaba a aquel artista de la cocina

eran los recortados menús que se veía forzado a someter a su ama. Antes de abandonar Londres había enviado por delante dos grandes expediciones con carne, pescado, pollería y otras muchas cosas, todas ellas bien embaladas en hielo desmenuzado rociado con abundante sal. Nada más llegar a Bristol se había preocupado de que estos artículos fueran almacenados lejos de las cubiertas, para que no se viesen afectados por el calor. Pero pese a tales precauciones, habiendo transcurrido dos meses casi desde la salida de Londres de los artículos, muchos habían comenzado a corromperse en cuanto habían sido desembalados y expuestos a aquel tórrido calor. No obstante, todavía producía milagrosas tortillas y magníficos flanes, recurriendo con frecuencia a sus jamones y al salmón ahumado para suplir dolorosas ausencias. Con todo, por la falta de variedad que observaba en los platos que servía le daban ganas de llorar. De nada valía que Georgina se empeñará en consolarle.

El día 13 de noviembre fue declarado día festivo. En esta jornada cruzarían el Trópico de Cáncer. Como los marineros que iban a las Indias Occidentales no descendían tanto al Sur que llegaran al Ecuador, donde Neptuno y su corte les aguardaban, la costumbre para la celebración de las ceremonias tradicionales correspondientes al cruce de la línea era que aquéllas tuviesen lugar en el transcurso de la supuesta visita del señor y la señora Cáncer.

Todos los trabajos fueron abandonados. En medio del buque fue colocada una gran vela, dispuesta convenientemente para ser rellenada de agua. Luego dos miembros de la tripulación fueron arriados por uno de los costados para reaparecer vestidos con fantásticas ropas que representaban los poderes de las profundidades. A todos los que no habían cruzado el trópico se les dio a entender que iban a ser iniciados en aquel misterio. Componían aquéllos un inquieto grupo, ya que tenían buenas razones para suponer que no iban a ser tratados con delicadeza precisamente. Las mujeres, naturalmente, quedaban exceptuadas, así como Roger y Charles, ya que en aquellos días se consideraba casi un crimen tratar a una persona de calidad sin el debido respeto. Ellos, en unión de sus esposas, fueron invitados por el cocinero del buque, que actuaba como maestro de ceremonias, a tomar asiento en los estrados levantados junto a la improvisada bañera, a ambos lados de los tronos erigidos para el señor v la señora Cáncer.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de que ninguno de ellos había visto a Clarissa desde el desayuno y Charles sugirió que lo más seguro era que se hubiese encerrado en su camarote para no tener ocasión de presenciar el rudo juego que se avecinaba. Pero no había nada de eso … Clarissa emergió unos momentos más tarde por una escotilla y a su vista todos abrieron los ojos asombrados.

Durante los últimos días aquella fiesta había sido el tema de todas las conversaciones. Clarissa había decidido estar a tono con las circunstancias, proporcionándoles una sorpresa. Haciendo jurar a Nell y a Jenny que le guardarían el secreto, había ordenado a las dos doncellas que confeccionaran una gran cola de pez aprovechando un viejo vestido moteado de lentejuelas. En aquélla había enfundado sus piernas y sus desnudos hombros se encontraban cubiertos sólo por sus hermosos cabellos rubios. Para transportarla habían sido adosados dos palos a una silla que Tom y Dan acercaron con aire triunfal a los estrados.

Amanda se enfadó mucho ante esta travesura pues aunque no había ningún detalle indecente en el atuendo de Clarissa aquélla pensaba que no estaba nada bien que su joven prima suscitara groseros comentarios entre los marineros apareciendo frente a ellos vestida de tal guisa. Ahora, tenía que desechar la idea de hacerla regresar a su camarote pues nada más ver a la deliciosa sirena la dotación en pleno estalló en clamorosos vítores, siendo invitada a desempeñar el papel de la señora Cáncer, reemplazando ventajosamente al marinero seleccionado para el mismo.

Oyóse un rugido al entonar a coro los hombres las primeras estrofas de la canción «¿Qué hacer con un marinero borracho?» Los neófitos fueron «bautizados» mediante una cruz marcada con tinta en sus frentes. Sus rostros quedaron enjabonados con el auxilio de un gran cepillo de mano, simulándose un afeitado realizado con una navaja de madera que mediría más de medio metro de longitud, siendo apaleados a continuación con unos trozos de estacha para ser finalmente arrojados a la bañera de lona. El pobre sobrecargo pasó un mal rato, siendo liberado gracias a la intervención de la reina de las sirenas. Pero con la iniciación de *monsieur* Pirouet la escena llegó a su punto culminante. Sometióse aquél de tan mala gana a la ceremonia que sufrió peor trato que los demás y sus furiosos forcejeos provocaron el regocijo general. Luego Clarissa consiguió librarle de ciertos ataques, pero en este momento su bien cuidado bigote presentaba ya un estado lastimoso. Por espacio de varios días, después, ni aún

Georgina logró sacarle una palabra del cuerpo.

El 19 de noviembre se desencadenó otra tormenta, por desgracia de carácter excepcional en aquellas latitudes ya que la temporada de los huracanes correspondía al verano. Nuevamente, la *Circe* se vio con las velas destrozadas, en tanto que las olas, de enorme altura, se abatían sobre su cubierta. No obstante, la situación no fue tan crítica esta vez como durante el temporal anterior. Los pasajeros, llevando como llevaban ya varias semanas navegando, se encontraban mejor preparados para resistir los violentos movimientos del buque. Georgina, Nell y Roger se marearon, pero los otros no experimentaron otras molestias que las lógicas en tales casos y en su grado más leve. El temporal les separó de la goleta que les acompañara desde su salida de Madeira. Echábanla de menos. Su silueta había llegado a serles familiar. Lo más enojoso fue que por espacio de tres días la *Circe* tuvo que correr delante del frente tormentoso, lo que le hizo seguir un rumbo noroeste, apartándose quinientas millas del que tenía que haber seguido.

Esto resultaba particularmente enojoso para Roger, ya que de haber seguido soplando los mismos vientos dos días después habrían avistado en seguida la Martinica. A raíz de su nombramiento habían convenido que el grupo desembarcara allí, mientras Charles continuaba viaje a Jamaica. Esto no obligaba a alterar la ruta de la *Circe* pues lo normal para los buques que se dirigían allí era pasar entre Martinica y Santa Lucía.

La *Circe* había sido arrastrada a un punto del norte situado a cierta distancia de las Islas Vírgenes. El capitán Cummins les dijo que puesto que la navegación entre los innumerables islotes presentaba no pocos peligros deberían dejar a un lado Puerto Rico y descender por el canal formado por dicha isla y Santo Domingo. Roger no tenía, por tanto, más remedio que seguir hasta Jamaica, desde donde un buque cualquiera le llevaría a Martinica, lo cual representaba un retraso, por lo menos, de quince días antes de que pudiera tomar posesión de su cargo de Gobernador.

Dos días después decreció la violencia de la tormenta, avistanto la costa norte de la isla de Puerto Rico. Como sus espesos bosques se extendían hasta la cumbre de las montañas daba la impresión de hallarse deshabitada. Desde el buque llegaron a divisar grupos de altas palmeras y la quebrada línea de espuma que formaban las olas al morir en las arenosas playas. Tan bella visión de tonalidades en verde y azul despertó la emocionada atención de los pasajeros de la *Circe* … Al día siguiente, no obstante, a primera

hora de la mañana todos fijaban sus ojos en un espectáculo menos placentero.

A la llegada del amanecer Puerto Rico se hallaba aún a la vista y la *Circe* estaba a punto de rodear el extremo occidental de la isla. El canal, entre ésta y la punta oriental de Santo Domingo, tendría unas ochenta millas de anchura. Otro buque ahora se deslizaba casi directamente sobre la estela de la *Circe*. Tratábase de una embarcación de tres palos pintada hasta la línea de flotación con un tono verde amarillento que la hacía inadvertible de no haberse destacado sus velas sobre el fondo marrón de una isla. Precisamente el color del casco fue lo que motivó los recelos del primer piloto de la *Circe*. Éste se apresuró a ir en seguida en busca del capitán.

En el instante en que el capitán Cummins, con los ojos medio cerrados y envuelto en una sucia bata, llegaba a la popa el buque en cuestión desplegaba el resto de sus velas, encaminándose decididamente hacia ellos. Al cabo de unos minutos todo el mundo se encontraba en cubierta, contemplando con ansiosos ojos al recién llegado, si bien la temprana hora no permitía una mejor visión de aquél. Decididamente, el buque, esto era fácil de apreciar, se había lanzado en persecución de la *Circe*.

A oídos de los pasajeros llegaron pronto las inquietantes nuevas. Aquéllos se vistieron a toda prisa para unirse al capitán en la popa. Por entonces ya no cabía duda alguna sobre las intenciones del extraño buque. Pero aún se encontraba a un par de millas de la *Circe*, encaminándose hacia el noroeste para alejarse del invisible punto de Santo Domingo. Soplaba una viva y fresca brisa.

Aquella mañana del 24 de noviembre no se sirvió desayuno alguno. A bordo de la *Circe* en lo único que se pensaba era si podría mantener la distancia que les separaba de su perseguidor. Nadie acertaba a fijar su atención en otra cosa. Los dos buques largaron sus velas de estays y petifoques, ofreciendo al viento hasta la última pulgada de lona. A medida que la mañana avanzaba el sol calentaba más. No flotaba una sola nube en el firmamento. Gracias a la perfecta visibilidad de que disfrutaban en aquellos momentos, los que se hallaban en la *Circe* notaron que la distancia que separaba a los dos navíos iba reduciéndose paulatinamente. En cuanto al velamen ambos barcos estaban igualados. Sin embargo había que tener en cuenta que la *Circe* transportaba una pesada carga y la otra embarcación navegaba en lastre, lo cual significaba una ventaja para ésta no despreciable.

A las once el otro buque requirió a la *Circe* para que se detuviera disparando su cañón de proa. El tiro quedó corto en unos cuantos metros pero a aquél, con intervalos de diez minutos, siguieron otros y el cuarto alcanzó a la *Circe* en la obra muerta. En respuesta a las cañonazos siguió un revuelo entre los pasajeros.

Amanda se encontraba en este instante junto a Roger. La joven oprimió nerviosamente el brazo de él, al cual se había cogido momentos antes, preguntándole angustiada:

— ¿Qué nos ocurrirá si esa gente consigue capturarnos?

— Nada terrible, en realidad.

Roger quería tranquilizarla a toda costa. Él mismo se dijo que sus razonamientos eran bastante aceptables.

— Eso supondrá un inconveniente enorme para nosotros, una verdadera molestia que además nos costará mucho dinero. Es improbable que nos causen algún daño. Si nos rendimos pondrán precio a este buque y harán que zarpe de nuevo rumbo a Inglaterra. Si esa embarcación es francesa casi seguro que tal hecho tendrá lugar desde Guadalupe, ya que la reconquista de esa isla la pasada primavera ha proporcionado a Francia una base en las Indias Occidentales. Puede ser de nacionalidad americana también y de resultar cierta esta suposición iremos a parar a un puerto mucho más distante de nuestro punto de destino. En uno y otro caso me temo que transcurrirán varios meses antes de que se nos presente una nueva oportunidad de alcanzar la Martinica ya que los corsarios acostumbran a vender los buques que capturan, solicitando rescates para la tripulación y pasajeros. Conviene no perder de vista que aquéllos operan debidamente autorizados por sus gobiernos, hallándose obligados a dispensar a sus cautivos un trato correcto, como prisioneros de guerra que son.

Al ser alcanzada la *Circe* por el disparo del buque pirata el capitán Cummins dio la orden de izar la insignia, pasando instrucciones para que las mujeres permanecieran en los camarotes. Luego correspondió a la agresión haciendo fuego con su cañón de popa. No dio en el blanco pero puso de relieve su intención de resistir. El enemigo mostró también sus colores entonces. Con gran asombro por su parte, los miembros del pequeño grupo situado a bordo de la nave inglesa que seguía paso a paso el desarrollo de los acontecimientos, vieron elevarse una bandera blanca en la que aparecían las doradas flores de lis de la Francia Realista.

Charles abatió el anteojo a través del cual había estado

mirando para observar.

— ¡Qué extraño! Hace dos años que murió la monarquía francesa. Si esa gente nos captura no sabrán a dónde llevarnos porque no disponen de puerto alguno. De recalar en cualquiera serían a su vez capturados por sus más encarnizados adversarios, los republicanos.

En la faz de Roger se dibujó una expresión especial al contestar a las palabras de su amigo:

— No puede ser un corsario. Su capitán tiene que actuar con absoluta independencia … Quizá nos hallemos frente a algún francés arruinado por la Revolución, que se ha lanzado al mar dispuesto a robar, matar, a hundir … Dios nos ayude si llegamos a caer en sus manos. Esto quiere decir que no se nos ofrece otra alternativa que la de combatir hasta el fin.

Capítulo V

EN PELIGRO

Con no poca ansiedad Roger y Charles cambiaron unas palabras relacionadas con aquel buque que un malhado destino acababa de interponer en la ruta seguida por la *Circe*.

En seguida pudieron apreciar que el barco en cuestión contaba con seis cañones por banda, aparte del montado en la proa y las dos carronadas de popa. Aún se hallaba a una distancia que no le permitía utilizar su principal armamento. Evidentemente, si continuaba aproximándoseles la *Circe* se encontraría en inferioridad de fuego manifiesta. Sólo el cañón que había venido empleando, de seguir disparando, produciría un verdadero estrago en su arboladura. De no tomar los acontecimientos otro giro las posibilidades que se les ofrecían de escapar eran muy escasas. Ninguna perspectiva más horrible que la de ser capturados por un buque pirata.

Desde medio siglo atrás los bucaneros habían infestado las aguas de las américas españolas, navegando por ellas con relativa impunidad. Ahora bien, los navíos de Inglaterra, Francia, Holanda y España habíanse puesto de acuerdo para eliminarlos o regularizar sus depredaciones, convirtiéndolos en corsarios autorizados. Debido a esto su número había decrecido notablemente. Haber caído en manos de uno de ellos, o estar a punto de pasar por tal prueba, era un caso de excepcional mala suerte.

Una gran desgracia suponía ser capturado por un corsario autorizado, verse despojado de todo, a excepción de las ropas, estar esperando por espacio de meses la tramitación del rescate, alojado en sitios que distaban mucho de ser confortables. Sin embargo, estar a merced de un pirata que no debía obediencia a

ningún gobierno podía resultar infinitamente peor.

Los capitanes de esos buques piratas eran, casi sin excepción, hombres iletrados que trataban a sus cautivos con salvaje rudeza. Estos individuos vivían por completo al margen del mundo civilizado. En consecuencia, no disponían de medios para asegurarse los rescates pedidos por sus prisioneros. Cuando las cosas se presentaban mal en este aspecto optaban por matar a los varones o abandonarlos en cualquier isla desierta. Después de violar a las mujeres las cedían a la tripulación, de la que aquéllas pasaban a ser propiedad, hasta que la muerte, encontrada por azar en el transcurso de una riña, o por efectos de alguna enfermedad, liberaba a las desgraciadas de tan insoportable esclavitud.

Era la perspectiva de ver a sus esposas, a la joven Clarissa, a Jenny y a Nell, pasando de unas manos a otras, entre aquellos asquerosos rufianes, lo que hizo que la frente de Charles se cubriera de sudor y que Roger sintiera en la boca del estómago una dolorosa punzada. Eso pese a que hacían inauditos esfuerzos por tranquilizarse mutuamente.

Dijéronse que por enarbolar el buque la bandera de los realistas franceses lo más probable era que el capitán del mismo fuese un hombre de noble cuna, un caballero. En tal caso, aunque hubiera elegido aquel censurable medio de vida, su instinto natural le llevaría a tratar a las mujeres caballerosamente. Habituado a creer en la palabra de los caballeros podrían persuadirle y lograr que los desembarcara en cualquier lugar de la costa bajo promesa de hacerle entrega de una fuerte suma, que sería depositada donde pudiese recogerla sin el menor peligro.

Tan optimistas especulaciones quedaban bastante atenuadas al albergar sus mentes ciertas dudas y recelos. No se les escapaba que la autoridad de los capitanes piratas tenía determinados límites. Sus dotaciones eran siempre reclutadas entre sujetos que venían a ser la hez de los siete mares, hombres desesperados y viciosos, unidos circunstancialmente, sin merma extraordinaria de su libertad, deseosos de obedecer a sus jefes siempre y cuando sus órdenes se acomodaran a sus propios fines. A bordo de esos buques la disciplina podía ser mantenida únicamente por los capitanes capaces de enfrentarse con cualquiera que se atreviese a discutir su autoridad. La acción no era conveniente más que cuando tendía al bien común. Cuando la mayoría de la dotación pensaba que su capitán desfallecía en el cumplimiento de su tarea como tal o que con sus tácticas les hurtaba una parte del botín sus

hombres le asesinaban.

Con respecto a la repartición del botín y el disfrute colectivo de las mujeres capturadas contaban con reglas establecidas por la tradición. Difícilmente se olvidarían de ellas. De esto se seguía que aunque el deseo de aquel realista francés fuera el de protegerles, de no contar con el apoyo de sus hombres no se atrevería a desafiarles, por el temor de provocar un motín.

Sombríamente, aunque no se lo dijeron, los dos amigos repasaron aquel hecho indudable: si la *Circe* no podía mantener su ventaja hasta las horas de la oscuridad, aprovechando la noche para escabullirse, tanto los pasajeros como la dotación lamentarían no haberse ahogado semanas atrás frente a las costas portuguesas, cuando con la tempestad habíanse desatado todos los elementos contra ellos.

Los dos buques habían intercambiado otro disparo, sin alcanzarse. Luego el francés hizo fuego por sexta vez. El proyectil dio en la popa, a menos de un metro del palo de mesana, una clara indicación de que gradualmente iba centrando su objetivo.

Aunque todo el mundo se hallaba atento a lo que pasaba, en servicio espontáneo de vigilancia, entró en turno otra sección. El primer piloto sustituyó al segundo, que había estado en su puesto por espacio de cuatro horas y Ephraim Bloggs relevó al hombre que se hallaba ante la rueda del timón.

Ahora podían distinguir la punta nordeste de Santo Domingo, a unas veinticinco millas de distancia. El capitán Cummins calculó que la alcanzaría a las tres, aproximadamente, y añadió que el viento, a partir de ese momento, les sería más favorable. Roger dudaba de que pudieran cubrir aquella distancia antes de que el navío francés se acercase lo suficiente para dispararles una andanada que les dejara a su merced.

Frenéticamente rebuscaba en su mente un plan para salvar a las mujeres. No tenía el menor reparo en desempeñar el papel que le correspondiera en la defensa del buque. Como pasajero tenía la obligación de ponerse al lado del capitán Cummins, pero decidió abandonar a éste si se le ofrecía una oportunidad más favorable de salvar a los miembros que componían su grupo.

Llevándose a Charles a un lado le dijo en voz baja:

— A menos que el francés tenga la suerte de derribar uno de nuestros palos disponemos todavía de una hora o dos para prepararnos contra lo peor.

Charles dirigió a su amigo una preocupada mirada:

— Me imagino que estás pensando en hallar algún escondite

para nuestras mujeres y sus servidores. Dudo mucho de que puedan permanecer ocultas hasta que surja la oportunidad que ansiamos para desembarcarlas. En cuanto esa gente suba a bordo registrará el buque de proa a popa, en busca de objetos de valor que poder llevarse.

— Esto aparte, me temo que algunos de nuestros hombres no merecen la menor confianza. Indudablemente, los dudosos se situarán al lado de los piratas. Estos mismos revelarán a los otros la presencia de mujeres a bordo de la *Circe*. Si no tienes otro plan te diré que en mi opinión lo mejor es continuar aquí hasta el instante en que estemos convencidos de que nuestra resistencia no nos conducirá al éxito. Si nuestra captura se convierte en algo inevitable instalaremos a las mujeres en uno de los botes de salvamento y nos iremos …

— Cualquier cosa será mejor que rendirse, pero me parece que tu idea no resulta muy práctica. Hacer descender hasta el agua un bote cargado de personas es una empresa bastante difícil en las presentes circunstancias.

— No lo será tanto como tú te figuras. El fuego de la artillería habrá obligado al buque a reducir velocidad … Puede ser que el francés envíe uno de sus botes en nuestra busca, pero también es probable que él mismo navegue sobrecargado. Quizá le saquemos una provechosa ventaja si actuamos sin vacilaciones. El mar está en calma y en una hora nos situaremos a quince millas de la costa. Habrá que trabajar denodadamente pero confío en que entre tú y yo, Dan, Tom y Pirouet conseguiremos alcanzar la meta propuesta.

La faz de Charles pareció animarse.

— Creo que tienes razón. ¿Qué deseas que haga?

— Baja a los camarotes y pon en guardia a nuestras mujeres. Diles que embalen sus cosas en las cajas más pequeñas que encuentren. Nada de pesados bultos. Sólo lo que cada una sea capaz de llevar … Que se limiten a los objetos de valor y a los que no gozando de tal cualidad juzguen imprescindibles. Yo informaré a los hombres acerca de nuestras intenciones. Nos llevaremos la embarcación más ligera. Como todos los ojos se hallan fijos en el buque pirata, Dan podrá echarle un vistazo sin atraer la atención de nadie. Él se ocupará de dotarla con la provisión de agua necesaria, asegurándose de que el mecanismo de los cabrestantes se encuentra en orden, a fin de botarla con la máxima rapidez posible.

Cuando se volvían para encaminarse a la escalerilla de popa vieron un fogonazo. A esto siguió una nubecilla de humo muy

blanco y el consiguiente estruendo. Flotaba aún en el aire el formidable rumor de éste cuando el proyectil se incrustó en uno de los camarotes de la *Circe*. Desde abajo se elevó hasta sus oídos un penetrante grito.

Roger y Charles descendieron por el pasillo destinado al pasaje temiendo encontrar en cualquier punto de aquél lo que se figuraban. Con gran alivio por su parte comprobaron que a sus respectivas esposas no les había ocurrido nada pero quedaron tristemente impresionados ante la escena que tuvieron ocasión de presenciar en el mayor de los camarotes. La pobre Nell yacía con la cabeza sobre el regazo de Amanda. El proyectil había penetrado por uno de los grandes portillos, seccionándole el brazo a la altura del hombro. Todo se hallaba salpicado de sangre y dado el enorme tamaño de la herida era imposible contener la hemorragia. A los cinco minutos Nell expiraba …

Roger había advertido ya con anterioridad a los suyos que no debían utilizar el gran camarote por el peligro que entrañaba. Nell no había desoído la indicación, penetrando en aquél casualmente, por un instante, para buscar algo, en el preciso momento en que la nave enemiga disparaba. Después de cubrir respetuosamente el cadáver con una sábana, Roger invitó a los demás a refugiarse en las bodegas del buque, donde gozarían de la protección del cargamento, dispuesto como una especie de parapeto. Charles se quedó allí, para informarles sobre el plan que había concebido. El se marchó a su camarote, guardó apresuradamente varios objetos en sus bolsillos, cogió su espada y las pistolas y se fue en busca de Dan.

Al subir a cubierta de nuevo comprobó que el francés se les había acercado un poco más, logrando colocar otro proyectil a bordo de la *Circe*. Ésta correspondía a la agresión, no tardando en alcanzar su primer blanco, en una de sus viradas. Los servidores del cañón lanzaron un grito de alegría. Roger se aproximó a ellos.

— Os felicito — dijo —. De repetirse esto pudiera ser que esa gente abandonara la caza. Os daré cinco libras por cada blanco y quinientas si conseguís derribar uno de sus mástiles.

Otro vítor unánime y los hombres procedieron a cargar el cañón de nuevo. Roger corrió hacia el sitio en que se encontraba Cummins, preguntando a éste:

— ¿Qué perspectivas tenemos, capitán?

Cummins movió la cabeza de un lado a otro lentamente.

— No son demasiado halagüeñas, *sir*. Si no logramos desmantelarlos pronto estarán a nuestra altura. Luego, con un par

de andanadas quedaremos a su merced. Inmediatamente después nos abordarán.

— Pensáis resistir, ¿no, capitán?

— No hay otra alternativa. De tratarse de un corsario normal me rendiría, pero nos encontramos frente a otra clase de ganado. Harán cuanto puedan por capturarnos, temiendo que denunciemos en Jamaica su presencia en estas aguas, a raíz de lo cual saldría un buque de guerra en su busca. Si caemos en sus manos nos colgarán de estas vergas si no idean otra cosa peor. Mis oficiales correrán igual suerte. A ver si podemos quitárnoslos de encima o morir luchando …

Habiéndose cerciorado Roger por sí mismo de que no se produciría una rendición prematura, fue en busca esta vez de Dan. Rápidamente esbozó ante su fiel servidor la idea de ocupar uno de los botes de salvamento con las mujeres si en el transcurso de la lucha observaban que la cosa se presentaba mal para la *Circe*. El ex contrabandista declaró que el plan le parecía factible y entonces pasaron a ocuparse de los detalles. Tom y Pirouet no se moverían de su lado. En cuanto la *Circe* fuese abordada no apartaría un momento la vista de Roger. Si su señor se sacaba un pañuelo del bolsillo, agitándolo a continuación, echarían a correr hacia el bote, preparándolo mientras St. Ermins reunía a las mujeres.

Otro nuevo disparo les hizo agachar instintivamente la cabeza, apresurándose a buscar protección. El cuartel de una escotilla había saltado, sembrándolo todo de peligrosas astillas. Después, con una sonrisa que no revelaba la más mínima alegría, los dos hombres reanudaron su charla. Roger amplió sus instrucciones, diciéndole a Dan lo que tenía que hacer en el supuesto de que él pereciera en la acción o si no les era posible echar el bote al agua. Dan se había encontrado en situaciones muy apuradas junto a su señor, estando habituado a no formular preguntas, limitándose a cumplir con lo que se le ordenaba.

Era ya casi la una y media. Periódicamente los dos buques intercambiaban disparos, habiendo conseguido nuevos blancos. La popa de la *Circe* había encajado cuatro proyectiles que dejaron destrozada la cubierta. El francés había sufrido dos impactos, perdiendo el botalón de foque. La desventaja era mínima, como se demostró en el acto, ya que continuo reduciendo la distancia que le separaba de su perseguido. De repente se colocó de lado, disparando una andanada, la primera.

Evidentemente, los artilleros habían apuntado un poco alto, con el afán de derribar uno de los mástiles de la *Circe*. Los ocho

proyectiles silbaron … Tres de ellos pasaron sin causar el menor daño; otros tres produjeron algunos desgarrones en las velas; dos más se llevaron algunas jarcias. En resumen: la *Circe* no se vio gravemente afectada. Ahora tenía que pasar cierto tiempo para que el otro buque se hallara en condiciones de disparar otra vez. Pero las consecuencias, entonces, podrían ser catastróficas. El capitán Cummins decidió que se procediera a una distribución de armas entre los hombres que se encontraban a bordo, antes de que por efecto de la lucha fuera difícil moverse de un lado para otro. Cummins entregó la llave de la armería al segundo piloto.

Unos minutos más tarde pasaban de mano en mano mosquetes, pistolas, alfanjes y hachas. Cada hombre de la tripulación dispuso a partir de aquel instante de un arma blanca y otra de fuego. A Bloggs le fue entregada una pistola y un alfanje. Nada más recibir aquélla la introdujo en su cinturón, paseando una lenta mirada por los grupos que se hallaban en cubierta, fijándola por fin un segundo en el capitán Cummins, vuelto de espaldas, junto a la borda, dejando caer sus manos sobre la rueda de gobierno del timón.

Instantáneamente, la *Circe* giró en redondo … Sus velas colgaron lacias, perdiendo de pronto las airosas curvas con que las había modelado el viento.

Lanzando un salvaje juramento el capitán se volvió y dirigiéndose a Bloggs, gritó:

— ¡La rueda, contramaestre! ¡La rueda! ¿En qué díablos estaréis pensando?

Pero ahora se ponía de relieve que Bloggs no había hecho más que esperar aquel momento, el momento en que la dotación estaría armada, especialmente los que integraban el grupo de los descontentos.

Levantando su alfanje, dijo con aire retador:

— ¡Arría tu bandera, tirano! Yo y mis compañeros no vamos a morir por que tú así lo quieras.

Al oír sus ásperos vozarrones todos los ojos se volvieron hacia los dos hombres. En la cubierta, como si hubieran actuado bajo una señal previamente convenida, los amigos de Bloggs desenvainaron sus armas. A popa uno de los servidores del cañón enarboló su atacador, abatiéndolo sobre el que mandaba la pieza.

El capitán, con los ojos inyectados en sangre, por efecto de la ira que sentía, sacó su pistola. Pero Bloggs fue más rápido. Con un rápido movimiento infligió a su enemigo un terrible corte que se extendía desde la frente hasta la barbilla … Cummins se derrumbó

sobre la cubierta con la cara cubierta de sangre. La hoja de acero se clavó de tal manera en la horrorosa herida que Bloggs tuvo que inclinarse. Luego, poniendo un pie en el pecho del capitán, agonizando en aquellos instantes, tiró con fuerza, logrando así hacerse con su alfanje.

Roger y Charles habían permanecido junto al cañón. Los dos sacaron a un tiempo sus espadas. El segundo echó a correr en dirección al artillero que había atacado a su jefe. Cuando la punta del arma se clavó entre sus costillas el amotinado emitió un horrible gruñido y los ojos le bailaron alocadamente en las cuencas antes de doblarse, alejándose de allí con paso vacilante.

Roger fue atacado por otro de los artilleros, armados con un hacha de abordaje. Era ésta en aquella época el arma favorita de los hombres de mar. La espada no permitía una defensa eficaz contra ella. Aquel sujeto era menudo pero saltando a un lado y a otro consiguió alcanzar a Roger en la frente. La herida, sin embargo, no era seria y entonces aquél decidió apelar a un viejo truco.

Fingiendo haber quedado definitivamente fuera de combate, Roger dejó caer la espada. Dando un grito de triunfo, su atacante se lanzó sobre él. En el instante preciso Roger hincó una rodilla en la cubierta, volviendo la espada hacia arriba, como si saludara. El hacha se deslizó por encima de su hombro, sin causarle ningún daño, en tanto que la punta de la espada se clavaba en la garganta del marinero. Roger la sacó de un violento tirón. El grito de su enemigo fue ahogado por la sangre que manaba abundantemente de la herida. El sujeto quedó tendido allí, inánime.

El primer piloto había empuñado su pistola, disparando contra Bloggs. El contramaestre no pudo agacharse con más oportunidad. La bala silbó, pasando por encima de la cabeza de Bloggs, a unos centímetros de distancia. Entonces cedió en sus esfuerzos, renunciando a arrancar su alfanje del cráneo del capitán, en el que se había hundido, echando a correr seguidamente. El primer piloto agarró su pistola por el cañón, lanzándose en persecución del fugitivo, pero Bloggs logró sujetarle el brazo por la muñeca y los dos comenzaron a forcejear. El holandés era hombre de fuerte complexión. No obstante, el ex herrador no le iba a la zaga. Porfiadamente, los dos luchaban por imponerse.

Charles había acudido en socorro de Roger, pero al ver derrumbarse al hombre del hacha se volvió con la intención de ayudar al primer piloto.

Desgraciadamente puso el pie en un charco de sangre, resbalando, quedando tendido cuan largo era sobre la cubierta. No tardó más que unos segundos en incorporarse, pero entonces ya era demasiado tarde.

Bloggs había conseguido imponerse al holandés. Agachándose de pronto le cogió por una pierna con una mano y de la corbata con otra. Inmediatamente lo levantó en peso, aproximóse vacilando a uno de los costados del buque y lo lanzó por encima de la borda con un último y salvaje impulso.

También Roger había observado la desesperada situación en que se encontraba el piloto. Cuando Bloggs levantaba al infortunado oficial él había saltado sobre el postrado cuerpo de Charles, corriendo hacia los dos contendientes. En aquel momento oyóse el estruendo de una segunda andanada del buque francés. Esta vez con resultados positivos para los atacantes … Uno de los proyectiles alcanzó el palo de mesana a unos cuatro metros de altura. Todos percibieron el atemorizador sonido de aquél al quebrarse. La parte superior del mástil se derrumbó en medio de una gran confusión. La cubierta quedó sembrada de trozos de jarcias y vergas, hiriendo a cuantos se encontraban debajo. Roger fue alcanzado por un motón en la cabeza, perdiendo el conocimiento.

Capítulo VI

CAPTURADOS POR LOS PIRATAS

Cuando Roger recobró el conocimiento advirtió que se encontraba en el gran camarote de popa. Todo rumor de lucha había cesado. Sólo llegaban a sus oídos los crujidos habituales de la obra muerta y el que producía el viento al impulsar a la nave blandamente sobre la superficie del océano. La visión de los espejos hechos pedazos que localizó allí dentro junto con las manchas de sangre — sangre de Nell —, le ayudó a reconstituir mentalmente su situación.

Amanda se hallaba sentada a su lado, llorando. Al levantar él la cabeza sus sollozos cesaron y percibió un suspiro de alivio. La joven colocó suavemente una mano en su pecho, invitándole sin pronunciar una sola palabra a no hacer ningún movimiento.

La cabeza le dolía terriblemente, pero Roger hizo un esfuerzo para mantener abiertos los ojos. Volviendo aquélla poco a poco divisó a Georgina, con los brazos apoyados en la mesa y el rostro hundido entre ellos. Jenny, llorosa, había pasado un brazo por encima de sus hombros e intentaba consolarla. Clarissa no se encontraba dentro de su campo visual pero penetró en seguida en el mismo tan pronto Amanda habló. Sus ojos tenían un brillo extraño pero sonreía débilmente.

— ¿Qué ha sucedido? — inquirió Roger con sombría voz.

Amanda le levantó levemente la cabeza cogiéndosela por la nuca, tras lo cual le acercó a los labios un vaso de vino, de manera que pudiera tomar unos cuantos sorbos.

— Ha sido un milagro que escaparas con vida, amor mío — le dijo su esposa —. Una verga te golpeó en la cabeza al derrumbarse el mástil. Pero no debes hablar. Cierra los ojos y prueba a dormir.

— Tengo que saber qué es lo que ha sucedido — insistió Roger.

Esta vez fue Clarissa la que habló.

— No conocemos más que lo que nos han contado. Según parece Bloggs mató al capitán Cummins, amotinando a los hombres de la tripulación. El buque se detuvo antes de que el mástil fuese alcanzado por uno de los disparos de los piratas. Nuestra situación era desesperada y la mayor parte de la dotación había decidido rendirse. Al abordarnos los piratas no encontraron resistencia. Ahora estamos en poder de éstos. En cuanto dejaron un poco despejada la cubierta te trajeron aquí, pero … Charles …

Clarissa calló de repente, apartando la vista de Roger.

Éste se incorporó bruscamente. Un dolor espantoso se le fijó en la cabeza. Con un gemido cerró los ojos, diciendo entrecortadamente:

— No … no querrás darme a entender que … que …

Clarissa asintió.

— Nos han dicho que fue alcanzado por el mástil y que cuando le hallaron estaba muerto.

Amanda miró a la joven con enfado evidente.

— ¿Era necesario que le informases sobre la desaparición de Charles? No has tenido en cuenta su delicado estado siquiera … Es una imprudencia inquietarle con tales noticias cuando lo que él necesita sobre todas las cosas es descansar.

— ¡No se lo reproches, Amanda! — se apresuró a decir Roger —. Hay momentos en que es mejor conocer la verdad, por mala que sea. Éste, por ejemplo … ¿Qué más tenéis que decirme?

No pudiendo eludir ya el tema, Amanda se creyó obligada a contestarle:

— Se dice que el pirata es un noble francés llamado De Senlac. La tripulación del barco se halla a las órdenes de un individuo de repelente aspecto … un tal Joâo de Mondego. Los amigos de Bloggs y los puertorriqueños han hecho causa común con el enemigo. Éstos se han quedado a bordo y los otros miembros de la dotación que se mantuvieron fieles fueron trasladados al otro buque. Una vez aclarada la confusión existente en la cubierta por la caída de ese palo se arreglaron las otras velas. Navegamos ahora a lo largo de la costa norte de Santo Domingo, una de cuyas puntas doblamos hace una hora. No sabemos más. Ni te esfuerces pensando porque no puedes hacer nada. Además, si no duermes, si no haces por despreocuparte de todo te subirá la fiebre …

— ¿Y Dan? — inquirió Roger —. ¿Y el joven Tom? ¿Y *monsieur* Pirouet?

— Los tres fueron llevados al buque francés, en compañía del doctor Fergusson, el segundo piloto y los miembros leales de la dotación de la *Circe*.

— Tom y Dan riñeron — manifestó Clarissa, interviniendo —. El primero me lo explicó todo antes de que se lo llevaran. Nuestra bandera había caído al mismo tiempo que el palo, enredándose en unas jarcias altas, de manera que aún ondeaba bien visible sobre la cubierta. Dan subió, arrojando aquélla al mar. Tom se indignó al ver a Dan ejecutar semejante acto de traición y luchó con él, pero llevó la peor parte …

— ¡Cállate! — ordenó Amanda secamente —. ¿No adviertes que tal hecho, del que ha sido protagonista un servidor en el que todos habíamos confiado siempre, ha de impresionar dolorosamente a Roger? Ya habrá tiempo de ponerle al corriente de tan malas noticias. Vuelvo a decirte que éste es el momento menos indicado …

Clarissa levantó su menuda barbilla, contestando en tono agresivo:

— Perdóname, prima, pero no estoy de acuerdo contigo. Pese a hallarse herido, Roger es nuestra única esperanza. Lo lógico es que sea informado detalladamente, al objeto de que él pueda tomar las medidas pertinentes de presentársenos alguna oportunidad para salir de este mal paso.

— Tienes razón, Clarissa — murmuró Roger —. Mi herida es dolorosa pero no encierra gravedad. Por lo menos me ha proporcionado un beneficio: el de seguir a vuestro lado. Por difícil que sea la situación planteada no tenemos que perder nuestros ánimos. Ya idearemos algún medio para aplacar a nuestros carceleros o engañarlos.

Roger hizo cuanto pudo para imprimir a sus palabras cierto tono optimista pese a que distaba mucho de sentirse animado. La confianza de Clarissa en sus recursos no hacía más que incrementar su disgusto. No tenía la más leve idea de lo que se podía hacer para salir de aquel gravísimo aprieto. El fuerte dolor de cabeza que sentía le impedía discurrir con la lucidez precisa. ¿Llegarían en realidad a disponer de una ocasión para influir decisivamente en los acontecimientos que se avecinaban?

Cerrando los ojos para que Amanda no pudiera advertir las lágrimas que pugnaban por brotar de aquéllos, su pensamiento se fijó en Charles. Joven, bien parecido, rico, poseedor de un título, cortés, afable, pocos hombres se habían visto más favorecidos que él por los dioses. En un segundo se había separado para siempre

del grupo de las personas que le amaban. Su buen juicio, su viveza, su rápida comprensión habían hecho de él un compañero delicioso. ¡Cuánto le echaría de menos! Roger sintió un ramalazo de piedad por Georgina. Aquella sangre medio gitana que circulaba por sus venas le había llevado a amar a muchos hombres, pero para Charles, la joven había reservado una ternura casi maternal, hallando a su vez en aquel esposo algo que no conociera nunca. Jamás experimentaría una pérdida tan cruel …

De vez en cuando Roger sentía un ramalazo de dolor en la cabeza, abortando sus continuados esfuerzos por concentrarse. Al final tuvo que renunciar a su propósito, yaciendo medio inconsciente. Le sacó de su amodorramiento una exclamación de Amanda. Al abrir los ojos comprobó que miraba asustada hacia la puerta del camarote. Incorporándose un poco vio recortada en ésta la figura de un indio del Caribe, cuya ganchuda nariz parecía salir de su pecho.

Los temores de Amanda eran infundados. El indio en cuestión era un tipo jorobado, de brazos largos, como los de un simio, armado de una escoba y un espolsador. Debía haber sido enviado allí con objeto de que procediera a la limpieza del camarote, sacando aquellas dos cosas del armario utilizado por Tom. Después de dirigir a los congregados en aquel lugar una sonrisa el hombre se aplicó a su tarea, recogiendo los pedazos de cristal que vio por el suelo, enderezando una silla derrumbada y sujetando las destrozadas cortinas, que pendían sueltas. A continuación hizo un gesto para que Jenny y Georgina se apartaran de la mesa.

Jenny ayudó a su señora a levantarse. Roger pudo ver entonces el rostro de la joven, preguntándose si la terrible impresión recibida por la muerte súbita de Charles no habría hecho enloquecer a aquélla. Sin la menor protesta se dejó conducir hasta una silla, en el extremo opuesto del camarote.

El jorobado les dejó por unos minutos para regresar cargado con un gran cesto lleno de frutos tropicales y otros efectos. De aquél extrajo medio jamón, carne en adobo, queso, galletas y varias botellas de vino, todo lo cual colocó encima de la mesa, sin platos, cuchillos ni vasos … Tras esto se marchó de nuevo sin pronunciar una sola palabra.

Cinco minutos más tarde entró en el camarote el capitán de los piratas acompañado de una mujer. De un solo vistazo Roger comprobó que Amanda no había exagerado en su descripción. Tratábase de un hombre muy alto, quien tiempo atrás debió sufrir graves quemaduras, ya que su faz carecía casi de carne y la piel,

cubierta de cicatrices, aparecía estirada sobre los huesos, dando a su rostro el aterrorizador aspecto de una calavera viviente. Vestía calzones de cuero y una chaqueta bordada en oro que debía haber pertenecido a un caballero de la generación precedente. Dos pistolas y un gran puñal asomaban por encima de su ancho cinturón de piel, con guarniciones de plata, y en la mano llevaba un alfanje desenvainado.

La mujer era sorprendentemente hermosa. Era una mulata de espléndida figura, en cuya faz brillaban unos ojos singularmente bellos. Sus brillantes y negros cabellos se derramaban sobre sus hombros en forma de bien cuidados bucles. La piel de aquella mujer, del color del café, no presentaba la menor mancha o irregularidad. Tenía una nariz grande pero no aplastada y su ascendencia negra sólo se adivinaba al contemplar su jugosa boca, de gruesos labios.

Calzaba lindas botas de cuero con adornos en oro. Una falda color mostaza le cubría hasta la rodilla. Llevaba una blusa roja, tan ceñida que acentuaba la forma de sus grandes pechos hasta un extremo desvergonzado. Una faja de seda rodeaba su cintura, en la que se veía la culata de una pistola, con incrustaciones de plata, y un bastoncillo de montar de marfileño mango. Roger juzgó que contaría unos treinta años de edad, si bien era posible que fuese mucho más joven.

La pareja contempló a los prisioneros en silencio por un momento. Luego, el hombre, empleando un francés gutural, dijo a la mulata:

— Vamos, Lucette. Comamos.

Inmediatamente tomaron asiento frente a la mesa. Valiéndose exclusivamente de sus dedos y navajas fueron engullendo trozos de carne y luego de frutas, acompañando aquéllos con copiosas libaciones.

Durante un cuarto de hora toda su atención se concentró en aquella tarea, hasta el punto de que no intercambiaron una sola palabra. Finalmente Joâo eruptó, recostándose en su asiento. Entonces su compañera se puso en pie, fijando perezosamente sus grandes ojos en Amanda, a la que dijo con voz bien timbrada, utilizando el bisbiseante francés comúnmente hablado entre los criollos:

— Tú eres la más alta. Así pues, serán tus ropas las que me sienten mejor. ¿Dónde las tienes?

Amanda le indicó la situación de su camarote. Hubo una pausa. Clarissa, expresándose también en francés, preguntó al pirata:

— ¿Qué pensáis hacer con nosotros?

Una sonrisa se dibujó lentamente en la inquietante faz de Joâo de Mondego, quien replicó dando a sus palabras una entonación que delataba su origen portugués:

— Ya te enterarás a su debido tiempo, preciosa. Pero no tienes por qué estar asustada. Si eres una muchacha sensata no te pasará nada malo.

Sus palabras parecían tranquilizadoras pero, desde luego, escondían algo … Otra vez se hizo el silencio allí dentro. El pirata continuaba contemplándola entre trago y trago de la botella de clarete que tenía delante.

Acababa de vaciar ésta cuando apareció Lucette, que había salido unos momentos antes. Sobre su blusa roja llevaba ahora una chaqueta de brocado propiedad de Amanda. Enseñando sus menudos y blancos dientes en una amplia sonrisa declaró:

— Tus cosas me sientan muy bien. Les daré buena aplicación — a continuación inquirió —: ¿Cuál de vosotras tiene el título de condesa?

Georgina no llegó ni a levantar la vista, pero Amanda movió una mano en dirección a ella. La mulata se le acercó. Por un instante Lucette contempló aquella figura abatida por el dolor y luego dijo despreocupadamente:

— Creo que tus pendientes me harán un excelente papel. Ten la bondad de entregármelos.

Al parecer, Georgina no oyó sus palabras, pues no dio señales de disponerse a obedecer sus indicaciones. Su rostro seguía siendo inexpresivo. Lucette frunció el ceño, añadiendo:

— Esta perra necesita que le den una lección.

Inmediatamente extendió el brazo y asiendo uno de los pendientes de diamantes de Georgina le dio un brusco tirón.

Georgina pareció volver a la vida con el grito de dolor que profirió. Con los ojos llameantes de rabia, puso una mano sobre la mulata, empujándola al tiempo que se ponía en pie. Roger se incorporó. La cabeza le daba vueltas y sus piernas se negaban a sostenerle, pero aún tuvo energías para protestar:

— ¿Es que no ves que la condesa no se encuentra bien? Aún se halla bajo la terrible impresión de la muerte de su esposo. ¡Respeta al menos su dolor!

Lucette se volvió y por toda respuesta dio un paso hacia Roger, dejando caer el puño en su rostro. El golpe alcanzó a Roger en el ojo izquierdo. Todo se pobló de sombras repentinamente para él. Flotando en el seno de aquéllas contempló un puñado de estrellas

girando en interminables círculos. Después sus rodillas doblaron, cayendo en brazos de Amanda.

Jamás se había sentido tan humillado. Reprimió unos incontenibles deseos de llorar … Ya no podía defender a los que amaba. Aún siendo el agresor una mujer. Amanda le obligó a tomar asiento, tomando la cabeza del esposo entre sus manos.

Fue otro grito lo que de nuevo hizo mirar a Roger en dirección al punto en que se encontraba Georgina. La mulata se enfrentaba con lo que restaba de uno de los espejos, colgándose los diamantes de la condesa de sus pequeñas orejas …

Esta vez el grito había sido proferido por Clarissa. Joâo la tenía cogida por la cintura. Había introducido una de sus callosas manos bajo la garganta de la joven, forzándola a echar la cabeza hacia atrás con el fin de besarla. Amanda se aproximó de un salto al grupo, tirando de uno de los brazos del bandido con fuerza, en un desesperado intento por apartarlo de su prima. Joâo se limitó a responder levantando una de sus pesadas botas, que clavó en el muslo más cercano de Amanda, la cual salió disparada, dando vueltas.

Precisamente entonces Clarissa pudo libertar su cabeza. Segundos después sus dientes se clavaban en la muñeca del pirata.

Éste lanzó un juramento, levantando la mano para golpearla … Nadie hubiera podido figurarse la procedencia del auxilio en tal ocasión. Al grito de Clarissa, Lucette, todavía ante el espejo, volvió la cabeza. Serenamente, sacó su pistola de la faja y apuntando a Joâo le ordenó:

— ¡Basta! Ya conoces nuestras costumbres, portugués, y estoy aquí para evitar que no sean respetadas.

Joâo se encogió de hombros, soltando a Clarissa.

— No seas tonta, Lucette. Sólo quería besar a la chica. ¿Qué mal hay en ello?

— Sin mi permiso te guardarás muy bien de besar a ninguna — insistió secamente Lucette —. Tú eres cosa mía en tanto pueda darte aplicación. Ahora sube a cubierta y releva a Pedro.

— ¿Quién es el capitán aquí? — preguntó Joâo, irritado.

— Tú, gracias a haber intercedido yo cerca del vizconde. Sin embargo, haz que me enfade y en cuanto desembarquemos serás pasto de sus cocodrilos favoritos.

Joâo bajó la vista. Chupándose la sangre que manaba por la herida que le causara en la muñeca Clarissa dijo a ésta:

— Esto te costará caro, preciosa. ¡Ya lo creo! Y antes de que

haya transcurrido por completo la noche habrás pagado un precio muy alto por tu hazaña.

Dicho esto, el portugués dio un chulesco papirotazo a su tricornio, saliendo a toda prisa del camarote.

Tan pronto como el bandolero hubo desaparecido, Lucette le dijo a Amanda:

— Deseo verte vestir algunas de las ropas que utilizaré más adelante. Vete a tu camarote y ponte el mejor traje de baile que tengas en tu equipaje.

Amanda estaba aún llorando, como consecuencia del brutal golpe que le había propinado el pirata.

— No me encuentro con el ánimo propicio para tal cosa. Te ruego que me dispenses.

Lucette enarboló su bastoncillo de puño de marfil no bien hubo oído la réplica de Amanda, para abatirlo sobre los hombros de ésta, al tiempo que le decía a gritos:

— ¡Haz lo que te he dicho, mujer! Cuanto antes te des cuenta de que te has convertido en una esclava, mejor.

Amanda se levantó entre continuos sollozos, encaminándose vacilante hacia su camarote. Roger intentó seguirla pero sus piernas se negaron a sostenerle y se derrumbó de espaldas con un gemido.

Lucette le obsequió con una mirada de desprecio antes de dirigirle la palabra:

— Según me han informado, tú habías sido nombrado Gobernador de Martinica. Una isla preciosa que conozco muy bien porque nací en ella. Pero ya nunca alcanzarás tu punto de destino. El señor vizconde no siente simpatía alguna por los ingleses y optará por arrojarte al mar, para que sirvas de alimento a los peces.

Pedro el Caribe entró en aquel momento. Era un individuo moreno, un mestizo de negros y lacios cabellos. Se cubría con uno de aquellos sombreros de paja de ancha ala que en los trópicos gozaban de la preferencia de los marineros de la época. Llevábalo garbosamente inclinado sobre la nuca. Su único atuendo eran los pantalones de cuero pues iba desnudo hasta la cintura. Sobre el pecho colgaban dos pesados collares … Sus cuentas no eran monedas ordinarias sino, simplemente, tacos de plata de una onza, en los que al ser fundidos habían sido estampadas las armas de España y un 8, significando su valor en pesetas. Entre los marineros constituía una práctica muy común perforar aquéllos

para formar collares, pudiendo así llevarlos encima, con lo cual la pérdida por robo era menos probable y siempre resultaba fácil pagar lo necesario para hacerse con un poco de alcohol o una mujer.

Pedro apenas miró a los cautivos. Empinóse una de las botellas de vino que había sobre la mesa y la dejó casi vacía. Luego cogió el resto del trozo de jamón y comenzó a roer el hueso como si fuese un perro.

Amanda volvió vistiendo otro traje de baile color melocotón que llevaba una larga cola salpicada de pequeñas estrellas de oro. Había recobrado su compostura, permaneciendo de pie en medio del camarote en tanto que Lucette se movía alrededor de ella como un enorme y gracioso gato de oscuro pelaje.

— Vete a quitártelo — ordenó la mulata —. No quiero que se estropee, pues cuando esta noche celebremos nuestra victoria te gastarán algunas bromas pesadas. No se puede negar a los hombres un rato de esparcimiento.

Amanda cerró los ojos, desfalleciendo casi al oír las palabras de aquella mujer, sugeridoras de próximos e inquietantes acontecimientos. Con paso vacilante, la esposa de Roger abandonó el camarote.

Cuando Pedro hubo terminado de engullir parte de lo que encontrara sobre la mesa, Lucette le dijo en un tono que no admitía réplica:

— Ahora voy a ver si duermo un poco. Me instalaré en el camarote de la condesa. Vete a popa y no te muevas de allí. No pierdas de vista a Joâo. Despiértame si muestra la menor intención de bajar aquí. No quiero que os engañe a los demás en lo tocante a las mujeres.

El hombre asintió, sonriendo perversamente antes de irse. Tras una última mirada a los prisioneros Lucette se fue también.

Roger fijó la vista en Georgina. Durante largo rato ésta había estado sollozando. Sin embargo, él ahora se sentía más tranquilo porque el brutal trato de que habíala hecho objeto Lucette parecía haberle hecho volver a la realidad. Roger llegó a pensar en los primeros instantes que Georgina había perdido el juicio. La fiel Jenny, muy pálida, con los labios apretados, permanecía a su lado. Clarissa yacía encorvada sobre una silla de brazos. Sus dorados cabellos le caían desordenadamente encima de los hombros, como consecuencia de su forcejeo con Joâo. Tenía, no obstante, los ojos secos, habiendo fijado su inexpresiva mirada en uno de los portillos, como si contemplara algo muy distante.

Cuando Amanda regresó dirigió a Roger una débil sonrisa y antes de sentarse a su lado le acercó a los labios un poco de vino. Roger se dijo que su mujer daba la impresión de haber envejecido diez años en unos instantes. Nada podía hacer para remediar aquéllo; nada podía decirle tampoco que pudiera servirle de consuelo. La cabeza le dolía aún horriblemente; su ojo estaba hinchado; el brazo le dolía como si le hubieran aplicado un hierro al rojo vivo y también el costado izquierdo, a consecuencia del golpe que se había dado al caer sobre la cubierta. Tomó una de las manos de Amanda entre las suyas, pasando después un brazo por encima de los hombros de su mujer. Jamás se había sentido tan desvalido, tan inútil …

Gradualmente, Georgina dejó de sollozar y por espacio de unos minutos interminables todos guardaron absoluto silencio, profundamente desalentados. Finalmente, cuando la luz comenzó a decaer, Amanda se desprendió suavemente del brazo de su esposo, diciendo:

— Tenemos que comer algo. No esperemos que nadie nos invite a hacerlo. No podemos confiar más que en Dios, pero acordémonos de que Él ayuda a los que se ayudan a sí mismos. Sería ofenderle no tratar de sobreponernos a nuestro desaliento.

— Tienes razón, cariño — murmuró Roger.

Todavía se sentía mal verdaderamente pero ahora advirtió que podía llegar hasta la mesa sin ayuda de nadie. Georgina se obstinó en no unirse a ellos, pretextando que el más pequeño trozo de alimento serviría tan sólo para provocarle las náuseas más incontenibles. En cambio, obligó a Jenny a tomar algo tras ayudar a Clarissa a coger varios platos, cuchillos y vasos.

Siempre callados hicieron acopio de fuerzas para engullir los restos de comida dejados allí por sus carceleros y beber unos sorbos de vino. La mayor parte de las frutas llevadas a bordo por los piratas eran desconocidas para ellos. En otras circunstancias las hubieran probado con una mezcla de interés y curiosidad, pero privados de su apetito por sus temores apenas se dieron cuenta de lo que comían. Hallábanse aún sentados alrededor de la mesa, en la semioscuridad del camarote, cuando la puerta de éste se abrió de pronto y entró de nuevo el jorobado.

Les habló en una jerga extraña, integrada por vocablos españoles e indígenas. Entendiéronle mejor por sus gestos, bien elocuentes por cierto. Le habían enviado para decirles que tenían que subir a cubierta.

Por un momento Roger pensó en negarse a esto pero se hallaba tan débil todavía que un niño hubiera sido capaz de derribarle con el más leve empujón. Por otra parte quizá fuera lo mejor ir con los demás, por si se le presentaba la oportunidad, remota, eso sí, de dar su vida por cualquiera de los miembros de su grupo. En definitiva un tormento mayor suponía quedarse donde estaba, ignorante de lo que le ocurría a su mujer … Enérgicamente comenzó a avanzar, pidiéndole a Dios que les ayudara. Unos segundos después abandonaba el camarote.

La escena que contemplaron en cubierta recordaba, parcialmente, aquélla otra que habían presenciado diez días atrás — diez días, toda una vida, casi, se les antojó —, cuando la *Circe* cruzara el Trópico de Cáncer. Desde luego, no había bañera de lona. Los estrados eran más bajos. Divisaron el mismo par de grandes sillones que fueran utilizados como tronos. Todos los marineros se encontraban congregados a un lado y a otro de un espacio abierto frente a ellos.

Los tronos estaban ocupados por Joâo de Mondego y Lucette. Enfrente de los dos había un barril de ron abierto por la parte superior. Todos los presentes tenían en la mano un pequeño cazo y la mayor parte de la tripulación apuraba lo que en los mismos quedaba de la primera ronda. Al aparecer los cautivos se armó un griterío tremendo. Oyéronse vítores, insultos y maullidos. El jorobado guió al grupo hasta el barril de ron. Alguien trajo varios cazos más y Pedro el Caribe, que estaba haciendo los honores tras el tonel, entregó a los presos una ración equivalente a menos de un cuarto de litro por cabeza. Inmediatamente les ordenó que bebieran.

Amanda y Jenny apenas se majaron los labios. Clarissa sorbió un poco del líquido pero en seguida sintió unas náuseas enormes, vomitándolo. Georgina arrojó su cazo a los pies de Pedro.

Instantáneamente se oyó la voz de Lucette.

— Llénale otra vez el cazo, Pedro. Si la noble condesa hace de nuevo tan poco aprecio de nuestro excelente licor le haremos lamer el que caiga sobre la cubierta.

Un coro de risas acogió su amenaza. Pedro hizo lo que se le había mandado, poniendo el recipiente en manos de Georgina. Roger le dijo en inglés, en voz suficientemente alta para que los demás le oyeran:

— Por el amor de Dios, Georgina, bébete eso y más si puedes. Adormecerá un poco tu sensibilidad, ayudándote a pasar esta prueba.

Obedientemente, venciendo su repugnancia, bebieron el ardiente licor. A continuación el jorobado les condujo a un banco de madera colocado a cierta distancia de los estrados, indicándoles por señas que se sentaran. Un momento más tarde ató los brazos de Roger a su espalda, oprimiendo fuertemente las últimas lazadas. Arrastrado más bien por el instinto Roger se agitó, intentando liberarse, pero sus forcejeos no sirvieron más que para provocar la hilaridad entre los espectadores. El jorobado le ató luego los tobillos. En adelante, si Roger probaba a levantarse con la idea de echar a andar daría con el rostro contra la sucia cubierta del buque.

Éste ya no abrigaba más esperanza que la de poder apoderarse del cuchillo de cualquiera de los hombres que se encontraban en sus inmediaciones, originando la confusión y el fin prematuro de aquella asamblea al apuñalar a Joâo o a Lucette. La hinchazón le había cerrado por completo el ojo izquierdo pero veía perfectamente con el otro. Incluyendo a Joâo, Lucette, Pedro y el jorobado los tripulantes llegarían a ser unos doce. Un hombre, probablemente, se hallaría frente a la rueda del timón y otro de vigilancia. Bloggs estaba presente con nueve de sus compinches y ocho de los puertorriqueños.

El violinista, del buque había sido uno de los seguidores de Bloggs desde el principio. En aquel momento, sentado en una silla, delante del barril de ron, estaba tocando una alegre melodía. La oscuridad les había envuelto con la rapidez característica en los trópicos. Pero la escena aparecía iluminada por faroles que colgaban de las jarcias. Algunos de los presentes iniciaron un palmoteo rítmico y luego cuatro se destacaron para bailar en el centro del corro.

Tras esto los hombres se alinearon para recibir otra ración de ron. Después uno de los piratas entonó con voz de barítono una nostálgica canción. El buque se movía casi en silencio sobre las profundas aguas del océano. De ser otras las circunstancias Roger y los suyos habrían quedado embelesados ante aquel talento natural. Tal como se hallaba planteada la situación escuchaban pensando únicamente en lo que podría venir más adelante.

En medio de un aplauso unánime, atronador, hubo algunos que pidieron la repetición pero otros solicitaron insistentemente una danza. Conducidos por Pedro formaron dos líneas y a los sones del violín empezaron a golpearse acompasadamente los pies, moviéndose con torpeza, dando gritos y saltos, en una parodia de gavota.

Al baile siguió un nuevo reparto de ron. Inmediatamente después se formaron tres coros que actuaron alternativamente, agrupando a los piratas, que hablaban francés, a los amotinados ingleses y a los puertorriqueños. Finalmente se mezclaron todas las voces, cantando cada uno por un lado, formándose un griterío ensordecedor, una auténtica Babel del ruido.

Luego, al atenuarse éste alguien pidió una pavana.

Los hombres habían ido agrupándose por parejas igual que antes por coros. Hasta que a uno de los tripulantes de la *Circe* se le ocurrió acercarse a Jenny para decirle:

— Por favor, señorita, ¿queréis bailar conmigo?

Jenny miró ansiosamente a su alrededor. Pero al parecer no tenía más remedio que aceptar aqueila invitación. Se levantó con evidente desgana … El marinero le pasó un brazo por la cintura, llevándosela. Otros compinches suyos se apresuraron a seguir su ejemplo. Algo así como una media docena se enzarzaron en una violenta discusión, aspirando al honor de sacar a la improvisada pista a Clarissa, Georgina y Amanda. Dos de los marineros se enredaron a puñetazos. Los demás aprovecharon la confusión … Por último las tres jóvenes se convirtieron en parejas de baile de otros tantos bandoleros.

Roger, solo, sentado en el banco, sufría redoblados los tormentos del infierno. Tiempo atrás había engañado a Catalina la Grande, de Rusia, desafiado al primer ministro de España, batido al nada escrupuloso Fouché, burlado al ministro de la Guerra francés, enfrentándose con el astuto Carnot, resistiendo los ataques de Danton, Hébert y una legión más de individuos malvados, capaces de todo … Él había hecho colgar de un farol a un hidalgo castellano, derrotando en un solo combate al espadachín más diestro de toda Francia … Y ahora no podía liquidar a aquella turba de villanos, de embrutecidos marineros.

Viendo a su esposa en brazos de un barbudo rufián, de chafada nariz, maldijo el día en que se le ocurriera negarse a volver a Francia, dando a conocer a su alto jefe la intención que abrigaba de trasladarse a las Indias Occidentales. Mucho mejor que aquello era París con todas las angustias y preocupaciones originadas por la Revolución, con todos los horrores de ésta, sus inmundicias, sus peligros … Todas ellas eran cosas que en fin de cuentas podían ser remediadas cuando se desplegaba coraje y buen juicio y no faltaba un poco de suerte.

Observó que al terminar el baile (lo que supuso un gran alivio para él), los marineros que habían bailado con las cuatro mujeres

las acompañaron hasta el banco. La noche era cálida y las jóvenes respiraban agitadamente, por efecto del ejercicio a que se habían visto forzadas. En eso quedó, afortunadamente, aquella desgraciada experiencia.

Pronto se oyó de nuevo el sonido del violín y esta vez se produjo un escandaloso tumulto para asegurarse a las mujeres como parejas. Bloggs figuraba al frente del grupo y con unos cuantos manotazos propinados a dos de los aspirantes consiguió asirse a Jenny. Lucette se había unido a Joâo. Pedro danzaba con Georgina. Un marinero inglés se había apoderado de Amanda. Clarissa se vio abrazada por un puertorriqueño.

La luna se había elevado en el firmamento, dando al mar plateadas tonalidades. Roger se encorvó de nuevo, tirando angustiosamente de sus ligaduras mientras presenciaba aquel baile de pesadilla. Pero también en esta ocasión las mujeres volvieron a ocupar sus asientos en el banco en cuanto el músico cesó de rascar las cuerdas de su violín.

Habiendo abandonado Pedro su puesto junto al tonel de ron los hombres se servían a sí mismos. Algunos estaban ya tan bebidos que andaban de un lado para otro tambaleándose y tropezando con sus compañeros.

Fue entonces cuando a uno de los miembros de la dotación de la *Circe* se le ocurrió gritar:

— ¡La sirena! ¡Vamos, sirena, enséñanos tu linda cola!

El resto de los amotinados corearon este grito. Varios de ellos se apresuraron a explicar a los piratas su significado, describiendo el fantástico vestido que Clarissa se había puesto con ocasión de la ceremonia del paso del Trópico de Cáncer. Inmediatamente se arremolinaron en torno a la joven unos cuantos, apremiándola para que se disfrazara de sirena. La faz de Clarissa estaba tan blanca como el papel. Negábase obstinadamente a satisfacer sus deseos, pero en cierto momento uno de los amigos de Bloggs, llamado Marlinspike Joe, le dijo:

— ¡Ponte el vestido de una vez si no quieres que nosotros mismos los hagamos después de quitarte el que ahora llevas!

El temor y la desesperación asomaron a los azules ojos de Clarissa, que fijó la vista en Amanda, sin saber qué hacer. Pensando en que mientras aquellos bandidos estuvieran entretenidos en tales escarceos no podían pensar en otra cosa peor, Amanda hizo un gesto de asentimiento, levantando una mano en dirección a Jenny. Las tres mujeres se levantaron, dirigiéndose a los camarotes de popa, seguidas por Marlinspike Joe y varios de

sus camaradas.

Los hombres comenzaron a cantar nuevamente. Habían alcanzado aquel estado en su borrachera colectiva que exige con preferencia a toda otra cosa el canto obsceno. Durante el siguiente cuarto de hora, pues, flotaron en el aire, sobre las tranquilas aguas, iluminadas por la luz de la luna, todo género de palabras malsonantes, proferidas en francés, inglés y español.

Los cánticos se desvanecieron, siendo sustituidos por un clamor triunfal … Marlinspike y sus amigos emergieron de la zona en sombras de popa llevando sobre sus hombros a Clarissa, ataviada con su fabuloso vestido de sirena.

A la vista de la joven los hombres estallaron en alaridos, alternados con comentarios indescriptiblemente procaces.

Clarissa fue depositada por los que la sostenían en alto encima de la cubierta, frente a los tronos, teniendo que soportar por unos minutos aquella granizada de insultos.

Con la intención de dar más recato a su figura no se había soltado los cabellos como en su primera aparición, usando una capa que cubría la parte superior de su cuerpo, pero en cuanto los marineros la hubieron dejado Marlinspike Joe tiró de aquélla … Los desnudos y blancos brazos de la muchacha brillaron bajo las temblorosas luces. Se impuso súbitamente el silencio. Casi era posible oír el rumor de las agitadas respiraciones. Todos los ojos estaban fijos en Clarissa.

Lucette se inclinó hacia delante, mirando al violinista.

— Vamos, hombre, toca algo — le dijo.

Bloggs, que se encontraba cerca de la joven, le pidió baile. Clarissa vaciló un momento, accediendo por último. Una vez más la cubierta se llenó de parejas. Joâo no abandonó su sitio y Marlinspike Joe se quedó quieto, sin apartar su lujuriosa mirada de la chica. De pronto se agachó, tirando brutalmente de la cola de su vestido. Debajo de éste Clarissa no llevaba otra cosa que una camisa. Todo el mundo pudo ver entonces sus piernas, hasta las rodillas.

Lanzando una carcajada, Joâo abrazó a la muchacha, levantándola por encima de su cabeza. El grito que se escapó de la garganta de Clarissa fue tan impresionante que el violinista cesó de tocar. Todos los presentes se quedaron inmóviles. Lucette se incorporó.

— ¡Basta! — ordenó —. Deja a esa mujer si no quieres que te cueste caro en cuanto desembarquemos.

— ¡Vete al infierno! — contestó Joâo —. Reclamo como capitán un derecho que me corresponde. Esta noche esta linda zorrilla dormirá conmigo.

CAPÍTULO VII

LA PRUEBA

La luna estaba ahora muy alta, en un firmamento sin nubes. Su brillante luz eclipsaba la de las estrellas y también las trémulas llamas de los faroles que colgaban de las jarcias. Al filtrarse por entre los hombres que se hallaban en la cubierta de la nave dibujaba manchas de plata de una a otra sombra, endureciendo las facciones de aquéllos.

El grito de Clarissa había provocado una inesperada pausa en aquella francachela de pesadilla. Los sones del violín dejaron de oírse; ya no se oyó tampoco el arrastrar de pies … Todo movimiento cesó, como si los presentes se hubiesen quedado petrificados por efecto de la perniciosa mirada de una supuesta Medusa.

Todos los ojos se habían fijado en el mismo punto. Joâo estaba sentado en su trono, teniendo encima de sus piernas a Clarissa, a la que abrazaba estrechamente. La joven tenía el rostro encendido y lloraba de vergüenza, habiendo sepultado aquél entre sus manos. Le era imposible en cambio ocultar sus piernas y sus desnudos hombros a las voraces miradas de aquellos hombres toscos, sin sentimientos, gobernados por sus instintos. Lucette contemplaba a la pareja con los brazos en jarras y la cabeza, desafiante, echada hacia atrás. Todos miraban a los dos principales protagonistas de la escena. La noche tropical era calurosa y tranquila. Hasta los marineros que ya se hallaban definitivamente bajo los efectos del alcohol contenían el aliento, aguardando el comienzo de una espectacular riña. La voz de Lucette delataba su enfado, pero Roger advirtió en ella un ligero temblor.

— ¡Dormirás solo! — gritó la mulata —. ¡Deja a esa mujer de una vez! ¡No permitiré que te sirva de pasatiempo!

— ¿Es que te sientes celosa? — le preguntó Joâo.

— ¡Nada de eso! — repuso Lucette con descaro —. Fue tu repertorio de extrañas caricias lo que me hizo soportar la perspectiva de despertar cada mañana con tu repugnante cara junto a mí. Ahora aquéllas ya no me impresionan lo más mínimo y aquí mismo hay hombres en los que he pensado para cuando llegue el momento de compartir mi lecho. Tú ya no me importas nada y también me tiene sin cuidado que sea éste o aquél el que la goce una vez lleguemos a puerto. Ahora bien, estoy decidida a hacerte respetar las leyes de nuestra hermandad.

— ¿Y en qué consisten concretamente esas leyes? — inquirió él burlonamente —. Hace mucho tiempo que fue estipulado que el capitán de la nave es siempre el primero en disfrutar de la completa posesión de las mujeres capturadas. Lo habitual, a continuación, es confeccionar una lista. Sucesivamente, aquéllas van pasando de mano en mano y luego se procede a las subastas, con vistas a nuevos turnos. El que puja más alto se asegura con ello un buen puesto y el dinero pasa a un fondo común … Nada más justo, ¿verdad? Yo no reclamo más derecho que el que me corresponde, el reservado al capitán …

Roger había podido cerrar sus ojos ante aquella escena pero no así sus oídos. Las brutales palabras de Joâo confirmaron sus temores. Éstas coincidían con cuanto había leído acerca de las costumbres de los piratas. Desesperado, clavó las uñas de sus dedos en las palmas de las manos, atadas a la espalda.

Un fuerte golpe, el rumor de un cuerpo que cae, le hizo abrir su ojo sano. Amanda se había desmayado, yaciendo sobre la cubierta en aquel momento. Georgina y Jenny, con la palidez de la muerte en sus rostros, permanecían muy juntas. Ninguna de ellas miró a Amanda pues Lucette hablaba de nuevo.

— Tú no eres el capitán — declaró —. Tú eres sólo un lugarteniente, al que se ha encomendado la tarea de llevar esta nave adonde tú sabes. Cuando el señor vizconde decidió dejar las mujeres aquí me encargó a mí de ellas. Es él y nadie más quien puede ejercer sus derechos de capitán. De lo que suceda a bordo de este buque soy yo responsable en ese aspecto. No estoy dispuesta a servir de pasto a sus cocodrilos por no haber sabido defender sus intereses.

Joâo se aproximó a Lucette, acercando su rostro al de la mulata hasta casi tocarla.

— Conque no soy el capitán, ¿eh? Espero pronto tener ocasión

de enseñarte quién soy yo, engendro del infierno. Ya verás si mi palabra es ley o no a bordo …

Lucette dio un paso atrás pero aún respondió, retadora:

— ¡Eres un estúpido, un repugnante y asqueroso estúpido! De no estar borracho no te atreverías siquiera a pensar en la posibilidad de provocar la ira del señor vizconde. Para gozar de esa mujer … Hazlo esta noche y serás desollado vivo. Hasta un idiota de nacimiento comprendería que éste es un precio muy caro para tal capricho

— No esperaré ni una hora — contestó el pirata. — El señor vizconde puede ser un hombre severo, pero es justo. Habiéndome nombrado capitán de la nave no tomará a mal que haya reclamado mis derechos.

— ¡Quieres engañarte a ti mismo!, imbécil … — comenzó a decir Lucette.

Se interrumpió porque acababa de ver a Georgina avanzando hacia Joâo después de abandonar su asiento en el banco. La joven se expresó en francés, hablando en voz baja pero muy clara.

— Tal vez pueda yo proporcionar la solución de este problema. A mí me parece que *madame* Lucette tiene razón y que si abusáis de esta muchacha pagaréis tal osadía con vuestra vida. Sin embargo, no debe existir regla alguna que prohiba que toméis a una mujer que se ofrece voluntariamente. Se trata además de una joven de pocos años, desprovista de experiencia, que puede proporcionaros poca diversión. Como os veo decidido a buscaros una compañera, con la que compartir vuestro lecho, permitidme que ocupe yo su lugar.

Los sentimientos de Roger al oír tales palabras eran bien encontrados pero, sobre todo, Georgina le inspiraba admiración. Siempre la había querido. Había significado para él más que Athénaïs de Rochambeau e incluso Amanda. La idea de que aquella criatura se sometiera espontáneamente a los caprichos del repelente Joâo le llenó de terror. No obstante, sabía que había yacido con muchos hombres, por algunos de los cuales no había sentido más que un leve aprecio. La experiencia, pues, sería menos desagradable para ella que para una virgen como Clarissa. Su gesto para salvar a la muchacha demostraba su gran valor. Roger aguardó con profundo interés la respuesta de Joâo de Mondego.

Lentamente, el pirata examinó a Georgina de pies a cabeza, contemplando satisfecho su grácil figura, el óvalo perfecto de su rostro, los negros ojos y los abundantes rizos, que le llegaban a los

hombros, musitando a continuación:

— Vive Dios que eres una mujer capaz de tentar al hombre más templado. Me siento muy halagado por esta conquista, querida.

Los ojos de Georgina brillaron como nunca. En su voz se advertía una nota extraña al contestar a su interlocutor …

— Os equivocais al pensar así. Me he ofrecido porque muerto mi esposo ya no me importa lo que pueda ser de mí.

— Siendo así me da lo mismo esperar unos días más o menos. Ya me llegará el turno cuando desembarquemos. Esta chiquilla, en cambio, es otro cantar. Si no me apodero de ella ahora corro el peligro de que alguien se me adelante. Aquí sí que tengo interés en evitar que suceda tal cosa.

Joâo se volvió para coger a Clarissa del brazo.

Lucette se había quedado mirando a Georgina. Estaba absorta, desconcertada. Podía decirse que la contemplaba con cierto respeto. Dirigiéndose al pirata manifestó:

— Tú debes estar loco. En efecto, sólo un loco puede empeñarse en hacer esa sucia jugada, despreciando a una mujer de tantas dotes como la condesa, que además se te ha ofrecido voluntariamente, no representando por consiguiente el menor peligro para ti.

— ¡Ya me he cansado de oírte! — rugió Joâo.

No bien hubo pronunciado estas palabras avanzó hacia Lucette, dándole un puñetazo que alcanzó a la mulata en la mandíbula. Lucette se balanceó unos instantes, cayendo por fin pesadamente sobre la cubierta, desvanecida.

Joâo, fuera de sí, comenzó a insultarla. Por último, más sereno, sujetó nuevamente a Clarissa por una muñeca, diciéndole:

— Ahora, pequeña, vámonos a tu camarote. Quiero que me enseñes lo que todavía ocultas bajo los restos de tu traje de sirena.

— ¡Eh, tú! ¡No tan de prisa! — gritó alguien en inglés.

Bloggs se abría paso entre los que presenciaban la escena, avanzando hacia el pirata.

No conociendo el inglés, Joâo le miró con un gesto interrogante y dirigiéndose a Georgina inquirió:

— ¿Qué dice ese tipo?

Georgina pensó que se le presentaba una nueva oportunidad de salvar a Clarissa y mirando suplicante a Bloggs le dijo:

— Dios os recompensará con toda seguridad si impedís que se realice un atropello tan espantoso como éste. Os ruego que habléis a ese hombre con tal intención …

Bloggs repuso:

— He de deciros, señora, que uno de mis compañeros, Jake Harris, habla un poco la lengua criolla. Harris oyó cómo el jefe de toda esta gente ordenaba a Lucette que cuidara de las mujeres. Siendo así, yo creo que ella obra como es debido y que ese individuo atenta contra las instrucciones dictadas por su superior.

— ¡Dios os bendiga! — exclamó Georgina.

Inmediatamente tradujo para Joâo las palabras de Bloggs, añadiendo por su cuenta:

— Mejor será, pues, que tengáis cuidado. Ese hombre os amenaza con amotinar a las tripulaciones contra vos.

— Nadie se atreverá a levantarse contra mí — declaró secamente el pirata —. Que hagan el menor movimiento en ese sentido y antes de diez minutos colgarán todos de esas jarcias. Diles eso, condesa, y también que las decisiones de un capitán a bordo de su buque son cosa exclusivamente suya, que no tiene por qué discutir con ninguno de sus subordinados.

Esta vez fue Jake quien hizo la traducción para Bloggs.

— Creo que en eso tiene razón — agregó el hombre —. Después de todo, Ephraim, ¿qué tenemos que ver nosotros con este asunto? De su elección no ha de responder ante nosotros sino ante su jefe.

Georgina se sintió descorazonada. Pero Bloggs había adoptado una firme resolución, manifestando en tono agresivo:

— Quizá … La cosa, sin embargo, no se reduce a eso. Lucette no ha hecho más que cumplir con su obligación. Es una mujer valiente y le he tomado afecto. No voy a permanecer aquí con los brazos cruzados mientras ella es vapuleada por ese portugués … tanto si es el capitán del buque como si no lo es. Démosle un toque, Harris. Si vuelve a poner la mano encima de Lucette le trataré como traté al capitán Cummins.

Lucette había permanecido unos minutos inmóvil sobre la cubierta. Poco después emitía un gemido e incorporándose a medias miraba a su alrededor al tiempo que se llevaba una mano a la dolorida mandíbula. Al posar la mirada en Joâo pareció comprender de repente lo sucedido. Poniéndose de rodillas adelantó una mano hacia su faja con el propósito de sacar la pistola que en ella llevaba.

El pirata no había entendido una sola palabra del discurso de Bloggs ni Jake había tenido tiempo de traducírselo. En cuanto observó el movimiento de Lucette, completamente despreocupado

acerca de los posibles resultados de su acción, descargó una tremenda patada sobre el pecho de la mulata, como consecuencia de la cual ésta salió rodando. Luego, volviéndose hacia Pedro el Caribe, que se hallaba en las inmediaciones, le ordenó:

— Desarma a esa perra y enciérrala en la caja de cadenas.

Bloggs vio en esta nueva brutalidad un reto deliberado. Su rostro se encendió súbitamente y los ojos le llamearon con intenciones asesinas. Víctima de uno de sus irrefrenables ataques de ira desenvainó su espada, arrojándose sobre el pirata.

Instantáneamente se armó una gran confusión. Hasta aquel momento los americanos de Bloggs, los puertorriqueños y los piratas habían andado mezclados, confraternizando. Ahora cada uno de aquellos individuos miró receloso a su alrededor, procurando unirse a los suyos o situarse de manera que pudiese aplicar la espalda a algo sólido. Todos ellos, además, se apresuraron a recurrir a sus armas.

Por unos segundos todos tuvieron la impresión de la inminencia de una sangrienta riña. Fue Jake quien salvó la situación. Levantando la voz, de modo que todo el mundo pudiese oírle entre la barahúnda de amenazas y maldiciones, dijo en inglés:

— ¡Quietos, compañeros! ¿Qué es lo que vamos a ganar matándonos unos a otros? ¿Qué significan esas dos mujeres para cuantos nos encontramos aquí? ¡Quietos todos! Dejad que éstos dos hombres zanjen esa cuestión entre ellos.

Lucette, vacilante, había conseguido ponerse en pie. Conociendo suficiente inglés para entender las palabras de Jake pronto respaldó su iniciativa, gritando a su vez a los marineros criollos:

— ¡Guardad vuestras armas! No tenéis por qué pelear contra los tripulantes de la *Circe*. Joâo es el único llamado a responder … ¡Despejad la cubierta! Formad un círculo alrededor de ellos y que venza el mejor.

Joâo no se descuidaba. De un salto evitó la primera embestida de Bloggs. Enarbolando su espada paró el siguiente golpe de Ephraim. Las hojas de acero repiqueteaban al chocar violentamente, saltando de ellas innumerables chispas. Los golpes eran alternados. Desde el primer momento los contendientes lucharon esforzadamente por la victoria.

Comprendiendo que Jake y Lucette tenían razón los marineros volvieron a envainar sus armas, atendiendo la sugerencia de la mulata al inmovilizarse en torno a Bloggs y el portugués. Por unos

instantes siguieron con atención el curso de la pelea y luego empezaron a formular apuestas sobre su resultado posible.

Evidentemente, Bloggs era el más fuerte, pesando también más que su oponente. Joâo era de mayor talla, cubriendo con su arma más espacio. Superaba asimismo a Bloggs en destreza, pues no en balde llevaba años de vida aventurera. A Ephraim le faltaba experiencia y se mantenía gracias a su extraordinaria fuerza. Contaba con otra ventaja nada despreciable: se hallaba sereno y despejado, en tanto que Joâo encontrábase bajo el influjo de la bebida.

Al principio parecían, entre unas cosas y otras, igualados. Sus partidarios respectivos se mostraban prudentes en las apuestas. Pero cuando Joâo fue parando golpe tras gole y Bloggs comenzó a jadear todos comprendieron que si el pirata podía agotar a su enemigo, aquél le tendría pronto a su merced.

El portugués y Bloggs avanzaban y retrocedían alternativamente. La clara luz de la luna permitía a los espectadores presenciar el combate igual que si éste se desarrollara en el transcurso del día. Los dos hombres respiraban ahora fatigadamente por el continuo y feroz ejercicio. Unos riachuelos de sudor corrían por sus faces. Como los minutos pasaban y Bloggs no conseguía asestar a su adversario el golpe mortal la gente arreció en sus apuestas contra él.

Desde su sitio Roger no podía presenciar el combate, debido a que entre los contendientes y él se había formado una fila de espectadores. Seguía con los tobillos atados, siéndole imposible, por tanto, abandonar su asiento. Desde el principio, no obstante, había estado rezando para que Bloggs saliera victorioso. Igual que Georgina, quien empezaba a desfallecer al apreciar que los golpes de Ephraim no eran asestados con la fuerza de momentos antes y que éste se hallaba casi extenuado.

Súbitamente echó a correr, sujetando la espada de Joâo por la espalda de éste. Pedro el Caribe la sujetó por los cabellos, apartándola de allí. Georgina se desplomó lanzando un agudo grito de dolor. Fue en ese instante cuando se produjo el desenlace, en un momento en que nadie lo esperaba.

Joâo, consciente de que había bebido mucho, tomó el buen acuerdo de mantenerlo en el centro de la cubierta, moviendo los pies solamente cuando Bloggs le obligaba a ello pero, con preferencia, dejando que este último le hostigara dando vueltas a su alrededor. En el momento de gritar Georgina, Ephraim llegaba al límite máximo de su resistencia … No podía más. Retrocediendo

un par de pasos abatió la espada, haciendo una profunda inspiración para recuperar el aliento. Joâo, con los ojos brillantes, sonriendo ferozmente al ver llegar por fin el triunfo, dio un salto para administrar a su oponente el *coup de grâce*, pero … El ron le había hecho perder el sentido del equilibrio. Al tocar la cubierta tropezó, yéndose a un lado. Antes de que acertara a recuperarse Bloggs colocó su espada en posición horizontal. La punta de ésta se hundió hasta el hueso, atravesando el músculo de su brazo derecho.

El portugués soltó su arma, dando un grito de angustia al tiempo que retrocedía, vacilante. Bloggs se apresuró a poner su pie sobre la espada del adversario. No hizo, sin embargo, ningún movimiento para abalanzarse sobre éste y rematarlo. Advirtiendo su intención, Lucette se apartó del estrado, junto al cual había estado presenciando la lucha, aproximándose al herido.

Sus labios se distendieron en una maligna sonrisa.

— Bien, *capitán* Mondego … Seguro que no podrás alegar que han jugado suciamente contigo. Desde hace diez minutos me encuentro en condiciones de disparar sobre ti por la espalda. He preferido, no obstante, respetar las reglas a observar en este género de escaramuzas. La costumbre señala que un capitán derrotado se encuentra siempre a merced de todo aquél que tiene una cuenta pendiente con él … Para mí sería un placer borrar para siempre de entre los vivientes tu repulsivo rostro.

Los ojos de Joâo revelaban el terror que sentía. De la tremenda herida del brazo le salía una gran cantidad de sangre, la cual dibujaba en la cubierta un círculo rojo progresivamente más ancho. El portugués se hallaba muy debilitado ya por esta causa. Echándose a un lado se esforzó por alcanzar con la mano izquierda la pistola que llevaba en el cinturón. Pero Lucette se le adelantó, apuntándole inmediatamente con la suya. Oyóse un estampido. La bala destrozó la boca de Joâo. La faz de éste se ennegreció, cubriéndose de sangre …

La acción de Lucette no levantó ningún rumor de protesta entre los presentes. Ni aún sorpresa mostraron éstos. Todos guardaron silencio. La mulata se volvió hacia Pedro para ordenarle:

— Tíralo por la borda para que sirva de pasto a los tiburones.

El Caribe cumplimentó con presteza su orden. Muerto Joâo, Lucette era la personalidad dominante en el buque. Acercándose a Bloggs, todavía jadeante, la joven le abrazó, besándole en las mejillas, dándole las gracias en un lenguaje que tanto tenía de francés como de inglés. Luego hizo subir al estrado a Ephraim, tan

complacido como embarazado. Cumplida su misión Pedro, la mulata le hizo señas para que se colocara a su otro lado y entonces, tendiendo sus brazos por encima de los hombros de sus dos amigos, dijo a la tripulación:

— Como representante de la autoridad del señor vizconde a bordo de este buque tengo atribuciones para designar al sucesor de Joâo de Mondego. Pero no quiero que haya recelosos ni descontentos entre vosotros. Por consiguiente, lo dejaré todo a vuestra elección. He aquí dos hombres que han demostrado tener valor. Espero que aquél que elijáis sea obedecido ciegamente.

Lucette le pidió a Jake que tradujera lo que acababa de decir al inglés. Una vez hubo hecho aquél esto ella inquirió:

— ¿A quién designáis capitán temporalmente?

Los nombres de Bloggs y Pedro parecieron sonar el mismo número de veces, por lo que hubo que efectuar un recuento. Lógicamente, los piratas se inclinaban por Pedro y los amotinados ingleses de la *Circe* por Bloggs. Los puertorriqueños se hallaban divididos. Encontrándose por razones de raza y lenguaje más próximos a Pedro, la mayoría votó por él, que al fin fue elegido. Bloggs le estrechó la mano para que viera que no le guardaba rencor y Lucette le dio unas cordiales palmadas en la espalda. A continuación anunció que Bloggs actuaría como su lugarteniente. Unos minutos después el grupo de marineros comenzó a disolverse. Pedro relevó al hombre que cuidaba de la rueda del timón y designó vigías para la noche. Bloggs ordenó que desataran a Roger, escoltando a los prisioneros hasta el lugar en que tenían que pasar la noche, colocando un centinela a la entrada del camarote.

La terrible prueba, de momento, había terminado. Pero se hallaban demasiado cansados para comentar entre ellos la experiencia vivida. Además, temían aún que Marlinspike Joe o cualquiera de los otros rufianes, dominados por la bebida, intentaran hacerles una visita en el transcurso de la noche. Luego, estimando que estarían más seguros en la cámara grande, se llevaron sus efectos allí, tendiéndose en las colchonetas completamente vestidos.

Desde el amanecer, casi, habían estado viviendo horas de aguda ansiedad. Los últimos acontecimientos, especialmente, habían puesto a prueba sus fuerzas. Consecuentemente, a los pocos minutos todos dormían, horrorizados todavía por aquella pesadilla. La lealtad de Lucette a su dueño y señor, el vizconde francés, la ira de Bloggs, al observar el trato de que Joâo hacíala

objeto, habíales procurado un respiro, una pausa entre tantos sucesos atemorizadores … Sí. Eso era aquello tan sólo: una pausa, un paréntesis. Sabían ahora que, de no mediar un milagro, en el transcurso de los días siguientes les esperaban muchos sufrimientos.

Capítulo VIII

BODA A MEDIANOCHE

Cuando despertaron sería ya el mediodía. A causa de la extrema fatiga habían dormido unas doce horas. Al abrir los ojos lentamente y darse cuenta de su situación les costó trabajo creer que todo lo pasado no era una aterradora pesadilla. La triste realidad se impuso en seguida. Georgina recordó inmediatamente la muerte de su amado Charles, estallando en desgarradores sollozos. Sus compañeros de desventura volvieron la vista hacia ella, sin saber qué hacer ni qué decir.

A Roger la cabeza empezó a dolerle en cuanto hizo el menor movimiento. Sin embargo, el dolor le resultaba ahora más soportable. Con relación a su estado de unas horas antes se hallaba bien, en general. Al ponerse en pie descubrió que era capaz de caminar con bastante seguridad. Acercándose a la mesa se llevó a los resecos labios una de las botellas medio vacías que había en aquélla. Entonces advirtió que los restos de la comida de la noche anterior habían sido retirados, ya que los que veía eran más recientes. Evidentemente, Lucette y su gente habían desayunado allí. Pero ellos no habían notado nada. El ruido que hubieran podido producir no había sido suficiente para sacarles de su pesado sueño.

Jenny se había levantado, dedicándose una vez más a consolar a su señora. Amanda y Clarissa, sentadas en sus respectivas colchonetas, permanecían absortas en sus pensamientos. Roger apartó en seguida la mirada de ellas. Rebuscaba en su mente unas palabras apropiadas, para infundirles algunos ánimos, sin acertar a dar con las mismas. Decíase que Charles, al morir, había sido más afortunado que él. Haciendo un esfuerzo, dijo por fin:

— Lavémonos un poco. Esto nos despejará … Después podremos comer algo de lo que han dejado en esa mesa.

Silenciosamente, ellas aceptaron su sugerencia. Georgina juzgó por lo que observó en su camarote que Lucette había dormido allí. Entonces, ayudada por Jenny, se llevó varios de sus objetos de tocador y algunas ropas a otra cabina. Los demás se encontraban ya sentados frente a la mesa cuando ellas volvieron a la cámara. En los otros camarotes no habían sido descubiertas huellas de intrusos. Roger acababa de afeitarse y Amanda no aparecía tan ojerosa después de arreglarse. La juventud de Clarissa había borrado ya las señales dejadas en su faz por la prueba de la noche anterior. La salud de Jenny permitía a ésta tener mejor aspecto del que le correspondía en rigor por su estado de ánimo. Los bellos ojos de Georgina habían perdido su brillo habitual. No se había esforzado lo más mínimo por recomponer su rostro tras la triste experiencia de horas atrás. Pero, en fin de cuentas, ya no lloraba, habiendo recuperado el dominio de sí misma. Todos comían mecánicamente. Se encontraban tan deprimidos que ninguno de ellos acertó a iniciar el más breve diálogo.

Finalmente, Clarissa dejó a sus compañeros de infortunio asombrados al formular la siguiente observación:

— No puedo negar que anoche me sentí horrorizada al conocer los propósitos que ese repugnante individuo abrigaba con respecto a mí. Sin embargo, me inclino a pensar que ser violada no es una experiencia tan terrible como se ha querido siempre hacer ver.

— ¡Clarissa! — exclamó Amanda con sobresaltada voz —. ¿Cómo te atreves a hablar así, delante de Roger incluso?

En el rostro de Georgina apareció una débil sonrisa, una mueca más bien. Aquélla miró a Amanda, diciendo, ligeramente irónica:

— Hay que suponer, querida, que Roger ya posee algunas nociones sobre la auténtica naturaleza de la mujer. Nada de lo que Clarissa pueda opinar va a cambiar su opinión, en favor o en contra, en relación con nuestro sexo. Además, ése es el único tema de conversación, el más oportuno también, que se nos ofrece aquí esta mañana. Siempre será mucho mejor que continuar en silencio tratar de él — a continuación, volviéndose hacia Clarissa, añadió —: Ahora, muchacha, explícanos en qué fundamentas esa creencia.

— Se basa en lo que una amiga mía me contó en cierta ocasión en el colegio — repuso Clarissa —. Era aquélla de ascendencia francesa. Su abuela tuvo la desgracia de ser capturada por los prusianos durante la Guerra de los Siete Años. Sucedió que mi amiga se encontraba un día en el jardín de una casa de campo,

cerca de una terraza en la que charlaban tranquilamente de aquella campaña su madre y su abuela. Entonces oyó decir a la primera: «No me explico, mamá, cómo pudiste sobrevivir a aquel brutal asalto. Las primeras atenciones de un esposo resultan ya normalmente bastante enojosas, por lo que juzgo que verse forzada por un desconocido debe constituir una experiencia capaz de enloquecer a una mujer.» En aquella época mi amiga no llegó a comprender del todo aquellas dos palabras: «verse forzada» … Esto ocurrió más adelante, al recordar la conversación y la réplica de la abuela.

Clarissa se ruborizó, interrumpiéndose. Ahora vacilaba. Georgina le preguntó:

— Bueno, ¿cuáles fueron las palabras de la abuela?

Bajando la voz y la vista, Clarissa respondió:

— «Tienes que hacerte cargo, querida, de que la violación no encierra nada de anormal y que hasta en los tiempos históricos aquélla fue la primera experiencia de la hembra sobre el amor físico. Por consiguiente, no existiendo más alternativa que la de someterse, lo único que puede hacer una mujer sensata es cerrar los ojos, tenderse e imaginarse que es la amante de un hombre de las cavernas.»

La anécdota le pareció a Georgina tan divertida que por un momento se olvidó de sí misma, riendo mientras que comentaba:

— ¡Esa anciana tenía razón!

Roger rió también, fijando una atenta mirada en Clarissa. Preguntábase si era su nerviosismo lo que le había hecho traer a colación su historia o bien había obrado con el deliberado intento de disminuir los temores de sus compañeras, que en el plazo de días o de horas se verían expuestas a los desenfrenados apetitos de sus captores. En ese instante sus miradas se encontraron. No observó el menor vestigio de histeria en sus ojos, de manera que decidió que su segunda suposición era la correcta, maravillándose de que aquella mujer tan joven demostrase tanto valor.

Habiendo roto el hielo Clarissa, hablaron abiertamente de los acontecimientos de la noche anterior, confesando libremente los temores y emociones vividos. Como si se hubieran puesto previamente de acuerdo evitaron todo comentario referente a su sombrío futuro.

Hacía casi una hora que se hallaban sentados a la mesa cuando apareció ante ellos el jorobado indio. Éste, acercándose a Jenny, le señaló la puerta, queriendo darle a entender que la necesitaban afuera. Al principio Jenny hizo un enérgico movimiento

denegatorio de cabeza, temiendo que pudiera ocurrirle algo malo en cuanto se apartara de los demás, pero entonces el indio emitió un sonido que bien podía tomarse por «Bloggs» … Algo tranquilizada, sin saber por qué, Jenny accedió a seguir al indígena.

Estuvo ausente unos veinte minutos. Al regresar, denotaba tanta excitación su faz que los otros, al verla, pensaron en seguida que acababa de producirse algún nuevo acontecimiento. Sentándose de nuevo frente a la mesa, en el mismo sitio que ocupara momentos antes, Jenny les dijo en voz muy baja:

— Bloggs asegura que abriga el deseo de salvarnos si eso es posible pero que, no obstante, no se pueden tener muchas esperanzas en tal sentido.

Unas ahogadas exclamaciones de alivio acogieron sus inesperadas palabras.

— Bloggs me ha dicho también que otro motín no daría resultado, ya que él y sus compañeros han sido admitidos entre los piratas con ciertas reservas. Les permiten usar determinadas armas blancas, habiéndoles privado de las de fuego. Los piratas, gracias a sus pistolas y mosquetes, les dominarían siempre.

— ¿Qué sugiere, entonces? — inquirió Roger con ansiedad.

— Opina que si consigue acercarse hábilmente a los piratas, enfocando la cuestión adecuadamente desde el principio, es probable que logre separarlos del noble francés que ahora les rige. Pero antes de realizar ningún movimiento quiere llegar a un acuerdo con vos respecto al futuro.

— ¡Un acuerdo con Roger! — exclamó disgustada Amanda —. ¡Pero si es un amotinado, un asesino! ¿Cómo vas a ponerte de acuerdo con semejante individuo?

— Anoche no sucedió lo peor gracias a él — observó Georgina rápidamente.

— Indirectamente, sí — repuso Amanda —. Bloggs intervino solo porque siente inclinación por la mulata. Fue presa de uno de sus violentos arrebatos de ira al ver que la maltrataban. De no haber matado ese hombre al capitán Cummins, de no haber abandonado el timón, la *Circe* hubiera podido escapar de sus perseguidores. Fue su traición la que nos ha conducido a este estado. Apuesto lo que queráis a que éste es un plan que él ha meditado para que caigamos en sus manos. No confiaría en él absolutamente nada.

— Creo, señora, que miráis a ese hombre con malos ojos —

manifestó Jenny —. No es que yo pretenda disculpar sus crímenes … A mí me parece que un hombre cuyos actos le son impuestos por dos rebeldes naturalezas no es responsable en conjunto por el mal que pueda causar. Por lo menos tengo que reconocer que ahora mismo se estuvo refiriendo con emoción a las atenciones de que fue objeto tras la aplicación del castigo decretado por el capitán Cummins. Sí. Bloggs ha expresado con entera seriedad su deseo de ayudarnos.

Roger asintió:

— Creo que tienes razón, Jenny. En todo caso, aunque él trabaje para alcanzar unos fines particulares, me inclino a pensar que no lo pasaremos peor en sus manos que en las del vizconde de Senlac. Dada nuestra desesperada situación sería una locura no agarrarnos a cualquier cabo que se nos tienda. Consecuentemente, estoy dispuesto a oírle. ¿Te hizo algún esbozo de sus proposiciones?

— No, *sir*. Me dijo únicamente que correría peligro si mostraba un interés especial por los prisioneros … Añadió que bajaría a comer después que los otros y que si vos os quedabais aquí solo, enviando a las señoras y a mí misma a los camarotes, él entendería que estabais dispuesto a tratar del asunto.

De momento eso fue todo lo que podían hablar sobre el tema. Por consiguiente, procuraron pasar lo mejor posible la tarde, hasta que a las cuatro se presentó el jorobado para preparar la mesa. Después entraron Pedro y Lucette para hacer la comida principal del día.

El Caribe, como ya habían observado, no era hombre que pudiera ser tachado de locuaz. No abrió la boca más que para comer. Lucette, tras haber satisfecho su apetito, comenzó a hacer preguntas a los prisioneros sobre un sinfín de cosas, atañentes lo mismo a sus respectivas edades y lugares de nacimiento que al estilo de sombreros que se estaban usando entonces en Londres. En menos de veinte minutos Pedro acabó con su comida y se marchó sin cesar de eruptar. Lucette se sentó luego, saboreando unas frutas confitadas que habían sido halladas en las bodegas del barco. Cuando Bloggs entró ella continuaba sin mostrar el menor deseo de irse.

Roger se sintió preocupado, pensando que por el hecho de ver a las prisioneras en la cámara Bloggs podía pensar que su propuesta había sido rechazada. Pero la verdad era que no había medio de conseguir que Lucette se fuera. Por otra parte, si

Amanda y las otras se iban a sus camarotes sin más se exponían al dejarla con la palabra en la boca a suscitar su ira.

En el instante en que Bloggs acababa con un gran plato de carne y conservas Roger temió verse obligado a dar definitivamente por perdida la oportunidad de cambiar unas palabras con él. Quizá no se arriesgara el hombre a sufrir otra repulsa mediante una nueva oportunidad. Pero Georgina se había hecho cargo de la situación y se propuso salvarla diciendo a Lucette:

— No os he contado, *madame*, que tengo aficiones artísticas. Desde nuestra salida de Madeira me entretuve esbozando unos modelos que abrigaba el deseo de confeccionarme más adelante. Como éstos se adaptan a los últimos giros de la moda y vos sentís interés por tales cosas quizá queráis acompañarme al camarote en que están mis baúles … He olvidado dónde los puse pero entre las dos pronto daremos con ellos.

Lucette se apresuró a aceptar la invitación, poniéndose en pie.

Georgina le dijo a Jenny:

— Será mejor que nos acompañes, para ayudarnos en nuestra búsqueda.

Amanda y Clarissa se quedaron solas. Éstas, sin embargo, no tardaron en inventar un pretexto para irse a sus cabinas.

Tras unos momentos de silencio, Roger se dirigió a Bloggs.

— Me doy perfecta cuenta de lo desesperado de nuestra situación … Jenny nos ha dicho que estáis dispuesto a ayudarnos. De ser así jamás podríamos pagaros tan gran favor.

La mirada de Bloggs no tenía mucho de cordial.

— Esas son palabras de un caballero … Ahora bien, he de deciros que no es por vos o esas señoras por quien doy este paso. Es por Jenny, que tan cariñosamente me trató cuando yo, tras el castigo impuesto por el capitán Cummins, no era más que un cadáver. Asimismo, no he olvidado a esa señora, que en igual ocasión, se mostró tan caritativa con un pobre marinero. De todos modos, tampoco quisiera que las otras pasaran por el trance que el destino las reserva. Vivirán un anticipo del infierno si no se hace algo dentro del plazo de un día o dos.

— Sé todo eso — convino Roger —, y no pido nada para mí. Si dando mi vida pudiera salvar a esas mujeres no vacilaría en ofrecérsela … ¿Qué os proponéis?

— Creo que puedo hablar reservadamente con Pedro el Caribe. Es un tipo extraño. No lo habla mucho pero comprende un poco el inglés. Jake y yo hemos trabado amistad con él esta mañana.

Parece odiar a ese francés a cuyas órdenes se encuentra. Me propongo decirle que ahora que es capitán de la *Circe* se le presenta la ocasión de independizarse, navegando en lo sucesivo por su cuenta y riesgo.

— Ciertamente que eso crearía una nueva situación pero, ¿creéis de veras que con ello evitaríamos que esas mujeres corrieran la suerte que de otro modo les espera?

— Tal vez. Siempre que vos estéis dispuesto a olvidar el pasado con relación a mí y a mis compañeros.

— Queréis decir que tendría que olvidar el motín y el asesinato del capitán Cummins, ¿no?

Bloggs abatió su cabeza, poblada de negros y ensortijados cabellos.

— Responderé ante Dios de la muerte de ese tirano … Entretanto no deseo verme cargado de cadenas y ejecutado más tarde en Kingston. Pensé que siendo vos el nuevo Gobernador de la Martinica estaríais facultado, de querer, para concederme el perdón.

Como Roger había colocado siempre la causa de las personas que amaba antes que cualquier canon moral repuso sin vacilar:

— Estoy facultado para hacer una cosa así y quiero, además. Ya veo que aspiráis a obtener el perdón para vuestros compañeros, por su asociación con vos en el motín …

— Así es, señor Brook. Hay otra cosa. A la piratería recurren siempre los desesperados. En efecto, los buques piratas se hallan expuestos a ser atacados por cualquier nave de guerra, sea cual sea su nacionalidad. Con las embarcaciones corsarias no ocurre otro tanto, al menos en la misma extensión. Navegar en corso viene a ser algo respetable y provechoso … Siendo vos Gobernador de una isla podríais darme la correspondiente patente.

— Sí que puedo hacerlo — convino Roger, impresionado por el buen sentido de las palabras de Bloggs —. Entiendo que para corresponder a ello vos nos procuraréis la libertad. ¿Me equivoco?

— Eso era en general lo que yo había estado pensando. Desde luego, Pedro y sus compañeros habrán de conseguir el indulto por todas sus actividades anteriores. De otra manera no secundará jamás mis planes … Pero dadme vuestra palabra de que nos será concedida una patente para navegar en corso junto con el perdón para todos y contaré con un excelente argumento, casi decisivo, para convencer a mi amigo y a sus hombres de la conveniencia de que desembarquéis vos en unión de las mujeres de este buque.

— ¿Qué me decís de Lucette? — inquirió Roger ansiosamente,

con alguna inquietud —. ¿Creéis que se dejará convencer también por vos? ¿Existe algún peligro de que haga fracasar vuestros planes?

Bloggs vaciló un momento, sonriendo a continuación.

— Es imposible predecir lo que hará esa mujer. Sus reacciones sorprenden siempre. Pero yo le hablaré … Algo influirá en su decisión el afecto que me ha tomado.

— ¿No creéis que si Pedro acepta vuestra propuesta lograréis ganarla fácilmente para nuestra causa?

— Ahí está el quid, señor Brook. Durante el segundo turno de vigilancia Jake y yo hablaremos con ese hombre. Si todo sale bien abordaré a Lucette … ¿Tengo vuestra palabra de caballero?

Roger sonrió. Pese al entusiasmo que Bloggs sentía por la doctrina de la «igualdad» por lo visto podía confiar más en la palabra de un caballero que en la de un individuo de su propia clase. Bueno. El caso era que por encima de aquel horrible abismo en que habían estado sumidos desde hacía veinticuatro horas brillaba ahora un rayo de luz, haciendo nacer nuevas esperanzas en los pasajeros de la *Circe*. Juiciosamente, Roger pensó que ya que la vida de todos estaba en manos de Bloggs no debía abrigar reservas sobre su aspiración de enterrar el pasado. Por tanto le tendió la mano, diciéndole:

— Tenéis algo más que mi palabra, pues seremos vuestros prisioneros hasta el momento en que desembarquemos de esta nave. Os doy aquélla, no obstante, de buena gana.

Bloggs oprimió la mano de Roger fuertemente y sonriente abandonó el camarote.

Este último se sentó. Durante la última hora la cabeza le había estado doliendo fuertemente. Ahora, tras el esfuerzo realizado para hacer posible aquella entrevista, el dolor se recrudecía. El forzudo Bloggs irradiaba confianza. Roger comenzó a examinar los pros y los contras del plan concebido.

En primer lugar podía ser que Bloggs hubiese interpretado mal las observaciones formuladas sobre el vizconde por el taciturno Pedro. En segundo término, de estar dispuesto Pedro a traicionar a su amo, ¿le seguirían sus hombres? El hombre no poseía la personalidad de Joâo de Mondego, ni mucho menos, según Roger había podido advertir. Su cargo de oficial se debía a su profundo conocimiento de los arrecifes y bancos de arena existentes por aquellas costas, con las que se hallaba familiarizado desde la niñez. Lo más probable era que los piratas siguieran a Lucette, tomara ésta el giro que tomara. No había que olvidar sus alardes

de lealtad hacia el vizconde ante Joâo de Mondego la noche anterior.

De las palabras de Bloggs deducía que la mulata se había convertido en su amante. Siendo así ocupaba una posición ideal para influir en la joven. No obstante, esta base ofrecía poca solidez. Con una sola mirada a su cuerpo de tigresa se veía que estaba acostumbrada a vibrar bajo todas las formas de la sensualidad. Puesto que llevaba aquella vida tenía que pensar en que a lo largo de los últimos doce años debían haber pasado por sus brazos centenares de hombres. El solo hecho de aceptar al repelente Joâo por amante demostraba que sus apetitos sensuales habían llegado a un punto que exigían la constante presencia de nuevos estimulantes. Por tanto tenía que ver en Bloggs un hombre más, entre tantos. Al cabo de una semana o dos de convivencia con él le arrojaría de su lado. Un mes más tarde se habría olvidado por completo de Bloggs. Así, pues, si su proyecto no le agradaba no vacilaría en desembarazarse de su nuevo amante, probablemente hundiéndole una navaja entre las costillas.

En el momento en que apareció Amanda y las otras mujeres Roger había repasado detenidamente su situación a la luz de los últimos acontecimientos. Tras haberles referido su conversación con Ephraim les previno en el sentido de que no debían abrigar excesivas esperanzas. Georgina era víctima otra vez de su melancolía. Roger volvía a tener fiebre. Su esposa le limpió la herida de la cabeza, cambiándole el vendaje.

A la mañana siguiente se encontraban despiertos en el instante en que Lucette y Pedro entraron en la cámara para desayunar. En cuanto éste terminó de comer se presentó Bloggs, quien ocupó su sitio. Como la mulata se hallaba allí todavía, Ephraim no hizo el menor comentario sobre el plan, pero aprovechando un descuido de la chica le guiñó un ojo a Roger. Éste interpretó el gesto en el sentido de que las cosas marchaban perfectamente. Amanda pensó, en cambio, que aquél era una impertinente familiaridad.

Durante buena parte del día Jenny fue de un sitio para otro, confiando en que Bloggs acabaría acercándosele para darle a conocer sus últimas impresiones. No habiendo ocurrido nada de esto se pasaron las horas haciendo cábalas. A la hora de la comida Lucette se mostró más callada que nunca, lo cual sugería que algo ocupaba sus pensamientos. También en la presente ocasión se quedó sentada frente a la mesa después de marcharse Pedro, levantándose tan solo cuando Bloggs hubo terminado de comer. Los dos abandonaron el camarote al mismo tiempo.

Una hora más tarde volvió Bloggs para decirles:

— Señoras: vengo para pediros que nos dispenséis el honor de vuestra compañía en cubierta. Y la vuestra también, señor Brook.

Las corteses maneras de Bloggs fomentaron las esperanzas de Roger, quien dirigió al recién llegado una mirada interrogante.

Bloggs hizo un gesto de asentimiento.

— Pedro está con nosotros. Ha sondeado a sus compañeros. Hay algunos que se hallan dispuestos a secundarle; otros se niegan. Pero éstos accederán a lo que queremos de ellos en cuanto vos hagáis públicas las promesas que reservadamente me hicisteis a mí.

— ¿Y Lucette? — inquirió Roger inquieto.

— Vacila todavía. Es por ella más que por los demás por lo que yo he convocado la reunión que va a celebrarse. El amor es lenguaje universal … En este terreno nos hemos entendido muy bien. Pero nuestras lenguas son diferentes. Yo he pensado que por vuestros conocimientos de francés erais la única persona capaz de persuadirla.

No muy optimista respecto a las perspectivas que se le ofrecían, aunque sí absolutamente decidido a hacer cuanto estuviera en su mano por los suyos, Roger salió a cubierta. Todavía no había oscurecido. Una hora más tarde, sin embargo, la escena quedaría bañada en la luz del crepúsculo y caería la noche, con la rapidez carecterística en los trópicos. La costa norte de Santo Domingo, a lo largo de la cual la *Circe* había estado navegando desde su captura por los piratas, se veía muy bien en aquellos instantes. A tres millas de distancia les precedía la embarcación del vizconde, un buque de tres palos que seguramente les conducía a una escondida bahía en la que los piratas tendrían su base fija.

Todos los marineros se hallaban en la cubierta del navío. Encontrábanse muy excitados, conversando entre ellos sobre los acontecimientos que a su juicio se avecinaban. Bloggs se abrió paso al frente de los prisioneros. Lucette, en negligente actitud, se apoyaba en uno de los norays. Pedro reclamó silencio. Inmediatamente, se subió al cabrestante de la cubierta central. A continuación se dirigió al auditorio, en criollo primero, en español después.

Afrontó el tema principal desde el comienzo de su discurso. Atacó al vizconde, diciendo de él que era un hombre intolerante y voluble. Preguntó por qué ahora que tenían en sus manos un buque habían de seguir soportando su tiránico gobierno.

Lucette se apresuró a contestar:

— Por las mismas razones que te llevaron a obedecerle anteriormente: porque en el pasado te ha proporcionado la ocasión de ganar un buen botín innumerables veces. Porque es un hombre más inteligente y más apto para el mando que ninguno de vosotros.

Un murmullo aprobador acogió su contraataque. El discurso de Pedro había resultado ampuloso en extremo. Bloggs ocupó su sitio rápidamente, ahogando los gritos de la oposición. Ephraim expuso la situación a sus compañeros y a otros capaces de comprender el inglés. La cordial ovación con que le obsequiaron sus amigos sugirió que ellos, secretamente, habían respaldado ya su plan. Sin embargo, la actitud de los puertorriqueños continuó siendo dudosa y cierto número de piratas se negaban a abandonar a su antiguo dueño y señor.

Ahora le llegó el turno a Roger. Uno de los dones con que a éste había favorecido la naturaleza, siéndole de más utilidad que ningún otro a lo largo de su accidentada vida, era el de expresarse con claridad, tanto de palabra como por escrito. Sabiendo cuanto se esperaba de él no regateó ningún esfuerzo para convencer a su auditorio, realzando la cordura de los argumentos expuestos por Bloggs.

Con la gente de habla inglesa que le escuchaba no gastó mucho tiempo, limitándose simplemente a reiterar sus promesas a Bloggs. Finalmente habló en un español de regular corrección, expresándose después en impecable francés. En los dos casos aludió a la azarosa vida de los piratas, quienes estaban expuestos a morir de un balazo al menor gesto de rebeldía y que no podían gozar nunca de los placeres que ofrecían los grandes puertos del Caribe, ya que se exponían a ser reconocidos por los despojados en sus correrías y a acabar en la horca. Acto seguido pintó la vida del corsario con vivos colores, asegurándoles que además de ser más feliz resultaba igualmente beneficiosa. A continuación se dirigió a Lucette, diciéndole:

— Ahora, *madame*, hacedme el honor de contestar a esta pregunta: ¿Preferís continuar viviendo al margen de la ley o veis mejor que esta tripulación recorra estos mares al amparo de mi autoridad?

La faz de Lucette no traducía ninguna emoción. En aquel instante estaba jugando con la culata de su pistola. Repentinamente le asaltó a Roger la idea de que la joven se preparaba para disparar con la velocidad del relámpago sobre él.

Su mirada se posó en sus ojos. Permanecía atento al menor destello que pudiera observar en los mismos, a modo de aviso. Podría salir indemne de la agresión si acertaba a abandonar rápidamente el cabrestante. Pero sus temores carecían de fundamento.

Mostrando sus dientes, en una franca sonrisa, Lucette le respondió:

— Habéis expuesto bien el caso, señor Gobernador. No obstante, yo sé cuidar de mí misma, tanto si navego con piratas como si acompaño a unos corsarios. Así, pues, que escojan los hombres. La decisión de la mayoría será la mía.

Se requirió a los hombres para que proclamaran sus respectivas opiniones levantando sus brazos. Dos puertorriqueños y tres piratas se abstuvieron de votar. Los demás optaron por abandonar al vizconde. Era evidente el triunfo de Bloggs. Roger actuó con presteza, para continuar dominando la situación. Haciendo una señal a Pedro, Ephraim y Lucette, manifestó:

— Ahora debemos esbozar nuestros planes. En consecuencia, será mejor que regresemos al camarote.

Todos le siguieron obedientemente. Una vez en la cámara la conversación se generalizó, oyéndose palabras en inglés, francés y español. Fue Roger quien inició el diálogo al dirigirse a Pedro:

— Lo mismo las señoras que yo os estamos agradecidos, capitán. Haré cuanto esté en mi mano para que no os podáis arrepentir jamás de la decisión adoptada. Supongo que vuestra primera medida consistirá en cambiar de rumbo tan pronto se haya hecho de noche, a fin de poner la mayor distancia posible entre nosotros y el señor vizconde. Éste comprobará nuestra deserción en cuanto amanezca.

Pedro inclinó la cabeza.

— Tal es mi intención. Ahora hay que pensar en otra cosa … ¿Dónde habréis de desembarcar para que nosotros podamos conseguir el perdón y la patente de corso que nos prometisteis?

Roger enarcó las cejas.

— Pero … Eso era algo que ya habíamos acordado. En la Martinica, por supuesto.

— ¡No, no! — El Caribe se dio un fuerte tirón de cabellos, irritado —. Yo nací en Cuba y conozco perfectamente las costas de las Grandes Antillas pero nunca he navegado por el sur, entre las islas menores.

— Esa dificultad puede ser vencida. Entiendo de navegación cuanto hace falta para mantener, con buen tiempo, un buque

dentro del rumbo señalado.

— Pero, señor … Habría que cubrir una distancia de mil millas … Además, los hombres protestarían al ver que tenía que transcurrir todavía algún tiempo para disfrutar del botín ganado con este buque.

— Es inevitable — declaró con firmeza.

Durante más de cuarenta y ocho horas no había podido tomar ninguna iniciativa. Ahora que ocupaba una posición que le permitía negociar con el otro bando no consentiría que éste se le impusiera. Bloggs y Lucette se unieron a Pedro, secundando sus protestas. Pero Roger alegó argumentos irrebatibles.

Primero les dijo que de continuar sus operaciones en el norte del Caribe más tarde o más temprano acabarían tropezando con el vizconde, lo cual representaba la posibilidad, la certeza casi, de una batalla sin ningún provecho en el mejor de los casos, exponiéndose a que su antiguo señor tomara cumplida venganza por su infidelidad. Roger señaló que su firma al pie de un documento en el que se especificaran las condiciones de su acuerdo no serviría de nada. Para lograr el indulto y poder navegar en corso con las debidas garantías tenían que contar con un papel correctamente extendido, con los oportunos sellos, cosa solamente posible después que él hubiese tomado posesión de su cargo.

Bloggs y Pedro cedieron. Lucette les calificó de estúpidos, afirmando que Roger intentaba tenderles una celada. Lo más seguro era que en Fort Royal hubiera uno o más buques de guerra … ¿Qué se oponía a que la *Circe* se viese abordada, siendo después todos ellos colgados?

Roger contraatacó diciendo que el giro de los acontecimientos desde el principio no le permitiría faltar a su palabra, aun en el supuesto de optar por un proceder tan desleal y poco o nada caballeresco. En lugar de entrar en el puerto penetrarían en cualquier retirada bahía, donde él desembarcaría. Las mujeres seguirían a bordo hasta que él volviera con los documentos que constituían el precio de su libertad.

A Lucette no se le ocurrió ya ninguna otra objeción, por lo que él pasó rápidamente a otro asunto, inquiriendo:

— ¿Qué decís acerca de nuestras ropas y objetos personales? ¿Consideráis aquéllas y éstos parte de vuestro botín?

— Por supuesto — se apresuró a responder Lucette —. Permitiremos que os llevéis lo imprescindible, asegurándonos al

mismo tiempo de que no habéis ocultado ningún artículo de valor.

Roger esbozó una sonrisa.

— Decidme ahora: ¿Cómo vais a navegar en corso con un buque como la *Circe*, que por todo armamento cuenta con un cañón a proa y otro a popa?

Nadie había pensado hasta aquel momento en semejante detalle. Algo consternados, trataron del asunto, para llegar a la conclusión de que habrían de limitar sus operaciones, atacando a los buques que contaran con un armamento similar al de la *Circe*, siendo de un tonelaje aproximadamente igual. Así, gradualmente, podrían acumular cañón tras cañón, hasta disponer de una artillería que les pusiera en condiciones de enfrentarse con cualquier enemigo.

La sonrisa de Roger se hizo más franca.

— Creo poderos ayudar más eficazmente en tal sentido. En los puertos de la Martinica tiene que haber cañones procedentes de buques desguazados. Si yo os proporciono ocho cañones por banda, para la *Circe*, ¿accederíais a cedernos nuestros bienes personales?

Lucette acogió la oferta con sombrío semblante. Alegó que la cuestión del armamento era cosa de los hombres. Ella no tenía por qué privarse de sus finas ropas, de la parte que le correspondía en la distribución de las joyas. Pero Pedro y Bloggs se impusieron. Luego, diplomáticamente, para que no se opusiera a aquella cláusula del trato, Georgina sugirió que Amanda, Clarissa y ella misma le harían un buen presente, junto con algunas sedas y encajes.

Más adelante se convino que los cautivos disfrutarían de libertad dentro del buque, para que, por ejemplo, pudieran tomar el aire en cubierta. Organizándose asimismo un servicio de cocina mejor.

— Roger se sentía muy fatigado en el instante de marcharse Pedro, Bloggs y Lucette. Un aspecto del pacto le preocupaba enormemente. De haber recurrido a él el legítimo capitán de la *Circe* en solicitud de una patente de corso, Roger, como Gobernador, no hubiera hecho otra cosa que ejercitar un legítimo derecho al concedérsela … Pero Pedro no era el legítimo capitán de la *Circe*. ¿Qué dirían los propietarios del buque cuando se enteraran de aquella transacción irregular? Naturalmente, podía argumentarse que ellos habían perdido la embarcación por obra de unos piratas. En realidad debían limitarse a reclamar el importe

del seguro. ¿Y si los aseguradores se negaban a pagar, alegando que la *Circe* había sido recuperada al llegar Roger a un acuerdo con los amotinados? Entonces lo más probable era que los armadores le reclamaran una suma de dinero que representaría el valor del buque y su cargamento.

Tratábase de una posibilidad bien desagradable, que podía significar para él a la larga la total pérdida de su pequeña fortuna. Pero, filósofo por naturaleza, Roger se dijo que horas atrás preveía un fin más característico para aquel viaje. Ya tendría tiempo de ocuparse de ese aspecto de su aventura cuando llegasen a Martinica. Entretanto había de sentirse satisfecho de que los escrúpulos de Bloggs hubieran dado lugar a la nueva situación, hábilmente aprovechada por él.

Mientras Amanda le curaba la herida de la cabeza aquélla elogió su tacto, gracias al cual irían a parar al fin a su punto de destino. Lo de asegurarse sus efectos personales era cosa que rayaba en el milagro, verdaderamente. Aquella noche, por vez primera desde la captura de la *Circe*, se sentían seguros, por lo que decidieron dormir en sus camarotes respectivos. Las cuatro mujeres juntaron sus lágrimas al recordar las horas de angustia pasadas, dando gracias a Dios por Su eficaz protección.

Por la mañana, una vez más, todos atendieron con mayor esmero a su aspecto personal y al reunirse en la cámara sus rostros ofrecían menos señales de agotamiento. El desayuno fue igual que el precedente, a base de lo que les llevó el jorobado … Lucette recordó entonces a Roger que había sugerido la idea de mejorar sus comidas. Tras reflexionar un instante, la mirada de aquél se posó en Georgina, contestando:

— Esto es muy fácil de arreglar. La señora condesa se ocupará de nuestra cocina.

— ¿Yo? — exclamó Georgina, asustada.

— Sí. Siempre te ha interesado a ti la cocina. Me consta que la entiendes perfectamente. Los demás te ayudaremos en las tareas más pesadas, pero tú serás la que mandes entre los fogones.

Habíanse conocido en su terreno tan íntimo que eran a veces capaces de adivinarse mutuamente sus pensamientos. Ella comprendió por eso cual era la intención de Roger. Sabía que el recuerdo de Charles la atormentaba. Lo que más le convenía a Georgina era tener una ocupación absorbente, que no la dejara pensar en otra cosa.

El registro del almacén de *monsieur* Pirouet requirió la mayor

parte de la mañana. Luego subieron a cubierta. De un solo vistazo advirtieron que el buque presentaba un aspecto deplorable. El abandono se había iniciado con el cese del régimen del capitán Cummins. Las cubiertas, antes impecables, aparecían llenas de desperdicios. Con excepción del hombre de servicio en el puente y el vigía los marineros vagueaban durante todo el día, dormitando en cualquier rincón o entregándose a los juegos de azar a la sombra de los toldos. Pero, ¿qué significaba esto comparado con el hecho de que la costa de Santo Domingo caía a la vista claramente, por la banda de estribor? La *Circe* avanzaba lentamente pero lo cierto era que milla tras milla se iba alejando cada vez más del temido vizconde de Senlac.

Después Roger y las cuatro mujeres se dispusieron a preparar la comida bajo la dirección de Georgina. Era aquélla la primera apetitosa que se hacía en el trancurso de cuatro días. Jake había sustituido a Bloggs para que éste pudiera saborear los platos recién hechos en compañía de los otros. Sentóse a la mesa con aire tímido y en silencio. Pedro, igual que de costumbre, devoró su parte y desdeñando el vaso que le fue ofrecido tomó varios sorbos de una botella de vino. Lucette dispensó los honores debidos a cada plato, elogiando los esfuerzos de Georgina.

Deseando corresponder a sus cumplidos de alguna manera ésta declaró:

— Me agradaría saber dónde aprendisteis francés, *madame*, ya que cuando queréis lo habláis con fluidez y sin el menor dejo de acento criollo.

Los dientes de Lucette relampaguearon entre sus rojos labios.

— La señora condesa es muy amable conmigo. Os diré que he llegado a poseer el francés de la manera más natural puesto que pertenezco a una noble familia francesa. Soy una Tascher de la Pagerie.

Georgina consideró esto una descarada mentira, bajando inmediatamente los ojos para que la mulata no sorprendiera en ellos una incrédula mirada. Roger pensó, no obstante, que era posible que Lucette estuviera diciendo la verdad.

Durante más de doscientos años había habido allí colonias administradas por aristócratas franceses establecidos en Santo Domingo, Martinica, Guadalupe y otras islas. Reinando Luis XV muchos de ellos llegaron a poseer vastos estados. En sus visitas a Versalles oscurecían a los parientes que vivían en la metrópoli debido a las inmensas riquezas que suponían sus plantaciones. A diferencia de los ingleses el color de la piel no era para ellos un

obstáculo insalvable, con el resultado de que esta aristocracia criolla tennía en sus venas un gran porcentaje de sangre negra. El conde de Caylus, contra quien Roger había luchado varios años antes, matándolo, había sido el producto de una historia familiar semejante. Tratábase realmente de un mulato que había llegado a tener grandes propiedades en Martinica. Roger no poseía razones particulares para dudar de la veracidad de las palabras de Lucette. Le sorprendía, sin embargo, que siendo hija de un noble fracés hubiese adoptado definitivamente el género de vida que llevaba, cosa rara aunque ésta se hubiera iniciado con un secuestro. En consecuencia, le preguntó:

— Siendo así, ¿qué es lo que ha motivado vuestra presente situación?

Lucette contestó a estas palabras sin la más leve vacilación. Ahora nadie dudó de su sinceridad.

— Habiendo ayudado a mi joven señora en una intriga, me castigaron enviándome a trabajar en las plantaciones de la caña de azúcar. Más tarde huí.

— Perdonad mi curiosidad, *madame* — medió Clarissa —, pero lo que acabáis de decirnos se aviene mal con vuestra pretensión de ser hija de un noble.

— Yo no he dicho que fuera tal cosa — repuso Lucette con serenidad —. Mi sangre blanca procede del abuelo del actual señor Tascher … Si os parece bien referiré mi historia.

Habiendo acogido su ofrecimiento un murmullo de aprobación, la joven continuó diciendo:

— Yo nací en los dominios de los Tascher, en Martinica. Siendo mi madre una esclava yo tenía que ser, lógicamente, de su condición. Pero como es sabido, dentro de la esclavitud existen sus matices. Mi madre era una mujer muy querida en aquella casa. Yo nací en el transcurso de la misma semana en que la señora de Tascher daba a luz a su segunda hija, Marie Rose Josephine. Mi madre le dio el pecho a la niña al mismo tiempo que a mí. Las dos somos, pues, hermanas de leche.

»Es costumbre en casas como aquélla que los chiquillos blancos tengan compañeros de juego, desde su más tierna infancia, a otras criaturas de color de igual edad. Creése que así se establecen ciertos vínculos que harán del esclavo un servidor más devoto. Con respecto a Josephine yo era la llamada a desempeñar ese papel. Por tanto, nos criamos juntas, tratándonos siempre todo el mundo como si fuéramos hermanas de sangre.

»Josephine no tenía ningún hermano y sí una hermana mayor,

llamada Manette. Era una criatura insípida, poco comunicativa, por lo que Josephine fue aficionándose más y más a mí. Era mi hermana de leche tan linda como traviesa. A las dos nos gustaba bailar y cantar. Cuando crecimos algo más planeábamos y realizábamos memorables escapadas. En el Caribe las muchachas blancas, igual que las negras, sienten los apremios del sexo a temprana edad. Nada más cumplir los once años Josephine y yo teníamos los mismos pensamientos que una mujer hecha y derecha. Yo me dejé seducir por el hijo del administrador en tanto ella concebía una pasión por un joven de una familia que vivía no lejos de nuestra casa, también enamorado de Josephine.

»Llamábase el chico William de Kay. Su familia se había establecido en la Martinica sólo veinticinco años atrás. Creo que su nombre, originalmente, había sido el de MacKay. Tenía nobles escoceses entre sus ascendientes, hallándose emparentados con muchos lores de su país. Habían sido privados de sus dominios, ordenándose su exilio, por haber recurrido a las armas para defender la causa de un pretendiente Estuardo. Éste había realizado un intento para conquistar el trono de Inglaterra en 1745.

»*Madame* de Tascher y *madame* de Kay habían sido muy amigas desde tiempo atrás. Por tal motivo el pequeño William entraba y salía libremente de nuestra casa desde la niñez cuando nosotras no nos encontrábamos a lo mejor en la suya, viniendo a ser nuestro más entrañable compañero de juegos. La devoción que ya más crecido sentía por Josephine y ésta por él hacía sonreír a las dos madres. En aquella época los padres de una y otro contemplaban con absoluta naturalidad la posibilidad de su matrimonio. Pero más adelante se produjeron acontecimientos en ambas familias que alteraron sus planes.

»Jamás comprendí las complicaciones de la herencia que afectaba a William … Al parecer su padre era heredero de un tal lord Lovell, a base de cierto enlace condicionado. Total: llegó la noticia de la muerte del citado lord Lovell. Había llegado el instante también de trasladarse el señor de Kay a Londres. Éste entonces decidió llevarse a William, para que el joven pudiera completar sus estudios en la Universidad de Oxford.

»En aquel momento William no sospechaba que se planeaba su boda con una prima suya, considerándose ligado por entero a Josephine. Naturalmente, ante la idea de aquella separación, que podía durar varios años, los dos jóvenes se hallaban profundamente angustiados. Los padres de ambos habían

consentido que se vieran, desde hacía varios meses, como novios, aunque las relaciones no habían sido formalizadas. Esto, sin embargo, no satisfacía sus ansias. Entonces planearon el medio de establecer entre ellos un lazo de unión indisoluble antes de que un cruel destino les separara.

»Debido a su poca edad, ningún sacerdote francés hubiera accedido a casarles sin previo consentimiento de sus padres. Yo, que adoraba a mi señora, me encargué de procurarles una oportunidad que les permitiera intercambiar formalmente las solemnes promesas que deseaban hacerse …

»Es posible que vos sepáis que se puede ser católico y practicante voduista, que no existe incompatibilidad entre una cosa y otra. En efecto, los santos cristianos más conocidos son también dioses y diosas en el Panteón Voduista. Parte del adiestramiento de los *houngans*, como son llamados los sacerdotes voduistas, consiste en familiarizarse con los ritos de la Iglesia Romana. Desde hacía algún tiempo un *houngan* de la localidad, graduado recientemente en el Seminario Católico, me miraba con ojos de deseo. No me costó mucho trabajo convencerle … Dije a Josephine y a William que había encontrado un sacerdote que les casaría en secreto. Dos noches más tarde se celebraba la ceremonia debidamente bajo un cedro gigantesco situado a no mucha distancia de la mansión de los Pagerie.

»Varios meses después de la llegada de William a Inglaterra el señor Tascher fue informado por el padre de aquél de las condiciones de la herencia. El señor de Tascher no se vio particularmente afectado por la cuestión, ya que no consideraba práctica una unión entre las dos familias. Con referencia a Josephine abrigaba otros propósitos.

»Su hermana, *madame* Renaudin, residía en Francia. Era una mujer rica e influyente. Su posición social la ponía en condiciones de lograr que su sobrina mayor hiciese una boda ventajosa. Había sido convenido ya que Manette cruzara el océano para irse a vivir con ella. Pero, precisamente entonces, Manette cayó enferma, víctima de la fiebre, muriendo una semana después.

»Los señores de Tascher decidieron que Josephine ocupara su sitio en la casa de *madame* Renaudin. No se lo dijeron en seguida. La chica no hacía más que pensar en William. Soñaba con él … Temían que perdiera el juicio si adoptaban una decisión radical. En lugar de eso obraron solapadamente, interceptando su correspondencia. Confiaban en que los dos llegaran al convencimiento de que su mutuo amor se había enfriado …

»Josephine se sentía muy preocupada por el silencio de William pero no por eso dejó de amarle. Por fin llegó el instante en que sus padres no pudieron seguir callando. Le comunicaron llanamente que debía olvidar a William y que iba a ser enviada a Francia, donde haría una boda espléndida.

»Fácil es imaginar su consternación cuando los padres vieron que en lugar de protestar contra su decisión, desmayándose seguidamente, la joven les contestó que no podía acceder a sus deseos porque ya estaba casada.

»Un terremoto hubiera producido menos conmoción en aquella casa que tal noticia. Mediante amenazas, la muchacha les confesó lo sucedido. Gracias a la descripción del hombre que la había casado con William identificaron al *houngan*, enviando a por él. Amedrentado, reconoció su participación en la ceremonia, descubriendo que había sido yo la que le convenciera de que tenía que casar a los dos jóvenes utilizando el ritual católico.

»Por la mañana los Tascher habían llegado a la conclusión de que yo había guiado perversamente a Josephine, actuando en contra de su voluntad, y que ella era, sencillamente, una víctima de mi perversidad. Esto constituía una auténtica mentira, ya que Josephin había accedido de buen grado a desposarse con William. Siempre tendré en contra de mi hermana de leche que no realizó el menor esfuerzo por defenderme cuando la ira de sus padres se abatió sobre mí como un ciclón.

»Me despojaron de mis preciosas ropas. Me arrebataron cuantas cosas me habían regalado en el transcurso de años. Una vez desnuda me ataron a un poste, azotándome. Luego pasé a trabajar a los campos de la caña de azúcar. Fueron unos necios al conducirse así. Conté a todo el mundo la razón de mi desgracia. Así la historia del matrimonio secreto de Josephine circuló por toda la isla. Conociendo la casa tan bien como la conocía no me fue difícil introducirme en la misma para robar. Una noche, siete días después de los acontecimientos mencionados, me apoderé de todos los objetos de valor que pude, marchándome al puerto. A cambio de una parte de mi botín una vieja que conocía yo allí me introdujo de contrabando a bordo de un buque que zarpaba para San Vicente por la mañana. Desde entonces no he parado un momento de navegar por las aguas del Caribe.

— Habéis sido afortunada, *madame*, al no resultar herida o muerta como consecuencia de una vida tan llena de peligros — observó Amanda.

— He vivido una existencia magnífica — replicó Lucette muy

en serio —. En la Martinica había una vieja por cuyas venas corría un poco de sangre irlandesa … Sabía predecir el futuro. Siendo yo una niña me dijo que viviría una vida saturada de grandes aventuras y que tendría ocasión de presenciar muchas luchas. Sin embargo, ninguna bala me mataría. Tampoco perecería colgada, ni ante una espada. Mi muerte se produciría al caer yo desde un sitio muy alto. Podéis estar segura de que por nada del mundo treparía por esas escalas ni correría un riesgo semejante …

Impresionado por su historia, Roger le preguntó:

— ¿Habéis sabido qué fue de Josephine?

Lucette se encogió de hombros.

— Tres años más tarde estuve en casa de un hermano mío, en Antigua. Éste me dijo que Josephine y sus padres habían declarado la historia una maliciosa invención mía desde el principio hasta el fin. Al final mi hermana de leche se había ido a Francia, donde contrajera matrimonio con una persona de excelente posición. Eso es todo lo que sé …

La charla general se prolongó todavía algunos minutos. Luego la reunión se disolvió. Los prisioneros gozaron en cubierta del fresco de la noche. Pasaron aquella noche perfectamente también. A la hora del desayuno, al entrar en la cámara, se encontraron con que Bloggs y Lucette les esperaban. Los dos estaban muy serios.

Pronto les dieron conocimiento de las malas noticias de que eran portadores. Varios miembros de la tripulación se oponían rotundamente a hacer aquel largo viaje hasta la Martinica, habiendo formado una coalición secreta contra ellos. Cuando el pirata que actuaba como jefe de ese grupo había bajado a la bodega para supervisar el reparto de la diaria ración de agua se encontró con que los grifos de los barriles llenos que quedaban habían sido arrancados, derramándose el agua sin provecho para nadie. Y no era eso todo … Entre dos toneles se hallaba el cuerpo de Pedro el Caribe, sin vida, con un cuchillo clavado en la espalda.

Como ninguno de ellos tenía motivos para sentir un gran afecto por Pedro y sus condiciones como capitán eran más bien escasas su muerte no fue considerada una irremediable calamidad. Mucho más les interesaban las circunstancias en que había ocurrido aquélla. Por añadidura, la pérdida del agua suponía un grave accidente. Esto quería decir que no podrían proseguir viaje hasta la Martinica si no visitaban antes algún punto de la costa donde sus toneles pudieran ser llenados de nuevo.

Lucette y Bloggs convinieron que los individuos menos de fiar eran los dos puertorriqueños y los tres piratas que se habían

abstenido de votar cuando la decisión de sustraer la *Circe* a la autoridad del vizconde. Puesto que la cuestión del viaje a la Martinica era otro asunto, existía la posibilidad de que aquel intento de mantener al buque en las aguas que ellos conocían estuviese respaldado por más descontentos. Como medida de precaución acordaron confinar a los cinco sospechosos en el calabozo.

Por lo que se refería al abastecimiento de agua Bloggs descansaba en el conocimiento que Lucette poseía de aquellos parajes. La joven aconsejó que pusieran rumbo a la isla de Tortuga, la cual caía por encima de la costa norte de Santo Domingo. Durante las últimas treinta y seis horas el barco no había avanzado mucho, a causa del viento. Siéndoles éste favorable ahora alcanzarían su punto de destino en mucho menos tiempo …

Algo preocupado, Roger señaló que tal decisión podía llevarles a caer en manos del vizconde. Lucette repuso que en aquel momento él debía estar dirigiéndose a su escondite habitual, un refugio de la desolada costa de Gran Inagua, cien millas al norte del canal que separaba Santo Domingo de Cuba. Además, probablemente ignoraba aún su deserción. La mulata reforzó sus argumentos en pro de una visita a la isla Tortuga añadiendo que conocía allí tres bahías en cualquiera de las cuales podrían abastecerse de agua inmediatamente.

Durante todo aquel día, impulsados por una fresca brisa que mitigaba el rigor de los rayos solares, navegaron a lo largo de la costa de Santo Domingo, hacia el oeste. A la hora de la comida Bloggs y Lucette informaron a sus prisioneros que aunque habían interrogado a numerosos individuos de la tripulación no llevaban camino de averiguar quién era el que había asesinado a Pedro. Cada vez se sentían más inclinados a creer que el hombre que buscaban figuraba entre los que se hallaban en el calabozo. Bien. Al menos así tenían la esperanza de que no se producirían nuevos conflictos a bordo. Tras una noche pasada en cubierta, bajo un cielo constelado de estrellas, regresaron todos a sus camarotes bastante tranquilos.

Pero los pasajeros, al despertarse, en la mañana del día siguiente, advirtieron algo que les alarmó profundamente. El buque estaba en silencio. El jorobado no se veía por ninguna parte. En la mesa de la cámara no había sido servido desayuno alguno. Las dos puertas que conducían a la cubierta se hallaban

cerradas con llave. Volvían a su condición anterior de prisioneros. Fue en vano que golpearan en aquéllas, que intentasen forzarlas. Nadie respondió a sus apremiantes llamadas. Pronto descubrieron que al otro lado de las puertas habían sido colocados unos cuantos objetos pesados, a fin de evitar que fueran abiertas.

El misterio se tornó más impenetrable cuando se acercaron al camarote utilizado primeramente por Georgina, ocupado después por Lucette y Bloggs. También se encontraba cerrado. Ninguna voz contestó a sus gritos y golpes.

Todo parecía indicar que la inquietud entre los tripulantes había sido más general y profunda de lo que se imaginaran. Quizá Bloggs y Lucette hubiesen perecido, víctimas de un nuevo motín. Roger se maldijo a sí mismo por aquel alarde de habilidad al convencer a sus captores de que debían realizar el largo viaje hasta la Martinica. De haber garabateado unos documentos como los que ellos querían, de cualquier manera, se los habrían aceptado, desembarcándolo en un punto u otro de la costa más próxima en compañía de Amanda y las demás mujeres. Pero ya era tarde para pensar en eso … Lo único que cabía hacer ahora era esperar a ver qué giro tomaban los acontecimientos.

Alrededor de las diez, mirando por un portillo, Roger notó que habían cambiado de rumbo, alejándose progresivamente de la costa. A mediodía el borroso trazo de la costa de la gran isla se oscurecía, difuminándose lentamente. Poco después divisaba un promontorio a babor y otro a estribor. Roger no dudó: aquellas dos eminencias formaban la entrada a la bahía de la isla de Tortuga. Así pues, quienquiera que dominase en el buque, pretendía llevar a la realidad el plan de Lucette para abastecerse de agua.

Unos minutos después percibió unos gritos y varios sonidos característicos, como si el ancla hubiese sido arrojada al agua y las velas recogidas. El barco se movía lentamente, al compás, quizá, del oleaje. En el muelle divisó una casa de bajo techo y varias chozas cubiertas con palmas. Al fondo se veía una embarcación de tres palos. Al identificarla, Roger sintió lo mismo que si el corazón fuese a escapársele por la garganta. Le invadió una depresión enorme. Aquél era el buque del vizconde de Senlac. Durante los dos últimos días se habían creído salvados. Ahora, por culpa de la casualidad o la traición, se encontraban nuevamente en peligro.

CAPÍTULO IX

EL PUERTO DONDE REINABA EL MAL

Ahogando una exclamación de desaliento, Roger se alejó del portillo. Pero la escena que acababa de entrever persistía en su mente con la misma fuerza que si acabara de contemplarla encerrada en el marco de un cuadro. Ahora bien, ninguna paleta hubiera podido dar a aquel sorprendente panorama los vividos colores que realzaba la luz del sol.

Una ladera de verde vegetación se elevaba hasta una altura cubierta de arboleda, curvándose como una cimitarra sobre un firmamento impecablemente azul. El, al parecer, impenetrable bosque descendía hacia dos promontorios que abrazaban la bahía. Las olas bañaban suavemente una empalizada natural formada por una indescriptible maraña de mangles. Al fondo se apreciaba una ancha playa de arenas casi blancas que abarcaba casi un cuarto de milla en la porción central de la caleta.

La casa caía a unos centenares de metros del agua. Estaba pintada de un color amarillo limón. Sólo una pequeña parte de ella contaba con piso, que parecía más grande de lo que era en realidad debido a una ancha terraza que abarcaba la fachada. En un lado se entremezclaban desorientadamente las chozas de los indígenas, en el otro se observaban algunos corrales llenos de ganado.

Varada en un extremo de la playa, reposando casi sobre uno de sus costados, se veía una embarcación, en la que, probablemente, se llevaban a cabo algunas reparaciones, si bien bajo los ardientes rayos del sol no se veía a ningún hombre trabajar por allí. Frente a la casa había unos cuantos botes. A media milla de distancia de la *Circe* se balanceaba levemente el buque del vizconde, pintado de un color amarillo verdoso. Tenía las velas recogidas y contrastaba

violentamente con el tono azulado de las aguas.

Roger seguía preguntándose cómo haría partícipe de tan malas noticias a sus compañeras de desventura cuando Clarissa exclamó:

— ¡Dios mío! ¡Ése es el buque del vizconde!

Las otras corrieron al portillo, coreando sus palabras con frases que evidenciaban su inquietud. Finalmente, se hizo el silencio, contemplando todas con el corazón angustiado el bote que en aquel momento se acercaba a la *Circe*.

Debido a que cuando ésta cayera en manos de sus enemigos Roger se hallaba inconsciente, él no había podido ver al vizconde. No era ése el caso de las cuatro mujeres, por lo cual tardaron poco en reconocerle. Era un individuo menudo, delgado, elegantemente vestido. Entonces fueron asaltados por la loca esperanza de que el vizconde, sin saberlo, estuviera acercándose a una trampa. Él tenía que ignorar forzosamente lo ocurrido a bordo de la *Circe* desde su partida. Debía suponer que Joâo de Mondego continuaba al mando de la nave. Dejando a un lado el misterio de su encierro cabía pensar que Bloggs era aún el capitán y que estaba dispuesto a resistir, encontrándose en excelentes condiciones para hundir aquella embarcación.

Pero nadie disparó y ésta desapareció bajo una de las bandas de la *Circe*. Entonces se dieron cuenta de que no habían llegado allí por obra de la casualidad sino de la traición. Aquel reducido puerto era, sin duda, el refugio del vizconde de Senlac.

Entre temerosos e impacientes aguardaron por espacio de un cuarto de hora para saber qué les reservaba el destino. Después la puerta del camarote fue abierta violentamente y entró el vizconde seguido de Lucette.

De Senlac tendría cuarenta y tantos años. Resultaba un hombre de mediana altura y complexión. Tenía un rostro muy delgado. Sus fríos ojos eran azules, estando sombreados por unas espesas pestañas. La prominente nariz se afinaba al aproximarse a los labios, incoloros. Vestía a la moda de seis años antes, la que desapareciera con el triunfo de la Revolución; medias y casaca de seda, chaleco de brocado, corbata de lazo y calzado de cuero con hebillas de plata. Llevaba sus cabellos todavía empolvados. En los dedos de sus bien cuidadas manos relampagueaban una docena de sortijas que debían valer una pequeña fortuna.

Quitándose su tricornio se inclinó en una galante reverencia ante las damas, diciendo a Lucette, en francés:

— Aún no he tenido el placer de charlar con mis prisioneros. Hacedme el favor de presentármelos.

Cuando Lucette hubo procedido de acuerdo con sus indicaciones el vizconde repitió la reverencia, manifestando con una sonrisa:

— Señora condesa, señoras: Lamento mucho que en el transcurso de los últimos días hayáis llegado a abrigar temores con respecto a vuestra seguridad. Puede ser también que teniendo noticia de la poco envidiable suerte que suelen correr las mujeres que caen en manos de los bandidos del océano continuéis asustadas. Permitidme que me apresure a tranquilizaros. De no ser personas de calidad apenas podría aportarnos algún consuelo, pero vuestro nacimiento me hace pensar que gracias a vuestros recursos o a los de aquéllos que tenéis por amigos obtendré una recompensa adecuada por mi protección. Tengo la satisfacción de decir que los que me siguen han aprendido a aceptar mis decisiones sin la menor discusión. Ya les compensaré por la pérdida de diversión que esto les supone procurándoles un puñado de muchachas jóvenes de Santiago o Port Royal. Mientras estéis en Tortuga nada habréis de temer. Confío en que accederéis a consideraros mis huéspedes.

Su cortés y cínico discurso fue un gran alivio para los prisioneros. Roger había hecho un buen pacto con Bloggs anteriormente, gracias a la perspectiva del rescate. Nunca hubiera creído que tan feliz convenio se repitiera y menos en un lapso de tiempo tan breve. Todos se apresuraron a agradecer al vizconde sus palabras, como si éstas supusieran un regio presente. Aquél prosiguió diciendo:

— Vuestras joyas serán agregadas a mi colección, de la que no creo desmerezcan. Lucette decidirá sobre las ropas que han de quedar en vuestro poder, señoras. Estoy seguro de que poseéis más de las que en rigor necesitáis. Además, ella merece una pequeña recompensa por la habilidad con que se opuso a los designios de aquéllos que pretendían privarme de vuestra grata compañía.

Lucette, con las manos en las caderas, su cabeza cubierta con un pañuelo multicolor, manifestó burlona:

— El señor vizconde es muy generoso, pero la verdad es que no se necesita ser muy hábil para engañar a unos individuos tan simples. Nadie sospechó que había sido yo la que apuñalara a Pedro y dejara perderse el agua potable de que disponíamos a bordo, un buen pretexto para ulteriores determinaciones. Teníais que haber visto los ojos de asombro que puso Bloggs al despertar por la mañana y encontrarse con que estaba atado de pies y manos, sólo unos momentos antes de que yo le estrangulara …

De Senlac asintió vigorosamente, dejando oír una aguda risita. Aquel gesto de aprobación recordó a los prisioneros que se hallaban, sencillamente, delante de un sujeto que era carne de horca, aunque se cubriera con vistosas telas. Pero acertaron a ocultar su repulsa rápidamente. Poco después se consideraban afortunados porque la avaricia hubiese inducido al vizconde a protegerlos, sustrayéndolos a sus salvajes subordinados.

Se les permitió a cada uno que preparara una maleta con sus efectos. Lucette no se mostró tacaña a la hora de seleccionar aquéllos. A continuación embarcaron en el bote que había llevado hasta allí al vizconde, atracando a un pequeño muelle situado ante la casa. Correspondía aquel día al 28 de noviembre … Habían pasado ocho semanas y dos días desde su partida de Bristol. Al poner pie en tierra americana pensaron que los días que estuvieran presos en la *Circe* habían sido más largos que el resto del viaje.

La arena de la playa ardía. Caía un sol implacable. Al cuarto de hora el sudor cubría sus rostros. Al alcanzar la ancha terraza de la casa acogieron la sombra con la misma complacencia que si hubiese sido una ducha de agua fría. Veíase allí una docena de cómodas sillas de bambú. El vizconde les hizo otra cortés reverencia. Apenas habían tomado asiento cuando apareció un negro vestido de librea que traía una gran jarra llena de un líquido que parecía limonada y varios vasos. La bebida les agradó muchísimo. No recordaban haber probado jamás nada semejante. Lucette les explicó que aquélla estaba hecha a base de unas plantas de la localidad y ron.

Llenos los vasos de nuevo, el vizconde dijo:

— En tanto paladeamos este excelente refresco toquemos el desagradable tema del dinero. Luego ya no necesitaremos referirnos más a él. ¿Qué cantidad podéis hacerme efectiva como rescate?

Roger, comprendiendo que no serviría de nada sugerir una suma de dinero pequeña, repuso:

— Somos cinco … Cinco mil libras es la suma que sugiero.

El vizconde dejó oír otra vez su peculiar risita.

— ¡Vamos, vamos, señor Gobernador! Os valoráis en muy poco. Vuestras palabras suponen casi un insulto a la belleza de estas señoras. Hay que mejorar eso.

Roger extendió las manos, haciendo una mueca. Este gesto resultaba absolutamente natural en él, que había vivido tanto tiempo en Francia.

— Quizá olvidáis, señor, que aún no he tomado posesión de mi

cargo. Me concedieron éste en recompensa a ciertos servicios que hice a mi patria, servicios poco o nada interesantes desde el punto de vista económico. Añadid a esto que ni yo ni mi esposa poseemos fortuna alguna. *Mademoiselle* Marsham, huérfana, carece de dinero, desgraciadamente. Jenny depende por completo de su señora y la posición de *lady* St. Ermins es ahora sumamente incierta a causa de la muerte de su esposo.

— No sigáis, señor, que vais a hacerme llorar — dijo el vizconde con acento de burla. Súbitamente, el tono de su voz se tornó más severo al añadir —: Ahora bien, es posible que seáis vos el que llore si entre todos no conseguís reunir cincuenta mil libras.

— ¡Cincuenta mil libras! — exclamó asombrado Roger —. Sólo la quinta parte de esa cifra me pondría al borde de la ruina. Os ruego que seáis más considerado con nosotros.

El vizconde de Senlac se encogió de hombros.

— Generalmente, las personas de posición cuentan con relaciones capaces de aportar una suma como la citada. De lo contrario, ya conocéis la alternativa.

— ¡Oh, señor vizconde! — dijo Amanda —. Os ruego que creáis a mi esposo, quien no miente. Ningún miembro de nuestra familia podría facilitarnos jamás tal cantidad …

— Perdonadme, *madame*, si sugiero la idea de que andáis mal de memoria. Es posible que si por una noche permito a mis hombres que sigan su habitual costumbre de disfrutar de vuestros favores os pueda refrescar aquélla. Mañana mismo habríais cambiado de parecer.

Tan terrible amenaza hizo palidecer a todas. Entonces Georgina medió en la conversación.

— Dejando aparte los bienes de mi esposo yo tengo algunas propiedades … Si la venta de éstas resultara insuficiente, confío en que mi padre cubriría la diferencia.

— ¡Ah! — replicó el vizconde —. La señora condesa hace gala de un gran sentido común y me releva de dar un paso que para mí sería enormemente desagradable.

Roger hubiera deseado que Georgina hiciese en aquellos momentos un esfuerzo para reducir la suma fijada. Pensaba que el vizconde se habría contentado con la mitad … ¿Dónde encontrar cincuenta mil libras? El padre de Georgina, indudablemente, ayudaría a su hija, pero esto supondría una merma tremenda en sus recursos. Ya no había posibilidad de retroceder. Entonces Roger preguntó al de Senlac:

— Si *lady* St. Ermins escribe a su padre en los términos por ella sugeridos, ¿nos proporcionaréis los medios necesarios para proseguir nuestro interrumpido viaje?

— No, no, *mon ami* — respondió el vizconde —. Eso es mucho pedir. La señora condesa escribirá su carta mañana y yo le diré que cite en ella el nombre de un banquero genovés, un buen amigo mío. El dinero pedido habrá de ser enviado a él. Cuando le haya sido entregada la suma exigida mi amigo me lo notificará, a los efectos ya mencionados. Solamente en ese instante permitiré vuestra marcha.

— Pero … ¡Pasarán meses antes de que esa operación haya quedado ultimada! — protestó Amanda.

— Sí. Cuatro meses, como mínimo. Tal vez seis o más … Como aquí no disfrutamos de un servicio postal regular mi correspondencia está sujeta a los retrasos originados por la necesidad de ser depositada en ciertos puertos del Caribe. Sin embargo, haré cuanto esté en mi mano para haceros grata vuestra permanencia en la isla de Tortuga.

— Sois muy amable — contestó Roger haciendo un esfuerzo —. No obstante, tan prolongado retraso en la toma de posesión de mi cargo hará pensar a mi Gobierno que he muerto, nombrando a otra persona en mi lugar. De esa manera lo perderé todo … ¿No podríais …?

— Debo recordaros, señor — le atajó secamente el vizconde —, que ya habéis sido muy afortunado al no perder la vida en esta aventura. Fue una casualidad que no murierais al mismo tiempo que lord St. Ermins, vuestro amigo.

— Eso es cierto — reconoció Roger —. Pero, hallándome vivo, estoy interesado, naturalmente, en asegurar mi futuro. ¿Aceptaríais mi palabra de honor de no hacer nada que invalidara el convenio, junto con mi promesa de enviaros cinco mil libras tan pronto desembarcara en Martinica?

El vizconde hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

— Lo siento, pero mi decisión es irrevocable. Habréis de permanecer aquí hasta que yo tenga noticias de que el dinero ha sido depositado en Génova a mi nombre.

Roger no podía hacer ya más. Desde el principio de la conversación había advertido que el vizconde no estaba dispuesto a dejarles marchar bajo su palabra de honor de que cumplirían lo pactado. Cincuenta mil libras y seis meses de detención en aquella isla era un precio demasiado elevado. No se lo parecía tanto

cuando pensaba en la alternativa … De otro lado, siempre existía la posibilidad de huir de allí. Lo único que podían hacer era mostrarse animosos y confiar en que el futuro les deparara una oportunidad.

Cuando ya se habían bebido el contenido de los vasos el vizconde prosiguió diciendo:

— Puesto que tenemos delante las horas de más calor del día, sugiero que hagamos un paréntesis para la siesta. A la puesta del sol administraré justicia, compareciendo ante mí la tripulación de la *Circe*. Después cenaremos. Lo primero puede proporcionaros un espectáculo muy interesante. Lo otro me ha de resultar a mí agradable en extremo pues raras veces se me presenta la ocasión de departir con personas de mi categoría.

Poniéndose en pie, el vizconde se inclinó ante las señoras y sin aguardar una respuesta penetró contoneándose en la casa. Lucette se fue tras él, haciendo una seña a los prisioneros para que la siguieran. Adentráronse en un amplio y ventilado vestíbulo en el que había una ancha escalera, por la que ya estaba subiendo el de Senlac. Pero la mulata les guió por un estreoho pasillo que corría por la parte posterior del edificio. Después de abrir unas puertas situadas en fila les dijo:

— Aquí están vuestras habitaciones. No son ocupadas muy a menudo, pero confío en que las encontraréis confortables. Al menos algo se diferencian de las celdas que hubierais podido ocupar. Una advertencia: abandonad toda idea de huir de aquí. Lo único que conseguiríais sería perderos en el bosque, en la seguridad de que llegaríamos a encontraros. Luego el señor vizconde mandaría que os arrancaran las uñas de los pies para impedir otra intentona semejante. Os enviaré los esclavos con vuestros equipajes. Pedidles cuanto necesitéis.

Cuando Lucette se hubo alejado, andando con felinos movimientos, llenos de gracia, ellos miraron a su alrededor. Las habitaciones apenas contaban con mobiliario y los muros aparecían descarnados en ciertas partes pero, aquéllas eran espaciosas y ventiladas, contando con dos ventanas que daban a la terraza.

Al cabo de unos minutos llegó una pareja de negros con sus maletas. A continuación se presentó una sonriente negra que llenó de agua las jarras que había encima de las mesas, hizo saltar una gran diversidad de insectos de las cortinas de los lechos y trajo después unos tazones con frutos Mientras ella andaba ocupada con estas tareas los prisioneros se pusieron a comentar su entrevista

con el pirata. Todos ansiaban principalmente, sin embargo, despojarse de sus ropas, así que tan pronto se hubo marchado la mujer, tras haberse aseado ligeramente, se tendieron en sus respectivas camas para descansar, libres en buena parte de aquéllas.

Roger despertó de su intranquilo sueño al oír un golpe en la puerta de la habitación.

— *Entrez* — dijo al tiempo que se incorporaba, apoyándose en un codo.

En el marco de la puerta vio un joven de gran estatura. Sus cabellos, muy largos, eran rubios. Las facciones recordaban ligeramente las de los negros. Era un *sangmêlé* … Así son llamados los mulatos por cuyas venas corre una pequeña proporción de sangre negra.

Distendiendo sus labios en una franca sonrisa dijo en un lenguaje bisbiseante, mezcla de criollo y francés:

— El señor vizconde está a punto de presidir la reunión en que ha de administrar justicia. Requiere vuestra presencia en la terraza y la de las señoras que os acompañan —. Tras una pausa, agregó —: Me llamo Jean Herault. Mi padre es el alguacil del señor vizconde y yo le ayudo en sus tareas. Probablemente nos veremos con frecuencia. Confío en que nos llevaremos bien.

Deslizándose fuera del lecho Roger contestó diciendo que se sentía encantado de conocerle y que él y las señoras se unirían al vizconde lo antes posible. Después de vestirse fue a despertar a las mujeres. Minutos más tarde abandonaban el vestíbulo principal, saliendo a la terraza.

El sol se había puesto ya tras las colinas, de modo que la casa se hallaba en sombras. A lo largo de la terraza colgaban varios faroles. En ella había sido instalada una mesa apoyada en un par de caballetes. Un hombre grueso, de cierta edad ya, preparaba plumas y papeles al lado de un libro, en un extremo de la mesa. Cerca de él el vizconde hablaba con dos de sus piratas: un tipo fornido de atezado rostro, con aspecto de lobo de mar, de cuyo cuello colgaba un collar integrado por más de quinientas piezas de a ocho, y un sujeto de mayor estatura con una nariz ganchuda, que adornaba sus orejas con unos pendientes de diamantes.

Al aparecer los prisioneros el vizconde presentó a sus compañeros como sus lugartenientes: uno era Philo el Griego y el otro Cyrano de la Mer, que evidentemente podía tomarse como *nom de guerre*. Luego presentó al hombre de edad como su alguacil, Hypolite Herault. A continuación el vizconde manifestó:

— En un dominio como el que he establecido aquí se da una gran variedad de deberes que presentan dificultades de distinto matiz o graduación. Aparte de nuestras actividades en el mar, principal medio de mantenimiento, contamos con plantaciones de caña de azúcar y tabaco, situadas en el interior de la isla, las cuales han de ser atendidas. También hemos de cuidar de nuestro ganado, así como de las reparaciones que precisen los buques.

»Poseo, por supuesto, un número fijo de esclavos. Pero después de cada viaje reviso personalmente la conducta de mis marineros … Aquéllos que se han portado valientemente, que han demostrado poseer iniciativa, son recompensados con permisos, de los que disfrutan en los puertos más próximos. Los que no se han conducido como era de esperar quedan relegados a las tareas serviles. Los culpables de negligencias más graves son enviados a trabajar con los esclavos durante algún tiempo.

»Cuando nos apoderamos de un buque, como en la presente ocasión, tengo que decidir también el futuro de los miembros de la tripulación capturada. Las luchas y las enfermedades causan en nuestras filas frecuentes bajas. Por tal razón siempre estamos dispuestos a admitir entre nosotros a los hombres de probada utilidad. Los que revelan ciertos escrúpulos son agregados a los esclavos. No tenemos más remedio que desprendernos de los oficiales y otras personas que pueden convertirse en los organizadores de una rebelión. Nos desprendemos de ellos por procedimientos muy diversos que siempre apuntan a un fin: el de procurar alguna diversión a nuestros hombres.

Mientras el vizconde hablaba una abigarrada multitud comenzó a congregarse al pie de la terraza. En el centro se veían unos veinte hombres con los brazos atados a la espalda. La mayoría de ellos procedían de la *Circe*. Roger divisó a Tom, al joven doctor Fergusson, al segundo piloto, al contador, al delgado sobrecargo y a Jake Harris … Les acompañaban asimismo cuatro piratas de los destacados en la *Circe* al ser ésta apresada. Ansiosamente buscó entre tantos rostros el de Dan pero era difícil localizar unos rasgos faciales más allá de los semicírculos de luz proyectados por las linternas. Por unos instantes temió que el ex contrabandista hubiese muerto a manos de los piratas. Luego le vio. Entonces, al saber que su viejo amigo se encontraba libre y a salvo, Roger se sintió mejor.

Roger no había hablado con nadie acerca de la aparente traición de Dan. Tenía sus buenas razones para no proceder así. Temiendo que la *Circe* acabara siendo capturada le había dado a

Dan instrucciones para que en tal caso se pasara al bando enemigo. Salvando su vida podía ser que más adelante dispusiese de medios para ayudarles a ellos. Para facilitar tal plan Roger ordenó a Dan que cuando estuviese todo perdido se apresurase a arriar la bandera de la *Circe*. Evidentemente, Dan, en unión de otros, había sido juzgado ya por el vizconde y admitido en el seno de su organización.

El vizconde tomó asiento ante la mesa, entre Philo el Griego y Cyrano de la Mer. El viejo Herault continuó en un extremo de aquélla y su hijo se instaló en el otro. Georgina se acomodó en uno de los sillones de mimbre que había por las proximidades y los demás siguieron su ejemplo.

Un individuo musculoso, de calva cabeza, se destacó de entre la multitud, situándose al pie de los escalones. Reclamando la presencia de varios hombres ante el tribunal se dedicó a ensalzar a unos y a vituperar a otros. La mayor parte de ellos guardaron silencio, pero algunos se defendieron dando cuenta de ciertas faltas y errores, actitud que mereció la ruidosa repulsa del pintoresco público.

Al parecer, el vizconde se hallaba informado sobre los casos que ahora le eran expuestos, ya que sancionaba los mismos rápidamente. Solamente en dos ocasiones consultó con sus lugartenientes. En diversas ocasiones no tardó más de un minuto en pronunciar su veredicto. Media hora más tarde el fornido calvo había llegado al final de su lista, siendo ocupado su lugar por Lucette.

Inició su declaración aludiendo al acuerdo de Pedro y Bloggs con vistas a apoderarse de la *Circe*, contando cómo les había engañado, asesinándoles finalmente. Una vez eliminado Pedro había puesto en libertad a los piratas que no habían accedido a unirse a él, detenidos más adelante como sospechosos. Con su ayuda consiguió convencer a otros compañeros suyos y a varios miembros de la tripulación del buque capturado. Bloggs había sido estrangulado por ella mientras los demás liquidaban a sus partidarios. Por la mañana entraban ya felizmente en el puerto …

Según como se mirara, aquella historia era un ejemplo de lealtad, inteligencia y valor … o de despreciable astucia e innoble conducta trazada por un instinto criminal. Pero, a juzgar por la enorme ovación con que Lucette fue festejada, no cabía duda sobre cual era el punto de vista admitido por el vizconde y sus seguidores.

A continuación Lucette desempeñó los papeles de introductora,

acusadora y testigo frente a sus camaradas de los últimos días. Aquéllos que no le habían regateado su colaboración eran recompensados, en tanto que los otros quedaban asignados a los grupos dedicados al duro trabajo de las reparaciones en los buques. Cuatro piratas fueron condenados a la esclavitud para toda su vida.

Por último, el vizconde se ocupó de aquellos prisioneros procedentes de la *Circe* que se habían negado a unirse a sus hombres. Los marineros, con el joven Tom, fueron condenados a la esclavitud. El resto, a muerte.

Herault *père* había anotado ya todas las sentencias en el libro que tenía frente a él. Al levantarse el vizconde de la mesa la multitud comenzó a disolverse. Ni Georgina ni sus amigos habían logrado localizar a *monsieur* Pirouet en aquélla. La condesa se adelantó un poco, inquiriendo qué había sido de él.

— He de daros las gracias por haberme proporcionado un admirable *chef*. En este momento anda atareado, preparando nuestra cena — respondió el vizconde.

— Me alegro de oiros decir eso — declaró Georgina, para preguntar acto seguido —: Pero, entonces, ¿por qué os habéis privado de un criado tan eficiente en sus menesteres como nuestro cocinero?

— No comprendo …

— Tom Jordan era el criado de mi esposo. Aunque muy joven, conoce a la perfección su trabajo. No obstante, le habéis condenado a la esclavitud, destinándolo a vuestros campos de remolacha.

— Ignoraba esa circunstancia. De todos modos figura entre los rebeldes, entre los que se negaron a reconocer mi autoridad.

— Os ruego que le ofrezcáis una oportunidad: la de entrar a vuestro servicio. Seguro que tal opción le parecerá más interesante que la de convertirse en un pirata.

Sonriente, el vizconde le dijo a Jean Herault que localizara a Tom. Georgina agregó después:

— Queda el doctor Fergusson. A lo largo de nuestro viaje demostró ser un cirujano de considerable mérito. Vos nos habéis dicho que por efecto de las enfermedades y las heridas soléis perder muchos hombres, de manera que …

— ¡Ya está bien, *madame*! — le interrumpió el de Senlac secamente —. Ese pertenece al grupo de hombres capaces de llevar a cabo una intentona contra mí, por lo que será mejor que muera.

No obstante, cuando Jean le puso delante a Tom el vizconde empleó un tono cortés, expresando el deseo de Georgina de que entrara a su servicio. Tom replicó en seguida:

— Puesto que así lo desea mi señora me será muy grato complacerla.

En aquel instante uno de los criados negros anunció que la cena estaba servida y el vizconde ofreció su brazo a la condesa. El pesar de ésta por la brutal sentencia resultó un tanto aliviado por el pensamiento de que, al menos, había impedido la desaparición de uno de los suyos. Aceptando el brazo del vizconde, seguidos por los otros, penetraron en la casa.

El comedor se encontraba situado en la parte del vestíbulo opuesta a la fila de dormitorios. Al entrar, Roger advirtió que en la mesa había diez cubiertos. Un rápido recuento confirmó su impresión de que faltaba uno … Repentinamente, se le ocurrió que aunque el vizconde nada había dicho de ello Jenny, por su condición de sirvienta, quedaba eliminada de la cena en común. Por una observación similar, la joven había llegado a idéntico resultado. Siendo una chica sensata, había dado un paso atrás, pero no sabiendo adonde ir se quedó quieta, indecisa … Afortunadamente, Tom, careciendo de órdenes, había seguido al grupo, hallándose detrás de Jenny. Roger, entonces, aproximóse a ellos para decirles con una tranquilizadora sonrisa:

— Id a la cocina, en busca de *monsieur* Pirouet. Éste os dará tan bien de cenar como a nosotros y luego le procurará a Tom un lugar donde dormir.

Al apartarse de la puerta Roger vio que el vizconde acababa de señalar a cada comensal su sitio respectivo, acomodándolos de un modo muy especial. La cabecera de la mesa estaba ocupada por él. Las cuatro mujeres quedaban a su izquierda. Enfrente de ellas estaban los dos Herault y sus lugartenientes. Roger obró por deducción, sentándose en la única silla que quedaba libre, entre Philo y Lucette. No había de transcurrir mucho tiempo sin que adivinara la razón de tal reparto.

El vizconde tenía a su derecha a Jean Herault. Al cabo de unos minutos se hizo patente que sentía una especial afección por el joven *sangmêlé*.

Roger observó tal detalle con gran interés. Al ver que el de Senlac pasaba al plato del rubio Jean algunos trozos de determinadas viandas disimuló una sonrisa de cínica satisfacción. Esto explicaba por qué el vizconde se había abstenido de reclamar el «privilegio del capitán» con relación a Georgina, Amanda o

Clarissa. Semejante hecho suponía una garantía de que mientras estuviesen en aquella isla el señor de la misma no importunaría a las damas.

Para los prisioneros aquella fue una extraña cena, antojándoseles en ciertos momentos irreal. La mesa estaba admirablemente dispuesta, los platos servidos eran excelentes … Atendían a los comensales dos negros bajo la supervisión de un mayordomo. Todos experimentaron la impresión de hallarse en la casa de un noble poseedor de vastos dominios en cualquiera de las islas del azúcar. La presencia de Philo, Cyrano y Lucette era lo único que les recordaba que se encontraban acompañados por un grupo de villanos de la peor ralea, entre los que había una mujer, Lucette, que aquella misma mañana había estrangulado al que desde unos días antes fuera su amante.

El vizconde parecía encontrarse a sus anchas y hasta tenía el aspecto de una persona inofensiva. Le estaba contando a Georgina la historia de aquella parte del mundo, explicándole cómo los franceses se habían establecido allí.

— Colón — dijo el de Senlac —, había fundado el primer poblado en Haití, la gran isla del Caribe, que por tal nombre era entonces conocida Santo Domingo. La Española le había llamado, o Pequeña España, reclamando para la corona española todas las islas del Caribe. Pero ni siquiera después de haber sojuzgado los españoles a los feroces indígenas de Haití se preocuparon aquéllos de colonizar su diminuta vecina: la isla de Tortuga. Esto corrió a cargo de forajidos y proscritos franceses. Como aquí había enormes rebaños de ganado en estado salvaje se buscaron la vida cazando esos animales, ahumando su carne para vendérsela a los buques que tocaban de vez en cuando en aquellas costas. Por su valentía y decisión ante los toros salvajes esos sujetos fueron bautizados con el nombre de bucaneros.

»Al cabo de varios años los españoles enviaron una expedición para expulsarlos, refugiándose entonces en los puntos deshabitados de Santo Domingo. Siendo grandes cazadores pronto volvieron a quedar en la misma situación de antes. Más tarde, sabedores de que los españoles habían abandonado Tortuga, algunos de los bucaneros regresaron a esta isla. Nuevamente se organizó otra expedición por parte de los españoles pero ahora los franceses eran ya muy numerosos y demostraron ser lo mejores. No solamente se hicieron dueños de Tortuga sino que arrebataron a sus enemigos las tierras más fértiles de Santo Domingo.

»Entretanto el número de piratas que navegaban por las aguas

próximas al continente dominado por los españoles se había incrementado notablemente. Antes de iniciar un viaje habían tomado la costumbre de asaltar los almacenes de los bucaneros para aprovisionar sus buques. La constante amenaza que pesaba sobre estos últimos fue el motivo de que muchos de los de Santo Domingo se estableciesen como plantadores. Sus descendientes consiguieron amasar grandes fortunas. En Tortuga la extensión de tierra cultivable era insignificante. Los bucaneros acabaron abandonando la caza para entregarse a la piratería.

Cuando el vizconde hubo terminado su relato Georgina le preguntó cómo había llegado él mismo a convertirse en un pirata. La delgada faz del de Senlac se oscureció al responderle:

— En el año 87 heredé unas extensas propiedades en la Martinica. Consecuentemente, salí de Francia para girar una visita a aquéllas. Me encontré con que el clima de la citada isla me iba muy bien y que la vida allí era deliciosa. Podíase adquirir cuanto le apetecía a uno, siendo razonable, y la nobleza formaba una sociedad culta, amable, encantadora … Decidí quedarme. Fue la maldita Revolución la que me privó, a mí como a tantas otras personas de mis bienes y de la seguridad que éstos representaban.

»Nuestras inquietudes comenzaron en cuanto nuestro necio rey dio paso a sus criminales consejeros y convocó los Estados Generales. En 1790 empezaron a llegar agitadores a las islas, predicando la inicua doctrina de la libertad e igualdad entre los esclavos. Produjéronse levantamientos y en las propiedades aisladas éstos asesinaron a sus señores. Durante cierto tiempo logramos contener estos focos de rebeldía pero fuimos traicionados por el Gobierno de la metrópoli. La Convención promulgó un decreto liberando a los esclavos. De Francia llegó un rufián llamado Víctor Hugues, representante de aquélla y encargado de hacer que se cumpliese la nueva ley. Se desencadenó la guerra civil. Más tarde, con la ayuda de los ingleses, estas revueltas fueron ahogadas en sangre … Estoy hablando de los primeros días … En la parte de la isla en que me encontraba yo y los míos nos hallábamos en evidente inferioridad numérica. Fueron asesinados varios de mis vecinos, en unión de sus esposas e hijos. Los supervivientes huyeron.

»En mi primera juventud pertenecí a la Armada francesa. Poco después de establecerme en Martinica adquirí una nave que conservaba en el puerto de Saint Pierre. Conseguí llegar a bordo de aquélla aprovechando la oscuridad de la noche, acompañado por media docena de mulatos que habían seguido siéndome fieles.

Carecía de dinero en aquellos instantes. Tampoco disponía de provisiones. Por otro lado, ¿adónde dirigirme? Consecuentemente, decidí continuar la guerra por mi cuenta.

»Varias noches después sorprendimos un buque más grande que el nuestro que yo sabía que estaba armado. Informado de que la mayor parte de su dotación se encontraba en tierra planeé un ataque … Logramos imponernos, forzando a aquellos marineros a unirse a nosotros. Por espacio de más de dos meses causé no pocos estragos entre los barcos que comerciaban con la Francia revolucionaria. Fueron los ingleses los que me obligaron a abandonar aquellas aguas. Varios meses antes habían declarado la guerra a Francia y los buques de esta nacionalidad se encontraban en peligro nada más abandonar los puertos.

»Buscando alguna adecuada presa fui a parar al norte de Santo Domingo. Pero aquí las condiciones imperantes eran muy similares. Por tanto, para sobrevivir me vi obligado a atacar a los buques que se cruzaban en mi ruta, independientemente de las banderas que enarbolaban. Mis operaciones eran miradas con malos ojos por un aventurero llamado Bartolomé Barbarroja, que había considerado aquella zona como propia. Por esa época la artillería de mi nave había sido reforzada notablemente, incrementándose la dotación. Una hermosa mañana del mes de septiembre entablé combate con el señor Barbarroja. Al mediodía éste llevaba la peor parte y a la puesta del sol le colgaba de una de las vergas de su navío. Los supervivientes de la tripulación de mi enemigo accedieron a ponerse a mis órdenes y ellos fueron los que me guiaron hasta aquí. Esto ha mejorado mucho desde que se inició mi mandato. Lo más probable es que continúe en este lugar por espacio de varios años aún, ya que el género de vida que llevo no me desagrada. No obstante, estoy reuniendo una buena fortuna en Génova, una fortuna que se verá incrementada por la aportación de la señora condesa. Cuando me canse me iré a vivir a Italia.

En la historia que el vizconde había relatado él aparecía como un hombre en quien se había cebado la desgracia, vencida únicamente por un despliegue de valor. Sus huéspedes le seguían viendo, sin embargo, como lo que era: un individuo astuto, desprovisto de escrúpulos, un tirano que sólo había librado una batalla ya que las demás acciones habían apuntado siempre contra el débil. Roger confiaba en que mucho antes de que se retirara para disfrutar de su mal ganado dinero sería capturado por cualquier buque de guerra y acabaría sus días dando patadas en el

aire, colgado de una verga.

La conversación se fue generalizando y Roger intentó sonsacar a su vecino de la izquierda. Pero, evidentemente, Philo el Griego había sido designado lugarteniente del vizconde sólo por sus condiciones personales como pirata. Había nacido en Grecia, desde luego, contando al llegar al continente dominado por los españoles veintitantos años. Pese a ello ignoraba por completo la historia de su país. Era una especie de diamante en bruto, que en otras circunstancias hubiera llegado a ser un excelente capitán de la marina mercante. No se trataba de un hombre cruel por naturaleza. Simplemente, aceptaba los despiadados actos propios de la piratería como incidentes naturales dentro de la vida que había decidido llevar. Tenía que esforzarse mucho para responder a las preguntas que se le formulaban, máxime empeñándose como se empeñaba en comer al mismo tiempo con una correción a la que no estaba habituado.

Cyrano parecía más prometedor. Este hombre poseía cierta educación, siendo hijo de un armador de Nantes. Una cuestión sentimental había dado origen a su vida de aventuras. Cyrano había seducido años atrás a la hija de un noble. Para salvarle de la prisión su padre le había hecho embarcar en uno de los buques de la familia, capturado más tarde por los piratas en aguas de la isla de St. Christopher, francesa, pasando al servicio de aquéllos. Encontrando tal existencia, con su consiguiente abundancia de dinero y mujeres, más de su gusto que la que podría llevar un burgués en Francia no había intentado jamás escapar. De las filas de los servidores de Bartolomé Barbarroja había pasado a las órdenes del vizconde.

Después de charlar un rato le dijo a Roger:

— Debo felicitaros, señor, por vuestro francés. Lo habláis con un acento y una fluidez completamente desusado en cualquier inglés.

— Gracias — repuso Roger sonriendo —. Os lo explicaréis cuando os diga que he pasado una buena parte de mi vida en Francia.

Hubo una pausa.

El vizconde, que había oído las últimas palabras de Roger, dijo mirándole:

— Tengo la impresión de que nosotros nos hemos visto antes. Esta mañana, al encontrarnos frente a frente, pensé que vuestro rostro me era familiar.

— Eso mismo pensé yo — contestó Roger —. Pero más

adelante, al oiros afirmar que os encontrabais en las Indias desde el año 87 me dije que debía estar equivocado.

— ¿Por qué, si, como dijisteis, habíais pasado una gran parte de vuestra existencia en Francia?

— Y no he mentido. Habiendo huido de mi casa, fui a parar a ese país cuando aún no contaba dieciséis años, regresando al mismo muchas veces, para pasar en él largos períodos de tiempo.

— ¿En qué partes de Francia habéis vivido?

— En París, principalmente. Pero en una época u otra estuve en las ciudades más importantes de provincias. No obstante, viví los primeros años de mi existencia en Inglaterra. Mis circunstancias personales fueron de tal carácter que es improbable que os haya conocido entonces, señor vizconde. De no ser así, me acordaría perfectamente.

— ¿Estuvisteis alguna vez en Versalles? — insistió el vizconde.

— Sí. Y tuve el honor de ser recibido en numerosas ocasiones por Sus Majestades. Eso, no obstante, ocurriría cuando el señor vizconde había partido ya para la Martinica. Mis primeras visitas a Palacio fueron hechas desempeñando yo el puesto de secretario de un noble alojado allí, a quien tenía que llevar determinados documentos.

— ¿A quién os referís?

— Yo estaba en aquel tiempo al servicio del marqués de Rochambeau.

Se produjo una nueva pausa. El rostro del de Senlac se tornó muy pálido, apareciendo después en él unas manchas purpúreas. De pronto se puso en pie y extendiendo una temblorosa y enjoyada mano, gritó señalando a Roger:

— ¡Asesino! ¡Claro que os conozco! ¡Vos fuisteis el hombre que mató a mi querido tío, el señor conde de Caylus!

Capítulo X

UNA MANO, DESDE LA TUMBA …

Aquellas palabras debieron alterar el ritmo de los latidos en el corazón de Roger. Incorporándose lentamente hizo un tremendo esfuerzo para ocultar su emoción. Sólo así pudo lograr mantener un comedido tono de voz:

— Estáis equivocado, señor. Maté al conde, es cierto, pero en duelo, con todas las formalidades de rigor.

— ¡Embustero! ¡Asesino! — gritó el de Senlac, temblando de rabia —. ¡Sé muy bien lo que ocurrió! Os mantuvisteis al acecho en el bosque de Melun, igual que un salteador de caminos, dándole muerte después.

— ¡Eso no es verdad! — contestó Roger acalorado —. En la creencia de que yo no era noble rechazó mi desafío. No tuve más remedio que forzarle a luchar en un sitio por mí elegido. Pero el nuestro fue un encuentro legal. A él se le tenía por el mejor espadachín de Francia y yo sólo era entonces un principiante … Yo tenía contra mí todas las probabilidades de salir triunfante …

— ¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Mentiras! No le avisasteis … No hubo testigos siquiera.

— El conde Lucien de Rochambeau se encontraba en su coche y lo presenció todo. También estaban muy cerca de nosotros el vizconde de la Tour d'Auvergne y el abad de Talleyrand-Périgord. Ambos presenciaron el encuentro desde el principio hasta el fin. Los dos atestiguaron que yo había procedido en todo momento como un hombre de honor.

— No teníais padrinos. No se encontraba presente ningún médico. Vos faltasteis a todas las reglas establecidas para el duelo. De acuerdo con las leyes francesas eso os convertía en un asesino.

— Eso pensó Su Majestad, la reina María Antonieta, hasta que

supo la verdad de lo sucedido. Ella me aseguró el perdón, honrándome con su amistad.

— ¡Mentira! ¡Más mentiras aún! Vos abusasteis de vuestra posición dentro del hogar del señor de Rochambeau seduciendo a su hija. Luego, cuando ignorando este hecho mi buen tío se disponía a casarse con ella, preferisteis matarle a perder vuestra amante.

— Athénaïs de Rochambeau no fue mi amante — gritó Roger casi tan enfadado como el vizconde.

— ¡Eso me tiene sin cuidado! — contestó de Senlac —. El conde fue para mí como un padre. No conocí jamás un hombre tan bueno como aquél. Y fuisteis vos quien le quitó la vida. Doy las gracias al cielo por haberme deparado esta oportunidad de poder vengarle cumplidamente. *Mort de Dieu* … Vais a sufrir lo indecible. ¡Philo! ¡Cyrano! ¡Sujetadle!

Echándose a un lado, Roger cogió su silla, levantándola por encima de su cabeza. Cuando Philo se lanzó sobre él abatió aquélla, clavándole las patas en los hombros. El hombre se derrumbó con un gemido. Pero antes de que Roger pudiera levantar la silla de nuevo los dos lacayos negros le atacaron por la espalda. En cuanto éstos le hubieron sujetado, Cyrano le arrebató la silla de las manos. Roger acertó a darle una formidable patada en una rodilla y a cambio recibió un puñetazo en la mandíbula. No llegó a perder el conocimiento pero temporalmente quedó privado de sus fuerzas. Cyrano se alejó cojeando, profiriendo maldiciones contra él, en tanto que los negros aseguraban su presa.

Todos se habían levantado de la mesa. Abriéndose paso violentamente por entre las mujeres, el vizconde se acercó a su prisionero, ahora inmovilizado. Los ojos le llameaban de ira al darle una fuerte bofetada con el dorso de la mano.

— Me daréis una satisfacción por esto, a menos que hayáis decidido convertiros definitivamente en la vergüenza de vuestra familia — clamó Roger.

Al pronunciar tales palabras sabía que eran muy escasas las posibilidades que se le ofrecían de arrastrar al vizconde a un duelo. En efecto, éste le contestó:

— ¿Estáis loco? Pero, ¿es que creéis que voy a acceder a proporcionaros una ocasión para matarme? No lo esperéis. Quiero permanecer a vuestro lado mientras agonizáis en medio de terribles dolores. Así vengaré a mi pobre tío. Todos presenciarán el castigo: mis tripulaciones, vuestras mujeres, los otros prisioneros, incluso los cocineros y los esclavos … ¡Todo el mundo!

Después de dirigir a su alrededor una maligna mirada agregó:

— Vamos, comenzad a sugerirme medios para enviar al infierno a este asesino entre los sufrimientos más atroces que acertéis a imaginar.

Amanda, Georgina y Clarissa intentaron calmarle. El vizconde las hizo callar con un grito.

Cyrano continuaba profiriendo maldiciones, sin dejar de frotarse la rodilla dañada. Mirando con la peor de las intenciones a Roger contestó:

— Me gustaría que fuese pasado por la quilla. Seguro que su rostro cambiaría de aspecto en cuanto las astillas de ésta le hubiesen arrancado la carne a pedazos.

El vizconde movió la cabeza, dubitativamente.

— No. Creo que podríamos idear algo mejor. Tú sabes que a veces la estacha que se emplea en tales casos se engancha en los sitios menos imaginables. Nos expondríamos a que se ahogara durante la primera pasada.

— ¿Y si le desolláramos vivo? — apuntó el viejo Herault.

— ¡No, no! — clamó su hijo —. Hagámosle morir por el procedimiento que emplean los indígenas con sus enemigos. Aquéllos impregnan sus cuerpos con espinas, las puntas de las cuales son partidas para que puedan sostener un trozo de mecha empapada en aceite. Una vez encendidas las mismas la víctima inicia una auténtica danza de la muerte, embutida en una especie de luminoso ropaje.

Con un gesto de asentimiento, el de Senlac manifestó:

— Esas dos ideas no son malas. También se le podría untar el vientre de miel, dejándolo después a merced de las hormigas.

Amanda parpadeó rápidamente, cayendo desmayada.

Georgina la acomodó en una silla. Clarissa, entonces, gritó, dirigiéndose al vizconde:

— ¡No podéis hacer eso con él! ¡No, no podéis! Ni siquiera al mismo diablo se le ocurriría infligirle tal tormento.

— Sí puedo, señorita, y además quiero — fue la seca respuesta —. Es más, lo que ahora se me ocurre es combinar esos castigos. Mis cocodrilos se encargarán de arrancarle los pies; sus brazos se convertirán en luminosas antorchas, le arrancaremos la piel y las hormigas se encargarán de abrirse paso hasta sus entrañas …

Clarissa cogió uno de los vasos que había sobre la mesa, arrojándolo sobre el rostro del vizconde.

Él hizo un rápido movimiento para esquivar el golpe, pero

encima de la casaca llegaron a caerle algunas gotas de vino. Mientras se limpiaba parsimoniosamente con un pequeño pañuelo de encaje, el de Senlac le dijo ásperamente:

— Ese gesto os costará caro. Por cada gota de éstas derramaréis tantas lágrimas que podréis llenar varios baldes. Tanto es así que hasta se desvanecerá el color azul de vuestros ojos.

Volviéndose hacia Roger, agregó:

— ¡Ya habéis oído mi sentencia! Mañana, a la puesta del sol será cumplida la primera parte de la misma. Os colgaré encima del estanque en que se hallan mis cocodrilos y éstos pelearán entre sí, disputándose vuestros pies.

Amanda levantó la cabeza, arrojándose en un repentino impulso al suelo, abrazándose a las rodillas del vizconde.

— ¡Imploro misericordia, señor! Ese episodio que mencionasteis pasó ya … Dejad que sea Dios quien juzgue a mi esposo. Imploro misericordia para él.

Hirviendo todavía de furia el de Senlac se desprendió de ella de una patada.

— Dios podrá hacer lo que quiera en las alturas, señora. Aquí mando yo … Por mucho que sufra vuestro esposo no conseguiré vengar como yo desearía la muerte de mi tío. Quisiera que se retorciera mental y físicamente al mismo tiempo.

Ahora había fijado sus ojos en Roger, como un poseso.

— Las cincuenta mil libras fijadas para el rescate serán aplicadas a vuestras mujeres. Vos habéis quedado eliminado del grupo. En los días próximos, hasta el instante de morir, habréis podido ver lo que reservo a vuestra esposa y a su joven prima. La noche de vuestra muerte serán despojadas de sus ropas y entregadas a mis hombres para que éstos hagan con ellas lo que se les antoje a la luz de la luna.

Roger, fuera de sí, le respondió con una serie inacabable de insultos, retándole una vez más. Pero lo mismo le hubiera valido callarse. A una orden del vizconde los dos lacayos le sacaron del comedor, conduciéndole a la parte posterior de la casa. Herault *père* les acompañó, sacándose de un bolsillo unos minutos después una gran llave. Con ésta abrió una pesada puerta tachonada de clavos de hierro. Roger fue arrojado violentamente a las tinieblas, tropezando, para caer cuan largo era sobre un piso de losas. Segundos más tarde la puerta se cerraba a sus espaldas.

Sin aliento, atormentado por la ira que sentía, Roger se hubiera quedado donde había caído de no haber sido por unas manos que

le levantaron, dejándolo sentado. Al mismo tiempo oyó un murmullo de voces.

Finalmente logró recuperarse, contestando con entrecortadas frases a las preguntas que le dirigían sus compañeros de cautiverio: el doctor Fergusson, Jennings, el segundo piloto de la *Circe* y Wells el sobrecargo, todos los cuales habían sido condenados a muerte.

Roger les contó lo ocurrido. Naturalmente, no pudo aportarles el menor consuelo. La situación de aquellos hombres era tan desesperada como la suya. Habían inspeccionado ya el calabozo en que se hallaban, averiguando que era imposible escapar de allí. Ninguno de ellos se encontraba atado. Comenzaron a especular sobre las posibilidades que se les ofrecían de huir atacando a sus carceleros en cuanto se abriera la puerta de nuevo. Habiendo tantos guardianes por allí se dijeron que serían derrotados antes de que lograran abandonar la casa. La desesperación les redujo temporalmente al silencio. Luego, por iniciativa de Fergusson se pusieron a rezar. Por último, fatigados, se tendieron sobre las frías losas, con la cabeza descansando encima de sus cruzados brazos, intentando dormir un poco.

Por la mente de Roger pasaron en rápida sucesión las palabras oídas momentos antes, que habían tenido la virtud de torcer su destino. Preguntóse si se habría salvado de haber negado que él matara al conde Caylus. Lo dudaba … El vizconde, probablemente, le había visto una docena de veces cuando trabajaba a las órdenes del marqués de Rochambeau en París. En todo caso habría sido uno de los huéspedes, uno de los invitados al gran baile dado allí por el rey y la reina, padrinos en los esponsales de Athénaïs con su tío. Una negativa no hubiera hecho otra cosa que aplazar lo sucedido. Más o menos tarde el vizconde hubiese recordado perfectamente la circunstancia del pasado encuentro …

Por segunda vez el conde de Caylus extendía una mano desde la tumba, atrayendo sobre él la desgracia. En el año 89 Roger había estado a punto de ser arrestado bajo la acusación de haber matado a aquél en un duelo ilegal, hecho ocurrido dos años antes. El espíritu del conde se cebaba en él. En aquella ocasión Roger no había sido ejecutado gracias a sus poderosos amigos y a su buen juicio. Ahora dudaba de que existiese algo que pudiera salvarle.

Su única esperanza radicaba en Dan. Él sabía que Dan no vacilaría en arriesgar su vida si existía la menor posibilidad de librarle de la muerte. Si no era así, ¿por qué había de convertirse

en un mártir? ¿Dónde podría buscar colaboradores para cualquier plan? Había que pensar que en su calidad de nuevo miembro de la comunidad pirata debía haber sido admitido en el seno de la misma con ciertas condiciones. Probablemente, además, le vigilaban. Aún suponiendo que tuviera libertad de movimientos, aquéllos que podían unírsele para realizar una descabellada intentona eran poquísimos. Tom estaba en libertad y también *monsieur* Pirouet … Aparte de éstos habría únicamente media docena de tripulantes de la *Circe* que se habían unido a los piratas a disgusto. Cualquiera de ellos, no obstante, podía traicionarle antes de realizar ninguna misión decisiva. Y aún cuando no fuese así, ¿qué esperanzas de triunfo podían albergar unos cuantos hombres enfrentados con la gente de Senlac, cuyo número sobrepasaría los cincuenta?

Claro que Roger confiaba enormemente en el valor y los recursos de su fiel servidor … Aferróse por lo tanto a aquel único rayo de esperanza. Mientras se volvía de un lado y de otro, sobre las duras losas, permanecía con el oído atento, esperando percibir en el momento menos pensado el rumor de unos pasos que fuesen como un heraldo anunciando su ansiada liberación.

Gradualmente, las horas de oscuridad fueron pasando sin que ningún ruido rompiera el silencio. En lo alto del muro opuesto a la puerta del calabozo aparecieron unas manchas grisáceas. A los pocos minutos habían tomado la forma de una ventana barrada. El amanecer había llegado y las últimas esperanzas de Roger se desvanecían. Dan había pensado que de dar un *coup* durante la noche sus posibilidades de triunfo resultaban muy escasas. A la luz del día no había ni qué pensar en ello …

Roger vio ahora que el calabozo era una pieza espaciosa, en la que cabían holgadamente veinte prisioneros. En ella no había más utensilios que un cuenco lleno de agua y una vasija de barro con frutas. Las comodidades de carácter higiénico eran inexistentes y el olor resultaba insoportable.

Las ventanas estaban cerradas. Hallándose muy sucios los cristales era poca la luz que dejaban pasar éstos. Para mitigar su sed Roger alargó la mano, con el propósito de coger una papaya. Algo notó que se movía encima del pequeño montón de frutas. Inclinándose un poco descubrió en el borde de la vasija una enorme araña negra, del tamaño de un huevo de pata. Sus peludas extrepatas tendrían la longitud que las de un cangrejo grande. De la cabeza le salían cuatro dientes, dispuestos como los de un conejo.

Al observar el rápido movimiento de Roger los demás se incorporaron. Jennings se desató el cinturón, descargando un fuerte golpe sobre la araña, sin acertar a alcanzar a ésta.

— Estos bichos no son venenosos — explicó —, pero su mordedura deja huella. Afortunadamente tenía a su alcance la fruta. De lo contrario nos hubiera prestado un poco más de atención.

— ¡Oh! ¿Y qué más da eso comparado con el hecho de que dentro de poco tendremos que enfrentarnos con la muerte? — inquirió el joven sobrecargo con desesperación, estallando en sollozos.

Todos hicieron lo que estuvo en sus manos por consolarlo, pero aquél había perdido el dominio de sus nervios y tardó en tranquilizarse. Durante largo rato permanecieron en silencio. No eran capaces de hablar de lo que les aguardaba pero en cambio pensaban constantemente en ello.

Alrededor de las ocho y media, según sus suposiciones, oyeron un rumor de pasos en el corredor, seguido de un tintineo metálico en la cerradura de la puerta del calabozo. Ésta quedó abierta. Cyrano penetró en el recinto escoltado por cinco hombres.

Roger notó que llevaba la rodilla vendada y que hacia un gesto de dolor cada vez que se apoyaba en la pierna izquierda. Una débil compensación para lo que vino después …

Con evidente gozo fijó la mirada en Jennings, Wells y Fergusson sucesivamente, para decir a continuación, con voz melosa:

— El señor vizconde ha redactado ya el programa … Durante los tres próximos días cada uno de vosotros proporcionará la obertura mañanera correspondiente al concierto vocal que el noble Gobernador de la isla de Martinica dará a última hora de la tarde. Al cuarto día oiremos su solo final. El primero de vosotros será pasado por la quilla, el segundo descoyuntado, para lo cual se le atará de pies y manos entre dos palmeras jóvenes, y el tercero servirá para alimentar a los cocodrilos del señor vizconde.

Ni Jennings ni el sobrecargo sabían bastante francés para comprender lo que Cyrano acababa de decir. No era ése el caso de Fergusson, quien después de tragar saliva preguntó:

— ¿Cuál de nosotros ha de morir hoy?

Cyrano señaló a Jennings.

— Éste irá en primer lugar. Como miembro de la dotación de la *Circe* conoce bien la cubierta de ésta. Ahora vamos a hacer que se

familiarice con la quilla de la misma — dirigiendo una mirada a sus hombres, agregó —: Bueno, ¿a qué esperáis? Sujetadle.

Jennings sospechaba ya qué pretendía aquella gente hacer con él. Sus ojos parecían ir a salírsele de las órbitas cuando se apoyó en el muro. Luego, gritando furiosamente, se abalanzó sobre el pirata que se encontraba más cerca de él. El hombre cayó al suelo por efecto del inesperado ataque, pero los demás dominaron en seguida a Jennings, sacándole a rastras del calabozo. No cesaba de dar voces, disparando tremendos puntapiés en una dirección y otra. Minutos después sus gritos se perdían a lo largo del corredor, atenuándose con la distancia.

Entretanto uno de los recién llegados había vuelto a llenar el cuenco de agua, volcando un cesto lleno de fruta sobre el recipiente que contenía las restantes del día anterior. Cyrano señaló su rodilla herida y apretando los dientes le dijo a Roger:

— Tendré un gran placer al contemplar vuestra danza sobre los cocodrilos del señor vizconde más adelante …

Seguidamente retrocedió cojeando y la puerta fue cerrada de nuevo con llave. Los tres prisioneros continuaron entregados a sus tristes pensamientos.

El resto de la mañana lo pasó Wells, enfermo del pecho, tosiendo violentamente. Sus dos compañeros no dejaron un momento de pensar en el desgraciado Jennings, imaginando a su pesar terroríficas escenas de las que él era protagonista. Viéronlo desnudo hasta la cintura, amarrado a una larga estacha que había sido pasada por debajo de la quilla de la *Circe*. Llegaron incluso a oír sus gritos, al ser lanzado atropelladamente al agua. La estacha entonces se pondría tirante, al ser arrastrada por una pandilla de hombres convenientemente preparados. El cuerpo de Jennings se deslizaría después brutalmente por el casco, siendo sacado antes de que muriera ahogado. Contempláronlo otra vez en cubierta, respirando angustiadamente, sangrando por una multitud de heridas, entre las bromas de sus verdugos, para ser reanimado con unos tragos de ron, lo cual le permitiría sufrir la segunda inmersión … y la tercera, cuarta y quinta … Así hasta que hubiese desaparecido toda probabilidad de volverle a la vida.

Roger se dijo que en aquella bahía debía haber tiburones. La sangre de Jennings les atraería. Rezó porque uno de ellos le matara en la primera pasada, acortando de este modo su agonía. Esta idea suscitó en su mente espantosas visiones del castigo a que le había condenado el vizconde para vengarse, castigo que le sería

aplicado aquel mismo día, más tarde. Daba lo mismo servir de pasto a los tiburones que a los cocodrilos … Al día siguiente sus brazos arderían y al otro le arrancarían la piel de la espalda. Finalmente sufriría la interminable agonía que le reservaban las hormigas, abriéndose vorazmente camino hacia sus entrañas …

Roger se dijo que quizá sobreviviera a la prueba del primer día. En cambio era posible que sucumbiese a las quemaduras sufridas veinticuatro horas después. El agotamiento y la pérdida de sangre acabarían con él. Pudiera ser también que se volviese loco, que perdiese toda conciencia del dolor. Ahora rezaba porque ocurriese eso.

El aire, dentro del calabozo, era asfixiante. Aquella atmósfera era irrespirable. Los mosquitos se cebaban en ellos. Sus mordeduras les hacían sufrir de una manera indecible. Las horas pasaban interminablemente lentas. Por último alguien volvió a abrir la puerta de la gran celda.

Apareció ante ellos Cyrano acompañado de su cuadrilla de carniceros. Llevaban cuerdas con las cuales ataron las manos de los prisioneros a sus espaldas. El sobrecargo, fuera de sí, por efecto del miedo que sentía, comenzó a gritar y a resistirse, pero un desesperado golpe de tos le dejó inmovilizado. Fergusson tenía los labios blancos como la cera pero tuvo suficiente voluntad para permitir que sus carceleros le ataran sin hacer el menor gesto de rebeldía. Tal fue la conducta que siguió Roger. Sabía que resistirse, o bien realizar algún intento para escapar de allí, era inútil. Lo único que podría lograr con ello era perder las fuerzas antes de tiempo, las mismas que tal vez necesitara en un instante dado. Tenía que reservarse, por si al aire libre alguien le ofrecía la oportunidad de burlar a sus verdugos.

Pero no podía olvidar que además de llevar las manos atadas, en esa eventualidad habría de enfrentarse con cincuenta hombres … Cien, mejor dicho, porque el vizconde pretendía que sus esclavos atestiguaran su despiadada venganza. Incluso en el caso de que, de un tirón, pudiese lograr desprender el extremo de la cuerda con que le habían atado de las manos que retenían aquél, ¿qué probabilidades se le ofrecían de salir vivo de la aventura? Antes de cubrir diez metros en una atropellada carrera sería cautivado de nuevo.

Éste era su tercer «round» con el conde de Caylus. Al enfrentarse con éste en la primera ocasión Roger pensó que la espada del noble segaría su vida en flor. «¡Ojalá hubiese sido así!», pensó con amargura. Al cabo de todos aquellos años el conde de

Caylus, por fin, le tenía a su merced. Ahora pensó que se enfrentaba verdaderamente con el fin, un fin deliberadamente prolongado del cual sólo podría escapar tras interminables horas de tortura.

CAPÍTULO XI

EL ESTANQUE DE LOS COCODRILOS

Cuando Roger era conducido a lo largo del vestíbulo principal de la casa vio brillar el sol en las ventanas de la parte posterior. Juzgó que quedaría una hora de claridad antes de que el breve crepúsculo anunciase la inminente llegada de la noche tropical. Amanda se encontraba en la terraza, sentada en una silla, con la cabeza descansando entre sus manos. Las otras mujeres estaban agrupadas a su alrededor. Tras ellas se veían cuatro piratas, apostados allí para vigilarlas, seguramente. El rumor de pasos hizo que Amanda levantara la cabeza. Nada más ver a Roger se incorporó con la idea de echar a correr hacia él pero uno de los secuaces del vizconde se lo impidió con extraordinaria brusquedad. Los tres prisioneros dejaron atrás a las mujeres, descendiendo por los escalones de la terraza. Luego, los piratas tomaron a cada una de ellas por el brazo, echando a andar en la misma dirección que Cyrano.

La playa presentaba una gran animación. Acercábanse, procedentes de los dos buques, varias embarcaciones cargadas de hombres. Otros individuos, acompañados de mujeres de desaliñado aspecto, iban saliendo de las largas construcciones que formaban el ala sur del edificio principal. Veíanse asimismo bastantes esclavos, cuyo color oscilaba entre el absolutamente negro del carbón y el blanco sucio del mestizo. Los piratas y las mujerzuelas que les acompañaban vestían alegres ropas de seda y algodón, en tanto que los esclavos cubrían sus carnes con escasas y rasgadas telas. Casi todos cubrían sus cabezas con polícromos pañuelos. Reinaba allí una atmósfera de día festivo. Mujeres y hombres se aproximaban progresivamente a la fachada de la casa, riendo y bromeando igual que los asistentes a un espectáculo

absolutamente normal.

A Cyrano el agua le llegaba hasta la rodilla pero, evidentemente, estaba decidido a no perderse el menor detalle de la improvisada función. Musitando maldiciones a cada paso que daba guió a sus siete cautivos y la escolta correspondiente hasta un sendero que se internaba en un bosquecillo.

Al penetrar en éste se adentraron por un nuevo y fantástico mundo, inmerso en la luz de un subyugante crepúsculo. Había allí árboles que alcanzaban hasta doscientos pies de altura, cuyas ramas superiores no se distinguían por perderse entre una masa de vegetación. De todas las grietas surgían enormes helechos, del tamaño de árboles de regular altura. Las lianas colgaban en cascada, como un salto de agua … vegetal. Algunas de ellas tenían el grosor de un brazo masculino, curvándose igual que verdes serpientes pitones. Otras, incontables, se retorcían en una dirección u otra o, por contraste, caían con la verticalidad de una plomada. Entre los gigantes acomas y palmeros otros árboles muy variados parecían forcejear entre sí, en busca de espacio, entrelazando sus ramas. Muchos de ellos estaban cargados de frutos: dorados mangos, verdes aguacates, amarillas papayas, peras y manzanas de enorme tamaño, albaricoques silvestres, naranjas y limones … Al pie de los troncos se observaba un césped continuo de bastos hierbajos cubierto de trecho en trecho por quebradas ramas, las cuales pese a hallarse podridas servían de asiento para musgos, helechos y otras formas de vida, de una variedad tal en aquel paraje que más parecía cosa imaginada que real.

El sendero ascendía describiendo un recodo. A los diez minutos de penoso avance salieron a una explanada cuyo piso era la cara plana de una roca, en las grietas de la cual sólo los musgos y otras menudas plantas podían encontrar un asidero efectivo. En el lado interior de este espacio se veían unos peñascos grandes que se asomaban a un despeñadero de unos cuatro metros de altura. La escollera continuaba por un lado, curvándose y elevándose, formando un muro de cerca de quince metros de altura. A los pies de aquélla se encontraba el estanque, en una de cuyas orillas había sido plantada una horca provista de un brazo muy largo.

Ya se encontraban allí algunas personas, ansiosas de presenciar el espectáculo organizado por el vizconde. Los prisioneros pasaron por entre aquéllas. Acercábanse a la orilla del estanque … La forma de éste, aproximadamente, era la de un óvalo, siendo alimentado por una pequeña cascada situada junto a los peñascos.

El exceso de agua, tras cruzar un enrejado portillo, formaba otro salto más allá, precipitándose el líquido elemento por un barranco, desde donde marchaba en busca del mar. Allí no había más que dos salidas: la que habían utilizado para entrar y el puente de tablas que cruzaba la hondonada, más allá del cual se encontraba otro sendero que se perdía en el bosque.

Mujeres y hombres se apretujaban por allí, pugnando por ocupar los mejores sitios, sentándose también en los peñascos, desde donde les sería posible contemplar con todo detalle la escena. Algunos de los esclavos, que se habían acomodado estratégicamente, estaban siendo expulsados de sus puestos por los piratas y las mujerzuelas que acompañaban a éstos, instalándose entonces con los de su misma condición en el lado opuesto del claro. A este punto habían sido conducidos precisamente los prisioneros, quienes, con la excepción de Roger, se vieron obligados a retroceder, empujados por los individuos que formaban la escolta, hacia el borde del estanque, por donde el agua se precipitaba en la profunda hondonada. Esperando tener ocasión de cruzar unas palabras con Amanda, Roger intentó seguirlos pero a una orden de Cyrano el hombre que sujetaba la cuerda con que aquél había sido amarrado tiró de la misma, reteniéndolo. Roger se quedó en el centro del ancho círculo que formaban alrededor del patíbulo …

Volviendo la cabeza buscó entre aquel gran círculo de crueles o indiferentes rostros el de Dan, animado contra toda razón por la esperanza de que en el último momento aquél acudiera en su ayuda. No logró verle, sin embargo. Esto no era de extrañar porque en algunos sitios los grupos eran bastante espesos. Tampoco localizó a Tom, pero en cambio pudo distinguir a *monsieur* Pirouet. El rollizo francés se encontraba tras el doctor Fergusson. Al observar la desesperada mirada de Roger, aquél apartó la vista rápidamente.

Hacía rato ya que los mosquitos habían comenzado a atormentar a Roger, como un anticipo de lo que le esperaba, concretamente desde poco después de ser introducido en el pestilente calabozo en que pasara las últimas horas. En un espacio de tiempo no demasiado dilatado la figura de Roger había cambiado enormemente. Ya nadie hubiera recordado en él al afable señor Brook de Whites Club o al elegante caballero de Breuc, que no muchos meses atrás bailaba en los salones de media docena de reyes continentales, sentándose a sus mesas. Sus ropas estaban destrozadas y manchadas; las medias hechas jirones; un

sucio vendaje cubría sus cabellos; tenía los ojos hinchados, debido a la falta de sueño. Incluso desempeñando el papel de un *sans-culotte*, embutido en un traje que dejaba mucho que desear, su porte había sido el de un hombre lleno de vigor y determinación … Ahora las piernas de Roger, exhausto, se doblaban y tenía los hombros hundidos. Su figura daba una impresión tal de derrota que los piratas, temiendo que les proporcionara poca diversión, comenzaron a burlarse de él, tachándole de cobarde.

En realidad esforzábase por recobrar la calma, pretendiendo reflexionar de una manera coherente, a fin de que el terror no le llevara a realizar ningún acto de desesperación absolutamente inútil que fuese origen de nuevas complicaciones para Amanda y las otras mujeres. Por ellas quería resistir a toda costa, de suerte que cuando comenzase el tormento fuese capaz de guardar silencio, evitando angustiarlas más con sus gritos.

Un murmullo de excitados comentarios y varios vítores anunciaron la llegada del vizconde. La multitud formó una calleja al apartarse, por el centro de la cual el de Senlac avanzó, portador de un bastoncillo en una mano, apoyando la otra en el brazo de su rubio *mignon*, que a aquella luz parecía más que nunca un joven vikingo de rasgos ligeramente negroides. Al llegar a la altura de Roger, el de Senlac señaló el patíbulo para decir seguidamente:

— No tenéis que temer ningún fallo, señor, pues vos no sois el primero que nos proporciona unos ratos de grato esparcimiento a base de este juego. La práctica nos ha permitido, precisamente, mejorar nuestros métodos. El aparejo que cuelga del brazo de esa horca será pasado por vuestro torso y hombros. El poste vertical gira sobre un pivote, de modo que seréis paseado cómodamente por encima del estanque. Luego os haremos descender hasta una distancia conveniente del agua, para que mis queridos cocodrilos os puedan arrancar de unos cuantos bocados los dedos de los pies.

Por vez primera Roger obligóse a sí mismo a mirar la ondulante lámina de agua. El sol se había puesto ahora, desapareciendo tras las cercanas colinas. Aquélla no reflejaba ninguna luz ya pero la pequeña cascada mantenía el líquido elemento en perpetua movilidad al alimentar el estanque, por lo que más allá de la superficie no podía distinguir nada. En el lado opuesto, sin embargo, habiéndose dado a la orilla alguna pendiente, formando una diminuta playa, acertó a distinguir medio sumergidos varios largos cuerpos cuya rugosa superficie recordaba la de un viejo y grueso tronco.

El vizconde los señaló con su bastoncillo.

— Ahí tenéis algunos de mis más preciados ejemplares. Aunque yo les llamo así no son cocodrilos propiamente dichos. Se trata de otra especie de animales muy semejante, llamada caimanes. Preparémosles para la representación que están a punto de dar.

Volviéndose, el vizconde hizo una señal al viejo Herault, quien se encontraba a unos metros de distancia, al lado de dos negros cargados con sendos cestos de mimbre. Una vez depositados éstos en el suelo Roger vio que contenían pies de cerdo, trozos sueltos de carne y otros desperdicios. Cogiendo media cabeza de ternera, Herault *père* la arrojó al centro del estanque. Apenas había tocado ésta la superficie del agua cuando la quieta lámina de la misma se quebró en una docena de puntos. Inmediatamente emergieron de aquélla una serie de alargadas mandíbulas sembradas de terribles colmillos, en cuya parte superior brillaban unos malignos ojos, de pequeño tamaño. Las escamosas colas de los animales saturaron las aguas de espumas. En un momento, los violentos saltos y contorsiones de las feroces alimañas convirtieron el estanque en un caldero de agua hirviente.

Herault siguió arrojándoles desperdicios hasta vaciar casi uno de los cestos. A continuación, el vizconde gritó:

— ¡Basta! Debemos evitar que su apetito sea saciado. Más adelante les daremos el resto de su comida.

Excitados por aquel anticipo los reptiles no cesaban de moverse. Se revolcaban intranquilos en el agua, chapoteaban en ésta, abrían y cerraban sus temibles fauces, agitaban sus colas y en su intranquilidad atacábanse. Roger les contemplaba fascinado. Por enésima vez deseó haber hallado la muerte a raíz de la captura de la *Circe* o bien haber sido detenido seis meses antes, en compañía de Athénaïs, sufriendo con ella el rápido fin que suponía la privación de la vida por medio de la guillotina.

El vizconde dio a Jean Herault una cariñosa palmada en el hombro, señaló con un movimiento de cabeza la horca y le dijo con la sonrisa del viejo libertino que entrega un presente a una dama, con el afán de complacerla:

— He reservado para ti, querido muchacho, el placer de sujetar esas correas al torso de nuestro amigo. Ahora bien, ten cuidado. Procura que aquéllas queden firmes. De otro modo nos exponemos a que se caiga en el estanque, privándome así, con su rápida muerte, del gozo de una venganza deliberadamente prolongada.

En el momento en que el alto joven se aproximó a la horca el hombre que se hallaba a espaldas de Roger comenzó a soltarle la cuerda con que atara sus manos. Lo había hecho con tanta fuerza

que por un instante apenas le fue posible mover los dedos. Flexionando éstos, echó un vistazo a su alrededor, un vistazo semejante al de una fiera acosada. Amanda y Jenny se habían puesto de rodillas, rezando seguramente por él. Clarissa había inclinado la cabeza, ocultando el rostro tras uno de sus brazos. Georgina, muy pálida, le miraba. En sus grandes ojos apreció un destello que le hizo pensar en el cariño que siempre le tuviera. No logró descubrir a Tom ni a Dan por ninguna parte.

Jean Herault hizo girar el poste vertical de la horca, de manera que su largo brazo osciló en dirección a la orma del estanque. Situado al lado de Roger el vizconde no perdía detalle, contemplando los graciosos movimientos del joven *sangmêlé* con complacida mirada. Y, en el instante en que el otro alcanzaba los tirantes de cuero, Roger, súbitamente, actuó …

Retrocediendo un paso levantó la pierna derecha con toda su fuerza, consiguiendo dar un formidable puntapié al de Senlac en las mismas posaderas. Éste, con la boca abierta y los ojos desorbitados por el terror, salió disparado. Por un segundo agitó los brazos desesperadamente, en la orilla del estanque. Luego, incapaz de recuperar el equilibrio, se precipitó de cabeza en aquél.

El aullido que profirió se cortó en seco … Velozmente, los caimanes se arrojaron sobre la fácil presa, desgarrando su cuerpo en un santiamén. En la superficie del agua apareció una gran mancha de sangre que fue ensanchándose gradualmente.

Roger no presenció el horroroso fin de su enemigo. Su desesperado gesto le había proporcionado una oportunidad de romper el círculo de espectadores para echar a correr en dirección al bosque. De tener éxito su intentona podría perderse entre la densa vegetación. Le bastaba con disponer de la escasa ventaja que representaba una docena de metros para poder huir. Enfrentábase con la ocasión anhelada. Ahora o nunca …

En el momento en que el vizconde se veía impulsado hacia delante Roger dio la vuelta. No había querido usar las manos para hallarse en condiciones de responder instantáneamente a cualquier agresión. De un salto se plantó a un metro de distancia del hombre que le había desatado. Luego su puño se incrustaba en la mandíbula de éste, derribándole. Aquel individuo tocaba el suelo de espaldas antes quizá de que el de Senlac se sumergiera en el estanque.

Los movimientos de Roger habían sido tan rápidos que sólo los espectadores más próximos a él pudieron apreciar el alcance de aquéllos, su completa significación. Como se habían quedado

inmóviles, por efecto de la sorpresa, limitándose de momento a mirarle con la boca abierta, Roger quiso redondear su oportunidad gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Dan! ¡Tom! ¡Tripulantes de la Circe! ¡Acudid en mi ayuda! — a continuación agregó en francés —: ¡Esclavos! ¡Aprovechad la ocasión para volver a ser hombres libres! ¡El tirano ha muerto! ¡Valor! ¡Uniros todos a mí!

Sus últimas palabras fueron ahogadas por un griterío infernal. Oíanse alaridos, maldiciones … Todos los presentes se pusieron en movimiento, como impulsados por unos fantásticos muelles. El joven Herault había desenvainado un gran cuchillo y corría en dirección a Roger por un extremo, en tanto que el padre se aproximaba a aquél por el otro. Habiendo logrado sujetar al *sangmêlé* por una muñeca, Brook se la retorció violentamente. El cuchillo cayó sobre la roca con un sonoro tintineo. Jean dio un grito de dolor. Pero el padre consiguió sujetar a Roger por la cintura, con una llave de luchador profesional, haciéndole perder el equilibrio, todo ello mediante un despliegue de fuerzas sorprendente en un hombre de su edad.

Al caer, Roger vio durante unos segundos a las mujeres. Amanda y Jenny se encontraban de pie nuevamente. La primera había clavado las uñas en los ojos de su guardián, que tenía la cara cubierta de sangre por completo. La otra continuaba todavía forcejeando con el suyo, golpeándole la cara con sus menudos puños. Clarissa había podido liberarse y corría hacia él. Georgina acababa de arrebatar al hombre encargado de su custodia el puñal que llevaba en el cinturón, e intentaba clavárselo en el estómago.

Roger se dio un buen golpe al caer al suelo. Inmediatamente pensó, a despecho de la heroica acción de las mujeres, que el juego llegaba a su fatal término. Los dos Herault estaban a punto de arrojarse sobre él y por el rabillo del ojo distinguió a Cyrano, enarbolando un gran sable.

En el momento de producirse la general confusión el lugarteniente del vizconde se hallaba hablando con varios hombres junto a los peñascos, de espaldas al estanque. Por tal razón no había presenciado la acción de Roger al lanzar a aquél a su jefe. Por otro lado, a causa del dolor que aún sentía en la rodilla al andar, había tardado más tiempo del debido en salvar la escasa distancia que les separaba. Pero ahora ya se encontraba a unos metros de él, preparado con la espada en alto para asestar a Roger un golpe que tenía todas las probabilidades de ser mortal. Éste parecía haber iniciado bien su escapada pero todo le daba a

entender que su audaz decisión no iba a servirle de nada.

El auxilio llegó inesperadamente. Oyóse un disparo, dominando el griterío. Cyrano abrió mucho los ojos. Su mandíbula inferior pareció ir a desprendérsele del rostro. Habiéndole disparado alguien por la espalda, cayó de bruces contra el suelo, aún con el brazo extendido. El sable, al rozar la roca, sólo a unos centímetros de la cabeza de Roger, hizo saltar unas cuantas chispas.

Dan le había salvado. El ex contrabandista, acompañado por Tom, se encontraba escondido en la maleza. Dando por seguro que Roger sería desatado antes de serle colocados a éste los tirantes que pendían del brazo de la horca, habían aguardado un momento propicio para disparar sobre el vizconde. Al adelantarse impensadamente a la actuación de Dan, éste se había visto obligado a esperar, decidiendo no hacer fuego hasta que desapareciese la posibilidad de herir a su señor.

El factor sorpresa favoreció nuevamente a Roger. Los dos Herault, al ver caer a pocos metros de ellos a Cyrano volvieron temerosos la cabeza, preguntándose de dónde procedería la bala que acababa de matar a su amigo y si serían ellos el próximo blanco del desconocido tirador.

Girando sobre sí mismo Roger se puso en pie de un salto, asestando un fuerte puñetazo a Jean y un puntapié en la ingle a su padre. Éste, dando un grito, se encogió, tambaleándose al tiempo que se llevaba las manos a sus órganos genitales. Jean entonces le pegó a Roger una patada que alcanzó a éste en el muslo, tumbándolo nuevamente.

Dos piratas corrían en aquel momento hacia allí para ayudar al joven. Sonó un estampido, semejante al de un pequeño cañón, dominando el tumulto. Tom acababa de disparar un trabuco cargado de oxidados clavos y trozos de hierro sobre un grupo de piratas que se encontraban acompañados de unas cuantas mujerzuelas encima de la plana superficie de una roca que quedaba por debajo de él.

A tan escasa distancia todos los fragmentos de hierro vomitados por la terrible arma encontraron fácilmente carne donde alojarse. Una sucesión impresionante de gritos, maldiciones y gemidos desgarró el aire. Después, Dan y Tom, empuñando unos alfanjes, se precipitaron sobre los supervivientes. Éstos no presentaron resistencia. Todo lo contrario: decidieron emprender una rápida huida. Dan y Tom abríanse paso en dirección a Roger.

Pero la lucha no había terminado, ni mucho menos. Jean asió a

Roger por un tobillo, haciéndole caer. Luego logró cogerle por los cabellos. Los dos hombres comenzaron a forcejear salvajemente. Uno de los piratas empuñaba una pistola, con la que apuntaba cuidadosamente a Roger. En ese mismo instante Brook consiguió zafarse de las manos de Herault. La bala hirió a Jean en un hombro. Acto seguido Roger le golpeó en el rostro y el *sangmêlé* quedó definitivamente fuera de combate.

Aquella lucha les había llevado hasta el mismo borde del estanque. Al ponerse Roger de rodillas dos piratas se lanzaron contra él. Un tercero apareció casi seguidamente a sus espaldas. El más próximo le descargó una patada con el ánimo de alcanzarle en el rostro y tirarle al agua. Pero Roger apartó la cabeza a tiempo y el pie de su atacante le pasó por encima del hombro. Lanzándose hacia delante le cogió por la pierna con que se sostenía, levantando el enorme corpachón de su enemigo sobre su cabeza. Éste pataleó unos segundos en el aire. Con un empujón lo arrojó hacia el estanque, que sólo se encontraba a un metro de distancia.

El segundo pirata había cogido su pistola a modo de maza. Viendo la desesperada situación de su compañero se la tiró a Roger a la cabeza. Después se agarró a uno de los pies de aquel hombre, intentando salvarle. Roger eludió la pistola y empinándose se halló ya en condiciones de dispensar una buena acogida a aquel nuevo adversario.

Jadeaba igual que si sus pulmones estuvieran a punto de estallar. Pero ahora, tras tantos días de desesperación, volvía a ser el de siempre. Ninguno de aquellos brutos podía igualarle en buen juicio y agilidad. Únicamente le vencerían por cuestión de número.

El último de los tres atacantes era un mulato que enarbolaba una corta espada. No bien tocó el suelo Roger colocó el tacón de su zapato sobre su muñeca, con tal fuerza que oyó un crujir de huesos. Inclinándose, Roger le arrebató el arma. De todas las posibles aquélla era la más indicada para la lucha que se había iniciado allí. Inmediatamente la hundió en el costado del pirata que intentaba evitar que su camarada cayera al estanque de los cocodrilos. El hombre dio un grito espeluznante y soltó su presa, en tanto que el otro producía un sordo ruido al caer al agua, emergiendo para proferir un aullido de terror que fue ahogado por los inquietos caimanes tirando de él en todos sentidos …

El mulato de la muñeca quebrada se marchó de allí tan rápidamente como le fue posible. Jean Herault se encontraba a alguna distancia y se quejaba a consecuencia de la herida que

tenía en el hombro. Su padre se retorcía en el suelo. Cyrano, paralizado, no acertaba más que a lanzar con voz débil incesantes maldiciones, vomitando sangre de vez en cuando. Pero el individuo a quien Roger dejara inconsciente de un golpe en la mandíbula estaba volviendo en sí. Abalanzándose sobre él le descargó una patada en la sien, quedando el desventurado sumido en el sopor de unos minutos antes.

Por vez primera desde que la terrible riña comenzara Roger tuvo ocasión de mirar a su alrededor. Una impresionante escena se ofreció a sus ojos, una escena de confusión y de lucha a vida o muerte. Se peleaba en dos docenas de grupos, integrados éstos por blancos y negros, esclavos y piratas, mujeres y hombres … Unos se atacaban cuchillos en mano, otros se defendían a puñetazo limpio o pretendían estrangular a sus respectivos adversarios. Unas cuantas negras habían atacado a dos de las mujerzuelas de piel oscura que habían hecho causa común con los piratas, arrastrándolas de los cabellos hacia el estanque. Oíase un rumor continuo de inquietos pies, el tintineo del acero, el disparo de una pistola, el agudo grito proferido por una garganta femenina …

Mirando en dirección a los peñascos Roger vio a Dan y Tom. Hallábanse enfrentados con una docena de piratas, sin llevar la peor parte. Habíanseles unido dos de los tripulantes de la *Circe*. Al volver la cabeza hacia el extremo opuesto descubrió a Fergusson, hundiendo un afilado machete en el cuerpo de un negro gigantesco.

Monsieur Pirouet y Jake figuraban en el plan elaborado por Dan. Su misión había sido liberar a los otros prisioneros. El *chef* había ocultado bajo su chaqueta un hacha, de las normalmente empleadas para cortar carne. Había esperado el disparo de Dan para comenzar a actuar, pero al ver lo que ocurría entre Roger y el vizconde decidió no aguardar más. Con dos rápidos golpes de hacha había cortado las yugulares a dos guardianes, tras los cuales se encontraba estacionado con ese fin. Nada más caer aquéllos, Jake empuñó su cuchillo, cortando las ataduras del doctor y el sobrecargo. El machete que manejaba Fergusson procedía de un esclavo. Aún seguía dándole una excelente aplicación. Pero Wells yacía en el suelo, con un cuchillo clavado en el pecho.

Amanda también había sido derribada pero un hombre llamado Catamole, de la tripulación de la *Circe*, se hallaba a su lado haciendo frente a dos de los puertorriqueños, que, evidentemente, habían decidido por segunda vez pelear junto a los piratas. Georgina debía haber sido herida o golpeada, pues *monsieur*

Pirouet la llevaba hacia el puente de tablas, sobre la profunda hondonada. Jake y Jenny protegían su retirada. Por un instante Roger no consiguió divisar a Clarissa. Luego la descubrió a alguna distancia de los otros. Marlinspike Joe la había cogido de una muñeca, arrastrándola en dirección a unos arbustos.

Echando a correr hacia el grupo en que se hallaba Amanda, Roger hundió su espada en el torso del puertorriqueño que le cogió más cerca. Procuró alcanzar sus riñones … Siempre resulta más fácil extraer una hoja de acero de semejante sitio que de un paquete de músculos, por ejemplo. Después se fue tras Clarissa, dejando a Catamole que se las entendiera con el otro sujeto.

Marlinspike Joe se había internado bastante en el bosque, pero gracias a los gritos de la chica Roger descubrió dónde estaban. Abrióse paso entre la tupida vegetación a golpes de sable, apartando las ramas más bajas de los árboles con la mano libre. Finalmente se encontró a la vista de ellos. En cuanto Marlinspike Joe divisó a su enemigo soltó a Clarissa, intentando desenvainar un alfanje, pero ella acertó a colgarse de su cintura, entorpeciendo sus movimientos. Una presa fácil, ciertamente … Roger, sin el menor escrúpulo, le atravesó la garganta.

Sofocado por una bocanada de sangre, el lujurioso amotinado de la *Circe* produjo un ruido que recordaba el estertor de la muerte. Doblároнse las rodillas, desapareciendo al caer dentro de un espeso matorral. Roger cogió a Clarissa de la mano, llevándola a la zona de terreno despejada, gritando, al tiempo que señalaba el puente de tablas:

— ¡Rápido! ¡Vete! ¡Diles que se lleven a Georgina por el sendero que penetra en el bosque! Tan pronto como pueda me reuniré con vosotros.

En cuanto la joven echó a correr, Roger miró a su alrededor. Amanda estaba de pie ya, vacilante. Fergusson le estaba ayudando a ganar el puente, en tanto que Catamole seguía luchando con el puertorriqueño. Roger había confiado en que, desaparecidos sus jefes, declarados en franca rebeldía los esclavos, el pánico cundiría entre los piratas, esparciéndose entonces éstos en todos sentidos. Pero las cosas no parecían ir a tomar aquel camino. Por efecto de la sorpresa él y sus amigos habían logrado causarles una docena de bajas en los primeros momentos de la lucha. Sin embargo, recobrados, oponíanles ya una terca resistencia. En fin de cuentas estaban mejor armados, hallándose también más habituados al manejo de las armas. Solamente cinco o seis miembros de la

dotación de la *Circe* habían correspondido a su llamada, en unión de la mitad, o algo menos, de los esclavos.

Muchos de estos últimos corrían hacia el sendero, viéndose acorralados. Todas las mujeres de los piratas habían acudido en auxilio de aquéllas atacadas por las negras, viéndose ahora éstas arrastradas hacia el estanque entre un griterío ensordecedor. Entre diez o doce piratas el grupo de Dan se retiraba en dirección a los peñascos. Tenían que lamentar ya una baja. Un tipo fornido llamado Kilick peleaba a la derecha de Dan. Tom quedaba a la izquierda de éste. Pero Tom había recibido una cuchillada en la frente y tenía la faz cubierta de sangre.

Avanzando por el espacio despejado, Roger se precipitó en el tumulto. Ahora se le presentaba la oportunidad de utilizar su corta espada con la máxima eficacia. Era ésta mucho más gruesa que un estoque normal y, por tanto, suficientemente fuerte para parar los golpes de los alfanjes sin riesgo de quebrarse. Ofrecía la ventaja de permitirle ensayar las arremetidas y retiradas de costumbre con el florete en la mano, que siempre utilizara como un consumado maestro.

Al percibir el rumor de sus pasos tres de los piratas volvieron la cabeza. Saltando a un lado y a otro Roger atacó con increíble rapidez. Su arma hería aquí y allí con la velocidad del relámpago. Unas veces perforaba el antebrazo de un hombre, otras desgarraba una mejilla o se hundía en el vientre de un tercero … Las frenéticas cuchilladas de sus enemigos sólo encontraban el vacío a su paso, haciéndoles perder además el equilibrio.

Ninguna de las heridas recibidas encerraba gravedad. Los tres hombres, no obstante, reconocieron, sin decírselo, que lo más prudente era retroceder. Rompiendo el semicírculo que había acorralado a Dan y a sus dos compañeros, Roger gritó:

— ¡Vamos! ¡Ahora es la ocasión! ¡Avanzad hacia el puente protegiéndoos!

Hubo un momento de tremenda confusión. Por fin se salieron con la suya. Pero Tom, débil a causa de la pérdida de sangre, medio cegado por ella también, tropezó, cayendo al suelo. Kilick aplastó la empuñadura de su alfanje en la cara del pirata que tenía más cerca. Entonces se inclinó y cogiendo a Tom por un brazo le obligó a levantarse. Tambaleándose, éste siguió andando a su lado mientras Roger y Dan cubrían furiosamente la retirada.

Luchaban ya a la luz del crepúsculo. Roger rezaba porque la noche no tardara en presentarse. Los piratas les dominaban en aquellos instantes. Quedando un poco de luz contaban con todas

las probabilidades de aniquilar dentro del bosque a un grupo debilitado por la presencia de sus heridos.

Un nuevo peligro surgió. *Monsieur* Pirouet y Jake habían logrado que las mujeres cruzaran sin novedad el puente. Fergusson y Catamole quedaban a un lado, defendiendo a los suyos, protegiéndolos ante la amenaza que suponían varios piratas empeñados en su captura. Tres de ellos, por último, abandonaron ese intento, volviéndose para atacar a Roger y sus compañeros, en la retaguardia.

Su avance hacia el puente fue cortado a no más de una docena de metros de aquél. Rodeados por sus enemigos, todo parecía indicar que iban a quedar a su merced. Kilick, con su largo brazo, les mantenía a una distancia conveniente. Dan se defendía como un demonio. La espada de Roger amenazaba a cada instante los ojos y las gargantas de sus atacantes. Pero habiéndose movido con tanta energía durante tan largo rato la verdad era que todos se encontraban extenuados.

El ansiado e inesperado socorro les llegó en el momento en que les hacía falta. Sus amigos habían advertido el aprieto en que se hallaban. Pirouet, Jake, Jenny y Clarissa retrocedieron para cruzar el puente. Los dos hombres se unieron a Fergusson, Catamole y un desconocido de negros cabellos y destrozadas ropas que había salido del bosque para luchar a su lado. Capitaneados por Fergusson, cayeron sobre los piratas, matando a uno.

Jenny había encontrado una pistola en alguna parte y Clarissa un cuchillo. Con los ojos muy abiertos y una actitud decidida guardaban el puente de las mujeres de los piratas, que acababan de arrojar al estanque a sus presas. Fergusson y sus camaradas echaron a correr en dirección a Roger. Otro espantoso tumulto se produjo. Catamole recibió una cuchillada que casi le separó la cabeza del tronco. Pero los otros consiguieron alcanzar el paso.

Uno tras otro, cruzaron el puente. Roger fue el último. Un tipo barbudo pretendió seguirle. Valiéndose de sus dos manos, Jenny empuñó la pistola, apuntándole. La bala se llevó parte de la oreja izquierda de aquel individuo. Un tiro de suerte. El incidente le hizo abandonar la guardia unos segundos y Roger aprovechó la ocasión para hundirle la espada en el pecho. Con un ronco gemido, el pirata se precipitó en el torrente de espumosas aguas que corría a siete metros, bajo sus pies. Un segundo más y Roger ponía sus pies en la orilla opuesta de la hondonada. Antes de que ningún pirata intentara imitar el ejemplo del precedente, Dan desplazó la plataforma de su alojamiento, arrojándola al vacío.

Roger se hallaba cubierto de sudor. Jadeaba. Apenas podía hablar. Haciendo un supremo esfuerzo acertó a decir:

— Seguid por ese sendero. Parte de esa gente dispone de armas de fuego. Hallándose ya los dos campos bien delimitados no vacilarán en usarlas.

En este momento oyeron el estampido de un disparo. Faltó el espesor de un cabello para que el proyectil no le atravesara el cuello. ¿A qué esperar más? El grupo echó a correr por el sendero, hasta alcanzar un recodo, donde sus enemigos ya no podrían verles. Aquí se arrojaron extenuados al suelo.

Roger se aproximó a Georgina y Amanda. Ésta, un poco incorporada, tenía hundida la cabeza en el pecho. Le dolía horrorosamente uno de los brazos. Uno de los piratas se lo había retorcido violentamente para arrojarla al suelo. Luego le había clavado un pie en el estómago, haciéndola vomitar. Sin embargo, no era el suyo un caso de gravedad. Georgina se sentía peor. Presentaba en la cabeza una herida de arma blanca. Sólo por haber reaccceionado valientemente había salvado su vida, golpeando a su atacante en el rostro. La viuda de Charles continuaba inconsciente.

El doctor Fergusson, después de examinar la herida, declaró que los espesos cabellos de Georgina habían aminorado la violencia del golpe. Tratábase de una ligera fractura que le produciría algún dolor pero que no suponía ningún peligro serio.

Roger dio las gracias a Dan y a los otros por cuanto habían hecho. Seguidamente manifestó que lo mejor sería que se alejasen un poco más del lugar de la batalla. Existía el peligro de que los piratas encontraran un camino que cruzase la hondonada. Si se hallaban a alguna distancia siempre dispondrían de tiempo para ocultarse.

Decidieron, pues, continuar el avance por el bosque hasta llegar a otro claro. Si tras media milla de camino no daban con ninguno harían un alto mientras Roger volvía sobre sus pasos, con objeto de averiguar si el enemigo se disponía a realizar algún intento para seguirles.

Fergusson se movía diligente, atendiendo a los heridos. Se desgarraron los faldones de varias camisas para utilizar los trozos de tela a modo de vendajes. Aquél atendió también al brazo de Amanda, a fin de que pudiese llevarlo en cabestrillo. Luego, con unas ramas, construyeron entre todos una rústica litera que serviría para transportar a Georgina. Más adelante Roger vio cómo sus compañeros trepaban por la ladera de la elevación mientras él

se alejaba hacia el punto en que se iniciaba el sendero.

Había caído la noche ya. Roger observó que los piratas se habían retirado del otro lado de la hondonada. Sentándose, se puso a pensar en la terrible batalla de que había sido escenario aquel lugar.

Menos de media hora había pasado desde el instante en que enviara a la muerte al vizconde, al hacerle caer en el estanque de los caimanes. En aquel breve espacio de tiempo debían haber perecido no menos de veinte personas, encontrándose, seguramente, otras tantas heridas. Por el hecho de haber sido atacados por sorpresa los piratas habían llevado la peor parte del encuentro, perdiendo también cierto número de esclavos, los cuales habían aprovechado la ocasión para huir al bosque. No obstante, continuaban siendo una fuerza poderosa. De los hombres de la *Circe* únicamente Jake y Kilick habían logrado agregarse a los fugitivos. Varios otros habían realizado intentonas en ese sentido, siendo eliminados antes de unirse a los grupos capitaneados por Dan o Fergusson. Considerando los obstáculos con que se enfrentaran, Roger estimó un milagro casi el resultado de aquella batalla campal. ¿Llegarían a verse libres y a salvo?

Permaneció en su puesto de observación por espacio de dos horas. Reinaba allí un silencio casi absoluto pues no se percibía más que el croar de las rubetas. Imaginándose por lo visto que de momento, en tanto durara la oscuridad, sus adversarios no probarían a cruzar el barranco, Roger se puso en pie, echando a andar por el sendero.

No le resultó esto muy fácil, ya que aunque sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad no veía nada a más de un metro, por lo que de vez en cuando tropezaba en la maleza, cayendo al suelo. Finalmente oyó un murmullo de voces, saliendo del túnel de follaje a un pequeño claro débilmente iluminado por la luz de las estrellas.

Los componentes del grupo se hallaban ya intranquilos por su prolongada ausencia. Habían esperado su llegada para discutir las decisiones que era necesario tomar.

Si se quedaban en el bosque evitarían seguramente el volver a ser capturados. Esto no entrañaba ningún problema por lo que a su manutención se refería. Allí dispondrían de agua y de frutos en abundancia. También encontrarían piezas que cazar y combustible de sobras, que les permitiría encender fuegos, donde asar los animales que atraparan. Ahora bien, su permanencia en aquellos parajes constituía una solución momentánea. El problema real se

cifraba en esta pregunta. ¿Cómo y cuándo podrían volver a la civilización?

El hombre que se había unido a Fergusson al final de la lucha resultó ser un comerciante americano llamado Wilson. Nueve meses atrás, cuando se trasladaba de Boston a Jamaica, había sido capturado por el vizconde, siendo condenado con otros tres pasajeros a la esclavitud. Sus compañeros de infortunio habían muerto.

— Vos tenéis que saber más de la isla que nosotros, señor Wilson — le dijo Roger —. ¿Cómo se llama la población más próxima? ¿A qué distancia se encuentra de aquí?

— No hay más que una población, *sir* — replicó Wilson —, un lugar miserable por cierto, aunque dispone de un puerto excelente. Se llama Cayona y en ella residió durante muchos años un Gobernador designado por Francia. La fuerza que dirigía era tan insignificante que con ella no pudo hacer otra cosa que proteger al puñado de plantadores establecidos en la costa sur de la isla. Los bucaneros, por consiguiente, han sido siempre los amos de casi toda ella, haciendo de Cayona el escenario habitual de sus francachelas y villanías.

— ¿No podríamos conseguir allí un barco?

— El capitán que contratarais no merecería vuestra confianza. Poco después de proclamarse la República en Francia los esclavos se sublevaron. Éstos asesinaron al Gobernador y a los plantadores más prósperos. Desde entonces Cayona ha sido una ciudad sin ley. Llegar hasta ella nos costaría mucho trabajo. Una vez allí correríamos el peligro de ser víctimas de otra pandilla de piratas. La verdad es que yo no aconsejo tal desplazamiento.

Dan sugirió que avanzaran hasta la costa norte, estableciéndose después el grupo en algún lugar elevado. Cabía la posibilidad de que llamando la atención de cualquier buque que pasara, éste se aproximara para recogerlos. El americano desestimó asimismo tal idea, objetando:

— La costa norte es tan accidentada que los buques optan siempre por alejarse cuanto pueden de ella, aún en ocasiones en que navegan faltos de agua potable. Quizá pasemos meses enteros escudriñando el horizonte sin llegar a divisar una vela y si sucediese lo contrario estamos expuestos a caer en manos de otros piratas.

Aquellas esperanzas resurgidas hacía poco desvaneciéronse en seguida. Al parecer no se les presentaba otra alternativa que la de continuar en el bosque. Estaban condenados a vivir la dura

existencia de los salvajes por espacio de meses, años, quizás, antes de que un imprevisible giro de los acontecimientos les permitiese abandonar aquella maldita isla.

Capítulo XII

NOCHE EN EL BOSQUE

Todos guardaron silencio, entristecidos ante las sombrías perspectivas que se les ofrecían. Pero Roger no era hombre capaz de aceptar aquella existencia miserable en tanto vislumbrase alguna ocasión de zafarse de ella. Al cabo de unos minutos suspiró, diciendo pensativamente:

— Bien sabe Dios que por lo que respecta al día de hoy estoy harto de pelear. Sin embargo, creo que aún nos queda algo por hacer. Tenemos que intentar apoderarnos de la *Circe*.

La débil luz de las estrellas les permitía a cada uno divisar los rostros que quedaban más próximos, aunque vagamente. Roger oyó un murmullo de asombro y desaliento, coreando sus palabras.

— ¿Por qué no? — inquirió —. Somos ocho: Dan, Tom, Jake, Kilick, *monsieur* Pirouet, el doctor, el señor Wilson y yo. Las mujeres también nos prestarían ayuda. Contamos con elementos suficientes para manejar un barco con buen tiempo. Además, el viaje sería breve. No tendríamos que cubrir más distancias que las diez o doce millas que nos separan de Santo Domingo.

— Sí, capitán, ¡eso es factible! — manifestó Dan —. Y no sabéis el gozo que experimento viéndoos forjar planes de nuevo. Pongámonos de acuerdo antes de que el sueño se apodere de nosotros y perdamos la noche.

— Desde luego, no hay que dudarlo — medió Fergusson rápidamente —. De llevar a cabo algún intento tendría que ser ahora. Pero no hay que olvidar que la mitad de nosotros, por lo menos, estamos heridos, en mayor o menor grado, ni que esta dama continúa inconsciente.

— Estimo que pese a tales desventajas sería un error aplazar la

ejecución de un plan semejante — argumentó Roger —. En el edificio del vizconde debe reinar la más absoluta confusión. Más de dos docenas de esclavos han huido. Es muy posible que se dedicaran a desvalijar la casa o que le pegaran fuego aprovechando la momentánea ausencia de sus carceleros. Nuestros enemigos, por tanto, tienen que haberse empleado a fondo para sofocar su rebelión. En todo caso, habiendo perecido sus jefes, debe imperar el desorden entre ellos. Vi a Lucette en lo alto de una roca … Ciertamente que demostró muy buen sentido al no participar en la lucha. A pesar de su falta de escrúpulos no creo que los piratas se resignasen a ser mandados por una mujer. Los Herault se hallan heridos y ni el padre ni el hijo reúnen condiciones para el mando. Me inclino a pensar que Philo el Griego no se ha recuperado aún del golpe que le asesté en la cabeza. La cuestión es que esa gente ha de andar ocupada discutiendo sobre el nombramiento de sus nuevos jefes. Tal vez no quede resuelta la cosa hasta mañana. Mientras tanto, siendo cada uno dueño absoluto de sus actos, lo más seguro es que hayan abandonado los puntos de vigilancia. No nos costará trabajo apoderarnos de un bote. Con un poco de suerte podemos hallar a la *Circe* sin un solo hombre a bordo. Una oportunidad así no volverá a dársenos nunca.

La profunda sensatez de las palabras de Roger impresionó tanto a sus oyentes que, dejando a un lado su cansancio, convinieron que esta ocasión que se les presentaba de llegar a un puerto donde no corriesen ningún peligro no debía ser desaprovechada. Consecuentemente, fueron designados los que habían de llevar la litera en que yacía Georgina y quienes se encargarían de la protección de las otras tres mujeres. Fue entonces cuando advirtieron que faltaba Clarissa …

Pensando que debía haberse separado de ellos por un momento y que no tenía que encontrarse lejos dieron unas voces, llamándola. No recibieron la menor respuesta … Sumamente desconcertados, Roger y Dan exploraron parte del sendero sin cesar de llamarla. Lo único que seguían percibiendo era el eco de sus voces. Finalmente decidieron que debía haber descendido por la otra ladera de la elevación en que se encontraban.

Acordaron ponerse en marcha, avanzando en fila india. Clarissa continuaba sin contestar a sus llamadas. A unos cincuenta metros de la hondonada percibieron por fin una débil respuesta. Hicieron un alto. ¿Qué hacer?, se preguntaron angustiados. La nota de espanto que se advertía en la voz de Clarissa dábales a entender

que por alguna razón la muchacha se había desorientado, perdiéndose en la oscuridad del bosque. Todo parecía indicar también que se encontraba a alguna distancia. Si uno de ellos iba en su busca se exponía a extraviarse …

Fergusson sugirió que se desparramaran un poco, separándose entre sí unos diez metros. Pero la frondosidad de la vegetación les hizo pensar que cabía la posibilidad de que esta solución implicase una pérdida absoluta de contacto entre ellos. Entonces Roger, tras breve reflexión, manifestó:

— Lo mejor será que la guiemos llamándola de vez en cuando. Ahora bien, seguramente perderemos mucho tiempo antes de obtener resultados positivos, consiguiendo que ella vea que es correcta la dirección o procedencia de nuestras llamadas. Quedándonos quietos no logramos nada. Más prudente será que vosotros sigáis vuestro camino mientras yo continúo aquí dando voces. Tenemos todavía casi toda la noche por delante y aumentaremos nuestras probabilidades de escapar en un bote sin ser vistos por nadie si aguardamos a que nuestros enemigos se hayan dormido. Incluso podríais dedicar una hora o dos al descanso. Proceded en ese caso por turno. Si uno o dos de vosotros hace de centinela evitaréis sorpresas. El sitio más adecuado para pasar esa hora es el lindero del bosque, donde el sendero prosigue en dirección a la playa. Os localizaré allí sin ninguna dificultad. Tan pronto como pueda me uniré a vosotros.

Nuevamente los otros estimaron juiciosas sus proposiciones. La perspectiva de un par de horas de sueño fue acogida con agrado por todos. Así, pues, el grupo reanudó su penoso avance, dejando a Roger solo.

De vez en cuando éste llamaba a Clarissa y gradualmente sus respuestas fueron haciéndose más claras. Al cabo de veinte minutos ella se encontraba muy cerca de Roger. Poco después éste oía en la oscuridad un rumor de hojas y distinguía la mancha borrosa del cuerpo de la joven. Clarissa le pasó los brazos por el cuello, sollozando.

— ¡Oh, Roger! ¡No te ha pasado nada malo, gracias a Dios!

Por primera vez en varios días, Roger se echó a reír.

— Pero, querida … ¡Si has sido tú, hasta hace poco, la causa de nuestra inquietud! ¿Qué es lo que te impulsó a separarte de nosotros? ¿No ves que pudiste haberte perdido para siempre en esta jungla de pesadilla?

— Marché en busca tuya — murmuró la joven —. Hacía ya demasiado tiempo que te habías separado del grupo. Temí que te

hubiese sucedido algo malo. Luego me extravié entre los árboles y no acerté a dar con el camino que había seguido para volver.

— ¡Pobre chiquilla! Esto debe haber sido una terrible experiencia para ti.

— No soy ninguna chiquilla — repuso Clarissa, enfurecida de repente —. Y fui en tu busca porque te amo.

Enormemente confuso ante tal declaración, Roger no acertó a encontrar de momento una adecuada réplica a las palabras de Clarissa, quien prosiguió diciendo:

— ¡Ya está! Ahora ya lo he dicho. ¡Y no me importa un bledo! Hace mucho tiempo que te hubieras enterado de esto … A poco que me hubieses mirado. Eres todo lo que un hombre tiene que ser y te amé desde el primer instante en que puse los ojos en ti.

— ¡Clarissa! — protestó Roger —. No debes decir cosas como esas.

— ¡No creas que se me ha olvidado! — exclamó ella con amargura —. Ya sé que contraje con Amanda una deuda que no podré pagar al apartarme de la absurda vida que llevaba al lado de tía Jane. ¡Oh! Me siento avergonzada como ninguna otra mujer podría estarlo … ¡Pero no puedo evitarlo!

Roger sabía perfectamente que en cuestiones como aquélla la mayor parte de los hombres y las mujeres son juguetes de sus propias pasiones, de manera que optó por contestar con acento de reproche:

— Aun siendo así no tienes derecho a expresarte en esos términos, máxime sabiendo que además de hallarme casado con tu prima nosotros formamos un matrimonio feliz.

— ¡Ah! ¡He ahí la tragedia! — su voz denotaba que había lágrimas en sus ojos —. Sé, precisamente, que no sois felices. Me consta que le has sido infiel a Amanda más de una vez. Cuando tu viaje a Francia anduviste mezclado en un asunto de faldas. Todo el mundo sabe, además, que en tu ausencia Amanda te fue infiel, por lo que estuvisteis a punto de separaros a tu regreso …

— ¿Quién te ha contado esas cosas?

— ¿Qué más da? El caso es que las sé.

Roger apartó de su cuello los brazos de Clarissa, hablándole súbitamente en un tono más seco:

— Entonces tú orees que conquistándome a mí lograrás apartarme de Amanda, ¿no?

— ¡Ojalá pudiera! — fue la rápida réplica de la chica —. Amanda es mi amiga y bienhechora. Prefiriría morir a pasar por la

vergüenza de traicionar su confianza. Pero sé que desde el punto de vista sentimental eres un hombre solitario y de encontrarse las cosas planteadas de otra manera no habría nada que me detuviese, hasta conseguir que fueras para mí.

Roger se encontró de nuevo sin saber qué contestar a la muchacha. Hubiera querido acallar aquella explosión de amor juvenil. No descubrió mejor salida para él que la de decirle:

— Ya verás como no tardas mucho en lamentar este arranque tuyo. Es evidente que durante mi permanencia en el extranjero oíste referir algunas historias exageradas sobre mis hechos, prestándome una aureola que no merezco. Yo no soy más valiente ni mejor que tantos otros hombres y sí, de acuerdo con lo que tú misma has podido averiguar, bastante peor como esposo.

— No comparto esa opinión. De no ser por tu valor, por tu abundancia de recursos en las situaciones más desesperadas, facultades puestas de relieve hoy, yo me habría visto forzada a vivir el resto de mis días en un burdel, de prostituta gratuita. Es algo maravilloso verte luchar … Esto ha hecho aún más fuerte el amor que por ti siento. En cuanto a tus fragilidades, ¿quién en este mundo se halla libre de ellas? En cuanto amaras a una mujer con todo tu corazón desaparecerían …

— Escucha, Clarissa — dijo Roger con cierta brusquedad —. Se comprende que te hayas hecho una composición de lugar errónea … Amanda y yo no nos hubiéramos separado nunca de no haber tenido yo que permanecer tanto tiempo en el extranjero. Ahora que nos hemos vuelto a reunir la quiero tanto como se puede querer a una mujer.

— Puesto que protestas no te discutiré eso. En todo caso ya te he dicho que lo último que yo haría sería intentar separarte de ella.

— Te ruego que sigas mi consejo: procura libertar tu imaginación de ese espejismo, que puede resultarnos molesto a los dos. Estos amores juveniles rara vez persisten y tú eres todavía una chiquilla …

— ¡Nada de eso! — repuso Clarissa impaciente —. No me llevas más que ocho años … Tengo dieciocho y a tal edad son muchas las mujeres que no sólo se han casado, sino que tienen ya su segundo hijo …

Roger sabía que tenía razón pero prefirió seguir insistiendo.

— He querido decir que tienes por delante muchos años para encontrar el verdadero amor.

— Verdadero y bien verdadero es el que por ti siento.

Roger movió la cabeza, entristecido.

— En ese caso lo único que puedo decirte es que lamento muchísimo que hayas ligado tu afecto a una persona como yo, nada digna de él, que además es incapaz de proporcionarte una satisfacción. — Su tono se hizo más firme al añadir —. Ahora me veo obligado a referirme a la situación que tus palabras han creado. Sería poco delicado que en lo sucesivo continuaras viviendo con nosotros …

— ¿Te propones enviarme a casa? — inquirió la joven desfalleciendo.

A Roger le faltó poco para echarse a reír pero se contuvo, respondiendo:

— De momento no me hallo en condiciones de enviar a nadie a ningún sitio. Sin embargo, si salimos con bien de esta, no creo que exista una medida más prudente

— ¡Oh, Roger! Te ruego que no hagas tal cosa — imploró ella —. Nunca quise decirte nada. No lo habría hecho, en otras circunstancias. Es que me encontraba abrumada. Temía que hubieses muerto … Al oír que me llamabas me sentí tan aliviada en mis preocupaciones que …

Conmovido ante su actitud, Roger manifestó:

— Bien. No volveremos a hablar de este asunto. Nuestros amigos deben haber llegado a la playa ahora. Cuanto antes nos unamos a ellos mejor. Así podrás dormir un par de horas. Más tarde intentaremos apoderarnos de la *Circe* para huir de aquí.

— ¿Tenemos que marcharnos forzosamente en seguida? Creo que la fatiga me rendirá … He estado demasiado tiempo corriendo de un lado para otro, entre esos matorrales. ¿No podríamos descansar aquí un rato, a fin de prepararnos para este nuevo esfuerzo? Yo lo preferiría.

Roger permaneció pensativo un momento y luego se encogió de hombros.

— Sea lo que tú quieras, pero no debemos retrasar nuestra marcha más de una hora. De otro modo nuestros amigos se impacientarán, creyendo que nos ha sucedido algo.

— ¡Oh, gracias! — exclamó ella con un suspiro. Retrocediendo un poco añadió —: Aquí hay, tendido en el suelo, un tronco. No hace mucho que tropecé con él. Nos servirá para apoyar nuestras espaldas.

Durante unos segundos anduvieron con todo género de precauciones unos metros, hasta que localizaron el tronco a que

Clarissa había aludido, sentándose a continuación uno al lado del otro. Al cabo de un rato ella preguntó:

— Roger, ¿estás enfadado conmigo porque te he dicho que te amaba?

— No. Me hubiera gustado que refrenaras tu lengua. Sin embargo, no existe ningún hombre tan insensible o grosero que sea capaz de menospreciar a una mujer por haber oído de sus labios semejante declaración.

— Los hay, pero no figuras tú entre ellos, Roger, ya que eres tan cortés como valiente.

Él calló. Sintiéronse envueltos por el silencio y la profunda oscuridad de la noche. Hacía treinta y seis horas que Roger despertara de su último y reparador sueño, a bordo de la *Circe*. Hallábase agotado, física y mentalmente, además. No tardó mucho en quedarse dormido.

Le despertó el contacto de unos suaves dedos que se paseaban por sus mejillas, viéndose entonces en brazos de una mujer, con la cabeza reclinada en su pecho. Sólo tardó unos segundos en recordar que se hallaba en la soledad del bosque, en compañía de Clarissa.

Adivinó una sonrisa en sus labios al oírla murmurar:

— He tenido que despertarte … No he hecho en mi vida nada de tan mala gana como eso. Ahora bien, hay que pensar que las horas pasan …

— ¿Cuánto tiempo has permitido que durmiera? — inquirió Roger nerviosamente.

— Dos horas, tres como máximo — respondió ella con un encogimiento de hombres.

— ¡Por fortuna no han sido más! — exclamó Roger poniéndose en pie de un salto —. ¿Estás segura de lo que dices? ¿No te habrás dormido tú también?

Clarissa, a su lado, se incorporó.

— No. Estuve vigilando tu sueño. Pero no me hagas lamentar estas horas que hemos pasado juntos. Son mi tesoro, un tesoro que nadie podrá arrebatarme jamás.

Conmovido y enfadado a la vez, Roger no supo qué contestar. Finalmente le dijo a Clarissa:

— Vámonos. Hemos de reunirnos con los otros. Será mejor que les digamos que buscándote a ti me perdí yo también en el bosque.

Clarissa se echó a reír.

— Diles lo que quieras. Este secreto constituirá un lazo entre nosotros. No obstante, te prometo no hacer nada que pueda

avergonzarte.

Tranquilizado por estas palabras, por las cuales le aseguraba veladamente no hacer en el futuro manifestación alguna acerca de sus sentimientos, Roger cogió del brazo a la joven, echando los dos a andar a toda prisa en dirección al barranco.

Durante el sueño de Roger la luna se había elevado en el firmamento, hallando el claro bañado en una plateada luz. Al cruzarlo vieron los inmóviles cuerpos de los hombres que habían perecido en la refriega de horas antes e incluso hubieran sido capaces de identificar aquéllos. Roger no pudo reprimir un estremecimiento al posar la mirada en el estanque de los caimanes, cuyas aguas estaban tranquilas ahora. Inmediatamente obligó a Clarissa a acelerar el paso, camino del túnel de vegetación, donde comenzaba el sendero por la parte opuesta. Sumergiéndose en la oscuridad de nuevo buscaron la ladera contraria, hasta que percibieron la voz de alguien que les llamaba cautamente.

La voz era de Fergusson. Éste, tan pronto se hubo cerciorado de que se encontraba frente a Clarissa y Roger lanzó una exclamación, dando gracias a Dios por haberlos hallado. La mayor parte de los miembros del grupo estaban durmiendo. Kilick, también de vigilancia hacia el lado de la playa, se unió a ellos.

Roger se apresuró a decirles que se había extraviado buscando a la joven. Luego les preguntó qué perspectivas se les ofrecían de huir de allí, facilitándole los dos hombres los últimos informes obtenidos. Los piratas habían empleado la primera parte de la noche correteando a sus anchas por la casa, entregados a una desenfrenada francachela. Evidentemente, sospechaban que los prisioneros abrigaban el proyecto de abandonar la isla. Por tal razón habían apostado un centinela junto a los botes, al cual relevaban cada hora.

Roger juzgó esto una mala noticia. No obstante, continuaba pensando que debían realizar en aquellos momentos su intento. Al preguntar a Kilick y Fergusson la hora, éstos le contestaron que a su juicio serían más de las dos. Quedaban, pues, unas tres horas de oscuridad. Roger celebró con Dan una breve conferencia nada más despertarle. Acordaron que el aplazamiento de su proyecto disminuiría sus probabilidades de éxito. Brook se enteró de que Georgina seguía inconsciente. Pero, de momento, no mostraba síntomas de nada alarmante. Fergusson despertó al resto del grupo, previniéndoles para que estuviesen dispuestos. Roger y Dan se pusieron a discutir sobre la forma más eficaz de sorprender al

centinela.

La luz de la luna les impedía atacar a éste por la espalda. Consecuentemente tomaron medidas para aunar su actuación. Dan habría de acercársele, como si llegase allí procedente de la casa, atrayendo sobre sí la atención del hombre. Seguidamente, Dan pasaría a la acción.

Roger observó cómo su servidor se alejaba. Trascurridos diez minutos, se puso en marcha. Ocultándose en las sombras proyectadas por los árboles, se encaminó a la casa. En cuanto hubo recorrido la mitad de la distancia cubierta por los alojamientos de los esclavos alteró el sentido de la marcha, encaminándose calmosamente hacia el punto en que se encontraba el centinela.

El centinela suspendió sus pasos. Sin sospechar nada anormal aguardó a que Roger se hallara a unos diez metros de él, preguntándole:

— *Qui êtes vous?*

— *Je suis Henri* — replicó Roger, pensando repentinamente en el nombre de pila más corriente en Francia.

— *Henri?* — repitió el otro en un tono de voz que denotaba su confusión. Ahora bajó el arma que llevaba colgando del hombro a fin de tenerla preparada —: *Henri qui?*

En estos instantes Roger se hallaba solamente a unos diez pies de él, guardando silencio al oír la nueva pregunta. Percibióse un rumor en la arena, a espaldas del centinela. Éste volvióse a medias, pero pensándolo mejor apuntó con su mosquete a Roger. En el momento en que Dan echaba a correr Roger se tiró al suelo. El centinela se derrumbó pesadamente bajo el golpe que Dan le asestó con su sable, pero antes de que esto sucediera había disparado su arma.

Ahora la alarma cundiría por aquella parte de la isla. En lo referente a tal detalle habían fracasado. No se había extinguido el eco del disparo cuando Roger, ileso, corría alocadamente hacia el bote más cercano a él. Dan se encontraba ya al otro lado de éste. Agarrándose a las bordas intentaron arrastrarlo a lo largo de los diez metros que les separaban del agua. Tratábase de una ballenera, sin embargo, y les resultaba demasiado pesada.

Un minuto después acudían los demás en su ayuda. Tres fuertes empujones y la embarcación quedó a flote. Parte del grupo subió a aquella, en tanto los otros aproximaban la litera en que yacía Georgina. Empuñando los remos comenzaron a remar frenéticamente en dirección a la *Circe*.

En la casa vieron brillar algunas luces. Oíanse gritos procedentes de aquélla. En la playa quedaban otros cuatro botes que quizá sus enemigos utilizaran para perseguirlos. El éxito de pendía de la rapidez con que abordaran a la *Circe*, del tiempo que necesitaran para levar anclas y zarpar.

Unos minutos de esforzada boga les pusieron junto al barco. No había aparecido en éste ninguna luz. Abrigaban, pues, con algún fundamento, la esperanza de que en la *Circe* no se encontrara nadie. Dan se hallaba ya de pie a proa de la ballenera, dispuesto a amarrarla a la escalerilla antes de que los suyos desembarcaran.

Súbitamente oyeron una tremenda explosión procedente de uno de los portillos de proa. Kilick profirió un grito y Roger un gemido de dolor. El primero había sido alcanzado en un hombro y el segundo en un muslo.

El silencio que siguió a la inesperada explosión fue quebrado por una risa femenina. Luego, la voz de Lucette les dijo desde las sombras:

— ¡Estúpidos! No me habíais supuesto con sentido común suficiente para imaginar que intentaríais apoderaros de la *Circe*, ¿eh? Regresad a la costa y rendiros. O bien subid a bordo, si es que queréis morir. Elegid lo que más os convenga.

Temerosos de que fuese disparada otra andanada en cuanto los mosquetes hubieran sido cargados de nuevo, los remeros bogaban ahora con toda sus fuerzas en sentido contrario. Roger manejaba la caña del timón pese a hallarse a punto de desvanecerse. Poco a poco consiguieron apartarse del buque. Cuando fue disparada la segunda andanada estaban ya a bastante distancia del mismo. El tiro resultó corto y los mal apuntados proyectiles se hundieron en las aguas sin hacer el menor daño.

Tan pronto como se vieron libres de peligro los remeros cesaron en sus violentos ejercicios, dejándose caer sobre los remos. A éste siguió un apresurado y nervioso consejo para decidir cuál había de ser su próximo movimiento. Roger y los suyos escudriñaron ansiosamente la playa, observando que sólo un grupo no muy nutrido de piratas había bajado a ella. Los demás, probablemente, dormían el pesado sueño del alcohol … Aquellos presentes discutían acaloradamente. Al parecer, por ser tan pocos, algunos no eran partidarios de embarcarse en los botes que quedaban para lanzarse en persecución de los fugitivos. Naturalmente, si éstos desembarcaban en la playa serían capturados, aparte de que en el momento menos pensado los

piratas podían recibir refuerzos desde la casa del vizconde. Tenían que desechar la idea de tomar la *Circe* por asalto. Las luces que ahora aparecían en el buque de los piratas demostraba que Lucette había tenido la previsión de procurarse una dotación reducida a los mínimos efectivos.

Sin duda no tendrían más remedio que desembarcar entre los mangles de la costa, los cuales orlaban los brazos de la bahía, para avanzar a continuación hacia el interior del bosque. Con objeto de zanjar tantas vacilaciones, Wilson manifestó:

— El hecho real es que disponemos de una embarcación. ¿Por qué no nos marchamos a Santo Domingo en ella? En fin de cuentas este puerto no se encuentra a más de diez millas de distancia …

Como nadie podía ofrecer otra cosa mejor, la proposición del americano fue aceptada por todos. Inmediatamente, los remeros se aplicaron a su tarea con el máximo ardor. Entretanto, Fergusson hacía cuanto podía por los heridos. La herida de Kilick no era grave, pues el proyectil no había profundizado mucho. Lo de Roger era algo distinto, pues aquél se le había quedado dentro del muslo y tuvo que someterse a una dolorosa intervención, siéndole extraído el mismo. Fergusson no creía que existiese una fractura de fémur, pero forzosamente tenía que tratarse de una lesión de cuidado ya que Roger sentía unos insoportables dolores cuando hacía descansar el peso de su cuerpo sobre la pierna herida. En todo caso habría que considerarle *hors de combat* por algún tiempo. Sus compañeros le instalaron junto a Georgina, en el fondo de la embarcación, procurando que estuviese lo más cómodo posible.

Después de media hora de boga incesante doblaron el punto occidental de la bahía. No advirtieron señales de que sus enemigos se preparasen a seguirlos. Pero al llegar al mar abierto se enfrentaron con algo inesperado que suponía para ellos un motivo más de inquietud. Avanzaban contra una fuerte corriente. A consecuencia de ésta sus progresos eran insignificantes. Ya dudaban de poder alcanzar Santo Domingo …

En el instante del amanecer, una hora más tarde, se miraron mutuamente. Sus faces se hallaban pálidas. Unas profundas ojeras acentuaban el tono de cera de aquéllas. Entonces comprendieron claramente cuán crítica era su situación. Por añadidura habían comprobado ya que a bordo de la embarcación no había agua, ni tampoco víveres. La mayor parte de ellos se encontraban heridos y dos de los forzados expedicionarios estaban tendidos, seriamente imposibilitados. Pronto saldría el sol. Sus despiadados rayos

levantarían ampollas en la piel de aquellos desventurados. Si ahora, ya con luz, los piratas se hacían a la mar a bordo de la *Circe* o la otra nave para lanzarse tras ellos nadie podría impedir que volvieran a caer en sus manos.

Capítulo XIII

DE MAL EN PEOR

Jake Harris y Will Kilick habían visitado con anterioridad las Indias Occidentales, pero Benjamín Wilson, el americano, era el único del grupo que había vivido en aquéllas cierto tiempo, de manera que fue el primero en comprender la dura prueba a que se verían sometidos por efecto del calor y la sed, prueba ineludible después de haber aceptado su sugerencia de dirigirse a Santo Domingo.

De haber durado algo más la oscuridad hubieran podido desembarcar al oeste de la bahía, en cualquier punto de la misma, escondiendo a continuación el bote entre los mangles, tras lo cual se habrían aprestado a buscar el refugio de la jungla para dormir todo el día. Así habrían dispuesto luego de una noche entera para intentar la travesía. Pero se encontraban a más de una milla de la costa. Volver significaba correr el peligro de ser capturados nuevamente. Aún en el supuesto de llegar a tierra sin novedad habrían tenido que abandonar la embarcación por temor a que les estuviesen observando desde algún punto estratégico los piratas, quienes en tal caso no tardarían en hacer acto de presencia.

El americano se maldijo a sí mismo por su error, si bien no tenía por qué, ya que hasta entonces había ignorado la existencia de aquella corriente. Cada metro que avanzaban les costaba un esfuerzo desmesurado. En la urgencia de aquel momento cualquiera podía haber sobreestimado las energías de sus once compañeros.

En realidad, Dan, Jake, el doctor y él mismo eran los únicos miembros del grupo capaces de sacar el partido debido de un remo. Y, sin embargo, también ellos se hallaban casi agotados, a consecuencia de los incidentes de la noche anterior. Roger yacía

sobre las desnudas tablas de la embarcación, aquejado de grandes dolores ahora. La herida que Kilick tenía en el hombro hacía que la boga fuese para él un tormento insoportable. Con Pirouet y Tom no había que contar. El uno por su afección cardíaca y el otro por haber perdido mucha sangre. Había recibido un golpe en la cabeza y últimamente la fiebre se había adueñado de él.

En cuanto a las mujeres … Georgina continuaba inconsciente y Amanda tenía un brazo en mal estado. Poco después del amanecer Clarissa y Jenny se ofrecieron para relevar a dos de los hombres que habían estado remando. Ninguna de las dos había manejado en su vida remos tan pesados como aquéllos, por lo que al principio sus esfuerzos no sirvieron de nada. Un rato después, no obstante, lograban adaptarse al ritmo de los movimientos de los demás, permaneciendo heroicamente en sus respectivos puestos por espacio de una hora.

Por entonces la embarcación había cubierto una milla más. Seguían sin ver nada que les diese a entender que eran perseguidos. Consecuentemente, su optimismo creció bastante. Se les ofrecían no pocas probabilidades de escapar. Aquellos que estaban más familiarizados con las cosas de la mar se inclinaban a pensar, sin llegar a hacer el menor comentario, que distaban todavía mucho de hallarse a salvo. Suponían que sus enemigos les habían dejado separarse tanto de la costa sin lanzarse en su persecución porque con la calma de la mañana el izar las velas de sus embarcaciones hubiera sido un trabajo baldío. Lo más seguro era que se hiciesen a la mar en cuanto soplase la más ligera brisa. Con tal idea en la cabeza, cuando Fergusson sugirió la conveniencia de descansar, Dan no quiso ni oír hablar de esto, insistiendo en que no debían cejar en sus esfuerzos mientras les quedaran energías.

La siguiente hora fue terrible para ellos. Los que se hallaban en los remos pensaron que los brazos iban a quebrárseles. Y a todo esto el sol calentaba cada vez más. Fue de algún consuelo para ellos la comprobación de que la corriente perdía gradualmente fuerza. Finalmente dejáronla atrás. A partir de este momento pudieron mantener el avance del bote con mayor seguridad y menos sacrificios. La costa de la isla de Tortuga, delimitada por una espesa selva de mangles, se perdió en la lejanía. Sin embargo, Dan, sabedor de que aún podían ser localizados fácilmente por un vigía instalado en lo alto del mástil de un buque, siguió apremiando a sus compañeros, invitándoles a continuar remando con todas sus fuerzas unos minutos más.

Poco después de las ocho Fergusson y Wilson se encontraron tan agotados que en lugar de ser una ayuda se convirtieron en un engorro. Jenny y Clarissa les relevaron nuevamente en los remos. A las nueve las manos de ambas muchachas estaban destrozadas como consecuencia del duro ejercicio a que habían sido sometidas. Les costó mucho trabajo contener las lágrimas. Dan y Jake habían llegado al límite de sus fuerzas. Oyéronse entonces algunas exclamaciones de desaliento y el bote se quedó al garete. Todos rezaron porque la corriente favorable que ahora les impulsaba lentamente continuase alejándoles de un modo efectivo de la fatal isla de los piratas.

El resto del día fue una larga pesadilla, interminable, verdaderamente. De la tierra que dejaran atrás no había salido nadie en su busca, gracias a que aquel día había sido uno de esos días que se dan en los trópicos, informados por una calma extraordinaria desde el amanecer hasta el anochecer. Pese a ello había habido momentos en que hubiesen preferido una ligera brisa aún al precio de divisar en la lejanía las puntas de los mástiles de la nave pirata.

Hora tras hora el vidrioso mar, en una extensión de muchas millas a su alrededor, reflejó un cielo azul desprovisto de nubes. Un sol de rigor les torturaba despiadadamente. No les servía de nada refugiarse en el fondo del bote, aprovechando el menor vestigio de sombra, la que escasamente proyectaban los bancos y los remos, cruzados sobre la embarcación. Lo único que les protegía de los rayos solares eran sus ropas. Pero éstas no podían taparles la cabeza, el cuello, las orejas, el rostro, las manos, muñecas y tobillos a un tiempo. La exposición al sol por unos momentos de cualquier parte del cuerpo supondría a no mucho tardar una quemadura. De no haber precedido a aquellas horas terribles el proceso de adaptación al trópico que habían venido a ser sus últimas semanas de viaje, por lo que a los ex pasajeros de la *Circe* respectaba, habrían llegado a perder la razón. No obstante, sufrían lo indecible.

No sentían hambre, pero a la llegada del mediodía la sed comenzó a atormentarles. Al principio no notaron más que una sequedad extraordinaria en sus gargantas pero luego, en el transcurso de las interminables horas de la tarde, comenzó a hinchárseles la lengua. Les faltaba saliva para remojar sus resecos labios. Tom, para colmo de males, empezó a delirar. Encogíase el corazón al oír sus desesperados gritos, pidiendo agua, una solicitud que no podían atender de ningún modo.

La corriente, entretanto, les había arrastrado hacia el oeste, a varias millas de distancia del rumbo seguido por la mañana. De vez en cuando dos de los hombres echaban al agua un par de remos, impulsando afanosamente el bote en dirección a la costa, que para ellos significaba la seguridad, así como la posibilidad de dar con alguien que les socorriera. Estos esfuerzos esporádicos no constituían nada decisivo. La costa de Santo Domingo quedaba hacia el sur. Una espesa arboleda cubría aquélla, desde el mismo nivel del mar hasta los picachos que se elevaban en el distante centro, origen del nombre indígena de Haití, que significa «Montañosa». La ausencia de viviendas que pudieran hacer pensar en la inminente visión de seres humanos daba a la isla, al menos la parte que de ella contemplaban, un aspecto misterioso, ligeramente siniestro. Sin embargo, los doloridos ojos de los miembros del grupo veían en aquélla una tierra de Promisión.

Serían las tres cuando Georgina volvió en sí, para caer casi en seguida en un profundo sopor. En aquellos instantes el dolor que sentía Roger a causa de su herida se había tornado soportable en tanto permanecía inmóvil. Precisamente por haber estado todo el día tendido, sin hacer el menor movimiento, con parte de su ropa extendida sobre la cabeza, como si fuera una diminuta tienda, no se hallaba torturado por la sed en el mismo grado que los demás.

Varios de ellos, agachándose entre las bancadas del bote, ocultando la cabeza bajo éstas, consiguieron en ocasiones dormir breves minutos. Pero su descanso, naturalmente, no era completo. Para todos suponía un tormento la idea de que faltos de fuerzas para gobernar la embarcación ésta pudiera ser arrastrada por algunas corrientes hacia el mar abierto, donde con toda seguridad perecerían.

Finalmente, el sol comenzó a parecerles menos riguroso y cuando se hubo ocultado tras el horizonte Dan apremió a aquellos de sus compañeros para que se instalaran ante los remos, al objeto de realizar un nuevo esfuerzo.

Dan insistió en la necesidad de llevar a cabo otro intento alegando que los heridos necesitaban ser atendidos cuanto antes. Una hora antes habían divisado una mancha blanca en la línea de la costa, hacia el oeste, creyendo que podía tratarse muy bien de una casa. Si no se equivocaban allí hallarían quien pudiese atenderles en cuanto hubieran abandonado el bote, varándolo en la playa que encontraran más a mano. Si esperaban a que anocheciera se exponían a desembarcar a varias millas de distancia del punto mencionado. Esto en el mejor de los casos, ya

que también existía la posibilidad de que a ciegas, por estar cubierto el cielo de nubes, ocultando éstas la luz de las estrellas, se orientaran mal, perdiendo por completo de vista la costa.

Por otra parte, si el amanecer les sorprendía a varias millas de aquélla el nuevo día sería el de su fin. Las sensatas consideraciones de Dan encontraron eco entre sus amigos, quienes se aferraron otra vez con decisión a los remos.

Cuando el sol se hubo escondido del todo estaban todavía a bastante distancia del promontorio divisado. No obstante, ya veían la casa, un edificio de estilo colonial francés, evidentemente, la residencia de algún rico plantador. Pese a sus calambres musculares, a los terribles dolores que sentían en sus espaldas y al tormento que suponían sus resecas gargantas los remeros continuaron bogando, si bien media hora después hubieron de darse por vencidos, definitivamente. Habían aparecido unas luces en la casa. Con la ayuda de un remo Dan logró mantener el rumbo del bote, que avanzaba a paso de tortuga debido sobre todo a la existencia por aquellos parajes de una lenta corriente procedente del este, que amenazaba alejarles de tierra cuando se encontraban a una milla de distancia, aproximadamente, de ella.

Dan ya no podía hacer más. Clarissa fue quien intervino en aquel instante. Impulsada por la desesperada necesidad de dejar a Roger en tierra insistió en que incluso los más débiles tenían que ayudar a los que habían atendido casi en todo momento los remos. Apeló incluso a la buena voluntad de Kilick y *monsieur* Pirouet, manifestando que a pesar de sus pocas condiciones habrían de unir sus fuerzas con las de los demás, exponiendo sus vidas si era preciso para ver de salvar a todos los miembros del grupo.

Los dos hombres se prestaron de buena gana a secundar sus indicaciones, colocándose junto a Jake y Fergusson. Jenny y Clarissa se acomodaron en los remos manejados por Wilson y Dan. Tuvieron que luchar horriblemente pero poco después conseguían contrarrestar los efectos de la corriente y el bote empezó a avanzar lentamente en la oscuridad. A las nueve recalaban, con gran alegría por su parte, en una playa situada sólo a media milla del cabo que se habían propuesto ver de alcanzar al principio.

De momento, sin fuerzas para más, se dejaron caer jadeantes sobre los remos. Parecían incapaces incluso de saborear los frutos de su cara victoria desembarcando en Santo Domingo. Pero tan pronto se hubieron recobrado un poco Amanda tomó la iniciativa. Su brazo herido le había impedido sumarse a los remeros. Sin embargo, durante la fase final había capitaneado la embarcación.

Efectivamente, en aquellas circunstancias el timón había quedado a su cargo. Encontrábanse todos tan cansados que apenas se daban cuenta de lo que hacían. Amanda fue llamando a cada uno por su nombre, dirigiendo la complicada operación de desembarcar los heridos.

Un cuarto de hora después aquélla había sido realizada, con pleno éxito, por añadidura. Tendiéronse todos exhaustos sobre la húmeda arena. Pero no había llegado para ellos aún la hora de descansar. Roger sentía fuertes dolores a consecuencia de los movimientos que había tenido que hacer. Kilick, que no se había apartado un instante de los remos en el transcurso de las horas pasadas, profería ahogados quejidos. Dolíale mucho el hombro. Georgina acababa de caer en una especie de semi-inconsciencia y no cesaba de quejarse tampoco. Tom rodaba por el suelo, presa de la fiebre, en la angustia del delirio.

Aunque no divisaban ya las luces de la casa todos sabían que ésta no podía quedar muy lejos, salvada la ladera cubierta de árboles que arrancaba casi de la misma playa. Pero no ignoraban tampoco que a causa de su extrema debilidad les era imposible de momento transportar a los heridos hasta la cumbre de la elevación. Consecuentemente, tras un breve descanso, se decidió que Fergusson y Dan actuaran de avanzadilla, al objeto de procurarse socorros.

Afortunadamente, los árboles, que a la luz del día les parecieron simplemente una masa verde de vegetación, resultaron ser palmeras, las cuales crecían en aquel arenoso suelo. Así, pues, desecharon los temores que les asaltaran al principio, al pensar que se verían obligados a abrirse camino por entre una espesa selva. Pero cuarenta minutos después de separarse de sus amigos llamaron su atención unos ladridos seguidos de varios disparos.

Dan y el doctor no tardaron mucho en reunirse de nuevo con aquéllos. Cuando lo hicieron dejáronse caer al suelo, totalmente extenuados. Tan pronto les fue posible hablar explicaron que hallándose a unos cincuenta metros de la casa alguien había lanzado sobre ellos tres fieros mastines, haciendo unos disparos sin apuntar. Evidentemente, el autor de los mismos había procurado no herir a los perros. Dan y Fergusson no se habían preocupado a partir de éste momento de otra cosa que de huir, viendo que era difícil en aquellas condiciones llegar a parlamentar con los ocupantes del edificio. Nada práctico habían conseguido

El fracaso de los dos hombres supuso una amargura más para todos. Pero no se les podía echar nada en cara. El ascenso había

sido tan penoso que al llegar a la cumbre del promontorio no les quedaban energías algunas y mucho menos para hacer frente a lo imprevisible.

Ahora al grupo no le restaba más solución que pasar la noche donde se encontraba.

Al menos podían considerarse afortunados en lo tocante a la clase de playa en que habían desembarcado, ya que en aquélla cabía el recurso de abrir unos hoyos en la fina arena, reposando en los mismos con bastante comodidad. Al ponerse el sol la sed había dejado de ser un tormento insoportable para convertirse en una molestia más, llevadera de no ser víctimas unos y otros de periódicas crisis, en las que el anhelo de absorber algún líquido fresco cobraba especial virulencia. Molestábanles además las quemaduras producidas en sus cuerpos por los despiadados rayos solares, durante las largas horas de exposición a los rigores del astro diurno.

Sin embargo, nadie podía hacer nada por aliviar los sufrimientos de aquéllos que más se quejaban. Por tanto, resignáronse, limitándose a esperar pacientemente a que pasaran las interminables horas de oscuridad.

Con las primeras luces, Dan y el doctor, esta vez acompañados por Wilson y Jake, todos ellos armados con gruesas estacas para alejar a los perros, salieron en dirección a la casa. Nuevamente, los otros oyeron los distantes ladridos de los perros. No percibieron en cambio esta vez ningún disparo. A la hora de su salida volvió el grupo de reconocimiento, acompañado por un hombre blanco ricamente vestido y dos docenas de negros de ambos sexos.

El desconocido fue presentado por Fergusson como el *seigneur* de Bouçicault. Tratábase de un caballero de rubios cabellos y corteses maneras, corpulento, cuya edad frisaría en los cincuenta años, aproximadamente. Era el dueño de la casa. Inclinándose en una reverencia ante las damas se excusó por el error sufrido, debido al cual no había acudido en su ayuda la noche anterior. Explicóles que al oír los ladridos de los perros había creído que se hallaba frente a un grupo de bandoleros congregados allí para asaltar su vivienda.

Sus esclavos traían consigo frutas, vino, un botiquín y literas para transportar a los heridos. A los pocos minutos los que se hallaban en peor estado eran atendidos debidamente. Con todo, componían un grupo impresionante los náufragos al emprender la marcha hacia la casa. Los esclavos hubieron de transportar a las cuatro mujeres, aparte de Roger y Tom, y ayudar a los que

avanzaban por sus propios medios en los pasos más difíciles. Cubiertos de suciedad, con los cabellos enmarañados, los rostros destrozados por las picaduras de los mosquitos, las manos sangrantes, los ojos hundidos, febriles, por fin llegaron al seguro refugio que suponía para ellos la mansión del *seigneur* de Bouçicault, de un gracioso estilo colonial.

De Bouçicault les hizo tomar a todos una infusión concentrada de quina para alejar la posibilidad de que cayeran enfermos de fiebre amarilla. Fergusson, pese a hallarse peor que algunos de sus compañeros, no paró hasta ver a todos los heridos acostados. Luego consintió en que le ayudaran a desnudarse, como a los demás, quedándose dormido con el sueño característico del agotamiento.

Roger durmió casi veinticuatro horas seguidas. Después permaneció amodorrado largo rato. A la tarde siguiente el apremiante apetito que sentía le llevó a hacer sonar la campanilla que había sido colocada a la cabecera de su lecho. Fue atendido en seguida por un servidor negro, quien, minutos más tarde, le llevó una taza de caldo, pollo y frutas.

Cuando Fergusson entró en el cuarto Roger estaba a punto de dar buena cuenta de todo aquello. Éste solicitó ansiosamente noticias acerca de los otros. El joven doctor le explicó que Georgina era víctima de un fuerte «shock», del que se hallaba más recuperada de lo que hubiera cabido esperar al principio. Su juventud y su enorme vitalidad le habían salvado. Tom le inspiraba más cuidados. Tenía mucha fiebre y no sabía si sobreviviría a la crisis. Amanda no se había recuperado aún, desde luego. Lo del brazo no era nada grave. Debía haber sufrido mucho a consecuencia de una patada en el vientre que le había propinado uno de los piratas, de la que le quedaba un enorme morado. El hombro de Kilick estaba muy inflamado, por efecto de los tremendos esfuerzos a que había estado sometiendo su brazo durante el último trayecto hasta la playa. Sin embargo, aquél quedaría perfectamente con un tratamiento adecuado. Los demás se habían reunido para comer. Como recuerdos de sus últimas aventuras todos tenían cortes y lesiones diversas que el tiempo se encargaría de curar. Fergusson añadió que habiéndose enterado de que Roger se hallaba despierto había entrado en su habitación con el propósito de volver a examinarle su herida.

Roger se sometió dócilmente a las dolorosas manipulaciones del doctor. Fergusson declaró que se hallaba muy satisfecho por haber resultado su primer diagnóstico correcto. El hueso del muslo

no había sido aplastado. Por haber sido lavada la herida a conciencia, nada más recibirla, con agua salada, no había en aquellos momentos peligro de infección. Si Roger seguía acostado esperaba que al cabo de una semana se hallaría en condiciones de andar con la ayuda de muletas.

Habiendo untado las picaduras de mosquito que tenía en el rostro con un ungüento especial el doctor se marchó, no sin prometerle que transmitiría a Amanda sus afectuosas expresiones. Fergusson volvió al cuarto de Roger más tarde, entregándole un sedante, con el fin de que descansara bien toda la noche.

Al día siguiente el servidor negro le pasó con la bandeja del desayuno un recado de *monsieur* de Bouçicault. Deseaba saber éste si Roger se hallaba en condiciones de recibirle. Brook se apresuró a contestarle que le esperaba muy complacido.

Una hora después, aproximadamente, se presentaba ante él el fornido francés. Habiendo felicitado a Roger por los progresos de su herida sentóse junto a su lecho para decirle lo siguiente:

— Me he enterado por el doctor de las terribles pruebas que habéis tenido que afrontar vos y vuestros compañeros a lo largo de la pasada semana. Ahora bien, los enfermos han retenido al médico durante la mayor parte del día de ayer. Por otra parte, ninguna de las señoras ha abandonado hasta este momento sus habitaciones … De los demás, por su educación, no cabe esperar mucha coherencia con respecto a sus relatos. Así pues, os ruego, señor Gobernador, que si os encontráis suficientemente recuperado para ello me refiráis vuestras últimas aventuras.

Roger sonrió.

— ¡La pasada semana!, habéis dicho. A mí me parece que ha transcurrido un año desde que la nave pirata atacara a la *Circe* ante las costas de Puerto Rico. Ahora que he descansado me hará mucho bien hablar con vos un rato de todo eso.

Roger procedió a facilitar a su nuevo amigo una gráfica descripción de los peligros a que habían sobrevivido él y los suyos.

Cuando hubo terminado de Bouçicault declaró:

— Por supuesto tenéis que dar gracias a *le bon Dieu* por haberos salvado. Pero tanto vos como vuestros compañeros pusisteis no poco empeño en la empresa. Para mí constituye un honor haberos conocido. No necesito deciros que podéis quedaros aquí todo el tiempo que estiméis conveniente. Sin embargo, os diré, con el ruego de que no lo toméis a descortesía, que me alegraría que las señoras prosiguiesen viaje hasta la fortaleza de St. Nicholas, tan pronto se encuentren en condiciones de trasladarse allí.

— Lamento que no os parezca bien que se queden en vuestra casa hasta la total curación de mi herida, momento en que nos marcharíamos todos — replicó Roger un tanto sorprendido.

— Creo que no me habéis comprendido — le atajó de Bouçicault —. Supongo que sabréis que en la actualidad la guerra civil y la revolución está incendiando esta isla, reduciéndola prácticamente a escombros. Por tal razón ninguna persona de nuestra raza, especialmente si se trata de indefensas mujeres, se halla a salvo fuera de las ciudades custodiadas por las tropas inglesas. Sé perfectamente el terrible destino que aguardaría a las mujeres que se cobijan bajo este techo si llegaran a caer en manos de los negros rebeldes. Esto es lo que me ha llevado a sugeriros la conveniencia de sacarlas de aquí cuanto antes.

Capítulo XIV

LA ISLA DEL TERROR

Roger admitió en un tono que levemente era de excusa:

— Mucho me temo estar pésimamente informado acerca de los asuntos de las Indias Occidentales. Mi nombramiento fue una auténtica sorpresa y hasta ahora he dispuesto de poco tiempo para estudiar aquéllos. Desde luego, no ignoro que a consecuencia de la Revolución Francesa los esclavos se han sublevado en todas las islas y que en éstas las revueltas de los indígenas adquirieron gravísimos caracteres. Llegué a imaginarme, no obstante, que aquéllos habían sido reducidos a la obediencia en cuanto los plantadores requirieron el auxilio de las tropas inglesas. Algo por el estilo ha ocurrido en la Martinica.

— Nada de eso — objetó de Bouçicault, moviendo entristecido la cabeza —. Hay guarniciones británicas en la capital, Port-au-Prince, en St. Nicholas, que solamente se encuentra a treinta millas de aquí, y en la mayor parte de las ciudades costeras. Pero esas tropas apenas pueden hacer algo más que ayudar a nuestro ejército de colonos y sus mulatos leales. Casi todo el interior del país continúa en manos de los negros, que se agrupan en bandas, saqueando cuanto encuentran a su paso.

Habiendo expresado su pesar por tal estado de cosas, verdaderamente desgraciado, Roger agregó:

— Os agradecería, señor, me explicaseis por qué motivos la situación es peor en esta isla que en las otras.

— Pues tal vez por ser la más grande, rica y progresiva de todas las posesiones francesas en las Indias. Consecuentemente, por estar más *en rapport* con el sentimiento popular en la madre patria. Posiblemente, también, porque aquí contamos con una proporción superior de esclavos. En el año 89 había medio millón

de negros y sesenta mil mulatos frente a cuarenta mil blancos. Aunque, en realidad, no fueron los negros sino los mulatos quienes iniciaron nuestra larga serie de penalidades.

— ¿Y cómo sucedió eso, *monsieur*?

— Tendiendo la mirada sobre el pasado yo me inclino a pensar que nosotros, los colonos, tenemos mucha parte de culpa. Tercamente, nos negamos a pedir a nuestro gobierno, en Francia, que rectificara la anómala situación de los mulatos. De habernos limitado a tomar a sus mujeres como concubinas como han hecho siempre vuestros compatriotas, aquello habría sido considerado un privilegio normal de la casta dominante. Pero muchos de nosotros nos casamos con ellas, negándonos en cambio a recibir a sus familias y también a concederles derechos políticos. Una gran proporción de esos mulatos eran hombres libres, que poseían, entre todos, un diez por ciento de las tierras y alrededor de 50.000 esclavos. Naturalmente, se hallaban resentidos por tan despreciativo trato. Un grupo integrado por los más inteligentes inició en el año 88 un movimiento en París, solicitando igualdad de derechos, solicitando al mismo tiempo la abolición de la esclavitud y la trata de negros.

»Mientras la monarquía siguió siendo absoluta tales ansias de reforma no encontraron cauce alguno. Pero poco después de que el rey Luis convocara los Estados Generales y se formara la Asamblea Nacional fue promulgada la famosa Declaración de los Derechos del Hombre. Instantáneamente, mulatos y negros se aferraron a aquélla y pronto cundió aquí la intranquilidad. En marzo de 1790, alarmada por las manifestaciones de nuestro gobernador, la Asamblea votó una resolución a este efecto, manifestando que la Declaración era aplicable solamente a Francia y que no tenía nada que ver con las colonias. Entonces un delegado mulato llamado Vincent Ogé, llegado aquí en el otoño siguiente, requirió a los suyos para que se aprestaran a defender sus derechos por la fuerza de las armas. Fue entonces cuando comenzó el terrible derramamiento de sangre …

— Me interesa muchísimo cuanto decís. Por favor, seguid.

De Bouçicault atendió amablemente el ruego de Roger:

— Ogé no tardó en ser derrotado, viéndose obligado a refugiarse en la parte española de la isla. Más adelante, sin embargo, se rindió, condenándosele a morir en la rueda. Entretanto, la revolución en París cobraba auge y las noticias referentes al martirio de Ogé, como se decía, alcanzaron una gran resonancia. En consecuencia, en mayo del 91 la ley fue

enmendada, concediendo a la gente de color nacida de padres libres en las colonias francesas iguales derechos civiles, incluyendo los de tomar parte en nuestras asambleas.

»La minoría blanca no quería ni pensar en un decreto que podía llevarla a verse gobernada por los negros. Decidimos ignorar aquél. Pero pronto se divulgó la noticia de aquellas concesiones. Primero se advirtió en toda la isla una inquietud creciente … Ésta había de culminar en la inolvidable noche del 23 de agosto.

»Un negro de Jamaica llamado Boukman congregó un gran número de esclavos en un bosque. Era un tipo gigantesco, una especie de *houngan*, como son denominados los sacerdotes de Vudú. Tras haber sacrificado un cerdo y bebido su sangre todos los reunidos allí se aplicaron diligentemente a la tarea de matar e incendiar. El movimiento se extendió como el fuego en una pradera a lo largo y a lo ancho de toda la isla. Por espacio de una semana o más hicieron una aterradora carnicería entre los plantadores blancos y sus familias. No contentos con matar a los hombres y violar a las mujeres, los negros, enloquecidos, sometieron a sus víctimas a las más horribles torturas … Por ejemplo, ponían a éstas entre dos tablones que luego procedían a aserrar. En su insensata furia atacaban asimismo a los objetos inanimados, prendiendo fuego a las casas, pajares, graneros y bosques. Las llamaradas llegaron a ser de tal calibre que los habitantes de las distantes Bermudas se sintieron alarmados al advertir el rojizo resplandor en el cielo.

»Durante la segunda semana llegaron tropas procedentes del sur. Los blancos supervivientes se agruparon en bandas. Debido a nuestra superior inteligencia y a disponer de mejores armas pronto nos colocamos en condiciones de comenzar a ahogar la revuelta. Al saber de las matanzas habidas el gobernador de Jamaica nos envió un contingente de tropas británicas, para ayudarnos a restaurar el orden.

»Francia e Inglaterra se hallaban en paz por entonces, de manera que su proceder se inspiró únicamente en motivos humanitarios. No hubo otros, Pero su generoso gesto nos hizo ver que mientras nuestro gobierno de París nos había arrojado sobre la horda negra, los altos mandatarios de Inglaterra estimaban deber suyo proteger las vidas y propiedades de los colonos. Este hecho fue el que nos llevó aquel otoño a repudiar al gobierno francés y a enviar delegados a Londres para ofrecer esta isla a Inglaterra.

»Desgraciadamente, por aquella época, vuestro primer

ministro, Pitt, observaba una política de estricta neutralidad con respecto a los asuntos relacionados con la Revolución Francesa. Por tal causa, rechazó nuestro ofrecimiento. Mientras tanto, temiendo perder la colonia más rica de Francia, la Asamblea Nacional anuló el decreto del mes de mayo anterior. Pero su acción fue tardía. Llegaba demasiado tarde para detener la sangrienta *vendetta* que el decreto había provocado. Tal decisión no tuvo más efecto que el de dividir a los colonos: unos sostenían que era preciso cortar toda relación con la metrópoli y otros decían que había que seguir siendo fieles a ella.

»Semejante cuestión quedó decidida en la primavera del 92. Por entonces los extremistas adquirían en París una extraordinaria influencia, logrando obtener de la Asamblea un nuevo decreto. Mulatos y negros quedaban equiparados en sus derechos con los blancos. Fueron enviados delegados especiales, dotados de plenos poderes, para comprobar si el decreto era cumplido. Nuestro gobernador se negó a colocar políticamente a la población blanca a merced de los negros. Por lo tanto los delegados recurrieron a los esclavos, reclamando su apoyo. Por añadidura, no pocos miembros de las fuerzas francesas habían asimilado las doctrinas revolucionarias, poniéndose al lado de los incendiarios de París. Así pues, comenzó una guerra civil dentro de otra. En los dos bandos figuraban blancos, negros y mulatos.

»No sé cómo logramos superar las dificultades con que nos enfrentamos en el transcurso del 93. Fue cosa de milagro. De un modo u otro, sin embargo, nos las arreglamos para mantener a raya a los republicanos y a los negros. De vez en cuando sucedieron cosas tan horrorosas que resultan imposibles de describir. Mediado el verano los negros lograron penetrar en la hermosa población de Cap Fançais, asesinando a toda su población blanca, que ascendía a cuatro mil almas. Seguidamente incendiaron todos sus edificios.

»En repetidas ocasiones habíamos recurrido a Inglaterra para que se hiciera cargo de la colonia. La cosa marchaba por buen camino por encontrarse entonces aquélla en guerra con Francia. Ahora bien, teniendo vuestra patria otros importantes asuntos entre manos en distintos lugares durante muchos meses no contó con fuerzas suficientes para prestarnos ayuda. Desesperados, aquel otoño rogamos al gobernador de Jamaica que nos socorriera. Éste correspondió noblemente a nuestra petición. En el mes de septiembre los ingleses entraban a St. Nicholas, de donde han salido muchas tropas, las cuales ahora integran las guarniciones de

nuestras principales ciudades. Pero la guerra continúa y, ¡ay!, yo no acierto a ver el fin de ella.

Habiendo concluido su relato de Bouçicault guardó silencio.

Roger manifestó:

— Me sorprende que habiendo transcurrido más de un año a contar de la fecha en que desembarcaron aquí las tropas inglesas éstas no hayan sido capaces más que de proteger unos cuantos puertos. En fin de cuentas disponen de la base que es en realidad Jamaica. Nuestros soldados no tropezarían con dificultades de abastecimiento por lo que a armas y a víveres respecta en el caso de iniciar una ofensiva. Y a todo esto supongo que los negros no contarán con todas las armas precisas. Hace tiempo que no reciben suministros procedentes de la Francia revolucionaria. Bien dirigidos, varios batallones de tropas inglesas acabarían seguramente en unas semanas con esa gentuza. Probablemente les harían picadillo, por decirlo así.

El francés movió dubitativamente la cabeza:

— Si pensáis de ese modo, amigo mío, es porque ignoráis las condiciones imperantes aquí. Cierto es que nos ha disgustado muchísimo la falta de empuje demostrada por vuestros compatriotas, pero no hay que hacer recaer en ellos toda la culpa de la situación presente. Por cada soldado inglés que haya caído víctima de los negros pueden señalarse diez eliminados por la terrible fiebre amarilla. Han muerto a centenares … La última vez que estuve en la fortaleza de St. Nicholas, hace unos quince días, me enteré de que la guarnición había quedado reducida a 378 hombres, de los cuales 166 se encontraban enfermos.

»Os equivocáis también al suponer que los negros carecen de suministros, indispensables para la continuación de la guerra. Aunque España es un país aliado de Inglaterra en su lucha contra Francia, la verdad es que aquélla está apuñalando a vuestra patria por la espalda. Vos sabéis, naturalmente, que esta isla, en su totalidad, fue a raíz de su descubrimiento, y por espacio de doscientos años, una posesión española. La zona occidental, con mucho la más valiosa, un tercio de su extensión superficial, fue cedida a Francia en virtud del Tratado de Ryswick, en 1697, siendo conocida por el nombre de Saint-Domingue, para distinguirla del resto, llamado Santo Domingo. Los españoles no han renunciado jamás a la esperanza de hacerse con las tierras perdidas y, lógicamente, con sus ricas plantaciones, habiendo visto en esta horrorosa guerra civil una magnífica oportunidad.

»Uno de los más osados e inteligentes generales negros es un

individuo llamado Toussaint l'Overture. Éste ha tenido el acierto de firmar un pacto con los españoles, quienes tratan a los esclavos relativamente bien. Sin embargo, de ser invitados a la revuelta aquéllos no tardarían en hacer lo que los nuestros. Toussaint prometió que no se moverían si sus amos financiaban esta guerra. Esto encajaba en los deseos de los españoles. Cada vez que los negros sufren una derrota cruzan la frontera. Nuestros soldados dejan entonces de perseguirles, ya que de lo contrario habrían de combatir también contra las tropas españolas. Luego, cuando Toussaint y sus hombres han descansado, reequipándose en la medida de lo preciso, aquél aparece de pronto nuevamente, se apodera de cierta extensión de la zona francesa y ataca la primera de las ciudades nuestras que se le pone por delante.

Roger hizo un gesto de asentimiento.

— Nada más sombrío que el cuadro que habéis pintado, *monsieur*. Lamento profundamente que vos y los otros hombres leales hayáis tenido que sufrir tantos reveses. ¿Tendríais inconveniente en explicarme ahora cuál es la situación actual?

— Toussaint se encuentra en este lado de la frontera, hacia la parte oriental. Se cree que está organizando un asalto contra el puerto de St. Louis du Nord. Nadie puede asegurarlo, sin embargo. Las montañas y los bosques le proporcionan una covertura excelente para sus tropas. Ya no hay ningún blanco que se atreva a vivir en el interior. Ningún negro osará tampoco traicionarle, delatando sus movimientos. Por consiguiente, cualquiera de sus columnas puede aparecer de improviso en el sitio más inesperado. He aquí la razón de que yo tenga tanto interés en trasladar a las señoras a St. Nicholas lo antes posible, en cuanto se hallen en condiciones de viajar.

— Pero, ¿no habéis pensado en vos mismo? Si teméis que pueda aparecer por aquí inesperadamente una de las columnas de Toussaint me sorprende mucho que permanezcáis aún en estos parajes, exponiéndoos a ser capturado o a morir.

— Ése es un riesgo al que ya me he habituado. Los negros, por otra parte, cuentan con pocos jinetes. De llegar a rodear la casa creo que en último término siempre podría hacerme de un caballo y huir, rompiendo el cerco.

En los labios de Roger floreció una triste sonrisa.

— Lamento no poder decir lo mismo, de momento. Tengo que esperar a que mi herida esté curada.

— Confío, señor Gobernador, en que no habréis pensado que abrigo el propósito de escapar llegado los instantes de peligro,

dejándoos aquí, a merced de esa chusma — replicó de Bouçicault, poniéndose grave de pronto.

Roger se apresuró a tranquilizarle.

— Bromeaba, tan solo, amigo mío. Reconozco que la mía fue una observación estúpida. Me consta que haríais cuanto estuviera en vuestra mano para salvarme.

— Y yo estoy seguro de que me saldría con la mía. Ahora bien, algo más difícil me resultaría preparar la fuga de cuatro desvalidas mujeres. Por tal causa hace tiempo que envié a mi esposa, en unión de nuestras hijas, a St. Nicholas.

— Debéis haberos sentido muy solo aquí, sin ellas. Como no estáis en condiciones de proteger vuestras propiedades eficazmente me maravilla que continuéis en la casa.

— ¡Sí que puedo cuidar aún de mis propiedades! Hasta cierto punto, claro. Como aquéllas constituyeron toda mi fortuna la esperanza de que vengan para nosotros mejores tiempos me da fuerzas para vencer la atracción lógica que sobre mí ejerce la familia. Influye no poco en mi decisión el espectro de la miseria que se abatiría sobre nosotros de abandonar definitivamente estas posesiones.

— Pensad que continuarían siendo vuestras …

— Es verdad. Pero no lo es menos que los esclavos irían yéndose. Con todo, desde la revuelta de Boukman, mis plantaciones se hallan algo abandonadas. En el trópico sólo son precisos unos años de descuido para que los campos de café, algodón, cacao y caña de azúcar se transformen en una prolongación de la selva. Mis tierras ahora alcanzarían escaso valor. Pero me queda todavía este edificio, con sus cuadras y una serie de construcciones equipadas para las manipulaciones a que son sometidos los productos obtenidos aquí. Son la esencia de mis posesiones y por ver de conservarlas continúo en este lugar.

— Ya que, según veo, vuestros servidores os siguen siendo fieles, ¿no hubierais podido dejarlo todo en manos de ellos provisionalmente? En el caso de ser atacados esto habría que abandonarlo de una manera u otra. Esa gente siempre correría menos peligro de verse despiadadamente maltratada por individuos de su misma raza.

De Bouçicault movió enérgicamente la cabeza.

— Si os proponéis gobernar la isla de Martinica con éxito, amigo mío, tendréis que poneros al corriente respecto a la mentalidad del negro. He aquí un problema más, que requiere no poco tacto. A pesar de los excesos que, según os he dicho,

cometieron aquí los negros no vayáis a creerlos malvados y sádicos por naturaleza. Se trata, simplemente, de que sus mentes son más infantiles que las nuestras. Muy pocos entre ellos son capaces de razonar, por lo cual sus reacciones tienen el sello de lo primitivo. Las personalidades superiores pueden conducirlos fácilmente en un sentido u otro, hacia el bien o el mal. Normalmente responden a las maneras corteses igual que nosotros, los blancos. Durante la terrible semana de la revuelta inicial yo y los míos salvamos nuestras vidas porque siempre tratamos a los esclavos como seres humanos. A nosotros éstos nos protegieron, no consintiendo que los sublevados de las plantaciones vecinas prendieran fuego a la casa.

»La causa de este hecho hay que buscarla en nuestra presencia, mayormente. Hallándonos a su lado ejercíamos una fuerte influencia sobre ellos, que contrarrestaba la de los extraños, a los cuales no tenían por qué ver como superiores. De habernos ausentado nosotros los negros se habrían unido a los rebeldes, participando alegremente en las atrocidades sugeridas por éstos.

»Desde luego, la mayoría de los esclavos que trabajaban en los campos huyeron por hallarse yo algo distanciado de ellos, aparte de seducirles la perspectiva de un fácil botín. Se marcharon convencidos de que este país se iba a convertir en el paraíso del hombre negro. Los esclavos de la casa, en cambio, pensaron que ya estaban bien aquí. Yo me hallaba, por añadidura, en disposición de poder refutar falsas ideas, de decirles que nadie por el hecho de convertirse en un bandolero lleva camino de conseguir la felicidad. De haberme ido, sus mentes hubieran sido moldeadas a capricho del primer bribón que se hubiese acercado por la casa con el ánimo de incitarles a abandonarla o con otro objetivo peor.

»Probablemente no se hubieran atrevido al principio a robarme mis cosas, pero de saber que yo no iba a regresar hasta que la normalidad hubiese sido restablecida habrían dejado en libertad a sus parientes para que hicieran lo que les viniese en gana. Más tarde habrían pensado que procedían estúpidamente al permitir a los demás saquear mis bienes. Unas semanas más y la casa se hubiera quedado pelada, tan pelada como el cadáver de una bestia atacada por los buitres, pero al mismo tiempo atestada de negros de ambos sexos y de todas las edades.

»Eso es lo que ocurrió en las grandes plantaciones del interior. En ellas los negros llegaron a llevarse hasta las cerraduras de las puertas, derribando las balaustradas. Apoderándose de los armarios y de cuanto era combustible con el fin de alimentar sus

hogares. Esa gente es tan perezosa que se resiste incluso a ir al bosque, donde dispone de más leña de la que pudiera necesitar. Los techos de esas fincas se llenaron de grietas, igual que los muros. Se desprendió la pintura de éstos. Quedaron chamuscados los pisos, como consecuencia de los fuegos sobre ellos encendidos por diferentes familias, cada una de ellas alojadas en las habitaciones que tenían más a mano … Por supuesto, a nadie se le ocurría proceder a las reparaciones necesarias. ¿Había acaso allí alguna persona responsable? He ahí lo que habría ocurrido con esta casa de haberme ido yo a vivir a St. Nicholas.

— Comprendo vuestro punto de vista — dijo Roger sonriendo —. Sin embargo, sigue extrañándome que después de todos estos años de lucha no os haya pasado nada.

— Me habría pasado con toda seguridad de no haber adoptado diversas precauciones tendentes a impedir que me cogieran desprevenido.

— Precauciones … ¿De qué clase?

— En media docena de puntos, formando un largo semicírculo, de costa a costa, a unas cinco millas de distancia, aproximadamente, he apostado varias familias negras que se apresurarán a avisarme en cuanto vean que alguna fuerza enemiga se dirige hacia aquí. No es que confíe en la lealtad de esa gente. Exploto su codicia. Les pago unos honorarios mensuales por no hacer nada prácticamente, honorarios que dejarían de percibir si a mí me sucediera algo. Saben además que cualquiera de ellos que llegase hasta mí con un aviso oportuno recibiría dinero en cantidad suficiente para no verse obligado a trabajar durante cinco años.

— El método me parece excelente. Ahora bien, sólo con avisar no se evita que un grupo de rebeldes se acerque a la casa …

— Llegado ese momento, suelto mis perros.

Roger enarcó las cejas.

— Vuestros tres mastines podrán asustar a un grupo de hombres desarmados, a un par de ellos, como ocurrió con el doctor Fergusson y Dan Izzard hace dos noches … Podrían poco, en cambio, frente a una multitud decidida.

De Bouçicault se echó a reír.

— Estáis en lo cierto; pero yo me estaba refiriendo a mi jauría. Ésta se compone de más de cien perros salvajes: fieros mastines, cada uno de los cuales es capaz de liquidar a un hombre en varios minutos. Muchos de los esclavos rebeldes han demostrado gran valor en las batallas, pero la experiencia ha probado que esas

partidas de bandoleros no se atreven casi nunca a enfrentarse con tropas tan especiales como las que yo les reservo.

— Si esos perros están salvajes serán difíciles de manejar llegado el momento de utilizarlos.

— He procurado adiestrarlos en la medida de lo posible para que resulten eficaces. Permanecen encerrados en un gran patio situado más allá de los establos. Nadie más que yo puede entrar en aquél. Indudablemente, vos sabréis que el negro huele de manera muy distinta al blanco. Procuro que esos animales anden algo escasos de comida y de vez en cuando les echo un pedazo de carne de cerdo envuelto en una prenda usada previamente por un negro, saturada de su sudor. De ese modo han acabado asociando el alimento con el olor de que os he hablado. Uno de mis esclavos, ignorante de la orden que yo diera, se deslizó una vez en el patio, detrás de mí. Antes de que yo pudiera hacer el menor movimiento para acudir en su auxilio el pobre diablo fue destrozado por esas fieras.

— Habéis imaginado, en realidad, un ingenioso medio de defensa — comentó Roger —. Pero, en primer lugar, ¿cómo os las habéis arreglado para reunir aquí tantos perros salvajes?

— Eso no fue muy difícil. Los bosques de la isla se hallan infestados de perros salvajes. Durante el primer siglo, tras el descubrimiento de aquélla, los españoles quisieron convertir a los indios que aquí encontraran en esclavos. Pero no había manera de imponerse a los nativos. Ni el buen trato ni los más crueles castigos surtieron efecto al tratar de aplicar a los capturados al trabajo. Entretanto, los que aún disfrutaban de libertad se empeñaban en una interminable guerra contra los pobladores blancos.

»Se dice que cuando Colón desembarcó aquí vivían en la isla un millón de indios, por lo menos. Pese a las derrotas sufridas, que les ocasionaron millares de bajas, los nativos no se sometieron. Ocultábanse en las cuevas de las montañas, desde donde efectuaban periódicas salidas para atacar al invasor, sin darle ni esperar tregua ni cuartel. Los españoles, finalmente, decidieron importar negros para confiar a éstos las tareas más serviles y exterminar del todo a los indígenas.

»Con dicho objeto se hicieron traer desde España gran cantidad de perros de caza, con los que se dedicaron a explorar sistemáticamente los bosques …

»Cuando este horrible asunto quedó liquidado advirtieron que contaban con más perros de los que podían sostener, por lo cual la

mayoría de los animales fueron abandonados a su suerte. En estas condiciones los canes no tardaron en adquirir salvajes costumbres, tornándose tan feroces que en el momento en que se reunían varios se atrevían incluso con los jabalíes. Después se hicieron muchos intentos para eliminarlos definitivamente. Pero se multiplicaban con extraordinaria rapidez y aún quedan vagando por ahí muchos. La caza de los mismos no estaba exenta de peligros. Para procurarme los que yo necesitaba mandé excavar zanjas en los parajes que solían frecuentar.

— Ciertamente que vuestra idea no fue mala — repuso Roger con una sonrisa —. Y sólo me resta confiar en que no soltaréis la jauría mientras mis amigos y yo nos encontremos aquí … Por supuesto, lo mejor sería que fuese restablecido el orden en la isla por fin y os vierais obligado a conducir de nuevo a esos animales al bosque. Hablando del traslado de las cuatro mujeres debo deciros que no creo que *lady* St. Ermins se encuentre en condiciones de viajar mucho antes que yo. Su doncella siente demasiada devoción por su señora y no querrá separarse de ésta. A mí mismo me costará mucho trabajo convencer a mi mujer … Además, me resisto a alarmarlas. Esto es, si vos no consideráis el peligro inminente.

De Bouçicault vaciló un momento.

— Yo no me atrevería a afirmar lo contrario. Pero me inquieta algo el hecho de que el ejército de Toussaint haya sido localizado a alguna distancia de aquí, en un punto de la costa. Confío en que mis perros podrán dar buena cuenta de cualquier partida que ose acercarse a esta casa. Ahora bien, de caer la misma en el camino seguido por Toussaint en su avance nuestra situación quizá llegara a ser apurada, pues no estamos en condiciones de oponer una seria resistencia. Esto es lo que más temo, aunque sin razones concretas en que fundamentar mi preocupación. De vuestras palabras deduzco que contamos con pocas probabilidades de lograr alejar a las mujeres de aquí. Luego, cuando vuestro estado permita que emprendáis un viaje de treinta millas, que podréis hacer en uno de mis carruajes, volveremos a ocuparnos de este asunto.

Los miembros del grupo de Roger fueron recobrándose en el transcurso de la semana siguiente de todas las penalidades sufridas. También Georgina hacía excelentes progresos superada la crisis. Amanda se quejaba de fuertes dolores en el vientre cada vez que tosía, pero Fergusson se hallaba satisfecho, por haber comprobado que no le habían causado ninguna grave lesión. Las heridas de Kilick y Roger seguían un proceso normal de curación.

De las contusiones, arañazos y quemaduras de los demás apenas si iban quedando leves señales.

Solamente Tom constituía un motivo de ansiedad para ellos. Había superado la crisis también pero su extrema debilidad hacía temer a Fergusson una recaída. El doctor declaró que no había ni que pensar en moverlo de su lecho, por lo menos hasta que hubiera transcurrido otra semana.

En el momento en que Georgina entró en el período de la convalecencia y se acentuaron las buenas perspectivas con respecto a la herida de Roger, de Bouçicault volvió a tratar con éste del problema de su partida, sugiriendo que con la excepción de Tom, del cual él cuidaría debidamente, se dirigieran todos a St. Nicholas. Roger expuso sus manifestaciones a Amanda, quien a su vez habló con Georgina, pero ésta no quiso siquiera considerar la posibilidad de abandonar temporalmente a su servidor, en tanto no se hallara fuera de peligro. La cuestión, por tanto, continuaba pendiente.

A partir de aquel día en que sostuviera su larga charla con de Bouçicault, Roger comenzó a recibir frecuentes visitas. No obstante, él y los demás respetaban rigurosamente las horas dedicadas al descanso, por indicación del doctor Fergusson. El día indicado, nada más abandonar el cuarto de Bouçicault, se había acercado a la cabecera de su lecho Clarissa, quien, entre broma y broma, le dijo que le convenía tomar una señorita de compañía hasta que llegara para él el instante de levantarse. Asimismo, apareció en la puerta de la habitación el barbudo rostro de Dan. De Bouçicault charlaba todas las mañanas unos minutos con su huésped. Jenny proporcionaba a Roger noticias sobre Georgina por las noches. Al tercer día Amanda se encontraba tan recuperada que podía permanecer sentada a su lado largos ratos. *Monsieur* Pirouet había invadido la cocina, donde confeccionaba platos especiales para los inválidos. Cuando Roger le mandó llamar para darle las gracias personalmente, aquél se enteró de que la cocinera de de Bouçicault, una negra enormemente gruesa, muy alegre, le estaba poniendo al corriente de los secretos culinarios de los indígenas. Los otros tres hombres, por turno, pidieron permiso para presentarle sus respetos. Movidos por el agradecimiento formaban ya en las filas de los trabajadores de la casa. Para ellos sus nuevas actividades suponían un agradable cambio. En resumen: dentro de aquella grande y confortable casa los días pasaban rápidamente y los huéspedes se sentían felices.

Al octavo día de su llegada, tal y como había predicho

Fergusson, Roger intentó andar con la ayuda de unas muletas que le habían confeccionado. Al noveno hizo su aparición en la planta baja Georgina. Al día siguiente, un domingo — el 2 de diciembre —, todo el grupo, con la única excepción de Tom, se reunió en la capilla de la casa para dar gracias a Dios por su milagrosa salvación. El apetito de Tom parecía haber sido reavivado, gracias a las tentadoras golosinas confecconadas por *monsieur* Pirouet. Aquél se iba recuperando ya.

No se habían vuelto a tener noticias sobre los movimientos de Toussaint. Bien se veía que la llegada de Roger y los suyos había sido como un paréntesis en la solitaria existencia de Bouçicault, quien pensaba preocupado que sus huéspedes tendrían forzosamente que marcharse algún día. Por otro lado éstos difícilmente hubieran podido hallar un lugar más a propósito que aquél para su convalecencia. En la parte posterior de la vivienda había una amplia terraza, desde la que se podía contemplar una hermosa vista de la costa, con la lámina azul de la bahía. Las saludables brisas marinas influían no poco en su restablecimiento. Aún no había sido fijada la fecha de la partida.

Durante la noche del 13 al 14 de diciembre los primeros temores de Bouçicault se vieron confirmados. Poco antes de las dos de la madrugada un negro, jadeante, extenuado, dio unos frenéticos golpes en la puerta principal de la casa. El viejo Eloi, el mayordomo, ayudado por dos hombres, Zabeth y Théodule, se preocupaba de reanimarle con unos sorbos de ron cuando se presentó ante ellos de Bouçicault, quien se había vestido a toda prisa.

Aquél era uno de los negros que de Bouçicault utilizaba en sus avanzadillas. Nada más ver a su amo se apresuró a comunicarle que una de las columnas del general Toussaint acompañada de cierto número de carros avanzaba a lo largo de la costa, por la carretera que bordeaba ésta. Habíala descubierto precisamente por el rumor producido por las ruedas de los vehículos al desplazarse.

Ampliando su información el negro manifestó que en la columna no figurarían más de treinta soldados. Sin embargo, tenían que formar parte del ejército de Toussaint. Normalmente, los transportes de sus unidades se reducían siempre a varias monturas, en tanto que aquellos hombres escoltaban de doce a veinte carromatos. El hombre añadió que pese a haber corrido, para adelantarles cuanto pudiera, los soldados enemigos no debían hallarse a más de tres millas de distancia de la plantación. Luego rogó que se le diera la recompensa estipulada para aquellos casos

en seguida, con objeto de marcharse de allí lo antes posible.

De Bouçicault le pagó y mandó inmediatamente a Dan en busca de Roger. Después, mientras Dan ayudaba a su amo a vestirse, reunió a todos los hombres de la casa en la sala más grande, exponiéndoles la nueva situación que acababa de plantearse.

Por su parte no pensaba moverse de allí. Los que desearan irse disponían aún de tiempo para esconderse en los bosques. Los que se decidieran por esto último evitarían con toda seguridad a los hombres de Tuossaint, pero en cambio correrían el riesgo de verse atacados por los perros, único medio de que de Bouçicault disponía para proteger eficazmente sus propiedades. Seguramente se vería obligado a soltarlos. Podía ocurrir también, por otra parte, que puesto que la carretera de la costa quedaba a cosa de media milla de la vivienda la columna pasara por allí sin llegar a ver las edificaciones siquiera. Por último parecía improbable que incluyendo a los conductores de los carromatos los soldados de Toussaint rebasaran la cifra de cincuenta. Ellos totalizaban dieciséis hombres, bien armados y parapetados. Si no se producía ninguna deserción podían, con la ayuda de los perros, resistir cualquier ataque.

Influenciados por Eloi, los ocho esclavos negros declararon que como en anteriores ocasiones decidían quedarse al lado de su amo. Los demás posaron la mirada en Roger, solicitando silenciosamente su consejo, poniendo en realidad a aquél en una posición bastante difícil.

De haberse tratado tan sólo de él, Roger hubiera declarado acto seguido su intención de quedarse. Sentíase obligado a de Bouçicault. Debía ayudarle en la tarea de defender sus propiedades si surgía esa necesidad. Pero tenía que pensar también en las mujeres, anteponiendo éstas a otras consideraciones. Aunque una noche en los bosques distaría mucho de sentar bien a Georgina, todavía convaleciente, aunque un traslado de Tom a otro sitio podía significar un retroceso en su recuperación, ambas cosas no constituían un precio muy alto si pensaban en la perspectiva segura de escapar de los hombres de Toussaint. Pero había que contar con el desagradable y peligroso obstáculo de la jauría hambrienta, que una vez en libertad lo mismo podía atacar a los blancos que a los negros. La cuestión radicaba en saber si lograrían alejarse de la casa y del riesgo de ser despedazados por los canes en un limitado período de tiempo, antes de que de Bouçicault considerara absolutamente necesario soltar sus perros. No era sencillo adoptar una conducta u otra. Tras haberse remojado un

poco sus resecos labios, Roger preguntó a su anfitrión:

— ¿En qué momento pensáis dar libertad a los perros, *monsieur*?

De Bouçicault echó un vistazo al reloj estilo Luis XVI que había sobre la repisa de la chimenea, contestando:

— Son las dos y veinticinco minutos. Esa columna debe encontrarse en estos momentos a una o dos millas de aquí. Confío en que no sea esta casa su objetivo, pero de equivocarme en mi suposición, de venir en nuestra busca realmente, se presentaría en este lugar alrededor de las tres menos cuarto. No me atrevería a soltar la jauría más allá de las tres menos veinte. Así pues, señor Gobernador, si abrigáis la intención de marcharos debéis daros prisa.

— No — respondió Roger subrayando su decisión final con un movimiento denegatorio de cabeza. Aquel cuarto de hora constituía un margen de tiempo muy estrecho habida cuenta de que tenía que habérselas con mujeres y a él aún le costaba un gran esfuerzo andar, pese a sus muletas. Con la vista fija en los hombres que integraban su grupo agregó —: Las mujeres y yo nos quedaremos. A vosotros os recomiendo que hagáis lo mismo.

— De acuerdo, capitán — murmuró Dan.

Los demás asintieron, mostrándose conformes con su parecer.

Rápidamente, iniciáronse preparativos para defender la casa. Fergusson subió al piso para poner a las mujeres en antecedentes, en tanto que de Bouçicault abría un gran armario situado bajo las escaleras, comenzando a sacar del mismo armas. Había mosquetes y pistolas para todos. La pólvora no escasearía. Dispondrían también de un buen número de sables y machetes. Todas las ventanas de la planta baja contaban con postigos fortísimos, provistos ya de las aspilleras necesarias. El viejo Eloi y sus compañeros ocuparon las posiciones de siempre en aquellos casos y de Bouçicault distribuyó a los otros de la mejor manera posible, recomendándoles que no hicieran fuego hasta que él no lo ordenara.

Como Roger no podía permanecer mucho tiempo de pie todavía sin el apoyo de las muletas optó por procurarse una pequeña mesa con el fin de sentarse en ella una vez colocada frente a una aspillera. Apenas había acabado de hacer eso cuando Tom, pálido y tembloroso pero resuelto, se presentó a ellos, insistiendo en que se hallaba en condiciones de poder ayudarles. Le habían seguido las mujeres. Éstas deseaban colaborar cargando las armas que disparasen los hombres si es que sufrían el ataque

esperado. Los siguientes diez minutos los pasaron recibiendo instrucciones con tal fin, para que aprendieran a manipular en aquéllas con rapidez y seguridad. Luego de Bouçicault se marchó al objeto de abrir las puertas del patio a su manada de perros hambrientos.

Cinco minutos después, cuando Roger hacía esfuerzos por tranquilizar a las cuatro mujeres, su anfitrión entró en la habitación en que se hallaban corriendo. Su rostro era la estampa de la más viva consternación.

— ¡Hemos sido traicionados! — exclamó, estampando su puño furiosamente en la jamba de la puerta, sobre la cual, jadeante, acababa de apoyarse —. La mayor parte de los perros han muerto. Los demás no cesan de vomitar y ya no pueden servirnos de nada. Alguien debe haberles arrojado trozos de carne envenenada, a primera hora de la noche.

— Eso lo aclara todo — manifestó Roger con gesto sombrío —. Ya no cabe duda: el enemigo pretende asaltar la casa. Pero, ¿cómo pueden haberse enterado los hombres que componen esa columna de la existencia de vuestra jauría?

— Dentro de este distrito lo sabía todo el mundo — fue la pronta réplica de Bouçicault —, y Toussaint tiene espías por todas partes. Ya os lo he dicho: es un hombre que sobrepasa en inteligencia a los restantes generales negros. Al planear su avance debió saber lo de mis perros, decidiendo enviar varios hombres para acabar con ellos.

Era ya demasiado tarde para pensar en huir al bosque. Tenían ahora razones sobradas para pensar que la casa estaba siendo vigilada y la columna podía presentarse allí de un momento a otro. Abandonando el edificio se exponían a verse obligados a luchar al descubierto, privados de la protección de sus muros.

No podían hacer otra cosa que proceder a una detenida inspección de sus defensas y rogar a Dios que con el primer asalto aquella pequeña fuerza pensara que la casa en cuestión constituía un hueso difícil de roer. Después de barrar la puerta principal y cargar todas las armas de que disponían apagaron la mayor parte de las luces, colocando las otras de modo que desde fuera pareciese que las habitaciones se hallaban a oscuras. A continuación cada uno ocupó el puesto que le habían señalado, esperando ansiosamente la aparición del enemigo.

Brillaba la luna en el firmamento, iluminando el camino que conducía hasta la puerta principal del edificio. Disponían, pues, de

un buen campo de tiro por aquel lado y de otro mejor en la parte trasera, más allá de la terraza que daba al jardín. Creían, sin embargo, que era improbable un ataque procedente de allí a causa de que el jardín en cuestión no tendría más de treinta metros de profundidad, hallándose limitado por un muro enclavado en la cumbre de una pendiente que se prolongaba hasta las primeras escarpaduras de la costa. Quedaban las paredes laterales de la casa, flanqueadas por construcciones exteriores. Ahora bien, Dan y Jake se habían apostado en compañía de dos negros llamados Chrysostome y Clovis en el tejado. Desde aquella gran altura podrían en cualquier momento derribar a los asaltantes que se aventuraran por los tejados vecinos, situados a un nivel inferior.

Dieron las tres sin que los defensores del edificio percibieran el menor ruido procedente de la zona que vigilaban con creciente tensión. Pero sólo cinco minutos después de la hora indicada oyeron un rumor como de arbustos quebrados. Unos segundos más y de entre las altas palmeras que bordeaban el largo camino interior de la finca emergió un grupo de hombres.

Éstos se detuvieron a unos veinticinco metros de la casa. Uno de ellos, no obstante, continuó avanzando. De Bouçicault, estacionado al lado de Roger, junto a la puerta principal y frente a una de las ventanas laterales, ordenó que cada uno escogiera a su hombre para el primer disparo, absteniéndose de hacer fuego hasta que él lo mandara. El negro que se aproximaba vestía un llamativo uniforme. En la cintura llevaba una faja tricolor. Tratábase, evidentemente, de un oficial. Deteniéndose al pie de los escalones de acceso al edificio dijo con voz muy aguda:

— ¡Abrid esa puerta! Hemos advertido un resplandor de luces en algunas ventanas, por lo que me inclino a pensar que estáis esperándonos. Somos la escolta de un convoy que transporta muchos heridos y necesito la casa para instalarlos. Abrid la puerta ahora mismo si no queréis pasarlo mal.

De Bouçicault, por toda respuesta, abrió fuego sobre él. El oficial se derrumbó muerto sobre el suelo, ante la escalinata. Un segundo después se oyó una descarga cerrada. Varios negros cayeron ahora muertos o heridos. La noche se pobló de gritos y maldiciones. Los demás miembros de la tropa contestaron con otra descarga, disparando a ciegas, buscando protección en los arbustos más próximos. Oyóse el tintineo de los cristales rotos de las ventanas, incrustándose muchas balas en los postigos. A esto siguió un breve silencio, aprovechado por los miembros de los dos bandos para cargar sus armas de nuevo y buscar otros objetivos.

Durante la pausa Roger preguntó a de Bouçicault:

— ¿No os habréis precipitado? Necesitando la casa para convertirla en hospital no creo que ese hombre la hubiese destruido. Quizá hubiésemos podido pactar con él una rendición honrosa y conveniente para nosotros.

El francés emitió un gruñido.

— Vos no entendéis a esa gente. Con pacto o sin pacto, de caer en sus manos nuestras vidas le hubieran importado un bledo. Además, tal vez no se nos hubiese presentado jamás la oportunidad de matar al jefe de ese destacamento. Muerto él cundirá la confusión entre sus hombres, que actuarán a su capricho. Así pues, nuestras probabilidades de deshacernos de ellos se han centuplicado.

En el transcurso de la media hora siguiente todos pudieron ver que de Bouçicault tenía razón. Un pequeño grupo integrado seguramente por los negros más valerosos se abalanzó sobre una de las ventanas, que en seguida tuvieron que abandonar no sin sufrir un grave quebranto. Fue la única acción emprendida por los asaltantes. Los otros se limitaron a hacer disparos aislados, apuntando sobre algún que otro destello de luz que delataba la situación de las aspilleras.

De Bouçicault y los suyos no perdían un momento de vista las sombras que tan claramente se destacaban frente a la casa en contraste con la plateada luz de la luna. Disparaban al observar el menor movimiento entre los macizos de adelfas, buganvillas e hibiscos. De vez en cuando un grito les anunciaba que habían causado una baja más al enemigo. Pero así transcurrió una hora, sin que los sitiadores se desanimasen ante los continuos reveses ni mucho menos se decidieran por fin a abandonar la lucha.

Poco después de las cuatro y media uno de los negros lograba colar una bala, mediante eficaz disparo, por una de las aspilleras. El proyectil alcanzó a Théodule en la mejilla, arrancándole varios dientes. Amanda se apartó de Roger para atender al herido. Al regresar a su puesto observó que la luna había desaparecido tras las altas palmeras.

El camino interior de la finca aparecía débilmente iluminado aún. Los atacantes quisieron aprovechar la relativa oscuridad reinante en las inmediaciones para aproximarse a la casa. De pronto un grupo de aquéllos, como una docena en total, echó a correr en dirección a la puerta. Desde las ventanas era imposible disparar con alguna eficacia ahora. Los asaltantes comenzaron a golpear la puerta con grandes estacas y las culatas de sus

mosquetes, en un frenético afán por derribarla, y seguramente se hubieran salido con la suya de no haber mediado Dan y los hombres apostados en el tejado del edificio. Al oír el alboroto éstos se acercaron a la fachada, desde donde hicieron fuego sobre los soldados enemigos. Alcanzaron a dos y sus compañeros abandonaron precipitadamente aquel sitio para ocultarse entre los arbustos después de arrojar lo que tenían en las manos.

Hubo otro paréntesis de relativa quietud. Hasta que se presentó Eloi ante su amo, procedente de la parte posterior de la casa, para decirle que había un fuerte olor a humo por allí … Seguramente algunas de las construcciones exteriores habían sido prendidas y estaban ardiendo.

Mirando a Roger con cierta ansiedad, de Bouçicault musitó:

— No había querido hablar de esto pero es muy posible que pretendan hacernos salir de aquí mediante el fuego.

Inmediatamente se marchó, para averiguar qué era concretamente lo que ocurría.

El almacén de maíz, en efecto, estaba ardiendo. Pero entre éste y la casa se hallaba situada la lavandería de la plantación. De Bouçicault creía que si rociaban con agua los muros y el tejado de aquélla quizá lograran impedir que el fuego se propagara al edificio principal. Sin pérdida de tiempo el francés se puso a organizar una improvisada brigada de contraincendios.

La tarea del grupo encargado del tejado resultó fácil ya que no tenían que hacer otra cosa que transportar los baldes y dejar que se vaciaran. Algo distinto suponía la labor de alcanzar las paredes interiores de la lavandería. Los baldes tenían que pasar de mano en mano y a veces unos y otros se veían obligados a caminar con los mismos varios metros, pocos pero suficientes para correr el peligro de ser alcanzados por los disparos del enemigo, quienes podían haberse colocado en determinadas posiciones idóneas para enfilar la terraza. Previendo esto de Bouçicault apostó cuatro de sus hombres en las ventanas posteriores de la planta baja para cubrir el hueco. A continuación se puso a dar órdenes con el fin de lograr rápidamente la extinción del fuego.

Comenzó otra lucha tan breve como enconada. De Bouçicault, Kilick y dos negros consiguieron introducir sus baldes llenos de agua en la lavandería. Durante sus operaciones oyeron disparos aislados del enemigo y otros, réplica a los mismos, procedentes de las ventanas de la planta baja. Uno de los servidores, en la tercera salida, fue alcanzado en una de sus piernas por un proyectil. Los

demás abandonaron sus baldes para atenderle, introduciéndole en la casa. En aquel instante de Bouçicault resultó herido en un costado.

Éste, unos minutos después, con el rostro cubierto de sudor, penetró en el vestíbulo principal, diciéndole a Roger con entrecortada voz:

— Acompañadme, por favor. Quisiera hablar un momento con vos en privado.

Roger siguió a su anfitrión hasta una pequeña sala que acostumbraba a utilizar éste para despachar los asuntos relativos a sus propiedades. Derrumbándose sobre una silla manifestó:

— Tendremos que rendirnos. Han conseguido herir ya a dos de los nuestros. Si no cedemos nos destrozarán. Por lo que a mí se refiere estoy listo.

— ¡No digáis eso! — exclamó Roger volviéndose hacia la puerta —. Iré a buscar al doctor Fergusson.

De Bouçicault le detuvo con un gesto de impaciencia.

— No me servirá de nada. Uno de esos diablos negros ha logrado eliminarme. Escuchadme, señor. Dispongo de poco tiempo. Contad a mi esposa — si conseguís llegar alguna vez a St. Nicholas —, cómo encontré la muerte. Esto, señor Brook, marcha mal para todos. Nunca habéis tenido menos probabilidades de salir con vida de esta encerrona.

Las facciones de Bouçicault se contrajeron repentinamente. Luego sufrió un violento ataque de tos. Tras haber escupido un poco de sangre en su pañuelo se incorporó haciendo un gran esfuerzo e inclinándose hacia delante extrajo de uno de los cajones de su mesa de despacho un pequeño frasco lleno de líquido rosado, añadiendo:

— Si el viento no cambia, el fuego se extenderá por toda la casa. Sentiréis entonces deseos de rendiros. Alejad tal idea de vuestra mente. Estoy pensando en las mujeres ahora. Esos diablos no sólo las violarán sino que las mutilarán horriblemente. Lo sé muy bien … He visto lo que han hecho en otras partes.

De Bouçicault sufrió otro fuerte golpe de tos. Alargándole el frasco a Roger continuó diciendo:

— En el comedor encontraréis una botella de vino. Verted esto en la misma. Valeros de cualquier pretexto para que ellas beban de ese líquido. En vuestro lugar yo las imitaría. Se trata de un veneno muy efectivo. Si queréis salvarlas de … de … Cuando os parezca que todo está perdido no dudéis, os lo ruego. Éste …, éste es

vuestro deber para con las personas que amáis.

Capítulo XV

DIFÍCIL ELECCIÓN

Apenas de Bouçicault hubo acabado de pronunciar aquellas terribles palabras, que implicaban una horrorosa responsabilidad para Roger, su cuerpo se estremeció, sacudido por una violenta convulsión. Brook oyó entonces la respiración crecientemente agitada de su amigo, quien, segundos después moría.

Roger no era hombre ciertamente que pudiera ser tachado de cobarde. Pero en aquellos instantes temblaba. La palidez de su rostro se había extendido incluso a sus labios. Pensaba que de Bouçicault le había dicho la verdad pero dudaba de ser capaz de seguir sus indicaciones. Sin cesar de temblar acomodó el cadáver del francés en el sillón, cubriendo su rostro con un paño, el primero que halló a mano, saliendo lentamente de la habitación.

Eran ya casi las cinco y media. Pronto amanecía. Como siempre ocurría a aquella hora la furia del viento había decaído. Sin embargo, una ligera brisa procedente del mar avivaba aún las llamas que iban consumiendo progresivamente el almacén del maíz. Había buenas razones para suponer que los negros habían elegido aquella construcción con un fin concreto, ya que caía hacia el lado del mar. Al dejar los sitiados de arrojar baldes de agua sobre las llamas el tiroteo cesó. En consecuencia, a primera hora de la mañana Roger pudo oír perfectamente el chisporroteo del fuego al cebarse en las viejas y resecas vigas que formaban la estructura de la nave.

Tan pronto como los demás se enteraron de la muerte de de Bouçicault quedó acordado tácitamente, de un modo unánime, que Roger ocupara su puesto. Era pues ya el jefe del grupo. Sus preocupaciones iban *in crescendo*. De haberse encontrado fuerte, en forma física adecuada, hubiera plantado el desesperado recurso de

llevar a cabo una arriesgada salida para infligir un severo castigo a sus enemigos. También con la confianza de que aprovechando la confusión alguien entre ellos pudiera huir con las mujeres, escondiéndose en los bosques vecinos. En el estado en que se hallaba no había ni que pensar en tal cosa. Expuso la idea a Fergusson, sugiriendo que él o Dan dirigiera la intentona. Inmediatamente, Amanda y Georgina se negaron a salir de allí sin Roger.

Todo lo que podía hacer era reforzar el grupo que operaba en el tejado combatiendo el incendio, con la esperanza de que la labor de los miembros de aquél bastara para detener el fuego. Pero las llamas habían tomado ya mucho incremento, iluminando ahora lúgubremente aquel escenario de la lucha. Gracias a tal circunstancia los sitiadores podían disparar sobre los hombres que se movían de un sitio para otro en el tejado. Kilick fue herido de nuevo, esta vez en la mano, y poco después Ovid, el servidor mulato de de Bouçicault, moría de un balazo en la cabeza. Estas bajas y el lujo de precauciones que tenían que desplegar los otros dejó sin efecto el refuerzo recibido.

Poco después de que Kilick bajara con el fin de que le vendasen la mano, las llamas prendieron en el techo de la construcción. La parte superior del edificio parecía en aquel momento la boca de un volcán. Unos minutos más tarde el fuego se propagaba a la vivienda y una espesa nube de humo invadía sus habitaciones.

Profundamente preocupado, Roger se dirigió al comedor. Tomando una gran jarra, vertió en ella el contenido de dos botellas de vino y a continuación el veneno. Luego colocó cerca de la jarra varios vasos. Al volver al vestíbulo no se atrevió a explicar a nadie lo que acababa de hacer.

Había amanecido ya. Roger miró por una de las aspilleras. En su corazón desapareció toda esperanza. A cierta distancia de la casa se encontraban unos cien soldados negros, apoyados tranquilamente en sus mosquetes, esperando órdenes por lo visto. Los sitiadores habían recibido algunos refuerzos. Roger ya no tenía por qué molestarse en persuadir a sus amigos para intentar una escapada. No les quedaba más solución que la de ingerir el brebaje …

Uno de los negros, tocado con un casquete adornado con numerosas plumas ordenó a un soldado que se adelantara. El hombre llevaba en las manos un trozo de tela blanca. Al acercarse a la casa el negro levantó la cabeza. Roger comprendió entonces. Tratábase de un parlamentario. Con temblorosos dedos se dispuso

a quitar la barra que mantenía firmemente cerrada la puerta.

— En nombre del Cielo, ¿qué estás haciendo? — le preguntó Amanda.

— Quieren parlamentar y voy a salir a su encuentro — replicó Roger.

— ¿Te has vuelto loco? Esa gente te hará pedazos si te pones a su alcance. El señor de Bouçicault conocía bien a la chusma que tenemos ahí enfrente. Una vez me dijo que antes pondría su confianza en un lobo hambriento que en ellos.

— No importa — contestó Roger —. Es un riesgo que tengo que correr.

Amanda se abrazó a su esposo para impedirle que persistiera en su propósito de salir. Dan, cubierto de sudor, con el rostro ennegrecido por el humo, acababa de bajar del piso. Roger se apresuró a llamarle.

— ¡Rápido, Dan! Sujeta a tu señora. Tenemos que aprovechar esta oportunidad.

Después de vacilar unos segundos, Dan obedeció, cogiendo a Amanda por los hombros. Las otras mujeres se hallaban ocupadas en la tarea de cargar armas en distintas habitaciones. El viejo Eloi había traído una nueva provisión de pólvora, sacada del armario existente bajo las escaleras. Fergusson se había apostado junto a la puerta del fondo del vestíbulo que daba a la terraza. Apoyándose en sus muletas, Roger se aproximó al doctor, hablándole en voz baja del vino envenenado. Al regresar comprobó que el humo se extendía en desgarrados jirones, que recordaban los tentáculos de un gigantesco pulpo, por todos los cuartos de la fachada principal. Plantándose ante Amanda, Roger le dijo en un tono más sereno:

— Quizá tengas razón, amor mío, pero yo sólo pretendo sacar el máximo partido de la única oportunidad que se nos presenta de salvarnos. Si tus temores resultan luego justificados tú y los demás habréis de ingerir el vino que he dejado preparado en el comedor. Ahora debes prometerme que procederás así y no sólo eso sino que también te esforzarás por persuadir a los vacilantes para que imiten tu ejemplo.

Los ojos de Amanda se dilataron. Comprendía que aquel vino a que su marido se había referido no constituía una bebida ordinaria. La joven asintió, inclinando lentamente la cabeza. Después dijo:

— Haré lo que tú dices, cariño. Es el camino más fácil. Que Dios te proteja y permita que vuelvas a mi lado.

Eloi se había dado cuenta de que Roger había adoptado una decisión inquebrantable. Acabando de quitar la barra de la puerta, suspiró, abriendo ésta.

Brook avanzó apoyándose en sus toscas muletas, de confección casera. El soldado que llevaba la bandera blanca hallábase ahora a unos veinte metros de la casa. Desde el sitio en que se encontraba dijo levantando la voz:

— El general Toussaint l'Ouverture desearía hablaros.

— Condúceme ante él.

Al ver a Roger acercársele el oficial negro del gorro de plumas se separó de sus hombres, saliendo a su encuentro. Los dos se quedaron parados al hallarse a una distancia de dos metros entre sí. Roger observó al general ansiosamente, deseoso de averiguar algo sobre su carácter guiándose por los rasgos de su rostro. Era éste alargado, fino, destacando en el mismo la frente, despejada, y los hundidos ojos, de inteligente expresión. Tratábase de un hombre de elevada estatura, todo nervio. El brillante uniforme, con sus doradas charreteras, parecía colgar un poco de su delgado cuerpo. Tras unos segundos de silencio inquinó en el bisbiseante francés que hablaban todos los negros de la isla:

— ¿Sois vos el propietario de esta casa?

— No — contestó Roger —. Estoy aquí tan solo desde hace dos semanas, en calidad de huésped, tras haber escapado de los piratas, en cuyas manos tuve la desgracia de caer.

— ¿Cuál es vuestro nombre? ¿Dónde os hallabais en el instante de ser capturado?

— Me llamo Brook y soy inglés. En el momento de mi captura me dirigía a la isla de Martinica, de la que he sido nombrado Gobernador por mi rey.

Los párpados del negro se estrecharon ligeramente.

— Sois, entonces, una persona de calidad, ¿no?

Roger comprendió rápidamente lo que podía haber tras estas palabras, apresurándose a responder:

— Todas las personas que hay ahí dentro, excepción hecha de aquéllas que han residido habitualmente en la casa, son también de nacionalidad inglesa. Entre ellas se encuentra la condesa de St. Ermins, una dama mucho más rica e influyente que yo incluso.

El general asintió.

— Me han informado de la presencia de varias mujeres aquí. Por tal razón me he decidido a parlamentar. No me gusta combatir contra aquéllas, sea cual sea su nacionalidad.

— ¿Queréis decir que estáis dispuesto a concederles un salvoconducto, para que puedan llegar a St. Nicholas? — preguntó Roger, repentinamente esperanzado.

— No me es posible acceder a eso. Pero tengo un gran interés en disponer de la casa cuanto antes, con objeto de instalar en ella a mis heridos, en lo que no habrá ya que pensar si permitimos que arda en su totalidad. Os fijaré unas condiciones razonables si no oponéis resistencia.

— ¿Cuáles serán vuestras condiciones? — preguntó Roger procurando disimular la emoción que se había apoderado de él.

— Garantizo vuestras vidas con una sola excepción: la del hombre que disparó sobre mi oficial, matándole, cuando éste os invitó a rendiros. Por acto tan censurable es justo que muera.

— El autor del disparo a que os referís fue el señor de Bouçicault, ya fallecido, a consecuencia de una grave herida. ¿Cuáles son vuestras intenciones con respecto al resto de nosotros?

— Quiero contar con algunos rehenes. Dada vuestra calidad creo que será posible un intercambio de prisioneros con los ingleses. Éstos retienen a algunos de mis hombres … No obstante, no puedo prometeros nada en tal sentido.

— ¿Es aplicable vuestra promesa de protección a los servidores de color que hay en la casa?

— Es una lealtad mal entendida la de esos hombres. Sin embargo yo admiro aquélla cuando se aplica a cualquier causa con sinceridad. Quizá les deje en libertad. Daré órdenes para que no sean molestados. Confío en que a no mucho tardar adviertan dónde están los verdaderos intereses de su raza.

— ¿Qué será de nosotros si no llegáis a ningún acuerdo con mis compatriotas sobre lo del intercambio?

En los hundidos ojos del negro, Roger sorprendió un repentino destello que delataba su fanatismo.

— En ese caso seguiríais cautivos hasta que yo hubiese arrojado de esta isla al último hombre blanco. Luego os libertaría.

Roger se dijo que a los terroristas franceses les había salido un verdadero grano al hacer de aquel general negro — indudablemente un hombre de recia personalidad —, su aliado. Los españoles, por su parte, en la zona oriental de la isla, se estaban labrando su ruina con la ayuda que le prestaban. Pero de momento, Roger se interesaba por su destino propio y el de sus amigos. Convertirse en los prisioneros de una horda de negros sedientos de sangre era una perspectiva que habría desalentado a

cualquiera. No obstante, aquello significaba la vida … si el general Toussaint mantenía su palabra.

Roger pensó que, con toda seguridad, de Bouçicault habría visto en el ofrecimiento del general una celada, proyectada para sacarles de la casa antes de que ésta hubiese ardido del todo. Efectivamente, había que contar con semejante posibilidad. Pero en el transcurso de aquel diálago Brook se había convencido de que Toussaint era un hombre sincero. Decidió entonces aceptar el riesgo procurando comprometerle hasta el máximo. Así pues, tendiéndole la mano dijo:

— ¿Me prometéis solemnemente respetar los términos de nuestro acuerdo? ¿Tendríais inconveniente en sellar vuestra promesa con un apretón de manos?

Una repentina sonrisa iluminó la delgada faz del negro al contestar:

— Señor: es muy raro que un hombre blanco ofrezca su mano a un negro. Me alegro mucho ahora de que la noticia de la escaramuza aquí habida me obligara esta noche a separarme del grueso de mis tropas con algunos refuerzos. Estrecho vuestra mano muy complacido. Podéis estar seguro de que cumpliré mi palabra.

Por un instante sus largos y huesudos dedos se incrustaron en los de Roger.

Enormemente aliviado por su promesa, Roger regresó a la casa, en tanto que el general Toussaint daba órdenes, organizando la tarea de extinción del fuego.

Roger y los componentes de su grupo habían llegado a la mansión de de Bouçicault carentes de todo y el caballero francés habíales provisto de cuanto necesitaran a base de vaciar el contenido de los guardarropas de su mujer e hijas aparte del suyo propio. Los que se encontraban en condiciones de caminar echaron a correr al piso, donde hicieron varios paquetes con sábanas y otros artículos que les permitirían pasar ligeramente mejor las largas horas del cautiverio. Roger, entretanto, tiró el vino envenenado. Luego, al frente de los demás, se encaminó al sitio en que aguardaba el general.

La mujer del portero de la finca preparó para ellos un pequeño refrigerio, después del cual todos se sentaron junto al pórtico, extenuados a consecuencia de las actividades de aquella noche y de las encontradas sensaciones experimentadas. A todos les preocupaba demasiado su futuro para poder llegar a conciliar el sueño fácilmente, limitándose por ello a dar unas breves

cabezadas.

Alrededor de las diez apareció el general, acompañado únicamente por un *Aide-de-camp*. Dirigiéndose a Roger, aquél dijo:

— El fuego ha sido extinguido. Ahora tengo que reunirme con el grueso de mis tropas. El lugarteniente Charlemagne será responsable de vuestra seguridad. Obedeced sus órdenes y nadie os causará daño alguno.

Una hora más tarde vieron acercarse por el camino un carromato, el cual, evidentemente, había sido sacado de los establos de de Bouçicault, en unión de los caballos que tiraban del mismo. Del vehículo se apeó un joven oficial negro, manco, y media docena de soldados.

El oficial paseó una mirada poco cordial por el grupo, anunciando secamente:

— Soy el lugarteniente Charlemagne. Las mujeres y los heridos viajarán en el carromato. Los demás irán a pie.

Los soldados se alinearon detrás de estos últimos. Además de las mujeres ocuparon el espacioso interior del vehículo Tom y Roger. El lugarteniente Charlemagne trepó al pescante de aquél y el grupo se puso en marcha.

Fue aquél un viaje de pesadilla, que duró dos días con sus dos noches. Bien se vio por su actitud que ni Charlemagne ni sus soldados comprendían ni aprobaban la orden que recibieran de conservar vivos a los prisioneros. Consecuentemente, nada hicieron por suavizar su lento progreso por carreteras en muy mal estado, bajo un sol abrasador. Todo lo contrario … Les arrojaban más que daban los alimentos cada mañana y cada noche, negándoles el agua durante muchas horas, y las mujeres se vieron colocadas en posiciones tan embarazosas que de no ser por el estoicismo que se había desarrollado en ellas, por efecto de las desagradables experiencias anteriores, habríanse muerto de vergüenza.

Por fin llegaron al término de su viaje. Los expedicionarios no tenían la menor idea sobre el nombre del lugar en que se habían detenido. Sabían únicamente que habían estado encaminándose hacia el sureste a lo largo de cincuenta millas, deteniéndose frente a una destartalada mansión plantada en un bosque, al pie de una cadena de montañas.

El hermoso edificio se encontraba en el estado descrito no mucho tiempo atrás por de Bouçicault al referirse a las casas propiedad de los plantadores en otro tiempo, ocupadas luego por los negros. Todo en aquélla revelaba el más completo descuido.

Veíase por los alrededores una multitud de negros adultos de ambos sexos y también innumerables criaturas, unos y otros en un indescriptible estado de escualidez. Entre la vivienda principal y las construcciones exteriores, disputándose hasta el último rincón, habría un centenar de personas. Al ver el carromato se lanzaron todas como un enjambre hacia él. Los prisioneros hubieron de oír toda clase de insultos. Nadie parecía ser capaz de imponer autoridad alguna entre aquella gentuza. Roger temió que acabaran asesinándolos allí mismo. Por último, Charlemagne, puesto de pie en el pescante, declaró a gritos que el general Toussaint le había ordenado que disparara sobre cualquiera que se atreviese a poner una mano sobre los prisioneros. Entonces todos retrocedieron en silencio.

La cuestión del alojamiento de los recién llegados fue solucionada arbitrariamente por Charlemagne, quien ordenó a sus soldados que arrojaran a la puerta a media docena de familias que ocupaban tres áticos, en la parte superior de la casa. A las mujeres les fue cedido uno, y otro a los hombres. Charlemagne se reservó el más grande, para él y su guardia.

Las habitaciones, de techos muy bajos, se hallaban en un estado lamentable. Veíanse escarabajos por todos los rincones. Había desaparecido todo enser y los prisioneros pidieron a Charlemagne que les proveyera al menos de colchonetas. El negro se encogió de hombros, contestando que no se disponía de ellas allí. Manifestó además que no era su propósito proporcionarles comodidades a base de despojar a las gentes de su raza, tratadas siempre por los blancos como si fueran animales. Había recibido órdenes concretas. No tenía más misión que la de impedir que sufrieran algún daño. Tenían que vivir de momento como pudieran.

A tan miserable condición habían sido reducidos. Se les permitió que retuvieran las maletas que habían traído consigo, las cuales se apresuraron a utilizar a modo de almohadas, dando la aplicación que estimaron más conveniente a sus contenidos. La comida que se les facilitaba era más adecuada para unos cerdos y tenían que llevársela a la boca sacándola de un gran cuenco con los dedos. Las medidas sanitarias adoptadas resultaban degradantes y el olor en las piezas ocupadas era irresistible. No les dieron agua para lavarse y durante muchas horas en el transcurso del día la atmósfera en los áticos era asfixiante a causa de que los rayos solares calentaban enormemente el techo.

Los insectos se cebaban en ellos y de no haber tomado

Fergusson la precaución de coger en la casa de de Bouçicault un frasco que contenía esencia de corteza de quina, parte de la cual vertía por las mañanas en el agua que bebían, casi todos habrían caído enfermos, con la fiebre amarilla, seguramente. A despecho de las aterradoras condiciones en que vivían su salud seguía siendo buena. Roger y Tom, incluso, cobraron fuerzas, por efecto de la obligada inactividad que tenían que observar.

Con el fin de combatir su melancolía dividieron la jornada en varias partes, procurando mantener sus mentes constantemente ocupadas. De la cotidiana operación de liberarse de los piojos que infestaban sus ropas habían hecho una competición. El ganador de la misma señalaba los juegos a que debían entregarse hasta el mediodía. Durante las horas de calor de la tarde se esforzaban por conciliar el sueño. Inmediatamente les llegaba a cada uno, sucesivamente, el turno de contar historias más o menos verídicas o acontecimientos relativos a sus vidas. Los referidos por Dan, vividos por él durante sus años de contrabandista, obtuvieron un gran éxito. Wilson entretuvo por espacio de muchas horas a sus amigos, contándoles hechos de la Guerra de la Independencia y detalles de la vida en los Estados Unidos. Por la noche unían sus voces en un improvisado coro, entonando las canciones que primero se les venía a la memoria.

Sin embargo, seis o siete días después, la imposibilidad de amenizar con datos inéditos las prolongadas reuniones y la certeza de que sus carceleros no abrigaban la menor intención de disminuir los rigores de aquella existencia convertían el ejercicio colectivo en un trabajo más que un juego o pasatiempo.

Los negros se pasaban la mayor parte del día tumbados. Solían levantarse a la llegada de la noche, derrochando sus energías en las ceremonias voduistas. Los prisioneros percibían desde sus habitaciones el rumor solemne de sus cánticos y danzas. A medianoche éstas se tornaban frenéticas. La casa entonces se llenaba de acompasados ruidos. Con las primeras horas de la mañana cesaba gradualmente el rumor de sus diarias orgías.

Roger daba vueltas y más vueltas sobre las duras tablas que le servían de lecho, escuchando el enloquecedor ritmo de los tambores. Durante esas horas intentaban idear algún plan para huir de allí. Pero el problema resultaba insoluble.

Roger ya no precisaba de sus muletas para andar. De haberse hallado en aquel lugar solo, o acompañado únicamente por hombres, habría intentado escaparse en el transcurso de la noche, saliendo al tejado por una de las claraboyas. Claro que de haber

logrado su propósito hubiera tropezado con el obstáculo que suponían las muchas millas de camino que les separaban de las tropas inglesas. La compañía de las cuatro mujeres hacía todo proyecto inadmisible. No había tampoco que pensar en un repentino ataque contra sus guardianes, ya que un intento semejante hubiera sembrado rápidamente la alarma por todo aquel distrito, ofreciéndoseles tantas posibilidades de desbordar a la multitud de negros que les rodeaban como de llegar a la otra orilla del Atlántico cruzando éste a nado. Charlemagne y sus hombres no les miraban con buenos ojos, ni mucho menos, pero aquéllos constituían su única salvaguardia. Habían dado pruebas ya de lealtad para con su general rechazando ciertas demostraciones hostiles. A Roger se le antojó una locura, la idea de dejarles *hors de combat*, en cuyo momento caerían en manos de sus hermanos de raza.

El pensamiento de una cautividad indefinida les aterraba. En vano se esforzaban por consolarse recordando su apurada situación no mucho tiempo atrás. Clarissa, quizá por ser la más joven, era la más seriamente afectada por aquella desmoralizadora incertidumbre. Hasta entonces siempre había conseguido mostrar tanta entereza como sus compañeras de desventura, de más edad. Víctima de su pesimismo, llegó a afirmar que su estancia allí duraría años enteros, sosteniendo que cuando recobrara la libertad no sería más que una desvaída estampa de sí misma, con un rostro saturado de arrugas y un cuerpo descarnado. Un destino cruel, evidentemente, deseaba robarle así su juventud. Amanda y las otras oíanla sollozar antes de dormirse. Efectivamente, su faz comenzó a estropearse con alarmante rapidez. Perdió su nariz gracia, desapareció de sus mejillas todo color … Hasta el brillo de sus cabellos se desvaneció. No acertaban a decirle nada para animarla, para contener aquel envejecimiento prematuro.

Llegó el día de Navidad, que pasó como tantos otros. En aquellas circunstancias no cabía pensar en regocijo alguno, que hubiera parecido más bien amarga burla entre ellos. Pero al siguiente fueron sacados de su sopor por una orden. Todos se pusieron de pie en un santiamén, presas de una excitación creciente. Desde el corredor Charlemagne había gritado:

— Coged vuestras cosas. Nos vamos de aquí.

Latían sus corazones alocadamente. Pensaron en seguida que el general Toussaint había llegado a un acuerdo con los ingleses con respecto al intercambio. El lugarteniente manco no se molestó en confirmar sus esperanzas ni tampoco echó éstas por tierra. Tras

lanzar un escupinajo al suelo contestó, encogiéndose de hombros:

— Me han ordenado que os conduzca a otro sitio. No necesitáis conocer más. ¡Vamos! ¡Daos prisa!

Los prisioneros no necesitaban que se les apremiase. Su alojamiento futuro no podía ser peor que el que habían tenido allí por espacio de diez interminables días. A los pocos minutos habían guardado en las maletas sus contados efectos. Sus guardianes tuvieron que protegerles de nuevo al bajar las escaleras de la casa. A un lado y a otro de ellos habíase apostado una multitud de negros que no cesaban de aullar, vomitando continuos insultos.

El carromato se encontraba delante del edificio. Advirtieron en seguida que de aquél habían desaparecido los cortinajes, habiendo sido sustituidos por trozos de cuerdas los finos arneses de las monturas. La tapicería del vehículo había quedado destrozada, siendo destripados los cojines utilizados como respaldo. Quedaban las maderas peladas por todo asiento. No obstante, los prisioneros subieron con cierta alegría al carromato, esperanzados, casi seguros de que aquél les transportaba a un futuro mejor.

Los guardianes persistían en su actitud de siempre, tratándoles duramente sin necesidad alguna. Aquel viaje resultó, por diversos motivos, más penoso que el anterior. Fue también más largo. Las esperanzas de los prisioneros iban siendo confirmadas. Desplazábanse en dirección a la costa y este hecho les dio nuevas energías y paciencia.

A la cuarta noche el vehículo se detuvo en un cruce de carreteras. Fueron dadas órdenes para que sus ocupantes se apearan. Recorrieron a continuación una pequeña distancia a pie, penetrando más adelante en un bosque. Media hora más de camino, al término del cual llegaron a unas ruinas. Al parecer se trataba de los restos de un monasterio levantado en los días de la ocupación española.

Varios soldados negros emergieron de entre los montones de grandes piedras. El oficial que les mandaba celebró una breve entrevista con Charlemagne. Finalizada ésta el lugarteniente manco se alejó con sus hombres, sin echar siquiera un vistazo sobre sus prisioneros antes de irse. Sabían éstos que debían la vida a su rectitud, a su, al parecer, inquebrantable obediencia a las órdenes recibidas. Nadie, sin embargo, experimentó pesar alguno por su marcha.

El otro oficial les ordenó con un gruñido que le siguieran, negándose a responder a sus preguntas. Rodeados, pues, por una nueva y superior escolta, continuaron avanzando por el bosque

hasta llegar a un espacioso claro. En la parte oriental del mismo estuvieron aguardando durante más de una hora. Hallábanse muy nerviosos. Finalmente oyeron un disparo en las inmediaciones. El oficial dio una orden y entonces dos de los soldados dispararon sus armas al aire. Evidentemente, tratábase de señales previamente convenidas.

Varios minutos más tarde vieron, a la débil luz de las estrellas, unos grupos de hombres moviéndose entre los árboles. El oficial negro salió a su encuentro al frente de unos cuantos soldados. Hubo un intercambio de contraseñas. Roger oyó una voz. A juzgar por la forma en que hablaba el francés debía tratarse de un compatriota suyo. Sus compañeros habían llegado a idéntica conclusión. Impulsados por su alegría, arrojáronse unos en brazos de otros. La emoción cubrió sus rostros de lágrimas.

A partir de aquel instante los acontecimientos parecieron precipitarse. Entre continuas risas y charlas los soldados negros desaparecieron con los prisioneros que los ingleses acababan de entregarles. Roger y su grupo se vieron rodeados por muchas casacas rojas, estrechando afectuosamente las manos de un joven y rechoncho oficial que se presentó a sí mismo como el capitán Mansfield, del 41° Regimiento.

Como en un sueño, recorrieron otra milla de bosque para llegar a una carretera en la que esperaban varios carruajes. Poco después del amanecer entraban los expedicionarios en la fortaleza de St. Nicholas.

Había sido conocida ésta por el nombre de «el Gibraltar de las Indias». Poseía un hermoso puerto natural. El castillo, situado sobre una elevación, dominaba el estrecho existente entre Santo Domingo y Cuba. El capitán Mansfield no les condujo a aquél, explicando que se hallaba atestado de refugiados. Habíaseles reservado las habitaciones necesarias en el *Hotel de France*, situado en la plaza central del pequeño poblado que se cobijaba bajo la fortaleza.

Ya en el hotel, su propietario, *monsieur* Ducas, les dio la bienvenida. El capitán Mansfield dijo a Roger que haría por verles más tarde. Apenas si acertaron a darle las gracias por sus atenciones. Conducidos a sus respectivas habitaciones, se despojaron de sus sucias ropas, acostándose.

Al despertar apenas podían dar crédito a aquello. Pero pronto tuvieron la seguridad de no estar soñando al poder apreciar la comodidad de sus lechos y el orden y limpieza imperantes en las habitaciones, perfectamente amuebladas. Había pasado la hora de

la comida. El capitán Mansfield, que ya previera que se pasarían durmiendo la mayor parte del día, presentóse en el hotel portador de los saludos del comandante de la guarnición de la fortaleza … y una bolsa de veinticinco guineas, destinadas a satisfacer las necesidades más inmediatas de Roger y los suyos. La servidumbre recibió instrucciones en el sentido de subir a los cuartos con bandejas colmadas de distintas viandas tan pronto los nuevos huéspedes diesen señales de vida. Éstos, una vez hubieron comido, dedicáronse a hacerse mutuas visitas, tras lo cual volvieron a sus respectivos lechos.

A la mañana siguiente los servidores del hotel estuvieron bastante ocupados por espacio de una hora, llevando agua caliente a las habitaciones, con objeto de que los huéspedes pudiesen atender a su aseo personal. Fueron requeridos los servicios de dos barberos, presentándose más tarde en el establecimiento un comerciante, encargado de suministrar a los viajeros las ropas que precisaban. A mediodía las personas de más calidad del grupo se hallaban vestidas de un modo correcto, ya que no elegante. Los demás lucían limpios y ligeros atuendos tropicales, más sencillos.

A las dos llegó al hotel el capitán Mansfield, quien había de acompañar a Roger, Wilson, Fergusson y las tres damas hasta la fortaleza, para comer con el jefe de ésta, el coronel Seaton. Resultó ser éste un escocés ya entrado en años. Roger advirtió en seguida que se encontraba frente a un hombre hábil y calculador, al que no se le había escapado que la buena predisposición del futuro Gobernador de la Martinica y la condesa de St. Ermins podía serle de utilidad algún día. Después de condolerse por todas aquellas pruebas a que les había sometido el destino, se puso a sus órdenes. Quería ayudarles en la forma que ellos estimaran más oportuna y eficaz.

Ellos le dieron las gracias efusivamente por haber concertado el intercambio de prisioneros que les liberara definitivamente de la desagradable tutela de los negros. Agradeciéronle también sus otras atenciones. Roger se apresuró a extender un pagaré por la suma que él les prestara, contra la Banca Hoare. Luego le informó que deseaban proseguir viaje a Jamaica, tan pronto como fuera posible. El coronel Seaton les dijo que por el hecho de estar enlazado el puerto de St. Nicholas con el de Kingston por barcos que visitaban regularmente aquellas zonas esperaba tener ocasión de complacerles en seguida. A continuación pasaron todos los reunidos al comedor.

La comida no resultó muy alegre. Aunque el coronel era

precavido en sus manifestaciones veíase claramente que se hallaba algo resentido. En Inglaterra había muy poca comprensión con respecto a los problemas y las necesidades de las tropas que operaban en las Indias Occidentales. Seaton estaba deprimido por las numerosas bajas que la fiebre amarilla había causado entre sus hombres.

Recordando las palabras de Droopy Ned, Roger le aconsejó que obligara a los enfermos a hacer un corto viaje por mar. El coronel no estimaba eficaz tal remedio. Por otro lado, la guarnición se hallaba tan mermada que no se atrevía a privarse, ni temporalmente siquiera, de ciertos colaboradores. El peligro que se cernía sobre la fortaleza de St. Nicholas se hubiese agudizado en tal caso, según él.

Terminaron la sobremesa alrededor de las siete. Las damas se retiraron a un gabinete y los hombres se acomodaron frente a sus respectivas copas de Oporto. Una hora más tarde las señoras se unieron a ellos y al cabo de un rato Georgina inició los clásicos movimientos de cortesía precedentes a la despedida. Entonces, el coronel, manifestando una gran sorpresa, que por todas las trazas parecía sincera, les recordó que se encontraban en la víspera de Año Nuevo, agregando que sus oficiales ansiaban darles la bienvenida y celebrar en su compañía la marcha del Viejo.

Las emociones últimas les habían hecho olvidarse por completo del día que vivían y aunque a todos les hubiera gustado más disfrutar de la oportunidad de refugiarse de nuevo entre las limpias sábanas de sus lechos en el hotel, una elemental cortesía les exigía que continuaran donde estaban. Como ninguno de ellos tenía amistades relacionadas con el coronel y éste sabía poco de Santo Domingo la conversación fue un poco forzada. Finalmente dieron las diez, momento en que Seaton les condujo, después de pasar por varios corredores bastante húmedos, a la residencia de los oficiales.

Las mujeres inglesas eran en St. Nicholas tan extrañas como las moscas en la lejana patria durante el mes de diciembre. Los oficiales, reunidos allí en número de treinta, aproximadamente, acogieron a Georgina, Amanda y Clarissa con una espontánea ovación. Pero los recién llegados habían pasado muchas penalidades en los últimos tiempos para poder ponerse a tono con aquella desbordada alegría. Desde luego, agradecieron de corazón los innumerables brindis que se les dedicaron e hicieron cuanto estuvo en sus manos para disimular el cansancio, que aún no les había abandonado del todo, pero lo mismo las señoras que los

hombres se sintieron extraordinariamente contentos cuando todos saludaron el nacimiento del Año Nuevo de 1795 con las canciones tradicionales. Había llegado el instante tan ansiado de reintegrarse al hotel.

Al día siguiente, tras haber dormido muchas horas y haberse permitido el lujo de otro baño, Roger se sintió notablemente recuperado. Habiendo averiguado las señas de *madame* de Bouçicault cumplió con el triste deber de informarle sobre la muerte de su marido. Luego, al volver al hotel, no teniendo nada mejor que hacer, se le ocurrió que no estaría de más para él conocer las opiniones de un burgués sobre el futuro de Santo Domingo. Buscó a *monsieur* Ducas, sugiriéndole que se reunieran para charlar un rato ante una botella de buen vino.

Dándole las gracias por el honor que *Son Excellence le Gouverner* le hacía el hotelero condujo a Roger a su despacho particular, ordenando a uno de los servidores que les llevara una botella de su mejor *Chateauneuf-du-Pape*. Como Roger hablaba un francés perfecto el hombre olvidó en seguida que se estaba dirigiendo a un hijo de Gran Bretaña, despojándose de todo género de prejuicios.

Era un individuo leal, en realidad. En Santo Domingo, al igual que en Francia, la nobleza habíase mostrado estúpida, codiciosa y despótica. En un principio él había estado al lado de los revolucionarios, que prometieran introducir un orden de cosas más justo. Pero algo había ido mal. En París los demagogos habíanse apartado de Dios, asesinando al rey. Luego se apresuraron a sembrar la confusión en las colonias, impulsados por criminales propósitos contra todo aquél que poseía algo. Para salvarse de tanta matanza los colonos se vieron forzados a requerir el auxilio de los ingleses. ¿Qué otra salida podían haber tenido? Francia, sin embargo, acabaría recobrando el juicio. Santo Domingo significaba para ella tanto como Provenza. Oportunamente, el territorio habría de ser reintegrado a la madre patria, en consecuencia. Surgirían dificultades, por supuesto. Ellos confiaban llegado el caso en la comprensión de sus amigos, los ingleses.

Lo más trágico era, añadió el hotelero, que se había malogrado una ocasión, dada la posibilidad de una revolución moderada, sin inútiles derramamientos de sangre. La fatal desviación se debía a los mulatos. Éstos habían sido los que antes que nadie cogieran las armas. Los negros, por sí solos, nunca hubieran dado tal paso.

— Yo creí — observó Roger —, que los mulatos habían

pensado únicamente en ellos, comprendiendo que el sentimiento liberal en la Francia prerrevolucionaria podía proporcionarles igualdad de derechos con los blancos. No había por qué pensar lo mismo en relación con los negros.

— Cierto, *monseigneur*. Y, desde luego, muchos de los mulatos más ricos poseían esclavos. Pero cuando un país se ve dividido por una guerra civil, ¿quién puede asegurar dónde se detendrá la conflagración? La visión de los plantadores blancos asesinados, junto a sus casas, saqueadas e incendiadas, excitó las mentes de los negros. De no ser por esto los tempestuosos discursos de los terroristas enviados desde París habrían caído en oídos sordos. Los esclavos no comprendían el significado de la palabra libertad, ni querían ésta. En su mayoría se hallaban contentos con su suerte.

— Me sorprendéis. ¿Estáis realmente convencido de eso?

— De veras que sí. En Francia veríais que los aldeanos trabajan en los campos de sol a sol y que sus mujeres son bestias de carga. En Italia ocurre lo mismo, y en la mayor parte de los países europeos. Sin embargo, esas gentes son libres. Los negros no se hallaban dentro de las plantaciones peor que aquéllos.

Este punto de vista era nuevo para Roger, quien se acordó de cierta ocasión en que había estado desayunando con el señor Pitt y William Wilberforce, el mejor amigo del primer ministro. Wilberforce había descrito extensamente los horrores del comercio de esclavos. Ahora Brook expuso a *monsieur* Ducas algunas de las declaraciones de aquél.

El francés se encogió de hombros.

— No voy a negar que las condiciones en que los negros eran trasladados aquí desde Africa resultaban aterradoras, sencillamente. En efecto, eran muchos los que morían a causa de las enfermedades o de los malos tratos durante el viaje. De eso me temo, *monseigneur*, que tuvieron la culpa casi siempre vuestros compatriotas, ya que la «caza del mirlo», como era denominado la leva forzosa de esclavos, constituyó durante mucho tiempo uno de los más lucrativos negocios, de iniciativa británica. Yo me refería solamente a la condición de los esclavos nacidos aquí y también a la situación de los adquiridos por los colonos a partir del momento en que comenzaban a trabajar para ellos.

»Pensaba asimismo en los empleados en las labores manuales más penosas. Una gran proporción de esos hombres fueron destinados a trabajar en tiendas, cafés y bares. Desempeñaron los oficios de boteros, cocheros, criados, jardineros y servidores domésticos. En muchos casos estos individuos vivían mejor que los

que trabajaban en ocupaciones iguales en Europa.

— ¿En qué basáis vuestra apreciación, *monsieur*?

— Disfrutaban de seguridad. Y esto era aplicable a los que laboraban en los campos. En Europa el trabajador percibe un jornal en tanto resulta útil a su patrono. De caer enfermo es despedido, viéndose obligado a vivir de la caridad pública. Si carece de recursos se muere de hambre. La situación de los esclavos era muy distinta. Uno de buenas cualidades llega a costar hasta 4.000 *livres* … ciento sesenta libras esterlinas, traducido a vuestra moneda. Constituían propiedades valiosas. Al caer enfermos, sus amos, naturalmente, cuidaban de ellos, con objeto de que pudieran incorporarse al trabajo lo antes posible. Por añadidura, la comida es barata aquí. Al hacerse viejos y tornarse inútiles para cumplir con las tareas habituales, sus dueños no se desentendían de esos hombres, como sucede en Europa a los obreros … Eran aplicados a labores más acordes con su edad, dedicándoseles más adelante aún al cuidado y vigilancia de los niños, sin ser jamás una carga para los suyos. Así hasta el fin de sus días.

Roger recordó algunas conversaciones oídas por él en torno al tema de la esclavitud. Por espacio de muchos años los aldeanos habían vivido en Inglaterra mucho mejor que los de los países del continente. Sin embargo, en los últimos tiempos gran número de ellos se habían visto obligados a abandonar sus tierras. El aparcelamiento de zonas campesinas hasta entonces de libre disfrute les había privado de pastos para los ganados, combustible para sus hogares y otras cosas. Luego la máquina de hilar y ciertos inventos habían mermado los ingresos obtenidos con las industrias rurales. Consecuentemente, millares de ellos habían acabado emigrando a las ciudades.

Mientras aquellos hombres fueron campesinos, cuando soplaban malos vientos siempre disponían del sistema de recurrir a los propietarios de las tierras o al cura párroco de su localidad. Pero una vez se convirtieron en obreros, en cuanto respiraron los humos que salían por las chimeneas de las nuevas fábricas, no surgió nadie que se sintiera responsable de ellos como individuos.

Asociado con *sir* Richard Arkwright, el duque de Bridgewater, Josiah Wedgwood y otros «pioneros» de la industria, el coronel Thursby, el padre de Georgina, había hecho una gran fortuna. Todos ellos supieron sacar excelente partido de los inventos de su tiempo. El coronel Thursby, precisamente, habíale dicho a Roger

que ya demasiado tarde se había dado cuenta de la miseria que los hombres como él habían atraído sobre las gentes de las tierras medias y altas, describiendo su desesperada lucha en busca de empleos durante los períodos de crisis comercial, aludiendo también a los salarios de hambre que se pagaban en las minas a los trabajadores (hombres, mujeres y niños incluso), que hacían tantas horas de labor que sólo en el verano podían ver la luz del sol, citando de pasada el alcoholismo que dominaba a la población obrera, fácilmente apreciable en las repugnantes tabernas que ésta frecuentaba los sábados por la noche …

Tras unos instantes de reflexión, Roger repuso:

— Me habéis pintado un cuadro de la esclavitud, *monsieur*, muy distinto del que yo me había imaginado. No obstante, a mí me parece que hay ya pocas probabilidades de pacificar este país si no es a base de conceder la libertad a los esclavos.

— ¡Pero si eso es imposible! — exclamó el francés —. ¿No comprendéis, *monseigneur*, que los esclavos que poseemos forman parte de nuestras fortunas respectivas? Al renunciar a ellos es como si renunciáramos a nuestras casas, a nuestras tierras. Aparte de que a menos que los plantadores recuperen el capital invertido en sus esclavos los propietarios no podrán pagar los honorarios de sus trabajadores durante muchos meses. No. Todos nosotros, los franceses leales, creemos que los esclavos deben continuar siendo esclavos. De otro modo esta isla irá derecha a la ruina.

Roger se dijo que Ducas y la gente que pensaba como él mostraba rasgos típicos de la mentalidad francesa. Los franceses deseaban que los ingleses combatieran a los negros, pero conservando la colonia para su patria. Aspiraban a que les quitaran de en medio aquel obstáculo para, seguidamente, volver al estado de cosas de cuatro años atrás. Sintió la tentación de responder que aferrarse a tales ideas era tanto como negarse a enfrentarse con la realidad. Luego estimó que con esa expansión suya no conseguiría hacer cambiar de opinión al francés. Entonces optó por decir pensativamente:

— Todas las personas de sensibilidad convienen en que el comercio de esclavos es una empresa detestable. Una solución podría ser la de abolir aquél en primer lugar, poniéndose a continuación de acuerdo con los negros en estos términos: sus hijos, en el futuro, serían libres en lugar de convertirse automáticamente en esclavos nada más venir al mundo. Tal medida protegería los intereses de los actuales propietarios de esclavos, conduciendo con el tiempo a la total abolición de la

esclavitud de una manera práctica. Pudiera ser que los negros, derrotados, aceptasen dichas condiciones.

— ¡No, no! — Ducas movió tercamente su cabeza, denegando —. Eso no podrá ser nunca. Al cabo de una generación o dos no quedaría ningún esclavo. Sin ellos los colonos se empobrecerían. Los niños negros son nuestra mano esclava del mañana. Concederles la libertad al nacer sería robarles algo que es suyo, que tienen derecho a heredar.

Aquí los dos hombres tuvieron que interrumpir su conversación a causa de la llegada de un mensajero del coronel Seaton. Éste informó a Roger que al día siguiente saldría para Kingston un barco de guerra. Roger sorbió el vino que quedaba en su vaso, excusóse y marchó inmediatamente en busca de los suyos.

A las once de la mañana siguiente el coronel les acompañó hasta la nave. La acomodación en el pequeño buque dejaba algo que desear. Sin embargo, se había hecho todo lo posible para que las damas se encontraran a gusto, quienes después de sus últimas experiencias eran conscientes de la seguridad que implicaba navegar bajo la Blanca Enseña. Tan pronto como todos se hubieron despedido del coronel el barco se hizo a la mar, rumbo a Jamaica.

Dos días más tarde avistaban Morant Point y horas después Port Royal. Contemplaron el semiderruido puerto con gran interés. En la época en que *sir* Henry Morgan fuera Gobernador de Jamaica, cuando éste se dedicaba a atacar las posesiones españolas, los bandidos del mar de todas las nacionalidades habíanlo convertido en su refugio, que utilizaban al regreso de sus triunfales actos de piratería. En el marco de aquella villa millares de lingotes de plata y oro habían cambiado sucesivamente de manos, así como crucifijos, collares de perlas, diademas cuajadas de diamantes, esmeraldas y rubíes y otros valiosos objetos dilapidados en los tugurios dedicados al juego y en los burdeles. Aquella especie de Sodoma y Gomorra de 1692 había sido destruida casi totalmente, cuando se hallaba en la cumbre de su prosperidad, por un espantoso terremoto.

El buque puso rumbo al puerto de Kingston. No bien hubieron atracado, el capitán de la nave envió un mensajero al Gobernador, el comandante general Williamson, para informarle acerca de sus pasajeros. Tres cuartos de hora más tarde llegaba un joven *Aide-de-Camp* para cumplimentar a los viajeros en nombre del Gobernador. El oficial rogó a aquéllos que le acompañaran a la residencia de la primera autoridad de la isla.

El Gobernador y su esposa les dispensaron una cordial acogida, insistiendo en que debían quedarse con ellos hasta que hubieran hecho sus planes. Wilson declinó cortésmente la invitación alegando que tenía viejos amigos en Kingston, a quienes deseaba visitar. *Monsieur* Pirouet, Dan, Tom y los dos marineros supervivientes de la *Circe* fueron puestos en manos del mayordomo de la casa, quien recibió instrucciones en el sentido de atenderles en todo lo que necesitaran. El resto del grupo fue conducido por sus anfitriones hasta unas cómodas habitaciones, alegres, magníficamente amuebladas, que daban a una amplia terraza. Fue así como tras los azares y molestias de un viaje por el océano de ocho semanas, seguidas por otras seis de agudos temores y enfermedades, pudieron gozar de nuevo de los placeres de una existencia confortable.

Por espacio de varios días no hicieron otra cosa que disfrutar de aquélla. Pasaban las horas en los lujosos salones de la residencia o a la sombra de las esbeltas palmeras, sobre los céspedes de los hermosos jardines. Los Williamson celebraron dos recepciones en honor de sus huéspedes. Roger y el general habían simpatizado mucho y solían pasar largos ratos charlando, ante sendas copas de Oporto.

El Gobernador era un hombre de gran imaginación y energía. Él había sido el primero que prestara ayuda a los colonos de Santo Domingo, adelantándose incluso a la petición de aquéllos. Él también quien organizara el brillante desembarco de las tropas inglesas en Port-au-Prince, la espléndida capital que con sus plazas de bello trazado y hermosos edificios rivalizaba con las ciudades principales de las provincias francesas. Asimismo, había salvado en Cap Français a los blancos que cayeran en manos de los mulatos sublevados, enloquecidos por el alcohol. De sus largas conversaciones con él Roger extrajo valiosos consejos, que habían de serle extraordinariamente útiles cuando tomara posesión de su cargo de Gobernador de la isla de Martinica.

El 8 de enero Roger cumplió veintisiete años. Clarissa y Amanda habían recobrado su humor de otros tiempos. Georgina se hallaba aún apesadumbrada y tardaría más tiempo que ellas en recuperarse. Se acordaba mucho de Charles. El general Williamson obtuvo un crédito para Roger, gracias al cual pudieron proveerse de cuanto necesitaban. A fines de aquella semana, cuando las ropas que habían estado esperando comenzaron a llegar a su poder, los viajeros convinieron que había sonado la hora de trazar sus planes para el futuro.

Fue Fergusson quien primeramente trajo a colación el tema, asegurando que no podía permanecer más tiempo ocioso. Tenía que dar con un barco en el que pudiera enrolarse como médico con el fin de regresar a Inglaterra. Su eficiencia, buen sentido y valor habían impresionado enormemente a Roger. En consecuencia, éste le dijo al joven doctor que si él quería podía buscarle un puesto mejor remunerado en la Martinica. Fergusson aceptó su ofrecimiento muy complacido.

Georgina manifestó luego que Jake y Kilick merecían por su lealtad algo más que volver a la dura vida del mar, prestándose a buscarles unos empleos que fuesen de su agrado en sus posesiones de Stillwaters, su atractivo hogar de Surrey. Los dos hombres aceptaron la propuesta de la joven alborozados, ya que significaba el fin de muchas penalidades y privaciones.

Más adelante Georgina dijo a sus amigos que como ella y Charles habían hecho tantos proyectos en relación con los años felices que esperaban vivir en compañía de sus amistades en la Bahía de Santa Ana le resultaba insoportable la idea de dirigirse allí, por lo que planeaba volver a Inglaterra cuanto antes.

Amanda y Roger insistieron en que pasara con ellos el resto del invierno, en la Martinica, a lo cual Georgina respondió que el mar azul, las palmeras y el deslumbrante sol avivaban constantemente el recuerdo de su pérdida. Prefería sepultarse por algún tiempo entre los bosques familiares y los verdes campos de Inglaterra. Cuando consultó con el general Williamson su propósito éste no quiso ni oír hablar siquiera de su idea de hacer la travesía en el primer mercante que zarpara para Inglaterra, explicando que en el plazo de una semana, aproximadamente, saldría de allí un buque de guerra, con cuyo capitán pensaba hablar para que se hiciera cargo de ella y de sus servidores.

Roger no había olvidado las declaraciones de Clarissa la noche en que estuviera buscándola por el bosque de la isla de Tortuga. Por eso, a la mañana siguiente, aprovechó una oportunidad para hablarle a solas. Le dijo que habiendo reflexionado sobre todo aquello creía que lo más conveniente era que no les acompañase a la Martinica y que dada la decisión de Georgina presentábasele una ocasión de regresar a Inglaterra verdaderamente única. Ya no quedaba más que inventar un pretexto que justificara su deseo.

Clarissa se asustó, rogándole a Roger con mucho interés que le permitiera continuar al lado de él y su esposa, añadiendo que sería una crueldad por su parte reintegrarle a la vida rayana en la pobreza que había conocido junto a su tía Jane. Luego, al ver la

joven que él apretaba las mandíbulas obstinadamente, se calmó, diciendo en un tono de voz falsamente dulce:

— Sabedora de las circunstancias que rodeaban mi vida en aquella época, Amanda se sorprenderá mucho. ¿Qué pretexto crees que debo esgrimir?

— Podrías decirle que debido a lo mucho que has sufrido en estas tierras has perdido todo interés por las mismas y que, al igual que Georgina, no volverás a sentirte tranquila hasta que pierdas de vista a los negros y a estas playas abrasadas por el sol.

Repentinamente, la joven se echó a reír.

— Sí que podría hacerlo, Roger, pero no quiero. En el caso de que hayas decidido desembarazarte de mí habrás de ser tú quien idee el medio de que Amanda me envíe a casa.

Durante unos segundos Roger guardó silencio. Luego parpadeó. Habíase dado cuenta de que ella acababa de ganarle la partida precisamente con la sutil treta que él admiraba en secreto.

— Eres muy astuta — repuso con una sonrisa, en el mismo tono que si estuviera amonestándola —. Sabes que jamás descubriré ante Amanda los motivos reales que me han impulsado a sugerirte que volvieses a Inglaterra. Sea lo que tú quieres, pues. Confiemos en que sea capaz de buscarte en la isla un joven oficial que centre tu atención.

Clarissa, por lo tanto, formaba parte del grupo integrado por Roger, Amanda, Dan y Fergusson, que había de desembarcar en la Martinica. El general Williamson había declarado que lo menos que podía hacer por un Gobernador incipiente era enviarle a su punto de destino a bordo de una fragata. Todos ellos partieron cinco días antes que Georgina. Los viajeros agradecieron cordialmente al general Williamson sus innumerables atenciones. El día 18 dejaban atrás los muelles de Kingston, avistando la Martinica seis días después, el 24, en la mañana del cual entraron en Fort Royal.

Mientras los pasajeros se vestían, el capitán del buque envió un mensajero al Gobernador interino de la isla para que éste conociese la llegada del designado definitivamente por el Gobierno de Inglaterra y le fuese preparado el correspondiente recibimiento oficial. El puerto se llenó en seguida de gente de color que se había enterado de la noticia. Luego apareció un Regimiento de «casacas rojas» y un escuadrón de caballería de Hannover, formando la guardia de honor.

El capitán de la fragata ordenó que fuera engalanada la nave y

que se alinearan todos los miembros de la dotación sobre las cubiertas.

A continuación subieron a bordo dos oficiales, que saludaron a Roger, siendo presentados inmediatamente a las sonrientes damas que acompañaban a aquél.

En la fortaleza comenzaron a sonar las salvas de ordenanza. La banda de música atacó los primeros compases de «Granaderos Británicos». El oficial que se encontraba junto a Roger le dijo que había llegado el momento de que «Su Excelencia» desembarcara.

Vestido con el mejor de sus trajes, consciente de que aquél era uno de los instantes más memorables de su existencia, sabedor también de su buen aspecto, Roger descendió con paso firme por el portalón. Su varonil faz aparecía iluminada por una cálida sonrisa al mirar a un lado y a otro, posando la vista en la gente que le contemplaba, para quien su palabra en lo sucesivo tendría fuerza de ley por deseo de Su Soberano.

De pronto aquella sonrisa se desvaneció de sus labios. Un hombre corpulento, de cuadrados hombros y roja faz, vestido con el uniforme de coronel, avanzaba a su encuentro. Evidentemente, aquél debía ser el Gobernador interino. Era también el individuo que de niño había atormentado a Roger diabólicamente en la escuela pública. Tratábase de un bruto de obtusa inteligencia a quien él además de odiar despreciaba. Llamábase el sujeto en cuestión George Gunston. Era la última persona en el mundo con quien hubiera deseado colaborar en su cargo de Gobernador de la isla de Martinica.

Capítulo XVI

SU EXCELENCIA EL GOBERNADOR

Todo el mundo les miraba. Roger se dijo que no había manera de eludir el apretón de manos. Al extender Gunston la suya murmuró éste con una sonrisa ligeramente burlona:

— A vuestras órdenes, señor Brook. Vais a encontraros aquí con un buen revoltillo. Pero como poseéis una inteligencia superior a la mía es de esperar que lograréis salir airoso de la prueba.

Seguidamente, Gunston se inclinó en una cortés reverencia ante Amanda. Habíala pretendido en otro tiempo. La esposa de Roger acogió a aquel pelirrojo militar, de rostro cubierto de pecas, como a un viejo amigo.

— ¡George! Me alegro de verte por aquí.

— Y yo también, Amanda — replicó Gunston —. En esta remota isla una dama inglesa es algo así como una bendición para los que en ella vivimos.

Mientras pronunciaba estas palabras el coronel miró varias veces a Clarissa. No se le había escapado su juventud, naturalmente, ni tampoco su gentil figura. Amanda se apresuró a presentársela.

Una vez Roger hubo pasado revista a la guardia de honor el grupo se trasladó a la zona situada detrás de la formación, donde había una hilera de carruajes abiertos. Conforme al protocolo, Roger y Gunston ocuparon el primero, en tanto que Amanda y Clarissa eran escoltadas hasta el segundo por dos oficiales. La banda comenzó a tocar de nuevo en el instante en que ellos partieron.

Obedeciendo a una voz los soldados se descubrieron, vitoreando al Gobernador. Parte de la gente de color se unió a

ellos pero la mayoría de los mulatos y blancos que integraban la multitud permanecieron silenciosos.

— Esos tipos asquerosos … — masculló Gunston —. Menos mal que he sabido barajarlos perfectamente, manteniéndolos a raya en todo momento.

— ¿No habría sido mejor vencerles mediante una política conciliadora? — inquirió Roger.

El joven coronel dejó oír una despreciativa risa.

— Acaba de hablar el Roger Brook de los tiempos escolares, una especie de polilla de los libros a quien yo habitualmente zurraba en Sherbone. No tienes que haber cambiado mucho, pues te inclinas por una política de servilismo con respecto a los franceses. Supongo que es la misma que empleaste para conseguir que el señor Pitt te nombrara Gobernador de esta isla.

— Escúchame, Gunston — repuso Roger un tanto irritado —. Sabes perfectamente que esas palabras podrían volverse fácilmente contra ti en cuanto yo quisiera. Pero ya nos hemos batido una vez en duelo y no deseo que te expongas a ser destituido por concertar otro. Recuerda que en cierta ocasión nos enfrentamos ante un grupo de testigos de ambos sexos manejando floretes con botones en sus puntas. Entonces demostré ser mejor espadachín que tú. Mañana por la mañana podría matarte si la elección de las armas recayera en mí.

— He ganado mucho en experiencia últimamente — repuso Gunston —, y estoy dispuesto a enfrentarme contigo florete en mano, con la punta desnuda …

— Jamás dudé de tu valor, pero creo que no me has entendido todavía. No es mi propósito retarte ni aceptar tampoco tu desafío. He sido enviado aquí con una misión que quiero cumplir de la mejor manera posible. También tú estás al servicio del rey. Es muy desagradable nuestra coincidencia en esta isla, ya que sentimos una gran antipatía el uno por el otro. Ahora bien, como superior tuyo que soy espero que obedezcas ciegamente mis órdenes y que te conduzcas con una razonable dosis de cortesía. De lo contrario, y te lo advierto de una vez para siempre, me veré obligado a arrestarte por insubordinación.

Gunston se encogió de hombros.

— No tienes por qué preocuparte: cumpliré con mi deber. Desde luego, tienes razón al pensar que el servicio se resentiría de estar nosotros chocando constantemente. Pero es que aquí los ingleses tenemos muchos enemigos. Esto, en consecuencia, requiere la atención de un soldado y tú ganarías mucho si te

dejaras guiar por mí en lo tocante a las medidas precisas para mantener a raya a la población.

— Por supuesto que te consultaré, pero será mi juicio el que prevalezca en definitiva cuando lo estime oportuno — manifestó Roger, dando por terminada la conversación con esas palabras.

El carruaje que les llevaba avanzaba por unas calles en las que se veían hermosos ejemplares arquitectónicos de la época de Luis XIV y Luis XV. Después de seguir una empinada y serpenteante carretera llegaron a la residencia. Se trataba de un viejo castillo que contenía muchos y bellos muebles, alfombras, tapices y cuadros, reunidos allí por una larga serie de nobles gobernadores, durante el *ancien régime*. El jardín aparecía saturado de flores. Por su situación se disfrutaba desde él de una preciosa vista, pudiéndose admirar la bahía en toda su amplitud — unas cinco millas —, hasta un sitio famoso llamado Trois Ilets, en la costa opuesta.

Al apearse frente a la entrada, mientras los dos oficiales que atendieran a las señoras ayudaban a éstas a bajar, Gunston volvió la vista hacia ellas, observando:

— Amanda ha traído consigo una potrilla de buena estampa. No tendré más remedio que decirle algo.

— ¡Tú te dirigirás a la señorita Marsham con el máximo respeto! — saltó Roger —. Es decir, si no deseas tropezar conmigo.

— ¿Sí? ¿De tanta autoridad goza Su Excelencia que puede prohibir incluso que uno tenga atenciones con las damas?

Roger se apartó de Gunston con el ceño fruncido. Dada la apostura de éste no era extraño que agradara al bello sexo. Podía ocurrir que Clarissa se rindiera ante su experto asedio. Roger se alegraba ante la idea de que ella llegase a enamorarse de alguno de los oficiales de la guarnición, pero se sublevaba al pensar que corría el riesgo de caer en los brazos de Gunston.

Una vez hubo correspondido a los saludos de una treintena de personas, que componían la servidumbre de la casa, Roger le dijo a aquél:

— Haz el favor de conducirme al despacho.

— ¡Demonios! — exclamó el coronel —. No puedo creer que después de habernos puesto a todos en movimiento a tan temprana hora, a causa de tu llegada, pretendas ponerte a trabajar cuando se acercan los momentos más calurosos del día. Tú no durarás mucho tiempo aquí si te empeñas en adoptar tal costumbre.

— Siento grandes deseos de conocer las últimas noticias llegadas de Europa — declaró Roger fríamente.

Gunston le condujo a una agradable habitación situada en la parte posterior del edificio, desde donde se dominaba la bahía. Luego aquél hizo sonar una campanilla, Un lacayo negro entró en el cuarto casi inmediatamente, portador de los ingredientes necesarios para componer un «punch» de plantador. Mientras mezclaba las bebidas, el coronel comenzó a hablar para satisfacer los deseos expresados por Roger.

— Se afirma que *lady* Southwell dio a luz un niño con la cabeza cubierta por una espesa melena. Sus cabellos presentan el mismo color que la barba del enviado holandés, quien ha cortejado durante mucho tiempo a esa dama. Inspirándose en tal hecho un ingenio anónimo ha compuesto los siguientes versos:

> El holandés, barbado como un macho cabrío,
> ha conseguido por fin a *lady* Southwell.
> Pero le ha costado un abrigo de pieles.

Roger se hubiera echado a reír de haber oído de labios de otra persona aquel chisme. Sin embargo, tratándose de Gunston … Con un gesto de impaciencia contestó:

— No me interesan las murmuraciones. Quiero conocer las últimas noticias llegadas a tu poder sobre nuestra guerra contra los franceses.

El mismo Roger juzgó sus palabras horriblemente ceremoniosas, estimando que se comportaba como un hombre que tuviese veinte años más que Gunston en lugar de aparecer como lo que era en realidad: un joven que ni siquiera había alcanzado su edad. En cuanto a mentalidad sí que quizá fuese más viejo …

— Perfectamente — repuso el coronel con un encogimiento de hombros —. Serás complacido, si bien poco es lo que tengo que decir. Hace tres meses los franceses organizaron una expedición con el propósito de reconquistar Córcega, pero fue desarticulada. En los otros teatros de la guerra llevan aún la mejor parte. El general Jourdan ha tenido varios éxitos en el Rin y Pichegru ha invadido los Países Bajos.

— De todo eso me puso al corriente ya el general Williamson hallándome en Jamaica. ¿No hay noticias más recientes?

— Sobre la guerra, no … De los periódicos llegados aquí hace tres días deduzco que muchos de la antigua pandilla de terroristas han encontrado lo que se merecían en manos de los reaccionarios. Debes haber oído hablar, seguramente, de un bruto llamado

Carrier que ahogó a varios centenares de miserables en Nantes. Un tipo honrado, Fouché, logró hacer llorar a los diputados al describir los crímenes de aquel monstruo, asegurándose así su muerte.

De pronto Roger soltó una carcajada.

— ¡Un tipo honrado! Dios mío, Gunston … Si supieras algunas cosas … Fouché es el responsable de la muerte de tantas personas de Lyon como Carrier en Nantes. Pero, desde luego, ese acto lleva su sello particular. Como hipócrita es hombre de ilimitada capacidad. No obstante, me extraña que saliera adelante con su comedia porque los bribones que le escuchaban estaban enterados de sus hazañas. Lo único que demuestra ese hecho es que el poder continúa en manos de los extremistas y que éstos se entregan al viejo juego de cortarse mutuamente las cabezas.

— Entonces, ¿es que conoces a Fouché?

Roger tuvo que contenerse para no responder que estaban «unidos» por un odio tan efectivo como el que se profesaban ellos dos.

— Sí — prefirió contestar —. En mi calidad de agente del Gobierno de Su Majestad en Francia hube de tratar en más de una ocasión con esos caníbales.

— Yo me atrevería a calificar tu anterior labor de repugnante, por lo menos.

Ignorando el tono burlón de las palabras de Gunston, Roger inquirió:

— ¿Qué más hay?

— En el despacho que llegó con esos periódicos había una nota de interés local. Parece ser que aunque los españoles son aliados nuestros sus compatriotas en Santo Domingo están ayudando al ejército negro, suministrándoles víveres y armas. Por tal razón lord Grenville ha dado instrucciones a nuestro Embajador en Madrid para que solicite la destitución de don García, el Gobernador de la Colonia.

— Me alegro de saber eso. Habiendo visitado recientemente la isla me proponía pasar un informe a Whitehall, poniendo en guardia a nuestro Gobierno.

Gunston comenzó a prepararse otra bebida y mientras hacía esto manifestó:

— En la circular confidencial que acompañaba al despacho se hablaba mucho acerca de la situación de Polonia. Claro que supongo que esto no te interesará.

— Todo lo contrario. Los fracasos de los ejércitos aliados en

Scheldt y el Rin han sido debidos casi en su totalidad a los prusianos y austríacos, al mantener éstos una gran parte de sus efectivos en la reserva, por temor a que Catalina de Rusia se apoderara de Polonia mientras aquéllos se hallaban vueltos de espaldas. He ahí por qué me interesa tal cuestión … Haz el favor de continuar.

— ¡Diablos! No tenía la menor idea de eso — replicó el coronel enarcando sus rojas cejas —. Por lo que se ve, la pasada primavera, los rusos, que custodiaban con intención protectora una gran parte de Polonia, temían un alzamiento cuyo objetivo era arrojarlos del país. Entonces decidieron desarmar a las tropas polacas. Sus intentos en tal sentido vinieron a ser la chispa que desencadena el incendio. Se luchó encarnizadamente en Cracovia, Varsovia y otras poblaciones polacas, terminando tales acciones con la expulsión de los rusos. Más tarde, un patriota llamado Kosciusco organizó un ejército para liberar el resto de Polonia. Los prusianos ocupaban un dilatado sector del país. Unidos a los rusos infligieron a aquél una derrota y procedieron a invadir Varsovia. Pero los guerrilleros polacos quebrantaron constantemente sus líneas de suministro. Por tal motivo se vieron obligados en septiembre a levantar el asedio.

Roger sabía ya todo esto pero aguardó pacientemente a que su informador continuara. Gunston llenó dos vasos con la bebida que había preparado y luego prosiguió diciendo:

— Un ejército austríaco invadió Polonia por el sur. Los prusianos se encontraban todavía en el oeste y un nuevo ejército ruso al mando del general Suvóroff avanzaba desde el norte. En los primeros días de octubre Kosciusco hizo una intentona para impedir que las dos fuerzas rusas se unieran y su ejército resultó derrotado. Kosciusco caía prisionero en la primera semana de noviembre y tras una espantosa matanza Suvóroff se apoderaba de Varsovia. Esto acabó definitivamente con las esperanzas de los polacos de recobrar su independencia.

— Entonces ya podemos suponer que Rusia, Prusia y Austria se están repartiendo los despojos de Polonia. Esto explica por qué los franceses han podido invadir los Países Bajos. La primavera pasada lord Malmesbury negoció un pacto con el rey Federico Guillermo de Prusia para enviar 62.000 soldados allí a cambio de suministros nuestros y de los holandeses. Ahora tomará el dinero y faltará a su palabra.

Gunston miró a Roger un tanto confuso.

— Tienes razón. Acabo de recordar que en el informe

confidencial había un pasaje relacionado con eso y en él se señalaba que hacia finales de octubre, con una excusa carente de fundamento, los prusianos habían denunciado un tratado con las Potencias Marítimas, en virtud del cual tenían que ser enviadas más tropas contra los franceses. Pero, ¿cómo sabías tú eso?

— Yo no sabía nada. Sin embargo, he de decirte que constituye una de mis tareas habituales, dentro del mecanismo de la política, calcular el alcance y las repercusiones de ciertos acontecimientos. Bien. Si me entregas los despachos más recientes de Londres les echaré un vistazo.

Después de abrir un armario, Gunston le alargó a Roger un puñado de papeles junto con la llave de aquél, declarando a continuación:

— Esta mañana di órdenes para que fuesen trasladadas todas mis cosas a una vivienda más próxima a la ciudad. Si de momento has terminado conmigo me iré. Quiero comprobar si han sido cumplimentadas mis instrucciones.

— No faltaba más — Roger inició medio en serio medio en broma una reverencia —. Sin embargo, te agradecería que tomases las medidas necesarias para que yo mañana por la mañana pudiese proceder a una inspección de la fortaleza y las baterías exteriores. ¿Puedo confiar en que vendrás en busca mía a las ocho?

— No faltaba más — repitió Gunston sonriendo —. No siendo militar, poco sabrás de esas cosas. Pero con tal de que mantengas la boca bien cerrada los hombres quedarán favorablemente impresionados con esa inspección que planeas.

Después de disparar aquella salva, a modo de despedida, el coronel abandonó el despacho.

No tenía ni idea de la sorpresa que le aguardaba. No hacía aún un año que Carnot, el Ministro de Defensa francés más genial de todos los tiempos, había enviado a Roger a inspeccionar las fortificaciones de Brest y luego las de Boulogne, felicitándole más tarde por sus informes.

Durante la inspección del día siguiente Roger formuló una serie de atinadas preguntas, sorprendiendo todos los puntos débiles del sistema defensivo adoptado con ojo de águila que hubiera llegado a envidiar más de un general. Gunston se quedó perplejo, desconcertado.

De la inspección dedujo Roger que desde el punto de vista puramente militar Gunston conocía su misión. La disciplina era buena y las tropas se mantenían en forma merced a los frecuentes ejercicios a que se sometían. Pero Brook quedó aterrado al saber la

cantidad de hombres que habían fallecido desde que el almirante *sir* John Jervis se apoderara de la isla, dejando en ésta a Gunston como jefe de la guarnición, con dos regimientos de Infantería y varias unidades auxiliares. También le impresionó mucho la lista de bajas por enfermedad. El hospital se hallaba atestado. Al ordenar que los enfermos fuesen tratados diariamente con infusiones de quina se enteró de que el árbol del cual se obtenía la corteza citada no crecía en la isla y que la droga sólo se podía conseguir en pequeñas cantidades.

Otra cosa que preocupaba a Roger era la hostil actitud de los habitantes de la isla. Como la guarnición era escasa y se encontraba debilitada por las enfermedades había que pensar que la política de represión adoptada por Gunston estaba justificada, quizá. Ahora bien, manteniéndola de un modo permanente no llegarían a ningún lado. Henry Dundas, una persona de sentido común, había declarado que si las islas conquistadas tenían que ser un beneficio real para Inglaterra y no una fuente de gastos, sus pueblos deberían olvidar los lazos que les unían con los antiguos dominadores, lo cual sólo se conseguiría haciéndoles ver que bajo la bandera británica disfrutarían de más libertad individual, de mayor seguridad y prosperidad que bajo la bandera de Francia Roger simpatizaba con la política del Ministro y pretendía secundarla.

Constituyó su primer paso en tal sentido las instrucciones que dio a Fergusson, encargándole que llevara a cabo una investigación, para pasarle después un informe detallado sobre el estado de cosas en los hospitales. Por otra parte, y a falta de un consejero mejor, se puso al habla con Gunston con el fin de redactar un comunicado dirigido a los habitantes de la isla.

El coronel le dijo que él había adoptado la costumbre de hacer traducir al francés sus escritos. Una vez impresos éstos habían sido fijados en los lugares públicos, dentro de las ciudades principales de la isla. Cuando alguien no cumplía con las órdenes por él dictadas arrestaba al que había faltado a las mismas, logrando para aquéllas mayor publicidad.

Cuando Roger le objetó que su costumbre era todo lo que él quisiera, menos adecuada a sus propósitos, Gunston respondió:

— Puedes probar suerte con la Asamblea. Está integrada por un grupo de notables que en otro tiempo solían hacer recomendaciones al Gobernador. *Sir* John Jervis decidió que no fuera abolida sino que quedara un poco a la sombra. De este modo siempre podía ser convocada cuando se la requería para algún fin

especial. En las contadas ocasiones en que he establecido contacto con esa gente los asambleístas me han parecido ruidosos y truculentos. Es posible que accedan a oírte.

Roger dio tres días de tiempo para que fueran convocados los notables que formaban la Asamblea. Luego reflexionó detenidamente, para redactar un manifiesto cuya piedra angular fuera el mensaje que oyera de labios del propio rey, expresando su intención de cuidar de los intereses de sus nuevos súbditos en la isla de Martinica.

Llegado el día señalado Roger se dijo que no tenía motivos para quejarse de las disposiciones tomadas por Gunston. Un destacamento de caballería de Hannover escoltaba su coche y ante el edificio de la Asamblea había dos filas de «casacas rojas» … Gunston, el jefe del puerto y numerosos oficiales franceses le aguardaban en la escalinata. Habiendo correspondido a sus saludos, Roger penetró en el palacio seguido de ellos. Fue dirigido hacia un pórtico cegado por una gran cortina, que conducía a los estrados, en un extremo de la gran construcción. Dos soldados se encargaron de descorrer la cortina. Enrojecido por la ira, Roger se quedó plantado entre ellos. Todos los bancos del salón estaban vacíos.

Por un momento no supo qué hacer. Luego dio la vuelta, encaminándose a su coche. Al acomodarse en éste hizo una señal a Gunston, para que le acompañara. Tenía la impresión de que se habían burlado de él y de que su *bête noire* era la responsable de aquello. Con la faz extraordinariamente pálida le espetó al coronel:

— ¿Qué significa esto?

— ¡Ah! A mí no me preguntes — repuso Gunston sin alterarse —. Yo advertí a tiempo a los interesados, como tú indicaste. Pero ya te hice saber que no son más que un puñado de bastardos, difíciles de manejar. Supongo que se reunirían para ponerse de acuerdo en el sentido de no hacer el menor caso de tu convocatoria.

— Tú sabías a mi llegada que el salón estaba vacío.

— ¿Cómo iba a saberlo? Yo entré en el edificio por vez primera detrás de ti.

No obstante, Roger continuó convencido de que Gunston debía haber conocido aquel hecho anticipadamente, o sospecharlo, por lo menos. Ahora estaba a punto de convertirse en el centro de las ironías de Fort Royal. Pero él … ya no era él. Era el representante allí de su soberano. Aquel incidente no podía ser pasado por alto.

Había que tomar una decisión apropiada al caso.

Gunston sugirió que lo más indicado era, evidentemente, arrestar a algunos de los diputados de más relieve, enviándolos a una prisión hasta que aprendieran mejores modales, pero Roger no era partidario de enfrentarse con ellos, sembrando así una enemistad que no reportaría ningún provecho a nadie. Después de pensárselo bien, aquella noche redactó una carta circular que sería enviada a todos los asambleístas, concebida en los siguientes términos:

Su Excelencia el Gobernador estima que en cada ocupación el interesado tiene que pagar la novatada, por cuya razón sabe no tomar a mal una broma. Pero la repetición de ésta entraña más bien falta del sentido del humor.

Su Excelencia se proponía dar cuenta a la Asamblea de un mensaje de buena voluntad de Su Majestad el rey, anunciando al mismo tiempo la supresión de determinadas restricciones. Cuenta, por lo tanto, con la asistencia de todos los diputados la próxima vez que se les convoque, al objeto de mejorar las relaciones entre su Gobierno y el pueblo de la isla de Martinica.

Con aquello, pensó Roger, no solamente quedaba en buen lugar sino que suscitaría considerable sorpresa y numerosas discusiones. Para que sus saludables intenciones alcanzasen amplia difusión optó por no convocar la Asamblea hasta que hubieran transcurrido siete o diez días.

Entretanto calculó que sería un buen plan pasar unas cuantas noches en St. Pierre, la colonia más antigua de la isla, que se había convertido en una hermosa ciudad y era el centro comercial más importante. Se hallaba situada en la costa, a unas quince millas tan sólo. El Gobernador disponía allí de otra residencia. Roger dio órdenes para que se hicieran en la misma todos los preparativos necesarios, enviando a Dan y a su nuevo criado negro por delante.

Los dos *Aides-de-camps* de Gunston habían sido transferidos automáticamente a él desde su llegada. Uno de ellos, un joven alto y rubio llamado Colin Cowdray, habíale sido simpático en seguida. El otro, un capitán, era un individuo chabacano, cuya conversación se componía de continuos gruñidos, gracias a los cuales, y a unas pocas palabras complementarias, los que le oían se enteraban de que estaba quejoso debido a que su destino en la Martinica le impedía tomar parte en las cacerías que se organizaban por aquellas fechas en Inglaterra. A los pocos días

Roger se lo había devuelto a Gunston, explicando a éste que, oportunamente, le reemplazaría con otro oficial más de su gusto. Por consiguiente, acompañado sólo por Colin Cowdray y un criado, Roger montó a caballo una tarde, encaminándose a St. Pierre.

El coronel Penruddock, que mandaba la guarnición allí, le recibió con los debidos honores, obsequiándole con una cena excelente. Penruddock, que rondaría los cuarenta años, procedía de una antigua familia de Cornualles que había luchado por Charles I durante la Gran Revuelta. A Brook le pareció un hombre eficiente y agradable. Al día siguiente los dos inspeccionaron las fortificaciones y al otro hicieron una excursión, llegando por empinados senderos, cubiertos de espesos matorrales, hasta la cumbre del Monte Pelado, el gran volcán situado cinco millas tierra adentro de St. Pierre, que ciento setenta años más tarde destruiría la ciudad.

A la tercera tarde, complacido por todo lo que había podido ver, pero muy preocupado a causa de haberse enterado de que el 57° Regimiento de Infantería se hallaba muy castigado por la fiebre amarilla, al igual que ocurría con las tropas de Fort Royal, Roger emprendió el camino de regreso. A poca distancia de la ciudad la yegua que montaba Colin Cowdray perdió una herradura. Brook le dijo al oficial que se volviera mientras él proseguía viaje en compañía de su servidor.

Al cabo de un rato llegaron a una mansión pequeña pero de encantador aspecto. Roger preguntó a un negro ya de edad que trabajaba junto a la carretera quién vivía allí. El anciano le contestó, con gran sorpresa por su parte, que la casa pertenecía a *madame* de Kay.

Una vez se hubo apeado, Roger entregó las riendas de su caballo al criado, echando a andar por un corto sendero. En una terraza vio a una doncella de color que estaba arreglando una mesa. En cuanto se hubo presentado le dijo que deseaba saludar a la dueña de la casa.

La joven entró en ésta pero volvió en seguida para rogarle que disculpara a su ama pues prefería no recibir al Gobernador de la isla en su hogar.

Roger frunció el ceño. Aquello era otra prueba del disgusto con que los ingleses eran acogidos en Martinica. No obstante, decidió insistir, enviando en esta ocasión a la negra con el mensaje de que quería hablar con su ama sobre su hijo William y la señorita Tascher de la Pagerie.

Minutos más tarde aparecía ante él una señora de grisáceos cabellos, vistiendo ajustado corpiño y abultadas faldas negras. En la mano llevaba un bastoncillo de caña.

Cuando Roger le hubo agradecido su atención aquélla dijo:

— Me sorprende mucho, señor, que sepáis algo acerca del matrimonio de mi hijo … si es que podemos hablar así, ya que fue considerado no válido.

— Mis informes, *madame*, proceden de una hermosa mulata llamada Lucette.

— ¿Vive todavía ese engendro del diablo?

— Sí. Y me quedé tan intrigado por el juvenil idilio que ella relató, dentro del cual, según sus afirmaciones, representó cierto papel, que al saber que vivíais aquí sentí la tentación de averiguar por mí mismo qué podía haber de verdad en su historia. Me temo ahora que consideréis mi curiosidad una impertinencia y que tampoco veáis bien que me valiera de ese medio para vencer vuestra resistencia a recibirme.

Inclinando la cabeza, *madame* de Kay respondió con acento de queja:

— Fuisteis anunciado como el Gobernador. En consecuencia, pensé que erais ese bruto y joven coronel que rige Fort Royal y nos ha tratado siempre a todos sin la menor cortesía.

Roger sonrió, algo avergonzado.

— *Madame:* por lo que sé de él ese hombre se ha hecho acreedor a vuestra antipatía. Yo soy el nuevo Gobernador y llegué a la isla hace diez días. Como he vivido largo tiempo en Francia y estoy habituado a las costumbres imperantes allí confío en que antes de que transcurra algún tiempo mis relaciones con el pueblo de Martinica serán perfectas.

La expresión de *madame* de Kay se tornó más cordial entonces y señalando con su largo bastoncillo la mesa replicó:

— Me disponía a tomar una taza de té en el instante de vuestra llegada. ¿Queréis acompañarme?

— Por supuesto que sí. Y no os podéis figurar cuánto os lo agradezco, ya que en estas islas uno sólo encuentra café con facilidad.

Mientras saboreaban la bebida Roger describió la captura de la *Circe* por los piratas, haciendo referencia, naturalmente, a la doblez de Lucette, que había estado a punto de costarles la vida, a él y a los suyos.

Madame de Kay le contó a su vez que había perdido a su esposo durante el huracán que asolara la isla en el año 9. William vivía, si

bien pasaba largas temporadas en Inglaterra. Josephine y él habían seguido amándose pero después de haber sacrificado la joven sus sentimientos para cumplir con sus padres habían logrado convencer a William para que asegurara la fortuna paterna contrayendo matrimonio con la sobrina de lord Lovell. La tía de Josephine había cumplido la promesa que hiciera a los de Tascher de hallarle un rico *parti*. La muchacha habíase unido en el año 79 con el vizconde Alexandre de Beauharnais.

— ¿No fue ése el general enviado a la guillotina por los terroristas en el 94? — inquirió Roger.

Madame de Kay asintió.

— Sí. Y la pobre Josephine estuvo también a pique de perder la cabeza. Imaginaos la preocupación de sus padres cuando se enteraron de que había sido encarcelada. Menos mal que, al igual que mucha otra gente, se salvó gracias a la caída de Robespierre y a los buenos oficios de un tal *monsieur* Tallien …

Con una infantil sonrisa en los labios, Roger cogió el último de los bizcochos que había en la bandeja, diciendo:

— Os ruego que perdonéis mi voracidad. Es que hacía años que no probaba unos bizcochos como éstos, iguales por otro lado a los que ya muchos años atrás hacía mi madre.

— Pues entonces es que ella, como yo, habría nacido al norte del Tweed.

— En efecto. Era una MacElfic.

Faltó poco para que la bandeja se le cayera a *madame* de Kay al suelo.

— ¡Santo Dios! ¡También yo lo soy! Dijisteis que era Brook vuestro apellido, ¿no? Hubo un oficial de la Marina que se llamaba así. La linda Marie se fue con él … Vos debéis ser su hijo.

— No os equivocáis. Mi madre, desgraciadamente murió hace tres años. Mi padre vive todavía. Es el almirante *sir* Christopher Brook. Entonces, ¿es que llegasteis a conocer a mi madre?

— ¡Válgame Dios si la conocí! — los ojos de *madame* de Kay se habían llenado de lágrimas. Ahora dejó caer una mano sobre el brazo de Roger —. Éramos primas y de niñas fuimos además íntimas amigas.

Roger estaba asombrado.

— Recuerdo haber oído hablar a mi madre de una prima llamada Margaret, a quien tenía muchas ganas de volver a ver. Pero habiendo herido gravemente mi padre a su hermano en un duelo, a raíz de la fuga de los dos, las dos familias se mantuvieron

siempre apartadas por el doble motivo mencionado.

Madame de Kay hizo un gesto de asentimiento.

— Hubo otra cosa que fomentó ese antagonismo mutuo: nuestra apasionada devoción por los Estuardo. Vuestro padre era partidario de la casa de Hannover. Pero yo creo que es hora ya de olvidar todas esas diferencias …

Aquellas dos horas le parecieron a Roger de una duración de veinte minutos. El joven contó a su recién descubierta pariente su vida, las esperanzas que albergaba de hallar un poco de tranquilidad en Martinica mediante una labor justa y eficaz. Ella le prometió ayudarle en su empresa, lo cual le sería posible gracias a los muchos amigos con que contaba entre las familias más destacadas de la isla. Al despedirse, Roger besó a *madame* de Kay, prometiendo llevarle pronto a Amanda, para que la conociese. Luego se fue en busca de su servidor, que le estaba aguardando pacientemente al lado de su montura. Mientras avanzaba hacia la capital Roger pensó que por un azar extraño acababa de hallar la clave de la mayor parte de los problemas que le habían preocupado desde su llegada a la isla.

Le quedaba por resolver, sin embargo, el que afectaba al coronel George Gunston.

El choque decisivo entre ellos se produjo dos días más tarde. Al regreso de St. Pierre, Fergusson había entregado a Roger su informe. Era éste un documento tétrico. En él se señalaba claramente que los hospitales carecían de condiciones para el alojamiento de los enfermos, que la alimentación resultaba inadecuada para unos seres humanos, que la mayor parte de los cirujanos militares eran individuos ineptos, por su afición al alcohol, que los médicos civiles franceses se negaban a colaborar para no exponerse a ser insultados por todos, que las enfermeras eran ásperas, perezosas y de dudosa moralidad y que en lo referente a los suministros de material sanitario podían considerarse éstos inexistentes …

Roger envió a buscar a Gunston, entregándole el informe, para que lo leyera.

A continuación le dijo:

— Lo tengo decidido: hay que tomar medidas radicales. Me propongo nombrar a Fergusson cirujano-jefe. Le daré plenos poderes, a fin de que aclare la situación en los centros sanitarios y logre que los enfermos sean atendidos debidamente. Es más, ordenaré el arresto de los médicos militares que se nieguen a

seguir sus instrucciones. Serán juzgados militarmente aquéllos que demuestren no hallarse a la altura de las circunstancias u ocasionen la muerte de un paciente por negligencia.

Gunston emitió un leve silbido.

— ¿Qué dices? Te anticipo una cosa: no conseguirás más que armar un lío tremendo que redundará en perjuicio tuyo. Si fueras un soldado sabrías que los médicos disfrutan de especiales privilegios dentro del ejército.

— Te equivocas — Roger dejó oír una risita —. Tú no tienes en cuenta que si se presenta la ocasión soy capaz de superarte en rudeza. Verdad es que no puedo considerarme un soldado, pero no se te olvide que fui *Représentant en Mission* cerca del general Dumouriez durante su primera campaña en Flandes. Su ejército entonces era una abigarrada multitud de desalmados *sans-culottes* y como yo necesitaba ganarme la confianza del general eliminé en el transcurso de varios días una docena o dos de ellos tras un pajar situado en las inmediaciones de nuestro campamento. Por temor a mí los otros decidieron acatar las órdenes que se les daban sin discusión.

Gunston miró a su interlocutor con una expresión de profunda extrañeza, musitando:

— Jamás se me ocurrió pensar que tú pudieras proceder así, Brook. Callaré, entonces. Esos tipejos necesitan una lección y oreo que tú les vas a venir como anillo al dedo.

Roger asintió antes de proseguir diciendo:

— Eso solo constituye una parte de mi plan. En mi opinión lo que los miembros de las fuerzas aquí destacadas necesitan para recobrar la salud es aire fresco y especialmente brisas marinas. Consecuentemente, voy a recurrir a todos los buques mercantes que se encuentran en este puerto y en el de St. Pierre. En aquéllos embarcarán todos los enfermos que puedan ser trasladados junto con los dos tercios de los hombres considerados útiles para el servicio. La expedición emprenderá un crucero de quince días de duración.

— ¡Santo Dios! — exclamó Gunston —. No puede ser verdad lo que estoy oyendo.

— Pues lo es.

— ¡No puede ser, Brook! ¡Debes haberte vuelto loco! Tu plan de castigo de los médicos es una bagatela comparado con esto. ¡Es ridículo!

— ¿Por qué?

— Habrás advertido ya, seguramente, que las enfermedades y la muerte han reducido nuestras fuerzas hasta un límite que hace peligrar nuestra seguridad. Enviar dos tercios de nuestros efectivos al mar vale tanto como entregar la isla en bandeja a los franceses. En unas horas lograrán apoderarse de ella.

— Estás en un error, a mi parecer — replicó Roger serenamente —. Creo que si adoptamos las precauciones precisas no se producirá ningún levantamiento. En el peor de los casos nuestros enemigos podrían, quizá, conquistar la fortaleza pero …

— ¡Conquistar la fortaleza! — los ojos de Gunston daban la impresión de ir a salirse de un momento a otro de sus órbitas —. ¿Cómo puedes plantearte esa desastrosa posibilidad sin perder la calma, sentado ahí, tan tranquilo? Hay mucho de traición en tu actitud … ¡Sí! ¡Traición!

— Iba a decirte que pensaba mantener dos de las baterías exteriores completamente guarnecidas. En el caso de que surja algún incidente esos cañones pueden ser utilizados contra la ciudad. Lamentaría verme obligado a ello, pero no vacilaría en ordenar el bombardeo de aquélla para contener a los que intentaran atacarnos.

— ¡No! ¡No! — Gunston hizo un frenético movimiento denegatorio de cabeza —. Corremos el peligro de perder la isla. ¡Es un riesgo demasiado grande este, Brook! Envía a los enfermos al mar si quieres … Estoy convencido de que los trastornos que sufrirán esos hombres bastarán para liquidar a los más débiles incluso. Ahora bien, deja a los sanos en paz, a los que aún pueden prestar servicio. Lo contrario es una auténtica locura.

— No estoy de acuerdo contigo. Los que tú juzgas útiles no lo son en realidad, cosa que me fue posible apreciar perfectamente en mi inspección. Pocos de ellos presentan los rostros de las personas a las que uno atribuye buena salud. Muchos tienen las mejillas chupadas y ojos brillantes, casi febriles. ¿Por qué? Porque, en efecto, la fiebre ha hecho ya presa en ellos. Fergusson escogerá a los que han de hacer el crucero marítimo, Gunston. Hazte, pues, a tal idea.

El coronel se había puesto en pie. De pronto descargó su puño sobre la mesa, gritando:

— ¡Ni hablar de eso! Soy el comandante de la guarnición y no estoy dispuesto a consentir que sea minada nuestra seguridad por poner en práctica una absurda idea con la que se pretende mejorar el estado físico de mis hombres.

— Soy el Gobernador de la isla — replicó Roger —. Prefiero perder la misma como consecuencia de la acción que me propongo emprender a esperar que la fiebre acabe con los soldados de Su Majestad o reduzca su número hasta tal punto de que no podamos cubrir los puestos de las baterías en el caso de un ataque del enemigo.

— ¡Eres un necio! — tronó Gunston —. ¿Sabes qué significado tiene la palabra «refuerzos»? Ya he escrito a Londres, solicitando su inmediato envío. Verdad es que Whitehall cumplimenta esas peticiones siempre a última hora, pero los hombres que rigen los destinos de Inglaterra no son tan estúpidos como para consentir que se pierda Martinica por la falta de unas cuantas compañías. Si estás decidido a llevar adelante tu descabellado plan habrás de aguardar la llegada de los refuerzos.

Roger se levantó también. Sus largas pestañas velaban casi la La que reflejaban sus ojos. Adelantando el mentón dijo con dureza:

— No aguardaré un solo día. Ya has oído las órdenes que me dispongo a dar. Si no obedeces serás juzgado por un consejo de guerra.

— ¡No incurriré en criminales complacencias! — saltó Gunston —. Tu apasionamiento por los franceses te ha llevado a elaborar un proyecto por el que nos vendes materialmente a ellos. ¡Esto es una traición! ¡Nada más ni nada menos! Mi deber es resistirme a seguir por el camino que tú señalas hasta donde pueda. Mañana mandaré uno de mis oficiales a ver al general Williamson. Le pondré en antecedentes de lo que ocurre, apremiándole para que en uso de sus atribuciones, como comandante en jefe, te destituya.

Los ojos de Roger se dilataron con desconcertante rapidez. Ya tenía a Gunston en el terreno que él había estado deseando que pisara. Su voz sonó ahora con siniestra calma:

— Mañana serás tú el que salga de la isla para entregar al general Williamson un mensaje mío en el que pienso explicarle en qué se basan nuestras diferencias de opinión. Como verás soy justo, pues te creo suficientemente leal, como para convertirte en mi emisario. Además vas a disfrutar de una excelente oportunidad para convencerle de que eres tú quien se halla en lo cierto, una oportunidad superior a la que a mí se me ofrece.

Las gruesas mejillas de Gunston tomaron ahora casi el color de la púrpura.

— Te aprovechas de que el general es demasiado timorato para atreverse a anular un nombramiento político. Tú quieres quitarme el mando, ya que supones que él no me permitirá regresar.

Roger asintió.

— Así es, en efecto. Por una vez has demostrado ser bastante inteligente.

— ¡No iré! — rugió Gunston —. Me niego a meterme en la trampa que preparas.

— Haz lo que gustes — contestó Roger, encogiéndose de hombros —. Me veré obligado a considerar tu desobediencia como abierta rebelión, hallándonos como nos hallamos en tiempo de guerra. Por tal delito podrían incluso disparar sobre ti — sus ojos revelaron una impiedad sin límites al añadir —: Hace unos momentos te insinué que en más de una ocasión he presenciado cómo los pelotones de ejecución cumplían mis órdenes. Créeme, Gunston, la visión de tu cadáver no me produciría el menor estremecimiento.

El coronel sabía que Roger era sincero. Llegó casi a sentir la fría mano de la muerte cerrándose en torno a su corazón. Horrorizado, abrió la boca lentamente … Después dio la vuelta, encaminándose hacia la puerta. Su sable ya no se balanceaba airosamente sobre su muslo al avanzar …

Una vez se hubo sentado, Roger comenzó a redactar tranquilamente el mensaje que su derrotado enemigo llevaría al día siguiente al general Williamson.

Con la partida de Gunston las cosas tomaron para Roger un giro más favorable. Éste nombró jefe de la guarnición a un coronel de artillería llamado Thurgood, un hombre de recto proceder. Luego escribió al coronel Penruddock, informándole sobre sus planes, cifrados en enviar la mayor parte de las tropas de Fort Royal a la mar, en un crucero que había de durar quince días, aproximadamente. Añadió que de resultar el experimento satisfactorio pensaba repetirlo con las fuerzas de St. Pierre. De momento éstas se hallarían preparadas para hacer frente a cualquier situación de emergencia. De esta manera, si los franceses de la capital proyectaban un levantamiento el mismo sería rápidamente aplastado.

Dos días más tarde llevó a Amanda y Clarissa a casa de *madame* de Kay. Ésta dispensó una cordial acogida a Amanda, declarando al observar la belleza de Clarissa que le buscaría un esposo rico entre los miembros de la nobleza de Martinica.

Sentados frente a sus tazas de té charlaron extensamente. *Madame* de Kay hizo saber a Roger que se le había ocurrido una idea para mejorar sus relaciones con los colonos. Pensaba celebrar

una reunión con objeto de que él tuviera ocasión de conocer a sus amigos más influyentes. Habían sido cursadas ya las invitaciones oportunas. En éstas no se hablaba para nada del Gobernador … *madame* de Kay anunciaba a sus amistades la llegada a la isla de un joven pariente, el cual deseaba presentarles. Acordóse que Amanda y Clarissa no asistieran a la reunión, ya que entonces ellas se verían obligadas a mentir al hacer alusión a la posición social de Roger o a revelarla. Lo más prudente era mantener tal dato oculto el tiempo que fuese posible.

La reunión tuvo lugar una semana después. Pocos eran los invitados que habían visto antes a Roger y en casi todos los casos de una manera fugaz, de lejos, en la ciudad, al cruzar aquél en su coche alguna calle. Transcurrió una hora antes de que se extendiese entre los presentes el rumor de que aquél era el nuevo Gobernador de la isla. Hasta tal momento Brook satisfizo la curiosidad de los huéspedes de *madame* de Kay declarando con la mayor naturalidad que se hallaba al servicio de su gobierno. Cuando un señor ya de edad, un marqués, le identificó finalmente, Roger admitió que no se equivocaba, echándose a reír.

Entretanto, merced a su cordial sonrisa, su perfecto francés y pulidos modales, Roger se había atraído las simpatías de medio centenar de personas. Al divulgarse su verdadera personalidad varios de los más furibundos anglófobos se mostraron resentidos por la treta, abandonando la casa de *madame* de Kay. Pero la mayoría de los amigos de ella eran gente sensata, que comprendía que debían la salvación de su vida y propiedades, amenazadas por los terroristas que Víctor Hugues enviara allí, a la intervención de los ingleses. Habían sido los insultos de Gunston y sus despiadados métodos represivos lo que les enemistara con aquéllos. Ahora, después de conocer a Roger, se encontraban dispuestos a colaborar con él, deseosos de imprimir una marcha más próspera y grata a los asuntos locales.

Hallábanse entre los invitados varios diputados, quienes le felicitaron por su habilidad al aludir a su ausencia de la Asamblea como una broma. Por sus palabras supo Roger que no se había equivocado al imaginar que Gunston no ignoraba lo que iba a pasar. La última vez que la Asamblea se había reunido aquél llegó a introducir en la sala varios tambores del regimiento local. Siempre que los diputados protestaban, Gunston ordenaba un redoble de tambor. En consecuencia, todos habían anunciado públicamente su propósito de no asistir a ninguna reunión más. Ahora los que informaban a Roger se ofrecieron para hablar a sus

compañeros, asegurándole anticipadamente que asistirían casi todos.

Siete días después Roger cursó una convocatoria con resultados auténticamente satisfactorios. Habiendo dado cuenta del mensaje del rey y anunciando la anulación de numerosos edictos que constituían una ofensa para los habitantes de la isla, les habló de las condiciones imperantes en Guadalupe, donde los británicos habían sido rechazados antes de que tuvieran tiempo de afirmar su dominio. Los revolucionarios habían descuartizado a todos los sacerdotes y seglares pudientes que se encontraban en la isla. A continuación les relató sus experiencias en Santo Domingo, refiriéndose cómo la colonia había llegado a la más desastrosa ruina por las disensiones existentes entre sus habitantes. Finalmente, Roger subrayó que en la Martinica ellos no habían corrido la misma suerte que los colonos de otros territorios franceses gracias a que los británicos habían llegado allí antes de que el Terror de Francia originase los más graves sucesos. Sin embargo, añadió, el peligro no había pasado aún. Si los franceses continuaban demostrando mala voluntad hacia las autoridades inglesas otros se aprovecharían de sus diferencias, llegando, quizás, a promover un nuevo levantamiento de los esclavos, difícil de desbaratar en aquellas circunstancias a causa de que las fuerzas militares de guarnición se hallaban muy mermadas por las enfermedades. Consecuentemente, los representantes de las dos nacionalidades debían permanecer unidos. Era indispensable que los colonos respetaran y cumplieran cuantas órdenes dictara él en nombre de Su Majestad el rey George III, quien le había encargado insistiera en su buena disposición hacia ellos.

Antes de terminar su discurso Roger advirtió que había superado sus más optimistas previsiones. Sus oyentes recordaban perfectamente las dificultades con que tropezaran para dominar a los esclavos durante la primera revuelta y vivían sumidos en el constante temor de volver a pasar por la misma prueba de nuevo. Con su franca confesión acerca de la debilidad de la guarnición y su súplica en pro de la unidad, Roger supo tocarles en los corazones. Al final de su discurso éste tuvo el placer de ver acogidas sus palabras con una espontánea ovación.

Al día siguiente, plenamente confiado ya, Roger ordenó que zarparan los buques en que habían sido embarcados los enfermos, toda vez que Fergusson acababa de terminar los ineludibles preparativos. Luego, con la ayuda de Amanda, organizó la reunión en el transcurso de la cual *madame* de Kay — la «prima Margaret»,

como aquélla le había pedido que la llamara en lo sucesivo —, le presentaría las damas principales de la isla. La reunión tuvo lugar el día 4 de marzo y constituyó otro triunfo. Roger advirtió que en el futuro los personajes de Martinica más destacados en las esferas social y política respaldarían todas sus decisiones.

El coronel Thursby, padre de Georgina, no habría podido menos de sonreír irónicamente al observar la marcha de los acontecimientos. Al recibir Roger el nombramiento de Gobernador de Martinica aquél había hecho un comentario. A su juicio el señor Pitt no sólo había mostrado generosidad al procurarle el cargo sino también buen sentido. El coronel Thursby añadió en aquella ocasión que existían pocos hombres más indicados que Roger Brook para regir una colonia recientemente arrebatada a los franceses.

A primeros del mes de marzo se recibieron nuevas noticias de Europa. Catalina de Rusia, una diplomática extraordinariamente astuta, había demostrado ser más lista que los prusianos al firmar un pacto con el emperador de Austria para la partición de Polonia. Cierto era que las tropas prusianas ocupaban una gran zona del país pero por efecto de la mencionada alianza aquéllas no tendrían ya otra alternativa que la de aceptar las decisiones de la emperatriz al decidirse el reparto de la infortunada Polonia entre las tres potencias.

El traslado de una gran parte del ejército prusiano al este estaba produciendo ahora desastrosos efectos sobre los aliados en el oeste. El ejército francés del Rin, a las órdenes del general Jourdan, actuaba en un frente que se extendía desde Cleves a Coblenz. Otras fuerzas mandadas por Pichegru habían penetrado en Amsterdam, donde los franceses habían sido recibidos como liberadores por los republicanos holandeses. Y lo que era peor, desde el punto de vista británico, el general Moreau había realizado un audaz hecho bélico. En enero, seguido por varios escuadrones de caballería y una batería de artillería montada, había galopado sobre el estuario del Helder, helado, hasta la isla de Texel, donde la flota holandesa permanecía inmovilizada en sus anclajes, capturándola en su totalidad intacta. Por tanto, sus buques habían sido agregados a los navíos franceses.

Malas eran estas noticias, pero tres días después de la recepción Roger supo de otras bastante más inquietantes por la proximidad del escenario. Al puerto llegó un buque cuyo capitán traía un mensaje del apoderado general de Granada. Por éste se

enteró Roger de que en la noche del 2 de marzo había estallado allí una insurrección. La ciudad de Grenville había sido sitiada y todos sus habitantes ingleses — hombres, mujeres y niños — pasados a cuchillo. El Gobernador se hallaba en los momentos críticos en otro lugar de la isla, reunido con unos amigos. Al saber lo que ocurría embarcó con éstos en una nave que puso rumbo al pequeño puerto de Gouyave, sólo para ser inmediatamente capturados por otra banda de rebeldes. El levantamiento había sido dirigido por un plantador de color llamado Julien Fédon, quien recibiera instrucciones para llevar adelante el proyecto de apoderarse de Granada del infatigable Víctor Hugues. Tras saquear Grenville, Fédon había establecido su cuartel general en un promontorio casi inaccesible situado en las inmediaciones de la población. Desde allí hacía cuanto estaba en su mano para que la rebelión se extendiera a toda la isla. Las gentes de orden de ésta necesitaban ser auxiliados urgentemente.

Granada era de todas las islas la más meridional. Sus vecinas más próximas eran: hacia el sur, Trinidad (en poder de los españoles), y hacia el norte St. Vincent, St. Lucia y Martinica, por este orden. Barbados, cercana a la primera, se asomaba ya al Atlántico. Hugues había sembrado el desorden en St. Lucia, poniendo en marcha un levantamiento de negros en St. Vincent. Por consiguiente, dejando a un lado la acción que pudiera emprender el Gobernador de Barbados, Roger pensó que en él recaería la responsabilidad por las nuevas matanzas que se produjeran.

No se hallaba en condiciones de enviar una fuerza expedicionaria considerable, pero estaba decidido a actuar eficazmente con lo que tuviera a mano. Apresuróse a consultar con el coronel Penruddock. La mayor parte de la guarnición de Fort Roya! regresaría de su crucero dos días después. Se acordó que tan pronto desembarcaran los miembros de aquélla serían enviados a Granada trescientos cincuenta soldados de las fuerzas de St. Pierre, a las órdenes del mayor Marsden, militar joven y de relevantes cualidades.

Al regreso de los navíos Roger se enteró de que diecinueve de los enfermos habían fallecido durante el viaje, pero que el resto había entrado en el período de la convalecencia. Como los primeros por razón de su estado, hubieran muerto de todas maneras, Roger consideró que los resultados alcanzados no habían sido malos. Sentíase agradecido a su amigo Droopy Ned, quien le sugirió aquel método para combatir la terrible enfermedad.

Esperaba ahora que los trescientos cincuenta hombres que estaban preparados para salir hacia Granada no solo alteraran sustancialmente la situación en la isla sino que regresaran más recobrados físicamente.

Una vez hubo despedido a los expedicionarios, Roger creyó que podía permitirse un ligero descanso o un alivio en sus cotidianos quehaceres. Las principales familias de la isla habíanle pasado invitaciones … Lo mejor sería corresponder a cuantas pudiera. Esto era siempre una buena política. Amanda, Clarissa y él se vieron obsequiados y junto a muchos y nuevos amigos conocieron las bellezas de la isla.

Las noticias que en ésta se recibieron en el transcurso del mes de abril, acerca de Europa, continuaban siendo malas. En febrero los prusianos habían iniciado negociaciones con los franceses en Basle; el ejército holandés, que había estado luchando en favor del príncipe de Orange, severamente castigado, habíase visto obligado a rendirse; Toscana se había separado de la Gran Alianza, que ahora parecía resquebrajarse.

En Francia, a juzgar por ciertos indicios, los moderados se imponían. Había cesado la venta de las propiedades de los parientes de los *émigrés*. Los sacerdotes y nobles condenados a la deportación habían sido puestos en libertad. Más significativo todavía: el Gobierno había ofrecido unas condiciones liberales, que incluían la libertad de cultos, al ejército realista en la Vendée y su jefe, el bravo Charette, había firmado un tratado de paz en La Jaunaie, documento por el cual reconocía a la República. Pero eso quería decir que estaban siendo libertadas más tropas francesas para combatir contra los restantes aliados.

Las noticias que llegaban desde Granada eran también pésimas. Fédon continuaba imbatible en su fortaleza natural y los soldados ingleses morían como moscas en los pantanos existentes al pie de aquélla, víctimas de la fiebre amarilla. Marsden mismo había enfermado, llegando a suicidarse en un arrebato de desesperación.

Roger se hallaba conturbado. Enojábale enormemente la pérdida de sus hombres. Pero nada podía hacer para evitar tal estado de cosas. Sensatamente, pues, continuó su vida normal, agasajando a sus amigos o dejándose agasajar por éstos.

Muy justificadamente, Clarissa, se había hecho popular en la isla. La joven disfrutaba lo suyo. Los oficiales ingleses, que en su mayor parte ignoraban el francés, la buscaban incansablemente. Y cuando con Amanda se introducía en el alto mundo isleño la asediaban todos los solteros hijos de Francia. Roger la observaba

con interés, preguntándose por cuál de sus habituales rondadores acabaría la muchacha sintiendo preferencia. Pero las semanas pasaban y la chic no daba muestras de haber tomado en serio a ninguno de sus pretendientes.

A principios del mes de mayo, cuando se acercaba la época del calor, se trasladaron a una residencia más pequeña pero muy agradable, escondida entre unas elevaciones en el interior de la isla. Prosiguieron haciendo vida de sociedad pero con ciertas modificaciones. A partir del primero de junio se reservaron para ellos las horas comprendidas entre las once de la mañana y las cinco de la tarde, las más calurosas. Solían pasarlas dormitando en sus lechos, casi desnudos, al amparo de las cortinas que les protegían de las picadas de los mosquitos.

En junio se sublevaron los esclavos en la zona meridional de la isla. Merced a una acción firme e inmediata la revuelta fue ahogada a la semana de haber comenzado. Roger, que se había trasladado a los lugares que fueran escenario de aquel episodio, presidió un tribunal especial encargado de administrar justicia, mostrándose duro con los cabecillas. Ordenó también que fuera ahorcado uno de los agitadores de Hugues, a quien sus hombres sorprendieron cuando se hallaba entregado a su nefasta labor. En Martinica volvió a reinar la paz.

Dentro del mes de junio también llegaron allí noticias referentes a la paz firmada por los prusianos con los franceses. Habíase producido una insurrección en París. El día primero de abril — 12 Germinal, Año III, de acuerdo con el calendario revolucionario —, los *sans-culottes* se habían levantado para protestar por el relajamiento de la persecución de los *bourgeois*. Pero aquéllos habían sido contenidos por el victorioso y popular general Pichegru, al mando de las tropas de la capital.

A las pocas semanas de su llegada a Martinica, Roger nombró a un comerciante retirado llamado Beckwith encargado de una sección que hubiera podido denominarse Asesoría Comercial y Administración de la Residencia del Gobernador. El señor Beckwith era hijo de una francesa y residía desde hacía mucho tiempo en la isla. Habíase señalado siempre como persona fiel de los ingleses. Hallábase en la edad media de la vida y era suficientemente rico para poder resistir ciertas tentaciones. Constituía, pues, el hombre ideal para actuar como guardián de los intereses financieros de Roger. Sin exagerar la nota se ocupó de que los sucesores de los puestos administrativos que fueran quedando vacantes pagasen una especie de derechos, para

contribuir a enjugar los gastos de representación del Gobernador, exigiendo además que fuesen individuos de intachable conducta. También vigilaba los pagos de los impuestos y licencias para determinadas actividades, cosas que venían a ser los ingresos oficiales de la primera autoridad de la isla.

En consecuencia, a mediados de aquel verano la situación económica de Roger, era excelente. No siendo ya para él una preocupación el dinero, ni tampoco la futura cumplimentación de sus órdenes, ahora acatadas fielmente, sabedor además de que en las tropas se producían menos bajas, gracias a los periódicos viajes que éstas hacían por las cercanías de la isla, a bordo de varios pequeños buques adquiridos con tal propósito, Roger pudo dedicarse a gozar de la vida de sociedad dentro del mundillo de la Martinica, la cual retenía todavía parte del característico sabor del *ancien régime*.

Amanda se hallaba de excelente humor y disfrutaba de buena salud. Merced a su carácter, vago y olvidadizo por naturaleza, ahora que de la administración doméstica se ocupaba su prima Margaret, quien había accedido a trasladarse a la residencia veraniega, habíase convertido en una decorativa y encantadora ama de casa. Hacía ya varios meses que Roger y ella convivían sin compartir ninguna contrariedad. Parecían otra vez dos jóvenes enamorados y aquel verano feliz supuso en sus existencias una segunda luna de miel.

En el mes de agosto tuvieron noticias de Francia. Eran bastante inquietantes. En muchos lugares de aquélla, particularmente en las ciudades del sur, habíase desencadenado el Terror Blanco. Bandas de vengativos individuos cazaban y daban muerte a los terroristas rojos, a manos de los cuales tanto sufrieran. Decíase que los parisienses estaban a punto de morir de inanición. Reinaba un descontento tan grande con el Gobierno que se había producido otra sublevación, en el seno de la cual los jacobinos y demás extremistas de la Montaña habían intentado utilizar las multitudes para establecer de nuevo la dictadura terrorista. La tormenta estalló el 20 de mayo — o 1.° Pradial —. Una vez más la Cámara había sido invadida por una vociferante multitud, corriendo la sangre … Pero los termidorianos controlaban todavía el ejército. Por la noche entraron en París veinte mil soldados, al mando del general Menou. El día 23 la insurrección había sido sofocada, valiendo a sus instigadores la deportación a la isla de Cayena, azotada por la fiebre. Tal castigo había sustituido en numerosos casos semejantes a la pena de muerte, pero ambas cosas venían a

ser lo mismo. Hasta tal punto era así que, popularmente, se calificaba dicha sentencia con el sobrenombre de «la guillotina seca».

En las primeras horas de la mañana del día 18 de agosto Roger fue a St. Pierre para tratar de diversos asuntos con el coronel Penruddock y pasar la noche allí. El coronel sugirió a su visitante que quizás le divirtiera conocer una nueva casa «alegre» que habían abierto recientemente en las proximidades de la población. Tratábase, explicó Penruddock, de un burdel y sala de juego a un tiempo; pero el entrar en la casa no implicaba la obligación de contratar los servicios de las lindas pupilas mulatas ni tampoco tener que jugar en sus mesas, probablemente trucadas … Había allí otras atracciones. Por ejemplo: la posibilidad de saborear una magnífica comida en el jardín para dedicarse luego a escuchar la fascinante música negra.

Roger vaciló. Aunque considerado hereje por los católicos de la isla, sabía que en distintas parroquias había sido señalado como ejemplo de maridos. No quería que trascendiera la proyectada visita …

A esto objetó Penruddock que no sólo era él quien se preocupaba de conservar su buena reputación. Muchos de los miembros de la nobleza recurrían al procedimiento de ocultar su identidad bajo una máscara. ¿Por qué no hacer ellos lo mismo? Roger se mostró conforme y al oscurecer, acompañados por el joven Cowdray y otros tres oficiales también enmascarados, partió en un coche hacia el «Salón de Belinda», que tal era el nombre de la casa.

Poco después de llegar a ésta Roger pensó que la recomendación del coronel había quedado plenamente justificada. El local brillaba por su limpieza y orden. Los visitantes no se vieron importunados por las chicas y la veintena de mesas con que contaba el jardín se hallaban colocadas a prudente distancia unas die otras, para que los distintos grupos gozaran de independencia. Los platos criollos servidos fueron juzgados por todos exquisitos. La cena al fresco, tras una jornada de calor abrasador, bajo un firmamento tropical poblado por miriadas de estrellas, suponía una manera de dar fin al día difícilmente superable.

Luego tuvieron ocasión de ver a *madame* Belinda, la propietaria. Ésta se acercó a su mesa para preguntarles si habían sido bien atendidos y solicitar su opinión con respecto a los platos servidos.

En el instante de aproximarse ella al grupo, Roger le estaba

diciendo algo a Cowdray, por lo que no la miró al principio. Pero al percibir una inflexión familiar en su voz volvió rápidamente la cabeza. Entonces experimentó una de las mayores impresiones de su vida. *Madame* Belinda no era otra persona que Lucette.

Mientras la contemplaba, protegido su rostro por el antifaz, Roger no pudo menos que sentirse maravillado ante la audacia desplegada por aquella mujer al regresar tranquilamente a la Martinica y abrir un establecimiento público en la isla. Debía haberse enterado, naturalmente, de que había sobrevivido a todas las penalidades y tomado posesión de su cargo. Y a todo esto allí había personas como su prima Margaret que podían reconocerla, pese a los años transcurridos.

Suponía Roger que después de la desaparición de Senlac y tras las bajas habidas entre sus más caracterizados lugartenientes, aquella banda de piratas se había quedado sin una cabeza rectora adecuada. Ella habría decidido entonces romper su relación con ellos y cesaparecer con la parte que le correspondiera de los despojos. Indudablemente, la isla en que discurriera su juventud debía haberla atraído, hasta el punto de atreverse a desafiar el peligro derivado del hecho de hallarse al frente de un burdel de lujo como aquél.

Pensándolo más detenidamente se dijo Roger que tal riesgo, efectuado el cambio del nombre, no era en realidad muy grande. Por ejemplo: era improbable que, en condiciones normales, el Gobernador de la isla visitara un establecimiento como aquél. Y totalmente seguro que la prima Margaret o *madame* de Tascher no llegarían ni a verlo siquiera. Si por la casa aparecían unos cuantos hombres que la reconocían tampoco correría peligro. ¿Quién de ellos sabría que por espacio de trece años o más había participado en innumerables crímenes?

Fiel a su principio de mirar antes de saltar, Roger procuró dominarse y no hacer ningún movimiento que pudiera atraer la atención de la joven hacia él. La mulata no iba a escapársele y, por otro lado, no quería estropearles la noche, que había comenzado tan agradablemente, a los otros.

Durante dos horas continuaron allí, bebiendo buen coñac francés y escuchando las extrañas y cautivadoras melodías entonadas por los cantores negros. Finalmente, Penruddock sugirió que había llegado el momento de retirarse, a lo cual Roger contestó:

— Sí, coronel, tenéis razón. Debo daros las gracias por esta

deliciosa velada. Sin embargo, confío en que me perdonéis por acabar estropeándola. Me veo obligado a atender a cierto asunto antes de marcharnos … No sé si en el coche dispondremos de espacio para un pasajero más. Hacedme el favor de mandar llamar a *madame* Belinda.

Unos minutos después Lucette, tan hermosa como siempre, dirigiendo sonrisas en todas direcciones, se aproximó a la mesa para decir a sus huéspedes:

— Habéis preguntado por mí, señores … Adivino qué es lo que ahora deseáis. Por tal razón he ordenado que fueran reservadas para vos seis lindas muchachas, quienes en estos momentos os aguardan arriba.

A modo de respuesta, Roger se volvió hacia su ayuda de campo y señalando a Lucette, dijo:

— Capitán Cowdray: sírvase arrestar a esta mujer. Mañana por la mañana formularé una acusación contra ella por los delitos de piratería y asesinato.

Pero al día siguiente Roger no iba a encontrarse ya en St. Pierre y nunca se le presentaría la ocasión de cumplir su propósito. Menos de veinticuatro horas después se hallaría en la mar, en su viaje de regreso a Inglaterra.

Capítulo XVII

EN LA BRECHA, UNA VEZ MÁS

Roger se había desnudado, encontrándose a punto de meterse en la cama cuando el coronel Penruddock, tocado con un gorro de dormir y embutido en un amplio camisón, penetró en su cuarto con un papel en la mano. Éste había llegado en un barco que entrara en Fort Royal aquella noche, siendo entregado por un mensajero a caballo. Nada más romper los sellos Roger observó que el escrito contenía muy pocas líneas. Habían sido escritas por el propio primer ministro, William Pitt:

Os necesito inmediatamente. No es mi intención privaros de vuestro cargo de Gobernador de esa isla. Ahora bien, desearía que designarais a alguien capaz de sustituiros durante el tiempo que durara vuestra ausencia y que regresarais a Inglaterra lo antes posible.

Roger no tenía más remedio que mirar aquel mensaje como una orden. Por tal motivo comenzó a disponer inmediatamente lo necesario para su partida. Redactó apresuradamente un documento para que el capitán del buque recién llegado no encontrara dificultades en cuanto a su abastecimiento, al que se daba carácter urgente. Luego le indicó a Penruddock que enviara al mensajero a Fort Royal con el escrito y que mandara ensillar unos caballos.

Llegó a la residencia de verano a las cuatro de la madrugada. La pobre Amanda se despertó al primer beso que Roger depositó en su mejilla, para enterarse seguidamente de que se avecinaba otra ausencia de su marido de incierta duración. Después se levantó para supervisar la labor de Dan, con objeto de que Roger no echara nada de menos en su equipaje. Éste había decidido ya que Penruddock le sustituyera provisionalmente en el cargo, por lo

que se encerró en su despacho con el coronel durante dos horas, que empleó en darle orientaciones sobre el gobierno civil de la isla. Una vez hubo desayunado Roger se entrevistó con el señor Beckwith, tratando con éste de asuntos de carácter económico. A continuación se encaminaron a Fort Royal, donde llegaron con tiempo para dormir la siesta, en las horas más calurosas del día.

Al levantarse, Roger supo que el teniente Tasker, de la Armada Real, el cual mandaba el buque, le aguardaba. El teniente era un joven de escasa estatura y severa faz, que parpadeaba constantemente. Manifestó que actuando de acuerdo con las órdenes del primer ministro no había regateado esfuerzo alguno para hacer un viaje rápido y que suprimiendo la escala en Madeira había establecido un «record», cruzando el Atlántico en veintiséis días. Añadió que tres horas más tarde tendría su embarcación lista para zarpar.

Roger le invitó a comer. Tras la comida aquél dio una vuelta por el puerto, en compañía de Amanda, Clarissa, la prima Margaret y otras personas. Dan había instalado ya el equipaje de su señor a bordo. Dijéronse los últimos adioses y a la caída de la tarde el buque mandado por el teniente Tasker inició su larga singladura.

Éste último comunicó a Roger las últimas noticias que conocía sobre Europa. En general, la marcha de la guerra no era favorable a los aliados. Pero habíase producido un nuevo acontecimiento que constituía la base de ciertas esperanzas. El 7 de junio había zarpado de Portsmouth una gran expedición con el fin de invadir la Baja Bretaña. El 22 una flota francesa al mando de Villaret-Joyeuse había sido derrotada y el 27 las fuerzas invasoras habían desembarcado sin novedad en el promontorio de Quiberon.

Precisamente Roger había estado abogando desde la primavera del año 93 por aquella política, sintetizada en la utilización del poder marítimo de Inglaterra para asestar golpes decisivos en el corazón de la República. Fue entonces cuando tuvieron lugar los primeros levantamientos realistas en la Vendée. Brook había sostenido, con muy buen sentido, que si las bandas de aldeanos, fanáticos de la religión, se veían apoyadas por disciplinadas tropas británicas llegaría a ser posible la organización de una marcha sobre París que desembocara en la caída del gobierno terrorista.

Juzgaba Roger probable que aquella campaña produjera todavía excelentes beneficios, aunque creía que el retraso habíale restado valor ya que, lastimosamente, habían caído muchos vandeanos y recientemente, al ser ofrecida la libertad de cultos,

los supervivientes habíanse apresurado a firmar la paz con los republicanos.

Las perspectivas de éxito de la expedición, se vieron repentinamente reducidas en la mente de Roger al enterarse éste en una charla posterior con Tasker que aquélla no se hallaba integrada por fuerzas británicas. Componíase de varios regimientos de voluntarios franceses, reclutados entre los realistas refugiados en Inglaterra, apoyados por una fuerza de regulares destacados para aquella misión desde el Rin, pertenecientes al ejército de *émigrés* del príncipe de Condé.

Conocedor de los hábitos y la mentalidad de la nobleza francesa, Roger se imaginaba la clase de mandos con que contaría la expedición. La pureza de sangre se habría antepuesto a la preparación personal a la hora de seleccionar a los que habían de marchar al frente de las unidades. Tal inconveniente quedaría agravado por la lamentable pérdida de tiempo que implicaba la observancia de determinadas fórmulas y ceremonias heredadas del *ancien régime*. En los Consejos que celebraran los mandos chocarían la estupidez y los celos de muchos con las propuestas de los soldados profesionales. Entonces, por una serie de bajas intrigas, se perderían las mejores oportunidades. Indudablemente, los realistas sabían luchar con denuedo en los instantes decisivos, sobre el campo de batalla, pero esto sólo no bastaba para derrotar a ninguno de los jóvenes generales republicanos, quienes habían cosechado un sinfín de éxitos merced a sus nuevos y vigorosos métodos de hacer la guerra.

Tal era, al menos, la opinión de Roger. Sentíase enormemente interesado por el inmediato futuro de la expedición, sobre todo después de enterarse de que se componía exclusivamente de franceses. Al saber que el desembarco sería en Quiberon se dijo en seguida que este asunto debía tener no poco que ver con la urgente llamada del primer ministro. La suposición era razonable ya que sus amplios conocimientos en todo lo concerniente a la Revolución le convertirían en hombre insustituible en el caso de ser designado, por ejemplo, para ocupar el cargo de *Représentant en Mission*, o algo por el estilo, cerca del general que ostentara el mando supremo de las fuerzas invasoras. No, desde luego, con los poderes casi ilimitados que se le habían concedido cuando acompañara al general Dumouriez … Le requerirían, simplemente, para interrogar a prisioneros de categoría, para estimar justamente las cualidades de los generales enemigos y asesorar en una

multitud de problemas diferentes. Roger lamentaba que le hubieran hecho salir de la isla de Martinica pero reconocía que semejante puesto se avenía bien a sus cualidades. No obstante, había que distinguir entre desempeñar el mismo en un Cuartel General integrado por compatriotas suyos y el tener que habérselas con los franceses … Al pensar en lo que le costaría siempre lograr que los tozudos, arrogantes y egoístas nobles franceses procedieran con sensatez, rapidez y oportunidad se sentía invadido por el desaliento anticipadamente.

Para el viaje de regreso a Inglaterra el buque se desplazó a varios centenares de millas de la ruta seguida en el de ida. A los diez días de navegación alcanzaba las Bermudas. Desde aquí puso proa a las Azores, punto de arranque para emprender la ruta directa a las Islas Británicas.

Entre los objetos personales que Roger perdiera en la aventura de la *Circe* figuraban aquéllos que utilizaba para satisfacer sus aficiones artísticas. Pero en Fort Royal había adquirido otros, hallando de vez en cuando tiempo en el transcurso de los meses anteriores para practicar la pintura. Durante las largas horas de ocio a bordo del barco dedicó a ésta algunos ratos, alternándola con la lectura.

Aparte de dos días de tormenta continua cuando se acercaban al Paso, el tiempo les fue favorable. El teniente Tasker no pudo confirmar su «record» pero obtuvo el máximo rendimiento de su pequeña y rápida nave al hacer el viaje desde la Martinica en treinta y un días. En la noche del 19 de septiembre aquélla se adentraba en el puerto de Southampton. Roger y Dan desembarcaron en seguida. A las diez abandonaban la ciudad en una silla de posta alquilada para que les condujera a Londres.

Poco antes de las seis de la mañana Roger se apeaba ante el número 10 de Downing Street. Después de enviar a Dan con el equipaje a la gran mansión del marqués de Amesbury, en Arlington Street, donde Droopy Ned vivía cuando se encontraba en Londres, y en la que Roger tenía siempre un cuarto a su disposición, éste oprimió el botón del timbre de la casa del primer ministro.

Un portero le informó que William Pitt no era despertado nunca hasta las siete de la mañana. Roger contestó que esperaría. El jefe de la servidumbre, al reconocerle, ordenó que le fuera enviada una bandeja con chocolate caliente, panecillos tiernos, jamón de york y fruta, verdadero banquete al que Brook hizo los debidos honores tras la penosa noche que había pasado en la

carretera. No había terminado de comer cuando le comunicaron que el primer ministro le estaba aguardando.

William Pitt se hallaba recostado en un sillón. Su ayuda de cámara le estaba afeitando en aquel momento. No vio pues a Roger pero al serle anunciado, éste manifestó:

— Bienvenido, señor Brook. Tanto más cuanto que no esperaba que se presentase aquí hasta dentro de un par de semanas.

— Gracias, *sir*. El haber venido tan pronto se debe al teniente Tasker, quien no ha regateado ningún esfuerzo para cumplimentar vuestras instrucciones. A las veinticuatro horas de su llegada a Martinica tenía su buque listo para hacerse de nuevo a la mar, estableciendo casi en los dos viajes un par de «marcas».

Mientras hablaba, Roger se aproximó a la ventana, con objeto de que su jefe pudiera verle.

— Anotaré su nombre y me ocuparé de que sea recompensado por su diligencia — murmuró Pitt.

Luego, cuando el criado hubo secado su rostro, el primer ministro se incorporó en su asiento. Inmediatamente exclamó:

— ¡Diablos! De haberme encontrado con vos en la calle no sé si os habría reconocido.

Roger sonrió.

— No es cosa fácil afeitarse a bordo de un buque navegando sobre un mar embravecido. Como además no había damas en aquél decidí dejarme crecer la barba. Ahora, tras cinco semanas, necesita la atención de un buen barbero. Ahora bien, considerando la urgencia de vuestra llamada creí que era mi deber presentarme aquí tan pronto llegara a Londres, antes que vagar por ahí esperando a que abrieran los establecimientos.

— Y habéis procedido muy acertadamente. Os contaré mis proyectos mientras desayunamos.

— Vuestro mayordomo ha atendido ya a mis necesidades en ese aspecto, *sir*. Os escucharé con mucho gusto mientras vos terminái s.

Varios minutos después William Pitt se acomodó frente a una pequeña mesa en la que habían preparado un desayuno. En cuanto el criado se hubo marchado, Roger dijo:

— Supongo que me habéis mandado llamar para que actúe como consejero político cerca del mando del ejército realista que desembarcó en la costa occidental de Francia, ¿no es así?

El primer ministro dejó oír una breve risita.

— ¡El ejército realista! ¿Pero es que no sabéis que ya no existe? La expedición fue un completo fracaso.

— Malas noticias son ésas, en verdad. Tasker me explicó que en junio la flota francesa había sido derrotada y que unos días después la expedición logró desembarcar. Confieso que me asaltaron bastantes dudas al examinar la posibilidad de que consiguiese penetrar rápidamente en el país. El proyecto tenía que perder efectividad por el acuerdo de los vandeanos con el enemigo.

— No radica ahí el origen del fracaso. Las condiciones del pacto autorizaban a los vandeanos a retener sus armas y una gran parte de ellos continuaron organizados militarmente. Los republicanos faltaron a lo convenido arrestando a ciertos oficiales. Los vandeanos, consecuentemente, dispusieron de un excelente pretexto para denunciar el tratado. Los jefes *chouan* Stofflet y Cadoudal procedieron así y millares de aldeanos corrieron a enrolarse bajo sus banderas, tan sólo para ser muertos o capturados varias semanas más tarde.

Roger movió entristecido la cabeza.

— ¡Pobre gente! — exclamó —. Habían sufrido mucho ya, solicitando durante mucho tiempo ayuda en vano. Ese fin tras haber visto avivadas sus esperanzas últimamente ha debido constituir para ellos una experiencia doblemente amarga. ¿No influirían en el fracaso las divisiones y recelos existentes entre los nobles franceses que ostentaban el mando de la expedición?

— Vos lo habéis dicho, señor Brook — el primer ministro anduvo unos momentos atareado con un trozo de bistec que aún le quedaba en el plato y después prosiguió diciendo —: Su Majestad se ha mostrado siempre desconfiado con respecto a la aristocracia francesa, por lo cual se opuso al proyecto, acertando al prever su desastroso final, que llegó a explicar de antemano. Yo fui tan estúpido que me dejé convencer por el señor Windham y el conde de Puisaye. El primero se erigió hace tiempo en jefe de los que confían en una Restauración en Francia y desde su designación para el cargo de secretario de Estado para la Guerra ha venido insistiendo cerca del Gabinete para que éste autorizara un desembarco en Bretaña. El de Puisaye llegó aquí el invierno pasado, animándonos mucho al hacernos creer que se encontraba en condiciones de levantar la Bretaña en pleno. Naturalmente, necesitaba armas, dinero y una fuerza simbólica …

Entre bocado y bocado, William Pitt continuó dando cuenta a Roger, con expresión sombría, de la aventura que presidida por la incompetencia desembocara en la catástrofe.

— Organizamos unos ocho regimientos franceses. Hubo

innumerables caballeros que se nos ofrecieron como oficiales. En cambio, registramos una terrible escasez de soldados. El de Puisaye nos apremió entonces para que ofreciéramos la libertad a los prisioneros de guerra franceses si se avenían a servir en las filas del ejército de la Monarquía. Procedimos así y reclutamos a un buen número de aquéllos, si bien me temo que muchos de esos renegados sólo lo eran aparentemente. Tal vez su ofrecimiento no fue hecho con otro fin que el de poder regresar a Francia.

»Poco después de zarpar la expedición lord Bridport infligió un tremendo golpe a la flota enemiga, capturando tres de sus buques, embotellando al resto de la escuadra en L'Orient. Entonces el comodoro *sir* John Warren se encontró en condiciones de desembarcar a las tropas realistas de los transportes. Permaneció junto a ellas, demostrando gran iniciativa al utilizar los cañones de sus navíos a modo de apoyo y más adelante se llevó consigo a mil ochocientos supervivientes. Le fue imposible evitar el desastre, lo que supuso el fin de la mayoría.

»Como ya os podéis imaginar, mis enemigos se aprovecharon de este revés para desprestigiar al Gobierno y preferentemente a mí ante el pueblo. Aquéllos sostenían que nosotros no podíamos dejar de saber que una fuerza compuesta por completo de voluntarios estaba condenada al fracaso y que constituía clara prueba de nuestra mala intención el hecho de no haber agregado a la expedición soldados profesionales británicos … En una palabra: que nosotros habíamos ideado aquella aventura como un medio para desembarazarnos de los *émigrés*, que nos habían estado molestando durante tanto tiempo.

»Charles Fox se superó a sí mismo en su afán de venganza y falta de escrúpulos, abandonando por una vez su jefatura de los republicanos para acusar a los ministros de «haber enviado deliberadamente a un puñado de nobles a la muerte». Sheridan declaró que «aunque en Quiberon no había corrido la sangre británica nuestro honor estaba en entredicho», una frase que hizo fortuna, corriendo por todo el país de boca en boca.

— Me disgusta profundamente que los miembros del Parlamento se aprovechen del privilegio que supone pertenecer a aquél para lanzar tan insidiosas calumnias — manifestó Roger enojado —. Sin embargo, señor, me agradaría saber por qué razón no se unieron a esas inexpertas tropas francesas algunas unidades británicas, excelentemente disciplinadas y entrenadas.

— Tal fue primeramente mi intención — repuso el primer ministro entristecido —, pero esos arrogantes aristócratas

franceses no quisieron ni oír hablar del proyecto. Estaban dispuestos a aceptar el dinero británico, las armas británicas, el auxilio de la flota de la misma nacionalidad, la cual había de depositarlos en la costa, pero en cuanto a lo otro … Insistieron en que, por lo menos en la fase inicial de la operación, sólo franceses habrían de poner sus pies en el suelo sagrado de Francia. Por espacio de un año o más las fuerzas del general conde de Moira han estado retenidas en las islas del Paso con el fin de ser empleadas en aquella empresa. Yo me vi obligado a aceptar su utilización sólo en el momento en que la invasión estuviera en marcha. En consecuencia, excepción hecha de la aportación de unas docenas de infantes de Marina, en los desembarcos no participaron más que franceses.

»El recibimiento, por parte del pueblo bretón, no pudo ser más entusiasta. El optimismo de el de Puisaye en ese aspecto quedaba plenamente justificado pero no así en otro muy importante. De Charette, que ha demostrado ser el más capaz y hábil de los jefes vandeanos, negóse a tomar parte en la revuelta debido a ciertos recelos personales. No obstante, un día después del desembarco, el obispo de Dol, que acompañó a los expedicionarios, celebró una misa al aire libre a la que asistieron millares de personas, todas las cuales declararon estar dispuestas a dar sus vidas por la causa de la Iglesia y la Monarquía.

»La campaña no podía haber comenzado con mejores augurios si prescindimos del episodio de Charette. Fue con la iniciación de las primeras operaciones militares cuando se presentaron las primeras serias disensiones que amenazaron su éxito. La intención del Gabinete era que de Puisaye asumiera el mando supremo pero, desgraciadamente, los lores del almirantazgo habían redactado un documento designando jefe de las fuerzas francesas reclutadas en Inglaterra al conde D'Hervilly. De haber aceptado de Puisaye eso se habría quedado solamente con la jefatura de las partidas *chouan* congregadas a su llamada. En consecuencia, los dos nobles se distanciaron y no únicamente en lo referente al mando. De Puisaye se inclinaba por aprovechar la sorpresa que significaban los sucesivos desembarcos mediante un rápido avance tierra adentro, en tanto que D'Hervilly creía que lo más sensato era consolidar sus posiciones y tomar una fortaleza que dominaba la península de Quiberon.

»La fortaleza en cuestión no tardó en rendirse. D'Hervilly incurrió en la increíble tontería de permitir a algunos de sus hombres que se quedaran allí, formando parte de la nueva

guarnición. Mientras tanto el enérgico general Hoche había reagrupado a las fuerzas republicanas, avanzando contra los puestos *chouan* destacados por de Puisaye y embotellando a los realistas al extender a sus hombres sobre el istmo de la península.

»Ayudado de buen grado por *sir* John Warren, de Puisaye envió una fuerza al mando del teniente de Tinténiac, uno de sus hombres de confianza, por mar, con la misión de desembarcar en la costa y atacar la retaguardia republicana. En aquellos momentos, por supuesto, yo ignoraba tal hecho pero luego se vio claramente que los príncipes Borbones, al aprobar las disposiciones generales para la campaña, pretendían utilizar a de Puisaye de un modo muy especial porque se mostraba partidario de la implantación de una Monarquía Constitucional. Inclinándose por el absolutismo, intentaban dejarle a un lado tan pronto como hubiera servido sus fines reclutando los seguidores de Bretaña. Pero aquellos necios se precipitaron al actuar. Con objeto de desacreditar a de Puisaye como general los agentes de los príncipes en París enviaron instrucciones a su teniente al desembarcar, notificando a éste que se había producido un cambio en el plan, debiendo avanzar en dirección a St. Malo. Tinténiac, creyendo que actuaba de acuerdo con los deseos de de Puisaye, obedeció. Consecuentemente, cuando los realistas llevaron a cabo su intento para salir de la península no vieron su labor facilitada por el ataque contra la retaguardia de los republicanos, con el cual contaran anticipadamente.

Roger hizo una mueca.

— Cuántos disparates, cuánta perfidia … — comentó como si reflexionara en voz alta.

— La cosa no queda ahí — el primer ministro apartó el plato que tenía delante con un gesto de enojo —. El ataque en el istmo tuvo lugar el 16 de julio. En la mañana del mismo día llegaron a la bahía de Quiberon los buques que transportaban a mil quinientos veteranos *émigrés* procedentes de Alemania, al mando del joven conde de Sombreuil. Temeroso de que éste pudiera arrebatarle el prestigio inherente a una sola victoria, D'Hervilly insistió en atacar antes de que los refuerzos hubieran tenido tiempo de desembarcar. Sus voluntarios fueron derrotados. La caballería de Hoche se lanzó en su persecución, siendo contenida únicamente por la pesada cortina de fuego levantada por los buques de *sir* John Warren.

»Al ser informado de las disposiciones realistas de Sombreuil presionó para que se le permitiera tomar la fortaleza, que constituía la llave de toda la posición y sustituir su guarnición con

otra formada a base de sus curtidos soldados. D'Hervilly no quiso ni oír hablar de ello. Su negativa le condujo a la derrota final, a él y a todos los que tuvieron relación con la aventura.

»Algunos de los hombres pertenecientes a la primera guarnición, los que habían alegado simpatizar con la Monarquía, fueron secretamente en busca del general Hoche, sugiriéndole un plan para hacerse nuevamente con la fortaleza. En la noche del 20 de julio, al amparo de una tormenta, que desgraciadamente había obligado a los buques de *sir* John Warren a apartarse de la rocosa costa, buscando la seguridad de la mar abierta, esos traidores condujeron a los hombres de Hoche a la fortaleza siguiendo el camino de la playa. Los centinelas apostados en ésta no supusieron ningún obstáculo porque también se hallaban complicados en el plan. Ayudados por otros traidores que esperaban dentro del castillo treparon por las almenas, capturando al amanecer a la parte de la guarnición que había permanecido leal a sus jefes.

»Simultáneamente, Hoche, no temiendo ya el bombardeo de la flota británica, lanzó un resuelto ataque contra las posiciones realistas. La fortaleza cayó en su poder y sus cañones comenzaron a disparar sobre los hombres de D'Hervilly. Él y sus regimientos de voluntarios, los *chouans*, y con ellos centenares de mujeres y niños, se vieron obligados a retroceder hasta el mar. De Sombreuil y sus veteranos se hicieron fuertes en una posición pero en lugar de obrar con sensatez y resistir allí hasta que nuestros navíos pudiesen recogerles optaron por rendirse. Resultado de la catástrofe que comentamos: los republicanos hicieron seis mil prisioneros, setecientos de los cuales eran *émigrés*, quienes comparecieron ante una parodia de consejo de guerra, siendo luego fusilados.

— Este desagradable asunto ha acabado con todas las esperanzas de incorporar las unidades de los vandeanos a cualquier ejército de liberación que se forme en el futuro — comentó Roger.

El primer ministro seleccionó un melocotón entre los varios que tenía delante, comenzando a pelarlo.

— Casi … en mi opinión. Había sido convenido que las tropas británicas al mando de lord Moira siguiesen a de Puisaye en Quiberon. Con ellas había de ir el conde D'Artois. Al enterarse de que su alteza real quería asumir el mando de la expedición en persona, Charette se apresuró a declarar que la presencia de un príncipe de la sangre era todo lo que se necesitaba para asegurar una victoriosa campaña por parte de sus guerrilleros. De acuerdo

con esto trasladamos a D'Artois y a los suyos a la isla de Yeu, situada a cierta distancia de la costa de Bretaña. Allí sigue. Estoy convencido de que le falta valor para unirse a Charette en la nueva revuelta que el temperamental pero valeroso soldado capitanea actualmente.

— Confío, *sir*, en que no me habréis llamado para enviarme junto a su alteza con la misión de convencerle para que se ponga al frente de las fuerzas realistas, actuando más adelante como consejero … — apuntó Roger un tanto inquieto.

— ¡No, no, por Dios! — exclamó el primer ministro con una débil sonrisa —. Valoro en algo más vuestras aptitudes. Eso supondría una lamentable pérdida de tiempo. Sin embargo, fue este desastre de Quiberon, en parte, lo que me incitó a llamaros.

— ¿Queréis explicaros, señor?

— Por una vez actué movido por un repentino impulso. Esto ocurrió el 22 de julio, una de las jornadas más sombrías de la historia de nuestra patria. En la mañana de ese día el embajador español informó a lord Grenville que su país era objeto de tan graves presiones que se veía obligado a retirarse de la Alianza. Por la noche recibimos noticias sobre la expedición de Quiberon. La *punta de lanza* de la invasión proyectada, en la que habíamos puesto tantas esperanzas, había sido destrozada por completo. Aquella misma noche redacté la nota que os entregaron, solicitando vuestro regreso.

En la frente de Roger se dibujó una arruga.

— Todavía no comprendo … — murmuró.

— Es muy sencillo, señor Brook. Las opiniones que en el transcurso de nuestra última entrevista formulasteis con respecto a los avatares políticos de Francia en curso de gestación resultaron ser erróneas, gracias a Dios. No obstante, con vuestras pesimistas apreciaciones acerca de la guerra pasó todo lo contrario … Yo no os prometo seguir vuestro consejo pero desearía que me dijerais qué medidas adoptaríais en mi lugar.

— ¡Señor! — Roger miró atónito a su ilustre interlocutor —. Tenéis de mí un concepto que no merezco. Además, ¿cómo voy a aventurar una opinión habiendo estado desligado de los asuntos de Europa tanto tiempo?

— Conocéis el panorama político a grandes rasgos. Eso es suficiente para el fin que persigo. Ocho meses atrás asistimos al derrumbamiento de la Gran Alianza. En febrero Toscana se acobardó y se rindió el ejército holandés. En abril perdimos a

Prusia, hasta entonces nuestro más potente aliado, junto con Westfalia y Sajonia. En mayo los holandeses se unieron a nuestros enemigos. En julio los españoles nos traicionaron también y a partir de ese momento piden la paz Hesse-Cassel, Suiza y Dinamarca. Cierto es que Catalina de Rusia ha firmado ahora un pacto con el Emperador, prometiendo a éste enviarle algún apoyo, pero ella es ya vieja, está enferma y tiene poco que ganar … Por tanto se limitará a proporcionarle una fuerza simbólica. Y a todo esto nuestros aliados, los austríacos, se encuentran casi agotados. Los ejércitos de la Francia republicana triunfan en todas partes y con la destrucción de las unidades enviadas a Quiberon se ha esfumado nuestra última esperanza de asestarles un golpe mortal en el corazón.

Roger meditó un momento, declarando después lentamente:

— Aquí lo más indicado parece ser dictar las medidas conducentes a una paz honorable, que salvaguarde los intereses de los aliados de Inglaterra.

William Pitt enarcó las cejas.

— Jamás os hubiera imaginado capaz de patrocinar semejante política, considerando lo mucho que odiáis a los revolucionarios.

Con un encogimiento de hombros, Roger replicó:

— Mientras viva, señor, no podré sentir más que una profunda repugnancia por la mayor parte de los hombres que aún deben formar el grueso de la Convención. Ahora bien, es un error permitir que los sentimientos ofusquen nuestra razón. Si no existe ninguna esperanza de que salgamos victoriosos de la guerra la continuación de ésta no supondrá más que el progresivo agotamiento de nuestros recursos. Además, cuanto antes podamos negociar una paz razonablemente satisfactoria mejor … Lo ideal sería dar con una fórmula que desembocara en la pacificación total de Europa.

— Bien dicho, señor Brook, ¡bien dicho! — el primer ministro esbozó una sonrisa —. En este punto estoy de acuerdo con vos. Ya sabéis que yo he considerado siempre la guerra como algo insensato, bárbaro, como el peor azote que pueda afligir a cualquier nación. Me he visto muy apremiado en ocasiones pero en todo momento procuré evitar la participación de mi patria en el presente conflicto, hasta que Francia nos declaró la guerra. Pese a lo justa que es nuestra causa estaría dispuesto a poner fin a aquélla si diera con un procedimiento honorable. He aquí el problema: ¿cómo podemos preparar el terreno para un acuerdo que

satisfaciera lo mismo a Inglaterra que a Francia, evidentemente fatigada a causa de tanta lucha?

— Antes me dijisteis, señor, que me había equivocado al pronosticar que los terroristas de París continuarían cortándose mutuamente sus cabezas y que los supervivientes insistirían en su política de cruel represión, decididos a extender sus nefastas doctrinas por la fuerza de las armas. Todavía me cuesta trabajo creer que hayan actuado de otro modo. ¿Puedo preguntaros en qué os basáis para pensar que esas fieras han variado sus procedimientos?

— Me baso en razones muy diversas y creo que bien fundadas. En los meses siguientes a la caída de Robespierre fueron anuladas determinadas leyes que atentaban contra la libertad del individuo y los periódicos no se vieron ya tan sujetos a la censura. En los últimos días de noviembre ese foco de iniquidad conocido por el nombre de «Club de los Jacobinos» fue cerrado. En diciembre los sesenta y tres diputados expulsados de la Cámara por los terroristas volvieron a ella con todos los honores, quedando reforzados así los moderados. En marzo su retorno fue seguido por los girondinos supervivientes de la época del Terror, quienes habían estado encarcelados o se habían visto perseguidos como vulgares delincuentes. Esta primavera, también, los *sans-culottes*, furiosos al observar el giro que tomaban los acontecimientos, intentaron por dos veces derribar al Gobierno, pero en ambas ocasiones la Guardia Nacional y las tropas regulares se pusieron al lado de aquél. Por tal motivo esas revueltas resultaron rápidamente aplastadas. A la llegada del verano se implantó la tolerancia religiosa y en casi todas las poblaciones pequeñas comenzó a ser celebrada de nuevo la misa. Para terminar os diré que desde el mes de junio los periódicos franceses han informado en no pocas ocasiones acerca de linchamientos de terroristas de menor cuantía, muertos a manos de las personas que en otro tiempo persiguieron. ¿No os bastan tales detalles?

Roger sonrió.

— En verdad que tales noticias son excelentes, señor. No obstante, os ruego que me digáis si los nombres de Billand-Varennes, Collot d'Herbois, Fouché, Tallien, Fréron, David, Amer, Rewbell, Merlin de Douai, Bourdon de la Oise, Cambon y el abate Sieyès aparecen todavía en los informes que se os sirven acerca de las actividades de la Cámara … Y, ¿ostenta aún el poder el Comité de Seguridad Pública?

— Los dos primeros figuraban en un grupo de jacobinos

condenados a la deportación tras la revuelta del pasado mayo, pero si la memoria no me es infiel creo que los otros continúan desempeñando puestos de responsabilidad. Aunque han sido recortados los poderes del Comité me parece que sigue siendo el cuerpo ejecutivo, a través del cual es gobernada la nación.

— Entonces, señor, sigo opinando lo mismo … Sin embargo, hay que convenir que la opinión pública ha forzado a esos monstruos a disfrazar sus verdaderos sentimientos por ahora. Debiera sacarse partido de tal ocasión. ¿Qué os impide darles cuenta de nuestros propósitos de paz por vía diplomática, en algún país neutral?

— Si procediéramos así y ellos nos rechazaran no lograríamos otra cosa que animar a nuestros enemigos por el hecho de mostrar signos de debilidad. Además, mis agentes en París me han informado en el sentido de que hay poquísimas esperanzas de que tales sugerencias sean acogidas favorablemente.

— Recordaréis, señor, que tal era también mi opinión. Vos, no obstante, sostenéis que en el transcurso del pasado año las cosas han cambiado. Nadie puede dudar de que después de los incontables sufrimientos del pueblo francés, por espacio de seis años, éste ansia ardientemente el fin de la lucha. Se afirma que no menos de un millón de personas han muerto en las distintas purgas, levantamientos y guerras. La recluta continua ha significado la ruina de la agricultura y la industria. Desde el año 93 la gente no ha visto satisfechas sus necesidades más perentorias. Y la guerra continúa … Por tanto, admitiendo vuestra afirmación de que la caída de Robespierre forzó a sus sucesores a conceder al pueblo más libertad habría que pensar en la posibilidad de que consideraran con más atención de la que ahora os figuráis un ofrecimiento de paz.

William Pitt movió la cabeza, denegando.

— La cosa no es tan sencilla … La paz traería consigo, inevitablemente, un régimen menos severo. Se ha producido un cambio tan radical en los sentimientos de los franceses que en tales circunstancias unas elecciones libres darían lugar a una Cámara decidida al restablecimiento de la Monarquía.

— La reacción de que habláis era de esperar, más tarde o más temprano. Lo que me sorprende es que creáis que las masas apoyarán aquélla.

— Estoy seguro de eso. Ya miran hacia atrás, hacia el *ancien régime*, como a una época de paz y prosperidad. Desde luego, no

abogarán por el restablecimiento de la aristocracia, pero las nueve décimas partes de los franceses se pronunciarán por una Monarquía de poderes limitados, basada en la Constitución concedida por Luis XVI en el 91. Los girondinos, al igual que otros diputados excluidos que han regresado a la Convención, se mueven todavía con cierta cautela, pero he recibido informes en los que se afirma que la mayoría de ellos no hacen más que aguardar una ocasión propicia para conseguir la Restauración.

— La vieja pandilla republicana no se avendrá nunca a eso.

— Exactamente. Y en tanto continúa la guerra esa gente dispone de una razonable excusa para mantener el Parlamento, que ellos dominan, en marcha. Con la paz perderían sus puestos en aquél y después vendría la Restauración. Casi todos ellos votaron en su día por la muerte del rey. Por consiguiente, aparte de otras cosas que pudieran surgir, la cuestión del regicidio pondría en peligro sus cabezas.

— Esto apoya la tesis que siempre he defendido: mientras sigan en sus puestos los miembros de la antigua Convención no habrá esperanzas de paz.

— Tal es la situación planteada; pero de poder privar a aquéllos de su poder se nos ofrecen muchas posibilidades de dar fin al conflicto.

Roger, pensativo, guardó silencio un momento. A continuación dijo:

— Al parecer lo que nosotros necesitamos es otro general Monk, capaz de ordenar a todo su ejército que dé media vuelta para en seguida marchar sobre París y proclamar la Monarquía.

Una leve sonrisa floreció en los labios del primer ministro.

— Me alegro mucho de poder comprobar prácticamente, señor Brook, que vuestra estancia en las Indias no ha mermado aquellas facultades que tanto aprecié siempre en vos. Para mí es una satisfacción comunicaros que ya nos hemos anticipado a vuestro proyecto, una admirable solución de nuestras dificultades. Hemos comprado los servicios del general Pichegru.

— ¡No puedo creerlo!

— Pues creedlo, amigo mío, creedlo porque es verdad. Me consta que aquél no sólo es un magnífico soldado sino también un patriota, un hombre honrado. Como recompensa por su marcha sobre París al frente del ejército le ha sido prometido el bastón de mariscal de Francia, el Gobierno de Alsacia, un millón de francos en efectivo, una renta de 200.000 *louis*, un *hôtel* en París y el castillo de Chambord.

— Sí que debe ser honrado, desde luego — comentó Roger riendo —. Por la mitad de esa recompensa yo no tendría inconveniente alguno en organizar y mandar una marcha sobre Cathay.

William Pitt hizo como si no hubiera oído su observación.

— En un asunto de la envergadura de éste, ¿qué importa la recompensa si él cumple con lo prometido? Lo malo ahora es que el general no hace nada por ganarse aquélla.

— Es muy posible que no confíe en la palabra de los príncipes de la Casa de Borbón. Vacila, quizás, antes de entregarse, pese al indudable atractivo que ejercerán sobre él todas esas cosas maravillosas que le han sido prometidas.

— No se me había ocurrido pensar en ello, al menos en tales términos. Así queda explicada, en parte, su reserva. El agente que lleva adelante estas negociaciones aduce que el hombre se siente receloso, no acierta a prever la recepción que le dispensarán en París. Al parecer se resiste a embarcarse en la aventura hasta hallarse plenamente convencido de que al derrocar al actual Gobierno corresponderá a los deseos de la mayoría del pueblo francés.

— El general debe poseer una información sobre el estado de cosas en Francia tan precisa como la vuestra. ¿No le basta con todo lo que vos me habéis estado refiriendo?

— Debiera bastarle. Pero tened bien presente esto: hasta hace muy poco ha sido un republicano fiel. Para él las palabras «la voluntad del pueblo» no constituyen una frase hecha en conjunto, un tópico. Yo creo que lo que él desea antes de comprometerse es tener la absoluta seguridad de que los diputados más moderados, los intelectuales y otras gentes destacadas han cambiado de modo de pensar también, inclinándose por la Restauración. Resumiendo: el general actuará de acuerdo con nuestros deseos solamente si logramos convencerle de que las personas que él respeta no llegarán nunca a mirarle como a un traidor.

La expresión de Roger no cambió lo más mínimo. Habíase dado cuenta, sin embargo, de la maniobra del primer ministro. Con una habilidad que no podía menos de admirar aquél le había ido conduciendo progresivamente al punto que estaban tratando. William Pitt suponía, y lo más probable era que no estuviese equivocado, que Roger era el único hombre del mundo capaz de hacerse con las pruebas necesarias de que individuos como Barras, Carnot y Dubois-Crancé se hallaban dispuestos a comprometerse.

Con una pregunta directa a Brook sobre el particular al regreso de éste a Londres hubiera corrido el peligro de una negativa. En lugar de proceder así había comenzado por solicitar su consejo, seguro de que abogaría por la única solución sensata. Luego habíale demostrado que ésta no era posible a menos que el general Pichegru fuese tranquilizado. En medio de sus meditaciones Roger oyó la voz del hombre alto, de pálida tez, que se encontraba sentado en el lado opuesto de la mesa.

— ¿En qué pensáis, señor Brook?

— Estaba pensando, señor, en que me habéis hecho una jugarreta al presentarme las cosas de tal manera que ahora yo pasaría por un cobarde si ignorara qué hay detrás de ellas y qué consecuencias se derivan de las mismas.

— No. No digáis eso. Nadie se atrevería a juzgaros falto de valor conociéndoos bien. Es que en vista de vuestra actitud durante la última entrevista que celebramos creí conveniente daros cuenta de los factores decisivos que están en juego actualmente antes de pediros que cumplimentéis una misión en París.

— ¡Ah! De eso se trata, ¿eh? — Roger hizo una mueca —. Si me hubierais hablado de otra capital habría aceptado sin el menor reparo vuestras instrucciones. Pero es que esos nuevos acontecimientos que han tenido por marco París hacen a esta ciudad más y más peligrosa para mí. Catorce meses atrás Fouché logró averiguar que yo era inglés y agente vuestro. Si me dejase ver allí no tardaría en ser detenido … Añadid a éste el peligro de ser reconocido por los numerosos realistas que han salido de las prisiones. Pudiera ocurrir que en el momento menos pensado me encontrara frente a un caballero que me identificase con el Chevalier de Breuc, en otro tiempo honrado con la amistad personal de la reina María Antonieta. Ese hombre, convencido de que yo había traicionado su causa, no pararía hasta que hubiera conseguido buscarme la ruina.

William Pitt asintió.

— Quizá sea cierto que los cambios observados en París a lo largo del pasado año no os favorezcan. No ocurre lo mismo con los que noto en vos mismo. Cuando os negasteis a continuar trabajando para mí erais un hombre enfermo mental y físicamente. Ahora veo otra actitud en vos, de lo cual me alegro profundamente. Por ello me inclino a pensar que hallándoos restablecido no rechazaréis mi ruego de que una vez más salgáis al encuentro del peligro, especialmente sabiendo que si procedéis así

rendiréis un inapreciable servicio a vuestra patria.

Roger guardó silencio un momento, antes de replicar:

— Me pregunto si lo que me pedís es realmente necesario. Quizá no lo sea. Me refiero, desde luego, a mi viaje a París. La incógnita de este problema parece ser la actitud del general Pichegru. Como primera medida, ¿no debiéramos ver la manera de obtener más concretos informes sobre la causa de su vacilación? En el fondo de la cuestión puede haber una gran desconfianza por su parte hacia los príncipes de la Casa de Borbón. En todo caso creo que podríamos intentar averiguar las condiciones exactas en que él está dispuesto a actuar antes de seguir adelante. Proceder de otra manera equivaldría a invertir torpemente los términos, a colocar el carro enfrente del caballo.

— La idea no es mala. ¿Accedéis entonces a encargaros de la misión?

Como Roger asintiera, el primer ministro extendió una mano, dándole unos golpecitos en la rodilla. Tratándose de un hombre como William Pitt, tímido, hermético, el gesto era de una elocuencia extraordinaria. Sonriente, manifestó:

— Estaba seguro de llegar a contar con vos, señor Brook. Pero no por eso os estoy menos agradecido — en un tono más vivo, el primer ministro añadió —: Ocupémonos ahora de vuestro viaje. Esas negociaciones secretas con Pichegru han sido realizadas, desde luego, a través del príncipe de Condé, quien manda el ejército *émigré* en el Rin. Lo mejor sería que le visitarais primeramente, a fin de averiguar si se han producido nuevos hechos de los que yo no tengo noticia. ¿Guardáis todavía el documento que os entregué hace varios años, declarando que en lo concerniente a asuntos relacionados con nuestro país habláis en mi nombre?

— Sí, señor. Ese documento se encuentra depositado en una de las cajas fuertes de la Banca Hoare.

— En él tenéis una carta de presentación para su alteza. Os daré, sin embargo, otra para un caballero a quien veréis en el palacio del príncipe: el conde de Montgalliard.

Roger se irguió de pronto.

— Os ruego, señor, que no hagáis nada de eso … Es decir, si os referís al hombre en quien pienso ahora. Creo que hay dos hermanos que además de llevar el mismo apellido usan el título.

— Éste es el conde Maurice, un hombre de mediana altura, de cejas negras como el azabache, ligeramente cargado de espaldas y con una barbilla exageradamente alargada.

— Precisamente el bribón en que pensaba. Mientras trabajaba con el barón de Batz en un intento que pensábamos realizar para liberar a la reina María Antonieta, aquél me puso en guardia con respecto a Montgalliard. Me recomendó que tuviera cuidado con él, juzgándole un villano sin escrúpulos, contándome a continuación una serie de hazañas personales muy poco edificantes en verdad. Todo un poema.

— Vuestras manifestaciones me dejan un poco perplejo, señor Brook. Por supuesto, el individuo en cuestión es inteligente … Montgalliard inició este asunto, habiendo actuado de mediador entre el príncipe de Condé y yo, por lo cual se halla al corriente de todo.

— Entonces, señor, podéis estar seguro de que intenta traicionaros. Esto obliga a iniciar cuanto antes negociaciones con el general por otro conducto. Lo más probable es que Montgalliard le haya mentido, con el propósito de retener cualquier suma de dinero o beneficiarse de otro modo. Sea como sea he de deciros que siempre me ha agradado trabajar sólo para reducir al mínimo los riesgos. En consecuencia, preferiría que de mi misión no se enterara ningún agente realista.

— Indudablemente, vuestro proceder es juicioso. Montgalliard podría suponer un peligro para vuestra seguridad. Con el fin de quitároslo de encima os entregaré una carta para él. Le pediré que venga a Londres para celebrar nuevas consultas. Cuando llegue ya encontraré algún pretexto que me permita prolongar aquí su estancia.

— Os agradezco mucho ese favor, *sir*. De vuestras palabras deduzco que deseáis que me ponga en marcha lo antes posible.

— Sí. Hablaré con mi primo Grenville. Tened la amabilidad de acercaros mañana por el «Foreign Office». Grenville os proporcionará cuanto dinero necesitéis y dispondrá lo que os parezca preciso para vuestro viaje.

En el transcurso de la hora siguiente William Pitt facilitó a Roger utilísimos informes sobre la situación política en general. Inmediatamente después Roger abandonó el domicilio del primer ministro. Al salir del número 10 de Downing Street soplaba un viento bastante fresco. Roger, habituado durante varios meses al clima del trópico, no pudo evitar un estremecimiento.

Montgalliard debía haber mentido al aludir a la actitud del general Pichegru, con un fin que sólo él conocía. De ser así, eliminado el conde, se imponía un acuerdo franco y firme con el soldado. De no lograr su propósito Roger sabía que no le quedaría

otra alternativa que la de proseguir viaje a París. No podía ocultarse a sí mismo un hecho cierto: era un importante engranaje en la intriga política de enorme trascendencia que se hallaba en marcha … Un tanto inquieto, Roger se preguntó cuándo volvería a ver la costa de la isla de Martinica.

Capítulo XVIII

ENTRA EN ESCENA ROBERT MAC-ELFIC

En Whitehall Roger cogió un carruaje, con objeto de trasladarse a Amesbury House. En la gran mansión se advertían pocas señales de vida. Toda la familia, con la sola excepción de Droopy Ned, encontrábase todavía en Wiltshire y este último había regresado el día anterior, tras su anual indigestión de moras. Pero la escasa servidumbre que quedaba allí había sido avisada por Dan de la inminente llegada de Roger. Uno de los criados se encargó de conducir a Brook hasta las habitaciones de su amigo.

Droopy, en su favorita *déshabillé* mañanera, a base de un turbante y ropas orientales, no había hecho más que levantarse. Acogió a Roger con muestras de gran alegría, riéndose de su barba. Roger se apresuró a declarar su intención de quitársela antes del mediodía. Cuando a Droopy le fue servido el desayuno, como eran ya cerca de las diez, su huésped se sintió dispuesto a hacer los debidos honores a un segundo refrigerio más sustancioso y abundante. Así pues, los dos amigos tomaron asiento frente a una mesita en la que había sido depositada una espléndida trucha del Avon, un gran pastel de venado y dos botellas de riquísimo clarete.

Roger no tenía secretos para Droopy. Tan pronto como se encontraron solos le dio cuenta de la llamada urgente del primer ministro, la que le había obligado a salir de Martinica a toda prisa, formulada con el exclusivo propósito de confiarle una nueva misión. Una vez hubo informado Roger a Droopy acerca de la naturaleza de la misma este último hizo un gesto de asentimiento.

— No podías negarte, Roger — comentó —, ya que por lo que se ve esa constituye, quizá, la clave para lograr la pacificación de Europa. Advierto que has acogido el asunto con reservas pero creo

que en el fondo te complace encontrarte de nuevo en la brecha. Un carácter como el tuyo no encaja normalmente bien en la rutinaria existencia de las Indias Occidentales.

— ¿Rutinaria existencia, has dicho? — Roger soltó la carcajada —. Aún te tengo que contar cuán cerca han estado las mujeres que me acompañaban de ser violadas, lo poco que me ha faltado a mí para morir asesinado … Primero nos las tuvimos que ver con feroces piratas y luego con esclavos negros sublevados. Hacía ya mucho tiempo de mis últimas andanzas por Europa y recordaba con nostalgia que en ellas hallé siempre algo indefinible que me compensaba de las fatigas y peligros inherentes. Al apearme en Downing Street del carruaje que me conducía me entregué ya literalmente a mi nueva labor y hasta me siento ansioso de iniciarla cuanto antes.

Droopy sonrió.

— No tienes que jurármelo, Roger. Desde luego, por lo que a vuestro viaje de ida respecta, tengo unos deseos enormes de oír de tus labios el relato de vuestras aventuras, si bien la bella Georgina ya me anticipó los detalles principales del mismo a su regreso a Inglaterra, en marzo.

— ¡Ah, claro! ¿Cómo está? La muerte del pobre Charles fue un golpe tremendo para ella.

— En efecto. Desde su llegada ha vivido aislada del mundo. Fui a Stillwaters una noche para que me diera algunas noticias sobre vosotros. No me imaginaba que Georgina, una mujer plena de vitalidad, llegase a afectarse tanto. El niño que llevaba en su seno en aquellas circunstancias fue una verdadera bendición para ella, un alivio para sus penas …

— ¿Un niño? — inquirió Roger, sorprendido.

— Sí. ¿Es que no lo sabías? Me notificó que os había escrito diciéndooslo. Su carta tenía que haber llegado a vuestras manos en el mes de mayo.

Roger denegó con un movimiento de cabeza.

— Esa carta no llegó jamás a su destino. Debió perderse. Quizás el buque que la transportaba, en unión, supongo, de otras muchas, fue apresado por algún pirata. Georgina ha sido siempre descuidada con su correspondencia. Por tal razón no me extrañó que no supiéramos de ella, pese a que le escribí tres veces desde Martinica.

— Entonces habré de comunicarte algo que ignoras: eres padrino de una hermosa criatura. Claro está, no pudiste enterarte porque el hijo de Georgina nació el 17 de agosto. Yo actué en tu

nombre cuando cristianamos al pequeño conde, un robusto bebé … Georgina, de madre, está más bella que nunca.

— ¡Válgame Dios! No sabes lo que me alegra esa noticia. La primera hora que tenga libre se la dedicaré a Georgina. Quiero escribirle … Y acercarme también a Stillwaters, si puedo.

— ¿Te dispones a marcharte ya?

— Sí. Aún he de ver a lord Grenville, cosa que haré mañana. Partiré tan pronto pueda embarcar. — Roger bebió un sorbo de vino, añadiendo con un gesto de preocupación —: Me hubiera gustado, sin embargo, haber emprendido otra misión cualquiera, en el marco de cualquier país que no fuese Francia. Muchos de sus hombres más destacados tienen ideas preconcebidas con respecto a mi persona: los aristócratas opinan que yo soy uno de ellos pero del grupo de los traidores; los ex-terroristas afirman que fui un *sans-culotte* antes de convertirme en miembro de ese foco de iniquidad llamado la Comuna de París … Entre estos últimos hay uno, por lo menos, que me ha identificado como espía inglés. Estos detalles pertenecientes al pasado, que no puedo borrar ni disimular así como así, acrecientan enormemente las dificultades de mi misión.

Droopy se frotó un momento su ganchuda nariz.

— Me parece que esa barba que te dejaste crecer durante el viaje te ha venido como llovida del cielo, valga la frase. Con ella no te costará mucho trabajo asumir una nueva identidad.

— ¡Qué excelente idea has tenido, querido! — exclamó Roger —. El primer ministro casi no me reconoció. Unos cuantos cambios más y podré pasar fácilmente por una persona distinta.

Una vez hubieron terminado de desayunar Droopy llamó a su ayuda de cámara, que también hacía las veces de barbero para él. Al cabo de una hora las hábiles manos del hombre redondearon la metamorfosis de Roger. Las cejas de éste quedaron más estilizadas, sus largas pestañas acortadas y la barbilla limpia por completo de vello. Esta última operación imprimió más naturalidad a la barba en conjunto, a la moda de entonces: mostacho airoso y patillas puntiagudas. Muchos jóvenes oficiales de caballería llevaban las suyas arregladas así.

Ya no quedaba más que una cosa: inventar una personalidad. Con tal fin, para que nadie pudiera oponer ningún reparo a su disfraz, decidió hacerse pasar por un primo inexistente, adoptando el nombre de Robert MacElfic.

Roger sentía unos deseos enormes de comprobar prácticamente la eficacia de su treta. No obstante, prefirió eludir el encuentro con

antiguos amigos que en aquella época del año podían hallarse en Londres y tampoco visitó su club. Únicamente se permitió ir a la Banca Hoare, no con el fin de recoger el documento que tiempo atrás le entregara William Pitt, cosa que tampoco hubiera podido hacer debido a su cambio de nombre, sino otros papeles que le identificaran como el ciudadano comisario Breuc, los cuales podían servirle todavía cuando cruzara las filas del ejército republicano para ir en busca del general Pichegru.

Por la tarde se acercó a Richmond para asegurarse de que Thatched House Lodge era debidamente atendida, decidiendo que Dan, quien le había acompañado, se quedara allí. Por la noche cenó en Amesbury House con Droopy y en la sobremesa Roger refirió a su amigo las aventuras vividas en el viaje de ida a la Martinica y los felices meses que luego había pasado en la isla.

A la mañana siguiente visitó el «Foreign Office». Lord Grenville, un hombre muy estirado, le dispensó una cortés acogida, con la escasa afabilidad de que era capaz, entregándole una carta del primer ministro para Montgalliard. Habiendo aprobado el proyecto de Roger de asumir una nueva identidad le proveyó de un pasaporte diplomático extendido a nombre de Robert MacElfic, de credenciales para el príncipe de Condé, dinero en metálico y letras en blanco para obtener las sumas más grandes que pudiera necesitar, cosa que conseguiría dirigiéndose a un banquero llamado Mayer Anselm Bauer, de Frankfort, depositario de fondos secretos británicos en París. Lord Grenville anunció además a Roger que había adoptado las medidas precisas para que fuera puesta a su disposición una pequeña embarcación, la cual lo depositaría en la costa, entre Dunquerque y Ostende, en las primeras horas del siguiente día.

La partida, de aprovechar la nave la marea, habría de ser inmediatamente casi. No existiendo ninguna razón de peso para justificar un aplazamiento Roger dio su conformidad, apresurándose a regresar por St. James's Park a Amesbury House. Una vez aquí escribió varias cartas, dirigidas a Amanda, Georgina y su padre. Más tarde, acompañado por Droopy Ned, se fue a Greenwich, donde le esperaba el buque que había de trasladarle al otro lado del estrecho.

Tan pronto pisó la cubierta aquél soltó amarras, empezando a descender por el río. Roger hizo un ademán de adiós dirigido a Droopy, cuya alta figura continuaba plantada en el muelle, mirando hacia él sin ver nada. Como no eran ni las dos siquiera, Brook optó por acomodarse lo mejor posible, entreteniéndose en

observar las variadas actividades de las gentes que pululan en torno a las orillas del Támesis.

Al oscurecer la embarcación se encontraba en el estuario del río pero poco después cogía una brisa favorable. A las cuatro y media de la madrugada el señor *Robert MacElfic* era desembarcado sin el menor inconveniente en una desierta playa situada a unas millas de Ostende.

Como consecuencia de la prolongada ocupación de los Países Bajos por Austria hablábase por allí mucho el alemán y también el flamenco. Pero debido a la proximidad de la frontera francesa la mayor parte de la gente de calidad conocía asimismo un poco el francés. Además, en aquellas tierras los amos eran los republicanos … Roger, pues, decidió utilizar su lenguaje y hacerse pasar desde el principio por un oficial francés. Procediendo así dispondría de más posibilidades de verse atendido.

A las seis se encontraba desayunando en un buen hotel de la ciudad. Poco después alquilaba una silla de posta para cubrir la distancia que le separaba de Bruselas. Llegó a esta población a las dos de la tarde, preparando los detalles para la continuación de su viaje. Como se iba adentrando en la zona de guerra tuvo que depositar una buena suma de dinero para poder hacerse de un coche ligero. Sobre el caballo este medio de transporte presentaba la ventaja de que le sería posible dormir, llegando a su destino menos fatigado. Roger compró una pequeña maleta, objetos de tocador, ropa interior, alimentos diversos y vino. De este modo no habría de detenerse por obligación en el camino si quería comer algo.

Preparado su equipaje, a las seis, llevando a dos cocheros en el pescante, para que se turnaran, el carruaje enfiló la carretera de Namur.

William Pitt le había explicado a grandes rasgos la distribución de los ejércitos, que él confirmara en la medida de lo posible durante su permanencia en Bruselas. Había aún un número considerable de tropas británicas en Hannover y como los prusianos en su tratado de paz con los franceses habían garantizado la neutralidad de los estados del norte de Alemania aquello constituía un punto de fricción. Pero el rey George se había negado a consentir que sus dominios alemanes quedaran desguarnecidos. El ejército francés del norte, mandado por el general Moreau, no contaba con ninguna oposición y fue empleado solamente en cubrir las fortalezas de Bélgica y Holanda.

Más al sur el ejército del Sambre y el Meuse, al mando del

general Jourdan, y el ejército del Rin y el Mosela, a las órdenes del general Pichegru, habían estado colaborando con la evidente intención de hacer retroceder a los dos ejércitos austríacos hacia el Danubio. Jourdan había sitiado Luxemburgo, procediendo lo mismo con Mainz, ayudado por el ala izquierda de Pichegru, pero ambas operaciones tuvieron que ser abandonadas. Carnot había dejado de ser ministro de la Guerra y sus sucesores demostraron una gran incompetencia al no lograr que las tropas contaran con los suministros indispensables a su debido tiempo. No obstante, en junio Luxemburgo se rindió ante un nuevo ataque y Jourdan pudo proseguir su avance. Lanzando el grueso de su ejército a través del Rin en Dusseldorf giró hacia el sur por la orilla derecha del río, llevando al general austríaco Clerfayt hasta el Main.

El general Wurmser, con el otro ejército austríaco, ayudado por el Cuerpo de *émigrés* del príncipe de Condé, que se encontraba todavía más al sur, apostado en Baden, había estado entretanto conteniendo a Pichegru. Pero en Bruselas Roger se había enterado de que el día de su llegada a Londres, el 20 de septiembre, Pichegru había entrado en Mannheim. Así pues, él también cruzó el Rin. Todo parecía indicar ahora que los dos ejércitos franceses iban a unirse, lo cual supondría un desastre para los austríacos.

Fue este nuevo movimiento de Pichegru, que indicaba bien claramente que el general no pensaba ni por asomo en dirigir su ejército hacia París, lo que hizo que Roger considerara su misión de extrema urgencia. De no haber sido así habría continuado viaje en dirección al norte, penetrando en Holanda, dando una gran vuelta después por los estados, todavía en paz, situados al este del Rin, alcanzando así Baden sin haber entrado en la zona afectada por las actividades bélicas. Pero eso le habría ocupado más de una semana. La otra solución era continuar por Namur, Luxemburgo y Saarbrucken, camino del Alto Rin, en el lado opuesto de Baden, y luego ver la manera de cruzar el río en dicho punto. Como todo el territorio que tenía que atravesar se hallaba en manos de los franceses existía la posibilidad de que tuviera algún desagradable encuentro, exponiéndose más tarde a ser muerto a tiros al pasar a la otra orilla del río. Sin embargo, como este desplazamiento podía ser realizado en un par de días valía la pena correr ciertos riesgos.

Roger asimiló de nuevo con toda naturalidad su papel de funcionario republicano. Mediante una sabia combinación de autoritarios modales y generosas propinas, entregadas lo mismo a sus dos cocheros que a los mozos de cuadra encargados del cambio

de las monturas, el carruaje continuó moviéndose a un ritmo satisfactorio. Al segundo día, por la tarde, cuando se aproximaba al Rin, le dieron el alto varias patrullas de soldados franceses pero, afortunadamente, ninguno de los que le vieron sabían que el ciudadano Breuc había huido de París catorce meses antes. Después de echar un vistazo a sus papeles los hombres le dejaron en paz, creyendo lo que Brook les dijo: que se dirigía a la residencia del general Pichegru.

Wissemburgo, en la orilla izquierda del Rin, casi frente por frente de Baden, había sido la población elegida por Pichegru para pasar el verano. En consecuencia, pese a haberse desplazado él hacia el norte poco antes, en la ciudad quedaban buena parte de sus efectos y también numerosos oficiales encuadrados en los servicios de administración. Habiendo apreciado esto nada más el coche comenzó a deslizarse por las estrechas calles, Roger decidió recoger cuanta información pudiera acerca de la marcha de la nueva ofensiva antes de llevar a cabo su intento de cruzar el río aquella noche.

No fue mala idea la suya, ni mucho menos, ya que en los días precedentes habíanse producido una serie de rápidos acontecimientos. Gracias a su impecable francés logró Roger que en el hotel en que se detuvo se le unieran varios oficiales, aceptando su invitación. Describiéronle éstos alegremente, entre vaso y vaso de vino, las circunstancias de la toma de Mannheim, hecho que había sembrado el pánico por todo el sudoeste de Alemania. Decíase que el langrave de Darmstadt y el margrave de Baden habían huido de sus respectivas capitales.

Si este último informe era cierto, y Roger tenía que considerarlo probable, cuando menos, el príncipe de Condé debía haber evacuado a toda prisa Baden. Por tanto, el proyectado cruce del río suponía correr un riesgo innecesario. Cambiada la situación, ignorante del paradero exacto del príncipe, Brook pensó que lo más indicado era seguir la carretera hacia el norte, hasta llegar a la zona en que las dos orillas del Rin se hallaban en poder de los franceses. Con un poco de suerte lograría cruzar el río abiertamente, en su coche, que le interesaba muchísimo retener, mientras probaba a localizar la nueva residencia del príncipe.

De acuerdo con esta idea despidióse de los oficiales, recogiendo a los dos cocheros belgas, que le aguardaban en una taberna.

Los hombres eran empleados del propietario del carruaje y responsables de la devolución de éste. Su misión se reducía a dejar

a Roger en la orilla izquierda del Rin. Éste les explicó que deseaba retener el vehículo por espacio de dos o tres días más y que si continuaban a su servicio, obedeciéndole sin formular ninguna pregunta, manteniendo las bocas cerradas vieran lo que vieran, les entregaría una carta para que, a modo de recompensa, pudiesen disponer a su antojo de la elevada suma cedida a título de garantía por el coche, en calidad de depósito.

Al principio los dos hombres vacilaron pero luego, al regalarles Roger una bolsa llena de monedas de oro, como anticipo, accedieron a sus deseos. Así pues, al oscurecer el vehículo enfiló la carretera que corría paralela al río, en dirección a Mannheim.

Al cabo de tres horas de viaje se encontraban frente a la ciudad. Aquí se enteró Roger de que durante el asalto al puente de piedra había sufrido demasiados daños a causa del intenso fuego de cañón para que ofreciera alguna seguridad a los carruajes que intentaban utilizarlo. Sin embargo, los ingenieros franceses habían logrado tender un puente de pontones para facilitar el tráfico a los vehículos militares. Una vez más, Brook refirió su historia. Tenía asuntos urgentes que ventilar con el general Pichegru. Los recelos de los centinelas se desvanecieron en seguida y él pudo seguir libremente su camino.

A Roger le habían dicho que el general se había instalado en el *Rathaus* pero después de cruzar el puente, en lugar de avanzar en la dirección que le habían señalado los centinelas, Brook indicó a sus cocheros que tomaran la primera desviación que encontraran a la derecha, marchando en tal sentido hasta que se hubiesen alejado de la ciudad.

Todo fue bien durante un corto trecho. Finalmente divisaron a un hombre que en medio de la carretera hacía señales con una linterna, para que se detuviesen. Un sargento se acercó al vehículo.

Antes de que éste hubiera tenido tiempo de abrir la boca Roger sacó la cabeza por la ventanilla gritando:

— ¡Soy cirujano! El sobrino del general Pichegru ha resultado herido en una acción y aquél me ha ordenado que acuda en socorro suyo. ¡Por lo que más quiera no me entretenga! ¡Estos minutos pueden ser decisivos para su vida!

La treta surtió efecto. Segundos después el coche se ponía en marcha de nuevo.

Contando con buenas razones para creer que el ritmo de la batalla registraba ciertas oscilaciones, por lo cual no debía haber

quedado establecido todavía ningún frente continuo delante de Mannheim, Roger confiaba ahora en que al amparo de la oscuridad le fuese posible deslizarse entre las unidades francesas. Además, la mayor parte de los soldados se hallarían durmiendo en sus tiendas de campaña por entonces. Tal suposición era errónea.

A tres millas de la población les dieron nuevamente el alto y esta vez el jefe de la patrulla no creyó tan fácilmente la historia de Roger. Alegó que no sabía de ninguna unidad más adelantada que la suya y exigió ver los documentos del viajero.

Comprometido por sus propias palabras, Roger no vio otra solución que la de aferrarse a su plan, mostrándose obstinado e insistente. Secamente, le dijo a su interlocutor que cuando se ventila la salvación de una vida humana huelga el cumplimiento de ciertas formalidades a las que siempre habría tiempo de atender y que si no era capaz de ser comprensivo en unas circunstancias tan extraordinarias como aquéllas no merecía servir a la patria a las órdenes de un soldado tan glorioso como el general Pichegru. Mientras hablaba salpicó su discurso con una serie de obscenas expresiones formuladas en el *argot* utilizado por los habitantes de los barrios bajos parisienses, las cuales aprendiera en los tiempos en que habitara allí como uno más entre los *sans-culottes*.

Retrocediendo ante aquel impetuoso ataque, disipados ya todos sus recelos, el subalterno levantó el brazo, dando a entender a los cocheros que podían seguir. Pero al mismo tiempo movió dubitativamente la cabeza, musitando:

— Continuad vuestro camino, ciudadano. Ahora bien, yo no sé de ninguna unidad que nos preceda y si avanzáis más de un par de millas os expondréis a caer en manos del enemigo.

Esto era precisamente lo que Roger ansiaba. No quedó defraudado. Oyó formular el siguiente alto por la guardia de una avanzadilla de húsares. Hallando insuperables dificultades para hacerse comprender, Brook exhibió su pasaporte británico, señalando insistentemente hacia la retaguardia de la posición austríaca.

Debidamente escoltado, el carruaje se encaminó a una granja situada a una milla de distancia, en la cual toparon con un oficial que hablaba un poco el alemán. Componiendo trabajosamente unas cuantas frases en dicho idioma Roger pidió que le llevaran al cuartel general. El coche continuó avanzando en la oscuridad, seguido por la escolta …

Una hora más tarde se detenían frente a una casa de campo en

cuya planta baja se veía una luz. Roger fue conducido a la presencia de un joven oficial vestido con un elegante uniforme azul y plata, de cuyos hombros pendía una airosa capa. Llevaba las patillas a la moda. Se asemejaban, pues, a las suyas.

Roger le mostró su pasaporte, extendido a nombre de Robert MacElfic, explicándole que su primer ministro le había encargado cumplir una misión cerca del príncipe de Condé. Inmediatamente el oficial adoptó una actitud más cortés, ofreciéndole la casa para que pasara en ella la noche. Roger repuso que la misión que le había llevado allí era sumamente urgente. Entonces el austríaco prometió proporcionarle un guía, caballos de refresco y una nueva escolta. Entretanto ordenó a uno de los criados que sirviera a Brook un ligero refrigerio.

Tres cuartos de hora después, sintiéndose agradablemente reconfortado, Roger volvió a ponerse en camino. Pero el guía desconocía el emplazamiento exacto de la residencia del príncipe. Sólo sabía que ésta se encontraba en las inmediaciones de Heilbronn. En consecuencia, hubieron de preguntar a cuantas personas encontraron al paso. Por fin consiguieron su propósito. El príncipe se hallaba en un castillo situado a cinco millas de la ciudad. A aquella construcción había sido agregada recientemente un ala de modernas líneas.

Roger llegó al castillo a las ocho de la mañana, cuatro días después de haber desembarcado en la costa belga. En setenta y seis horas había cubierto cuatrocientas cincuenta millas de carretera. Contando el tiempo invertido en las esperas, mientras cambiaban de caballos, el promedio obtenido, muy satisfactorio, había sido de seis millas por hora. Roger había tenido mucha suerte al cruzar la zona de guerra, localizando la residencia del príncipe con bastante rapidez.

Tenía mucho sueño. Frotándose los ojos se apeó del coche, dejó atrás un centinela y se aproximó a la entrada principal del *schloss*, indicándole a un servidor que encontró aquí que dijera a su señor que en la puerta se encontraba un mensajero con urgentes despachos procedentes de Inglaterra, el cual deseaba ser recibido. El lacayo contempló altaneramente sus sucias ropas, dirigiéndole una mirada de desconfianza, replicando con sequedad:

— Su Alteza Real no recibe a los correos. Detrás de esa puerta de la derecha encontraréis a alguien que se hará cargo de lo que traigáis. Desde luego, esa persona se encargará de trasladar a Su Alteza vuestros documentos cuando regrese de su excursión de

caza.

En los azules ojos de Roger brilló una fugaz llamarada de ira. Ya era bastante malo que en aquellos instantes de crisis el mando del ejército realista se entretuviera cazando … Por si esto fuera poco había que afrontar la insolencia de los criados. Brook levantó la pierna derecha, clavando el tacón de su bota en uno de los pies del lacayo, al tiempo que gritaba:

— ¡Vete ahora mismo en busca de alguna persona de rango que me atienda!

El otro dio un aullido de dolor, retrocediendo. Inmediatamente acudió uno de sus compañeros acompañado de un hombre que parecía ser por su porte y severa indumentaria el jefe de la servidumbre de la casa. Entre continuos sollozos, el primero de dichos sirvientes dio cuenta a sus compañeros de la reacción de Roger, a quien miraron atemorizados. Luego los tres hombres se marcharon, cerrando la puerta del vestíbulo a sus espaldas.

Tres minutos después apareció ante Roger un sacerdote. Roger le saludó con una discreta reverencia y fingiendo una gran dificultad para expresarse en francés se presentó a aquél como Robert MacElfic, agregando que era enviado personal del primer ministro de Su Majestad Británica.

Al oír esto la faz del sacerdote cambió instantáneamente de expresión. Levantando las manos exclamó:

— ¡Entonces venís de parte de nuestro Segundo Padre en la Tierra! Ya arreglaré yo a ese idiota, por la falta de respeto con que os ha tratado. Soy el abate Chenier, el secretario de Su Alteza Real. Bienvenido, amigo mío, bienvenido. Hacedme el favor de pasar.

Ésta era la acogida que Roger esperara y no se sintió sorprendido al oír llamar a William Pitt el Segundo Padre en la Tierra de los *émigrés*. Hallábase al corriente de la odisea por éstos vivida. Durante los primeros años de la Revolución muchos príncipes alemanes les habían recibido en sus palacios, mostrándose verdaderamente hospitalarios, pero luego, como el número de aquéllos se elevara a varios miles, se transformaron en una pesada carga para sus anfitriones, no sobrados de medios económicos precisamente. Los austríacos no se habían negado a auxiliarles pero imponiendo ciertas limitaciones. Simplemente: les daban la paga y la comida normales entre la tropa.

Consecuentemente, en el transcurso del invierno anterior la situación de los *émigrés* había llegado a ser muy apurada. Incluso la casa del príncipe se vio sometida a drásticas reducciones, hasta el extremo de que la princesa de Mónaco tuvo que vender sus

joyas para comprar leña. De tan desesperada situación les sacó William Pitt, quien, por sugerencia de Montgalliard, tramitó para ellos un préstamo de tres millones y medio de francos. Ignorábase cuál era la cantidad exacta que el intrigante conde había hecho llegar a su destino, pero no era de extrañar que el primer ministro fuera considerado por aquellas gentes como su Segundo Padre en la Tierra, a continuación del propio Papa.

Roger declaró que el criado ya había sido castigado debidamente por su estupidez. Luego siguió al abate Chenier a lo largo de un espacioso vestíbulo y por varios corredores del ala nueva del castillo, hasta llegar a una habitación desde la que se divisaba un agradable panorama. Después de invitar a su acompañante a que tomara asiento el abate se acomodó tras una mesa cubierta de papeles, preguntándole a Roger por su viaje.

Éste le contestó que había sido bastante fatigoso y aburrido, por lo menos hasta el instante de entrar en la zona de la batalla, opinando que había tenido mucha suerte al no tropezar durante su desplazamiento con serios obstáculos. A continuación se interesó por saber cuándo regresaría el príncipe.

— Después del mediodía, *monsieur* — replicó el abate —. Hemos pasado momentos muy malos … muy malos. Y ahora que nos habíamos instalado aquí, disfrutando de relativas comodidades, nos vamos a ver obligados a irnos, por culpa del avance de esos revolucionarios sin Dios. Graf von Hildersheim, propietario de este *schloss*, lo puso a la disposición de Su Alteza Real. Los bosques de *herr* Graf están repletos de caza. ¿Por qué había de privarse Su Alteza de la expansión que supone corretear por estos montes practicando su deporte favorito? Pero, no os preocupéis, no tardará en llegar. Apropósito, y perdonad la pregunta: ¿Sois persona de buena cuna?

— Mi madre poseía un título, siendo hija de un conde — replicó Roger reprimiendo una irónica sonrisa.

— ¡Bien, bien! Es una suerte porque de otro modo no os podríais haber sentado a la mesa con nosotros. La conservación de la adecuada etiqueta interesa enormemente, sobre todo a partir del instante en que el mundo ha comenzado a derrumbarse a nuestro alrededor. Tened ahora la amabilidad de informarme acerca del asunto que os ha traído aquí.

— Se trata de algo que debo someter a la personal consideración de Su Alteza. Me temo que no podré hablar hasta su regreso.

— Vuestra discreción es admirable, señor, pero os advierto que Su Alteza no tiene secretos para mí.

— Entonces — replicó Brook con toda naturalidad —, es de esperar que Su Alteza os invite a presenciar nuestra entrevista. Hay otra cuestión, también de suma urgencia, de la que desearía ocuparme ahora mismo. Traigo una carta para el señor conde de Montgalliard.

El abate asintió.

— El conde no es aficionado a la caza. Debe encontrarse en el castillo en estos momentos. Ordenaré que le busquen.

El abate tocó una campanilla. Una vez le hubo dado la orden al criado que pocos segundos después apareció Roger solicitó que se ocuparan de sus cocheros y que el carruaje y las monturas fueran alojados en algún sitio adecuado. No había querido dar a entender nada más pero al parecer su interlocutor dio otra interpretación a sus palabras pues añadió rápidamente que había de ser preparada una habitación y una comida para el caballero MacElfic.

Tan pronto se quedó solo Roger desgarró el forro de su casaca, sacando de aquel escondite los papeles que lord Grenville le proporcionara, guardándoselos en un bolsillo, a excepción de la misiva que tenía que entregar a Montgalliard. Varios minutos más tarde el conde penetraba en la habitación.

Con sus espesas y negras cejas, gruesa nariz y cetrina faz tenía todo el aspecto de un judío portugués. Era hombre de vivos modales y al ser presentado su rostro se iluminó con una sonrisa nada espontánea ni agradable.

Cuando Roger le entregó la carta pidió permiso para leerla. Ojeó brevemente el único párrafo de que constaba, manifestando:

— Ya veo que el primer ministro desea que haga otra visita a Inglaterra, y en seguida. ¿Sabéis vos para qué me requiere?

Roger mintió descaradamente.

— Creo que está preocupado. Piensa que Su Alteza Real pueda enfrentarse con ciertas dificultades de orden monetario para mantener su ejército durante el invierno. Por tanto, se propone estudiar la concesión de otro préstamo utilizándoos a vos como intermediario.

— Nuestro Segundo Padre en la Tierra — murmuró el abate Chenier, cuyo rostro se arrugó en una untuosa sonrisa —, nuestro Segundo Padre en la Tierra … ¡Qué buena persona es! Con toda seguridad que nuestro Padre Celestial le otorgará la merecida recompensa.

Pero Roger observaba atentamente al conde y advirtió que se

había tragado su embuste.

Sacándose un enjoyado reloj de la faltriquera, el conde le dijo al abate, después de consultar aquél:

— No procedería correctamente si aplazara la cumplimentación de los deseos de nuestro salvador. A las diez puedo tener ya mi equipaje listo. Si no tardo en salir podré pasar la noche en Wurzburg, camino de Hannover. Si la suerte me es propicia en el momento de buscar pasaje en un buque me pondré en Inglaterra en poco más de una semana. Dada la naturaleza de este asunto confío en que Su Alteza Real no tomará a mal que me haya ido sin besar su mano. Tened la amabilidad, abate Chenier, de explicárselo todo y cumplir con mis *devoirs* en mi nombre.

— Lo haré con mucho gusto, hijo mío — el abate levantó la mano derecha, bendiciéndole —. Que Dios os acompañe en vuestra loable empresa.

Roger contempló sonriente a los dos hombres. Montgalliard se marchó y aquél pensó que, afortunadamente, el conde se le parecía en un aspecto: tampoco él era hombre que dejase crecer bajo sus pies la hierba. Otra cosa: al dirigirse a Hamburgo o Bremen demostraba que a pesar de su larga experiencia como agente secreto prefería antes perder tres o cuatro días que correr riesgos viajando por territorios dominados por el enemigo. Pero a Roger lo único que le interesaba era desembarazarse de él. Ningún truco mejor que el de haberle permitido entrever que había dinero inglés por enmedio.

En el momento de sentarse frente a una mesa para dar buena cuenta de un trozo de carne de corzo y media botella de vino de Mosela, Roger le dijo al criado:

— Una vez haya comido me retiraré a mi habitación. Prepárame el baño y calienta agua en abundancia. Dispón lo necesario para que uno de tus compañeros se lleve mis ropas para que sean cepilladas. Sé diligente. Ya viste hace un rato que no estoy acostumbrado a que me hagan esperar.

Roger, normalmente, no habría empleado este tono en una casa de la que él era un huésped, pero sentíase irritado ante el refrigerio con que le obsequiaran. Como Inglaterra pagaba las facturas allí no estaba dispuesto a consentir que le trataran desconsideradamente.

A su debido tiempo el hombre le condujo a una pequeña y fría habitación situada en la parte antigua del castillo. Excusóse diciendo que era la mejor de las que quedaban libres. En vista de

la atención dispensada a sus otras órdenes, Roger no objetó nada.

Después de bañarse, tras haberse afeitado la barbilla también, Brook se tendió en el lecho. Era la primera vez en cuatro días que tenía ocasión de hacer algo más que dormitar sujeto al violento traqueteo de un carruaje. Por tal razón, casi instantáneamente, se quedó dormido.

Tres horas después el criado le despertó, ayudándole a vestirse. Seguidamente le condujo frente a una gran puerta de hojas dobles, la primera de una larga serie de habitaciones, donde se unió al abate Chenier. Tratábase de una antecámara que daba acceso a un salón, en la que se encontraban una veintena de personas, damas y caballeros, conversando. Inclinando la cabeza a un lado y a otro, a modo de saludo, el rechoncho abate guió a Roger hasta otra entrada situada al fondo, desde donde pasaron a un amplio dormitorio, no sin que previsoramente el secretario de Su Alteza hubiese entreabierto la puerta, asomándose al interior un momento.

El príncipe se había cambiado de ropa, evidentemente, después de la excursión de caza. Acababa de ponerse sus medias de seda, pantalones y camisa. Dispuestos a su alrededor, formando un semicírculo, había tres nobles, portadores respectivamente de sus zapatos de hebillas, un florido chaleco y una elegante casaca.

Roger recordó que había tenido ocasión de ver al príncipe varias veces en Versalles. No había cambiado mucho de aspecto en el transcurso de los seis años anteriores. Si acaso para realzar tan solo sus saltones ojos azules, la deprimida frente y la carnosa y ganchuda nariz, rasgos peculiares de todos los príncipes borbónicos.

Al verle Su Alteza le hizo señas para que se le acercara. Sonriendo, aquél tendió la mano a su visitante. Roger se la besó, presentándole la carta de lord Grenville. Sin leerla, el príncipe la arrojó sobre el lecho, diciendo:

— Ya tendremos tiempo de ocuparnos de los asuntos oficiales cuando hayamos comido. El abate Chenier me ha comunicado que sois portador de excelentes noticias. Mi querido William Pitt se preocupa ya de que pasemos un invierno confortable. No tenéis idea, caballero, de lo que sufrimos durante los meses del pasado. El río se heló, los caballos se morían en sus establos … Y a todo esto nosotros no teníamos en nuestras despensas queso suficiente para tentar a un ratón. Os doy la bienvenida. Después de Francia vuestra generosa tierra será la predilecta de mi corazón.

Roger le dio las gracias, separándose de él tras hacerle una reverencia. Entretanto se preguntó inquieto si el primer ministro se mostraría dispuesto a ceder los fondos a que aludiera él para desembarazarse de Montgalliard. Esperaba que sí. No podía menos de compadecer a aquellas gentes, que habiendo nacido ricas se veían ahora privadas incluso de lo indispensable. Pero los celos que advertía entre las personas que rodeaban al príncipe, cuya atención se esforzaban por acaparar alternativamente, y la preocupación de todos por observar una etiqueta pasada de moda suscitaban un gran desprecio en él hacia aquellos cortesanos expatriados.

Sobre lo último pudo ampliar el campo de sus observaciones a la hora de comer. De haber llegado a la corte rusa, la vieja emperatriz Catalina se habría apresurado a sentarle a su lado, con objeto de saber cuanto antes las últimas noticias de Inglaterra. El mismo proceder hubieran seguido en similares circunstancias Gustavo de Suecia, el estatúder de Holanda y hasta la reina Carolina de Nápoles … Pero los príncipes borbónicos en el exilio consideraban todavía que se rebajaban al no sentar a su alrededor sola y exclusivamente a los portadores de los nombres más antiguos de Francia. Roger se encontró colocado casi al fondo de la mesa, entre otro abate y un sobrino del marqués de Bouillé. Ambos resultaron dos hombres agradables y el primero habló extensa y amenamente de las distintas formas en que la Revolución había afectado a los numerosos Principados-Obispados existentes en las tierras del Rin. Sin embargo, Brook se sintió satisfecho cuando la comida llegó a su fin.

Poco después el abate Chenier se llevó aparte a Roger, introduciéndole en el gabinete del príncipe. Éste se encontraba ya dentro y acababa de abrir la carta de Grenville. Habría sido contrario a la etiqueta invitar a Brook a tomar asiento, así que, limitándose a levantar la vista, Su Alteza señaló:

— Aquí solamente se me dice que vuestro Gobierno está dispuesto a servirnos y que me daréis cuenta de los puntos de vista del señor Pitt con respecto a ciertas materias. Hablad, pues. Oigamos el mensaje del cual el mejor de los primeros ministros os ha hecho portador.

Roger abordó inmediatamente el tema de la actitud de Pichegru pero no bien había comenzado a hablar el príncipe le interrumpió, diciendo al abate Chenier:

— ¡Qué lástima que Montgalliard se haya marchado ya! Él era quien más sabía entre nosotros de este asunto. Ahora no se me

ocurre cómo lograré volver a entablar negociaciones con ese general traidor sin el conde.

— Tengo instrucciones en el sentido de ocuparme de ello yo con el permiso de Vuestra Alteza.

El príncipe se encogió de hombros.

— Puesto que ése es el deseo de vuestro primer ministro proceded en consecuencia. ¿Conocéis a ese individuo?

— No, *monseigneur*. Pero ése es un detalle desprovisto por completo de importancia. Lo interesante es que me expongáis claramente vuestras intenciones con respecto al general Pichegru. ¿Podéis darme a conocer el precio que estáis dispuesto a pagar por que marche al frente de su ejército sobre París e implante de nuevo la Monarquía?

Roger oyó de nuevo la relación de recompensas citadas con anterioridad por William Pitt. El príncipe agregó con una desagradable risita:

— En el castillo de Chambord hay una magnífica *oubillette* (1). Confío en que alguna noche la puerta de la misma se cierre para siempre tras ese repugnante sujeto.

A Roger las palabras del príncipe le produjeron una ingrata impresión. Al fin y al cabo sólo a costa de aquel hombre, que exponía en la aventura su honor y su vida, podían lograr millares de franceses ver realizados sus deseos de reintegrarse a su patria y recuperar parte de sus bienes, perdidos a consecuencias de la Revolución. Haciendo como si no hubiera oído la observación inquirió:

— Alteza: ¿Habéis formulado vuestras promesas por escrito?

— *Mort dieu!* ¡No! — Los ojos del Borbón se dilataron —. La palabra de un Condé es suficiente.

— Permitidme que os diga, *monseigneur*, que en este caso no estáis tratando con un caballero.

— ¡Oh! ¡Ah! ¡Bien! ¡Sí! Os comprendo, caballero. Si lo deseáis os entregaré un documento especificando detalladamente todo lo relativo al soborno.

— Gracias, Alteza. Y ahora — prosiguió diciendo Roger, escudándose en William Pitt, debido a lo delicado de la cuestión —, por puro formalismo, os voy a hacer una pregunta por encargo de mi jefe, el primer ministro: ¿Estáis autorizado por Su Alteza Real el conde de Provenza para ofrecer las condiciones mencionadas antes?

— Os estáis refiriendo a Su Muy Cristiana Majestad el rey Luis

XVIII — repuso el príncipe con repentina viveza.

Roger se quedó desconcertado por un momento. Sabía que el joven rey Luis XVII había muerto. Habíale explicado a Amanda las circunstancias de su fallecimiento y tenía muy buenas razones para suponer que ellos eran las únicas personas en el mundo conocedoras de aquel hecho. La rápida réplica del príncipe de Condé debía significar que el niño del Temple, de quien solamente Barras, Fouché y quizá unas pocas personas más sabían que había sido sustituido por el pequeño rey, había muerto también. Recobrándose de su sorpresa, Roger se apresuró a decir:

— Perdonadme, *monseigneur*. En Inglaterra estamos desde hace mucho tiempo acostumbrados a referirnos a Su Majestad citando su primer título.

El príncipe se encogió de hombros.

— No importa. Vuestro desliz es comprensible. Con respecto a mis poderes William Pitt quedará tranquilizado. Por motivos de salud Su Majestad se encuentra ahora en Mitau, en el Báltico, y su *monsieur* hermano dispone en la actualidad de una pequeña fuerza a su mando en la isla de Yeu, frente a las costas británicas. Por consiguiente, como comandante en jefe del Ejército Real y Católico, Su Majestad me ha otorgado plenos poderes para actuar en su nombre y utilizar todos los medios que a mí me parezcan apropiados para lograr la Restauración.

Roger inclinó la cabeza, en una ligera reverencia.

— Sólo me queda por preguntaros, *monseigneur*, en qué fecha celebró el conde de Montgalliard su última entrevista con el general Pichegru y cuál fue el resultado de la misma.

El príncipe soltó la carcajada y el abate Chenier rió disimuladamente. El primero dijo:

— El conde es un pájaro demasiado astuto para meter la cabeza en esa colmena del cuartel general republicano. Montgalliard utilizó a un suizo llamado Fauche-Borel como intermediario. Vos, abate Chenier, conocéis mejor que yo a ese hombre. Habladle a este caballero de él.

Sacudido por la risa, a duras penas contenida, el voluminoso vientre del abate se estremeció.

— Fauche-Borel — manifestó Chenier —, es un hombre vulgar que ha hecho una pequeña fortuna con su establecimiento de librería de Neuchâtel. Es un auténtico «esnob» y su única ambición se reduce a pretender alternar con la aristocracia. La Revolución le proporcionó su gran oportunidad. Fueron muchas las personas de calidad que cruzaron la frontera suiza cuando los primeros

acontecimientos. Fauche-Borel trabó buenas relaciones con algunas de ellas, necesitadas urgentemente de dinero, en general. No sé cómo le conoció Montgalliard. El caso es que el conde le trajo aquí, pidiendo a Su Alteza que le recibiera. Al serle permitido que besara la mano de un Príncipe de la Sangre, Fauche-Borel estuvo a punto de desmayarse a causa de la emoción. Desde entonces se transformó en nuestro complacido esclavo. Él es quien en varias ocasiones ha cruzado las líneas enemigas para discutir ciertos asuntos personalmente con el general Pichegru.

Roger hubiera dado cualquier cosa por poder contestar: «Sois unos cobardes. ¿Cómo os atrevéis a despreciar a ese hombre, tan sencillo como valiente?»

El tacto, tan desarrollado en Brook, fruto de innumerables experiencias, le permitió contenerse.

Con un esfuerzo logró disimular el desprecio que le inspiraban sus interlocutores al preguntar:

— ¿Dónde se encuentra ahora nuestro hombre?

— Según mis noticias, en París — repuso el abate —. Creo que el general Pichegru le pidió que fuera allí con el fin de averiguar qué apoyo cabía esperar del ejército para un movimiento contrarrevolucionario.

Ésta era una mala noticia para Roger, ya que confirmaba la razón que William Pitt diera para justificar las vacilaciones de Pichegru a la hora de declararse adicto a la causa realista. Probablemente, Roger se vería obligado a seguir a Fauohe-Borel a la capital, en una misión similar, único modo de provocar las condiciones capaces de inducir al general a actuar. Pensando todavía en el librero suizo musitó:

— Eso es como enviar un cordero a una guarida de leones. — A continuación añadió con viveza —: Sin embargo, a mí no me importa … Si Vuestra Alteza no tiene inconveniente en estampar su firma al pie de un documento en el que se especifiquen las condiciones ofrecidas a Pichegru partiré esta misma noche con objeto de intentar que aquél llegue a poder de su destinatario.

El príncipe bostezó. Después eruptó discretamente. En pie ya, repuso:

— Redactad el documento, abate. En cuanto hayáis puesto mi sello en él subídmelo a mi habitación. Me encuentro cansado y quiero reposar un poco, pero lo firmaré antes de acostarme — fijando en Roger sus saltones ojos, agregó —: Lamento que os tengáis que marchar tan pronto, caballero, pero el motivo de

vuestra salida de aquí es digno de todo encomio y espero que vuestra ausencia sea sólo temporal. Rezaré por que salgáis con bien de esa misión. Creedme: nuestra ansiedad sólo desaparecerá con vuestro feliz regreso.

Roger oyó con indiferencia las insinceras palabras del príncipe y luego besó la mano de éste, cargada de sortijas. Ocurriera lo que ocurriera con Pichegru no abrigaba la menor intención de volver allí. Dios mediante, terminada su misión iría en busca de William Pitt y, posteriormente, de Amanda. Dos horas más tarde abandonaba en su coche el *schloss*, convencido de que en aquellos momentos se iniciaba la parte verdaderamente peligrosa de su viaje.

Capítulo XIX

LA TRAICIÓN DEL GENERAL PICHEGRU

Aunque Roger había dado a entender al abate Chenier que se proponía internarse en las líneas enemigas aquella noche, nada más lejos de sus reales intenciones … Andaba muy necesitado de unas horas de sueño y pensaba que por muy urgente que fuera su entrevista con el general Pichegru y el subsiguiente acuerdo el retraso que implicaba su decisión sería compensado por la plena recuperación de sus facultades físicas cuando entrara en Mannheim, momento en que precisaría estar bien despejado y alerta.

De haber sido de su agrado el ambiente que respirara en la residencia del príncipe de Condé hubiera optado por quedarse allí a dormir, pero la visión de aquella reducida corte, integrada por nobles serviles y untuosos sacerdotes, le había hecho pensar que era preferible para conseguir su propósito de descansar cualquiera de las hosterías que encontrase en su camino.

Tenía también que deshacerse del carruaje y de los dos cocheros. Aunque ahora la mayor parte de los belgas se pronunciaban contra los franceses, a causa de los conflictos originados por culpa de los republicanos, las masas ciudadanas habíanlos recibido con los brazos abiertos al principio, al invadir el territorio el llamado «Ejército de Liberación». Roger no disponía de medios para averiguar sin posibilidad de error si aquellos dos hombres eran ardientes revolucionarios o un par de reaccionarios más. La verdad era que no le habían traicionado cuando se fingiera médico para poder salvar los obstáculos de las avanzadillas francesas. Ahora bien, de dejarlos en el *schloss* o en Mannheim se exponía a que con sus habladurías perjudicasen sus futuros movimientos. Con toda seguridad que comentarian la

perfección con que había desempeñado su papel de ciudadano Breuc, en posesión de un francés impecable, durante su viaje desde Bruselas, aludiendo más tarde a su visita al cuartel general de los *émigrés*. Por tanto, el medio más eficaz de solventar tales inconvenientes era separarse de ellos en algún punto solitario del camino, en un lugar donde, de paso, él pudiera asimismo quedarse a dormir.

El abate le había provisto de un *laissez-passer*, de manera que no tuvo ninguna dificultad con las patrullas austríacas que de vez en cuando les dieron el alto. A las cuatro horas de viaje llegaron a la pequeña población de Sinsheim. Como eran ya las diez de la noche, Roger comenzó a buscar un sitio en el que pasar la noche y a varias millas de la ciudad, en la cumbre de una larga pendiente, descubrió una hostería no muy grande.

La noche era oscura. A las llamadas de Roger acudió el dueño del establecimiento, un alemán muy gordo, quien le abrió la puerta. Brook le preguntó si tenía alguna habitación libre y si a la llegada de la mañana podría venderle un buen caballo.

El hombre le contestó que con respecto a la habitación no había inconveniente alguno, ya que disponía de una, pero que lo del caballo era otro cantar. En el transcurso de la semana anterior los austríacos habían estado requisando todas las bestias que se encontraban por allí, llevándose las cuatro monturas que guardaba en sus establos.

Comprendiendo que si ampliaba el campo de sus indagaciones obtendría el mismo resultado, Roger decidió recurrir a uno de los animales enganchados a su carruaje. Sin embargo, no dijo nada de momento, explicando simplemente a los belgas que se proponía pasar la noche en la posada e invitándoles a hacer lo mismo tan pronto hubieran consumido toda la cerveza que les apeteciera. Los hombres habían tenido ocasión sobrada de descansar pero acogieron con agrado la perspectiva de calmar sus resecas gargantas, por lo que después de dar las gracias a Roger se encaminaron con el carruaje al patio de la hostería.

Brook se despertó a las seis de la mañana. Había dormido profundamente. Una vez se hubo vestido abandonó la habitación, dirigiéndose a la planta baja, donde encontró, ya levantado, al posadero. Pidióle pluma y papel, preguntándole si estaba en condiciones de venderle una silla. El hombre sacó de un armario lo primero, manifestando que le cedería uno de los aparejos de que disponía a precio razonable.

Mientras le preparaban el desayuno Roger redactó un

documento dirigido al dueño del coche, pasándole instrucciones para que entregara a los dos hombres la cantidad por él dejada en depósito. Después del excelente refrigerio fue a los establos acompañado del propietario del establecimiento. Unas monedas de oro convencieron a los belgas a la hora de tratar de la cesión del caballo. A la carta referente al depósito Roger añadió una generosa *pourboire*. La transacción, pues, se efectuó sin la menor dificultad.

A las siete y media avanzaba Roger en dirección a Mannheim. Había colgado su pequeña maleta de la silla de su montura. Aparte de las varias cosas que había comprado en Bruselas aquélla contenía un uniforme de soldado del ejército *émigré*. Habíaselo pedido al abate Chenier tras su charla con el príncipe de Condé la tarde anterior.

No corría ningún peligro al cruzar la zona de actividades bélicas, ya que las unidades de los dos ejércitos se hallaban diseminadas sobre una amplia extensión de terreno. Encontrándose a pocas millas de Mannheim no oyó más que los ocasionales disparos de los tiradores emboscados, a cierta distancia. Los piquetes austríacos no opusieron el menor reparo a la vista de su *laissez-passer*. Al llegar a las líneas francesas se limitó a decir la verdad: que iba a ver al general Pichegru. Tomándole por un francés, los soldados le facilitaron el camino hasta la ciudad.

Penetró en ésta a la una de la tarde. Dejó su caballo en los *Drei Könige*, donde tomó también una habitación. Únicamente pudieron asignarle una buhardilla, debido a que la población se hallaba llena de gente. Roger se puso el uniforme de *émigré*, envolviéndose en una gran capa negra. En el vestíbulo escribió una breve nota que deslizó en uno de sus bolsillos, encaminándose a continuación al *Rathaus*.

Había apostados unos centinelas en sus entradas. Evidentemente, se trataba de un formalismo, ya que entre los oficiales que iban y venían divisábase de vez en cuando algún paisano, a los que nadie se dirigía nunca en demanda de la documentación. Pero Roger no perdía de vista la posibilidad de salir de allí dentro como un prisionero, rumbo al paredón de los fusilamientos. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para subir con paso natural los peldaños que permitían el acceso al edificio.

En el vestíbulo se le acercó un sargento para preguntarle qué deseaba. Adoptando un aire de persona terriblemente indignada, Roger le explicó que él, un ciudadano de la gloriosa República Francesa, había sido engañado e insultado la noche anterior en un

burdel, habiéndose acercado allí para pedir que los sucios alemanes propietarios del establecimiento fuesen ejemplarmente castigados.

Ésta era una queja que forzosamente tenía que despertar las simpatías del sargento, quien le señaló una escalera que caía a su derecha, manifestando que en el segundo piso hallaría la oficina del capitán-preboste. Roger no abrigaba la menor intención de buscar a éste, como es natural. Al llegar al primer piso echó a andar por el pasillo principal, confiando en que ahora que se veía libre para correr de un lado para otro sería capaz de localizar al general sin haber tenido que preguntar previamente por él.

El cuartel general de Pichegru no se parecía absolutamente en nada al del príncipe de Condé. Aquí no había lacayos, ni sacerdotes. Nadie imponía silencio discretamente cuando se acercaban personalidades, gente destacada, de gran posición. Aquel edificio era semejante a una colmena. El constante y apresurado fluir de oficiales, funcionarios y ordenanzas le permitió a Roger moverse libremente, sin exponerse al peligro de ser interrogado.

Al cabo de un rato llegó a una galería desde la cual se dominaba un gran *hall*, en el centro del edificio. Allí debían haberse reunido en tiempos de paz los comerciantes ricos de Mannheim para sus brillantes banquetes cívicos. Pero ahora reinaba en el recinto la confusión más absoluta. No se advertía en todo el salón la más leve huella de formalismo. En el *schloss* del príncipe de Condé los comensales eran anunciados por una persona que golpeaba previamente el piso del parquet con un gran bastón … Allí no. El servicio parecía continuo. Entraban los oficiales, unos vestidos con uniformes impecables, otros cubiertos de suciedad, y se sentaban donde podían. Entonces los camareros acudían para colocarles unos platos delante, cuyo contenido devoraban los recién llegados sin la menor etiqueta, a menudo sin cambiar una palabra con sus vecinos, para marcharse seguidamente.

Roger distinguió entre los presentes algunos funcionarios civiles. Su presencia en la sala provocó en él una gran inquietud. En el *schloss* había llegado a estar a un par de metros de tres nobles con los que tuviera relación en el pasado y más cerca aún de un cuarto que gracias a él se había salvado de la guillotina. Poseía buenas razones para pensar que en el cuartel general de Pichegru había por lo menos dos hombres, a quienes por motivos más que justificados debía temer. Se trataba de los ciudadanos

Rewbell y Merlin de Thionville, dos de los tres *Représentants en Mission* enviados por la Convención para vigilar a Pichegru. Un par de ellos habíanse sentado en más de una ocasión al lado de Roger, formando parte de ciertos comités.

Durante largo rato permaneció sentado en un rincón de la desierta galería, observando la abigarrada escena del *hall*, seguro de que antes o después llegaría el general para comer. Su tesón y paciencia se vieron recompensados cuando faltaba muy poco para que dieran las cinco. Acababa de ver a un hombre alto, de excelente planta, que contaría treinta y tantos años de edad, al que acompañaba el ciudadano Merlin. Iban seguidos los dos por media docena de oficiales. Esta circunstancia y la descripción que le habían hecho de Pichegru ayudaron a Roger a identificar inmediatamente al general.

Comprendió Brook entonces que aún no había vivido el momento de más peligro de su aventura. Tenía que lograr una entrevista con Pichegru, cosa difícilmente alcanzable sin descubrir que era uno de los agentes del príncipe de Condé. Si, como parecía deducirse del repentino avance de Pichegru sobre Mannheim, éste había llegado a la conclusión de que no podía confiar en Montgalliard ni en Fauche-Borel, o si uno de los *Représentants en Mission* sospechaba la existencia de un oculto manejo, había que reconocer que aquella baza estaba perdida. Pero el dar marcha atrás en aquellas circunstancias era una decisión contraria al carácter de Roger. En consecuencia, éste, haciendo una profunda inspiración, se puso en pie, comenzando a bajar las escaleras.

Debido al incesante fluir de gente en un sentido y otro, Roger no atrajo la atención al penetrar en el salón. Situóse cerca de la puerta de servicio, que daba a la cocina. Guardó en una mano, cuidadosamente plegada, la nota que escribiera en los *Drei Könige*, con una moneda de veinte marcos. Cuando el camarero que había estado sirviendo al general pasó junto a él, le retuvo sujetándole por una manga y mostrándole brevemente la moneda y la nota le dijo en voz baja:

— Soy comerciante y tengo mucho interés en asegurarme al general como cliente. Hazme el favor de entregarle esto.

El hombre vaciló un momento. Luego, con una repentina sonrisa, se guardó en un bolsillo la moneda y en el puño de la camisa el papel.

Cuando minutos después salió de la cocina, portador de una bandeja llena de platos, Roger siguió con ansiedad sus movimientos. Observó cómo el camarero colocaba la nota junto al

plato del general. Transcurrieron unos segundos, que a Brook se le antojaron una eternidad, antes de que Pichegru diera muestras de haberla advertido. Por último la cogió, desplegándola para leer las pocas líneas de que constaba:

Ciudadano general:

Soy socio de la firma Fauche-Borel, libreros e impresores. Solicito el honor de ocuparme de la impresión de las proclamas que vuestra excelencia piense dirigir al pueblo de Mannheim y territorios vecinos.

Acababa de arrojar la piedra. El nombre de Fauche-Borel tenía forzosamente que despertar ciertos ecos en la mente de Pichegru. Al cabo de unos momentos éste decidiría el arresto del expedidor de la nota o concertaría una entrevista con él.

Roger vio cómo el ciudadano representante Merlin se inclinaba sobre Pichegru. Indudablemente estaba preguntándole por el contenido del papel. Tenía atribuciones para proceder así.

Fue en este instante cuando Roger observó que Rewbell se acercaba al grupo. El corazón le dio un salto pues Jean-François Rewbell era uno de los miembros de la antigua camarilla, que había sobrevivido a la caída de Robespierre. Alsaciano por su nacimiento, había ejercido como abogado, convirtiéndose pronto en un revolucionario fanático, patrocinando las medidas más despiadadas en la época del Terror. Ya había enviado a dos altos jefes del ejército a París para que fuesen guillotinados. Su carácter astuto y desconfiado le permitía disfrutar de un instinto especial del que se valía para descubrir cualquier superchería, engaño o traición.

Momentáneamente aliviado, Roger observó que los tres hombres se echaron a reír al formular uno de ellos un comentario. Luego Pichegru hizo una seña al camarero que le llevara la nota. Los dos posaron la mirada en Roger y el segundo echó a andar en dirección a Brook. Los labios de éste se secaron y de nuevo se sintió al borde del pánico. Rewbell y Merlin podían haberse enterado de que Fauche-Borel era agente realista. En tal caso Pichegru se vería obligado para salvarse a sacrificar al colega del librero. Quizá se hubieran reído al considerar la ingenuidad con que había procedido al entrar allí para, sencillamente, acabar siendo fusilado. Aún disponía de tiempo para girar, colarse por la salida más cercana y huir … Pese a la poca ventaja que esto supondría ante sus seguidores, tal vez consiguiera burlarles en aquel laberinto de pasillos y escaleras. Podía descubrir, en el peor

de los casos, un escondite en la azotea del edificio, donde permanecer hasta que anocheciera, momento más propicio a su entender para la huida en aquel lugar. Tenía las palmas de las manos húmedas y sus pies tendían casi irreprimiblemente al movimiento. Merced a un gran esfuerzo de voluntad continuó en su sitio hasta el instante en que oyó de labios del camarero las siguientes palabras:

— Dice el general que si aguardáis afuera quizá consiga veros más tarde.

Ahogando un suspiro de alivio, demasiado agitado interiormente para decidirse a hablar sin temor a delatar sus sentimientos, Roger asintió. Inmediatamente abandonó el enorme y ruidoso salón.

Al llegar a una baja arcada que daba a aquél miró ansiosamente a su alrededor. Se quedó más tranquilo al comprobar que el sargento al que contara su historia acerca del burdel había sido relevado por otro. Deteniéndose en un rincón pasóse el pañuelo por el rostro. Gradualmente, las pulsaciones de su corazón habían ido adquiriendo su ritmo normal. Ahora se esforzó por creer que el mayor peligro había pasado. Sin embargo, no podía estar seguro de eso … ¿Cómo iba a pronunciarse en favor de los realistas Pichegru, precisamente en el instante en que no cabía albergar ninguna duda sobre el éxito de la ofensiva? Y si él deseaba reforzar su posición con Rewbell mal recurso era aquél de denunciar a un agente *émigré* y entregarlo al pelotón de fusilamiento.

La espera se le hizo a Roger interminable. Transcurrieron dos horas antes de que se le acercara a aquél un soldado que había bajado por la amplia escalinata existente frente a la entrada principal.

— ¿Sois vos el ciudadano impresor? — inquirió posando la mirada en Brook.

Al oír la réplica afirmativa de Roger el soldado le indicó que le siguiera, guiándole hasta el segundo piso. En una antecámara vio diseminados sobre varios sillones algunos objetos personales del general. Por sugerencia de su acompañante Roger tomó asiento y el soldado se dedicó a continuación a sacarle brillo a unas botas.

La puerta del dormitorio de Pichegru se hallaba entreabierta. Aquél había sido siempre el que usaran los mayores de Mannheim residiendo en el Rathaus. Constaba de un vasto lecho y diversos muebles muy feos. Roger pensó que muchas veces los germanos padres de la ciudad habrían caído en aquella amplísima cama

víctimas de los efectos del alcohol tras el consabido banquete en el salón de la planta baja.

Preocupado todavía por lo que podía salir de su entrevista con el general, Roger soportó estoicamente otra espera de veinte minutos. Finalmente, Pichegru penetró en la antecámara.

Charles Pichegru era hijo de un trabajador pero había sido educado por la Iglesia y enviado a la escuela militar de Brienne, de donde saliera con la graduación de oficial de Artillería. En la Revolución había encontrado la oportunidad de su vida, convirtiéndose en uno de sus más brillantes generales. Debía su fama a las triunfales campañas de los años 93 y 94, seguidas por la conquista de Holanda. Era hombre de elevada talla y bien parecido, hallándose en posesión de una fuerza física extraordinaria, contando solamente treinta y cuatro años.

Después de dirigir a Roger una penetrante mirada le hizo una seña para que pasara al dormitorio. Luego le dijo a su asistente que no quería que en modo alguno le molestaran, tras de lo cual cerró la puerta.

Sin el menor preámbulo, Pichegru manifestó:

— De haber sido vuestro acercamiento más descarado no habría tenido más remedio que ordenar que fuerais fusilado. Aún corréis ese riesgo … Fauche-Borel me ha molestado ya bastante forjando planes absurdos no respaldados por nadie. La última vez que le vi le anuncié que si tornaba a importunarme le pondría enfrente de un piquete.

Distaba mucho esto de constituir una feliz iniciación de la entrevista, pero Roger se hallaba en un excelente momento ahora y aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir replicó:

— Ciudadano general: precisamente por haber sido juzgado Fauche-Borel incompetente para llevar adelante *este asunto* me encuentro yo aquí, sustituyéndole. Os traigo una promesa en firme del príncipe de Condé.

Los párpados del general se estrecharon levemente al tiempo que inquiría:

— ¿Queréis darme a entender que el príncipe de Condé ha dado su conformidad a las condiciones que yo supuse inventadas por Fauche-Borel con la esperanza de que me declarara realista?

— No me es posible contestaros, pero si se trataba de éstas creo que las juzgaréis extraordinariamente generosas.

Mientras hablaba, Roger había alargado a su interlocutor la lista de recompensas redactada por el abate Chenier y firmada por

su alteza real.

Después de leer el documento con atención Pichegru levantó la vista, diciendo:

— Esto difiere de los ofrecimientos de Fauche-Borel en que la suma de dinero a entregar en efectivo ha sido duplicada.

Roger esbozó una sonrisa.

— Fauche-Borel actuaba en nombre de un bribón llamado Montgalliard. Fue él quien inspiró la idea de estas negociaciones y como interviene en muchas de las transacciones realizadas por el príncipe con un motivo u otro contó con que sería él quien se encargara en su día de efectuar ese pago, lo cual le permitiría retener para su bolsillo la mitad de la suma.

Sentándose en un gran sillón, Pichegru murmuró:

— El envío del documento por parte del príncipe altera el planteamiento de este asunto de un modo radical.

— ¿Debo tomar vuestras palabras por una aceptación de las condiciones?

— No lo sé. Tengo que reflexionar. De mi decisión depende el futuro de mi país.

— Si aceptáis la propuesta y actuáis con energía os convertiréis en el hombre más poderoso de Francia después del rey.

— Ya lo soy, casi. No necesito la ayuda de los realistas para encumbrarme más. Al marchar sobre París podría proclamarme dictador.

— Quizá … Pero, entretanto, ¿qué rumbo tomaría la guerra? En cuanto dierais la vuelta los austríacos volverían a cruzar el Rin, lanzándose en vuestra persecución. Solamente con este pacto podéis evitar tal cosa.

El general hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

— No. Estáis en un error. ¿Por qué no he de hablaros con franqueza si vuestra vida está en mis manos? El ejército del general Jourdan ha alcanzado la orilla norte del Necker. Yo solamente tengo que lanzarme sobre Heidelberg, cosa que he estado preparando estos días pasados, para unirme a él. Nuestras fuerzas combinadas desbordarán a las austríacas. Será para nosotros un juego de niños derrotar a Wurmser primero y a Clerfayt después. Hecho esto, Austria pedirá la paz. Entonces yo quedaría libre para marchar sobre París.

Aquello era lo que Roger había temido. Tenía que jugar todas sus cartas para impedirlo. Conocedor del odio que los franceses sentían por los ingleses había intentado hacerse pasar por un *émigré*, pero comprendía que Pichegru estaría al tanto de la

apurada situación económica del príncipe de Condé, sabiendo que las recompensas ofrecidas sólo podían proceder de Inglaterra. Por consiguiente, Roger se dijo ahora que quizá le fuera útil descubrir su verdadera nacionalidad. Tras un momento de reflexión contestó:

— Aún contando con la derrota de los austríacos, vos no podréis asegurar la paz para Francia. Inglaterra continuará luchando. Los ingleses son un pueblo obstinado y los escoceses e irlandeses no les van a la zaga en este aspecto. No hace más que doce años, sin aliado alguno, Inglaterra hizo frente a Europa. Para esa gente el verbo rendirse no existe.

Pichegru asintió.

— Me temo que estéis en lo cierto. Los ingleses, además, son tan inmensamente ricos que con su oro son capaces de sobornar a los otros pueblos, con objeto de que empuñen las armas contra Francia. Añadiré que aman la lucha por la lucha misma y que como enemigos resultan feroces en extremo. Me han contado que es tal el ansia que sienten por ver sangre que pasan los períodos de paz cazando, comiéndose crudas las piezas que cobran, cuyos cuerpos desgarran con sus enormes dientes.

Roger no pudo evitar una sonrisa.

— No, no son tan salvajes como queréis hacer ver. Verdad es que son unos combatientes magníficos, pero en su mayor parte preferirían reintegrarse a sus hogares, para cuidar de sus espléndidas campiñas, antes que llevar la dura vida del soldado lejos de la patria, sin otra perspectiva que la de hallar la muerte en algún remoto campo de batalla.

— Habláis como si les conocierais bien y sintierais simpatía por ellos.

— Así es, en efecto, ya que aunque he vivido muchos años en Francia nací en Inglaterra.

— ¡No puedo creerlo! Ahora me inclino más que nunca a ordenar que seáis fusilado.

— No creo que procedáis así, general — Roger pronunció estas palabras serenamente y desplegando la capa mostró a su interlocutor el uniforme de *émigré* que vestía —. He venido a vuestro encuentro como un soldado que se dirige a otro. Aparte de las leyes de la guerra no puedo creer tampoco que os decidáis a actuar como lo haría un Rewbell. Un hombre tan valiente como vos no descenderá nunca a mancharse las manos de sangre, a la manera de uno cualquiera de esos terroristas.

La faz de Pichegru, de rasgos correctísimos, se iluminó con una

sonrisa.

— Podría, sin embargo, encarcelaros para reforzar mi propia seguridad. Pero veo perfectamente que sois un hombre animoso e inteligente. ¿Por qué ese estúpido príncipe no os envió antes, en lugar del chapucero y torpe Fauche-Borel?

— Porque yo no había tenido intervención en este asunto hasta hace muy poco. No obstante … Estábamos hablando de los ingleses. Inglaterra es la dueña de los mares. Ni siquiera en el caso de que vos dominarais toda Europa podríais arrebatar a mi país ese cetro. Por consiguiente, jamás lograréis que se doblegue ante vuestra voluntad. En tales condiciones, Inglaterra, a lo largo de la próxima generación, puede cerrar los océanos a vuestro comercio, bloquear los puertos franceses, matar de hambre a vuestros compatriotas, someterlos a todo género de vejaciones. Estoy convencido de que nunca firmará un tratado de paz con el Gobierno Revolucionario. No piensa lo mismo, por otro lado, ante una Monarquía Constitucional. Os doy mi palabra de honor de que, creáis lo que creáis, William Pitt siente la paz, es más, la desea. Si estáis dispuesto a contribuir a que sea un hecho la Restauración aprobará cualquier fórmula honorable que le sea propuesta. En mi opinión, llegará más lejos … Llegará a apoyar a Francia en una conferencia con las restantes potencias cuando ella reclame los que juzga sus límites naturales. Así podrá retener gran parte de los territorios que vos y otros generales ganaron para su patria en el transcurso de la presente guerra.

Pichegru miró con fijeza a su interlocutor, preguntando lentamente:

— ¿Quién sois vos en realidad? Bien veo que vestís el uniforme de un ejército cuyos miembros son unos forajidos, pero habláis como si conocierais a fondo las opiniones de William Pitt.

— Soy el enviado personal del primer ministro de Su Majestad británica — replicó Roger formalmente —. Visité el cuartel general del príncipe de Condé sólo para procurarme el documento que ahora tenéis en la mano.

Al disparar aquella andanada Roger observó ansiosamente el rostro de Pichegru, aguardando su reacción. Ésta se produjo en seguida. Poniéndose en pie de un salto el general exclamó:

— ¡Entonces no es sólo el príncipe de Condé quien respalda la propuesta! Su firma debiera bastar, pero no sería la primera vez que un príncipe de la Casa de Borbón se vuelve atrás después de hacer una promesa. Si el Gobierno británico garantiza las

condiciones del acuerdo me veo obligado a considerar la fortuna que se me ha ofrecido como si ya hubiese sido abonada a mi nombre, en el Banco de Inglaterra.

Roger inclinó la cabeza en una leve reverencia ante el cumplido que implicaban aquellas palabras.

— Eso es cierto por lo que a las cláusulas monetarias se refiere. En cuanto a los honores, únicamente puedo deciros, sin poner en tela de juicio la palabra del príncipe, que de ser precisa la influencia de William Pitt para aseguraros aquéllos, el primer ministro no os la regatearía.

Asintiendo enérgicamente, Pichegru declaró:

— Hemos recorrido un largo trecho del camino. En un cuarto de hora de conversación hemos ido más lejos que durante todas las semanas de incesantes regateos con Fauche-Borel.

— ¿Accedéis entonces? — inquirió Roger, repentinamente esperanzado.

— No. No he dicho eso. Quedan aún cosas que considerar, cosas que revisten mayor importancia que mi futuro personal. Me habéis dicho que el Gobierno británico firmaría la paz con Francia si en ésta se proclamaba la Monarquía Constitucional. ¿Podéis asegurarme si los príncipes borbónicos se hallan dispuestos a dar ese paso?

— No, no puedo hacerlo. No sostuve ninguna conversación con el príncipe de Condé sobre el particular.

— Sin embargo, ésa es la cuestión vital, en la que descansa todo el futuro. En mi opinión, nueve décimas partes de la población francesa acogería con agrado la idea de la Restauración basada en la Constitución del 91. En el mes de junio pasado, cuando el pobre chiquillo del Temple murió y ese bobalicón del conde de Provenza se convirtió mecánicamente en Luis XVIII hubiérase alcanzado tal meta de haberse conducido él con un mínimo de tacto. No habría tenido más que declarar que aceptaba los principios del 91, concediendo a continuación una amnistía a todos los que habían tomado parte en la Revolución. Por el contrario, ese estúpido fanático cometió la locura de declarar en público que para él los constitucionalistas eran aún más detestables que el propio Robespierre. Si un hombre así subiera al trono, ¿cómo se podrían evitar las venganzas de los *émigrés*, cómo se podría iniciar una política liberal?

La pregunta era difícil de responder, pero Roger se aplicó a contestarla con la mejor voluntad.

— Yo creo que sobreestimáis el peligro — dijo —. Sea cual sea

el punto de vista del rey o de un puñado de ultrarrealistas las suyas serán voces que claman en el desierto. A los Gobiernos de Gran Bretaña y Austria les importan un bledo las pretensiones del *ancien régime* y si conciertan una paz harán cuanto esté en sus manos para que resulte duradera. Las aspiraciones autocráticas sólo pueden conducir a una nueva revolución, con la perspectiva de otra guerra. Consecuentemente, podéis estar seguro de que los aliados insistirán cerca del rey para que gobierne como un monarca de poderes limitados. Tras esto, son muchas las cosas que decidirán los hombres como vos y como yo. Las elecciones libres originarán una Cámara integrada casi por completo de moderados. Si el rey se empeña en no aceptar sus sugerencias no le quedará otra alternativa que la de partir una vez más para el exilio.

— Quizás estéis en lo cierto — murmuró Pichegru —. Sí. Supongo que respaldados prácticamente por toda la nación podremos controlar al rey. Queda otra cosa, sin embargo. Aunque estoy convencido de que el pueblo, en su mayoría, acogerá con júbilo la Restauración, surgirán hombres prominentes que disientan del parecer general. Muchos de éstos figuran en puestos clave de la Administración. La última vez que estuve en París me dijo Carnot que aún teniendo concedido el perdón del rey consideraría su vida poco menos que perdida de instalarse en las Tullerías un monarca Borbón. Y eso pese al hecho de no haber causado ningún perjuicio a nadie sin causa justificada durante el dilatado período de tiempo de su pertenencia al Comité de Seguridad Pública. Barras, Cambacérès, Larevelliére-Lépeaux, Cambon y Sièyes piensan lo mismo. En cuanto a los villanos como Rewbell, Tallien y otros, cuyas manos se han manchado de sangre inocente, he de decir que preferirían morir en una barricada antes que confiarse a la misericordia de un descendiente de San Luis. Y con razón, porque de ellos nadie se apiadaría.

Los azules ojos de Roger lanzaron un destello.

— ¿Quién os impide colgar a Rewbell del asta de bandera que halléis más a mano? En cuanto a los restantes ex terroristas, haced una lista de ellos para poner precio a sus cabezas nada más lleguéis a París, fusilándolos a medida que vayan siendo detenidos.

— Con Rewbell y Merlin puedo hacer lo que se me antoje. La situación, con respecto a los otros, es muy distinta. Mientras yo avanzo sobre París harán cuanto puedan para instigar a la gente a la rebeldía. Me denunciarán en la Cámara como traidor y recurrirán a su socorrido truco de siempre, proclamando que la

República está en peligro. Al llegar a la capital docenas de agitadores, pagados o inspirados por ellos, se mezclarán con mis soldados, minando inevitablemente su moral, invitándoles a quebrantar su juramento de fidelidad. Horas después, las fuerzas que me prestaran su apoyo podrían volverse contra mí. He ahí uno de los grandes riesgos que correría.

El general, agitado, comenzó a pasear de un lado para otro.

— Hablé de esto a Fauche-Borel y por lo menos tuvo la sensatez de reconocer que yo me encontraba en lo cierto. Me dijo que iría a París con el fin de explicar a determinados elementos realistas que los más peligrosos de nuestros enemigos en potencia deberían ser sobornados para que guardaran silencio o eliminados momentáneamente. Es lo que debiera hacerse. Para asegurar el éxito es esencial que se organice un *coup d'état*, haciéndolo coincidir con mi llegada ante las puertas de París. Pero echar a la calle varios centenares de monárquicos escandalosos no es suficiente. ¿Y qué más hubiera conseguido un hombre dotado de tan poca personalidad como Fauche-Borel? Lo que nosotros necesitamos es alguien capaz de traer a nuestro lado a personajes como Barras y Dubois-Crancé. Ellos tienen poder bastante para arrestar a los ex terroristas que disponen de medios para sabotear nuestro proyecto. Sí, eso es lo que tenemos que hacer. Y yo no haré el menor movimiento hasta el momento en que haya sido concertado algo por el estilo. Pero, ¿dónde demonios localizaremos un hombre con dotes suficientes para llevar semejante empresa a buen fin?

Roger suspiró.

— Mucho me temo, *mon general*, que ese hombre esté ante vos ahora. O, al menos, el que podría conseguir tal cosa si la fortuna le sonriese.

— ¿Qué? ¿Vos? ¿Un inglés? ¿Cómo podríais llegar hasta el hombre más poderoso de Francia y convencerle para que participara en un complot monárquico?

— Hace un rato os dije que he vivido mucho tiempo en Francia. Durante la mayor parte del período del Terror estuve en París. Conozco perfectamente a todos los hombres cuyos apellidos habéis mencionado. En cierta época gocé de su confianza. Pero he estado ausente de París por espacio de un año. Todo depende de una cosa: ¿podré volver a ocupar la posición de antes junto a ellos? Una de dos: o voy a parar a la cárcel a las veinticuatro horas de mi llegada a París o consigo crear en la capital las condiciones por vos exigidas.

Pichegru dio un paso adelante de pronto y estrechando la mano de Roger exclamó:

— ¡Sois un valiente! Y de la expresión de vuestro rostro deduzco que también una persona honrada. Voy a confiar en vos. Si al volver podéis darme palabra de que serán tomadas medidas en el momento preciso para ahogar a la oposición os prometo lanzar mi ejército sobre París. No para alcanzar objetivos personales, ni por el rey, sino con la única esperanza de ver restablecida la paz en mi país y que éste entre en vías de una franca prosperidad.

Oprimiendo con firmeza la mano del general, Roger repuso:

— Os doy las gracias por la confianza que en mí depositáis. Tened la absoluta seguridad de que haré cuanto pueda por conseguir ese objetivo ya que la felicidad de mis compatriotas se halla íntimamente ligada con el porvenir de Francia.

Por un momento los dos guardaron silencio, sin soltarse las manos. Luego, Roger inquirió:

— ¿Qué me decís, no obstante, de los días que se avecinan? Aún en el caso de que logre seguir en libertad y me las arregle para organizar un complot para ablandar la oposición de los fanáticos del antiguo Club de los jacobinos, transcurrirán dos o tres semanas antes de que regrese con objeto de informaros acerca de la marcha de los acontecimientos. ¿Cuáles serán, entretanto, vuestras intenciones con respecto a los austríacos?

Con un encogimiento de hombros, el general replicó:

— La guerra debe continuar. Mis planes han sido trazados y han de realizarse. Los austríacos serán derrotados. Esto es inevitable.

— ¡No debiera ser así! — protestó Roger —. Si vencéis a aquéllos tal vez se plantee una propuesta de paz prematuramente. En el caso de que Gran Bretaña resulte ser la única gran potencia que ostente el derecho a pactar condiciones nos exponemos a que la influencia que pueda ejercer para que Luis XVIII conceda una Constitución liberal quede debilitada. En esto, como en todo lo demás, por otro lado, el proceder cuerdo se reduce a tener bien presente en cualquier instante el objetivo concreto de la operación.

De nuevo Pichegru fijó una escrutadora mirada en los ojos de su interlocutor, para musitar a continuación:

— Me agradaría teneros entre mis oficiales con mando. Pero en este asunto se me ofrece escasa ocasión de elegir. El general Jourdan espera que lance una ofensiva sobre Heidelberg y confieso que siento una gran impaciencia ante esta acción, que ha de

añadir más laureles a mis fuerzas y a mí mismo.

Roger hizo un gesto de indiferencia. Sin embargo, había una nota diabólicamente sutil en su voz al responder:

— Son muchos los hombres que han perdido el sentido buscando la gloria, *mon general*. Personalmente, como cualquier *bon viveur*, me inclino a compadecer a los que embriagados de aquélla se despiertan por la mañana con un gran dolor de cabeza y los bolsillos vacíos. Por tal motivo no me inspiran nunca admiración.

— No se trata aquí de dolores de cabeza ni de bolsillos vacíos.

— En esto disentimos. Si yo fracaso en mi empeño de lograr las condiciones ideales en París y entretanto vos lanzáis esa nueva ofensiva toda esperanza se habrá esfumado, no sólo por lo que a mejorar la suerte de Francia se refiere sino también en lo relacionado con la obtención de la gran fortuna que os ha sido prometida. Mi jefe, lo sé muy bien, aprobaría mi expresión si pudiera oírme: más vale pájaro en mano que cien volando.

Con el ceño fruncido el general contestó:

— Mucho me temo que no os haya comprendido.

— Os ruego me perdonéis si mis palabras os han parecido algo oscuras — los ojos azules de Roger se fijaron en los intensamente castaños del general —. Antes os notifiqué que yo era el emisario de William Pitt y poco después aludisteis a la gran riqueza de que Inglaterra es poseedora. Si accedéis a dejar a los austríacos más o menos tranquilos hasta que lo que más nos interesa haya quedado decidido, como prueba de nuestras buenas intenciones os entregaré un millón de francos.

— ¡Un millón de francos! — exclamó Pichegru, abriendo la boca, francamente admirado —. Pero …, ¿cómo podríais vos efectuar el pago de semejante suma de dinero?

Sonriente, Roger le mostró un papel que acababa de sacar de uno de sus bolsillos.

— He aquí un cheque en blanco, contra Mayer Anselm Bauer, banquero de Frankfurt-on-Main. Estoy dispuesto a estampar en él la cifra de un millón de francos, pagables a vos, siempre y cuando deis con un procedimiento para dispensar un trato lo más suave posible a los austríacos.

— Un millón — repitió el general, al parecer asustado —. ¿Es verdad que las calles de Londres están pavimentadas con oro?

— No del todo. En cambio, muchos de nuestros nobles aficionados a la caza, los mismos a los que achacabais la fea costumbre de comerse las piezas cobradas crudas, se hacen servir

éstas, debidamente aderezadas en la cocina, condición previa e ineludible, en platos construidos a base del preciado metal, dentro de sus mansiones. ¿Qué contestáis a mi propuesta?

— Se afirma que las cajas en que esos judíos alemanes guardan su dinero están a punto de reventar … Pero un millón en oro es una suma enorme para que pueda ser pagada sobre demanda, con la simple presentación del cheque. Mucho dudo de que el tal Bauer no sea capaz de cumplimentar aquél.

— Por el hecho de ser agente del Tesoro inglés ha de poder abonarlo en un plazo relativamente breve.

Durante unos momentos Pichegru permaneció en silencio, reflexionando. Finalmente dijo:

— El factor tiempo es muy importante en esta transacción. Si yo aplazo mi ofensiva durante unos días y luego resulta que el judío no puede pagar habré perdido la oportunidad de unir mis fuerzas a las del general Jourdan.

— ¿Qué plazo podéis concederme? — inquirió Roger.

— ¿Para qué?

— Para ir a Frankfurt y hacerme con el oro o al menos conseguir una promesa por escrito de que al cabo de una semana, por ejemplo, será entregado aquél a la persona que vos designéis.

El general asintió.

— Eso ciertamente saldará la cuestión. Frankfurt se encuentra a unas cien millas de aquí, pero en un carruaje ligero llegaríais a la población mañana por la mañana. El cobro de esa suma requerirá determinadas formalidades, de manera que estoy dispuesto a esperar. Ahora bien, pasado mañana a lo más tardar, quiero tener pruebas de que se halla a mi disposición.

— Si no surge ningún inconveniente estaré de regreso aquí por entonces.

— No es necesario. Uno de mis hombres, el capitán Gusiot, en quien tengo absoluta confianza, os acompañará. Él podrá darme la respuesta. Si ésta es satisfactoria enviaré tan sólo dos divisiones contra Heidelberg. Tal maniobra bastará para impedir que el general Jourdan sospeche que me he apartado del plan convenido pero no para tomar la ciudad. A menos de que los austríacos sean más tontos de lo que me figuro, impedirán la unión de nuestras fuerzas. El juego quedará en tablas y esta situación se prolongará un mes, aproximadamente.

Roger se daba cuenta de que si no tropezaba con dificultades en lo del dinero conseguiría algo equivalente a una gran victoria aliada. Pero no perdía de vista un hecho indudable: el acto final

habría de ser representado en París, donde se vería obligado a arriesgar una vez más su cabeza.

Capítulo XX

SECUELAS DE LA REVOLUCIÓN

La expresión de Pichegru era grave. Evidentemente, se hallaba preocupado ante la perspectiva de traicionar a sus fuerzas, preparadas hasta aquel momento para conseguir otra gran victoria. Roger, por tanto, puso buen cuidado en disimular el júbilo que sentía por su triunfo. Eludiendo todo comentario, se limitó a decir:

— Aquí cuentan hasta los minutos, general. Lo mejor sería que el capitán Gusiot y yo nos pusiéramos en camino inmediatamente.

— Estamos de acuerdo, pero es preferible que no os dejéis ver en su compañía mientras estéis en esta casa.

— Nos reuniremos fuera de la ciudad, en sus inmediaciones. He tomado una habitación en los *Drei Könige* a nombre de Bertrand. El capitán Gusiot podría recogerme allí. Ya ha oscurecido y no será necesario que se apee del carruaje que le lleve. Que mande a alguien en mi busca.

El general sonrió.

— Advierto perfectamente que os movéis con desenvoltura y tenéis práctica cuando de emplear la máxima discreción se trata — echando un vistazo a su reloj, agregó —: Son las ocho menos cuarto. Dos horas serán suficientes para dar instrucciones a Gusiot sobre su misión y que éste pueda preparar su equipaje. Estad preparado para uniros a él en el coche a las diez.

Durante breves momentos los dos hombres hablaron de varios jefes políticos de París y de las probabilidades existentes de lograr su colaboración para el *coup d'état*. Luego se estrecharon las manos y Pichegru llamó a su asistente para que sacara a Roger del *Rathaus* sin que nadie le viera.

Ya en su habitación de los *Drei Könige*, Roger se despojó de su uniforme de *émigré*, vistiendo sus ropas normales, arregló la maleta y se fue al comedor. No había terminado aún de cenar cuando llegó el carruaje. La oscuridad le impidió ver claramente el rostro de su acompañante. Musitando un saludo se acomodó a su lado y el vehículo se encaminó hacia la salida del patio de la hostería.

Un sentimiento de precaución instintivo hizo que los dos hombres guardaran silencio hasta encontrarse a bastante distancia de la población. Pero ni siquiera entonces aludieron al asunto que había motivado su extraño viaje. Charlaron sobre la guerra un rato y luego se acomodaron en sus respectivos rincones para descabezar un sueño, de serles posible. El carruaje continuaba avanzando entre las sombras de la noche, a razón de unas ocho millas por hora.

Más de la mitad del trayecto lo hicieron a lo largo de la carretera que corría por la orilla derecha del Rin, que estaba en manos de los franceses, y como llevaban una escolta de húsares en ninguna parte les dieron el alto. Pero a las cinco de la mañana alcanzaron una bifurcación, el brazo derecho de la cual apuntaba hacia el nordeste, cruzando Darmstadt, en dirección a Frankfurt. En vista de que el territorio en que iban a adentrarse figuraba entre aquellos cuyos habitantes habían adoptado una posición de dudosa neutralidad decidieron deshacerse de la escolta.

A la pálida luz del amanecer Roger distinguió claramente por vez primera los rasgos faciales de su acompañante. El capitán era un hombre de buena complexión, que contaría aproximadamente treinta años de edad. Hallábase en posesión de unos ojos muy vivaces, intensamente negros, y un airoso bigote con las guías vueltas hacia arriba. Roger observó aliviado que había tomado la precaución de sustituir su uniforme por las prendas civiles, mal ajustadas a su cuerpo pero muy oportunas, por si caían en manos de alguna patrulla austríaca No vieron ninguna, sin embargo. Después de desayunar con excelente apetito en Darmstadt cruzaron alrededor de las diez el punto sobre el Main, internándose en Frankfurt.

Localizaron la Judengasse sin dificultad, así como el domicilio del banquero Bauer. Tratábase de una mansión de regulares proporciones, encima de cuya puerta había un rótulo de rojas letras. Roger y Gusiot entraron en ella. La planta baja presentaba el aspecto corriente de todos los establecimientos bancarios. Cuando Brook hizo saber a uno de los jóvenes que trabajaban allí

que deseaban ver al dueño fueron conducidos a una habitación separada de la oficina principal.

Un judío de unos cincuenta años, tocado con el tradicional gorro utilizado por la gente de su raza y la amplia bata, entró en el cuarto a los pocos minutos. Sin sacar sus manos de las mangas rogó a sus visitantes que tomaran asiento, preguntándoles qué deseaban de él. Roger le enseñó el cheque, inquiriendo si podría hacer efectiva la suma de un millón de francos.

Bauer pidió permiso para ausentarse un momento, con objeto de comprobar la firma estampada al pie del documento. A su regreso manifestó:

— Indudablemente, noble señor, el Tesoro inglés tiene solvencia suficiente para respaldar una entrega de cincuenta mil libras tan sólo. Ahora bien, en estos tiempos tan revueltos no acostumbramos a retener en nuestras cajas una suma semejante de dinero. ¿Cuándo la necesitáis?

— ¿Cuándo podréis obtenerla? — le preguntó Roger.

— Permitid, noble señor, que consulte con mis hijos — contestó Bauer, quien al ver el gesto de asentimiento de su interlocutor agitó una campanilla cuatro veces.

Respondiendo a su llamada acudieron tres jóvenes judíos. El mayor de ellos no habría cumplido aún los treinta años. Durante breves minutos el padre dialogó con los recién llegados en la lengua de su raza, volviéndose finalmente hacia Roger para decir:

— Noble señor: si tenéis la amabilidad de aceptarme esa suma en *marks* y *thaler* calculo que en el plazo de cuatro días estaré en condiciones de serviros la cantidad equivalente a un millón de francos.

Roger miró a Gusiot y éste inclinó la cabeza. Cumplimentadas las restantes formalidades, el banquero y sus tres hijos acompañaron a sus visitantes hasta la puerta principal. El más joven de aquéllos, un mozalbete de dieciocho años, acercóse al coche, diciéndole a Brook:

— Perdonadme, noble señor … Bien se ve que sois un digno agente de Inglaterra. ¿Creéis sinceramente que en ésta puede encontrar un buen porvenir un joven como yo?

Con su habitual amabilidad, que desplegaba siempre que a él se dirigían los demás con el debido respeto, Roger contestó:

— ¿Y por qué no? Allí tenéis el Lloyd, donde se aseguran más buques que en ningún otro lugar del mundo, la «India Company», la «Hudson Bay» … Con la llegada de la época del maquinismo, la industria británica crece sin cesar. Todos solicitan préstamos para

mejorar las empresas. Son muchos los hombres astutos que hoy día redondean sus fortunas operando en la Bolsa de Londres.

— Gracias, noble señor — el joven judío se inclinó en una profunda reverencia —. Abrigo la esperanza de irme allí algún día para establecerme — señalando el rojo letrero que había sobre la entrada de la casa, añadió —: Dentro de los estados alemanes hay tantos Bauer que la rama de la familia a que pertenezco ha decidido ser conocida en el futuro por el apellido Rothschild. Os agradecería que nos recordarais a vuestro regreso a Inglaterra. Nuestra casa no es muy rica todavía pero hará cuanto pueda para satisfacer la demanda que habéis fomulado en el más corto plazo de tiempo posible.

— Lo haré, con mucho gusto. Cuando llegue a Inglaterra daré cuenta al señor Rose, quien decide todos los asuntos relativos al Tesoro, de la gran ayuda que me prestó vuestra familia.

Roger hizo esta promesa de buena gana, en efecto. Siendo el futuro una especie de libro cerrado para él no podía saber entonces que se proponía apoyar a un hombre cuyo genio financiero e inquebrantable fe en Inglaterra le situarían inmediatamente detrás de Wellington en la empresa trascendental de provocar la caída definitiva de Napoleón.

Gusiot y Roger se dirigieron luego a una hostería para comer. Poco después el capitán iniciaba el viaje de regreso, llevando consigo el documento que firmaba Bauer prometiendo la entrega de la suma convenida. Roger, muy fatigado tras tantas horas de viaje, tomó una habitación, yéndose en seguida a la cama.

A la mañana siguiente, el día 28 de septiembre, cogió la diligencia de Mainz, ciudad que se hallaba en manos de una guarnición francesa. Aquí alquiló otro carruaje y tras algunas idas y venidas localizó dos cocheros que hablaban el francés. A última hora de la tarde cruzaban el Rin, encaminándose ahora hacia el oeste. En la noche del 30, ya en Verdún, el cansancio le impulsó a buscar un lecho donde pasar varias horas. Haciendo breves paradas en adelante, no superiores a un par de horas, llegó a las cercanías de París el 2 de octubre, poco después de mediodía.

Roger ordenó a sus cocheros que se detuvieran a la altura de un gran edificio del Faubourg St. Martin. Antes de la Revolución aquél había sido un convento. Una tabla clavada a uno de sus altos muros anunciaba que en la actualidad era un depósito, un vestuario del ejército. Arregladas las cuentas con los dos hombres cuyos servicios contratara, Roger cogió su pequeña maleta, penetrando en la construcción por una de las grandes puertas. Así

dio a los cocheros la impresión de que el depósito era su punto de destino. En la portería preguntó por un imaginario ciudadano Rollo y el conserje, amablemente, le aconsejó que consultara con los jefes de distintos departamentos, por si tenían en sus respectivas nóminas a alguien que llevara aquel apellido. Por supuesto, las gestiones de Brook no dieron ningún resultado. Tras haber empleado unos veinte minutos en esta gestión Roger se echó de nuevo a la calle. Habíase librado del peligro que en la capital eran las habladurías de los propios servidores, intrigados por las actividades de quienes les pagaban.

Media milla más lejos estaba la Porte St. Martin. Durante el Terror esta puerta y todas las demás de París habían sido custodiadas por centinelas que exigían la documentación a cuantos pasaban por ellas. Ahora la vio abierta al tráfico en un sentido y otro. Alargando su paseo llegó a *La Belle Etoile*, en la rue de l'Arbe Sec, a no mucha distancia del Louvre. Al entrar encontró al patrón en su pequeño despacho. Preguntóle si podía cederle una habitación.

Roger comprobó, sumamente divertido, que *maître* Blanchard no le había reconocido. Nadie más indicado que él, dentro de París, sin embargo, para identificarle en el acto. En efecto, Blanchard había trabado conocimiento con Brook siendo éste secretario del marqués de Rochambeau, presenciando luego su misteriosa transformación en el joven noble que tuviera abiertas las puertas de Versalles. Más adelante, durante los sombríos días del Terror, habíale dado pruebas de su inquebrantable lealtad, ya que entonces se hallaba enterado de que era agente secreto de Inglaterra.

Ya a solas, pues discurrían las horas tranquilas de la tarde, Roger, riendo, se dio a conocer. El buen Blanchard se alegró mucho de volver a verle y corrió en busca de su mujer, que se encontraba en la cocina. *Mère* Blanchard se apresuró a anunciar a Roger la confección de uno de los platos favoritos de éste y su esposo le prometió el mejor de sus vinos de Borgoña, un calvados viejísimo.

Mientras le escoltaban, camino de su dormitorio, evocaron ciertos recuerdos, como los referentes a los días en que Roger amara y perdiera a su bella Athénaïs. El matrimonio, sabedor de cuanto significaba ésta para su amigo, se abstuvieron delicadamente de asignarle la habitación que ocupara en otro tiempo.

Roger comió con los Blanchard en el saloncito privado de éstos.

Gracias a ellos se enteró de los últimos acontecimientos. París, una vez más, se hallaba en estado de alarma, en la presente ocasión por las decisiones finales adoptadas por la antigua Convención acerca de las cláusulas constitucionales a aprobar. Éstas habían provocado violentas discusiones desde el mes de junio, en que Boissy d'Anglas, un diputado liberal, expusiera las recomendaciones de un Comité que había estado examinando aquella cuestión a lo largo de la primavera.

El Comité sostenía que el poder ejecutivo debía separarse del legislativo, defendiendo la existencia de dos Cámaras en lugar de una, cuyos miembros deberían detentar propiedades. Abogaba por la supresión del sufragio universal. A su juicio sólo aquellos que pagaban impuestos tenían derecho a votar.

Aunque tales propuestas no privaban al pueblo de determinadas libertades conquistadas merced a la Revolución, aquéllas apuntaban claramente al objetivo de destruir de una vez para siempre la dictadura del proletariado, concentrando el poder en las manos de la clase media. Consecuentemente, todas las frases desgastadas por el uso en los días de la Revolución habían sido resucitadas por los oradores que buscaban el favor de las multitudes y los jacobinos supervivientes, quienes formaban todavía un formidable bloque en la Cámara.

El restablecimiento de un poder ejecutivo independiente fue considerado como un movimiento tendente a la instauración de la Monarquía. Había sido aprobado que aquél constara de un Directorio integrado por cinco miembros, uno de los cuales tenía que retirarse anualmente.

Había quedado acordada la composición de las dos Cámaras: la baja, denominada *Cinq-Cents*, constaría de 500 miembros e iniciaría las tareas legislativas; la alta, o *Conseil des Anciens*, tendría 250 y disfrutaría del poder de vetar cualquier medida sometida por la anterior por espacio de un año. Pero la calificación referente a la propiedad con vistas a las elecciones fue desbordada por una moción de los jacobinos, quienes, por otra, aseguraron un voto a cualquiera que pagara una tasa equivalente al valor de tres días de trabajo.

Todo esto no provocó mucha oposición entre el público. En cambio los preparativos para la elección de los miembros de las dos nuevas Cámaras suscitaron un clamor universal.

Como ya William Pitt había apreciado, certeramente, a lo largo de su charla con Roger, unas elecciones generales libres en Francia eliminarían a los ex terroristas del nuevo órgano gubernamental.

Barras, Tallien, Fréron y los otros termidorianos que habían conspirado para dar lugar a la caída de Robespierre, y aún tenían en las manos las riendas del poder, apreciaron con igual rapidez el hecho. Entonces se aliaron con los jacobinos para obstaculizar la maniobra. Ante la indignación de los electores forzaron la aprobación de un decreto por el que se establecía que dos tercios de los miembros de ambas Cámaras habrían de ser diputados de la antigua Convención. A los electores no les quedaba más que la facultad de escoger a los que debían volver.

Para la inmensa mayoría del pueblo la Convención representaba el crimen, las detenciones arbitrarias, la incautación de las propiedades, la obtención de préstamos obligatorios y demás formas de la injusticia y la tiranía. Aquélla había llevado a Francia a una institución de pobreza y miseria general no soñada siquiera en los días de la Monarquía. Por consiguiente, la idea de que fuera a perpetuarse bajo el leve disfraz de un nuevo nombre, al continuar siendo una mayoría de sus componentes los regidores del país, daba lugar a continuas pendencias que amenazaban transformarse en un movimiento de masas tendente a derrocar el Gobierno.

Roger se sintió encantado al enterarse de todo ello pues bien veía que el estado de la opinión popular no podía ser más favorable desde el punto de vista de los designios aliados. Si Pichegru se convencía finalmente y marchaba sobre la ciudad existían muchas razones para creer que ésta caería en sus manos como una fruta madura. Luego, Brook se interesó por conocer las condiciones en que se desenvolvía en general la vida de los ciudadanos, a lo cual *maître* Blanchard respondió con una triste sonrisa:

— Estamos peor que cuando os fuisteis, señor. Escasea la comida. Los precios son prohibitivos. Por un *écu* de plata se puede lograr una bolsa repleta de papel moneda republicano, que no tenemos más remedio que aceptar. En las calles se ven cada día más mutilados, procedentes de los distintos campos de batalla, los cuales mendigan un trozo de pan para poder subsistir. Circula por ahí este dicho popular: «Bajo el régimen de Robespierre nos moríamos de hambre pero no nos atrevíamos a protestar; ahora protestamos pero eso no impide que nos muramos de hambre.»

— Por lo menos las personas que se hicieron impopulares frente a las multitudes ya no están expuestas a verse colgadas del primer farol que caiga a mano — observó Roger.

Mère Blanchard se apresuró a mediar en la conversación.

— Acerca de eso, *monsieur*, estáis en un error. Existe un tipo diferente de personas que se han convertido en víctimas de unas multitudes distintas. Los jóvenes *bourgeois* han inventado un nuevo deporte. Durante la noche salen *de caza*, con el fin de matar a uno o más entre los muchos millares de supuestos «patriotas» que ostentaron cargos como carceleros, confidentes de la Policía y funcionarios de todas clases en la época del Terror. Pocos son los que se atreverían a interceptarles el paso cuando se dedican a arrojar los bustos de Marat a las alcantarillas o silban al oír tocar la Marsellesa en los teatros y algunos a quienes ellos apuñalan o estrangulan han merecido ese fin pero otros no se encuentran en el mismo caso … Es un error condenar a un hombre a muerte sin que haya sido juzgado primero.

Blanchard asintió.

— Por esas *jeunes gens, monsieur*, habréis de pensarlo bien cuando decidáis salir de noche. Los grupos que operan en las calles se conocen por nombres tales como los «Compañeros del Sol», los «Compañeros de Jesús», etc. Sin embargo, muchos son, simplemente, pandillas de ladrones y asesinos con patente de corso.

— ¿Queréis decirme que aquéllos se encuentran realmente protegidos por el Gobierno?

— Oficialmente, no. Pero las autoridades no han intentado nunca poner coto a sus desmanes.

— Me sorprende mucho que habiendo en la Cámara todavía muchos ateos declarados sea tolerado que alguien ostente un título como el de «Compañero de Jesús».

Con un encogimiento de hombros, Blanchard declaró:

— En materia de religión, como en todo lo demás, aquí reina una confusión indescriptible. No hace mucho tiempo, Boissy d'Anglas calificó aquélla de absurda e infantil superstición. Sin embargo, en el mismo discurso sostuvo que no debía haber persecución religiosa. Sus opiniones, a mi entender, expresan los puntos de vista de los moderados dentro de la Cámara. Hay quienes confían en que insistiendo en el desprecio de la religión ésta acabará por desaparecer. Desde luego, se equivocan. Ahora que ya se ha esfumado el peligro de las detenciones regresan a Francia más o menos secretamente centenares de sacerdotes y en todo el país la gente asiste a las ceremonias religiosas con mayor fervor que nunca después de tanto tiempo de prohibiciones en este aspecto.

— Hay que añadir — medió *mère* Blanchard —, que junto con

este retorno a la piedad se registra la existencia de un desenfrenado libertinaje.

— Verdad es — convino su esposo —. El hambre es responsable principalmente de tal estado de cosas. Entre la población trabajadora apenas podríais encontrar en la actualidad una hembra de doce años para arriba que no esté dispuesta a entregarse por el precio de una comida. Pero el vicio reina también entre los mejor situados. A Barras y a otros de su cuerda corresponde buena parte de la culpa ya que predican con su mal ejemplo, mostrándose orgullosamente en público con una querida nueva cada semana. Claro es, todo no radica ahí. La última vez que estuvisteis aquí había millares de hombres y mujeres en las prisiones. Creyendo estas personas que no escaparían a la guillotina optaron por adoptar una norma de conducta sintetizada en la frase: «Comamos, bebamos y alegrémonos pues mañana moriremos.» Al ser puestos en libertad tantos seres asimilaron definitivamente ese cínico modo de pensar, máxime encontrándose de pronto con el don de la vida, que habían dado por perdido, lo que produjo en ellos desastrosos efectos. El pasado invierno la *jeunesse dorée*, como se llama a los representantes de ese sector, organizaron los «Bailes de las Víctimas», en los que sólo podían participar aquéllos que hubiesen perdido un pariente cercano bajo la afilada hoja de la guillotina. Los asistentes a tales fiestas, lo mismo hombres que mujeres, se peinaban de cierto modo, levantando los cabellos por encima de la cabeza, dejando la nuca al descubierto, como se solía hacer con los condenados poco antes de la ejecución. Al comienzo de cada pieza gritaban a coro: «¡Venid! ¡Dancemos sobre las tumbas!» Se afirma también que los vestidos usados en esas reuniones son cada vez más descocados y que muchas jóvenes de buena cuna compiten abiertamente con las *demi-mondaines*, obsequiando con sus favores a cualquier amigo capaz de regalarles una joya o proveerlas de ropas elegantes.

Durante más de tres horas Roger se empapó bien de la atmósfera que se respiraba en el París que dejara atrás Robespierre, merced a los imparciales datos facilitados por el matrimonio Blanchard. Cuando se disponía a levantarse para descansar, aquél inquirió dirigiéndose a *maître* Blanchard:

— ¿Sabéis qué ha sido de Joseph Fouohé, el diputado por el Bajo Loira?

Blanchard movió la cabeza, denegando.

— No. Ése viene guardando silencio, actualmente. En el pasado otoño logró salvar la piel denunciando a otros cuyos actos no eran

más censurables que los suyos. Pero debió comprender que ésta no era más que una solución transitoria y que un paso en falso podía provocar su ruina. Me imagino, no obstante, que por su condición de diputado continúa viviendo en París, pero, sin embargo, trata de no ser visto en demasía.

— ¿Os costaría mucho trabajo averiguarlo con certeza, enteraros de sus señas actuales?

— No, *monsieur*. Los funcionarios de la Cámara deben saber su paradero. No, no tropezaré con serias dificultades para descubrir lo que os interesa conocer.

Al día siguiente, de acuerdo con su principio de no correr riesgos innecesarios, Roger salió con el fin de visitar a Harris, el banquero de la rue Du Bac, quien guardaba los fondos del servicio secreto británico, haciéndose con una considerable suma en oro. Brook tuvo noticia por los Blanchard y los sirvientes del establecimiento de la creciente oleada de inquietud que mantenía en efervescencia la ciudad. Los *decretos de Fructidor* — frase con la que se aludía a aquellas disposiciones referentes a la designación de los dos tercios de miembros en las nuevas Cámaras y otros igualmente impopulares aprobados en aquel mes del calendario revolucionario —, habían sido rechazados por treinta y nueve de las cuarenta secciones parisienses en las primeras asambleas.La Convención tenía que soportar el asalto de numerosos comités que solicitaban la anulación de aquéllos.

Por la tarde Blanchard le dijo a Roger que Fouché había abandonado su antiguo piso de la rue Saint Honoré, asegurándose que vivía en una pequeña casa del Pasaje Pappilote, en la Orilla Izquierda, cerca del Club de los Franciscanos. De un gran baúl que por espacio de varios años había utilizado, el cual se encontraba en una de las buhardillas de *La Belle Etoile*, Roger sacó un bastón-espada y una menuda pistola de dos cañones, que se guardó en el bolsillo interior del gabán. Después de cenar se marchó a la calle con la intención de localizar a su enemigo.

Habiendo cruzado el Sena por el Ponte Neuf, encaminóse al Café Coraeza, que había sido virtualmente un anexo de los Franciscanos, preguntando allí por el Pasaje Pappilote. Resultó ser éste poco más que un simple callejón, pues por uno de sus extremos se estrechaba formando una angostísima arcada. Hallábase iluminado por una lámpara fijada a la esquina de un edificio, con el cual empezaba la calle principal. La mayor parte de ésta encontrábase a oscuras. Roger, sin embargo, logró identificar la casa de Fouché y habiendo observado luz tras las cortinas de las

dos ventanas superiores llamó decidido a la puerta.

Oyó unos pasos en las escaleras. Luego la puerta se abrió y apareció en el umbral la figura de una joven pelirroja que llevaba en la mano una vela. Era una mujer de aspecto desagradable, sumamente delgada. Roger reconoció en ella a la heredera de clase media que años atrás contrajera matrimonio con Fouché, poniendo en manos de éste una modesta fortuna.

Al preguntar por su marido la mujer contestó que no se hallaba en casa y que quizá tardara todavía algún tiempo en regresar. Sin revelarle el motivo de su visita, Brook le dio las gracias, anunciándole que volvería en el transcurso de la mañana siguiente. Al cerrarse de nuevo la puerta Roger se retiró procurando que resonasen sus pasos en la calleja. Pero no se separó mucho del edificio. Después de aguardar cinco minutos se aproximó por segunda vez a la casa andando de puntillas, apostándose en las cercanías de aquélla, al amparo de las sombras.

Madame Fouché no le había reconocido. Roger se sentía ahora extraordinariamente confiado. Probablemente a mucha gente de París le ocurriría lo mismo cuando se encontraran frente a él. Esto supondría una gran ventaja para su seguridad en el caso de que fuese dictada una orden de detención y se veía forzado a abandonar la capital a toda prisa. Claro que de tener que proceder así eso supondría el fracaso de su misión.

Lo malo era que para hacer las cosas a derechas habría de revelar el hecho de su regreso y tornar a adoptar su antigua identidad, precisamente ante aquellos que estaban más interesados que nadie en encarcelarlo.

De entre éstos, con mucho, el más peligroso era Joseph Fouché.

Fouché era doblemente peligroso porque conocía el nombre real de Roger y su nacionalidad. Entraba en lo posible que hubiera dado traslado de tal información a otras personas después de abandonar Brook París.

Aquel hombre estaba enterado de que Roger era un espía inglés. Por consiguiente, como primera medida a adoptar, antes de intentar nada, Brook tenía que enterarse de si este secreto había trascendido y quiénes lo conocían. Habría de comprar el silencio de Fouché o matarle.

Pasó más de una hora antes de que Roger pudiera divisar la figura alta y delgada de un hombre doblando la esquina en que se hallaba la lámpara. Avanzaba hacia él a grandes pasos, unque sin ruido.

Sabía Brook que varios minutos después se hallaría empeñado

en una lucha a muerte, quizás con aquel individuo, una lucha en la que tendría que poner los cinco sentidos pues Fouché era tan astuto como una serpiente y tan despiadado como una jauría de chacales.

Capítulo XXI

EN LA GUARIDA DEL LEÓN

En el instante en que Fouché se le acercaba Roger deslizó su mano en el bolsillo interior del abrigo, extrayendo de él la menuda pistola. Con anterioridad a aquellos momentos Brook había tenido otra oportunidad de matar a Fouché sin ponerse él en peligro. Tal proceder podía haber sido considerado muy bien un acto de justicia. Tratábase en realidad de la ejecución de un hombre por culpa del cual habían perecido centenares de seres inocentes. Ahora surgía la segunda ocasión … No tenía más que apretar el gatillo de su pistola. El blanco, a aquella distancia, era seguro. Fouché se derrumbaría sobre los redondos y pulidos guijarros con que había sido empedrada la calle, agonizando mientras él se perdía en las sombras de la noche.

Aquel individuo le inspiraba tal odio que los dedos de Roger temblaron al acariciar el arma. Muchos peligros futuros y dificultades quedarían eliminados con sólo una leve presión sobre el gatillo. Pero … Brook se dijo que la muerte de Fouché podía dar lugar a que París se tornara más inseguro para él. Únicamente su enemigo estaba en condiciones de decirle — mediante el engaño o la persuasión —, el alcance del riesgo que correría si descubría su verdadera identidad a los que en otro tiempo fueran sus compañeros.

Sin sospechar la presencia de aquel extraño Fouché se encaminó a la puerta de su casa, que abrió después de introducir una llave en la cerradura. Roger se le acercó silenciosamente y apoyando el doble cañón de su pistola en la espalda del otro dijo serenamente:

— Entra. No hagas ningún ruido. Luego avanza seis pasos y

vuélvete hacia mí. Si haces el menor movimiento o levantas la voz te destrozaré el corazón de un balazo.

Las luces de las ventanas superiores se habían desvanecido durante la espera. Roger, por consiguiente, supuso que *madame* Fouché se habría ido a la cama y dormía profundamente en aquellos momentos. Pero el reducido vestíbulo se hallaba tenuemente iluminado todavía por una vela introducida en una palmatoria de porcelana que se encontraba sobre una mesita lateral. Fouché obedeció sin rechistar, volviéndose finalmente. Entretanto Roger había cerrado la puerta, apoyando la espalda en ésta sin perder un instante de vista a su enemigo.

Fouché contaba entonces treinta y dos años de edad. Hubiera sido difícil hallar en París un hombre de aspecto más repelente. Su faz presentaba un matiz cadavérico, encontrándose coronada por un manojo de rojizos y ralos cabellos. Los ojos le blanqueaban. Parecían los de un pez y resultaban absolutamente inexpresivos. Su nariz era larga y a pesar de sus continuas aspiraciones colgaba de la punta de aquélla permanentemente una gota de agua, pues sufría de catarro crónico. Su alto y huesudo cuerpo hacía pensar en un esqueleto y tenía una apariencia demasiado débil y enfermiza para ser capaz de cualquier esfuerzo. Esto, no obstante, era en él como una celada. En realidad Fouché se hallaba en posesión de una considerable fuerza física. Su mente era una auténtica dínamo de energía, tanto que a menudo trabajaba por espacio de veinticuatro horas seguidas sin el menor descanso.

Para evitar que los demás adivinaran sus pensamientos había adquirido el hábito de no mirar jamás a sus interlocutores a los ojos. Antes de hablar echó un rápido vistazo a Roger, observando lo mismo las frondosas patillas que ocultaban a medias su rostro que sus brillantes botas. Sus pálidos labios se movieron imperceptiblemente para musitar las primeras palabras:

— De modo que nuestro inglés ha regresado, ¿eh?

— ¿Cómo me has reconocido? — inquirió Roger con interés.

— Por tu voz, por las manos, por tus rasgos principales. Cualquiera de esas tres cosas por sí solas me habría facilitado tu identidad. Son detalles elocuentes que procuro observar siempre. También te delata tu manera de conducirte. Di en todo momento por descontado que cuando aparecieras tomarías precauciones, esforzándote por sorprenderme desprevenido.

— ¿Esperabas entonces que volviera a París?

— Naturalmente. A lo largo de los meses pasados me he preguntado en un sinfín de ocasiones por qué se dilataría tu

regreso.

— Me sorprendes, Fouché. Cualquier hombre, en mi caso, se hubiera decidido por mantenerse lo más lejos posible de este nido de víboras.

Fouché se encogió de hombros.

— Siempre y cuando aquél no poseyera tus recursos y tu valor. ¿Y cómo ibas a recoger el fruto de tu último gran *coup?*

— Gracias por el cumplido pero pudiera haber enviado a alguien como sustituto.

— Eso no le va a tu carácter. Eres demasiado vanidoso para creer a alguien capaz de llevar a cabo tu labor. Tú tenías que regresar a París, forzosamente, y una vez aquí lanzarte en busca mía.

La entrevista estaba tomando un giro que Roger no había podido prever. Tras breve reflexión, aquél preguntó:

— ¿Estás entonces dispuesto a hablar conmigo de negocios?

— Desde luego. Con toda seguridad que no has pensado un momento que iba a negarme, procurando tu detención tan pronto te hubieses vuelto de espaldas, ¿verdad? No soy tan estúpido como para tirar piedras sobre mi propio tejado. Guárdate la pistola y entremos en el cuarto de estar. Discutiremos acerca de nuestros mutuos intereses ante un vaso de buen vino.

Roger no necesitaba que nadie le dijera que lo más acertado siempre, tratándose de Fouché, era poner sus palabras en entredicho. Pero es que ahora parecía posible que su formidable enemigo pensara que ganaba más con una alianza temporal con él que con una traición inmediata. Por consiguiente, asintió, abatiendo la pistola.

Cogiendo la palmatoria Fouché le guió hasta una entrada situada al pie de las escaleras, depositando aquélla encima de una mesa en la que se veían varios platos, dejados allí, evidentemente, para él. Mirando a su alrededor, Roger comprobó que el interior de la oscura morada no era mucho mejor que el exterior. Veíase todo limpio y ordenado pero escaseaban los muebles y en algunos puntos los muros aparecían desconchados. Preguntóse qué habría hecho Fouché con el dinero, de censurable procedencia, que acumulara durante la Revolución, suponiendo que aquella pobreza aparente era tan solo una máscara utilizada para protegerse en unos instantes en que el pueblo volvía a agitarse y él podía ser acusado de especulador.

Fouché cogió una botella de vino tinto medio vacía, sacó un vaso del aparador y lo llenó. Los dos hombres se sentaron. El

dueño de la casa no hizo ningún comentario cuando Roger —sabedor de que debía mantenerse en guardia, considerando siempre posible un ataque imprevisto de su interlocutor —, colocó su pistola sobre la mesa, a su lado. Levantando su vaso, Fouché dijo con una desdibujada sonrisa:

— Bien … ¡A la salud del pequeño Capeto! Por que sea la fortuna de nosotros dos.

Roger sabía que el joven Luis XVII ya no podía hacer la fortuna de nadie. Sin embargo, repitió las palabras del brindis y probó el rojo vino de su inesperado anfitrión. A continuación preguntó:

— ¿Cómo crees que se puede barajar el asunto para obtener de él las máximas ventajas?

Las huesudas manos de Fouché se movieron, sin expresar nada concreto.

— A mi entender existen dos formas de desarrollar el juego. De haber llegado tú en las primeras semanas del año hubiéramos podido sacarle al Gobierno una buena suma amenazando con decir a todo el mundo que el niño del Temple no era el hijo de María Antonieta. También existía otra alternativa: vender aquél por una cantidad igualmente elevada a los *émigrés*. Pero desde aquellas fechas ha ocurrido algo que altera enormemente la situación.

Fouché hizo una pausa para sorber un poco de vino. Luego prosiguió diciendo:

— La muerte en junio del chico a quien todos — menos varios de nosotros —, consideraban el joven rey hará al Gobierno más resistente al chantaje. Hallándose uno de los niños enterrado la comparación física de ambos ya no puede realizarse. La gente creerá que se ha producido una *falsificación*. Ese factor perjudica también nuestras posibilidades de vendérselo a los *émigrés*. El conde de Provenza, que se ha proclamado rey, no acogerá con agrado la *resurrección* de su sobrino y lo más seguro es que decida que todo es una patraña … aunque interiormente piense de otra manera.

— ¿Qué sugieres tú entonces? — inquirió Roger.

— No sé si tu llegada a París en estos momentos es consecuencia de una visión excelente o pura casualidad. Pero la verdad es que no habrías podido presentarte aquí con más oportunidad. Es seguro que dentro de varios días alguien intentará en París un *coup d'état*. A menos que el destino introduzca en el juego un factor imprevisto existen muchas razones para creer que el movimiento triunfará. Barras y los suyos serán barridos y los

supuestos moderados se elevarán triunfantes. Ten en cuenta que estos últimos no son lo que se dicen realmente sino reaccionarios, pues casi todos ellos abrigan enormes simpatías por la Monarquía. Gran parte del país les sigue.

Otra pausa de Fouché y un nuevo sorbo de vino.

— Hay mucha gente en París que llegó a ver al pequeño Capeto auténtico cuando era todavía un prisionero en el Temple. Dado el espíritu de la nación en estos instantes, consumado el *coup d'état*, aquélla jurará que el niño que puedas mostrar es él. A mi entender todo lo que nosotros hemos de hacer se reduce a ganarnos la confianza de unos cuantos hombres de influencia, presentando el niño al nuevo Gobierno en el momento oportuno. Habiendo asegurado su persona ya no estarán en peligro de perder sus puestos ante una avalancha de *émigrés* y si forman un Consejo de Regencia reinarán en su nombre. Los príncipes borbónicos declararán al principio que todo es un fraude pero más tarde se avendrán a razones y probablemente les será permitido regresar. Sea cual sea la línea de conducta que adopten sus reacciones no nos afectarán, en absoluto. Tú y yo seremos los hombres que instalaron en su trono al joven rey y de las manos de éste recibiremos la recompensa. Las perspectivas son magníficas para nosotros: quizás nos transformemos en los hombres más poderosos del país. ¿Qué dices a esto?

Roger sabía desde mucho tiempo atrás que Fouché se hallaba en posesión de una inteligencia nada común. No obstante, la simplicidad y astucia del complot suscitaron su admiración. Haciendo al nuevo Gobierno el presente del muchacho todas las dificultades y peligros que implicaba la maniobra del chantaje quedaban automáticamente eliminadas. Las perspectivas de obtener grandes recompensas eran infinitamente mejores que las derivadas de las negociaciones con los príncipes, que se harían interminables, para acabar en el fallo o la traición. Los hombres que ocuparían el poder siete días después verían infaliblemente cuán grandes ventajas les ofrecía la Restauración, ya que, como miembros de un Consejo de Regencia, sus posiciones cobrarían extraordinaria solidez. Además, dando lugar a una Restauración por aquella vía, en vez de tener que discutir cláusula por cláusula de la nueva Constitución con los *émigrés*, podían dictar una que abarcara las doctrinas liberales en que creían.

Aún convencido de que en cierta etapa de la conspiración Fouché haría cuanto estuviera en su mano para llevarse la parte del león a la hora del triunfo, Roger sintió la tentación de

asociarse con aquél. Pero … Había que descartar aquello ya que el eslabón de oro de la cadena, el que podía haber hecho posible el complot, no existía.

— El plan es magnífico. Sin embargo, hay en él algo que me sorprende. Nunca pensé oírte hablar de una Restauración …

Fouché alzó los hombros, en gesto de despreocupación.

— Los tiempos cambian. Ha llegado a su fin la época en que los políticos podían obtener una regular remuneración salvando ciertas cabezas. Cuento con una esposa y un hijo y debo mirar por ellos. Paso algunos apuros y soy objeto de persecución por parte de los moderados. Ésta es una oportunidad que se me presenta de arreglar mis cosas definitivamente y asegurar mi futuro. ¿No fue el rey protestante *Henri Quatre* quien dijo que «París bien vale una misa»? Pues bien … Besar la mano de ese repugnante joven no me parece un precio demasiado elevado si a cambio de tal gesto he de conseguir la cartera de ministro y la Orden de San Luis.

Roger le creía. Fouché había abjurado más de una vez de sus convicciones políticas, traicionando a los que le encumbraran.

Brook manifestó prudentemente:

— No es la primera vez que un hombre se ve obligado a sacrificar sus convicciones personales en bien de los que de él dependen. Pero, dime: ¿Por qué sugieres la entrada en nuestro círculo de otras personas? A mí eso no me parece necesario ni juicioso.

— Aquel que reconoce su propia debilidad es un hombre sabio — replicó Fouché con una amarga sonrisa —. Yo, desde el punto de vista político, en estos momentos, soy tan endeble como un recién nacido. Desde la pasada primavera, en que fue permitido a los diputados girondinos el regreso a la Cámara, mi posición ha sido muy delicada. Se niegan a creer que fuera Collot y no yo el responsable principal de las matanzas de Lyon, aunque ha podido probarse que yo puse el punto final a aquéllas tan pronto me atreví y a todo esto arriesgándome. La agitación contra mí llegó al colmo hace ocho semanas. Boissy d'Anglas me denunció ante la Cámara, en compañía de otros, siendo decretado nuestro arresto.

Fouché se sonó y después de volver a llenar el vaso de Roger prosiguió diciendo:

— Afortunadamente, habiendo estado en el secreto de tantos hechos, logré persuadir a varias personas de gran influencia, a las que demostré que no era conveniente a sus intereses que yo fuese a parar a una prisión. En consecuencia, la orden no fue cumplimentada. Luego, hace diez días, al promulgarse la nueva

Constitución, se concedió una amnistía que afectaba a todos aquellos detenidos para responder de cargos semejantes a los que habían sido formulados contra mí. La orden, pues, ha quedado anulada, ha perdido vigencia. No obstante, mis enemigos han logrado labrar mi ruina. En efecto, al mismo tiempo que la amnistía fue aprobada una disposición señalando que los que se beneficiaran con aquel perdón no podrían ser elegidos para la nueva Asamblea. Por tanto he perdido el acta de diputado. Ahora, por este *coup* busco la colaboración de otras personas en quienes los prohombres de mañana depositarán su confianza.

Oyendo a Fouché, Roger se dijo que resultaba sorprendente que aquél hubiera escapado a la suerte que corriera Carrier y otros jefes seguidores de Robespierre. Pero, con todo, Brook no había esperado encontrarle reducido a tan radical impotencia. Indudablemente, si lograba continuar en libertad no permanecería en las sombras mucho tiempo. Y ello gracias a su inteligencia. Extraordinariamente interesado, Roger le preguntó quiénes, a su juicio, eran los hombres más prometedores con respecto al asunto que estaban tratando.

— Fréron es uno de ellos — respondió Fouché en el acto.

Roger enarcó las cejas, asombrado.

— Recordando el trato que dispensó a los antirrevolucionarios en Tolón, tras la evacuación de esta ciudad por los aliados, yo me lo habría imaginado en las mismas condiciones que tú actualmente.

— Lleva camino de superar esa etapa debido a que ha actuado con gran astucia. En cuanto fue restablecida la libertad de prensa comenzó a publicar un periódico llamado *L'Orateur du Peuple*. Éste hace ya más de un año que sale a la calle y mes tras mes se ha caracterizado por su carácter reaccionario. Ahora Fréron es el ídolo de la *jeunesse dorée* y ejerce una gran influencia sobre todos los miembros de la Cámara que se inclinan hacia la derecha.

— He ahí un modo inteligente de emboscarse. ¿Quién hay más?

— Tallien.

— ¿Qué? ¿También ese viejo lobo ha sabido procurarse una piel de cordero?

Fouché torció el gesto.

— Desde luego, pero aquélla está empapada de sangre. Por lo tanto aceptará en seguida nuestra propuesta de lavarla en la bañera real a que pensamos darle acceso.

— No acierto a comprenderte. Ni a ti ni a ninguna de esa

gente.

— ¿Te enteraste del papel que representó en el episodio de Quiberon?

— No. Apenas he hablado con nadie desde mi regreso a Francia.

— Bien. Te acordarás de que en el 94, pese al incendio de muchas villas y a la ferocidad desplegada, las *colonnes infernales* del general Turreau no lograron contener las revueltas de La Vendée. Tras la caída de Robespierre el general Hoche fue enviado allí para sustituir a su compañero de armas. Hoche no es sólo un bravo soldado sino también un diplomático. En lugar de fusilar a todos los prisioneros que hizo los trató humanamente, recomendando luego una amnistía general. Ésta es la razón de que después del fracaso del desembarco de Quiberon los *émigrés* procedentes de Inglaterra se rindieran a él en vez de continuar luchando y vender caras sus vidas. Esperaban ser tratados como prisioneros de guerra. Pero Tallien fue enviado como *Représentant en Mission* desde París para encargarse de aquel asunto y a despecho de las gestiones de Hoche mandó fusilar a todos los *émigrés* de cuna … Unos seiscientos doce, en total …

Roger hizo un esfuerzo para no delatar el horror que le inspiraba tan salvaje «hazaña».

— ¿Quién diablos le empujó a cometer semejante atropello cuando hacía más de un año que la guillotina no había vuelto a ser utilizada más que para decapitar a varios robespierristas, cuando millares de monárquicos estaban siendo puestos en libertad?

— ¡Ah! Ésa es toda una historia — repuso Fouché —. Yo sabía, al igual que otros, que antes de la intentona de Quiberon él había establecido en secreto negociaciones con los realistas. Pero fue traicionado. Habiéndose enterado a tiempo su esposa, le pasó recado. Tallien se hallaba entonces en Inglaterra. Aquél, a su regreso a París, necesitaba acallar a sus acusadores por todos los medios, presentarles como unos calumniadores, con lo cual demostraría su incorruptible patriotismo. He aquí por qué ordenó pasar por las armas a aquellos seiscientos doce desgraciados.

— Entonces actualmente no debe poder pegar un ojo por las noches pensando en la suerte que le espera de triunfar el *coup d'état* que preparan los moderados.

— Por supuesto. Y solamente nosotros estamos en condiciones de salvarle. Por tal motivo no se detendrá ante nada si solicitamos su ayuda. Además, al conquistarle a él nos ganamos la adhesión de su esposa, esa inteligente bruja de la aristocracia que a lo largo del

pasado año se ha convertido en la mujer más poderosa de París.

— ¿A quién más te propones sondear con la idea de que se una a nosotros?

— Hay que pensárselo bien. Sólo necesitamos dos o tres elementos más. Con tal de que todos seamos resueltos, un grupo de seis, incluidos nosotros dos, será suficiente para alcanzar el objetivo propuesto. Hablemos de ti ahora, Brook. ¿Cómo piensas explicar tu larga ausencia de París? Habrás de afeitarte y poder ir abiertamente de un lado para otro, como antes …

Finalmente había surgido la cuestión que había llevado a Roger a aquel sitio, traída a colación, ciertamente, por el propio Fouché.

— Eso depende de si divulgaste o no el hecho de mi desaparición, con el consiguiente motivo. Si le dijiste a Paul Barras y a otros la verdad no tengo más remedio que continuar escondiéndome.

Fouché hizo un ademán de impaciencia.

— Todo secreto tiene un valor. Solamente un necio es capaz de facilitar a otra persona una información que más adelante puede reportarle una ventaja. Y éste era de los secretos que valían una fortuna. Pensé en la posibilidad de que tú entregaras al chico a William Pitt, si bien eso habría sido una estupidez, ya que, en el mejor de los casos, lo más que hubieras logrado podríamos fijarlo en varios miles de guineas y el derecho a llamarte *sir* Brook. Pensé que lo más probable era que lo hubieses ocultado hasta que juzgaras llegado el momento de ofrecérselo al Gobierno francés por lo que verdaderamente valía. Sabiendo que eras un agente inglés daba por descontado que no te atreverías a venir aquí y acercarte a alguien sin antes comprar mi silencio. Esto significaba que tendrías que partir conmigo lo que te diesen por el niño.

— Debes haber tenido que dar algunas explicaciones sobre lo que ocurrió entre nosotros en el Temple.

— Por supuesto. Pero tú, yo y Barras éramos las únicas personas que en aquellos momentos sabíamos que el niño del Temple no era el pequeño Capeto. Así pues, sólo necesité inventar una historia que satisfaciera a Barras. Dije que mientras nos hallábamos allí localizamos una pista que nos habría permitido conocer el paradero del Capeto auténtico. Luego expliqué que habíamos discutido violentamente al tratar de decidir cuál de los dos debía quedarse para impedir que los carceleros vieran al sustituto y a quién correspondería el honor de sacar al verdadero Capeto del escondite. Añadí que tú habías ganado en la porfía, encerrándome, y que tan pronto fui libertado por la mañana salí

en tu busca, con la esperanza de alcanzarte. Afirmé que habías logrado llegar a la granja del Jura, donde se encontraba el niño, antes que yo, pero que los protectores de aquél habían sabido burlarte, escapándose con la criatura. Éstos habían huido hacia la frontera suiza, marchándote tú tras ellos. Al arribar al lago Ginebra yo perdí tu pista y la de tus perseguidos. Terminé declarando que en mi opinión continuabas buscándolos con el fin de apoderarte del chico, pese a encontrarse en suelo extranjero, y regresar con él.

En los labios de Roger flotó una sonrisa.

— Debo calificar la explicación de ingeniosa, ciertamente. ¿Y qué les dijiste a los guardianes del Temple cuando a la mañana siguiente, tras mi huida, forzaron la puerta para entrar, encontrándote tendido en el suelo, convenientemente amarrado?

— Simplemente: que por culpa de una discusión que se había ido enconando llegamos a las manos. Luego tú decidiste vengarte dejándome allí atado — con voz un tanto áspera Fouché añadió —: La noche que pasé distó mucho de ser confortable, desde luego, pero al menos dispuse de tiempo suficiente para pensar en lo que tenía que decir a los guardianes cuando me encontraran y, con vistas al futuro, idear una historia para Barras si tú lograbas huir con el niño. A propósito, ¿qué hiciste con él?

— Como tú sabes, la criatura había sido maltratada despiadadamente, hasta el punto de que parecía un idiota. Habían hecho lo indecible para convencerle de que aquello de que él era el hijo de Luis XVI era una simple ilusión. Sin embargo, el chiquillo podía valerse todavía de sus manos. Trabajó como aprendiz de zapatero con el ciudadano Simón y a mi regreso a Londres le coloqué con otro patrono del mismo oficio, el cual vive en una tranquila barriada llamada Camden Town.

Fouché aceptó la mentira de Roger sin hacer ningún comentario. Seguidamente, preguntó:

— ¿Te lo has traído contigo?

— No. Primero quise reconocer el terreno que íbamos a pisar.

— Una medida prudente. Ahora bien, me figuro que serás capaz de hacerle aparecer en escena con bastante rapidez si es preciso.

— Sí. No obstante habrá que dejarlo arreglado todo previamente.

— Conforme. Y no abrigo la menor intención de referir nada de esto a ningún hombre hasta que el *coup détat* sea un hecho.

Roger asintió.

— Precisamente me disponía a decirte que hay que adoptar todo género de precauciones.

Fouché permaneció en actitud reflexiva unos segundos.

— Naturalmente — dijo luego —, existe siempre la posibilidad de que debido a cualquier factor imprevisto el *coup d'état* fracase. Pero aún en este caso no pasará mucho tiempo sin que se nos presente una ocasión de utilizar el chico tal como nosotros hemos planeado.

— No hay más que echar un vistazo al panorama político nacional para dar eso por seguro — convino Roger —. Y habiendo esperado tantos meses para intentar este gran *coup* no me costará mucho trabajo seguir aguardando algún tiempo más.

Fouché hizo una desagradable mueca.

— No lo dudo. Pero mi situación es distinta: me estoy quedando sin dinero.

— ¡Hombre! Me sorprendes, a decir verdad. ¿Qué has hecho con las enjoyadas cruces, los cálices y copones que sacaste de las iglesias cuando desempeñabas el cargo de procónsul en la Convención de Nevers? No puedes haberte gastado ya el dinero que obtuviste a cambio de esos objetos. Bueno … quizás los hayas enterrado en alguna parte y creas que constituye un peligro demasiado grande sacarlos de su escondite para intentar venderlos.

Con una nerviosa aspiración nasal, Fouché movió la cabeza:

— Con respecto a este episodio, tú, al igual que muchos otros, te encuentras en un error. Te juro que envié todos los objetos hallados en las iglesias y ciertas casas particulares a la Convención, con el propósito de que ésta los convirtiera en dinero, con el cual pagar a nuestros soldados. La plantación que mi familia poseía en las Indias Occidentales fue incendiada y saqueada por los esclavos. No volví a recibir un céntimo de allí y la pequeña fortuna de mi esposa se esfumó en un par de quiebras bancarias. En la actualidad, viéndome privado de mi sueldo de diputado no sé cómo voy a mantener a mi familia, cómo evitaremos el morirnos de hambre … He pensado que tú, quizás, ahora que somos socios, que participamos en la misma aventura … ¿No podrías prestarme algún dinero?

Roger no disponía de medios para saber si aquella especie de cadáver viviente que tenía delante de él pasaba o no apuros o, sencillamente, representaba un papel, con la esperanza de lograr algo a cambio de nada. Había llegado allí dispuesto a ofrecer a Fouché una fuerte suma si éste procedimiento de soborno

contribuía a la realización de sus particulares fines. Con tal objeto llevaba varias bolsas de oro distribuidas entre sus bolsillos. Decidió que valía la pena separarse de una. En tal caso, si Fouché se hallaba de veras tan apurado de dinero, seguiría siéndole fiel, animado por la perspectiva de lograr más. Roger se puso en pie al tiempo que depositaba sobre la mesa una pequeña bolsa de seda, diciendo:

— Aquí tienes cien *louis*. Este dinero te evitará que pases necesidades — y sabiendo que el que da de buen grado parece dar dos veces, agregó —: Tuyo es.

Fouché también se levantó. Ni siquiera ahora se advertía en sus ojos, de sombría expresión, un destello de complacencia. Pero en cambio su voz habíase tornado más cálida, como si denunciara su gratitud. Al coger la bolsa hizo tintinear las monedas que contenía.

— No olvidaré esto. Significa mucho para mí. Día llegará, quizás, en que te pague este gesto tuyo con un servicio que no podrías comprar con diez veces esta suma.

Correspondiendo a las palabras de Fouché con una diplomática sonrisa de reconocimiento, Roger manifestó:

— Otra cosa. Aparte de Barras debió haber otras personas que se interesaran por conocer la causa de mi desaparición. ¿Cómo resolvisteis este problema?

— Barras y yo nos sentíamos preocupados ante la idea de que alguien pudiera poner en circulación un rumor por el que se afirmara que el niño del Temple no era el rey. Así pues, lo último que deseábamos era dar a la gente motivos para que supusiera que tú habías salido de París en persecución del auténtico Capeto. Los dos dijimos que habías sido encargado de una misión secreta.

Esto era lo que Roger había querido saber. Guardándose la pistola se dispuso a marcharse. Ya en la puerta de la casa Fouché le preguntó con naturalidad:

— ¿Dónde podré ponerme en contacto contigo?

Desplegando una astucia semejante a la de Fouché, con objeto de mantenerse a tono, Roger replicó:

— De momento creo que lo más prudente es no parar dos noches seguidas en el mismo sitio y desaparecer de cada uno de ellos sin dejar ni las señas. Por tanto, no me es posible facilitarte ninguna dirección. Pero tan pronto como los acontecimientos tomen un giro favorable para nuestro plan ya te buscaré.

Mientras Roger avanzaba por las sombrías calles se dijo que en aquellos instantes era muy probable que Fouché se hubiese encaminado a la comisaría de policía más próxima a su casa para

traicionarle, entregando a los agentes una descripción detallada de él con su nuevo aspecto. El ex terrorista era muy capaz de haber estado representando una comedia desde el principio al final de su larga entrevista. Por otra parte Roger le había inducido a creer que obtendría una buena recompensa si sabía callar. Si por espontáneo convencimiento había guardado silencio hasta aquel momento había que suponer, lógicamente, que continuaría observando tal norma de conducta tras la conversación.

Brook estaba convencido de que Fouché le había dicho la verdad. Consecuentemente, las circunstancias le favorecían. Si las explicaciones dadas acerca de su desaparición habían sido creídas podía presentarse impunemente de nuevo en París como el *Ciudadano Comisionado Breuc*.

Un obstáculo, y de los más difíciles, tenía que salvar todavía. Habría de dar una justificación a Barras en relación con su larga ausencia y relatarle lo que sucediera con el pequeño Capeto. Si salía airoso de la prueba tendría las manos libres para formar la camarilla secreta que había de colaborar con Pichegru en el asunto de la Restauración.

Con Barras había de extremar sus precauciones. Una leve sugerencia a aquél sobre su plan podía significar el arresto inmediato. Y sin embargo tenía que captarse de un modo u otro su confianza, ya que de lo contrario su aparente éxito con Fouché no le serviría de nada. Barras, además, era demasiado rico para pensar en el soborno y excesivamente bravo para dejarse intimidar. A diferencia de Fouché, continuaba siendo uno de los hombres más poderosos de Francia. Su acercamiento a él, pues, constituía una empresa erizada de peligros.

Tras cruzar de nuevo el Sena, a pesar de lo avanzado de la hora, Roger advirtió todavía cierta agitación en los distritos centrales de la ciudad. Entrando en conversación con un grupo que se hallaba apostado en una esquina se enteró de que los electores de la Sección Lepelletier, causantes de aquel nerviosismo general, habían celebrado un mitin en el Théâtre Français y que en el transcurso de aquellas horas la Place de l'Odeon, enfrente del mismo, se había ido llenando de simpatizantes procedentes de otras Secciones. Alarmada, la Convención había promulgado un decreto urgente declarando el mitin ilegal, ordenándosele a la policía y a los dragones que fueran dispersados los concurrentes. Los organizadores de la reunión aprobaron una resolución en la que se declaraba que la Convención había dejado de representar al pueblo soberano.

A la mañana siguiente, Roger, para quien en el establo de *La Belle Etoile* había sido ensillado un caballo, abandonó la ciudad para dirigirse a la simpática villa de Passy. Prácticamente, era el propietario de una encantadora casita allí, pues su amigo M. de Talleyrand-Périgord, el astuto obispo de Autun, se la había cedido con todo su contenido cuando huyera de París, a fin de impedir que su propiedad fuera vendida por los revolucionarios al ser clasificado entre los *émigrés*. Roger había usado la finca en numerosas ocasiones, como escondite seguro, decidiendo posteriormente confiar su cuidado a un matrimonio apellidado Velot. Él había sido en otro tiempo mayordomo de Talleyrand y ella cocinera. Brook les había dejado también dinero suficiente la última vez que les viera para atender a los gastos inevitables que se les presentaran hasta el regreso del dueño o de él mismo.

Halló a Antoine Velot trabajando en el jardín. Roger experimentó una gran alegría pues siempre había sentido un gran afecto por aquel viejo. Marie Velot volvió al poco tiempo de efectuar unas compras en el poblado próximo. Los dos dispensaron a Roger una cordial acogida. Sabedores de que jamás acostumbraba anunciar su llegada habían tenido preparado en todo momento a lo largo de los meses pasados el mejor dormitorio de la casa. El matrimonio expresó sus esperanzas de que Brook se dispusiera a pasar allí una buena temporada.

Roger les anunció que quizás volviera a hora avanzada aquella misma noche o a la siguiente. Por si no sucedía así les entregó una cantidad de dinero que bastaría para cubrir los gastos que se les presentaran por espacio de un año cuando menos. Los Velot le obsequiaron con una excelente comida. Luego Roger regresó a París, aproximándose al centro de la capital al atardecer.

En aquellos momentos oyó en diversos puntos rumor de tambores. Esto podía ser tomado como una indicación de que la Guardia Nacional estaba siendo convocada en sus diferentes cuarteles. El trabajo se había interrumpido en todas partes y por las calles avanzaban grupos de gentes portadores de banderas, gritando continuamente: «¡Abajo los “Dos Tercios”!» y «¡Acabemos con los tiranos de la Convención!» Entre los manifestantes había una gran proporción de hombres bien vestidos. Muchos de ellos llevaban casacas grises, cuellos negros y corbatas verdes, mostrando así abiertamente los colores adoptados por los realistas, en tanto que otros, tocados con gorros de lana, se presentaban al público como los *chouans* bretones, que habían sido introducidos en París para colaborar en el levantamiento.

Al llegar a *La Belle Etoile* Roger llamó a *mâitre* Blanchard, quien era siempre una buena fuente de información debido a sus numerosos clientes, enterándose de los rumores puestos en circulación últimamente.

La Convención se había declarado en sesión permanente. Decíase que había llamado al general Menou, jefe del ejército del Interior, con el propósito de que acudiera con las tropas acampadas en Sablons. Hasta aquel instante sólo había contado con los mil quinientos soldados que componían su guardia especial. Para reforzar su protección había sido aprobada una medida de urgencia, permitiendo el rearme de los «patriotas» ya que el de los *sans-culottes* era condicionado. Las armas que les habían sido arrebatadas a aquéllos tras la represión de los disturbios del mes de mayo anterior habían vuelto a manos de muchos centenares de personas por la mañana.

Por otra parte, este rearme oficial de las multitudes había sido presentado por las Secciones como una excusa para eliminar a la Guardia Nacional, integrada principalmente por ciudadanos de clase media y anticonvencionalistas de corazón. Nueve Secciones se habían declarado ya en rebeldía e invitaban a las demás a unírseles en la tarea de mantener la seguridad pública, según ellas amenazada ahora por los terroristas.

Por la noche llegó el general Menou a la ciudad, pero al frente de una reducida columna de soldados. Esto, unido al hecho de que de haber obedecido la orden de la Convención inmediatamente hubiera podido hacer acto de presencia en la capital al mediodía, fue para Roger una clara indicación de tibieza.

Menou era el general que había sofocado el alzamiento de los *sans-culottes* en el mes de mayo, habiéndose conducido entonces con evidente energía. Ahora se le requería para hacer lo contrario, Asegurábase que simpatizaba con los monárquicos y era cierto que contaba con muchos amigos entre los jefes de las Secciones. No podía esperarse, pues, de él, que utilizara la fuerza, excepto en un caso extremo. Su tardía llegada hacía pensar incluso en que se hubiera aliado con las Secciones.

Roger se preguntó hasta qué punto afectaría el desarrollo de aquella crisis, muy rápido, a sus propios asuntos. Había confiado en que se retrasara unos días. De este modo hubiera dispuesto de una oportunidad de ver a Barras privadamente, en la casa del mismo. Ahora esto se le antojaba muy improbable. En efecto, la Convención se hallaba reunida en sesión permanente y también el

Comité de Seguridad Pública y lo más seguro era que Barras estuviese en un sitio u otro …

Con todo, se imponía que viera a Barras antes de que se produjese el estallido. Durante el último levantamiento la multitud había penetrado violentamente en la Cámara, matando a un diputado llamado Féraud. Después de cortarle la cabeza habían clavado ésta en la punta de un palo, poniéndosela delante a Boissy d'Anglas, quien había estado ocupando la tribuna. Barras podía correr aquella noche una suerte similar a la de Féraud. De ocurrir esto a Roger le sería imposible seguir adelante con sus planes, debido al gran peligro que suponía asumir de nuevo su antigua identidad sin saber a ciencia cierta cuántas personas conocían el motivo real de su huida de Francia. Solamente a través de Barras podía enterarse de si Fouché le había dicho la verdad o le había mentido para que se descubriera a sí mismo y fuera detenido inmediatamente.

A las nueve decidió desafiar el peligro dirigiéndose a la Convención. Aquél no era pequeño pues si Barras demostraba ser un enemigo le sería difícil escapar hallándose dentro de un vestíbulo atestado de público o de un despacho, a no mucha distancia de los guardias encargados de la custodia del edificio. Todo lo que Roger podía hacer era adoptar las precauciones que ya había planeado: ponerse el uniforme *émigré*, que ocultaría bajo la capa, e ir allí montado a caballo. Si se veía precisado siempre dispondría de su montura para distanciarse de sus perseguidores.

Poco después de las diez se apeaba en las Tullerías. Tras dejar amarrado su caballo a un poste se adentró en el vestíbulo que conducía al *hall* de la Asamblea, donde encontró una gran aglomeración. Circulaban muchos rumores. Sabíase que las tropas del general Menou habían rodeado el convento de las Hijas de Santo Tomás, residencia de la Sección Lepelletier. En aquellos momentos se hallaba parlamentando con el enemigo.

Al preguntar por Barras, Roger se enteró, con gran asombro por su parte y no poca alegría, de que habiendo pasado todo el día en la Convención se había marchado a su casa a cenar. Una vez hubo averiguado sus señas Brook echó a correr hacia la calle, lanzando su caballo al galope donde le fue posible, rezando por que Dios le deparara la oportunidad de coger a Barras en su domicilio, antes de que volviera a salir de éste para reanudar sus tareas.

La casa era una de las más grandes de la rue de Grenelle. Al llegar Roger allí divisó ante la puerta un carruaje que esperaba. Cuando estaba atando su montura aquélla se abrió. Distinguió en

el iluminado portal por un instante las figuras de un hombre y una mujer. Roger identificó inmediatamente aquellos anchos hombros, el erguido cuerpo: tratábase de Barras. La mujer iba elegantemente vestida y poseía una ondeante silueta.

Mientras Barras descendía a su lado por la escalinata Roger vio que aquélla contaría unos treinta años de edad, hallándose en posesión de una tez oscura y de unos cabellos color castaño. Era muy bella. Brook esperó hasta el momento en que su antiguo amigo la hubo acomodado en el vehículo. Minutos después, cuando Barras se disponía a entrar nuevamente en la casa Roger hizo un esfuerzo, echando a andar hacia él. Visitar a Fouché equivalía a introducirse en un nido de víboras; entrar en el domicilio de Barras valía tanto como meterse en la guarida del león. Listo para retroceder de un salto, Roger dijo en voz alta y tono animoso:

— Buenas noches, ciudadano Barras. Me alegro de ver que no has perdido tu peculiar buen gusto por lo que al bello sexo se retiere.

— ¿Quién diablos eres tú? — gruñó Barras.

Roger se echó a reír.

— No es de extrañar que no me reconozcas. Y sin embargo soy un viejo amigo tuyo: el ciudadano Breuc.

Acababa de tirar la piedra. Roger aguardó la respuesta de Barras angustiado. Le pareció que transcurría un siglo … No obstante, todo fue cuestión de segundos. A la incierta luz de la calle aquél le miró fijamente para acabar exclamando:

— *Ventre du Pape!* No, no me equivoco … ¿Dónde has andado metido hasta ahora?

Roger volvió a respirar. En la voz de Barras no había el acento de hostilidad que había temido descubrir sino una cálida nota de complacencia.

— Ésa es una larga historia. Ahora bien, si me invitas a pasar te la contaré en pocas palabras.

— Entra, querido, entra. Bienvenido a mi casa.

Barras le pasó un brazo por los hombros y los dos subieron los pocos peldaños que les separaban de la puerta.

Ya en el iluminado vestíbulo Roger pudo observar mejor a su amigo. Ofrecía su magnífico aspecto de siempre. Aquella nariz grande y el saliente mentón proclamaban la energía de su carácter, subrayado por una boca sensual, de gruesos labios, por unos brillantes ojos que proclamaban sus ilimitadas ansias de goce.

Como ex conde y oficial del antiguo Ejército Real tenía las desenvueltas maneras y la apariencia del aristócrata nato que ha ejercido mucho tiempo el duro oficio de soldado.

— No has cambiado mucho — declaró Roger con una sonrisa —. Ni en lo físico ni en tu devoción por las damas. Esa mujer no tenía nada de vulgar.

Barras sonrió también al contestar:

— ¡Oh! Es una pequeña protegida por mí y amiga de *madame* Tallien. Se llama Josephine de Beauharnais. Indudablemente, te acordarás de su esposo, el general, cuya cabeza mandaron cortar varios de nuestros viejos amigos. Es una viuda endiabladamente atractiva.

Roger estuvo a punto de exclamar: «¡Cómo! En la isla de Martinica tuve ocasión de conocer a sus parientes …» Logró contenerse a tiempo. El corazón latió aceleradamente dentro de su pecho hasta el momento de recobrarse, en que contestó:

— Me sorprende que estando las calles de París como están dediques tu tiempo a galanteos.

Barras se encogió de hombros.

— Hace varios días concertamos una cita para cenar juntos, *à deux*, y Josephine es un bocado demasiado exquisito para dejarla a un lado. En cuanto a la agitación que reina en las calles de París debo decirte que se necesita algo más serio para apartarme de mis placeres. Si mi destino señala que he de morir antes de mañana lo mismo me da que la muerte me sorprenda aquí, en mi casa, tras una cena compartida con una bella mujer, que caer sin vida sobre el sucio suelo de la sala de la Convención. Pero cuéntame algo de ti … ¿Y el pequeño Capeto?

— Fouché te contó sin duda nuestra estúpida riña en el Temple. Te referiría las circunstancias de mi partida una vez dimos con la pista de su paradero. Varios realistas le habían escondido en una granja situada junto al Jura. Resultaron ser demasiados para mí solo y lograron escapar. Crucé la frontera suiza en su seguimiento pero ya fuera de Francia no me asistía ningún derecho en lo concerniente a la posesión del niño, del que no podía apoderarme abiertamente. Me dediqué a espiar los movimientos del grupo, confiando en que se me presentara alguna oportunidad de apoderarme del pequeño. Tras una breve estancia en Ginebra aquella gente se lo llevó a Inglaterra. Sabedor de la importancia que tenía para nosotros ese chiquillo continué sin perderles de vista, yendo a parar a una casa de campo de Hampshire. Aquí la criatura contrajo la difteria, falleciendo a los

pocos días.

— ¿De veras? Bueno. Nos hemos evitado una preocupación. Aunque no podía habernos puesto en ningún aprieto por el hecho de habernos permitido la desaparición del otro niño declararle muerto oficialmente. Pero, ¿por qué no regresaste entonces?

Ahora Roger comenzó a contar la historia que había preparado.

— Me introduje en una embarcación contrabandista pero tuve la desgracia de ser capturado. Como mi nombre es conocido en Inglaterra como supuesto terrorista y no me era posible justificar mi presencia, creyendo ser mejor tratado haciéndome pasar por soldado di un nombre falso, alegando que era un prisionero de guerra huido. Por tal motivo me enviaron a una prisión que se encuentra en la isla de Wight. Intenté escaparme tres veces, fracasando. Pero el verano pasado hallé una oportunidad para regresar a Francia. Habían solicitado voluntarios dispuestos a renunciar a la República, sirviendo como soldados en las filas del ejército realista.

»Durante varias semanas tuve que someterme a un entrenamiento riguroso. Circuló el rumor de que se estaba preparando la fuerza expedicionaria de Quiberon. Esperaba ser enviado allí. Una vez en Bretaña no me sería difícil desertar. Pero mi batallón no fue enviado con las primeras columnas y cuando se supo que los desembarcos habían sido un fracaso se suspendió la operación. Tuve que armarme de paciencia y continuar allí hasta hace seis semanas, en que fuimos trasladados a Hannover, con objeto de incorporarnos al ejército del príncipe de Condé, en el Rin. Como ya puedes imaginarte, no pasé en aquel lugar ni una noche. Robé un caballo y me vine para acá. Sólo hace dos horas que estoy aquí y sin detenerme siquiera a tomar un bocado he venido en busca tuya.

Al dar fin Roger al dramático relato de sus falsas aventuras entreabrió la capa, diciendo:

— Fíjate. ¿Habías tenido ocasión de ver antes de ahora el uniforme de un *émigré*? Esos pobres diablos disponen solamente de los desechos de los austríacos, a cuyas prendas cosen insignias especiales. Yo es que al emprender el camino de París no tenía otras ropas.

Barras soltó una carcajada.

— ¡Qué momentos más terribles tienes que haber pasado, amigo mío, llevado de tu celo por servir a la República! Pero … Debes estar muerto de hambre. Vamos al comedor. Mi gente te

servirá en seguida lo que te apetezca, sólido o líquido.

Roger pudo respirar a sus anchas por fin. Fouché no había mentido y el jovial Barras se había tragado la historia.

En el momento en que se separaban de la puerta oyeron unos fuertes golpes en ésta.

Barras se hallaba con posesión de un valor nada común. Era hombre que no se inmutaba fácilmente, aún en el caso de que en la entrada se hubiese encontrado en aquellos instantes una multitud pidiendo a gritos su cabeza. No llamó a ninguno de sus servidores para que abriera la puerta. Sin vacilar un segundo la abrió él mismo. Frente a él vio dos oficiales de la Guardia de la Convención. Uno de ellos manifestó jadeando:

— ¡El general Menou nos ha traicionado! Ha apostado a sus hombres en varias calles cercanas a las Hijas de Santo Tomás. Las casas de las mismas se encuentran atestadas de guardias nacionales, quienes dominan todas las ventanas elevadas. Nuestras tropas han caído en una trampa. Sólo con que levanten el dedo serán aniquiladas.

Poniendo en manos de Barras un despacho, el oficial prosiguió diciendo:

— La Convención me ha encargado que os entregue este documento. Se os ruega que en este terrible trance os pongáis al frente de todos. Habéis sido nombrado comandante general de París.

El otro oficial asintió, declarando:

— ¡Sois nuestra única esperanza! No disponemos más que de cinco batallones y un puñado de indisciplinados patriotas. Treinta y nueve de las cuarenta secciones de París se han puesto al lado de los sublevados. En estos momentos el enemigo cuenta con cerca de cuarenta mil guardias nacionales. Somos, pues, muy inferiores a ellos en número. El 9 termidor, como comandante general, salvasteis a la República. Sois el único hombre capaz de repetir aquella hazaña.

Riendo, Barras se guardó el documento.

— ¡Sea! — exclamó —. Daré una lección a esos miserables o pereceré en la empresa.

Inmediatamente se volvió hacia Roger, dándole una palmada en la espalda.

— Amigo mío, no has podido llegar en un momento más oportuno. El 9 termidor fuiste algo así como mi mano derecha. Volverás a serlo. ¡Hazte de una espada! Encontrarás una docena aquí dentro. ¡Y sígueme!

Era éste el grito de un hombre animoso, capaz de llamar directamente al corazón de Roger. Volviéndose rápidamente alargó una mano para coger la primera espada que vio en una panoplia cercana. Nada más asirla se quedó como paralizado. Acababa de ocurrírsele de pronto una idea: disponíase a luchar al lado de sus propios adversarios.

CAPÍTULO XXII

EL FACTOR IMPREVISTO

De momento, Roger no acertaba a ver una salida para su apurada situación. Barras le había proclamado ya, delante de los dos oficiales, como un camarada del que se había encontrado separado largo tiempo, el cual se incorporaba de nuevo a la grey republicana. Varios días antes ningún otro suceso se le hubiera antojado más feliz. Luego habría buscado la ocasión de entrar en contacto con otros políticos del bando opuesto. Tal hecho no hubiera llevado aparejado para él ningún grave compromiso. En el instante de la insurrección se habría fingido enfermo, aguardando tranquilamente el resultado de aquélla para, a seguido, entrar en secretas negociaciones con las personalidades más prometedoras del partido triunfante.

Pero no podía dar marcha atrás. Irrevocablemente, tenía que servir al bando por cuya caída laboraba. Si se negaba a desempeñar el papel que Barras le había asignado perdería instantáneamente su gratuito título de buen republicano, que acababa de conquistar. Si la Convención triunfaba al reprimir el levantamiento perdería la confianza de sus antiguos camaradas y, en el peor de los casos, podía verse detenido, acusado de traidor.

De otro lado, al ser visto por un sinfín de personas junto a Barras, combatiendo las fuerzas de la reacción, se exponía seguramente a pasar por trances más graves. En efecto, de triunfar los insurrectos, sus jefes, entre los cuales se encontrarían los hombres inclinados a estudiar las proposiciones que él deseaba formular, le mirarían con natural recelo. Peor aún: a menos que lograra escapar, sería arrestado en unión de Barras, compartiendo la suerte de éste. De un modo u otro parecía enfrentarse con la posibilidad de ser sentenciado a la «guillotina seca»: la

deportación a Cayena.

Enfrentado con aquel inquietante dilema Roger decidió, sólo tras unos instantes de vacilación, que perder la confianza de Barras nada más que varios minutos después de habérsela ganado constituía un acto torpe, una estupidez. Por ahora sabía fingir que se hallaba junto a su antiguo colega. Aguardaría la evolución de los acontecimientos, por si luego surgía algún medio eficaz de salvaguardar su futuro. Asiendo la espada con firmeza bajó apresuradamente las escaleras que conducían a la acera.

Los dos oficiales habían llegado allí en un coche. Barras se acomodó con ellos dentro y Roger montó en su caballo, dispuesto a escoltar al carruaje. La noche había sido oscura y tempestuosa pero el viento había amainado ahora, comenzando a caer una fina lluvia. Esto último era una buena cosa, ya que el agua alejaría de las calles a los grupos de descontentos, capaces de detener el coche para averiguar quiénes eran sus ocupantes. Con toda seguridad, de descubrir a Barras dentro del vehículo habrían intentado lincharle. Piquetes de la guardia nacional dieron el alto a aquél en tres ocasiones pero al gritar uno de los oficiales que eran «Seccionistas que se disponían a celebrar una reunión» les fue permitido el paso. Poco después de la medianoche conseguían llegar al Ministerio de la Guerra, en el Bulevar de los Capuchinos, sintiéndose enormemente aliviados.

Barras mostró su nombramiento de comandante en jefe al oficial de guardia que encontró en el vestíbulo. Luego pasaron todos a una habitación muy grande de la planta baja. Había en ella una docena de oficiales, aproximadamente, sentados o de pie, paseando de un lado para otro. La expresión de sus rostros denotaba la profunda preocupación que les embargaba. Solamente uno daba la impresión de estar ocupado. Era un joven delgado, de oscuros cabellos, que vestía un sucio uniforme con las insignias de brigadier general. Hallábase sentado frente a una mesa, examinando atentamente un mapa, sobre el cual tomaba medidas con un compás.

El general Carteaux se adelantó para saludar a Barras, expresando inmediatamente sus deseos de servir a sus órdenes. Barras contestó:

— Tened la bondad, ciudadano general, de mostrarme la disposición de vuestras tropas y la de los sublevados.

Carteaux le invitó a acercarse a la mesa. El oficial que estaba sentado ante ésta levantó la vista, haciendo un gesto de asentimiento. Roger le reconoció en el acto. Era aquél el capitán

de Artillería corso con quien discutiera en el sitio de Tolón. En el transcurso de dicha operación, tanto por figurar entre los seguidores entusiastas de Robespierre como por ser uno de los pocos oficiales que conocían algo sobre el emplazamiento de las baterías, le había sido concedido el rango honorario de teniente coronel y el mando de toda la Artillería de la República. Habiendo comprobado prácticamente su competencia y decisión a Roger no le sorprendió que en aquellos días de rápidos ascensos hubiese llegado tan pronto a brigadier. Pensó que no estaría de más que no lo perdiera de vista.

Barras inquirió:

— ¿Qué estáis haciendo con ese compás, ciudadano brigadier Bonaparte?

— Calculo ciertas distancias — fue la pronta réplica —. Éstas me dirían qué posiciones tendrían que ocupar nuestras fuerzas si a mí me incumbiera la responsabilidad de poner rápido fin a la presente insurrección.

— Supongamos que ya ostentáis el mando. ¿Qué haríais?

El joven corso se puso en pie. Era hombre de estatura inferior a la mediana y tan delgado que aunque sólo contaba diecinueve meses menos que Roger parecía al lado de éste un mozalbete. Su faz era pálida. La amarillenta piel de las demacradas mejillas se tornaba blanca en la parte alta de su hermosa frente, la mitad de la cual quedaba oculta bajo unos negros y lacios cabellos, partidos en el centro y caídos sobre ambas orejas, hasta muy cerca de los hombros. Sus claramente definidos rasgos faciales, vistos de perfil, hacían pensar en un admirable camafeo. Aquel rostro hubiera podido ser tomado por el de un asceta de no ser por el vigoroso desarrollo de los músculos en la base del protuberante mentón y la expresión — enérgica, despreciativa y ruda, alternativamente —, que animaba la penetrante mirada de sus oscuros ojos.

Vuelto hacia Barras, no mostraba la timidez habitual del oficial en el momento de exponer a un superior sus puntos de vista. Hablando en un francés saturado de incorrecciones gramaticales, el que hubiera podido ponerse en labios de un italiano, dio en breves frases un estudio de la situación, igual que si hubiera sido un instructor dirigiéndose a una clase integrada por cadetes.

— Disponemos de unos cinco mil soldados, un batallón formado aproximadamente por mil quinientos patriotas, armados ayer, y la policía. En total: ocho mil hombres. Nos enfrentamos con más de treinta y cinco mil guardias nacionales, perfectamente entrenados; la «juventud dorada», formada por dos mil hombres;

los *émigrés*, otro millar, como mínimo, y una considerable cantidad de *chouans*, secretamente enviados por los realistas desde Bretaña. Total: cuarenta mil, quizá. De hallarnos nosotros en terreno despejado podríamos superar nuestra desventaja mediante una diestra dirección que aprovechara el superior adiestramiento y disciplina de nuestras tropas. Ahora bien, la lucha en las calles da lugar a docenas y docenas de conflictos aislados que un general no puede controlar simultáneamente. Además, para atacar una barricada se precisa más valor que habilidad. Consecuentemente, si desencadenamos una ofensiva contra esos insurrectos la lucha terminará con nuestra derrota.

— ¿Qué sugerís, vos, entonces? — inquirió Barras.

Las manos de Bonaparte, de belleza poco corriente, comenzaron a moverse rápidamente sobre el mapa.

— Debemos considerar la Convención una especie de fortaleza asediada. Su situación, en las Tullerías, no deja nada que desear. Desde el sur sólo es posible el acercamiento a ella por tres puentes: Pont Neuf, Pont Royal y Pont Luis XVI. Los tres son fáciles de defender. Hacia el oeste hay una extensión cubierta de jardines, la cual nos proporcionará un magnífico campo de tiro. Al este se encuentra el Palacio del Louvre. Apostándonos en sus ventanas podremos cerrar las calles a las columnas que avancen procedentes de esa dirección. Mil hombres nos bastarán para custodiar esos tres lados. Nos quedan, pues, cinco mil hombres para atender la zona situada al norte, número que no será rebasado por los enemigos que avancen por la rue St. Honoré. Naturalmente, proporcionaré una protección adicional a nuestra parte más vulnerable situando fuertes avanzadillas en la Place Vendôme, el callejón Dauphin y otros puntos que caen al norte de St. Honoré. Y retendré algunas reservas para casos de urgencia, entre ellas toda nuestra caballería, en la Place du Carousel. Con tales medidas considero inexpugnable la zona en que debemos imponernos.

— Perfectamente — comentó Barras —. Pero, ¿qué pasará si esto se transforma en un asedio normal? Dentro de cuarenta y ocho horas nuestros hombres carecerán de municiones, se morirán de hambre …

— ¡Ciudadano general! — exclamó el pequeño corso ásperamente —. ¿Es que me habéis tomado por un necio? De ser yo el encargado de estas operaciones en estos momentos habría salido ya un fuerte destacamento para asegurarnos las alturas de Meudon y el Arsenal. Mañana por la mañana dispondríamos de municiones suficientes para resistir aquí un mes. Lo mismo digo

con respecto a los víveres. Deberían ser enviadas tropas en seguida, con objeto de apoderarse de los principales depósitos y traerse a las Tullerías cuanto haya en ellos. Yo enviaría también armas a la Sección *Quinze-Vingts*, la única que apoya a la Convención. Un avance de los patriotas allí podría eliminar una considerable cantidad de sublevados y facilitar nuestra labor enormemente.

— ¿Pensáis en la posibilidad de una ofensiva?

— *Sacre nom!* Sí. ¿Qué general sería capaz de permanecer indefinidamente en las mismas posiciones, aguardando de un modo pasivo la embestida del adversario? Nos atrincheraremos considerando esto una solución temporal, impuesta por la superioridad numérica del enemigo. Nuestro objetivo no es proteger la Convención sino aplastar el movimiento. Para eso necesitamos disponer de Artillería. Contamos con un factor positivo: tras las sublevaciones de la primavera obligóse a las Secciones a que renunciaran a sus respectivas armas pesadas. Ahora no disponen de ningún cañón. Si conseguimos traer aquí las baterías del campamento de Sablons tendremos al enemigo a nuestra merced.

— ¡No, no! — clamó el general Carteaux moviendo enérgicamente la cabeza —. No podemos disparar nuestros cañones sobre el pueblo. Bien sabe Dios que a lo largo de estos tres últimos años se ha combatido encarnizadamente en las calles de París, pero nunca ninguno de los bandos contendientes ha empleado en sus escaramuzas la Artillería.

— ¿Qué más da que la gente muera por efecto de la metralla que a golpes de pica? — inquirió Bonaparte acremente —. Personalmente me inclino por evitar cualquier derramamiento de sangre cuando esto es posible. En todo caso, sea cual sea la provocación de que se haga objeto a las tropas de la Convención, éstas no serán las primeras en disparar. Pero si tenemos que luchar habremos de conducirnos con sensatez. Cuanto más potentes sean las armas que utilicemos antes terminará la refriega. A la par, lograremos que mueran menos personas. Si no se me permite emplear la Artillería no quiero inmiscuirme en esto. En cambio, si son aceptadas las disposiciones que propongo y se reclama la cooperación de las baterías a que he aludido apuesto la cabeza a que antes de que la semana haya terminado habré aplastado a los enemigos de la Convención.

Barras dejó caer una mano, sonriente, sobre uno de los

hombros del hombrecillo.

— Ese es el lenguaje que yo entiendo mejor, ciudadano brigadier. ¡Adelante! Os encargaréis de todo bajo mi mando, ya que estoy convencido de que os desenvolveréis perfectamente. Dad las órdenes que estiméis oportunas. Sólo os pido que me informéis acerca de ellas a su debido tiempo.

Instantáneamente, la faz del joven brigadier pareció iluminarse. Su deshilachada guerrera, sus sucias botas, su desaliñada apariencia, por todo lo cual se había ganado el apodo del «pequeño golfo», fueron olvidados a la vista de sus relampagueantes ojos, al oír su enérgica voz, de extrañas inflexiones.

Retorció más bien que oprimió la mano de Barras. Luego, sin vacilar, comenzó a asignar misiones a los oficiales que le rodeaban. Su primera orden fue dirigida al mayor Murat: un hombre alto, moreno, de gruesa complexión, quien, merced a la libertad que en lo tocante al uniforme reinaba por aquellos días, adornaba su gorra con una gran pluma de avestruz. Salió con la misión de apoderarse de la Artillería del campamento de Sablons. Un tal capitán Marmont partió camino de Meudon, directo hacia el Arsenal. El coronel Brune le siguió con un batallón de Infantería y varios carros, con el fin de traer y llevar adonde hiciera falta las municiones indispensables.

No bien hubieron abandonado aquella habitación los tres futuros mariscales de Francia cuando otros oficiales les siguieron. Iban a asegurar suministros de víveres o a reforzar determinados puntos situados dentro del área que Bonaparte había decidido defender a toda costa.

El mando de los mil quinientos *sans-culottes* había sido asignado a un valiente general llamado Berruyer. A él le encomendó Bonaparte la tarea de levantar barricadas en las calles situadas al norte de la rue St. Honoré. A continuación el pequeño corso se volvió hacia el superior de todos, el general Carteaux, quien distaba mucho de sentirse contento al verse suplantado por uno de los jefes a sus órdenes hasta entonces. Nunca había concedido gran importancia al brigadier Bonaparte … Éste, desplegando un extraordinario tacto, dijo:

— A vos, *mon père*, os he reservado el lugar de mayor peligro pero también de más gloria. Cierto es que los sublevados se esforzarán por alcanzar las Tullerías por el camino más corto, cruzando el Pont Neuf. Llevaos cuatrocientos hombres y no abandonéis esa posición pase lo que pase. Sacrificad vuestras vidas

si es preciso.

El rostro del anciano soldado cambió de expresión instantáneamente. Levantando la mano para saludar contestó:

— ¡Confiad en mí! ¡No pasarán!

Acto seguido, el general Carteaux salió de la habitación con paso apresurado.

En ésta ya no quedaba más que Barras, Roger, Bonaparte y los dos ayudantes de éste, Junot y Muiron. El primero señaló a Roger, inquiriendo:

— ¿No conocéis al ciudadano Breuc? Estuvo conmigo en la noche del 9 Termidor. Más adelante fue hecho prisionero por los ingleses. Habiendo conseguido huir se ha presentado hoy en París.

El rostro de Bonaparte se iluminó con una cordial sonrisa. Aquél estrechó cordialmente la mano de Roger.

— Desde luego que le conozco. Su faz me ha parecido familiar desde el primer instante, pero no acertaba a situarle en mi memoria debido a las patillas y el bigote que se ha dejado crecer. Vos fuisteis el *Citizen Représentant* que dirigió la carga contra el reducto español de Tolón — agregó Bonaparte volviendo la cabeza hacia Roger —. Su oportuna captura facilitó enormemente nuestro asalto a Fort Mulgrave, que tuvo lugar después, aquella misma noche. Vuestra acción tuvo un gran valor para nosotros y puso bien de relieve que os halláis en posesión de un carácter enérgico y decidido, nada común.

Roger se inclinó, en una leve reverencia.

— Gracias, ciudadano general. Ya veo que desde nuestro último encuentro habéis continuado ascendiendo. Permitidme que os felicite.

Torciendo el gesto, Bonaparte replicó:

— No es oro todo lo que reluce. Mi graduación actual me fue otorgada poco después de lo de Tolón y en calidad de comandante de Artillería, durante la campaña del general Masséna, en Italia, demostré que conocía a fondo mi oficio. Ahora bien, para la actividad que he desplegado a lo largo de estos últimos trece meses lo mismo me hubiera dado quedarme en capitán.

— Me dejáis sorprendido. Yo diría que un hombre de vuestras cualidades podía haber sido utilizado en innumerables puestos.

— Así es, en efecto. Pero después de Termidor mi amistad con Robespierre fue esgrimida como un cargo en contra mía. A mi regreso de una misión diplomática en la República de Génova mi paisano, el diputado Salicetti, trabajó para conseguir mi arresto. Tratábase de una burda maniobra para apartar de sí mismo la

atención de determinadas personas.

— No estuvisteis encarcelado mucho tiempo — medió Barras con un encogimiento de hombros —. Aparte de que después del 1.° Pradial, Salicetti se vio obligado a abandonar el país y vos continuáis aún aquí. Es una tontería continuar rumiando ese agravio, que ya pertenece al pasado.

— ¡Ah! Pero me vi privado del mando, no señalándoseme desde entonces ningún puesto destacado — repuso el joven corso con un dejo de amargura en la voz —. Durante meses enteros han sido espiadas mis idas y venidas, viéndome recluido frente a una mesa de la Oficina Topográfica. ¿Qué clase de trabajo es ése para un soldado?

— Se os ofreció un puesto de relieve en La Vendée.

— ¡Sí, como un procedimiento para demostrar mi patriotismo! Pero yo prefiero matar austríacos, sardos e ingleses a franceses, cualesquiera que sean las convicciones políticas de estos últimos. De todos modos, en aquellos instantes me encontraba demasiado enfermo para aceptar el nombramiento.

— Siempre habéis tenido el mismo aspecto enfermizo — observó Barras perversamente —. Al menos desde que os conozco … No es de extrañar, por tanto, que cierta gente sospechara que vuestra excusa era falsa.

— Verdadera o falsa es el caso que tras mis servicios en Tolón, Ventimiglia, Oneglia y Col di Tenda he recibido un trato vergonzoso. Por el hecho de negarme a ir a Bretaña fui excluido de la lista de los generales. No se me ha otorgado ninguna paga ni cargo de responsabilidad … No dispongo más que de un puesto en esta oficina, el cual me asignaron por mi especial habilidad en la redacción de despachos, una tarea que otros compañeros juzgan demasiado fatigosa y monótona.

— No importa — argumentó Barras, siempre sonriente —. Si solucionáis esta crisis la Convención olvidará el pasado. Dentro de unas horas amanecerá el día 13 Vendimiario y, quizá, la jornada más afortunada de vuestra existencia.

Aquellas horas parecían deslizarse a toda prisa. Oficiales y ordenanzas se acercaban o separaban de Bonaparte incesantemente. Unos le informaban de que sus instrucciones habían sido cumplimentadas; otros solicitaban nuevas órdenes. La Sección *Poisonnière* interceptó el envío de armas destinado a los «patriotas» de *Quinze-Vingts* y la de *Mont Blanc* se apoderó de un convoy de provisiones que se dirigía a las Tullerías. Sin embargo,

en general, todo marchaba normalmente.

Roger había vivido dentro de París los momentos más trascendentales de la Revolución, de manera que conocía a la perfección el desarrollo que solían tomar los acontecimientos en determinadas circunstancias. Primeramente, y por espacio de varios días, se presentaban delegaciones en la Cámara en tanto que agitadores callejeros arengaban en las esquinas de las calles a la multitud, es decir, a todos aquellos que tenían la curiosidad de acercarse a oírles. Luego se organizaban manifestaciones pidiendo pan y declarando que la Revolución había sido traicionada. Finalmente, diversos grupos mal coordinados chocaban con las igualmente mal dirigidas fuerzas de una autoridad vacilante, nerviosa. Como el cerebro y la resolución del mando por ambas partes contaba muy poco en aquellas escaramuzas siempre salía victorioso el lado superior en número. Consecuentemente, de acuerdo con lo que había ocurrido otras veces, la Convención sería derrotada.

Pero habiendo observado el trabajo sistemático de Bonaparte y sus inmediatos resultados, mucho tiempo antes de que amaneciera Roger había llegado a la conclusión de que los casos precedentes no podían ser aceptados como guía aquella vez. El «factor desconocido», mencionado por Fouché de pasada, había sido producido por Barras al conceder autoridad a aquel pequeño soldado corso, de andrajoso aspecto, que en el transcurso del año anterior, desacreditado, sin destino, había arrastrado una vida lánguida, carente de objetivos concretos.

A las seis de la madrugada sus probabilidades de reprimir la sublevación habíanse incrementado enormemente. Murat, calado hasta los huesos, chorreando agua a cada paso que daba, irrumpió en la habitación. Sus gruesos labios se separaron en una franca sonrisa. Explicó que había llegado a Les Sablons al mismo tiempo que un batallón de guardias nacionales de la Sección *Lepelletier*, enviada allí para apoderarse de uno de los cañones. En terreno despejado la Infantería no se había atrevido a enfrentarse con sus dragones, por lo que tuvieron que cederle el paso, logrando apoderarse del cañón disputado. Disponía ya también de artilleros y de una buena cantidad de municiones, todo lo cual se hallaba en aquellos momentos en las Tullerías.

Bonaparte se echó encima una destrozada capa gris, encasquetándose un sombrero negro cuya ala delantera aparecía vuelta hacia arriba, declarando su deseo de inspeccionar las tropas.

Roger, secretamente divertido, observó que Barras, pese a encontrarse satisfecho por haber hecho uso de las habilidades del corso, no estaba dispuesto a dejarse arrebatar la parte del león a la hora del reparto del buen crédito conquistado merced a las disposiciones de Bonaparte. Cubriéndose con su sombrero —adornado con tres plumas —, los cabellos, prematuramente grises, para ocultar lo cual, en despreciativo reto a los *sans-culottes*, había mantenido los mismos día tras día empolvados, aún en los instantes más críticos de la Revolución, dijo:

— En mi calidad de comandante en jefe inspeccionaré las fuerzas. Tened la bondad, ciudadano brigadier, de seguirme en unión de los demás.

Invirtieron las dos horas siguientes en los desplazamientos de un puesto a otro, bajo un aguacero imponente. Barras pronunció algunas palabras para animar a los soldados. Y pese a que éstos se hallaban un tanto deprimidos por las largas horas de exposición a la humedad y al frío no dejaron de corresponder a las breves frases de su jefe con entusiastas vítores a la Convención.

El mal tiempo, al parecer, había mermado notablemente la moral de los sublevados pues aunque sus piquetes continuaban ocupando los edificios, hallándose al alcance del fuego de las tropas convencionalistas, no habían acudido más guardias nacionales para reforzar sus posiciones. Bonaparte aprovechó su retraso para mejorar sus últimas disposiciones y a medida que avanzaba la mañana todos experimentaron la impresión de que el día iba a transcurrir sin que se produjera un choque decisivo.

Al mediodía el tiempo mejoró. Fuertes columnas enemigas comenzaron entonces a cercar la zona defendida. El general Danican, jefe de los insurrectos, quien estaba seguro de su triunfo por ser aquel bando el más numeroso, deseoso de evitar en la medida de lo posible todo derramamiento de sangre, envió a uno de sus oficiales a parlamentar, ofreciendo determinadas condiciones. El oficial fue conducido, con los ojos vendados, a la sala de las asambleas, donde después de amenazar a los diputados les ofreció la paz a cambio de desarmar a los «patriotas» y anular los decretos de Fructidor.

Las deliberaciones se llevaron algún tiempo pero finalmente decidióse no contestar. Veinticuatro *Répresentants* fueron designados para salir a fraternizar con las Secciones, intentando su pacificación individualmente. En aquellos instantes eran las cuatro y media y el general Danican, no habiendo recibido respuesta alguna, dio la orden de ataque. Bonaparte envió inmediatamente

ochocientos mosquetes y munición suficiente a la sala de reuniones de la Convención, sugiriendo que había llegado el momento de que los diputados dejaran de hablar, comenzando a defenderse por sí mismos.

Por espacio de algunas horas las tropas de la Convención se habían visto seriamente acorraladas. El general Carteaux, con la aprobación de Bonaparte, había llegado incluso a retirar a sus hombres del Pont Neuf, apostándolos en las Tullerías para que no fuesen los primeros en disparar. Pero un grupo de insurrectos habíase apostado en las escalinatas de la iglesia de St. Roch, abriendo nutrido fuego sobre los artilleros de Bonaparte.

Pese a su interés en evitar que su nombre quedara asociado al recuerdo de una matanza de franceses, ahora que no se le ofrecía otra alternativa actuó rápidamente y con la máxima rudeza. Al cabo de unos treinta minutos, por efectos de sus disparos, yacían en confusa masa sobre las escalinatas de la iglesia muchos muertos y heridos. Luego barrió los dos extremos de la rue St. Honoré con un fuego devastador. Su caballo fue herido pero el fiel Junot, siempre a su lado, le proporcionó otro. Montando en él se puso al frente de una compañía de «patriotas», participando activamente en la refriega.

En el transcurso de la hora siguiente, su extraordinario instinto de soldado le llevó de un lado para otro, presentándose siempre oportuna y milagrosamente en los puntos más amenazados. En cada uno agrupaba hábilmente las tropas, ordenaba una carga y dirigía el fuego del cañón más próximo, cuyos proyectiles segaban cabezas y más cabezas entre las apretadas filas de los insurrectos.

El ataque más decidido procedía del este. Allí ocho mil hombres redoblaban sus esfuerzos continuamente para abrirse paso hasta el Louvre. Su objetivo era unirse a las tropas del conde de Maulevrier, en la rue Dauphine, y la columna del Pont Neuf, capitaneada por un joven realista llamado Lafond, que se mostró muy valeroso. Pero Bonaparte desplegó varias baterías en el Quai des Tulleries y obturando las salidas de la calle y el puente obligó a los insurrectos a retroceder, enmedio de un terrible desorden.

A las seis el conflicto estaba liquidado y la dispersión de las grandes multitudes que se habían ido congregando horas atrás fue acelerada por los continuos disparos de la artillería, cargados ahora con munición inofensiva. Sólo quedaban tres puntos sólidos — la Place Vendôme, la iglesia de St. Roch y el Palacio Real —, en los cuales se habían refugiado grupos de insurrectos. Para lograr su rendición bastó al día siguiente unos minutos de fuego de

fusilería.

Barras y Bonaparte fueron recibidos en la Convención con unánimes aplausos. No en balde habían salvado a ésta. El primero fue nombrado comandante en jefe del Ejército del Interior. El segundo, cuyo nombre por vez primera tomó una significación relevante en el ámbito nacional, pasó a ocupar el segundo puesto. Esto le permitió pasar de la noche a la mañana de oscuro brigadier, privado de empleo y sin un céntimo, a hombre influyente, bien pagado, dentro del segundo rango de los generales de Francia.

Roger, con su fingida ansiedad por ser útil y un incesante despliegue de actividad, había logrado continuar mereciendo la estimación de Barras. Y a todo esto sin haber participado en la lucha. No había dispuesto de ningún medio para conseguir que la batalla fuese favorable a los monárquicos. No tuvo más remedio, pues, que limitarse a ser espectador de su derrota, yendo de acá para allá en compañía de Barras, lanzando vítores cada vez que se le presentaba una oportunidad.

Debido a esto le alcanzaron a él y a una docena más de personas los honores del triunfo. Cuando circuló la historia de su fuga del ejército del príncipe de Condé fueron muchos los amigos que se apresuraron a darle la bienvenida a París. Barras le concedió un puesto con el rango de coronel. Nada podía haberle ido mejor a Roger. El cargo era verdaderamente una sinecura: carecía de horario de trabajo, siendo escasas las obligaciones. Por añadidura le daba acceso a todos los papeles relativos al ejército del Interior.

De modo que por haberse equivocado en un momento crítico encontrábase totalmente a salvo de cualquier desagradable contingencia y gozando del favor de los hombres que gobernaban Francia. Nunca se hubiera atrevido a soñar que le sucediese tal cosa. Comprendía, naturalmente, que aquello tenía un precio: la imposibilidad de llevar a la práctica su plan.

A las veinticuatro horas poníase de manifiesto que, habiendo triunfado, la Convención se proponía adoptar una política de reconciliación más bien que de venganza. Varias de las Secciones más agresivas fueron desarmadas y los guardias nacionales del enemigo colocados a las órdenes de Bonaparte. A excepción de Lafond, que había sido capturado y rehusó obstinadamente el perdón, a los demás jefes de los insurrectos se les permitió escapar. Contra la *jeunesse dorée* no se adoptó ninguna medida. Se les consintió que continuaran correteando libremente por París

ostentando los colores negro y verde de los reaccionarios, alardeando en los *salons* de la valentía que habían desplegado frente a los cañones del «menudo galopín». Por tanto, apartando a los que lloraban la muerte de cuatrocientas personas por razones de parentesco, desapareció de la capital hasta la última huella de la insurrección, recuperando aquélla su febril alegría.

Quedaba el hecho de que monárquicos y moderados habían disparado su andanada. Jamás habían contado con un jefe consciente ni formado un partido coherente. Eran en suma un puñado de grupos que se atraían levemente por el odio que profesaban a la Convención. Dado el número de miembros con que contaban unos y otros y la facilidad con que se alzaban les hubieran proporcionado a Roger una excelente base para convencer a dos o tres de sus antiguos colegas que ostentaban todavía cargos de responsabilidad, para que colaboraran con Pichegru. Pero ahora que los descontentos habían perdido su fuerza transcurrirían meses antes de que se hallasen en condiciones de llevar a cabo una nueva intentona. Y hombres como Fréron, Dubois-Crancé, Tallien o Boissy d'Anglas no iban a arriesgar sus cabezas arrestando a los miembros del Comité de Seguridad Pública, a menos que se les prometiese el apoyo unánime o casi unánime del pueblo.

Un obstáculo aún mayor para la realización de sus planes había visto Roger en la persona de Bonaparte. Este joven, resuelto, de rápidos y claros juicios, no se habría asustado lo más mínimo al enterarse de que el conquistador de Holanda había abandonado el Rin, marchando al frente de su ejército hacia París. Su vivacidad al defender la Convención, pese a que los miembros de ésta no le habían tratado bien, ponía de relieve hacia qué lado se inclinaban sus preferencias. Poniéndose al frente de cuantos hombres hubiera podido reunir habría salido de París para presentar batalla a Pichegru. ¿Cabía preguntarse quién, en definitiva, saldría victorioso de la prueba?

Tales reflexiones llevaron a Roger a una conclusión: nada que valiera la pena podía hacer quedándose en París. Reconocía, sin embargo, que cometería un error imperdonable si dejaba la ciudad precipitadamente. Si procedía así, sin forjar previamente una excusa, su desaparición suscitaría los más diversos comentarios. Tras otra prolongada ausencia le costaría mucho trabajo conquistar la posición que ahora ostentaba. No. No podía esperar que tal cosa sucediera por segunda vez. Tenía que aprovechar

aquella racha de buena suerte. Antes de retirarse procuraría consolidar sus posiciones, granjeándose el afecto de todas sus relaciones.

En consecuencia, como sus deberes cerca de Barras se reducían a aparecer en público a su lado, vistiendo el hermoso uniforme de los oficiales de su séquito, afeitóse las patillas y el bigote, dedicando la mayor parte de su tiempo a cultivar la amistad de los miembros de la sociedad del momento. Muchas fueron las puertas que se abrieron ante él, que a su vez le permitieron llegar a otras casas. A los diez días de llevar esta vida Roger era una figura familiar en los *salons* principales de París.

Tallien conocía a Roger desde la desesperada noche en que los miembros de la Municipalidad de París, elegidos legalmente, habían sido violentamente despojados de sus cargos para dejar sitio a la Comuna, y durante los días aún más angustiosos de Termidor, en que los dos se habían jugado la vida trabajando para lograr la caída de Robespierre. Como «introductor» nadie hubiera podido servirle mejor ya que no sólo acababa de ser nombrado jefe de un Comité encargado de gobernar sino que, de acuerdo con lo que Fouché le había dicho a Roger, su esposa podía ser considerada la mujer más influyente de Francia.

Theresa Tallien era hija del banquero español Francisco Cabarrus, hallándose divorciada del conde de Fontenay. Mientras sepultaba a Burdeos bajo un río de sangre, al actuar en calidad de *Répresentant en Mission*, Tallien habíase enamorado de ella nada más verla, salvándola de la guillotina. Después de la caída de Robespierre se casó con Theresa. Ésta se había valido entretanto de su ascendiente sobre aquel hombre para salvar a su vez muchas vidas. Su belleza, piedad y gracia le habían hecho merecer el sobrenombre de «Nuestra Señora de Termidor».

Hacía poco tiempo que había alquilado una gran casa, llamada «La Chaumière», cerca del Sena, la cual había decorado como una granja. Pese a hallarse tan lejos del centro de París todo el mundo elegante la visitaba, por lo que Roger, en aquel *salon*, tuvo ocasión de saludar a viejos amigos y de ampliar el ya dilatado círculo de sus amistades. Un nuevo conocimiento fue para él una *ci-devant* marquesa de gran inteligencia y encanto, *madame* de Chateau-Renault. En su *salon* precisamente, varias noches después, fue Roger presentado a *madame* de Beauharnais, la bella morena a quien viera abandonar el domicilio de Barras en la noche del 12 al 13 Vendimiario. Se la conocía por el apodo de *La Belle Créole* y en verdad que era una preciosa mujer no obstante su nariz,

ligeramente respingona, y sus dientes, nada parejos, que restaban atractivo a su fácil sonrisa.

Otro *salon* que rivalizaba con el de *madame* Tallien y estaba a punto de superarle era el de *madame* de Staël. Era ésta hija del banquero suizo M. Necker, un hombre inepto, cuyo afán de popularidad, a expensas de su soberano, mientras actuaba como Ministro de Luis XVI en Versalles, había contribuido bastante a precipitar la Revolución. En el año 86 se había casado con el Embajador de Suecia en Francia y después de Termidor había vuelto con él al edificio de la Embajada, una imponente mansión con la fachada llena de columnas, situada en la rue *du* Bac. Nadie hubiera podido calificar a *madame* de Staël de belleza. Poseía unos ojos hermosos, unas cejas finas y bien trazadas y era una conversadora excelente.

Roger entró en la casa de *madame* de Staël de la mano de Garat, el cantante que en aquella época era el ídolo de París. Brook se dio cuenta en seguida de que allí corría ciertos riesgos. Había tenido una relación superficial con ella en otro tiempo y tal vez se encontrara en aquel *salon* parisiense con alguna de las personas que le conocieran antes de dejar de ser el Chevalier de Breuc para transformarse en un comisario de la Revolución. Quizá surgiera el incidente temido y todo desembocara en un duelo. De otro lado existían ciertas posibilidades tentadoras … *Madame* de Staël había sido muy amiga de Louis de Narbonne, Charles Maurice de Tayllerand, Mathieu de Montmorency y muchos otros nobles liberales que se habían unido al Tercer Estado en los primeros días de la Revolución. Aquella casa podía llegar a ser el puente que él necesitaba secretamente para ligar sus dos identidades. Esto último fue lo que le decidió a correr el riesgo que implicaba una visita.

Efectuada la presentación por Garat, ella dirigió a Roger una escrutadora mirada.

— Vuestro rostro, así como ese apellido, Breuc, me resultan vagamente familiares, *Citizen Colonel*. ¿No nos habremos conocido antes?

Roger no vaciló.

— Sí, *madame la Baronne*. Fue en la casa del señor de Tayllerand, en Passy — a continuación, con un guiño, añadió —: Acerca de eso os revelaré algo que deseo reservéis para vos.

— Os lo prometo — repuso ella sonriendo —. Me encantan los secretos.

Roger susurró en su oído:

— He cuidado de su casa durante toda la Revolución y cuando regrese la encontrará en el mismo estado en que la dejó.

— Sois un hombre intrigante — replicó ella tocando su brazo con la punta de su abanico —. Entonces habrá que clasificaros entre esas personas que optaron por presentarse a los ojos de los demás con el disfraz de destructores para poder actuar como todo lo contrario. Una se sorprende mucho ahora al comprobar la cantidad de amigos que consiguieron engañar a Robespierre y a sus brutales compañeros. Nuestro obispo se quedará encantado. Me alegro por él.

Volviéndose, *madame* de Staël hizo una seña para que se le acercara un joven de rizados cabellos, muy bien parecido. Los bucles le tocaban en los hombros.

— Os presento al señor Benjamin Constant. Acaba de llegar de América y puede daros noticias sobre nuestro común amigo.

Por Constant se enteró Roger que el de Tayllerand, quien vivía con grandes estrecheces en Boston, había aplicado su talento al desarrollo de vastas y numerosas empresas comerciales. Ninguna de éstas, sin embargo, había servido para reparar su maltrecha fortuna. Además, el enamorado *ci-devant* obispo había ofendido a las damas de la buena sociedad de Boston al dejarse ver en la calle, abiertamente, del brazo de una atractiva y joven mulata. No obstante, todo el mundo continuaba buscando su compañía pues eran proverbiales su encanto e ingenio.

Garat le presentó luego a Roger su amante, una bella *blonde cendrée* llamada *madame* de Krüdner. Era una Courlander. Habíase casado a la edad de catorce años con un Embajador ruso. Se decía que tenía poderes de médium. Ocasionalmente, en el transcurso de las reuniones, caía en trances. Quizás éstos no fueran otra cosa que suaves ataques epilépticos.

Madame de Krüdner era ciertamente una criatura de aspecto angelical, pero Roger la encontró insípida y distraída. Le agradó mucho más una muchacha de cabellos castaños, extraordinariamente vivaz, que contaría dieciocho años. *Madame* Récamier, que era la joven que atrajera su atención, había estado casada durante dos años con un hombre que le llevaba veintiséis. Tratábase de un sombrerero de Lyon inmensamente rico, quien en la época del Terror no había dejado un solo día de asistir a las ejecuciones en la guillotina. El hombre justificaba tan macabra afición ante sus amigos diciendo que estando condenado a morir más o menos tarde al pie de aquel artefacto deseaba familiarizarse

con el mismo.

Tal presentimiento no llegó a cumplirse. A Roger le sorprendía observar que eran muchas las personas con título y dinero que habían logrado escapar a una suerte similar pese a haber permanecido en París durante toda la Revolución. Casi todas ellas habían estado encarceladas en los peores momentos de la época del Terror. La caída de Robespierre las salvó. Gracias a los sobornos no eran pocas las que consiguieran retener buena parte de sus fortunas.

Con anterioridad a 1789, aunque la situación económica del Gobierno era catastrófica, y las gentes humildes de las ciudades se veían forzadas a trabajar por algo más que un salario de hambre, Francia había llegado a ser el país más rico del mundo. La riqueza no se encontraba en manos de la nobleza sino en los cofres de una enorme masa de burgueses. Entre los emigrantes figuraban principalmente nobles, quienes habían enviado a sus hijos a luchar en las filas del ejército del príncipe de Condé. Las clases profesionales y mercantiles se habían quedado en el país.

Si bien el Gobierno ahora atravesaba una situación crítica y las masas se morían de hambre había millares de propietarios de fincas que extraían montones de dinero ocultos hasta entonces en ciertas zanjas abiertas en los jardines, bajo las tablas de los pisos y otros escondites. El papel revolucionario tenía un descuento enorme. Bolsas llenas de luises de oro y escudos de plata cambiaban continuamente de manos dentro de la capital.

Al desaparecer el temor de que la ostentación trajera como consecuencia el encarcelamiento y quizá la muerte se inició una nueva era para el lujo. Observábase esto no sólo en los salones elegantes sino en todas partes. Tan pronto los actores y actrices de la *Comédie Française* fueron puestos en libertad comenzaron las funciones de teatro, a las cuales asistía un público bien vestido que no se recataba al aplaudir los sarcasmos anti-revolucionarios de ciertos personajes. Los palcos del *Feydeau* se veían siempre ocupados por grupos de hombres elegantemente vestidos y hermosas mujeres. Por las calles se encontraban vehículos con cocheros de librea, igual que antes. Tiendas largo tiempo cerradas se abrían para vender joyas, encajes, pieles, perfumes, vinos, finos artículos de todas clases y telas de moda.

Con anterioridad a la Revolución, aparte de las oligarquías aristócratas de Venecia y Génova, no habían existido Repúblicas en Europa. Francia, pues, se había modelado mirando a Grecia y

Roma.

Las mujeres elegantes eran llamadas *merveilleuses*. Habían adoptado la túnica de Corinto, de cintura alta, formando con sus cabellos una especie de cono, que ataban con una cinta. La nuca quedaba al descubierto. Brazos y piernas quedaban también al aire y los vestidos se confeccionaban a base de las telas más ligeras. Debajo de ellos se llevaba lo mínimo que permitía la decencia. Todas competían, efectivamente, en el empeño de mostrar sus extremidades. Veíanse a menudo túnicas abiertas por los lados, sujetándose los vuelos mediante camafeos a la altura del hombro, la cintura y la rodilla.

La moda masculina había cambiado mucho también. Los *incroyables*, como eran llamados los exquisitos entre la *jeunesse dorée*, llevaban los cabellos peinados hacia arriba, haciéndose largas trenzas denominadas «orejas de perro» por delante. Sus levitas de altos cuellos quedaban firmemente abotonadas sobre el estómago y los bajos les llegaban hasta las pantorrillas, enfundadas en medias de seda a rayas rojas, amarillas o azules. Por la noche los elegantes usaban blancos chalecos de algodón con anchas vueltas. De un bolsillo a otro tendían las cadenas dobles de sus relojes. Pero el rasgo más notable de aquel atuendo era una enorme corbata de muselina, tan alta que frecuentemente ocultaba la barbilla y hasta la boca.

Para subrayar su oposición a los *sans-culottes*, los *inc'oyables* y las *me'veilleuses*, como se denominaban éstos a sí mismos, hablaban arrastrando las palabras, con voces afectadas, suprimiendo las «r» y las «s». Roger, al oírles, se acordaba del francés criollo de las Indias Occidentales. El alternar con ellos le produjo una satisfacción: ya no tenía motivos para temer que inopinadamente surgiera un noble conocido tiempo atrás por él que le acusara de renegado.

La insinuación de *madame* de Staël, al decir que poca gente sabía lo que sus amigos habían hecho en los últimos años o los verdaderos móviles de sus actos, era incuestionablemente correcta. Por lo demás nadie se preocupaba de tal cosa, al parecer. Muchos hombres que habían sido, en parte, al menos, responsables de matanzas y saqueos, pero que podían apuntarse algunos gestos de piedad, vestían ahora como *incroyables* y eran libremente admitidos en los salones. No eran pocos incluso los que gozaban de la amistad de los nobles *émigrés*, muchos de los cuales, pese a hallarse teóricamente condenados a muerte, habían regresado a París con la esperanza de que sus nombres fueran borrados de las

listas de las personas declaradas fuera de la ley. Se daban casos notables: algunos ex terroristas habían tomado como amantes a jóvenes de la nobleza cuyos padres habían ido a la guillotina por culpa de aquéllos.

Ésta era la sociedad cínica y amoral alumbrada por el cataclismo, en el seno de la cual Roger se movía durante el mes de octubre de 1795. Con todo, él sabía que aún existían innumerables familias que sin llegar a merecer el calificativo de puritanas vivían respetablemente. Bonaparte, al que veía diariamente en su despacho, le propuso una noche, espontáneamente, ir a visitar a unos amigos suyos que podían ser incluidos en aquel grupo.

La familia estaba formada por una viuda apellidada Permon, su hijo Albert, que contaría unos veinticinco años, aproximadamente, y una pequeña de once años llamada Laurette, que no tardaría mucho en convertirse en una atractiva mujer. *Madame* Permon era natural de Córcega y se hallaba unida por una gran amistad a la madre de Bonaparte. Como conocía a éste desde su niñez solía llamarle por su nombre de pila: Napoleón.

En aquel ambiente el joven general le pareció a Roger una persona distinta. La despreciativa torcedura de su boca y las acres censuras, que cubrían de repentinos sudores los rostros de sus subordinados, a veces de más edad que él, eran evidentemente reservadas para sus horas de trabajo. En aquella casa reía alegremente y trataba a *madame* Permon con afectuosa galantería, permitiendo a la pequeña Laura que le importunase cuando a ésta se le antojaba.

Además, Bonaparte no había hecho un secreto de esta verdad: a lo largo de los meses anteriores no se había muerto de hambre gracias a los buenos oficios de *madame* Permon y Junot, también presente allí. Ella le había servido muchas cenas, su única comida entonces durante toda la jornada. Él le había obligado a aceptar la mayor parte de las remesas de dinero que ocasionalmente le hacía su familia.

Junot, joven de veinticuatro años, de rubios y ensortijados cabellos y agradable figura, había nacido en la *Côte d'Or*, siendo hijo de un funcionario. Le habían educado para ser un hombre de leyes pero la Revolución le había convertido en soldado. Sus hombres le habían elegido sargento por su brillante conducta sobre el campo de batalla y, más tarde, en el sitio de Tolon, nuevos actos de valentía habían llevado a Bonaparte a destacarlo, transformándose en su primer Ayuda de Campo. Su devoción por el general rayaba en el fanatismo. Había enganchado ciertamente

su carro a una estrella de magnitud excepcional. Andando el tiempo sería el esposo de la deliciosa Laura Permon, duque y Gobernador militar de París, así como el único hombre con derecho a entrar en las habitaciones privadas del Emperador a cualquier hora del día o de la noche.

Reíanse de cómo Junot, extremadamente afortunado como jugador, había aventurado en más de una ocasión sus últimos veinte francos a las *vingt-et-un* con objeto de poder pagar las facturas de su brigadier y de él mismo en el modesto hotel de los Derechos del Hombre, donde compartían una habitación. Evocaban también las veces en que *madame* Permon había reprochado a Bonaparte su costumbre de entrar en la casa con las botas cubiertas de barro, que solía colocar, para que se secasen, junto al fuego, llenando aquélla de un hedor insoportable.

Pero aquellos días habían pasado definitivamente. El quisquilloso oficial bautizado despreciativamente por una de las queridas de Barras con el apodo del «pequeño galopín» había desaparecido para no volver jamás. Bonaparte se había comprado un carruaje precioso y una magnífica casa en la rue des Capucines. Vestía un uniforme nuevo, cuajado de dorados galones, y no había olvidado a los que fueran sus amigos en los oscuros días de la adversidad. Junot había ascendido de teniente a coronel. *Madame* Permon, que no mucho tiempo atrás perdiera a su esposo, quedando en apurada situación, era secretamente ayudada a través de su hijo. Y además el joven general auxiliaba a un centenar de familias de la vecindad que lo estaban pasando bastante mal.

El 26 de octubre, la Convención, que durante tanto tiempo había tiranizado al pueblo francés, de, por fin, disuelta. Pero la mayoría de sus miembros, junto con el tercio nuevamente elegido, se reunieron al día siguiente bajo la garantía de la Constitución. Tal como se esperaba, los miembros de la antigua mayoría fueron escogidos para dotar los puestos del Estado, tanto en el Consejo de los Quinientos como en el de los Ancianos.

Luego se procedió a la elección de los cinco directores que en el futuro ostentarían el poder ejecutivo. A la cabecera de la lista sometida por los Quinientos a los Ancianos figuraban los nombres de Barras, Rewbell, Sieyès, Larevellière-Lépeaux y Letourneur. A continuación venían cuarenta y cuatro más, correspondientes a personas no aptas, en absoluto, para el desempeño de tan altos cargos. Mediante esta descarada treta política y la complacencia de sus antiguos colegas entre los Ancianos, los termidorianos y jacobinos lograron asegurar la continuación de un Gobierno de

carácter antimonárquico.

Sieyès, afectado por el rechazo de la nueva Constitución, renunció. En su lugar apareció el nombre de Carnot, elegido inmediatamente. Después de Termidor, como miembro del desaparecido Comité de Seguridad Pública, este auténtico genio militar había sido culpado con el resto de sus compañeros de los crímenes cometidos por el citado organismo. Pero el *Prieur de la Côte d'Or*, con Rober Lindet, habían quedado a un lado por haber concentrado su atención en el mejoramiento de la alimentación nacional y el mantenimiento de las fuerzas armadas. Lindet, un hombre honrado, trabajador infatigable, había ido tan lejos como para insistir en regentar un puesto aparte. Carnot había cerrado los ojos a todo lo que no fuera el incremento de las fuerzas francesas, que en el plazo de un año pasaron a estar integradas por setecientos cincuenta mil hombres, de los ciento veinte mil existentes anteriormente. Al ser privados de sus puestos la pérdida de su competente dirección se había traducido en un déficit crónico de suministros a los ejércitos franceses. Consecuentemente, el nombramiento de Director del «Organizador de las Victorias», como se llamaba a Carnot, había sido acogido con entusiasmo por todo el mundo.

Larevellière-Lépeaux había sido elegido porque, por un lado, era un típico abogado girondino y por otro odiaba intensamente el cristianismo, lo cual caía muy bien entre los vejos *énragés* de la Montaña. Por tanto se vio respaldado por los dos partidos y cosechó más votos que ninguno de los otros.

La presencia de Letourneur en el grupo constituía un misterio. Era un hombre carente de cualidades. Tratábase, simplemente, de un capitán de Ingenieros que había trabajado a las órdenes de Carnot en el Ministerio de la Guerra. Era, sin embargo, una persona honesta y carecía de enemigos. Letourneur, con gran sorpresa por su parte, se encontró convertido en una celebridad de la noche a la mañana.

A Barras le recomendaban su valor e iniciativa en momentos de crisis. Era, no obstante, incurablemente perezoso en lo que a la solución de los asuntos ordinarios se refería.

Rewbell era entre todos el hombre de carácter más enérgico y un convencido revolucionario. Como *Représentant en Mission* había llegado a aterrorizar a los oficiales del ejército del Rin. Era un fanático creyente en el tipo de dictadura ejercida por el viejo Comité de Seguridad Pública y consideraba todas las formas de libertad personal como dañinas para el Estado. No siendo honrado,

tampoco creía en la honradez de los demás. Sus maneras resultaban tremendamente ásperas. Hablaba con voz muy bronca y expresaba sus opiniones con brutal sencillez. Sin embargo, poseía una enorme capacidad de trabajo, habilidad y una voluntad de hierro. Cualquiera que conociese a los cinco hombres veía en éste, sin el menor asomo de duda, al que dominaría durante los Consejos que celebrasen.

El 3 de noviembre, embutidos en resplandecientes uniformes, especialmente ideados para ellos, los cinco nuevos «Reyes de Francia» se instalaron en el Palacio de Luxemburgo, procediendo al nombramiento de sus Ministros. Entretanto, Roger había llevado a cabo ya los primeros preparativos para su regreso a Inglaterra. Se proponía marcharse tan pronto hubiese presenciado aquel acontecimiento, que marcaba el comienzo de una nueva época.

De acuerdo con la Constitución, Barras, al aceptar el cargo de Director, tenía que renunciar automáticamente al mando militar. Así pues, el nombramiento de coronel para Roger había caducado. Bonaparte, a la sombra de Barras, acababa de convertirse en el comandante en jefe del Ejército del Interior. Aquél sentía mucha simpatía por Roger, habiéndole llegado a decir a éste que aunque no era un soldado profesional le buscaría con mucho gusto un empleo. Barras le ofreció también un buen puesto en la administración civil. Brook declinó su invitación a participar en las tareas del Gobierno, formulando ante los dos la misma excusa.

Les dijo que las duras condiciones en que había vivido durante el tiempo que pasara en Inglaterra como prisionero habían minado su salud. Para restablecerse del todo no se le ocurría otra cosa que dejar París por las soleadas ciudades del Sur, donde pensaba alquilar o comprar una finca pequeña. Bonaparte y Barras expresáronle su simpatía, aprobando su decisión, para añadir que podía cantar con ellos cuando regresara a la capital en la primavera. Durante la ronda de visitas que efectuó a los salones que había frecuentado, las personas que tratara expresaron su envidia ante el proyectado viaje, que le permitiría abandonar el frío y lluvioso París, gozando de más benignos climas. La partida de Roger, pues, tenía lugar bajo los mejores auspicios.

La última noche cenó en la palacial residencia de Barras, en el Luxemburgo. Fue aquélla una alegre reunión, en la que participaron una docena de caballeros y otras tantas damas, todas ellas vestidas con transparentes ropajes, aspirando a desempeñar el papel de Aspasia ante el rey Paul I, como en broma habían bautizado a su anfitrión, y también a atrapar, en su defecto, a uno

de los invitados que tuviera influencia con aquél. La reunión llevaba trazas de ir a disolverse a hora muy avanzada. Pero Roger, debido a que tenía que madrugar, se apresuró a retirarse después de medianoche.

Cuando descendía por la escalinata del Palacio, con el fin de que el portero mandara acercarse allí a uno de los carruajes de alquiler que le condujera a casa, salió de entre las sombras una figura alta y delgada, que se le acercó inmediatamente.

— ¿Podría hablar contigo un momento, ciudadano? — inquirió el recién llegado.

A la temblorosa luz de las antorchas Roger reconoció a Fouché. En aquel preciso instante se detuvo frente a ellos el carruaje pedido por Brook.

— Naturalmente que sí. Sube. Te llevaré a tu casa — replicó.

Una vez acomodados en el coche, Fouché comentó:

— De manera que abandonas París, ¿eh?

— Sí. ¿Cómo lo sabes?

— Las noticias vuelan y yo dejo de enterarme de pocas. También me enteré a tiempo de que figurarías entre los invitados de Barras esta noche.

— Sin duda te interesaba mucho verme, ya que has aguardado a que saliera pese a la lluvia. Has tenido suerte, porque aún hubiese permanecido ahí dentro unas horas más de haberme decidido a quedarme hasta el fin de la reunión.

— Nunca he andado escaso de paciencia cuando de atender a mis propios intereses se ha tratado — repuso Fouché acremente —. Ahora bien, tú podrías haberme ahorrado esa ingrata espera. ¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo, como me prometiste?

Roger se encogió de hombros.

— Me pareció que la cosa no tenía objeto. El 13 Vendimiario quedó demostrado que el plan que habíamos concebido era de imposible ejecución. Por lo tanto, nada teníamos que discutir.

— No estoy de acuerdo contigo. El hecho de que Bonaparte echara por tierra nuestros proyectos no afecta a otro más importante: que tú tienes todavía en tu poder al pequeño Capeto.

Por un instante Roger pensó en decirle a Fouché que debía renunciar a toda esperanza basada en aquella creencia, ya que el niño había muerto. Tal engaño había servido perfectamente sus fines. Al reservarse determinados detalles Fouché le había permitido que circulara libremente por París. La suerte y sus

facultades personales habíanle ayudado a sacar el máximo partido de aquella situación. Él ahora estaba tan a salvo como el Banco de Inglaterra frente a cualquier contingencia, mientras que Fouché había perdido a todos sus amigos, hallándose completamente desacreditado. El ex terrorista podía jurar que Roger era un espía inglés. Era igual. No disponía de prueba alguna y nadie le creería.

Pensándolo detenidamente Roger decidió después que aquél no era el momento más oportuno de revelar a Fouché que había sido engañado. Tal vez llevara encima una pistola o una daga y en un ataque de ira intentara matarle. El interior del coche, angosto, sumido en la oscuridad, no era el sitio más indicado tampoco para luchar contra su acompañante y en el mejor de los casos se exponía a recibir una herida grave sin objeto alguno. Así pues, al cabo de un rato, Roger dijo:

— He alargado mi estancia en París para conocer los resultados de las elecciones para el Directorio, aunque no creía que aquéllos nos deparasen una oportunidad aprovechable. No me engañé. Letourneur es un hombre de paja. Laravellière-Lépeaux es un ateo convencido, que preferiría morir a colaborar en el restablecimiento de la Iglesia, sin lo cual no hay ni qué pensar en la instauración de la Monarquía. Carnot, Rewbell y Barras son unos regicidas. Por sus acciones pasadas estarían decididos a lo que fuese con tal de asegurar la continuación de la República. Y detrás de los cinco se encuentra ahora Bonaparte con su Artillería. Es seguro que apreciarás conmigo que al ser entregado el poder ejecutivo a tales individuos se ha conseguido desarticular cualquier intentona del tipo de la que nosotros proyectábamos.

— Estoy de acuerdo. Sin embargo, tú pudiste iniciar ciertas negociaciones …

— No. La última vez que tratamos de este asunto tú mismo dijiste que el conde de Provenza, al proclamarse rey con el nombre de Luis XVIII bloqueaba nuestras perspectivas en otra dirección. Seguro que repudiaría al chiquillo, declarándole un impostor.

— Es posible pero no cierto — convino Fouché —. Y yo me encuentro en una situación desesperada. Casi todos mis antiguos amigos han sido más afortunados. Aquéllos han logrado echar tierra sobre sus acciones pasadas, siendo aceptados en la actualidad como hombres honestos, que obraron como debían en nombre de la seguridad de la República cuando ésta era amenazada por innumerables peligros. Yo también hubiera podido hacer lo que ellos de haber continuado siendo miembro de la Convención. Pero al ser expulsado de ella me he convertido en un

hombre marcado y nadie se compromete a concederme un puesto aquí o allí. ¿No quieres considerar la posibilidad de un acercamiento al conde de Provenza?

El viaje desde el Palacio de Luxemburgo hasta el Passage Pappilote, donde tenía Fouché su modesta morada, resultó breve. En el instante en que el coche se detenía frente a la entrada, Roger dijo con firmeza:

— De proceder como tú dices dejaríamos que apreciaran nuestra intención prematuramente, sin obtener con ello ningún beneficio. Creo que debes considerarte afortunado al no haber sido enviado a la guillotina en unión de Carrier o embarcado para Cayena con Billaud y Collot. En todo caso no es probable que un hombre de tu inteligencia llegue a morirse de hambre. Entretanto yo no puedo aconsejarte más que una cosa: que tengas paciencia hasta que el giro de los acontecimientos me convenza de que esté donde esté ha llegado para mí el instante de volver a París con la perspectiva de utilizar al pequeño Capeto de una manera fructuosa para nuestra causa.

Fouché se apeó malhumorado del coche y los dos hombres se desearon buenas noches con escasa cordialidad.

A primera hora de la mañana Roger dijo adiós al matrimonio Blanchard, montando a continuación en una excelente yegua baya. Sujeta a la silla de la bestia llevaba su valija. Había decidido elegir aquel medio de desplazamiento para evitar que alguien pudiera informar sobre la dirección que había tomado al abandonar la capital. Tomó también la precaución de salir de París por la puerta sur, recorriendo un trecho de la carretera, hasta Melun, antes de encaminarse a Mantes por Rambouillet, donde pasó la noche. Luego siguió hasta Elbeuf, apartándose del Sena con el fin de dirigirse a Pont Audemer. Aquí pasó la segunda noche. Poco después del mediodía, a la tercera jornada de viaje, entraba en Harfleur.

Dan Izzard tenía muchos amigos a uno y otro lado del paso de Calais. Mediante sus buenos oficios Roger supo lo que había de hacer para entrar en contacto con el que había de llevarle a la costa inglesa. Los negocios del contrabando conocían una época floreciente gracias a la guerra. Los vinos franceses eran tan apetecidos en Inglaterra como siempre y ahora que en Francia podían adquirirse de nuevo artículos de lujo existían generosos compradores de telas de Yorkshire, muselinas de Lancanshire y encajes de Nottingham. Unas cuantas preguntas discretas y Roger

dio con el capitán de un lugre que solamente esperaba que mejorase el tiempo para hacerse a la mar con un cargamento.

El lugar se encontraba en Trounville, un pueblecito de pescadores situado a unas millas de distancia. Brook se trasladó a la posada del lugar. Al día siguiente el tiempo presentó mejor cariz, por lo que el patrón de la embarcación dispuso lo necesario para zarpar con la marea de la noche. La travesía fue horrible y Roger pasó unas horas verdaderamente malas, pero los contrabandistas le dejaron sin novedad en un punto que quedaba a poca distancia de Deal. En la noche del 12 de noviembre llegaba a Londres.

Aquí le aguardaba una sorpresa, una de las mayores sorpresas de su vida. En Amesbury House encontró dos cartas de Amanda. Al abrir la primera supo desde las primeras líneas que iba a tener un hijo.

Decíale Amanda que en el momento de marcharse él de Martinica llevaba ya cinco meses de embarazo, cosa que había decidido mantener en secreto todo el tiempo que le fuera posible. Luego, con las prisas del viaje, no había podido encontrar una ocasión oportuna para decírselo. Amanda gozaba de una salud magnífica y esperaba que el nacimiento de su hijo tuviera lugar el día de Navidad, más o menos. Añadía que no tenía por qué preocuparse por ella. La prima Margaret se comportaba con ella como una madre y ya había contratado los servicios de un médico francés para que la asistiera en el parto. Amanda se encontraba tranquila pero, naturalmente, deseosa de tenerle a él a su lado en el momento de nacer su hijo. Desde luego, por el hecho de separarles el océano no había llegado a alimentar vanas esperanzas … Con todo, confiaba en que la misión que William Pitt le encargara no le retendría en Europa tanto tiempo como para privarle de la gran alegría de presentarle a su primogénito nada más llegar al mundo.

La segunda misiva era para insistir sobre su buen estado de salud, facilitándole noticias relacionadas con la vida social en la isla. Varios párrafos estaban dedicados a Clarissa, quien continuaba siendo la muchacha preferida de Martinica. No daba preferencia a ninguno de sus numerosos pretendientes y había rechazado ya una docena de ofertas de matrimonio.

No se había repuesto aún de la sorpresa Roger cuando llegó a la casa Droopy, que acababa de asistir a una reunión en la Real Sociedad de las Artes. En la sobremesa de la cena los dos amigos brindaron numerosas veces a la salud de Amanda y de su preciosa

carga.

A la mañana siguiente Roger se encaminó a Downing Street, solicitando ser anunciado al primer ministro. Éste le hizo esperar casi dos horas, recibiéndole después con una cordial sonrisa.

— Estoy convencido de que tenéis que contarme muchas cosas, señor Brook. Por tal razón me he apresurado a despachar los asuntos más urgentes, a fin de estar libre y de poder dedicaros este rato. ¿Me aceptaréis un vaso de Oporto?

Roger le dio las gracias, acomodándose en el extremo opuesto de una mesita, frente a William Pitt. Inmediatamente procedió a hacer el relato de sus aventuras a lo largo de las siete semanas anteriores, terminando aquél con las siguientes palabras:

— Así, pues, señor, convendréis conmigo en que nuestros planes han de ser aplazados por espacio de varios meses. Sin la seguridad de un apoyo concreto en París, Pichegru no hará el menor movimiento y yo estoy convencido de que no existe la posibilidad, por ahora, de conseguir la ayuda ansiada. No, en tanto que por algún giro de la caprichosa fortuna no sean desplazados de sus puestos los bribones que ejercen el supremo poder en Francia. Lamento haber fracasado en esto, pero …

El primer ministro levantó una mano, atajándole.

— Por favor, no sigáis, señor Brook. Siempre estuve seguro de que en cuanto os lo propusierais lograríais volver a estableceros en París. En este aspecto podéis apuntaros un buen tanto. Y de no haber sido por los sucesos del 13 Vendimiario habríais llegado a dar un *coup* maestro. No regresáis con las manos vacías, precisamente. Vuestra entrevista con el general Pichegru fue un éxito, del que estamos recogiendo ya excelentes frutos.

Roger esbozó una sonrisa.

— Gracias, señor. Me inspiraba muchos reparos arriesgar una gran suma pensando exclusivamente en la buena fe de Pichegru. No obstante, antes de abandonar París me llegaron informes de los que deduje que el general se proponía de veras ganar ese dinero. Su fallo al emprender la conquista de Heidelberg debe ser considerado como un acto voluntario. La posesión de esa ciudad se me antojó a mí la clave de toda la campaña a causa de la red de comunicaciones que convergen en ella.

— Nuestros expertos en cuestiones militares ratificarán su creencia. Por vez primera, además, los austríacos no se han mostrado lentos al aprovecharse de la oportunidad que se les ofrecía. El ejército del general Jourdan se encuentra ahora

detenido detrás del río Neckar y como depende en cuanto a sus abastecimientos de los distantes Países Bajos tendrá que retirarse o sufrir una terrible derrota. El hambre ha debilitado enormemente a sus tropas. Entretanto, los austríacos podrán contener a Pichegru en Mannheim e incluso obligarle a repasar el Rin. Sin embargo, a mí me agradaría que nos estuviésemos encaminando hacia un tratado de paz.

— Me temo, señor, que tal como andan las cosas hay pocas esperanzas de que se realicen vuestros deseos.

— Lo sé, lo sé — replicó William Pitt, molesto —. Pero la nación la necesita y está a punto de exigirla. El día 29 del pasado mes la carroza de Su Majestad fue apedreada cuando se dirigía al Parlamento. La multitud gritaba pidiendo la cesación de las hostilidades. Tal episodio, teniendo en cuenta la extraordinaria popularidad del rey, hasta el momento, indica a las claras cuál es el sentir de la gente.

Roger movió entristecido la cabeza.

— Malas noticias son ésas verdaderamente, señor. Solamente puedo decir que me hubiera gustado seros más útil.

— No tenéis por qué disculparos. Ningún otro hombre hubiera logrado superar vuestra labor. De no ser por vos nos hallaríamos en una situación aún más apurada. Este invierno era posible que los austríacos se hubiesen visto obligados a pedir la paz. Al menos vos les habéis proporcionado un respiro hasta la primavera. Ya es bastante. Entretanto parece ser que es bien poco lo que podemos hacer. Aguardaremos tiempos mejores.

— ¿Debo entender, señor, que me dejáis en libertad? ¿Me permitís que regrese a Martinica?

— Sí, si ése es vuestro deseo. No obstante, yo preferiría teneros más a mano.

— Eso es difícilmente posible si he de cumplir con las obligaciones inherentes a mi cargo de Gobernador.

— Harry Dundas me ha dicho que habéis llevado a cabo una carea magnífica en la isla. Esto significa que vuestras facultades se acomodan a la misión que os ha confiado el ministro. ¿Seguís opinando, pese a todo, que ese puesto, tan alejado del centro de los sucesos de que hemos estado hablando, llenará vuestras apetencias?

— Indefinidamente, no, quizás — admitió Roger —. Pero para mí encierra grandes atractivos y creo que durante varios años me sentiré feliz desempeñándolo.

William Pitt frunció el ceño.

— Me gustaría que pensarais de otro modo. Bien. Si os cansáis de estar allí no tenéis más que decírmelo. A Dundas no le costará trabajo dar con un hombre capaz de sustituiros y de pagaros diez mil libras por el privilegio. Ahora voy a dar instrucciones para que el señor Rose os transfiera a vuestra cuenta cinco mil a modo de reconocimiento, por el señalado favor que habéis hecho a la causa aliada.

— Sois muy generoso, señor, y os estoy profundamente agradecido.

El primer ministro, sonriente, se puso en pie.

— ¿Pensáis regresar a Martinica en seguida o queréis antes gozar de unos días de asueto en Londres?

Roger se levantó también.

— Me propongo embarcar en el primer buque que salga para allá. He sabido que mi esposa espera un hijo que nacerá por Navidad. Se trata de nuestro primogénito y me gustaría estar a su lado en tal momento.

— Me parece que voy a seros útil en ese sentido. La próxima semana zarpará para las Indias Occidentales una flota con considerables refuerzos, a las órdenes del general *sir* Ralph Abercromby, nombrado comandante en jefe allí. Daré instrucciones al Almirantazgo para que se os busque alojamiento en uno de los buques de guerra. Presentad mis respetos y mi felicitación a la señora Brook.

Roger salió de la casa del primer ministro muy satisfecho de los resultados de la entrevista. Cinco mil libras eran un buen ingreso, que incrementaba la pequeña fortuna que había ido acumulando en el curso de los tres años anteriores. Por añadidura gozaba más que nunca del favor del primer ministro.

Al regresar a Inglaterra había esperado tener ocasión de pasar varias noches en Stillwaters, con Georgina, pero el día anterior Droopy Ned le había notificado que ella se encontraba en Bath, tomando las aguas. Así, pues, a menos que el buque que había de llevarle a Martinica zarpara de Bristol, pocas eran las probabilidades que se le ofrecían de verla. Para consolarse adquirió cierta cantidad de juguetes caros, nada adecuados para su ahijado, excesivamente joven todavía para disfrutar de los mismos. A continuación escribió una larga carta a Georgina, la cual saldría en la fecha de aquéllos.

Por la noche recibió una comunicación del Almirantazgo. La flota saldría de Spithead, rumbo a Barbados, el 18 de noviembre.

Contaba con alojamiento en la fragata *Swiftsure*. La travesía iba a ser segura y rápida. Entre Barbados y Martinica había un tráfico marítimo bastante intenso. Con buen viento no tardaría más de un día en desplazarse de un punto a otro. Como no tenía ni la más remota idea acerca de lo que le aguardaba todo aquello le pareció de perlas.

Los tres días siguientes los pasó visitando viejos amigos y comprando innumerables regalos para Amanda. Asimismo, adquirió todo un surtido de ropas de bebé, suficientes, aproximadamente, para equipar a los ocupantes de una Casa de Maternidad. En la mañana del 17 se despidió de Droopy Ned, encaminándose a Portsmouth con Dan. Aquella misma noche pisaban la cubierta del *Swiftsure*.

La primera noche de navegación la flota fue sorprendida por una terrible tempestad en el paso de Calais, viéndose dispersada. Cuando Roger se hubo recobrado un poco de los efectos del mareo y pudo subir a cubierta se encontró que el *Swiftsure* habíase adentrado en el Atlántico, después de perder durante la tormenta el palo de trinquete. Esto implicaba una adición de varios días de navegación al reducirse la velocidad de la nave.

Roger no dejó de exteriorizar su disgusto, motivado por la impaciencia que le dominaba, pero en fin de cuentas esto no conducía a nada práctico. En la víspera de Navidad, sin haber avistado a ninguno de los otros buques, el *Swiftsure* recalaba en Bridgetown, Barbados. Una buena embarcación mercante había empleado en la travesía menos tiempo del que ellos necesitaran. A la hora de desembarcar Brook había contratado los servicios del capitán de una goleta para que le llevara a Martinica. El primer día de Pascua, poco después del amanecer, aquélla entraba en Fort Royal.

Dejando a Dan el encargo de recoger su equipaje, Roger saltó a tierra inmediatamente. Unos minutos más tarde subía a un carruaje conducido por un negro somnoliento que se había acercado al muelle a primera hora. Subió en él hasta el Chateau, donde, por el hecho de hallarse en invierno de nuevo, tenía la certeza de encontrar a Amanda. Al entrar en el edificio los servidores de la casa se aprestaban a atender a sus diarias obligaciones. Al plantarse en el vestíbulo todos dejaron de trabajar. Sorprendidos por su inesperada aparición se le quedaron mirando como si fuera un duende.

Luego salió de un pasillo un joven criado de rizados cabellos, con los ojos desorbitados, casi en blanco. Una de las servidoras

lanzó un gemido, cubriéndose la cabeza con su delantal. Varias negras más echaron a correr escaleras arriba, subiendo los peldaños de tres en tres.

Sonriente ante la conmoción causada Roger se lanzó en persecución de la primera, que consiguió perderse por un corredor del segundo piso antes de que él hubiera logrado alcanzar el primero. En aquel momento Roger no lo sabía pero lo cierto era que la chica había marchado en busca de *madame* de Kay para anunciarle su llegada. De pronto oyó un portazo, surgiendo aquella mujer a su izquierda. Llevaba todavía la cabeza cubierta de rizadores y se ceñía al cuerpo con torpeza una bata que indudablemente acababa de ponerse a toda prisa.

Riendo, Brook, le dijo:

— ¿Llego a tiempo todavía? Debí llegar aquí hace varios días pero el maldito buque en que me embarqué se retrasó inesperadamente.

Ella le contestó acercándosele:

— Llegas demasiado tarde, querido Roger. El alumbramiento fue en la víspera de Navidad …

— ¡Oh, bien! ¡Qué se le va a hacer! Bueno, no importa — manifestó Roger con un encogimiento de hombros —. En cuanto a Amanda y el chico … Porque estoy seguro de que se trata de un varón … ¿Cómo están?

Unas lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de la prima Margaret, quien repuso tartamudeando:

— Tienes … tienes una hija, Roger. Pero la pobre Amanda … Al dar a luz … mu … murió. La enterramos ayer.

Capítulo XXIII

ENTREVISTA A MEDIANOCHE

Aquellas palabras, «la enterramos ayer», parecían más terribles, más aniquilantes que lo que traslucían. Roger, horrorizado, se quedó rígido, inmóvil, estremecido hasta lo más profundo de su ser.

Amanda había sido una mujer fuerte, normalmente constituida. Jamás había estado enferma. Brook sabía de algunas mujeres que al dar a luz habían muerto … El nacimiento de un hijo era siempre un riesgo. Sin embargo, nunca le había pasado por la cabeza la idea de que su esposa podía perder la vida en semejante trance.

Su matrimonio no había sido un idilio precisamente. Antes de llegar a aquél los dos habían vivido amorosos episodios que tomaron tortuosas direcciones. En consecuencia, ninguno de los dos había albergado la ilusión de ser para el otro la única persona en el mundo. Pero durante su larga luna de miel en Italia y el siguiente año habían aprendido a conocerse y estimarse. Al cabo de seis meses más las deudas y las inquietudes personales llevaron a Roger cerca de William Pitt, para reanudar su labor de otros tiempos en Francia. Así pues, en el transcurso de los dos años siguientes habían estado juntos pocas veces, apartándose uno de otro gradualmente. Tras la caída de Robespierre, al regreso de Brook a Inglaterra, había habido una auténtica reconciliación. Habíase creído aquél harto de la azarosa vida que llevara, inclinándose por tal motivo a renunciar definitivamente a la misma. Los peligros compartidos a lo largo de muchas semanas, después de la captura de la *Circe*, habían acabado de acercarles. Y luego … jamás se habían sentido más dichosos que durante su estancia en Martinica.

A diferencia de la mayor parte de las mujeres Amanda nunca se

había mostrado curiosa en lo atañente a las cosas personales de su marido. Su fallo radicaba en una irritante vaguedad con respecto a los asuntos de carácter práctico, en una irresponsabilidad absoluta en relación con el dinero … No existía seguramente una persona en el mundo con quien fuera más fácil la convivencia. Amanda había sido delicada, cortés, generosa en sus ideas y en sus acciones, hallándose dispuesta a reír en cualquier momento. Y ahora … ahora se había marchado para siempre.

— ¡Roger! — la suave voz de *madame* de Kay apenas si llegó a su confuso cerebro —. Sé que esto tiene que ser un golpe terrible para ti. Quisiera haberte dado la noticia de otra manera y lo habría conseguido de haberme avisado alguien tu llegada. Yo quería que tú la hubieses visto. Era una muñeca. Daba una sensación de paz su rostro … Pero en este cálido clima el funeral …

— ¡Por favor, por favor! — Roger levantó agitado una mano —. Os ruego que no sigáis. Quiero estar solo.

Separándose de *madame* de Kay entró en el dormitorio que compartiera con Amanda.

Todo estaba limpio y en orden, exactamente igual que cuando lo viera la última vez. Sobre el tocador se encontraban los efectos utilizados diariamente por su mujer … Roger abrió el guardarropa, contemplando sus vestidos, todavía colgados allí. Al oír un leve ruido en la puerta su corazón pareció cesar de latir. Por un momento le dominó la idea de que acababa de despertar de una espantosa pesadilla, pensando en que nada más volver la cabeza vería a Amanda entrando en la habitación … Pero se trataba de la prima Margaret, que le había seguido hasta allí.

Habíase secado las lágrimas y ya acertaba a dominarse perfectamente al hablar.

— No es posible que hayas desayunado, Roger. Tienes que comer para mantenerte fuerte, querido. Dentro de un cuarto de hora quiero que bajes al comedor. Para entonces te tendré preparado algo …

— No … No conseguiría llevarme nada a la boca — repuso él con voz ronca —. No quiero nada … Excepto, sí … haced el favor de ordenar que preparen una habitación para mí.

— Siempre hay un par de ellas dispuestas para los huéspedes — murmuró *madame* de Kay.

Ésta, advirtiendo que de momento cualquier intento que realizara para consolarlo sería inútil, optó por marcharse.

Durante unos diez minutos Roger estuvo tocando los objetos

personales de Amanda. Tenía la mente como embotada y no se daba cuenta exacta de lo que hacía. Poco después entraba en su cuarto, dejándose caer abandonadamente sobre un sillón.

Una hora más tarde Dan llamaba a la puerta y al no recibir contestación decidió entrar. No dijo nada pero su silencio, al plantarse con los hombros encogidos frente a su señor, venía a ser la más expresiva muestra de condolencia.

Roger le dijo al cabo de unos segundos:

— Tráeme un poco de vino. Madeira. Media docena de botellas.

Sin pronunciar una palabra, Dan cumplimentó la orden, descorchó una de las botellas, llenó un vaso y se lo alargó a Brook.

A última hora de la tarde Dan volvió a entrar, llevándole una bandeja con algunos alimentos. Observó que tres de las botellas estaban vacías. Roger tenía los ojos brillantes pero no se hallaba bebido. Es algo inexplicable, pero el alcohol ejerce muy pocos efectos sobre algunas personas en momentos de gran alegría o pesar. Había consumido las otras tres botellas y continuaba igual cuando Dan entró en la habitación de nuevo por la noche. Brook permitió que su servidor le ayudara en la tarea de quitarse las botas. Pero se desnudó él mismo, acostándose seguidamente.

A la mañana siguiente fue a verle su prima, pero él le rogó que le dejara en paz. Luego apareció ante Roger el doctor Fergusson, al que aquél echó del cuarto diciéndole:

— ¡No necesito a ningún médico, señor! ¡Ocupaos de vuestros asuntos!

Durante dos días comió poco y continuó bebiendo, aunque con moderación. Permanecía sentado horas enteras, mirando al vacío. A la cuarta mañana se abrió la puerta de su habitación para dejar paso a Clarissa. Llevaba un vestido de luto. Con aquella ropa resaltaban sus dorados cabellos, su blanca tez. Traía entre los brazos un pequeño bulto de muselinas y encajes. A sus espaldas se encontraba la prima Margaret, que avanzó con gesto temeroso.

— Roger — Clarissa le habló sonriendo vacilantemente —. Te he traído a tu hija, para que la vieras.

— Llévatela — replicó él fríamente —. No quiero verla …

— ¡Roger! — protestó la muchacha —. Es algo tan lindo … Se trata de tu hija. ¿Cómo es posible que la rechaces cuando Amanda dio su vida por ella?

— ¡Tú lo has dicho! — rugió él, con los ojos llameantes de furia —. ¿Cómo crees que puedo complacerme en mirar aquello que la mató? ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

Después de esto le dejaron solo por tres días. Llegó el día de Año Nuevo, el de 1796, sin que Roger reparara en tal cosa. El 2 de enero el coronel Penruddock entró en su habitación sin anunciarse, para decir inmediatamente:

— ¡Señor Brook! Bueno, por ser hombre de más edad que vos y vuestro amigo me permitiréis que os llame por el nombre de pila. Roger: cuantos estamos aquí os profesamos un gran afecto y nos interesamos por vuestras cosas. Nadie que hubiera conocido a Amanda puede dejar de comprender la tragedia que para vos significa su pérdida. Pero por mucho que su muerte os haya afectado este exceso no es permisible. Tenéis deberes para con vos y los demás. Me han dicho que rechazáis a los que vienen a veros. Ahora bien, debido al cargo que ostentáis tenéis que escuchar mi informe en relación con ciertos sucesos que han ocurrido aquí durante vuestra ausencia. En la Asamblea, en el ayuntamiento, hay muchas personas que se preguntan cuándo podréis recibir a sus delegados, de manera que éstos, a su vez, puedan cumplir con sus obligaciones. No podéis hacerles esperar indefinidamente. Y, sobre todo, os estáis portando con una desconsideración monstruosa por lo que respecta a *madame* de Kay y a la señorita Marsham. Os obstináis, incomprensiblemente, en rechazar sus atenciones y aislaros de todos. Os pido, por el amor de Dios, que os conduzcáis como el hombre que sois, que os enfrentéis de nuevo con el mundo.

Dirigiéndole una sombría mirada, Roger replicó:

— Coronel: estimo en lo que vale vuestra visita y el motivo que la ha suscitado. Sin embargo, debo rogaros que no la repitáis. Yo ya no puedo servir de gran cosa y tampoco me importa mucho lo que el mundo piense de mí. A esos delegados que esperan les seré de escasa utilidad en el caso de decidirme a abandonar mi voluntario encierro. Incluso sería peor que esto sucediera porque quizás, de ponerse a mi alcance, llegara a estrangular al médico que permitió que mi mujer muriera. Luego os veríais obligado a mandar que me colgaran. De haberme necesitado el primer ministro más tiempo en Europa yo habría estado ausente de aquí por espacio de un año más, tal vez. Entonces habríais tenido que continuar sustituyéndome. Este golpe me ha dejado imposibilitado. No sería capaz de concentrarme en los asuntos propios de mi cargo. Mi deseo, por tanto, es que me dejéis entregado a mis reflexiones y vos sigáis trabajando como si yo no hubiera venido.

Penruddock no contestó nada al observar la glacial mirada de

su interlocutor.

— A vuestras órdenes, excelencia — murmuró con una inclinación al cabo de unos segundos, abandonando la estancia.

Durante los seis días que vinieron después Roger no modificó en lo más mínimo su régimen de vida. O dormía o permanecía sentado horas enteras, con la mirada perdida en el vacío. No quería ver a nadie, excepto a Dan. Por las manifestaciones de este último *madame* de Kay y el doctor Fergusson temían que acabara perdiendo el juicio. Dan no pensaba igual. El fiel servidor de Roger insistía en que su señor poseía un cerebro tan lúcido como siempre. Simplemente: se hallaba embotado, adormecido, y necesitaba de algún impulso especial para salir de aquel letargo. Fergusson se mostró de acuerdo con tal idea, añadiendo que a menos que ese impulso se presentara pronto el final para Brook sería irremediablemente la locura. Clarissa presenció esta conversación, marchándose luego a su cuarto, donde estuvo largo tiempo absorta en sus reflexiones.

Aquella noche Roger se acostó alrededor de las diez, su hora de costumbre. A las once se quedó profundamente dormido. Poco después de la medianoche percibió un leve ruido que le desveló. Al abrir los ojos distinguió un destello de luz. Luego se volvió para encontrarse con que las cortinas de su lecho habían sido apartadas. Delante de él se hallaba Clarissa, con una palmatoria en la mano, mirándole fijamente.

Vestía un camisón oscuro, sujeto al cuello por una ancha cinta de seda, en un lazo cuyos extremos caían sobre su seno. El óvalo perfecto de su faz estaba enmarcado por dorados rizos, estando iluminado por la temblorosa llama de la vela. Roger creyó por un momento que estaba soñando. Ella pareció adivinar sus pensamientos, apresurándose a decirle con serena voz:

— No, no se trata de un sueño, Roger. Esto es real.

— ¿Qué … qué diablos haces tú aquí? — inquirió él, desconcertado.

— No te muestres tan rudo, Roger — replicó Clarissa, sonriendo —. Quizás he llegado aquí a una hora excesivamente avanzada. He venido para desearte un feliz cumpleaños.

— ¿Hablas de cumpleaños? — preguntó Roger apoyándose en un codo —. ¿Del mío? No me acordaba, en absoluto, de tal cosa. Todos los días me parecen iguales ahora. Desde la muerte de Amanda … ¡Oh, Dios mío!

— Lo sé. Esa desgracia te ha trastornado. Pero ella no habría

deseado que tú continuaras así para siempre … Y con su último suspiro me encargó a mí que cuidara de ti y de la niña.

— ¿Por qué pensó en ti y no en la prima Margaret?

— Porque estaba convencida de que yo podría hacerte feliz.

Roger guardó silencio un momento, diciendo luego, ásperamente:

— ¿Es que le dijiste que estabas enamorada de mí?

— No. Nunca hubiera sido capaz de hacer tal cosa. Amanda lo adivinó. Instintivamente, las mujeres solemos ver con claridad cuando se trata de esas cuestiones.

— ¿Y no se mostró dolida?

— No. Aunque yo no merecía su generosidad confió siempre en mí plenamente. Ignoraba que yo te había confesado mi amor. Poco antes de entrar en la agonía hizo salir del cuarto a la prima Margaret para hablarme, expresando su esperanza de que tú te casaras conmigo.

— No abrigo la menor intención de casarme con nadie.

Ella movió la cabeza.

— Yo no he supuesto lo contrario. En consecuencia, por ser tu cumpleaños te he traído un presente.

Roger frunció el ceño.

— ¿Un presente? ¿Qué tiene que ver eso con lo que estábamos hablando? No te comprendo.

Mientras él hablaba Clarissa había dejado la palmatoria encima de la mesita de noche, dando un paso hacia atrás. Con una mano tiró rápidamente de uno de los extremos del lazo que cerraba su camisón a la altura del cuello y con la otra acabó de abrir aquél. Debajo no llevaba absolutamente nada … La joven dejó luego con toda naturalidad la prenda encima de una silla, plantándose ante Roger completamente desnuda, ofreciéndose a él en toda su belleza.

— Ese presente soy yo misma — dijo en un susurro, fijando la vista en el piso.

— ¡Clarissa! — exclamó Roger asombrado —. ¿En qué piensas? ¿Es que te has vuelto loca? Ponte inmediatamente ese camisón y regresa a tu cuarto.

— No, no estoy loca — los azules ojos de la muchacha se clavaron en los de él repentinamente, hablando con firmeza —. Tengo diecinueve años y sé muy bien lo que me hago.

— ¡Ah, vamos! Ya me doy cuenta de que eres una mujer — admitió Roger —. Pero debes haber perdido el juicio. Sólo así se

explica tu conducta.

— ¡Tú eres el que lo ha perdido, Roger! — replicó ella rápidamente —. Yo me comporto como cualquier mujer enamorada, una muier que desde hace más de un año ama a un hombre. Tú, en cambio, pareces ser víctima de un hechizo, un extraño hechizo dictado por la muerte, el cual está destruyendo lentamente tu cerebro. Yo estoy aquí precisamente para romper aquél

De pronto Clarissa se estremeció y dando un paso adelante apartó las ropas del lecho, diciendo:

— ¡Tengo frío, Roger! Por el amor de Dios, déjame acostarme a tu lado.

— ¡No! — contestó él con voz ronca —. ¡No, no! ¡No pienso permitirte esto!

Pero Clarissa se había arrodillado ya en la cama. En el momento de incorporarse Roger para obstaculizar su propósito su hombro entró en contacto con el de la chica, experimentando algo así como una descarga eléctrica al notar el suave calor del mismo. Inmediatamente, la joven le abrazó, oprimiendo su entreabierta boca contra la de Roger, en un apasionado beso.

Fuera de sí, él correspondió a su abrazo con idéntico ardor. Después del beso Clarissa ahogó un grito de triunfo.

— ¡Te he vuelto a la vida, Roger! Sabía perfectamente que, de quererlo, podías amarme.

Silenciosamente, él la cogió de las muñecas, intentando apartarse, manifestando con frialdad:

— Te equivocas, Clarissa, al suponer eso. He cesado de vivir y no tengo la menor intención de hacerte el amor — tras un segundo de reflexión, consciente de que aquél era el único medio que se le ofrecía para desalentarla, añadió algo que no era cierto —: Haz el favor de ser comprensiva. Esto no tiene nada que ver con el recuerdo de Amanda. Se trata, sencillamente, de que jamás me has inspirado el menor deseo.

Sus palabras produjeron en la chica un efecto instantáneo. El cuerpo de Clarissa pareció perder todo vigor. Echándose a un lado, sollozó:

— ¡Oh, Dios mío! ¡Tener que sufrir también esto!

— Te ruego que seas sensata — se apresuró a contestar Roger, arrepentido —. Debiste habértelo imaginado a raíz de aquella conversación que sostuvimos en el bosque.

— No, no — insistió ella con temblorosa voz —. Tú me diste a

entender entonces que por consideración a Amanda no podías pensar en mí. Y yo apunté que por el mismo motivo te habría rechazado de haberte dedicado a hacerme la corte. Sin embargo, yo he confiado siempre en que un azar imprevisto acabaría por unirnos. ¡La muerte de ella no, desde luego! Pensaba, sencillamente, en que volveríais a separaros, en que se repitiera lo que ya ocurrió una vez. Esta idea ha sido la que me ha llevado a rechazar una docena de ofertas de matrimonio, formuladas por hombres de excelente posición, y a no hacer el menor caso de centenares de seductores. En esta isla no habrá un solo hombre que no sea capaz de dar la mitad de lo que tiene a cambio de dormir conmigo. No obstante, tú — el único a quien me entregaría sin vacilar —, no tienes más que duras palabras para mí. Pese a hallarme aquí, compartiendo tu lecho, sigues empeñado en tratarme como si fuera una leprosa. ¡Oh, Roger! ¿Por qué eres así?

— Lo siento — dijo Roger —. No me proponía herirte.

— ¡Herirme! ¡No lo hubieras podido hacer mejor de haberme atravesado con una barra de hierro al rojo vivo!

Estas últimas palabras quedaron ahogadas por sus sollozos. Roger dejó que se desahogara. Luego le pasó un brazo por debajo de los hombros, permitiéndole que reclinara la cabeza en su pecho. Ella no hizo ningún movimiento. No intentó resistirse ni aproximarse más a él. Continuaba llorando.

— Vamos, vamos — murmuró Roger, como si se estuviera dirigiendo a una criatura —. No lo tomes así, querida. Al menos tienes la seguridad de que te profeso un gran afecto.

Al oír esta última palabra un estremecimiento más fuerte aún sacudió el cuerpo de la joven, tornándose sus sollozos más violentos. Los esfuerzos de Roger por consolarla fueron vanos. Éste no sabía siquiera si le oía. Al cabo de un largo rato, gradualmente, Clarissa dejó de llorar. Sobrevino entonces un período de silencio durante el cual a Roger le faltó valor para rogarle que se marchara a su habitación. Luego, su suave respiración, acompasada, tranquila, le dio a entender que Clarissa, rendida por la fatiga, se había quedado dormida.

Pasaron las horas. Roger continuó despierto, en tanto que ella seguía durmiendo tranquilamente a su lado. El brazo que colocara bajo sus hombros le dolía por lo forzado de la posición, pero no quiso retirarlo hasta el momento en que notó en las ventanas las primeras luces del amanecer. Volviendo la cabeza la despertó besándola ligeramente en la mejilla más próxima a él.

Clarissa abrió los ojos, cuyos párpados se adivinaban todavía

cargados de sueño. De repente pareció acordarse del lugar en que se encontraba, pronunciando en un suspiro el nombre de él. Recordando sus palabras, cuando Clarissa le despertó a medianoche, Roger murmuró:

— No, no se trata de un sueño, querida. Esto es real.

— Debo haberme quedado dormida.

— En efecto — una débil sonrisa apareció en el rostro de Roger —. Esto de quedarse uno dormido en brazos del otro puede convertirse en un hábito. ¿No querías dormir conmigo, Clarissa? Pues bien, ya has realizado tu deseo.

— Y … ¿no ha ocurrido nada?

— Absolutamente nada.

La atractiva faz de la muchacha pareció nublarse.

— Entonces he fracasado en mi intento de suscitar en ti el impulso de que oí hablar al doctor Fergusson.

Por vez primera en dos semanas Roger se echó a reír.

— No puedo creer que hayas sido enviada aquí por el joven Fergusson, ni siquiera que él abrigara semejante propósito.

— ¡Desde luego que no! Fergusson no hizo más que sugerir que para arrancarte de tus sombríos pensamientos era necesario provocarte una emoción fuerte, capaz de reintegrarte a la normalidad.

— Pues lo has logrado plenamente, querida. No sé cómo ha sucedido esto … Debe haber sido todo obra de tu afán de curarme aliado con tu proximidad, que ha durado toda la noche. Algo de naturaleza desconocida debe haber fluido de ti, algo que ha venido a ser como un bálsamo para mi alma conturbada.

— ¡Oh, Roger! ¡Estoy tan contenta!

Él hizo una mueca.

— Mucho me temo que lo estés menos cuando conozcas las consecuencias de tu acción. Estas horas pasadas las he empleado en reflexionar. Tengo que trabajar, duramente, si es posible, ocupar mi imaginación en una tarea concreta que me absorba. La labor rutinaria de un Gobernador, en una isla en la que reina la paz, no me servirá … Además, de continuar viviendo aquí no podré evitar el constante recuerdo de Amanda. Me iré en el primer buque que zarpe de Martinica para Inglaterra y no regresaré jamás.

— ¿Y tu hijita? ¿No pensarás abandonarla, verdad?

— No. Más adelante me esforzaré por hacer de ella lo que cualquier otro padre por uno de sus vástagos. Pero ahora es

demasiado pequeña para emprender un viaje tan largo. Cuando yo haya dimitido de mi cargo estoy seguro de que la prima Margaret accederá a quedársela.

— ¿Y yo, qué? Amanda me encomendó el cuidado de la niña y yo acepté tal obligación de buena gana.

— Lo sé y por ello te estoy agradecido. Pero no quiero que llegue a ser un estorbo para ti. Mi mayor deseo es que aquí o en Inglaterra encuentres un buen esposo.

— ¿Qué quieres que haga entonces? ¿Que me case con un jovencito cualquiera, sin amarle, o que vuelva junto a tía Jane, para vivir sumida en una discreta pobreza?

— ¡Por Dios, Clarissa! ¿Qué has llegado a pensar de mí? Decidas lo que decidas seguirás bajo mi tutela.

— Dios te bendiga por ello, Roger — contestó la muchacha sonriendo —. Nunca creía, en realidad, que pensaras abandonarme. Tu prima Margaret no vacilará en acogerme en su casa, al menos por espacio de algunos meses. Ahora bien, yo me sentiría más a gusto si pudiese convertirme en una especie de huésped de pago en su hogar. ¿Qué has pensado hacer con la pequeña cuando sea algo mayor y yo pueda llevarla a Inglaterra?

— Te habrás enterado de que Georgina dio a luz un niño en el mes de agosto, ¿no? Siendo las dos criaturas de la misma edad, aproximadamente, podrían ser encomendadas a una sola servidora. Bueno, querida, creo que ya es hora de que vuelvas a tu habitación.

Clarissa, desnuda todavía, había permanecido tendida de espaldas, boca arriba, con las ropas del lecho subidas hasta su barbilla. Deslizóse fuera de la cama cautelosamente, extendiendo una mano para alcanzar su camisón.

— ¡Un momento! — dijo Roger, colocándose junto a ella al tiempo que la cogía de una mano —. Acércate a la ventana. Quiero presenciar el amanecer. Quiero también verte a ti bañada en su luz.

— Pero … ¡Roger! — protestó la joven, tratando de apartarse de él.

— No puedes negármelo — contestó él riendo —. Después de haber pasado juntos la noche no tienes por qué mostrarte pudorosa conmigo, ni avergonzarte de nada. Quizás no se me presente jamás en la vida una oportunidad de contemplar tan rara y espléndida belleza …

Obedientemente, Clarissa se dejó conducir por Roger hasta uno de los grandes ventanales. Al correr él las cortinas la grisácea luz

del amanecer bañó enteramente sus cuerpos. El sol acababa de elevarse por encima de las montañas, hacia el este. Un cinturón de sombras cubría las azuladas aguas de la bahía.

— ¡Mira! — exclamó Roger —. Por fin me siento con fuerzas para acoger con gozo la llegada de un nuevo día, de una nueva vida. Y eres tú la que ha hecho posible el milagro.

Al separarse de ella vio que los ojos de la muchacha se pobablan de lágrimas.

— ¡Oh, Roger! No sé qué pensar. Dices que soy muy bella. Y sin embargo, anoche me rechazaste. No podré comprenderte nunca.

— ¿Tan difícil es? — inquirió él serenamente —. No estoy hecho de piedra, Clarissa, pero el recuerdo de Amanda me impedirá por mucho tiempo que piense en tomar una nueva esposa. Convertirte en mi amante para más tarde dejarte sería una crueldad. Además, no quiero que por mi culpa te veas privada del goce de conocer el amor físico por vez primera con el hombre que te agrade, con el que vaya a convertirse en su día en tu esposo.

— ¿Has deseado poseerme, entonces?

Roger sonrió.

— Tanto, que cuando lleves algún tiempo de casada haré cuanto esté en mi mano para seducirte.

— Así pues, debo esperar, ¿no?

— Sí. Y si yo veo que en tu matrimonio los dos sois felices me esperarás en vano. Quiero que sepas, sin embargo, que siempre ocuparás un lugar privilegiado en mi corazón.

Clarissa le tendió los brazos. Roger la tomó entre los suyos, besándola. A continuación dijo:

— Cuando baje, dentro de unas horas, recuerda que te has de mostrar tan sorprendida como los demás. Ahora, guapa, tienes que irte. De lo contrario te expones a que uno de esos servidores de lanudos cabellos te vea salir de mi cuarto.

Roger le ayudó a ponerse el camisón. Desde la puerta vio cómo avanzaba de puntillas por el pasillo.

Cuando a su debido tiempo descendió a la planta baja todos se quedaron asombrados de verle animado, sonriente, con su buen humor de siempre. Aparte de excusarse ante su prima Margaret, Clarissa, Penruddock y Fergusson, por su grosero comportamiento de días atrás, no hizo ninguna alusión al pasado. Únicamente señaló más adelante que de poder ser, Amanda aprobaría su decisión de repartir sus objetos personales entre Clarissa y su

prima. Luego estuvo unos minutos mirando y acariciando a su hijita, conviniendo en que ésta recibiría el nombre de Susan Amanda.

Habiendo revelado su intención de regresar a Inglaterra pasó una hora con el coronel Penruddock, hablando de los asuntos de la isla. De otra hora de charla con el señor Beckwith sacó en consecuencia que durante el año en que ejerciera su cargo había conseguido un ingreso de más de cuatro mil libras, aparte de sus haberes. Como el puesto no sería cubierto hasta unos meses después esperaba hacerse con otra suma que calculaba en unas mil quinientas libras. Esto no dejó de causarle satisfacción.

De la isla no zarparía ningún buque en dirección a Inglaterra hasta quince días después. En cambio, de St. Pierre saldría veinticuatro horas más tarde una goleta que iba a Jamaica. Roger decidió embarcar en ella. Penruddock le rindió honores al frente del regimiento en el instante de subir a bordo de la embarcación. Tras los adioses de rigor, lo más alegres que permitían las circunstancias que rodeaban la marcha de Roger, aquélla se hizo a la mar mientras resonaban las atronadoras salvas de cañón prescritas por las ordenanzas.

Al segundo día de navegación por el Caribe, Roger se sintió muy arrepentido por su impaciencia, por culpa de la cual no se había decidido a esperar la llegada de un buque más grande que aquél en que viajaba. Un corsario seguía la estela de la goleta. Recordando sus tristes aventuras del año anterior Roger pasó unas horas de prueba. Pero la llegada de la noche salvó a la goleta de caer en poder del buque corsario. Finalmente, el día 15 ponía los pies sin novedad en el puerto de Kingston, donde vio fondeada una gran escuadra.

Los Williamson se mostraron tan complacidos como siempre al verle de nuevo. El general se hallaba muy abatido y le refirió una triste historia. Había pasado la mayor parte del año anterior dirigiendo las operaciones en Saint-Domingue, pero debido a la falta de preparación de las tropas, a la carencia de suministros y a los destrozos originados por la fiebre amarilla no había logrado prosperar en su avance sobre Toussaint ni derrotar a los revolucionarios de Víctor Hugues. Enfermo, agotado por sus esfuerzos, le había sido concedida una larga licencia. Pero su sucesor, *sir* Ralph Abercromby, había llegado tan solo el día anterior.

Aquella flota, en uno de cuyos buques Roger embarcara, había sufrido por efectos de una tempestad la pérdida de siete

transportes, naufragios que costaron muchas vidas. Durante otra parte de la travesía treinta embarcaciones habíanse visto obligadas a regresar al puerto de salida. Después de todo Brook había sido afortunado ya que podía haber llegado con un retraso mayor a Barbados en su viaje de ida.

Aquella noche conoció al nuevo comandante en jefe, con quien cenó. *Sir* Ralph parecía un «terrier» de las Tierras Altas. Era miope y contaba ya sesenta y dos años. Sin embargo, poseía aún una tremenda energía y se había ganado una buena reputación como militar al cubrir la retirada y evacuación de las fuerzas expedicionarias de Holanda durante el invierno precedente.

Tenía que acometer una tarea que habría amedrentado a un hombre de menos vigor que él. Aparte de la guerra de St. Domingue habría de hacer frente a otras revueltas de los esclavos de Santa Lucía, Granada, Dominica y St. Vincent. Demerara tenía que ser arrebatada a los holandeses, ya que estaba siendo utilizada para abastecer a los corsarios franceses. Los españoles también, pese a ser teóricamente neutrales, permitían que Trinidad fuese usada con idéntico propósito. Por último, aunque esto no era lo menos importante, Víctor Hugues, causa de todos aquellos males, se hallaba sólidamente atrincherado en Guadalupe.

Sir Ralph felicitó cordialmente a Roger por haber logrado mantener la paz en su isla, rogándole que alterara su decisión de regresar a Inglaterra. Roger se negó a ello con firmeza, añadiendo que cualquier hombre conseguiría realizar una tarea semejante a la suya si se molestaba en observar sus tres máximas, a saber: ganarse la voluntad de los colonos franceses; colgar a media docena de personas, aún en el caso de exponerse a que luego alguna de ellas fuese inocente … Siempre era preferible eso a consentir que por un exceso de complacencia los desórdenes tomaran un cariz más grave y en un conflicto de carácter general perdieran la vida centenares de seres. Por último había que preocuparse por la salud le los combatientes, anteponiéndola a cualquier otra cuestión.

El general se apresuró a decirle que compartía sus opiniones, anotando especialmente la tercera recomendación. Por lo visto uno de los imbéciles de Whitehall había privado a los soldados de los regimientos escoceses de sus típicas gorras y «kilts», equipándolos con sombreros de fieltro de ala ancha y pantalones de dril. El propósito de aquel bien intencionado teórico había sido proteger sus rostros de los ardientes rayos del sol y sus piernas de los mosquitos. Pero bajo las lluvias tropicales este nuevo uniforme

se había empapado de agua fácilmente y al retener la humedad había sido el culpable de innumerables pulmonías, un azote tan temible como la fiebre amarilla. A petición de *sir* Ralph, Roger se prestó a presionar sobre Windham, nada más pisar Londres, para que éste decidiera con carácter urgente la devolución a aquellas tropas de sus típicas gorras escocesas y «kilts». Brook recomendó a su nuevo amigo al coronel Penruddock, un hombre capaz, en quien se podía confiar siempre. A continuación le deseó a *sir* Ralph todo género de éxitos en las campañas que iba a emprender.

Dos días más tarde embarcaba en un correo que partía para Inglaterra. Tuvieron una travesía excelente, desembarcando en Liverpool el l de febrero. Al día siguiente tomó un carruaje, que le condujo a Londres. Unas horas después se hallaba instalado en Amesbury House. Lamentó mucho que, según le notificaron, Droopy se hubiese trasladado recientemente a Brighton, a fin de disfrutar de un poco de sol en pleno invierno. En la mañana del 17, tras una espera de una hora, logró entrevistarse con el primer ministro, al que explicó el motivo de su regreso.

Después de darle el pésame por la pérdida de su esposa, William Pitt declaró:

— A vos, señor Brook, no tengo por qué ocultaros que la causa aliada corre en la actualidad más peligro que nunca de acabar en un completo fracaso. Estoy muy preocupado. Todo lo que puede ser hecho a base de barcos, hombres y dinero se está haciendo ya. Ahora nuestra esperanza de mejor fortuna radica en la puesta en práctica de ideas originales, a cargo de hombres dotados de suficiente valor para aplicarlas. Vos podríais ayudarnos de esta manera. En consecuencia, vuestro regreso resulta doblemente acertado.

Roger movió la cabeza dubitativamente.

— Me temo que no tenga nada que sugeriros, señor. Únicamente puedo deciros que he decidido renunciar a mi cargo de Gobernador. Estoy dispuesto a servir a la Corona dondequiera que creáis que mi labor puede resultar útil.

— ¿Hasta qué punto estáis informado sobre la actual situación?

— En realidad no sé nada … Salí de aquí a mediados de noviembre y regresé ayer. Así pues, ignoro prácticamente todo lo sucedido en el campo de la política internacional durante los tres meses y medio pasados.

— Entonces haré un breve resumen de lo ocurrido en ese espacio de tiempo para vos. — William Pitt tomó un sorbo de Oporto y prosiguió diciendo —: El ejército que integran las fuerzas

de Austria y Cerdeña unidas logró mantenerse contra el general Kellerman hasta el otoño pasado. Pero desde que el comandante francés fue sustituido por el general Schérer las cosas distan mucho de marchar bien. Por la misma época, aproximadamente, relevamos al almirante Hotham, al frente de la flota del Mediterráneo, designando para ocupar su puesto a *sir* John Jervis. Su principal tarea ha sido continuar el bloqueo de Tolón, de modo que sólo pudo destacar una pequeña escuadra, a las órdenes de un joven capitán que promete, Nelson, al objeto de hacer cuanto pudieran para interrumpir las comunicaciones francesas con la costa italiana. Probablemente porque Carnot dirige nuevamente el esfuerzo de guerra francés hubo suministros de diversos artículos, todos ellos importantes. Los franceses, escasos luego de todo, planearon desencadenar una nueva ofensiva.

»Se me ha informado que el general Schérer no es un genio militar pero, al parecer, tiene a su mando a algunos soldados capaces y atrevidos. Sus nombres son: Augereau, Serurier, Joubert y Masséna. Este último infligió una severa derrota a nuestros aliados en Loano hacia finales del mes de noviembre. Afortunadamente, en lugar de sacar partido de tal victoria el general Schérer decidió retirarse a sus cuarteles de invierno. Pero ahora que se acerca la primavera las perspectivas que se adivinan en Italia para la causa aliada no son buenas, ni mucho menos.

»Con respecto al Rin, vos salvasteis la situación allí. El fallo premeditado de Pichegru en la toma de Heidelberg originó la retirada del general Jourdan, quien volvió a cruzar el río, estableciéndose en Traabach. Los austríacos le siguieron pero el invierno fue tan crudo que en diciembre no existía ningún ejército en condiciones de continuar la lucha. El 19 se concertó un armisticio y Jourdan se quedó en un campo fortificado situado en las alturas de la ciudad. Pichegru, entretanto, había permitido que le arrojaran de Mannheim. Luego se retiró, cruzando el Rin, a sus antiguas líneas de Weissenburg. También él allí, el 31 de diciembre, concertó un armisticio. Pero se ha producido una filtración. Se sospecha de él. Ha perdido la confianza de los rectores políticos. Según mis informes no ha sido arrestado todavía, pero le han privado del mando.

— Entonces ya no podemos esperar que continúe apoyándonos.

— No. Y fracasamos al intentar sobornar a Jourdan. Éste colgó a nuestro agente del árbol más próximo a su tienda de campaña.

— ¿Qué me decís de Rusia? — inquirió Roger —. ¿Ha ayudado la vieja emperatriz Catalina a los austríacos, como prometió?

— No. Tampoco confiamos en que lo haga ya. Por mi parte dudo de la capacidad de los austríacos. No creo que éstos se impongan al general Jourdan durante la primavera. Pacificada por el general Hoche de nuevo La Vendée la mayor parte del ejército que ha estado operando allí por espacio de tanto tiempo pasará a engrosar el que se encuentra en el Rin.

— ¿Puedo preguntaros, señor, si habéis considerado la conveniencia de hacer saber a los franceses, por vía diplomática, que estáis dispuesto a entrar en negociaciones con el fin de concertar la paz?

— Hemos ido más lejos. En efecto, llegamos a consultar a Viena, en nuestro deseo de averiguar qué condiciones estaría dispuesto a aceptar el emperador. Éste se muestra inexorable con respecto a las posesiones austríacas en Holanda. Como ya recordaréis, en octubre pasado Bélgica fue dividida en nueve departamentos e incorporada a Francia. Siendo esta medida tan reciente, no es probable que a los franceses se les pueda persuadir, imponiéndoles la condición de renunciar a dichos territorios. No obstante, el emperador insiste en que su retorno ha de constituir la base fundamental de cualquier arreglo y la Gran Bretaña no abandonará a su aliado. Por tanto no se ha hecho ninguna comunicación a París para sugerir que estamos dispuestos a conferenciar.

Roger asintió con sombría expresión.

— Deseaba ponerme al corriente de los movimientos de este tipo realizados hasta el momento al formular mi pregunta. En el mejor de los casos, aún cuando las condiciones fuesen favorables, no abrigo muchas esperanzas sobre su aceptación. Es decir, a menos que se hayan producido cambios radicales en la composición del Gobierno francés.

— No los ha habido. Los cinco miembros del Directorio son los mismos que cuando vos salisteis de París y además parecen hallarse más sólidamente encajados en sus respectivos puestos. Yo los tengo, sin embargo, por una pandilla venal. Como son virtualmente todopoderosos me he estado preguntando si seríamos capaces de sobornar a uno de ellos para concentrarnos en la tarea de hundir a sus camaradas. Francia necesita la paz. Tanto como nosotros. De ser la recompensa grande y poderles garantizar que no se tomarían represalias contra ellos por lo pasado quizás sintiera la tentación de recabar el apoyo del pueblo con objeto de lanzarse contra sus viejos colegas de las dos Cámaras.

Después de llenar su vaso de nuevo, devolviendo al primer

ministro la botella que le acababa de acercar, Roger denegó con un movimiento de cabeza.

— ¿Podríais ofrecerles algo que no posean en la actualidad? Los Ducados, los Gobiernos militares o civiles, las Órdenes, serían considerados cebos de escaso valor por quienes ostentan la quinta parte del poderío real francés. En cuanto al dinero … La situación de esos hombres les permite estar recogiéndolo hoy a manos llenas. Por añadidura, la paz, debidamente enfocada, ha de conducir a una Restauración y ellos no tendrán fe alguna en las garantías que se les ofrezcan. Como ya señalé en el transcurso de nuestra última entrevista nuestra única esperanza de seguridad reside en la alteración de su sistema de gobierno.

— ¿Qué os parece entonces si volviéramos a nuestro viejo plan de intentar hallar entre los generales de la Revolución otro Monk, capaz de apoderarse de París para nosotros? Ya os he dicho que fracasamos en nuestro empeño de sobornar al general Jourdan. Pero ahí están todavía Moreau, Hoche, Kellerman, todos ellos militares de excelente reputación, y ese hombre nuevo, Bonaparte, que manda el Ejército del Interior.

Roger reflexionó unos momentos antes de contestar.

— Bonaparte serviría nuestros propósitos mejor ya que se encuentra en París. De querer, podría apoderarse de la capital sin necesidad de marchar sobre ella desde fuera. Para los otros sería un hueso difícil de roer. Desgraciadamente es un revolucionario convencido, por lo que sus ideas políticas supondrán un obstáculo poco menos que invencible. Debo decir que a mí me ha parecido un joven de desmesuradas ambiciones. Es poco probable que el bastón de mariscal, el castillo de Chambord y todas las otras cosas ofrecidas a Pichegru le tienten, decidiéndole a sacarnos las castañas del fuego.

— Entonces, señor Brook, el mejor servicio que podéis hacerme es regresar a París y probar a llegar a un arreglo con el general Bonaparte.

Roger tenía ahora buenos motivos para alegrarse de haberse marchado de la capital francesa tras poner en ejecución un plan que había servido para cubrir su retirada en lugar de desaparecer, simplemente, sin la menor explicación. Esto significaba (aunque en su peligroso trabajo siempre existían riesgos imprevisibles) que en esta ocasión podía acceder a la solicitud del primer ministro fácilmente y presentarse en París sin las reservas de la vez anterior.

William Pitt, alegando que a no mucho tardar la primavera se

les echaría encima, dando lugar al comienzo de nuevas campañas, que quizás trajeran desagradables consecuencias para los aliados, insistió en que Roger acometiera su misión lo antes posible. Consecuentemente, hubo de desistir ya de visitar a Georgina. Provisto de las imprescindibles libranzas, para obtener fondos en París, las cuales ocultó entre sus ropas, abandonó Rochester, embarcando a la tarde siguiente en un cúter especialmente puesto a su disposición.

Desembarcó en las inmediaciones de Calais unas doce horas después, al amanecer. Los dos días siguientes fueron de intenso sufrimiento para él. La diligencia en que viajaba quedábase a menudo atrapada en las empantanadas carreteras que conducían a la capital, viéndose Roger obligado a colaborar en la tarea colectiva de empujar al vehículo. El día 21 de febrero, poco antes del mediodía, llegaba por fin a París.

En *La Belle Etoile* el matrimonio Blanchard le recibió con el agrado de costumbre y sin formular preguntas. Una vez en su habitación se dio un baño, cambiándose acto seguido de ropas. Púsose las prendas que guardaba en su guardarropa secreto, confeccionadas de acuerdo con la moda imperante en la ciudad. Luego bajó, comiendo en compañía de los dueños de la casa.

Poco tenían éstos que contarle. La mitad de la población de París se moría literalmente de hambre. Todo el mundo se hallaba acobardado ante las tropas del Gobierno y la reorganizada Guardia Nacional, fiel a aquél ahora. Un tercio de los habitantes, que contaba con ciertas mercancías o efectuaba servicios superiores a las labores manuales se beneficiaban del oro largo tiempo escondido, puesto nuevamente en circulación. La clase alta llenaba los salones particulares, teatros, bailes públicos y cafés, alardeando de un lujo nunca visto desde la época de la Monarquía. Las costumbres eran tan licenciosas que no hubieran sido toleradas en los días del más inmoral de los reyes, Luis XV.

A las seis Roger se hizo conducir en un coche al Palacio de Luxemburgo, donde preguntó por Barras. Le dijeron que a las ocho el Director celebraría una *soirée*. Decidió esperar en un café, regresando al palacio a la hora indicada. Como ocurriera en otro tiempo en los palacios reales, era permitida la entrada en aquél a toda persona respetablemente vestida. El largo vestíbulo del Luxemburgo se encontró pronto atestado de *merveilleuses, incroyables*, oficiales del ejército, diputados y ciudadanos prominentes. Roger reconoció a muchos amigos entre aquella gente, por lo que pasó otra hora intercambiando reverencias,

besando manos femeninas, murmurando de unos y de otros y contando mil veces la historia que ya llevaba preparada, relacionada con su regreso a París aquella mañana después de una estancia de cerca de cuatro meses en el sur de Francia.

En cierto momento se oyeron unos discretos susurros. La gente formó calle y apareció ante todos Barras, resplandeciente con sus prendas de raso y los cabellos cuidadosamente empolvados. Avanzaba lentamente, deteniéndose aquí y allí para charlar brevemente con unos amigos, sonreír a una linda mujer que acababa de descubrir o saludar con un leve ademán a un amigo. Le seguía el señor Bottot, su secretario. Barras contestaba a cada petición escrita con la promesa formal de leerla personalmente y escuchaba con cortés atención los mil favores que solicitaban de él …

Cuando vio a Roger, quien, debido a su estatura, podía permanecer detrás de las primeras filas de invitados sin exponerse por ello a pasar desapercibido, levantó una mano, llamándole con un gesto de alegría.

— ¡Me encanta volver a veros! Uníos a mi grupo más tarde en el salón. Ya me contaréis qué es lo que habéis estado haciendo durante vuestra ausencia.

El salón había sido reservado para la *élite*. En cuanto Barras hubo salido del pasillo formado espontáneamente por sus invitados, éstos, en número de ciento cincuenta, quizás, le siguieron, dedicándose a partir de aquel momento a beber champaña rosado y a comer bocadillos de *foi-gras* o pasteles de piña. Alrededor de las diez y media, cuando la reunión se había aclarado ya un poco, Roger halló la oportunidad que había estado buscando, logrando tener un *tête à tête* con el Director mientras bebían unos vasos de buen vino.

Después de decirle que se había recuperado mucho físicamente durante su última ausencia, Roger le explicó que había adquirido una hermosa finca en la costa, cerca de la ciudad romana de Fréjus, donde se proponía pasar largas temporadas en los años próximos. La propiedad contaba con magníficos viñedos, que se había decidido a explotar aplicando los métodos más modernos utilizados por la agricultura.

— ¡Ah! — exclamó Barras, simulando una gran envidia —. ¡Sabéis muy bien lo que os hacéis! En ningún lugar del mundo se hallan mujeres tan bellas y apasionadas como las de mi tierra nativa de Provenza. Tened en cuenta que a un buen burdeos preferiré el vino que salga de vuestras prensas. Allí tendréis de

todo: vino, mujeres, días soleados, noches cálidas para amar a aquéllas … ¿Qué más podréis desear entonces? Soy un estúpido al continuar aquí, perdiendo la vida y las energías entre este aluvión de vulgaridad.

Roger esbozó una sonrisa.

— Sin embargo, vuestras perspectivas de gozar a fondo de la existencia parecen ser más halagueñas que las que se entreveían la noche de mi llegada a París en mi anterior visita. ¿No os acordáis? ¿No os acordáis del 12 Vendimiario?

— ¡No! — replicó riendo Barras —. La verdad es que gracias a la ayuda del pequeño corso pudimos poner remedio a la cosa …

— ¿Cómo le va al galopín de otros tiempos?

— Proceded con cautela. No se os ocurra recordarle el apodo. Ahora se pasea por ahí como un pavo real orgulloso, haciendo sonar sus espuelas y mirando a las mujeres descaradamente. Pero no os creáis que permanece ocioso. Todo lo contrario. Su cabeza amenaza hacer explosión el día menos pensado a causa de la gran cantidad de ideas que en ella ha almacenado. Y como actualmente le hemos encomendado la tarea de preparar los planes para la invasión de Inglaterra me inclino a pensar que habremos conquistado esa maldita isla antes de que termine el año.

Capítulo XXIV

UN BANDOLERO DE UNIFORME

En el rostro de Roger no se movió un solo músculo, pese a la tremenda conmoción interior que experimentó. Liberado de toda tarea inmediata el ejército de Hoche en Bretaña y encargado el dinámico corso del plan de invasión de Inglaterra, la guerra podía tomar un giro hasta aquel momento imprevisible. En unos segundos su misión personal había cambiado radicalmente. Ya no se trataba de llevar a cabo unas averiguaciones que podían o no dar resultado sino, sencillamente, de salvar a su país de una amenaza que quizá desembocara en una catástrofe.

Aquella noche, después de separarse de Barras, Roger reflexionó detenidamente sobre tan trascendental asunto. La última invasión de Inglaterra había sido realizada por Guillermo de Orange, más de cien años atrás. Pero desde entonces el país había sufrido más de una vez amenazas de ese tipo. Habiendo pasado su niñez en la costa meridional recordaba muy bien los dispositivos siempre listos que se conservaban allí para hacer abortar intentonas semejantes y las falsas alarmas, que habían sido como el fondo de la vida cotidiana en aquella zona hasta la Paz de París del año 83.

El mal estado de la flota francesa, a causa de la Revolución y una larga serie de derrotas, había llevado a sus compatriotas a considerar el intento de invasión del país un peligro muy remoto. Pero es que ahora la flota británica se había dispersado. En el Golfo de Génova y en las Indias Occidentales había numerosas escuadras. Un ataque desde los puertos franceses era siempre posible. El enemigo podía llegar a desembarcar un ejército numeroso y bien pertrechado antes de que sus comunicaciones fuesen cortadas. Además, Inglaterra se hallaba sin tropas casi pues

éstas cumplían misiones diversas más allá de sus fronteras. Desde luego, el peligro era evidente, de modo especial si las fuerzas de invasión se encontraban al mando de un hombre como Bonaparte.

A diferencia de Jourdan, Hoche y otros militares el joven general gozaba de poco prestigio para justificar su repentino encumbramiento. Se había conducido bien como jefe de la Artillería en Tolón y en las operaciones realizadas durante unos meses en la Riviera italiana, pero no había mandado siquiera una División sobre el campo de batalla. El nombramiento que ostentaba tenía un carácter político, debiéndose al hecho de haber salvado a la Convención el 13 Vendimiario. Para mantenerse en el lugar que ocupaba, entre el alto mando del ejército, habría de dirigir una campaña que finalizara con una gran victoria. De lo contrario, se exponía a verse sustituido por compañeros de más experiencia.

¿Y qué campaña podía ofrecerle más laureles que un feliz desembarco en Inglaterra? Aquí no había términos medios. O todo o nada. En el curso de una operación de tanta envergadura como aquélla no había ni qué pensar en la posibilidad de incorporar a las propias fuerzas las tropas que se necesitaran cuando se deseara, ni tampoco en retirarse a unos supuestos cuarteles de invierno con esperanzas de mejor fortuna en la siguiente primavera, ni en retiradas estratégicas … Aislado Bonaparte por la flota británica, tendría que emprender decididamente la conquista del país o considerarse fracasado. Y en el caso de una derrota, ya no podría esperar que le volviesen a conceder el mando de otro ejército. Por consiguiente, lucharía empleándose a fondo, incendiando las aldeas y ciudades que hallara a su paso, sembrando la devastación por dondequiera que pasase en un desesperado intento por llegar a Londres antes de enfrentarse con obstáculos insuperables.

Roger recordó un episodio que había oído contar, el cual revelaba la mentalidad de aquel hombre. En el año 93, cuando quedó destrozada por efecto de la Revolución la estructura del antiguo Ejército francés, había desertado virtualmente, retirándose a su Córcega nativa, debido a que creía poder alcanzar el grado de coronel en la guardia nacional de Ajaccio. Aquí se había convertido en uno de los miembros más fanáticos del club jacobino local. Varios de sus amigos, pertenecientes, como su familia, a la nobleza baja, se esforzaron por disuadirle de que continuara incitando a los obreros portuarios a la violencia. En lugar de plegarse a su petición había pronunciado un discurso, en el curso del cual declaró que en aquellos tiempos no podían existir

más que amigos o enemigos y que todos los moderados debían ser encasillados por los auténticos patriotas entre los últimos. Agregó que al igual que Solón en la antigua Grecia él se inclinaba por castigar con la pena de muerte a todo individuo que permaneciera neutral durante la discordia civil.

De haber hablado con sinceridad esto significaba que no se compadecería de nadie, hombre, mujer o niño, en el caso de mandar unas fuerzas que lograran desembarcar sin novedad en Inglaterra. Sea lo que fuere, había que ver en él un formidable enemigo. Roger se dijo que cualquier intento de aproximación había de hacerse con la máxima cautela. Lo más prudente, pues, era que antes de sugerir su oferta al corso se documentara ampliamente sobre su persona, acopiando la mayor cantidad posible de datos.

El primer paso lo dio al día siguiente, visitando a los Permon. En el piso de éstos, en la Chaussée d'Antin, había visto a un Bonaparte natural, desprovisto de afectación. *Madame* Permon se encontraba en casa, acompañada de sus hijos, dispensándole una cortés acogida. Pronto se enteró Roger de que su esperanza de entrevistarse con Bonaparte allí, utilizando a aquella familia como intermediaria, estaba condenada al fracaso, ya que poco tiempo atrás *madame* Permon y él habían reñido.

Al parecer ella le había pedido que situara a su primo en la Guardia Nacional, prometiéndole Bonaparte que procedería de acuerdo con sus deseos. Pero éste no había hecho nada, pese a que *madame* Permon le recordara varias veces su petición. Consecuentemente, durante una de sus visitas le había echado en cara su falta de atención, reprendiéndole como si fuera un chiquillo, retirándole la mano cuando el corso se inclinaba para besársela. La escena había sido presenciada por varios oficiales pertenecientes al Estado Mayor del general, por lo cual éste se sintió muy molesto, cesando de visitarla. Sin embargo, como el ex protegido de aquella familia sin pretensiones se había convertido en una luminaria, *madame* Permon se mostró de buen grado dispuesta a hablar de Bonaparte cuando Roger la incitó a ello.

Monsieur Permon había sido en otro tiempo un funcionario de cierta posición. Viviendo en Toulouse aquél se había enterado de que en una posada de la población se encontraba enfermo y pasando por estrecheces económicas el esposo de Letitia Bonaparte, amiga de la infancia de *madame* Permon. La familia Permon se lo llevó a su casa, dispensándole todo género de cuidados. Su huésped falleció tras larga enfermedad. Este hecho,

naturalmente, había estrechado los lazos existentes entre ambas familias y cuando los Permon, más adelante, se trasladaron a París se ocuparon con especial interés de Napoleón.

El padre de éste carecía de fortuna pero habiéndose probado que su familia había sido noble durante cuatro generaciones el huérfano gozó del amparo de la caridad real, ingresando en la Escuela Militar de Brienne a la edad de nueve años. Fue su pobreza, en duro contraste con la riqueza de que hacían gala sus condiscípulos, una circunstancia que influyó en la formación de su carácter, conduciéndole más tarde a convertirse en un revolucionario fervoroso.

De tal rasgo de su carácter los Permon tenían claras pruebas, especialmente después de que él se graduara en la Escuela Militar de París, en el año 84. Era demasiado orgulloso para aceptar dinero, hasta el punto de que para que se hiciera cargo de una pequeña suma *monsieur* Permon tuvo que valerse de un pretexto, alegando que su padre se la había entregado años atrás para que se la cediera a él en caso de urgencia. Sus denuestos, al aludir a sus ricos compañeros de la escuela, habían sido terribles. En su juventud habíase mostrado ferviente partidario de la independencia de Córcega y no había perdonado jamás a su padre por haber abandonado a Paoli, el jefe de los patriotas corsos. Lanzaba también violentas diatribas a este propósito y durante su estancia en Brienne había sido severamente castigado por levantar el puño y gritar algunos insultos ante un retrato del duque de Choiseul, el ministro de Luis XV, que había activado la tarea de la conquista de Córcega para Francia.

Habíanle dado el apodo de «El Espartano». La pequeña Laura contó luego su llegada a la casa embutido en su uniforme el día que consiguió por fin el despacho de oficial. Era aquél obra de un sastre barato, por lo que adolecía de algunos defectos, no siendo la tela de mucho valor. Bonaparte tenía las piernas muy delgadas y éstas, introducidas en las botas, de caña alta, parecían dos palos de escoba. Sin embargo, sus movimientos no eran más dignos que los de un mariscal en funciones. Laurette, divertida, le había bautizado con el apodo de «El Gato con Botas». Pero él había encajado su infantil chanza bien y aunque no podía permitirse muchos dispendios al día siguiente le llevó un muñeco caro, precisamente un «Gato con Botas» tallado en madera.

La violencia de su carácter corría parejas con la confianza que abrigaba respecto a su capacidad y la viveza de su imaginación. Elaboraba continuamente planes grandiosos. Durante el tiempo

que estuviera postergado había concebido la idea de ir a reorganizar el Ejército del Gran Turco y, sin molestarse siquiera en preguntarle al Sultán si estaba dispuesto a emplearlo, había pedido permiso al Ministerio de la Guerra para ausentarse. Éste le fue concedido, no llevando a cabo el proyectado viaje a Turquía sólo porque alguien de aquella dependencia oficial descubrió que había ignorado cierta orden que recibiera para incorporarse al ejército de la Vendée. El mencionado permiso fue inmediatamente cancelado.

También la posibilidad de mejorar su posición mediante un matrimonio de conveniencia había ocupado su imaginación. Primero se había declarado a Désirée Clery, quien le había rechazado. Luego forjó un extraordinario proyecto para lograr una triple unión entre los Permon y los Bonaparte. Albert se casaría con su linda hermana, Paulette; Laura con su hermano Lucien, y él, pese a que *madame* Permon, que recientemente había enviudado, le doblaba la edad, contraería matrimonio con su antigua protectora. Todos se rieron al conocer aquella idea. *Madame* Permon, no obstante, aseguraba que Bonaparte había formulado su propuesta con toda formalidad.

De la charla con los Permon Roger dedujo que Bonaparte había heredado su carácter de su madre, casi una aldeana, junto con la violencia, orgullo y rudeza de un bandolero corso, y que su mente se hallaba sujeta a erráticos giros suficientemente señalados para que fuese tomado por un individuo algo loco.

Al día siguiente, para hacerse con otra opinión autorizada, invitó a comer a Andoche Junot, inclinándose después a modificar sus conclusiones, al menos en el sentido de que la incipiente locura del corso resultaba un tanto metódica. Apartando lo que de apasionada devoción había en las palabras del joven Ayudante de Campo no podía negarse que su ídolo había demostrado frecuentemente hallarse en posesión de un cerebro frío, razonador, ni que emitía juicios certeros, previendo astutamente muchos acontecimientos.

Allí estaba para demostrarlo sino el episodio de la detención de Bonaparte y consiguiente encarcelamiento después del 9 Termidor. De haber sido enviado a París, por su condición de protegido del viejo Robespierre e íntimo amigo del joven su cabeza habría rodado por los suelos, bajo la cuchilla de la guillotina. Sabedor de eso, Junot se había ofrecido para reunir a varios amigos y forzar la prisión en que se hallaba con el fin de rescatarle. Bonaparte, no obstante, había rechazado su oferta, alegando más tarde para

justificar su actitud que de verse su causa en la localidad en que se encontraba tenía más probabilidades de quedar en libertad, mientras que de huir sería declarado fuera de la ley, perdiendo su nombramiento para siempre.

Así pues, al no hacer caso de la orden por la cual se le mandaba a La Vendée no había procedido caprichosamente. Aquello era un riesgo calculado. Por un lado no había querido que en su hoja de servicios figurase una anotación especificando que había luchado contra los campesinos franceses; por otro creía que aunque entonces estaba destinado a la Sección Topográfica del Ministerio de la Guerra, de quedarse en París, donde se hacían todos los nombramientos importantes, la suerte o la intriga podía llevarle a asegurarse uno de ellos.

El bello Junot, ahora resplandeciente con su uniforme de coronel de húsares, hablaba con admiración de las cualidades de Bonaparte como soldado. Elogiaba su vista de águila para descubrir las posiciones más convenientes para las piezas de Artillería; sus decisiones instantáneas; el valor que demostraba en medio del combate … Luego, dando cierta entonación a sus palabras, habló de sus otras condiciones personales: su extraordinario poder de captación, su habilidad … De una sola mirada conseguía frecuentemente someter a su voluntad a hombres que tenían más años que él y a veces eran sus superiores.

Después de la comida, que tuvo lugar en el Café Rampollion, donde les atendieron perfectamente, los dos amigos se separaron, marchándose Roger a casa de *madame* Tallien. Alta, graciosa, con sus oscuros cabellos cortados *au Titus*, con una aureola de cortos rizos en torno a su bien conformada cabeza, Teresa Tallien estaba tan atractiva como siempre. En el momento de besar la mano que le tendía, Roger pensó que no era sorprendente que su tío, que había sido en otro tiempo su tutor, se hubiera enamorado de ella, hasta el punto de pretender convertirla en su esposa. De otro lado, a Brook le impresionó el aspecto de Tallien, que ahora, enfermo, con su pálida faz, parecía más viejo de lo que en realidad era. Por la noche oyó decir a un invitado que su antiguo compañero de la Comuna había sufrido recientemente un desagradable sobresalto, lo que, sin duda, explicaba en parte la falta de brillo que se advertía en sus ojos y el abatido aire de su persona.

A fin de casarse con Teresa habíase divorciado de su primera mujer pero como ésta era aún joven y atractiva y continuaba amándole él le tenía todavía mucho apego. Seguía viviendo en el antiguo hogar de los dos. Habíala tratado, no obstante, un tanto a

su capricho. Unos meses atrás hizo caso omiso de una invitación para comer juntos, cosa que a ella le sentó muy mal, llegando a pensar que se proponía abandonarla para siempre. Esto no era cierto y lo que su ex marido quería en realidad era proporcionarle una pequeña sorpresa. Al llegar a la casa Tallien vio que la bajaban unos hombres. Tenía el cuerpo cubierto de sangre. La desesperación habíala conducido al suicidio.

Aquel asunto le había afectado terriblemente. Roger se dijo que aquél era uno de los castigos, el más pequeño, quizá, que le aguardaban por los numerosos crímenes que cometiera durante la Revolución.

Al cabo de un rato Roger consiguió aislarse con *madame* Tallien unos momentos.

— Aún no he visto al general Bonaparte — observó —. Había esperado encontrarle aquí pues sé que acostumbra a visitar con regularidad vuestra casa.

— Ya no vendrá más — replicó ella, añadiendo con una sonrisa —: Está enfadado conmigo. Hace unas semanas me sugirió que debía divorciarme del pobre Tallien a fin de casarme con él. Al comunicarle mi negativa se sintió ofendido. Pero se ha consolado con bastante rapidez. Durante el mes pasado ha estado visitando a mi buena amiga Josephine de Beauharnais.

— Entonces, ¿es que ella le ha dispensado un trato más amable? — aventuró Roger.

— ¡Pobrecilla! No sabe qué hacer siquiera. Él la apremia para que se case con él con la misma fiereza que podía desplegar frente a una fortaleza enemiga de la que dependiera la suerte de Francia. ¡Y qué decir de sus cartas! Debiera leerlas, si eso pudiese ser. Despliega en ellas una pasión atemorizadora y algunos de sus párrafos harían aparecer el rubor en las mejillas de una abuela. Afortunadamente, ella no carece de sentido del humor y alivia su miedo pensando en el cómico espectáculo que suele dar al declararle su amor.

Tras dos días más de ir de un lado para otro centrando con gente muy diversa el tema de la conversación en Bonaparte, ociosamente, al parecer de los demás, Roger decidió que se hallaba preparado para celebrar una entrevista con el corso. Queriendo dar la impresión de que el encuentro era impremeditado el día 26 Roger pasó varias horas en el Jardín des Plantes. Junot le había dicho que el general visitaba diariamente aquel lugar, por la mañana o por la tarde, con objeto de hacer un poco de ejercicio.

Acababan de dar las dos cuando la paciencia de Brook se vio recompensada. Avanzando a buen paso, por uno de los pasillos bordeados de vegetación, vio una breve figura vestida con una guerrera gris y un enorme sombrero, el ala del cual estaba vuelta por delante y uno de los lados, hallándose aquélla ribeteada con un galón de oro de unas tres pulgadas de anchura.

Al saludarse Bonaparte le dio a entender que estaba enterado de su regreso por Barras, de manera que cuando se pusieron a hablar del sur de Francia y evocaron sus recuerdos del 13 Vendimiario fue un gesto natural en los dos echar a andar juntos, enfrascados en la charla. Entonces Roger ya no tuvo más que aludir a la guerra para lograr que Bonaparte iniciara un monólogo interminable.

Hablaba con un desagradable acento italiano y al expresarse cometía frecuentes incorrecciones gramaticales. Pero todo lo que decía era interesante y subrayaba sus manifestaciones con enérgicas y oportunas expresiones. Al revisar por turno cada batalla criticaba sin piedad a los mandos de las tropas, pese a que él jamás había estado al frente de una Brigada siquiera y que los militares a que se refería eran los mismos que a lo largo de tres años habían logrado un puñado de victorias para Francia. Declaró que el fracaso de las campañas del 95, en el frente italiano y en el Rin, había sido debido a la escandalosa incompetencia, procediendo a especificar lo que cada uno de los generales tenía que haber hecho …

Cuando se hubo quedado ronco de tanto hablar, Roger, por fin, pudo decir unas palabras:

— Indudablemente tenéis razón por lo que a la campaña de Italia respecta, pero, ¿estáis convencido de que no hubo algo más que escandalosa incompetencia en el caso de las operaciones que llevaron a nuestras tropas a repasar el Rin?

Después de observar atentamente a su interlocutor, Bonaparte inquirió con aspereza:

— Entonces han llegado a vuestros oídos esos rumores que circulan sobre Pichegru, ¿no? ¿Les habéis dado crédito?

— No sé qué pensar — replicó Roger prudentemente —. Su fracaso al intentar tomar Heidelberg contrasta con los éxitos anteriormente cosechados. Una de dos: o los rumores son ciertos o ese hombre sufrió un repentino reblandecimiento del cerebro.

— Esto último o algo por el estilo es lo que debe haberle sucedido. Aún suponiendo que no haya sido un patriota tan puro como pretendía, y dejando aparte debilidades a que todo hombre

está sujeto, me resisto a creer que haya sido capaz de vender el país a nuestros enemigos. ¿Qué podía haber ganado con ello?

Roger había conducido la conversación al punto que a él le interesaba. Entonces manifestó con naturalidad:

— A mí me han dicho que le ofrecieron el bastón de mariscal de Francia, un ducado, el Gobierno de Alsacia, el Castillo de Chambord, una renta de …

Bonaparte le atajó con un ademán impaciente.

— ¿Y qué significan realmente hoy todas esas cosas? Como no tenemos mariscales debemos ver en el general de la República que coseche más éxitos el grado equivalente a tal rango. ¿Y quién que no fuese un loco desearía recibir el trato de duque o excelencia al precio de someterse a las veleidades de un príncipe de la Casa de Borbón? En cuanto a los castillos y a las rentas debo añadir que han de caer como fruta madura en las manos de un soldado capaz de abrir brecha con su espada en las filas de nuestros enemigos. No. No puedo creer que un general en su sano juicio, con la victoria a su alcance, como la tenía Pichegru, al menos con perspectivas de alcanzarla, llegue a trocar la gloria por tales tonterías.

Roger acababa de recibir la respuesta a su pregunta. Puesto que Bonaparte estaba convencido de que era sólo cuestión de tiempo gozar de la oportunidad de derrotar a los ejércitos que se enfrentaran con él no existía duda alguna sobre el veredicto: aquél era insobornable. Su norte era hacer la guerra y cubrirse de gloria y de haberle sido ofrecidas las joyas de la Corona, un virreinato o el Banco de Inglaterra no se habría molestado siquiera en meditar sobre la propuesta.

Había una cosa en relación con la cual Roger no podía menos de felicitarse. Aquel acercamiento había sido efectuado con tanto tacto que el joven general no podía sospechar que Brook había provocado la conversación con un motivo oculto. Roger, por tal razón, se quedó helado al oír que Bonaparte le preguntaba:

— ¿Es cierto que por vuestro nacimiento sois inglés?

CAPÍTULO XXV

UNA DESESPERADA INTRIGA

La pregunta era verdaderamente alarmante. Bonaparte, quizá, había oído una interpretación desfigurada de las versiones ideadas por Roger para justificar su conducta en el pasado. Pero aquélla también podía significar que recientemente se habían filtrado algunos informes relativos a su persona desde Londres, conocidos por Bonaparte, quien por aquellos días ostentaba el cargo de jefe de Policía. En ese caso era posible que desconfiara de él …

— No — contestó tras una vacilación que no duró más de un segundo —. ¿Qué es lo que os ha inspirado semejante idea?

— Una noche, hace varias semanas, alguien mencionó vuestro nombre en casa de *madame* de Staël, inquiriendo qué había sido de vos. En seguida se entabló una discusión entre el diputado Fréron y un *ci-devant* marqués, cuyo nombre no recuerdo. Uno sostenía que iniciasteis vuestra carrera como periodista inglés, y habiendo sido enviado aquí, al igual que el diputado Tom Payne, os apartasteis de vuestra patria entusiasmado con nuestra Revolución; el otro dijo que erais alsaciano, añadiendo que habíais sido secretario de un noble, apareciendo más tarde en Versalles, bajo el nombre de Chevalier de Breuc.

Profundamente aliviado, Roger acertó a replicar:

— En las manifestaciones de ambos hombres hay algo de verdad. Ahora bien, yo soy francés de nacimiento y mis convicciones políticas han sido siempre las que corresponden a un republicano.

Luego, comprendiendo que aquélla era una oportunidad magnífica para concatenar de una vez para siempre las diversas creencias sustentadas con respecto a él en diferentes capas de la sociedad parisiense, Roger prosiguió diciendo:

— Nací en Estrasburgo. Mi padre fue un francés de regular fortuna; mi madre era hija de un conde escocés y se fugó del hogar paterno con aquél. Los dos murieron siendo yo muy joven. Una hermana de mi madre, casada con un oficial de la Armada británica, se encargó de mí, llevándome a su casa, situada en el sur de Inglaterra. Me dieron una educación excelente, pero yo siempre ansié regresar a Francia. A la edad de quince años, huí de allí. Durante algún tiempo trabajé en el despacho de un abogado de Rennes; luego pasé a ser secretario del marqués de Rochambeau. En el año 87, debido a un duelo, me vi obligado a salir de Francia. Naturalmente, volví a Inglaterra. Aquí me dediqué al periodismo, gracias a lo cual entablé conocimiento con muchos de los nobles «whig», quienes seguían con ansiedad la agitación en demanda de reformas que se registraba en Francia. Su influencia con el Embajador francés me aseguró el perdón y por consiguiente el permiso para volver aquí. Por sus cartas de presentación logré mi *entrée* en Versalles. Al cabo de algún tiempo, sin embargo, las crónicas que enviaba a mi periódico resultaron demasiado revolucionarias para el gusto de mis superiores y cuando me convertí en uno de los miembros del Club de los jacobinos cesaron de remitirme fondos. No disponiendo de otra fuente de ingresos me vi precisado a volver a Inglaterra. Pero mi tía estaba muy lejos de sentir simpatías por mis revolucionarios principios, de manera que se negó a ayudarme y por espacio de dos años lo pasé bastante mal. Por entonces la Revolución había llegado a un punto en el cual yo creí estar destinado a desempeñar un papel. Así pues, una vez más, regresé a Francia. A las pocas semanas era yo elegido miembro de la Comuna. Más adelante me fueron confiadas varias misiones como *Citizen Représentant* por Robespierre y Carnot. Recordaréis que en calidad de tal os conocí en el sitio de Tolón. Los últimos detalles de mi historia ya son sabidos por vos.

Roger se había tomado algunas libertades con los primeros relatos que ideara, tal como la de declarar que su madre era escocesa y que no había sido su madrina sino su tía la persona que se encargara de su educación y crianza. Adivinaba que cuanto más se acercara a la verdad más en guardia y a salvo podía estar de futuros incidentes. Pasado algún tiempo nadie podría recordar con exactitud el grado de parentesco, por ejemplo, que le había unido con aquella persona. Ahora sentíase satisfecho por haber fundido en uno sólo los dos papeles que había representado.

Al acabar su relato, Bonaparte, fijándose tan sólo en aquello

que más le interesaba a él, dijo:

— Por lo que veo habéis vivido largo tiempo en Inglaterra y, por tanto, debéis conocer ese país bien. Existen algunas cosas en las que podéis serme de gran utilidad. Venid conmigo a mi despacho.

— Con sumo gusto — repuso Roger —. Me imagino que os referís a vuestra proyectada invasión de la isla.

El joven general se detuvo y volviendo la cabeza inquirió secamente:

— ¿Quién os ha hablado de eso?

Roger se encogió de hombros.

— Barras, desde luego. Éste, en unión de Tallien y Dubois-Crancé, me ha honrado siempre con su confianza, especialmente después del 9 Termidor, que planeamos juntos.

— Me alegro de que haya sido él vuestra fuente de información y no cualquier habladuría que podría trascender y llegar a oídos de uno de los agentes de William Pitt. Este asunto es rigurosamente secreto, pero tratándose de vos nada se pierde con que conozcáis la verdad en toda su extensión. Esto me permitirá utilizar vuestro conocimiento del país y obtener mayores ventajas.

Cuando avanzaban hacia la entrada de los jardines, Bonaparte inquirió:

— ¿Habéis visto a Tallien a vuestro regreso?

— Sí. Estuve en su casa hace tres días. Me pareció que se hallaba muy enfermo.

El general emitió un gruñido.

— Tallien está acabado. El suicidio de su primera esposa le ha extraviado el juicio. En todo caso ese hombre practicó un doble juego al ordenar la ejecución de esos pobres diablos *émigrés*, tras lo de Quiberon. Los reaccionarios no le perdonarán nunca. Ahora poseemos pruebas de que está coqueteando con los realistas, por lo que el Gobierno no volverá nunca a depositar su confianza en él. Se lo expliqué todo a su esposa. Pero ésta es una necia y yo pierdo la paciencia ante ella …

Conociendo Roger el secreto motivo de aquel comentario rióse interiormente. Pero aún se sintió más divertido cuando Bonaparte prosiguió diciendo:

— *Madame* de Beauharnais, su amiga, es muy diferente. Es una criatura tan sensata como encantadora. No hay más que ver cómo ha criado a sus dos hijos. La Revolución le infligió un golpe tremendo, pero en lugar de gimotear se adaptó valerosamente a las circunstancias. Su pequeña aprendió el oficio de modista.

Eugène siguió los pasos de su hermana Hortense, aprendiendo a su vez el de carpintero. Sin embargo, debido a los elogiables esfuerzos de su madre, ni una ni otro se han degradado por efecto de sus serviles ocupaciones. Por el contrario, hay que convenir que las maneras de esos atractivos chicos son muy distinguidas. Sucedió que la espada del padre llegó por casualidad a mis manos. No hace mucho se la regalé al joven Eugène. Al aceptármela éste hizo que las lágrimas afluyeran a mis ojos. No tiene más ambición que la de ser un buen soldado y me ha jurado que preferirá morir a deshonrarla. Una familia así es como el exponente de las mejores cualidades de la antigua aristocracia y a mí me complace enormemente disfrutar de la amistad de sus miembros.

En aquel momento llegaron a la puerta del Jardin des Plantes, donde aguardaba el coche del general. Mientras se acomodaban en su interior y el vehículo echaba a andar Roger reflexionó sobre lo que acababa de oír en el transcurso de la media hora anterior. La misión que le llevara allí se había desvanecido como el humo. El intento de soborno del orgulloso corso era un proyecto desatinado, condenado al fracaso. Ahora bien, la suerte y un enfoque hábil de la conversación le habían compensado, proporcionándole una nueva salida. Si continuaba jugando sus cartas correctamente conseguiría al menos enterarse detalladamente de los planes forjados por Bonaparte para la invasión de Inglaterra.

El carruaje descendió por la rue des Capucines, en dirección a la hermosa vivienda de Bonaparte, anexa a su despacho oficial. Sin pronunciar una palabra, el menudo corso condujo a su acompañante a la planta superior, abrió una puerta y los dos hombres penetraron en una habitación en la que Brook vio una enorme mesa cubierta de papeles. De los muros colgaban varios mapas de gran tamaño.

Arrojando sobre una silla su sombrero, Bonaparte señaló a Roger otra y después de tomar asiento él también seleccionó diversos escritos, diciendo:

— Ahora tened la amabilidad de contestar a mis preguntas de la manera más amplia y exacta que podáis.

El interrogatorio, en el transcurso del cual el corso tomó numerosas notas, duró más de tres horas. Aquél refirióse no sólo a los fortines, playas y cuantía de las guarniciones apostadas a lo largo de la costa del sur de Inglaterra sino también a la posibilidad que se ofrecía a sus hombres y caballos en determinadas zonas de obtener lo necesario para su sustento y hasta a la simpatía con que la población trabajadora de las ciudades podía acoger a un

ejército, el «Ejército de la Liberación», que defendía los principios de la Revolución.

Contestando a las preguntas de carácter estrictamente militar Roger le facilitó datos más o menos verdaderos, previendo que éstos fueran comprobados por algunos espías. En cuanto a las cantidades de grano, forrajes y otros artículos por el estilo que podían encontrar a su paso las fuerzas invasoras se mostró algo pesimista. Al tocar la cuestión del apoyo moral y material por parte de los metodistas y otras organizaciones antimonárquicas de Inglaterra se creyó Roger en la obligación de proporcionar una especie de ducha fría a las esperanzas del general.

— No debéis juzgar a esa gente por el ruido que hacen — dijo —. Nada quiere dar a entender el hecho de que de vez en cuando hayan de acudir las tropas para restablecer el orden en una u otra ciudad. Allí se goza de más libertad que el pueblo francés disfrutaba antes de la Revolución. Verdad es que reina cierta inquietud nacida del afán de lograr una más equitativa distribución de las riquezas. Ahora bien, si aquél prospera será encauzado a través del Parlamento y otras organizaciones que en el curso de los últimos años se preocupan de mejorar la suerte de las masas. En cuanto a la idea de que los *sans-culottes* ingleses de Southampton o Portsmouth se levantarán nada más aparecer vuestras tropas en el país, aplicándose entonces a la tarea de asesinar a sus patronos, es absurda, a mi juicio, y debéis desecharla. No moverán ni un dedo cuando recabéis su ayuda. Casi todos olvidarán sus mutuos agravios, en efecto, acordándose únicamente de que son ingleses, aprestándose en el acto a defender el país. He presidido muchas reuniones convocadas por esos hombres, esforzándome por incitarles a emprender una acción vigorosa … Podéis creerme. Conozco perfectamente el tema que estamos tratando.

Bonaparte daba la impresión de hallarse un tanto contrariado pero se limitó a encoger con una expresión de indiferencia en el rostro sus estrechos hombros.

— Bueno, eso no altera en nada la situación. Las multitudes no suelen conseguir victorias nunca. Éstas son siempre obra de las tropas, disciplinadas y superiores en número. Contamos con esto a nuestro favor, ya que Inglaterra se halla en la actualidad casi desguarnecida por efecto de sus empresas exteriores.

— Tenéis que desembarcar vuestros soldados allí, junto con una gran cantidad de víveres y pertrechos, a fin de hallaros en condiciones de lanzar vuestra primera ofensiva. ¿No teméis acaso

que haga acto de presencia la flota británica y destruya vuestros transportes?

— No. Mandaremos una escuadra integrada por nuestros mejores buques al Paso de Calais desde los puertos del Golfo de Vizcaya para que sirva de cebo a los barcos ingleses. Eso nos dejará despejado el Canal, permitiéndonos la travesía del mismo. Luego la principal flota francesa presentará combate a la británica a su regreso.

— La primera no saldrá nunca victoriosa en un encuentro semejante.

— Tampoco yo espero que triunfe. Está destinada a ser sacrificada.

— ¿Queréis decir que será ordenado a todos los buques que luchen hasta el fin?

— Sí. La pérdida de unas docenas de buques es una bagatela si se considera lo que supone el éxito en una operación de tal envergadura. Gracias a la acción de los nuestros los buques de la flota británica quedarán tan maltrechos que no podrán bloquear los puertos franceses de un modo efectivo. Todo lo más se reducirán a proteger una pequeña parte de la costa inglesa. De esta manera lograremos efectuar algunos desembarques complementarios en otras zonas con riesgos aceptables y en el momento en que sean llamadas las flotas del Mediterráneo y de las Indias Occidentales yo estaré entrando en Londres.

Roger movió la cabeza.

— El plan parece factible pero, exceptuándoos a vos, dudo de que exista un hombre capaz de llevarlo a cabo. Tengo muy buenas razones para odiar a los ingleses, pero esto no quiere decir que no los conozca bien. Han transcurrido setecientos años desde la conquista de la isla. Así pues, esa gente lleva el sentimiento de la libertad inmerso en lo más profundo de su ser. Sin duda, opondrán más resistencia que ningún otro país del Continente.

— Ya os he dicho que todo se reduce a una cuestión de números en cuanto a los soldados y el empleo acertado de éstos. Nosotros dispondremos de más. Estarán también mejor entrenados. Sus generales, al igual que los que se hallan al frente de las tropas austríacas, poseen una gran experiencia. Al enfrentarse conmigo no contarán con ninguna probabilidad a su favor.

— El país se convertirá en una afanosa colmena de guerrilleros. En cada cuneta encontraréis un hombre haciéndoos frente detrás

de su fusil; cada ciudad se convertirá en una trampa mortal.

Bonaparte se echó reír. Pero su risa no tenía nada de agradable.

— ¡No os preocupéis! Ya sabré encontrar medios para apaciguarlos. Inglaterra alienta en el fondo de todos nuestros conflictos y tarde o temprano debe ser conquistada. Francia no ocupará el lugar que le corresponde en el mundo hasta que esto sea realidad. El momento indicado para la empresa puede ser el que vivimos. Una vez ponga el pie en tierra inglesa necesitaré quince días para plantarme en Londres. De ser preciso, si esos tercos ingleses no se someten a mi voluntad, arrasaré la capital.

Estas palabras, unidas a las declaraciones anteriores, probaban que Roger no andaba descaminado al suponer que el corso solucionaría los problemas que fuesen surgiendo con absoluta rudeza. Habiendo fracasado tras su intento de apagar el entusiasmo de Bonaparte por su plan no parecía conducir a nada continuar esgrimiendo argumentos en contra del mismo.

— ¿En qué mes pensáis iniciar esta gran operación? — inquirió Roger.

— Depende de varios detalles. Todavía queda mucho por hacer. Han de ser reunidos centenares de embarcaciones y lanchones y enviados a diversos puertos abastecimientos que posteriormente habrán de cargar aquéllos. Necesitaré todo el ejército del general Hoche. Éste apoya mi plan pero desea crear una mayor diversión intentando otro desembarco en Irlanda. Así nuestras fuerzas quedarán más desparramadas de lo que aconseja la prudencia, por lo que la idea es inaceptable. Queda finalmente un detalle. Los miembros del Directorio se han interesado por el proyecto enormemente pero aún no me han autorizado a comenzar los preparativos.

— ¿Qué pasará si al final se pronuncian en contra de aquél?

— Entonces habrán de darme el mando de cualquiera de los otros ejércitos. No abrigo la menor intención de quedarme aquí haciendo de policía.

— Habéis cosechado tantos éxitos en vuestro puesto que no tiene nada de particular que insistan en que sigáis en él.

Bonaparte cerró casi los ojos.

— No lo creo. Han fracasado a la hora de complacer al pueblo, incluso a las personas que les son afectas. Se encuentran actualmente en la cumbre de una pirámide de frágil base. Un simple estremecimiento bastaría para derribarlos. No es posible que intenten ofender a un hombre como yo.

— Sí. Creo que tenéis razón — convino Roger —. Sin embargo,

por vuestra propia reputación, yo desearía que presionaseis sobre ellos con la finalidad de lograr otro cometido que no fuese la conquista de Inglaterra.

— Ya lo he hecho. Pero no he obtenido más que negativas. Inglaterra puede esperar. Ya le llegará el turno. Primeramente debiéramos aplastar a los austríacos en Italia. Esa es la tarea que yo he ansiado llevar a cabo con más interés. Sé ya bastante acerca de ese país, habiendo efectuado un detenido estudio del mismo. ¡Mirad! Os voy a explicar cómo debiera ser realizada esa labor.

Plantándose en pie de un salto, Bonaparte comenzó a señalar, con manos que Roger le parecieron una vez más notablemente bien formadas, punto tras punto sobre un mapa del norte de Italia que colgaba de una de las paredes. Mientras hablaba sus penetrantes ojos fueron abriéndose progresivamente. Por supuesto, cada cadena montañosa, cada valle, era en su mente como un hito. A juzgar por la rapidez con que esbozó su plan debía haberlo expuesto en otras ocasiones, con la idea de convencer a sus oyentes. Había en él audacia, visión del futuro, grandeza … Afectaba, nada menos, a la conquista de la llanura de Lombardía, combinada con un movimiento envolvente a través de los Alpes para unirse con el ejército del Rin, seguido finalmente de un avance directo sobre Viena.

Roger inquirió luego:

— ¿Qué han opinado los miembros del Directorio de este gran plan?

— Carnot lo aprueba y en tales materias los demás se someten a su juicio. Pero por razones que desconozco se resisten a confiarme su ejecución. Aquél lo ha enviado al general Schérer. Seguro que a este hombre, de carácter demasiado tímido, le disgustará.

— Entonces — dijo sonriente Roger —, habréis de contentaros con la conquista de Inglaterra.

— Como la primavera está ya muy cerca no pueden tardar en comunicarme su decisión sobre el asunto. De salirme las cosas bien me gustaría que me acompañaseis. El conocimiento que poseéis del carácter de ese pueblo tan perturbador me servirá de mucho. ¿Queréis, como ya hicisteis con Barras, aceptar el grado de coronel conmigo?

Roger se levantó, haciendo una reverencia.

— Para mí será un honor, ciudadano general. Cuando hayáis sido autorizado a llevar adelante el plan no tenéis más que llamarme para ponerme inmediatamente a vuestra entera

disposición.

De esta larga entrevista Roger no obtuvo más que una idea consoladora: la expedición no había sido aprobada de un modo definitivo. Ahora incumbía a él averiguar si los miembros del Directorio aprobaban realmente el plan. ¿Habría de esforzarse en tal caso por alterar sus opiniones? Una excelente táctica sería la de impedir en último término que la ejecución del gran proyecto fuese encomendada a un hombre tan competente como Bonaparte.

Aquella noche pasó largo rato pensando en cuanto el corso le dijera. Fijóse especialmente en sus alusiones al Directorio. Éste, desde luego, era impopular. Las capas superiores de la sociedad parisién eran todavía un pozo sin fondo de brillantes iniquidades que ofendían a todos los ciudadanos respetables. Las gentes pertenecientes a la clase media gemían ante todas las formas de vejatorias restricciones. Los pobres se morían por efectos del hambre y el frío. No obstante, el Gobierno se revelaba incapaz de atajar aquellos males.

Carnot era el único de los miembros del Directorio por quien la gente sentía respeto pero sus funciones, como siempre, se limitaban a la alta dirección de la guerra. El inofensivo ingeniero militar Letourneur habíase convertido, con toda naturalidad, en su ayudante. Decíase que los dos votaban inalterablemente lo mismo. Sin embargo, en las cuestiones civiles eran siempre derrotados por los tres bribones que tenían por colegas.

Barras, apoyándose en el gran prestigio que conquistara el 9 Termidor y el 13 Vendimiario, aparte de redactar de vez en cuando algún informe o de hacer una declaración mordaz, hallábase enteramente dedicado a sus escandalosos placeres. Larevelliére-Lépeaux era un chiflado de primer orden. Como cabeza rectora de una secta denominada los «Teofilandropistas», que era una mescolanza del culto a la Naturaleza y las enseñanzas de numerosos filósofos, hacía cuanto estaba en su mano para evitar el declarado regreso del cristianismo. Rewbell, entretanto, hacía el trabajo y dominaba a los otros cuatro, pero a causa de sus rudezas, brutalidades, y espíritu tirano era el hombre más odiado del país.

No existía la menor esperanza de poder llegar a comprar a Bonaparte. Roger consideró la posibilidad de sobornar a uno de los Directores. Todos los argumentos que consideró le demostraron que su empeño estaba condenado al fracaso. Una alternativa era la de provocar su caída, con la idea de comprobar luego si entre los que ocuparan sus puestos había alguien que se acomodara mejor a

sus propósitos. El corso había insinuado que si ellos se pronunciaban en contra de él respondería adecuadamente, pero incitar a Bonaparte a emprender una acción así representaría un juego peligroso. Roger no tardó en desechar la idea. Gracias a su entrevista con Bonaparte había podido apreciar que éste era una gran amenaza, la mayor que existía en Francia. De un modo u otro, no sabía cómo todavía, había que inutilizarle, antes de que gozara de más poder del que disfrutaba ya. Pensando en ello Roger se fue a la cama.

Al día siguiente dio los pasos necesarios para asegurarse una entrevista con Barras. Una vez se encerraron en el despacho de éste, Roger no gastó tiempo en rodeos, preguntándole:

— Decidme: ¿ha considerado el Directorio seriamente el plan forjado por Bonaparte para invadir Inglaterra?

— Más o menos …, sí — admitió cautelosamente el otro —. Todo empezó en el momento en que le encargamos que examinara las probabilidades de éxito de tal empresa. Lo hicimos, simplemente, para mantener esa vigorosa mente en actividad, para que no se le pasara ninguna mala idea por la cabeza. Luego apareció ante nosotros armado con tan contundentes argumentos que hoy nos sentimos tentados a dejarle que siga adelante. Hoche le apoya. No está de acuerdo con el corso en un detalle únicamente: propone un desembarco simultáneo en Irlanda.

— Lo sabía. Ayer Bonaparte y yo pasamos tres horas juntos, discutiendo el proyecto.

— ¿Y qué opinión os merece?

— Es imposible que dé resultado. Bonaparte no sabe nada de Inglaterra ni de los ingleses. Seguramente sabéis que yo, en cambio, fui enviado allí siendo un niño, pasando en aquel país la mayor parte de mi juventud. Naturalmente, me encuentro en condiciones de juzgar qué reacción producirá en la isla un intento como ése. En Inglaterra pasará lo mismo que cuando alguien alborota una colmena con una vara …

— Aparte de vuestras aventuras tras el 9 Termidor yo ignoraba que hubieseis vivido allí tanto tiempo. Recuerdo haber oído afirmar que actuasteis en París como corresponsal de varios periódicos ingleses durante los primeros días de la Revolución. De manera que no aprobáis el plan, ¿eh?

— Estoy convencido de que se trata de un suicidio colectivo.

Barras hizo una mueca.

— Se iniciará con un suicidio, en efecto, un suicidio en masa:

Bonaparte dice que es esencial que sacrifiquemos la totalidad de la flota. He aquí la razón que lleva a Carnot a vacilar a la hora de apoyar el plan.

— Podéis creer que además de perder la flota perderéis un ejército. Bonaparte os debe haber hipnotizado … De lo contrario no haríais el menor caso de sus locas divagaciones.

— Lo reconozco: ese hombre posee un magnetismo personal extraordinario. Pero no es eso sólo lo que nos ha llevado a encumbrarle. Habréis observado, sin duda, que su estatura ha aumentado desde el 13 Vendimiario.

— Así es, verdaderamente. Me hago cargo de la situación planteada. ¿Le teméis?

— Personalmente, no. Después de todo es mi protegido. Yo le he puesto donde está. Por tanto nunca me causará ningún daño. Pero *Le Directoire* piensa que Bonaparte es un hombre al cual no se le pueden dar motivos de disgusto.

— En pocas palabras: todos temen que al no ser ascendido se ascienda él mismo, ¿verdad?

— Exactamente.

— Tienen razón al desconfiar. Ayer Bonaparte me contó muchas cosas. Ansia tanto la gloria como el pirata el botín. Si no se le da el mando de un ejército yo le conceptúo capaz de derrocar al Gobierno.

— Estoy de acuerdo con vos. Por eso le permitimos que siga adelante con sus planes de conquista de Inglaterra.

— ¿No resulta muy costoso aplacarle a base de la pérdida de la flota y de cincuenta mil hombres?

— Quizá no perdamos nada y en cambio consigamos una resonante victoria sobre nuestros enemigos.

— Eso es tan improbable como que vos seáis coronado con el nombre de Paul I de Francia en la Catedral de Reims. ¿Por qué no cederle el mando de otro ejército? Dadle el de Italia. En realidad eso es lo que más anhela.

— No — Barras hizo un enérgico movimiento denegatorio de cabeza —. Ese proceder resultaría muy peligroso. No podéis olvidar las lecciones dadas por los romanos. En una docena de casos los generales romanos victoriosos hicieron dar la vuelta a sus legiones, marchando sobre Roma. Tal sería el riesgo que correríamos si le diéramos a Bonaparte el mando del ejército de Italia o del Rin. En el momento menos pensado se abalanzaría sobre nosotros, transformándose en la cabeza rectora del país. Lo

de Inglaterra es otra cosa. De lograr lo que se propone le haríamos procónsul. Esto le mantendría ocupado y no nos inspiraría ninguna preocupación.

— El peligro verdadero radica en la aceptación de su plan. Perdidos el ejército y la flota seríais vos y vuestros colegas quienes habríais de rendir cuentas por ello. Podríais consideraros afortunados si no ibais a parar a la guillotina. Lo más probable es que el pueblo os despedazara.

— El Gobierno se ve obligado continuamente a correr riesgos. Todas las decisiones que pueden conducir a la victoria o a la derrota resultan siempre ser jugadas aventuradas.

— No se puede apostar un *sous* contra un *louis d'or*. Preguntad a cualquiera de los *émigrés* que haya vivido por espacio de varios años en Inglaterra y ya veréis si yo estoy en lo cierto o no. Esos tercos isleños lucharán hasta quemar el último cartucho. Si fuera posible desembarcar un cuarto de millón de hombres en una semana la empresa podría realizarse. Pero eso es totalmente imposible. La teoría favorita de Bonaparte es que a igualdad de número en hombres vence siempre el bando que maneja mejor su Artillería. A los tres días de desembarcar carecerá de municiones.

— No. Bonaparte planea apoderarse del arsenal y la fundición de cañones de Portsmouth.

Roger contestó con una risita de desprecio.

— Eso no puede hacerse así como así, de la noche a la mañana. Tiene que desembarcar en playas que se encuentren alejadas de los fortines. Para alcanzar la costa de Hampshire sus hombres deben hacer un desplazamiento por mar de cerca de un centenar de millas. Nueve décimas partes de los soldados llegarán a tierra mareados. Durante las primeras veinticuatro horas les costará mucho trabajo imponerse a las milicias locales, de manera que la guarnición de Portsmouth dispondrá de tiempo de sobra para restablecer el orden en los lugares afectados por las operaciones. Si el puerto fuera a caer dad por seguro que los ingleses se apresurarían a volar el arsenal y la fundición antes de que Napoleón se apoderase de ellos. Y luego, ¿qué? A los siete días no habría en el sur de Inglaterra un solo hombre que no estuviese armado, preparado para la lucha. Caerían sobre nuestras tropas como una manada de lobos, arrojándolas al mar seguidamente, imponiéndose por su superioridad numérica.

— Es un sombrío cuadro el que vos pintáis. A mí me parece que os excedéis en vuestro pesimismo. En todo caso este *enfant terrible* debe disfrutar de un empleo que le mantenga en constante

actividad. ¿Qué otra alternativa se nos ofrece?

— Dadle el mando del ejército de Italia, algo que él ansía verdaderamente.

— Ya os he dicho que *Le Directoire* se niega a hacer eso y las razones que motivan tal postura.

Durante sus reflexiones de la noche anterior Roger había llegado a prever la oposición de los miembros del Directorio en lo referente a la entrega a Bonaparte de unas fuerzas que podían volverse contra ellos. En consecuencia, tenía que forjar un plan con el que consiguiera vencer tales objeciones. Creyendo haber colocado a Barras en disposición de considerar su idea seriamente, manifestó:

— A mi entender hay un medio razonablemente seguro para lograr que Bonaparte se mantenga fiel en todo momento al Gobierno actual.

— Me gustaría mucho conocerlo.

— Quizá sepáis que a lo largo del pasado año ha revelado unos propósitos matrimoniales bastante urgentes.

— Sí. Ahora se ha fijado en Josephine de Beauharnais, a quien corteja con la impetuosidad que pone en todas sus empresas.

— Exactamente. Y ella es una *chère amie* vuestra. Todo el mundo sabe que os debe muchos favores e incluso se afirma que la casa en que vive pertenece al ciudadano Barras. ¿Hasta qué punto confiáis en Josephine?

— Mi confianza en ella es ilimitada. Josephine posee un carácter muy dulce y es honesta. Agradecida por todo lo que he hecho en su favor creo que si se lo pidiera utilizaría su influencia de la manera más conveniente a mis intereses.

— Yo suponía ya eso, por lo que he oído decir por ahí. Sugiero que la liguéis más a vos persuadiéndola para que contraiga matrimonio con Bonaparte. Dadle como dote el mando del ejército de Italia, que, naturalmente, ostentará su marido. Ligado a Josephine, vos poseeréis una versión directa y precisa de los movimientos del corso, hallándoos así en condiciones de obstaculizar cualquier manejo que atente a la autoridad del Directorio.

Barras se quedó pensativo un momento.

— El plan es muy ingenioso, pero antes de ponerlo en vías de ejecución hay que examinar varios detalles que quizá no pudiesen ser remontados. En primer lugar: Josephine no ama a Bonaparte.

— Esto es precisamente lo que redondea el plan, lo que lo hace perfecto. No sería posible confiar en ella si estuviera enamorada.

Ahora sí … No sé por qué conseguiremos convencerle para que acepte al general por marido.

— Quizá pueda hacerse lo que decís. Pero la entrega del mando del ejército de Italia no es cosa que yo esté en condiciones de decidir. Carnot, a quien ha impresionado mucho el plan concebido por Bonaparte para destruir a las fuerzas austríacas, tal vez esté de acuerdo. Ahora bien, Rewbell supone un obstáculo. Con toda seguridad que se opondrá ya que opina que el corso se está encumbrando demasiado. Cree que debemos desenbarazarnos de él enviándole a Inglaterra.

— Si podéis convencer a Carnot éste será apoyado por Letourneur, lo cual os proporcionará la mayoría deseada.

Por espacio de un cuarto de hora más los dos hombres discutieron el plan en sus detalles. Por último, Barras manifestó:

— Entonces yo veré a la *Belle Créole* esta noche. Si me visitáis mañana a la misma hora os daré a conocer el resultado de nuestra entrevista.

Aquella noche, Roger visitó el salón de *madame* de Château-Renault, donde conociera a Josephine. Pensaba que habiéndose convertido en una pieza decisiva en su juego lo mejor que podía hacer era ahondar en su conocimiento. Su esperanza de encontrarla allí se vio confirmada prácticamente. Tras breve charla Roger le dijo que se había enterado de que era madre de dos hermosos hijos. Ella le contestó de una manera que revelaba el legítimo orgullo que sentía por aquéllos. Brook añadió entonces que gustaba mucho del trato con la gente joven, pidiéndole permiso para visitarla, lo cual le permitiría conocerlos. Josephine accedió fácilmente, invitándole a tomar el té en su casa al día siguiente.

Por la mañana, a la hora fijada, Roger, que sentía una gran ansiedad por saber si su plan marchaba bien, fue a ver a Barras. Éste le notificó que no se sentía pesimista con respecto al asunto que habían iniciado, añadiendo luego:

— Ser la esposa del jefe del ejército de Italia es algo capaz de satisfacer las aspiraciones de cualquier mujer y a *madame* de Beauharnais le tienta la idea. Pero aún le asaltan graves dudas y no me ha ocultado que anda preocupada con otras cosas. Sobre este particular no fue muy explícita conmigo, más yo sospecho que anda oculta tras aquéllas el ciudadano Fouché. En varias ocasiones, a lo largo de nuestra charla, mencionó ese nombre, rogándome que le ofreciera algún cargo que le sacara de la pobreza y desgracia en que ha caído. Ahora bien, ese hombre es

un bribón y un embustero de primer orden, por lo que tuve que decirle con toda franqueza que no levantaría un solo dedo por ayudarle.

— Es una desgracia que en estos momentos, tan decisivos, tenga una preocupación que la aparte mentalmente de nuestro propósito. Sin embargo, ya es algo que en lugar de tomar al pequeño corso a broma examine, por obra vuestra, la posibilidad de convertirse en su esposa seriamente. ¿Qué os parece que hagamos ahora?

— Desde luego, volveré a verla para continuar presionando. De poder ser, convendría atacarla partiendo de otro punto. ¿Tenéis amistad con ella? ¿No podríais visitarla, sin otro fin que el de cantar a la menor oportunidad las excelencias de Bonaparte?

— Con tal objeto logré que me invitara esta tarde a tomar el té en su casa.

— ¡Magnífico! — exclamó sonriendo Barras —. Manteneos en contacto conmigo y os tendré al corriente de los últimos acontecimientos.

A las seis Roger se hizo llevar en un carruaje a la casa que había cedido Barras a *La Belle Créole*. Era una villa pequeña, de dos pisos, situada al final de un largo pasaje y su entrada estaba flanqueada por dos leones de piedra. Al llegar a ella la identificó como la *petite Maison* que a la esposa de Talma, el famoso actor, regalara uno de sus ricos amantes. Así pues, gozaba la vivienda de una dudosa reputación que se acomodaba a la de la propia Josephine. Roger se había enterado de que varios *ci-devant* nobles la visitaban un par de veces por mes, cosa que no hacían sus respectivas esposas. Brook volvió a preguntarse de nuevo por qué una mujer de la edad y en las circunstancias de Josephine vacilaba ante una boda que no sólo le proporcionaría respetabilidad sino que también serviría para dar solidez a su futuro.

Fue introducido en un saloncito que caía hacia la parte posterior de la casa, cuyas dos ventanas daban a un pequeño jardín. Unos momentos después, Josephine, acompañada por su perro de lanas favorito, *Fortuné*, se unió a él.

Le acogió con la gracia natural que era uno de sus principales dones y en la intimidad de aquel cuarto Roger descubrió la peculiar calidad de su atracción. Radicaba en su dulce expresión, en sus lánguidos movimientos, en la misteriosa sugestión de su cuerpo, que hacía pensar en que una vez abrazado se revelaría excepcionalmente tibio, grato … Transcurridos unos minutos Josephine llamó a sus hijos, presentándoselos a su visitante. La

chica, Hortense, prometía ser una beldad. Tenía una tez limpia, una abundante mata de rubios cabellos y unos ojos inmensos, muy azules. El varón, Eugène, que andaba por los quince años, era un muchacho esbelto, varonil. Los dos, bien a las claras se veía, adoraban a su madre.

Durante el tiempo que Roger había trabajado al lado de Barras a lo largo del mes de octubre anterior, aquél había visto innumerables veces a Bonaparte en el Ministerio de la Guerra. Consecuentemente, a su debido tiempo, a Brook le fue fácil centrar el tema de la conversación en la persona del corso, hablando con tal motivo de sus sobresalientes cualidades. Josephine se limitó a mostrarse cortésmente de acuerdo con sus juicios y comenzó a juguetear absorta con las cosas del servicio de té que había sobre la mesa. Pero el joven Eugène dio pruebas de un incontenible entusiasmo. Bonaparte era ahora su héroe. El episodio de la espada fue relatado con elocuentes frases. Deducíase de todo que aquél le había prometido que cuando tuviera más años le asignaría un puesto entre la oficialidad que trabajaba a sus órdenes.

— Si vas a convertirte en uno de los soldados del general Bonaparte necesitarás, evidentemente, tener tus pistolas — observó Roger —. ¿O las posees ya?

— ¡Ay! No, señor — fue la rápida réplica del chico —. Tras la muerte de papá mi madre se vio obligada a desprenderse de casi todos sus objetos personales para poder alimentarnos.

— Entonces, *madame* — dijo Roger inclinándose ante Josephine —, permitidme, os lo ruego, el placer de regalar a vuestro hijo unas pistolas que hagan juego con su espléndida espada.

Josephine, al principio, se negó. Pero estaba muy acostumbrada a aceptar regalos procedentes de sus amistades masculinas, de manera que Roger no tuvo más que insistir un poco para que le autorizara.

Acababan de saldar aquella cuestión cuando anunciaron al diputado Fréron. Roger conocía a éste desde el sitio de Tolón y habíanse visto muchas veces a partir de entonces. Era ahora un hombre de treinta años y tras el *coup d'état* del 9 Termidor, en el que había representado un importante papel, se había transformado en un reaccionario más radical que cualquiera de los otros ex terroristas. Como Fouché le había dicho a Roger varios meses atrás, Fréron, con extraordinaria astucia, había utilizado su periódico, *L'Orateur du Peuple*, para erigirse en jefe de la *jeunesse dorée*. Pero Roger no había olvidado su pasado, ni mucho menos.

Siendo Fréron *Représentant en Mission* en Marsella había ordenado que se hiciera fuego sobre una multitud de realistas prisioneros. Cuando éstos cayeron al suelo, entre gemidos, cubiertos de sangre, aquél gritó:

— Los que no estéis muertos poneros en pie y se os perdonará la vida.

Los supervivientes, fiados en su palabra, se levantaron … para ser acogidos con otra descarga cerrada de la tropa.

Encontrar un hombre como aquél en la casa de una mujer cuyo esposo había sido guillotinado era sólo un síntoma de los tiempos y Roger no tenía razones particulares para creer a Josephine una dama de altos principios. Brook sintió un asco tremendo por lo que observó a continuación. Fréron no había ido allí a presentar sus respetos a *madame* de Beauharnais. En seguida comenzó a devorar con la mirada a la pequeña Hortense. Luego enseñó varios tiquets que había sacado para un baile público que se celebraría en el Hotel de Richelieu, preguntando si madre e hija querrían acompañarle. La chica se puso a saltar de alegría al oír sus palabras. Roger formuló una excusa, retirándose.

Habiendo dejado pasar un día, para no dar la impresión de que con sus visitas perseguía un fin determinado, el 2 de marzo, algo avanzada ya la tarde, Roger volvió a visitar a Josephine. Con él llevaba una caja conteniendo dos hermosas pistolas que había comprado el día anterior. Eugène se mostró encantado. Aquéllas eran más bellas y caras de lo que él se había atrevido a esperar. A la vista de las armas Josephine se quedó pensativa. Al cabo de un rato mandó salir a sus hijos, para decir a Roger:

— ¿Queréis explicarme, señor, por qué habéis hecho a mi hijo un regalo tan espléndido? Después de todo sólo nos liga un superficial conocimiento, muy reciente además …

Roger sonrió.

— Creedme, *madame:* al comprobar el placer que ha experimentado Eugène me he sentido recompensado … Pero ya que me preguntáis os diré que no trataba únicamente de proporcionar una alegría al chico. Confieso haber abrigado la esperanza de que el general Bonaparte se enterara de mi atención, halagándole al haber tenido tal gesto con una familia que merece su máximo interés.

— Habéis oído hablar entonces de la preferencia que me dispensa, ¿verdad?

— Hay algo más, *madame*. La última vez que nos vimos os elogió en unos términos auténticamente apasionados. En efecto, a

menos que os apiadéis de él, ese hombre puede perder la cabeza al ver que no le correspondéis. Francia quedaría así privada de un gran hombre, ya que estoy convencido de que le aguarda un futuro espléndido.

— Otros amigos me han dicho lo mismo y yo le miro con respeto. No obstante, en ocasiones, llega casi a inspirarme miedo.

— Nada de eso debéis sentir ante él. Fijaos en el afecto con que vuestros hijos hablan de Bonaparte. La gente joven posee una sensibilidad especial para adivinar la verdadera disposición de los mayores. En toda Francia no lograríais hallar para ellos un padrastro semejante.

— Hay mucho de verdad en lo que decís, señor.

— Cierto. Y una vez os hubierais casado con ese hombre acabaríanse vuestros apuros. Siendo su esposa todo París se inclinaría ante vos. Cuando la pequeña Hortense creciera se vería cercada por una multitud de pretendientes con dinero y títulos. Podríais casarla como ella se merece. En cuanto a Eugène, puesto que abriga el deseo de ser militar, ¿qué mejor oportunidad para él que la que le llevaría a unir su suerte al primer soldado de Francia?

Josephine hizo un gesto de asentimiento.

— En esos términos he estado pensando yo y vuestros argumentos han de pesar grandemente en mi decisión. Le aceptaría porque los intereses de mis hijos coinciden con los míos. Pero existen otras cosas que considerar. Sería una ingenuidad intentar ocultar el hecho de que hace tiempo que dejé atrás mi primera juventud. Un hombre tan volátil podría buscar otras distracciones y …

Josephine se interrumpió. Acababan de anunciar a *madame* Tallien. Su entrada privó a Roger de la ocasión de tranquilizar a la madre de Eugène con respecto al poder de sus encantos, mencionando al mismo tiempo otros detalles relativos al proyectado enlace con Bonaparte. Roto el hielo, había esperado tener ocasión de hacer hincapié en ellos.

Poco después apareció Bonaparte y Roger, sabiendo que al corso le agradaría charlar a solas con Josephine, se ofreció a Teresa Tallien, para llevarla a su casa. También ésta comprendió y aunque llevaba en el salón un cuarto de hora escasamente, con su habitual buen carácter accedió a la propuesta de Brook. En el momento de despedirse le dijo a Josephine:

— No se te olvide, querida … Estamos citadas con *madame* Le

Normand mañana, a las tres de la tarde. Llevaremos antifaz, por supuesto. Vendré a recogerte en un coche. Someteremos el poder de esa adivinadora a una fuerte prueba ya que habrá de averiguar entre otras cosas nuestras respectivas identidades.

— No se me había olvidado — contestó riendo Josephine —. Los adivinadores me encantan y confío en que esta renombrada sibila nos predecirá un porvenir excitante. ¡Adiós, querida Teresa! ¡Hasta mañana!

Bajando las escaleras Roger solicitó de la majestuosa Teresa las señas de Le Normand, alegando que también él deseaba consultarle algunas cosas. Teresa accedió a hacerle aquel pequeño favor. Ante la entrada de su casa, unos minutos más tarde, Roger declinó su invitación a pasar. Luego Brook se fue a *La Belle Etoile*. Una vez aquí subió a su habitación, donde levantó una de las tablas del piso, sacando de debajo una de las bolsas de oro que guardaba allí para los casos de urgencia. Echándose a la calle de nuevo se sumergió en una persistente llovizna que duró hasta el mismo instante de entrar en la rue de Journon, donde se encontraba la casa de Le Normand.

Al principio la mujer que atendió su llamada se negó a dejarle pasar, manifestando que su ama había de esforzarse por conservar sus secretos poderes intactos, por lo que no recibía nunca a ningún cliente hasta después de las seis. Pero Roger hizo tintinear su oro, alargándole discretamente una moneda, lo cual indujo a la sirvienta a complacerle, conduciéndole a un salón de la planta baja.

Al encender aquélla las velas Roger advirtió en el centro del cuarto una mesa, sobre la que vio un puñado de cartas Tarot esparcidas, boca arriba, y también, entre ellas, un gran cristal situado encima de una repisa de ébano. No se veía ningún cocodrilo colgando del techo, ni panderetas, ni otros artículos similares, utilizados habitualmente por los charlatanes del oficio … Roger tampoco había esperado hallar allí tales cosas pues conocía la reputación de Le Normand, cuyas dotes de adivinadora se tenían por auténticas. De acuerdo con lo que la gente sostenía había revelado las fechas en que muchos de sus consultantes serían enviados a la guillotina. Desplegando una audacia nada corriente había pronosticado asimismo la caída de Robespierre.

Cuando llevaba esperando unos minutos entró en el salón una mujer de mediana edad. Vestía ésta ropas buenas pero un tanto sucias. Cubríase la cabeza con un pañuelo de encaje, por cuyos bordes asomaban mechones de grisáceos cabellos. Sus ojos, muy

grandes, daban la impresión de estar muy separados. Aquéllos se posaron en Roger, contemplando al joven serenamente. Habiendo correspondido a la cortés reverencia de él, la mujer inquirió:

— ¿Qué desea el ciudadano de mí?

— Me trae a vos un asunto esencial. No he venido a que me pronostiquéis el porvenir. En primer lugar permitidme que os asegure que yo creo en vuestros dones. Tengo una amiga, a quien aprecio mucho, quien ha adivinado mi futuro en varias ocasiones con toda corrección. Pero también gracias a ella he conocido las limitaciones de tales poderes. No siempre es posible recurrir a los mismos con absoluta seguridad. En consecuencia, es preciso recurrir a ciertas ayudas … externas en algunos casos.

Los ojos de *madame* Le Normand se tornaron risueños.

— Ya que el ciudadano está tan informado acerca de estas cuestiones no puedo negar la utilidad que se deriva del conocimiento previo de las circunstancias personales del consultante.

Roger inclinó la cabeza.

— Entonces os prestaré mi colaboración por lo que respecta a dos damas que están citadas con vos para celebrar una consulta a las tres de la tarde de mañana. La más alta es *madame* Tallien; la de inferior estatura o de menor corpulencia es *madame* de Beauharnais.

— ¿Por qué me facilitáis espontáneamente esta información?

— Porque deseo que ejerzáis una benéfica influencia sobre la última de las citadas señoras. *Madame* de Beauharnais ha recibido recientemente una propuesta de matrimonio, pero no sabe qué hacer, si aceptarla o rechazarla. Le interesa lo primero debido a que su posición actual es bastante precaria. Ese enlace aseguraría su futuro y el de sus dos hijos. La oferta no ha sido formulada por mí sino por el general Bonaparte. Creo que sería improcedente que citarais su nombre. Lo correcto es que le habléis bien de él, describiéndole como el hombre de excelentes cualidades que es y un soldado de gran porvenir, que hará feliz a la mujer que con él se case.

Roger arrojó sobre la mesa la bolsa de oro que había traido consigo.

— Si accedéis a lo que os propongo me gustaría que aceptarais esto. Con ese dinero podríais compraros algún objeto de valor, que os recordará el importante papel que habéis jugado al mejorar la suerte de una viuda y dos huérfanos.

La sibila cogió la bolsa, que mantuvo apretada un momento entre sus manos, diciendo:

— Me habéis mentido, ciudadano. Esta bolsa contiene luises de oro. Pero, pese a ello, se trata de dinero extranjero. No os ha traído a mi casa un supuesto interés por esa viuda y esos huérfanos de que me habéis hablado. Ansiais que el enlace se lleve a cabo por otros motivos. Tal esfuerzo por alterar el destino de otra persona significa que existen ciertas reservas en la mente del que da un paso semejante. He aquí vuestro caso. Sin embargo, procederé de acuerdo con vuestros deseos, ya que nunca he sentido dentro de mí con tanta fuerza la influencia que me guía y ahora estoy absolutamente convencida de que al acceder contribuyo a la gloria de Francia.

— Ciudadana — repuso Roger un tanto hoscamente —, me habéis dejado desconcertado con vuestras palabras. Debo señalar que con esto no gano nada y creo sinceramente que la que saldrá ganando con ese matrimonio será *madame* de Beauharnais. En cuanto a mí sólo espero que la diosa fortuna me trate benévolamente.

Los extraños ojos de la mujer sostuvieron firmemente la mirada de su interlocutor.

— Os creo. Así pues no seréis vos el que sufra sino la causa que servís.

Cuando la puerta de la casa se cerró a sus espaldas, Roger se sintió interiormente agitado. Por vez primera se le ocurrió que lo mejor hubiera sido permitir que Bonaparte se estrellara contra la costa de Inglaterra al intentar la conquista del país. ¿Por qué probar a quitárselo de encima preparando el camino para que fuese a Italia, de donde podría regresar cubierto de gloria y convertido en una amenaza mayor todavía? Después, pensándolo más detenidamente, se dijo que estaba jugando sus cartas correctamente. Hallándose Inglaterra prácticamente desguarnecida la invasión constituía un peligro terrible, un riesgo demasiado grande. Y éste no se había desvanecido todavía. En efecto, aún no era seguro que Josephine aceptara a Bonaparte por esposo. Y, en fin de cuentas, de salir esto bien, ¿se decidirían los miembros del Directorio a darle al corso el mando del ejército de Italia?

Sobre esta última pregunta Barras dio a Roger mejores esperanzas en la entrevista que celebraron los dos hombres a la mañana siguiente. El general Schérer había enviado el plan de Bonaparte a Carnot con una breve nota en la que informaba que

no le servía para nada, añadiendo que si el Directorio se empeñaba en llevarlo a la práctica lo más conveniente era que recurrieran a los servicios del necio que lo concibiera. Carnot había decidido apoyar una política de «tomarle la palabra». No obstante, la propuesta tenía aún que salvar el obstáculo del Comité.

Ahora resultaba ser el voto de Barras el factor decisivo. Pero pese a todo lo que Roger pudo decir acerca de la criminal locura a que equivalía el intento de invadir Inglaterra, el Director manifestó con toda claridad que no aprobaría la sustitución de Schérer por Bonaparte a menos que el plan para ejercer una secreta influencia sobre el corso a través de Josephine fuese por fin algo real y no simplemente un proyecto. Añadió que no debía perderse más tiempo … Había que conseguir el asentimiento de ella ya que cuando la propuesta llegara oficialmente a poder del Directorio habría de resolverse en un sentido u otro.

Más ansioso que nunca por conocer el efecto que Le Normand había producido en Josephine y teniendo la seguridad de que ésta hablaría de su experiencia de la tarde anterior si lograba entrevistarse con la pretendida de Bonaparte, Roger fue aquella noche a casa de *madame* Tallien. Mas Josephine no apareció por allí. Un poco sorprendido se encaminó al domicilio de *madame* de Château-Renault. Allí sí estaba. Pero se encontraba acompañada de Bonaparte, quien poco después la condujo en el carruaje a su casa. Roger hubo de aguardar pacientemente al día siguiente.

A una hora de la tarde muy temprana, la más temprana que permitían las conveniencias sociales, Roger se encaminó a la pequeña villa de la rue Chantereine. Josephine se mostró sorprendida al verle. Osadamente, Roger manifestó que había sido enviado por Barras, para decirle que la oposición de Carnot en cuanto al nombramiento que Bonaparte deseaba con tanto interés acababa de ser vencida. Ya no quedaba más que ella dijera si estaba dispuesta a presentarle al corso aquél como su dote.

Enarcando las cejas un poco, Josephine respondió:

— No sabía que Barras esperaba que alguien se opusiera a su plan. Él me dio a entender que todo dependía de mí.

— ¡Ah! — exclamó Roger intentando evitar una contestación directa —. Es que él quería que os fuerais acostumbrando a la idea. Mientras, probaba a convencer a dos de sus colegas en el *Directoire*. Habiéndose salido con la suya, dentro de cuarenta y ocho horas el asunto quedará resuelto. Sí. De una manera u otra. Como la votación es secreta aún puede sabotear su propia propuesta si quiere … No lo consintáis. Se sentiría muy dolido si

os negarais a aceptar esta espléndida oportunidad que él con tantas molestias os ha proporcionado.

Josephine le señaló a Roger una silla en el instante en que ella tomaba asiento en otra.

— Sería una mujerzuela sin corazón de no mostrarme agradecida a él. No ha habido nunca un protector más generoso. En cuanto al porvenir que este enlace promete … Ayer fui con Teresa Tallien a consultar con la sibila Le Normand. De resultar verdad la mitad de las cosas que me ha pronosticado pocas fortunas podrán igualarse a la mía. Me siento todavía confusa, a causa de lo que oí …

— Le Normand es una adivinadora que posee una reputación excelente — apuntó Roger sonriendo —. Me siento encantado de que los presagios se revelen favorables. ¿No queréis contarme lo que esa mujer os dijo?

— Todo es una pura fantasía. Estuvo hablando de palacios y coronas. Aseguró que la estrella de Bonaparte es la que más brilla en los cielos. Afirmó que los reyes se humillarían ante él; que me convertiría en una reina; que tras su padrastro mi Eugène sería un gran general, y también un príncipe … De la pequeña Hortense me comunicó que ocuparía como yo un trono.

Por un momento, Roger, inquieto, se preguntó si algo de aquello merecía ser tomado en consideración … Simplemente: ¿no sería que la sibila habíale querido complacer manteniéndose a tono con el contenido de la bolsa de oro?

Josephine captó de nuevo su atención al proseguir:

— Desde luego, no he creído una palabra de todo eso. Siendo yo muy joven, hallándome en Martinica, una negra me pronosticó un futuro semejante. También predijo los conflictos que se producirían en Francia, mi matrimonio con el señor de Beauharnais y la forma en que éste moriría.

Roger estaba impresionado pero continuó inalterable. Pensó que lo mejor era aferrarse a cierto principio suyo que venía a rezar: lo primero es antes. Con toda gravedad respondió:

— He aquí unas palabras atinadas que confirman vuestro espléndido futuro. Aceptad, *madame,* mi felicitación. Con vuestro permiso iré a ver a Barras a fin de darle cuenta de tan buena nueva. A través de vos el general Bonaparte dará el primer paso hacia la celebridad.

— ¡No! ¡Esperad!

Josephine levantó una mano para que se detuviera en el

instante en que Roger se puso en pie.

— ¿Eh? Supongo que ya no os atormentarán las dudas …

— Sí, señor Brook. ¡De veras que sí!

— ¿Cómo podéis pensar en rechazar cuantos dones se disponen los dioses a derramar sobre vos y vuestros hijos?

— No soy yo la que quiere hacer eso … Me veo forzada por las circunstancias.

— ¿Cómo se entiende eso? ¿No sois acaso dueña de vuestros actos? ¿Qué es lo que puede impedir vuestro matrimonio con el general Bonaparte si no son vuestras vacilaciones?

En lugar de contestar a estas preguntas, ella se inclinó hacia delante, diciendo con grave expresión:

— Vos, *monsieur*, habéis sido muy atento con nosotros. Aunque os conozco desde hace poco tiempo os tengo por un amigo, por una persona en quien se puede confiar. Sé que sois muy amigo de Barras. ¿No seríais capaz de persuadirle, para que me hiciera un favor?

Roger le dirigió una mirada de extrañeza.

— Yo no creo, *madame*, que tenga más influencia con Paul Barras que vos misma. De todos modos estoy dispuesto a serviros

— He de referirme al ciudadano Fouché. Se han contado muchas cosas malas de él pero en el fondo es un buen hombre. Sus calumniadores le han llevado a la ruina. Yo quisiera que su despejada inteligencia se aplicara a la tarea de engrandecer a su país de nuevo. Os ruego que hagáis cuanto os sea posible para convencer a Barras de que debe darle un empleo.

— Perdonadme, *madame*, si antes de acceder a lo que me pedís os hago una pregunta. ¿Qué tiene eso que ver con vuestro proyectado enlace?

Josephine comenzó a retorcerse los dedos, presa de evidente agitación.

— Os ruego, señor, que no os mostréis insistente en este aspecto. Esto es un asunto de mi pasado del cual prefiero no hablar. Habrá de bastaros saber que aunque no amo al general Bonaparte haré cuanto pueda para ser una buena esposa … siempre … siempre que esta cuestión sea saldada.

— ¿Sugerís que es Fouché quien os contiene?

— ¡No, no! Su disposición hacia mí es excelente y se conduce como un amigo. Por tal motivo deseo favorecerle. Procede de una familia dedicada a los negocios navieros, que tiempo atrás tuvo posesiones en las Indias Occidentales. La Revolución le privó de

sus rentas y como ya no es diputado pasa actualmente grandes estrecheces.

Al mencionar las Indias Occidentales Roger creyó decordar algo. Levantándose, exclamó:

— ¡Ya comprendo! Fouché se ha enterado de vuestro matrimonio con William de Kay.

Los ojos de Josephine se dilataron, a causa del asombro. Poniéndose en pie como impulsada por un resorte, inquirió:

— ¿Cómo … cómo es posible que sepáis eso?

Roger tuvo que idear algo rápidamente, para salir del paso. Tras un segundo de vacilación respondió:

— Viviendo en Inglaterra oí contar la historia a un tal señor Beckwith, un comerciante que había pasado muchos años en Martinica.

— Conocí a ese hombre — murmuró Josephine muy pálida —. ¡Oh, señor Brook! Os equivocáis al suponer que es Fouché la persona que me está haciendo víctima de un chantaje, pero estáis en lo cierto, en cambio, al creer que alguien quiere aprovecharse de mí basándose en aquella locura de juventud. Ésta ha venido a ser una maldición en mi vida.

— Supe de ella por casualidad. Me imaginaba que había sido olvidada por todos ya.

— Ésa era mi esperanza. Varios años después de contraer matrimonio con *monsieur* Beauharnais entró a servir en nuestra casa un mulato. Éste resultó ser hermano de una esclava criada en la casa de mis padres, quien le refirió el episodio. Como precio a su silencio exigió algún dinero. Durante cierto tiempo le entregué diversas sumas y más adelante, al no poder atender sus demandas, se lo conté todo a mi esposo. Le juré que era inocente y él me creyó. Todo habría salido bien de no ser por la intervención de una malvada mujer que pretendía ser mi amiga. Tan insistente se mostró con mi marido que éste decidió marchar a Martinica con objeto de hacer determinadas averiguaciones. A su regreso emprendió una acción con el propósito de repudiarme. Afortunadamente, unos buenos amigos míos lograron que el caso pasara desde París a un juzgado provincial, donde mi esposo carecía de influencia. No existía ninguna prueba que afirmase la legalidad de mi matrimonio con William de Kay, ni se pudo demostrar que éste había sido consumado. El veredicto proclamó mi inocencia. Más tarde me reconcilié con mi marido. Yo pensaba entonces que ya había sido severamente castigada por el engaño de que hice víctima a mis padres.

— Y no os equivocabais, señora. Pero … Os ruego que os tranquilicéis. Naturalmente, es lógico que os cause enojo la reaparición de ese bribón de mulato, pero ahora no será muy difícil salirle al paso.

— En esto no ha tenido intervención. Sé que murió en una reyerta, durante la Revolución.

— Entonces es otro el que intenta haceros objeto de un chantaje. ¿Debo suponer que Fouché actúa en calidad de agente, animándoos a comprar el silencio de aquél?

— No se trata de eso, exactamente. No soy tan ingenua que no comprenda que al servirme Fouché pretende favorecerse a sí mismo. Creo que habla con sinceridad al apreciar que es mejor deshacerse para siempre del chantajista que estar pagándole mes tras mes. Lo que me ha sugerido es que si yo puedo conseguir para él algún puesto importante en uno de los ministerios, o un nombramiento dentro de la policía, le será fácil extender una orden de arresto sin concretar las razones para adoptar tal medida, laborando luego por la deportación del detenido, lo cual equivaldría a la solución del problema.

— Pero … ¡un momento, *madame!* — exclamó Roger extendiendo las manos —. ¿Por qué ha de depender vuestra tranquilidad de la rehabilitación de Fouché? ¿Por qué no os entendéis directamente con Barras? Él hará todo lo que sea necesario de un plumazo.

— No es tan sencilla la cosa como os figuráis, *monsieur*. Fouché se niega a revelar la identidad del chantajista.

— Aún así la intervención de Barras puede ser eficaz. Éste no tendría más que ordenar que un agente de la policía se convirtiese en la sombra de Fouché, espiándole día y noche. La pista de un bribón nos descubriría la del otro y el caso quedaría saldado con las mínimas molestias para vos.

— No — *Madame* de Beauharnais hizo un enérgico movimiento denegatorio de cabeza —. Fouché será un bribón pero sabe guardar un secreto. No es ése el caso de Barras. No hay en todo París un hombre más murmurador que él. De confiarme a Paul en este aspecto me haría inconscientemente más daño que el propio chantajista resuelto a divulgar lo que yo tengo tanto interés en mantener oculto.

Roger guardó silencio un momento. Luego dijo:

— En realidad no comprendo por qué teméis tanto a ese individuo. Dado el veredicto del tribunal al que recurristeis sois inocente. Debierais reíros ante la amenaza de sacar a relucir de

nuevo este episodio de vuestra vida.

La risa que Josephine dejó oír a Roger estaba impregnada de amargura.

— Aún no os he dado a conocer, *monsieur*, lo que hay concretamente tras este asunto. Esa persona posee un diario que redacté durante mi relación con William. Lo sé porque me ha enviado una copia de las páginas más comprometedoras del mismo. En ellas me refería a William como mi esposo y escribí muchas cosas de las que me sonrojo con solo recordarlas.

Roger suspiró.

— Tenéis razón, señora. Esto es verdaderamente serio.

— ¡Serio! — repitió ella como un eco, levantando la voz histéricamente —. La publicación de ese diario supondría mi fin. ¡Seguro, señor Brook! ¡Sería mi deshonra! Mis pobres hijos llevarían sobre ellos de por vida el estigma de bastardos. En cuanto a mí, de casarme con Bonaparte y descubrirse posteriormente esto, por convertirle en el hazmerreír de París creo que llegaría a estrangularme con sus propias manos.

En una rápida y luminosa sucesión de ideas, semejante a los vertiginosos relampagueos de un triquitraque chino al explotar, Roger adivinó la serie de situaciones a que amenazaba dar lugar aquel giro insospechado de los acontecimientos. Josephine no se casaría con Bonaparte a menos que fuese recuperado su diario. De no efectuarse el enlace Barras no accedería a confiarle el ejército de Italia. Y si esto no sucedía el corso insistiría en que fuese aprobado su plan de invasión de Inglaterra.

Una vez más Roger vio ante él en llamas la High Street de Lymington, su ciudad natal. Y sabía que aquélla sería una escena entre otras muchas parecidas, ya que aunque la invasión fuese impedida nada podría detener los desembarcos iniciales. Aunque aquello fuera lo último que hiciese en su vida, habría de apoderarse del diario de Josephine, procediendo inmediatamente a su destrucción.

Capítulo XXVI

CHANTAJE

Aquella noche, después de cenar, Roger fue a casa de Fouché. *Madame* Fouché, tan poco atractiva como siempre, contestó a su llamada, haciéndole pasar al cuarto de estar, pobremente amueblado, al igual que el resto de la casa. Fouché se encontraba allí, estudiando unos papeles que había extendido sobre la mesa que tenía delante. Tan pronto los dos hombres se hubieron saludado la mujer se retiró discretamente.

Sin mirar a Roger, Fouché le señaló una silla, diciendo:

— Estaba enterado de tu regreso. Ahora bien, las cosas han cambiado bastante en París durante tu ausencia. Por tal razón estimé que no valía la pena ir en tu busca.

— Desde luego — convino Roger —. No ha llegado aún el momento de emprender algo con relación al asunto que tratamos en nuestra última entrevista.

Fouché suspiró.

— Me lo temía, si bien tu inesperada visita me ha hecho pensar por un momento que podía estar equivocado. Entonces, ¿a qué se debe ésta?

— Deseaba saber si a lo largo de estos meses en que he estado ausente habíais mejorado.

— Una atención muy de agradecer. Mi respuesta, desgraciadamente, es negativa — Fouché señaló con un gesto de disgusto los papeles que tenía sobre la mesa —. He aquí un bonito trabajo para una persona que en más de una ocasión dejó con sus palabras en suspenso a los miembros de la Cámara. Estoy efectuando unos cálculos para averiguar cuánto costará alimentar unos cuantos cerdos hasta el instante en que alcancen cierto peso y puedan ser vendidos con unos francos de beneficio por cabeza.

— ¿De veras? Ignoraba que entendieras de asuntos agrícolas o de explotación de granjas.

— No poseo la menor experiencia sobre el particular. Ocurre que el ex diputado Gérard se me ofreció como socio capitalista si yo accedía a engordar una ventregada de cerdos, sometiéndoles a una alimentación forzada. Vamos a medias. Así pues, en la actualidad me paso la vida en una granja de los suburbios, limpiando pocilgas.

— Te agradaría entonces que te colocara en vías de ganar una suma considerable de dinero, ¿eh?

Fouché ahogó una risita.

— Existen muy pocas cosas en la actualidad que yo no esté dispuesto a hacer con tal de mejorar mi apurada situación.

— Todo depende de que estés dispuesto a ponerte de acuerdo conmigo. Esta tarde *madame* de Beauharnais me refirió abreviadamente ciertas conversaciones que ha sostenido contigo.

— ¡Ah! — los labios de Fouché, muy pálidos, se retorcieron levemente, en una débil sonrisa —. De manera que tú conoces lo del diario y probablemente has venido con la intención de comprarlo …

— Sí. ¿Cuánto quieres por él?

— Yo no lo tengo.

— No importa. Sabes quién es su propietario actual y puedes hacerte con el mismo.

— Ni aún siendo eso posible te lo vendería.

— ¿Por qué no? Estoy dispuesto a pagártelo bien.

Fouché movió la cabeza.

— Para mí tiene más valor que cualquier suma de dinero. Ese diario ha de proporcionarme los medios para obtener una nueva oportunidad en la vida.

— Creo que andas equivocado, en ese aspecto.

— ¿Por qué he de equivocarme? *Madame* de Beauharnais tiene gran influencia con Barras. Éste podría procurarme fácilmente un empleo en la Administración, lo cual me permitiría disfrutar de un ingreso regular. Una vez en marcha pronto hallaría ocasiones de sobra para mejorar más mi situación. Una perspectiva semejante vale mucho más que el dinero que pudieras darme.

— Tienes razón … en el caso de que Barras quisiera ayudarte. Pero éste, tú lo sabes, no quiere saber nada de ti.

— ¿Por qué ha de negarse? Todo el mundo conoce mis aptitudes y hay por ahí hombres menos capaces que yo y con menos antecedentes favorables en la tarea de regentar una oficina.

Mis enemigos de las dos Cámaras podrían alborotar un poco pero ahora ellos no cuentan en estos asuntos. Al cabo de veinticuatro horas de firmado el nombramiento nadie se acordará de él. Barras no se habrá perjudicado en lo más mínimo y yo contaré ya con medios para mantener a mi desventurada familia.

Roger hizo un gesto de indiferencia.

— No razonas mal, pero la verdad es que Barras no ha querido atender la petición de *madame* de Beauharnais en favor tuyo.

— Pues no recuperará su diario. La persona que lo posee en la actualidad no tiene nada de tonta y no accederá a desprenderse de él aunque yo le ofrezca la mitad de la gran suma que sin duda estás dispuesto a dar tú. Aquélla abriga el propósito de retenerlo con el fin de obtener de esa señora pagos mensuales que se elevarán a la cantidad que ella pueda dar. He aquí por qué *madame* de Beauharnais no debe dejar en paz a Barras, hasta que logre que el mismo haga algo por mí. Siempre he ansiado tener un cargo dentro de la policía. Si ella me lo consigue yo me ocuparé de tratar con el chantajista y dicho asunto no volverá a preocuparla más.

— Vuelves a razonar perfectamente, pero no hay nada que abone el feliz desenlace del caso a causa de que Barras no quiere saber de ti. Por consiguiente, habrá que recurrir a otros medios.

— ¿Qué sugieres entonces?

— Que me facilites el nombre del chantajista y yo me ocuparé de recuperar el diario, entendiéndome directamente con él.

Fouché resopló, enfadado.

— Te he dicho ya que en él radica mi única esperanza de reemprender la carrera para la cual me siento más capacitado. ¿Es lógico que sacrifique mi porvenir por un puñado de monedas?

— Más te valdría proceder como yo te digo. De otro modo no conseguirás nada.

— Te equivocas ahí. En el caso de que Barras se muestre inflexible aún me queda la posibilidad de lograr un ingreso fijo a base de lo que *madame* de Beauharnais vaya entregando. En mi calidad de mediador me será asignado el correspondiente porcentaje.

— No te ilusiones. Esa mujer está muy lejos de ser rica. Podrás considerarte afortunado si obtienes un primero y único pago, siempre, desde luego, una pequeña cantidad.

— Contrariamente a lo que piensas, las perspectivas de sacar a *La Belle Créole* dinero, de exprimirla virtualmente como si fuera un limón, no han sido nunca tan buenas como ahora. Un pajarito que

merece toda mi confianza me dijo que el general Bonaparte la asedia. Pretende casarse con ella. Dada su situación sería una loca si no le aceptase como esposo. Cuando se convierta en *madame* Bonaparte no solamente sentirá más que nunca la necesidad de protegerse comprando nuestro silencio sino que dispondrá de amplios recursos para ello.

— Precisamente acabas de aludir a un hecho que hará que os salga el tiro por la culata — anunció Roger a su interlocutor con una risita —. Esta tarde *madame* de Beauharnais se sinceró conmigo. Es lo bastante inteligente para suponer que vosotros especuláis con las pretensiones de Bonaparte con respecto a ella y comprende que de no daros satisfacción intentaréis arruinarla. Pero *madame* de Beauharnais es también una mujer valerosa y se halla preparada para hacer frente a esta crisis que habéis provocado. Se conduce asimismo como una persona honesta. Me notificó que nada la inducirá a tomar por marido al general mientras esta espada de Damocles cuelgue sobre su cabeza. Todavía va más lejos … A estar sufriendo aquí un chantaje que merme o anule sus ya limitados recursos prefiere marcharse de París, irse a la isla de Martinica. Allí el error que cometió en su juventud es conocido casi por todos, habiendo sido ya perdonado. Por tal motivo sólo le podréis sacar algún dinero durante el tiempo que tarde en hacer sus preparativos para abandonar Francia.

Roger había presentado los hechos un tanto a su conveniencia ya que Josephine no pensaba en modo alguno irse a Martinica y su sugerencia de que Fouché podía sacarle una pequeña suma de dinero más bien que ninguno era un ardid que no carecía de ingenio. Fue este detalle, indudablemente, lo que hizo que el otro aceptara la declaración como auténtica. La grisácea faz de Fouché, saturada de erupciones, se torció en una mueca de enojo al responder:

— La desgracia, evidentemente, se ha cebado en mí pues veo que este puente que yo había tendido para alcanzar mejores días se resquebraja. Había puesto mi confianza en este asunto para aliviar a mi pobre esposa de la carga que desde hace tiempo pesa sobre ella. Ya que me veo obligado a entenderme contigo, dime, ¿qué suma piensas pagar?

— Cien luises.

— Tu oferta es absurda. ¡Lo sabes muy bien! Mil luises es el precio que esa mujer debe pagar por asegurar su futuro. Creo que éste los vale.

— Quizá no te los regateara si dispusiera de esa suma. Desgraciadamente no tiene tanto dinero. Y el que paga soy yo, por el afán de conquistar su afecto. Éste lo he valorado en cien luises, nada más. Es el doble de la cantidad que conseguirías entendiéndote directamente con ella. Ni siquiera sé si presionándola podrías llegar a la cifra de cincuenta. Acuérdate de que después de ponerme de acuerdo contigo he de entenderme con la persona que tiene el diario en cuestión.

— ¿Qué dinero te propones ofrecerle por él?

— Confío en conseguirlo gratis. Por supuesto, si yo le refiero a Barras una historia convenientemente preparada me proveerá de una orden de deportación. La amenaza de hacer cumplir ésta bastará para asegurarme la entrega del diario. Pero para no recurrir a ciertos extremos, que podrían conducir a la divulgación de este asunto, habrá que efectuar algún pago para liquidar definitivamente el caso. Consecuentemente, por tu parte en éste no te entregaré más de cien luises.

Los ojos enrojecidos de Fouché, ligeramente entreabiertos, se posaron en sus largas y huesudas manos, que había cruzado sobre la mesa. Repentinamente, comenzó a hablar de nuevo.

— Tú te has llevado siempre bien con Barras y la naturalidad con que te expresas al aludir a esa orden de deportación demuestra que os sigue uniendo una buena amistad. Haremos un trato. Haz que me coloque en alguna parte y olvidaré los cien luises.

— Ya te he dicho que se niega a auxiliarte.

— Verdad es que se negó a atender la petición de la linda *Créole* pero esto puede deberse a que piense que ya ha hecho bastante por ella. Tal vez enfoque la cuestión de muy distinta manera si el que le pide el favor eres tú.

— Lo dudo.

— Tengo la seguridad de que te atenderá. Especialmente si lo que de él solicitas es un empleo modesto. Dejaré a un lado mi aspiración al cargo de prefecto o cualquiera de ese tipo. Háblale tan sólo de que quiero trabajar en Correos, Aduanas o Abastecimientos. Me da lo mismo una cosa que otra con tal de volver a estar al servicio del Gobierno. Ya verás como le convences.

Roger reflexionó un momento. Después de todo a él no le importaba que dentro de la Administración del Directorio hubiese un picaro más o menos. Fouché, por otro lado, no le estaba

pidiendo la luna. Tanto mejor si lograba procurarle un cargo de menor cuantía y el Gobierno inglés se ahorraba un centenar de luises.

— Perfectamente — Roger hizo un gesto de asentimiento en el instante de ponerse en pie —. Tenlo bien presente: yo no te prometo nada. Pero haré cuanto pueda por ti. Ahora dime el nombre y las señas de la persona que tiene en su poder el diario.

Fouché también se había levantado, denegando con un movimiento de cabeza.

— Mucho me temo que para que te revele eso habrás de esperar hasta que sepa qué es lo que Barras piensa hacer por mí.

— No — contestó resueltamente Roger —. Este asunto carece de importancia para mí y no quiero andar detrás y delante de Barras para hablarle de él. Jamás me firmará una orden de deportación en blanco. De pedírselo tengo que conocer, pues, el nombre de esa persona. Revélamelo y cuando solicite de él ese documento le pediré también que haga algo por ti. Si tal condición no te satisface dejemos a un lado el caso …

Como Fouché carecía de medios para descubrir el inmenso interés que guiaba a Roger, en realidad, llevado además de la gran urgencia con que necesitaba disponer de lo que le había pedido cayó fácilmente en la trampa.

— Veo que tengo que confiar en ti. El nombre de esa mujer …

— ¿Una mujer? — inquirió Roger, sorprendido.

— Sí, una mujer. Es la hermana de un mulato que antes de la Revolución sirvió en casa de los Beauharnais

— Entendido. *Madame* de Beauharnais me habló de ese individuo. Continúa.

— *Madame* Rémy, ése es su nombre.

— ¿Y sus señas?

Fouché tuvo un gesto de vacilación. Roger adivinó que se disponía a callar aquello, reteniendo el interesante dato como si fuese su última carta, pretextando que para asegurarse la orden de deportación no era necesario. Pero ahora Brook conocía ya el nombre, estaba a punto de alcanzar a su presa.

— Ya no ganarás nada formulando evasivas después de haber depositado tu confianza en mí. No tengo más que pedirle a Barras que lance a la Policía en su busca para localizarla en un plazo de tiempo muy breve.

— Cierto. Muy bien, entonces. Esa mujer vive no muy lejos de la prisión de La Force. Llégate hasta una fila de casas situadas en el corto trecho de río comprendido entre los puentes de la isla de

San Luis y la de Louvier. Su alojamiento fue tiempo atrás el estudio de un artista y queda a la derecha de una taberna frecuentada por los obreros que trabajan en aquella zona.

— Perfectamente. Mañana habrá un gran desfile en el que tomarán parte las tropas que han regresado de La Vendée. Los miembros del Directorio presenciarán el mismo … Por tal causa no podré ver a Barras hasta la tarde si no después. Procura no salir por la noche pues pienso visitarte para poner en tu conocimiento los propósitos que con respecto a ti abriga aquél.

Fouché inclinó la cabeza, avanzando tras Roger por el pasillo. Al abrir la puerta de la calle dijo:

— Esto significa mucho para mí. Haz el favor de tenerlo presente. De ti depende que pueda conseguir un sueldo que me permita proporcionar a mi mujer algunas comodidades.

— Todo depende de la actitud de Barras con respecto a tu persona — repuso Roger —. Sin embargo, te prometo que haré cuanto esté a mi alcance por favorecerte.

Inmediatamente, Brook se perdió en la oscuridad de la calle.

Al día siguiente, tan pronto hubo comido, Roger marchó al Palacio de Luxemburgo. Era aquélla una tarde triste y lluviosa. El característico crepúsculo de los días de marzo llegaba a su término en el momento en que descendía de un coche de alquiler frente al edificio. Habiendo pagado al cochero subió las escalinatas del mismo. Tuvo que esperar más de una hora en una antecámara antes de que el señor Brottot saliera para anunciarle que Barras estaba libre.

Tan pronto los dos hombres se hubieron acomodado, aquél dijo:

— Cuando me anunciaron que estabais aquí me encontraba a punto de enviaros a buscar. Resulta que nuestro proyecto con respecto a *madame* de Beauharnais se ha transformado en un asunto de la máxima urgencia. No he tenido ocasión de verla desde la última vez que vinisteis a verme y si sigue oponiéndose al enlace esta noche se nos presenta la oportunidad definitiva para convencerla. Quiero decir que no habrá otra. La cuestión del nombramiento de Bonaparte es el asunto con que se inicia la agenda del Comité para mañana por la mañana.

— Entonces tengo el placer de comunicaros — contestó sonriendo Roger —, que aquél está resuelto y de un modo favorable para nuestros propósitos. O, por lo menos, casi resuelto …

— ¿Casi? — inquirió Barras enarcando las cejas.

— Sí. Como ya os notifiqué hace un par de días, *madame* de Beauharnais concertó una cita con una sibila llamada Le Normand. Con su visita a esta mujer se convenció de que al aceptar a Bonaparte se aseguraba para sí misma y sus hijos un brillante porvenir. Por éstos, más que por ella, tiene interés en que la boda se realice. No hay más que una cosa que la detenga. *Madame* de Beauharnais es víctima de un chantaje.

— Con motivo, ¿de qué?

— Se trata de un episodio de su vida perteneciente al pasado que ella se niega a revelar. Naturalmente, una vez casada y con dinero a su disposición, teme que la presión del chantajista se acentúe. Esto sería ya bastante malo, pero es que el peligro aumentará cuando ya no disponga de más dinero para efectuar las entregas que le exijan, en cuyo momento su enemigo dará publicidad al asunto.

Barras se encogió de hombros.

— Tal vez esté haciendo una montaña de una nadería. Todo el mundo, incluido Bonaparte, sabe que la vida que ha llevado desde la muerte de su esposo ha distado mucho de ser irreprochable.

— Estamos de acuerdo. Podemos suponer únicamente que el episodio en cuestión no fue, por ejemplo, un amor clandestino, el descubrimiento del cual apenas afectaría a su reputación.

— ¿De qué diablos se tratará entonces?

— A mi juicio los detalles del mismo no han de importarnos. Lo que nos interesa es el temor que abriga de que de hacerse público aquél con posterioridad a su matrimonio, Bonaparte se sentirá tan herido en su *amour propre* que quizás acabe con ella en uno de sus frecuentes arrebatos de ira. De aquí su negativa a aceptarle hasta el instante en que se halle libre de toda preocupación.

— Si nos da la pista del chantajista haré que uno de los agentes más discretos de la Policía se ocupe de él — apuntó Barras frunciendo el ceño —. Lo malo es que ahora disponemos de muy poco tiempo ya.

— Esa pista la tengo ya — repuso Roger serenamente —. Y para nuestro trabajo nos bastarán las horas de esta noche siempre y cuando vos queráis ayudarme.

— ¡Menos mal! ¡Loado sea Dios! Habíais llegado a preocuparme después de haber avivado mis esperanzas. ¿En qué deseáis que os ayude?

— El chantajista es una mujer. Se llama *madame* Rémy. Puesto

que vive en los «docks» portuarios no es posible que sea una persona de posición. Por tanto su desaparición no provocará comentarios. Entregadme una orden para que me acompañen dos o tres guardias, con el fin de proceder a su arresto, y otra dando instrucciones para su inmediata deportación a Cayena.

Barras asintió.

— No vais descaminado. Es lo mejor que podemos hacer. Las fiebres suelen dar buena cuenta allí de los deportados a los pocos meses de su llegada. Y si esa mujer es tan afortunada que logra escapar a ese peligro, de todos modos no podrá volver a Francia.

Poniéndose delante un par de hojas de papel, Barras redactó primeramente la orden de deportación, extendiendo a continuación otra por la que se autorizaba a Roger para hacerse acompañar de unos guardias, elegidos entre aquéllos que prestaban servicio en el Palacio. Al cogerlas, Brook manifestó:

— Hay otra cosa … Joseph Fouché está complicado en el presente asunto. Recordaréis que *madame* de Beauharnais os ha rogado en diferentes ocasiones que le concedieseis un cargo …

— ¡A lo cual me negué rotundamente! — exclamó Barras con el ceño fruncido, interrumpiéndole.

— Ya me lo dijisteis. Pero entonces ignorabais todo esto. Fouché ha actuado como mediador ahora. Con su habitual astucia cuando se trata de pescar en unas aguas revueltas, confiaba primero en lograr un puesto en la Administración estatal, que pensaba utilizar para conseguir una orden de deportación contra el chantajista.

Las comisuras de los labios de Barras se retorcieron en una sonrisa de desprecio.

— ¿Por qué no decir que con su perfidia de costumbre se proponía primero situarse, valiéndose más adelante de su posición para traicionar a esa *madame* Rémy que en fin de cuentas era la que le habría permitido salir de la miseria en que vive hoy?

Roger hizo una mueca de indiferencia.

— Mi declaración es igual que la vuestra y la última empresa que yo me atrevería a acometer sería la de defender la moralidad de Fouché. Pensaba en esa cuestión, simplemente, en los mismos términos que *madame* de Beauharnais cuando intercedió por él ante vos. Mi pregunta es ésta: ¿qué podéis hacer por ese hombre?

— ¿Qué puedo hacer por él? ¡Nada! Ahora que le habéis apartado, disponiéndoos a eliminar también al chantajista, ¿por qué he de hacer algo por él?

— Porque sin su colaboración seguiremos con las manos

atadas. Fue él quien me dio el nombre y las señas de *madame* Rémy. Para corresponder le prometí que haría cuanto estuviese en mi mano por convenceros, para que le dieseis un cargo … en la Policía, preferiblemente.

— ¡En la Policía! ¡Líbreme Dios de tal cosa! Demostraría haber perdido el juicio si le facilitase la ocasión de espiarnos a todos y sorprender nuestros secretos.

— Quizás encajase en las Aduanas o, tal vez, en el Ministerio de Educación. En otro tiempo trabajó como profesor.

— ¡No! ¡Ni hablar! — Barras movió enérgicamente la cabeza, a un lado y a otro —. El Directorio es ya bastante impopular, por muchas razones. Durante el Terror Fouché llegó a ser uno de los hombres más odiados de Francia. Al darle un puesto de importancia se levantaría un clamor unánime de protesta en las dos Cámaras.

— Pues dadle un cargo que no tenga resonancia, algo que no llame la atención de nadie. Nombradle jefe de uno de los Depósitos de la Sección de Abastecimientos; ponedle al frente de una prisión. En la actualidad se dedica a la cría de cerdos para poder subsistir. Consecuentemente, cualquier sitio que le proporcione una renta mensual razonable será aceptado por él como una bendición.

— ¡No! Que siga engordando cerdos. ¡No haré nada por él!

— Yo creo que al rechazarle cometéis un grave error — opinó Roger gravemente —. Ese hombre está muy próximo a la desesperación. Así pues, constituye un peligro para nosotros.

— ¿En qué aspecto? Ahora ya podéis entenderos directamente con el chantajista. Fouché ha actuado sólo en calidad de mediador.

— Aún así ha conseguido sorprender el secreto de *La Belle Créole*. Desde luego, no puede esgrimir ninguna prueba de su falta, tenga ésta el carácter que tenga, pero nada le impediría formular una acusación. Ignoro de qué medios se vale para conseguir actualmente sus informaciones. Ahora bien, hasta sus oídos debe haber llegado el rumor de que ella considera la perspectiva de unirse en matrimonio a Bonaparte. A menos que vos hagáis algo que sirva para hacerle callar correremos el peligro de que, despechado, vaya con el cuento al general. De ser la historia que refiera suficientemente plausible bastará para que el corso desista de su enlace con *madame* de Bauharnais. Todas nuestras molestias, entonces, habrán sido en vano.

— Ya comprendo, ya comprendo … — murmuró Barras cerrando casi los ojos —. Tenéis razón. Planteada así la cosa ese

hombre podría trastornar nuestros planes en el último momento. En modo alguno podemos correr el riesgo de que Bonaparte desista de unirse a nuestra amiga después de haber sido designado comandante en jefe del ejército de Italia. De acuerdo, entonces.

Tomando otra hoja de papel timbrado, Barras escribió unas líneas, firmando al pie del documento, tras lo cual secó la tinta con un poco de arena. A continuación introdujo la cuartilla en un sobre, que selló, entregándoselo a Roger al tiempo que decía:

— ¡Ya está! Esto servirá para que mantenga su boca cerrada. Entregádselo con mis saludos. Cuando hayáis cerrado vuestro trato con la otra persona quisiera que volvierais por aquí, sea lo tarde que sea. Deseo enterarme de que todo ha sido arreglado favorablemente, antes de que el Comité se reúna mañana por la mañana.

Roger extrajo su enjoyado reloj de la faltriquera, echándole un vistazo.

— Son ahora las siete y diez. Si esa mujer se encuentra en su casa no creo que la gestión que me lleva a verla me ocupe más de dos horas. De no ser así es que la estoy esperando. Yo pienso que a lo más tardar estaré de vuelta a medianoche.

En el gran vestíbulo presentó la segunda de las órdenes extendidas por Barras al oficial de guardia. Éste le proporcionó un cabo y tres números, pertenecientes al cuerpo de servicio en el Palacio. Fue llamado un carruaje de alquiler y los cuatro hombres se acomodaron en él. Luego Roger dio al cochero las señas de Fouché. Había decidido verle antes de emprender el viaje al otro lado del río, un desplazamiento más largo.

Apenas habían abandonado las aceras del Palacio cuando Roger advirtió que el cabo, un individuo de mediana edad, provisto de un bigote que recordaba a la morsa, quien dijo apellidarse Peltier, tenía tanto del charlatán como del típico descontento. Ahora que todo el mundo podía hablar de nuevo sin temor a verse perseguido, formulando amargas críticas contra el Gobierno, él se mostraba particularmente disgustado por el giro que habían tomado las cosas.

Según declaró, era «un patriota», habiendo hecho más por su país que éste por él. Había sido uno de los que dirigieran el asalto a la Bastilla, en el jamás olvidado día 14 de julio, ¡habiendo luchado contra la brutal guardia suiza en los Jardines de las Tullerías, en la igualmente gloriosa jornada en que el tirano y su prostituta austríaca fueran hechos prisioneros por el pueblo … No obstante, no había llegado más que a cabo. Y el país iba de mal en

peor. Él y los hombres como él habían vertido su sangre para desembarazar a la patria de los que durante siglos y siglos les explotaran. Durante cierto tiempo todos habían experimentado la impresión de asistir al amanecer de la auténtica libertad. Pero la Revolución estaba siendo traicionada por los egoístas y los especuladores. Éstos apoyaban a la clase predominante de otra época y, lo que era más censurable, imitaban a los miembros de aquélla. Se necesitaba otro Marat que levantara al pueblo ante aquellos indicios de peligro; otro Santerre que capitaneara a los hombres de los suburbios, incitándoles a la lucha contra los reaccionarios.

Roger escuchó aquellas diatribas con alguna impaciencia. No creía probable que aquel hombre hubiese participado en el asalto a la Bastilla. Dudaba incluso de que hubiera llegado a hacer fuego sobre alguien que se hallase en condiciones de defenderse. Era un típico *ex sans-culotte,* para quien la palabra «libertad» significaba el derecho al robo, a la violación y al crimen sin temor a represalias. Seguramente había entrado en la guardia de la Convención para librarse de ser llamado al servicio activo.

El viaje fue breve. Roger mandó parar el carruaje frente a la entrada del callejón en que Fouché vivía. Luego se apeó, acercándose a la casa, a cuya puerta llamó. Le abrió el propio Fouché. Murmurando unas palabras de saludo previamente, Brook le entregó la misiva de Barras, declarando:

— Te traigo esto de parte de Paul Barras, quien me ha encargado también que te salude. Convino en que mereces ser atendido y afirmó asimismo que debe dársete una nueva oportunidad en otro campo, aunque sea menos brillante, para que demuestres tu valía. Por lo menos eso te permitirá decir adiós para siempre a tus cerdos.

Roger le deseó bruscamente que pasara una buena noche y dando la vuelta se encaminó de nuevo hacia el coche.

Hallábase a medio recorrer la distancia que le separaba de éste cuando oyó un grito a sus espaldas. Girando la cabeza vio que Fouché había echado a correr tras él. Por tanto, Brook se detuvo, preguntándole:

— ¿Qué pasa?

— ¿Que qué pasa? — gritó Fouché enseñándole el documento que le acababa de entregar —. ¿A qué viene esto? ¿Quieres decirme el por qué de esta maldita orden? ¿Cómo te atreves a engañarme de esta manera?

— Yo no te he hecho objeto de ningún engaño — contestó

Roger, sorprendido.

Estampando el pie en el suelo con rabia, Fouché acercó el papel a su rostro.

— ¡Tú tenías que saber forzosamente qué era esto! ¡Desde luego, sin lugar a dudas! «Te permitirá decirle adiós a tus cerdos.» Eso es lo que me dijiste. Y que Barras había convenido en que debía dárseme una nueva oportunidad … ¡Una nueva oportunidad! ¡Sí que lo es, en verdad! *¡Oh, Mort Dieu, Mort Dieu!* ¡Malditos seáis los dos!

Roger continuaba mirándole sin comprender, murmurando por toda respuesta:

— No tengo la más leve idea acerca de lo que estás hablando …

— ¡Mi pobre esposa! ¡Mi hijita! — exclamó Fouché con un sollozo —. ¡Como si la vida no nos hubiera tratado ya con bastante rudeza! ¡Y ahora, como colofón, esto!

Repentinamente, el hombre se echó a llorar.

En este momento Roger oyó el rumor de unos pasos a sus espaldas. Enojado, comprobó que el cabo Peltier habíase apeado del carruaje, avanzando pesadamente hacia ellos.

— Volved al coche, cabo — le dijo a aquél secamente —. Esto no es de vuestra incumbencia.

Pero el charlatán no hizo más que detenerse, para declarar con acento truculento:

— ¡Oh, sí! Ese hombre es el ciudadano Fouché. Me pareció reconocer su voz tan pronto la oí. Es un buen elemento, un viejo amigo mío. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué le habéis hecho?

— Le he traído malas noticias, eso es todo — replicó con aspereza Roger —. Y ahora iros …

Fouché mientras tanto había conseguido dominar sus nervios. En el instante en que aquél se secaba los ojos con un pañuelo, el cabo, ignorando la orden de Roger, se dirigió a su amigo:

— ¿Te acuerdas de mí, ciudadano Fouché? Me llamo Jacques Peltier. Estuve en Lyons contigo. ¡Qué tiempos aquéllos!, ¿eh? ¿Te acuerdas de cuando atamos la Biblia a la cola de un burro y estuvimos alimentándole con hostias consagradas? ¿Y cuando obligamos a las monjas a bailar la Carmañola? ¡Qué noche pasamos con algunas de las novicias! Aquéllos eran los buenos tiempos. No había nadie que le tosiera a un buen patriota. Tienes que acordarte de mí … Jacques Peltier.

— Sí — contestó Fouché con voz ahogada —. Sí, ciudadano Peltier, te recuerdo. Pero ahora estoy discutiendo con este hombre

un asunto personal, de modo que haz el favor de dejarnos solos.

— Está bien, está bien — murmuró el cabo encogiéndose de hombros —. Aunque a mí no me gusta ver que alguien abusa de un viejo amigo. Y el poder de estos elegantes que nos mandan ahora tiene un límite.

Esta última observación, evidentemente, había sido dirigida a Roger, quien se volvió inmediatamente, diciéndole en el tono glacial que tan bien sabía usar en ciertas ocasiones:

— Si no refrenáis vuestra lengua, cabo, pondré esto en conocimiento del ciudadano Director Barras, cosa que os podría costar el uniforme, por lo menos. Y ahora, ¡iros de una vez!

Acobardado por el tono autoritario que Brook imprimiera a sus palabras, el hombre se alejó lentamente, murmurando todavía. Mirando a Fouché, Roger añadió:

— No puedo perder tiempo, pero si tienes alguna queja que formular lo mejor será que entremos en tu casa. No quiero quedarme aquí, sabiendo que ese zoquete y sus hombres nos están oyendo.

Sin responder, Fouché echó a andar hacia la entrada de la vivienda, penetrando poco después en su modesto cuarto de estar. Roger le siguió y cuando los dos estuvieron frente a la mesa inquirió:

— Bueno, ¿a qué viene todo este alboroto?

— Pero …, ¿cómo tienes el valor de preguntármelo? ¡Demasiado sabes de qué se trata! — repuso Fouché verdaderamente irritado.

— ¡Te he dicho que no sé nada!

— ¡Toma, entonces! ¡Lee ese papel!

Fouché arrojó con furia el documento sobre la mesa.

Roger lo cogió, leyéndolo rápidamente. Era un escrito oficial, por supuesto, siendo su texto el siguiente:

ORDEN DE DESTIERRO

Al ciudadano Joseph Fouché.

Al recibo de este documento el ciudadano arriba mencionado abandonará París, concediéndosele un plazo de veinticuatro horas con tal fin. Se le prohíbe alojarse en cualquier casa situada a menos de veinte leguas de la capital y también regresar a ésta con un pretexto u otro sin un permiso extendido por el que suscribe.

Asimismo, se le prohíbe por razón de Estado ponerse en comunicación, por cualquier medio, con la ciudadana Josephine de Beauharnais, el ciudadano general Bonaparte o la ciudadana

Rémy.

De desobedecer una u otra de las prohibiciones citadas será condenado a deportación perpetua.

PAUL BARRAS,
Por el Directorio.

Repentinamente, Roger comenzó a reír. Parecíale increíble que Fouché, el campeón de los intrigantes y tramposos, hubiese sido engañado de aquella manera. Ni siquiera a él se le habría ocurrido el truco de la expresada orden para anular a aquel individuo. Y todo por un resto de decencia. Pero Barras, no hallándose comprometido por ninguna promesa, había dado al pícaro lo que se merecía.

— Bien — manifestó Roger, rebosante de gozo —. Le pedí a Barras algo que sirviera para quitarte de en medio, para que no supusieras un obstáculo. Verdaderamente no se le habría podido ocurrir otro procedimiento más expeditivo.

— ¡Te propusiste buscarme la ruina entonces! — gritó Fouché apretando los dientes, loco de rabia.

— ¡No, no! Yo fui fiel a mi palabra. En primer lugar le pedí un puesto para ti en la Policía; luego solicité que te colocara en cualquier departamento. De aquello no quiso ni oír hablar. A continuación, me parece que de mala gana, me entregó este papel.

— Si eso es cierto aún puedes salvarme. Ve a ver de nuevo a Barras y ruégale que anule esta orden.

— No. Barras no es hombre que se vuelva atrás una vez toma una decisión.

— Lo hará si eres tú quien se lo pide. Insisto en que hagas esa gestión. Tú me prometiste conseguirme un puesto en la Administración, aunque fuese de poca importancia.

— ¡Yo no te prometí nada! — Roger había acabado por enojarse también —. Lo único que hice fue asegurarte que haría cuanto estuviera en mi mano para favorecerte. Barras decidió dar este paso sin mi conocimiento y debo decirte con franqueza que encuentro su proceder en este caso muy adecuado a las circunstancias. Tú estás en condiciones de buscarle la ruina a *madame* de Beauharnais y a sus dos hijos. Utilizaste ese poder sin el menor escrúpulo, esforzándote exclusivamente por favorecer tus intereses. De haberte salido con la tuya te habrías vuelto contra *madame* Rémy, que te ha usado como agente, ordenando su deportación a Cayena. Es justo que hayas resultado víctima de tus propias maquinaciones. ¡Por supuesto! Y de haberme hallado en la

piel de Barras yo no te hubiera condenado al destierro sino a la deportación.

— Ahora te manifiestas realmente tal cual eres — gritó Fouché temblando de rabia —. Después de lo que acabas de decir, ¿quién no creería que has tenido intervención en esto?

— Puedes creer lo que se te antoje ya que tu opinión me importa un bledo — declaró Roger rotundamente —. He tenido que utilizarte para que sirvieras mis propios fines y ahora me encuentro encantado de poder librarme de ti. No en balde pienso que eres la persona más vil y despreciable que uno podría hallar en todo París.

— Y eso lo dice un tramposo, un embustero como tú — apuntó Fouché —. Al parecer te olvidas de que no estoy solo, de que me he asociado con algunas personas en otro asunto. Por eso quieres que me deporten. Así, cuando llegue la ocasión, serás tú quien se lleve la suprema recompensa. Pero intenta engañarme por lo que al pequeño Capeto respecta y correrás peor suerte de la que supone ser enviado a Cayena.

— ¡El pequeño Capeto! — Roger dejó oír una risa amarga y burlona a un tiempo —. ¡Oh! Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que anduve pensando en el chico. No cuentes ya con rehacer tu fortuna a costa de él. El muchacho murió.

— ¿Que murió …? — inquirió jadeante Fouché —. ¡No es posible que estés diciendo la verdad! ¡Tú estás mintiendo de nuevo!

— Te digo que murió. Hace más de un año, por otra parte. De él me valí para manejarte a mi capricho. Compré tu silencio a cambio de una paternidad teórica sin valor, que además me propusiste tú.

— Entonces … entonces he mantenido en secreto tu verdadera identidad todos estos meses para nada …

— Es el premio que merece la doblez con que trataste a tus colegas y la traición de que hiciste objeto a tu país.

La blanca máscara que era la faz de Fouché en aquellos momentos se cubrió de rojo. Los ojos, hundidos en aquel rostro que recordaba el de una calavera, parecían estar a punto de saltar. Daba la impresión de ir a sufrir de un momento a otro un ataque. Pero, al hablar de nuevo, su voz tenía un acento siniestro …

— Veo que has sido inteligente. Demasiado inteligente, *míster* Brook. Al lograr este insignificante triunfo sobre mí te has desprendido de tu armadura. Puesto que ya no espero ganar nada manteniendo tu identidad en secreto, ¿por qué continuar

adoptando la misma actitud? Dentro de unas horas estarás en la cárcel, maldito espía.

Roger le correspondió con un despreciativo gesto.

— Hubo un tiempo en que pudiste proceder así, de haber jugado tus cartas con tal propósito. Pero al denunciarme con tanto retraso no lograrías beneficiarte en nada. Gracias a tí he tenido tiempo de sobras para volver a establecerme sólidamente donde yo quería, encajando los retazos de mi historia personal en las mentes de los hombres que a mí me interesaban. Mi educación inglesa, mi llegada a Bretaña muy joven, mi empleo como secretario del señor Rochambeau, el duelo con Caylus, mi regreso a París en calidad de corresponsal periodístico de ciertos periódicos ingleses, mi vida como miembro de la Comuna de París, el episodio de mi captura por los británicos después del 9 Termidor … Todas esas cosas han sido correctamente ensambladas. Hay mucha gente que podría testificar algunos de esos hechos. También podrías formular una acusación contra Barras o Bonaparte. El resultado sería el mismo: nadie te creería. Todo variaría de contar tú con un testigo que apoyara tus palabras. Pero no dispones de él. Sería tu palabra contra la mía … Dadas nuestras respectivas situaciones, ¿a quién de los dos crees que concederían más crédito?

En la faz de Roger había un gesto de cínica seguridad. Fouché se acobardó visiblemente. Dándose una palmada en la frente gritó:

— ¡Ah, si pudiera contar con ese imprescindible testigo! ¡Ah, si volviera a recuperar mi poder de otro tiempo, aunque sólo fuese por una hora!

— De haberlo usado con un espíritu menos maligno no lo habrías perdido nunca — replicó Roger rápidamente. Luego, señalando la Orden de Destierro, que seguía sobre la mesa, remachó su obra con otro golpe antes de dar la vuelta con objeto de abandonar la habitación —: Prueba a denunciarme, si quieres. En tu decisión no verán los demás otra cosa que el patético esfuerzo de un hombre medio trastornado, que se empeña en vengarse de mí porque le traje ese escrito.

Cuando cruzaba el pequeño vestíbulo, Fouché, excitado a más no poder, cogió una botella vacía que había encima de la mesa por el cuello, aproximándose a Roger por la espalda.

Pero éste conocía demasiado bien al otro para no andar prevenido. En realidad había estado esperando aquel arranque. Dando la vuelta, saltó hacia atrás, sacando la fina hoja de acero de su bastón-espada. La punta de aquélla se apoyó en el pecho de Fouché, a la altura de su corazón.

— ¡Quieto! — Roger habló en voz baja pero en tono amenazador —. ¡Tira esa botella al suelo o te atravesaré de parte a parte, con menos pesar que si tuviera delante de mí uno de tus cerdos!

Lanzando una maldición, Fouché obedeció. Luego, casi llorando de rabia, chilló:

— ¡Al diablo contigo! ¡Aún te llevó alguna ventaja! Pronto lo verás.

Roger tocó con su acero uno de los hombros del otro.

— Intenta lo que quieras contra mí, si ese es tu deseo. Pero lo mejor que puedes hacer es ausentarte de París cuanto antes. Mañana por la mañana enviaré a la Policía aquí para ver si has cumplimentado la orden de Barras.

Roger se había calmado ya. En fin de cuentas era él quien salía mejor parado de aquel encuentro. No sentía el menor remordimiento por haber llevado a Fouché una Orden de Destierro en lugar del esperado nombramiento oficial. Tampoco estaba resentido con Barras por haberse valido de aquella treta para impedir que Fouché amenazara sus planes con relación al asunto del enlace de Bonaparte con Josephine de Beauharnais. Por el contrario, sentíase muy complacido.

Su actitud habría sido muy distinta de haber sospechado la jugarreta que el destino estaba a punto de hacerle. En efecto, media hora después, apenas, Roger Brook se encontraría en un grave aprieto …

Capítulo XXVII

EL GATO SE SALE DE LA TALEGA

Al cabo de un cuarto de hora el carruaje llegaba al final del Quai de la Grève, donde, entre los dos puentes, se veía una hilera de edificios en mal estado. Incluso a la luz del día era aquélla una zona de la ciudad poco grata a la vista, máxime por su proximidad a los muelles y al Arrabal de St. Antoine, un barrio saturado de gentes miserables, del que habían salido las multitudes más sanguinarias para entregarse al saqueo y al crimen durante los días más críticos de la Revolución. En aquellos instantes, a la incierta luz del atardecer, con su maloliente atmósfera, sus oscuras y retorcidas callejas parecían ocultar una amenaza en cada esquina.

Pero Roger estaba habituado a cuidar de sí mismo y su única preocupación de momento se centraba en la posibilidad de no dar con el domicilio de *madame* Rémy. Mientras el coche avanzaba, lentamente, resbalando a veces sobre los redondos guijarros del pavimento, Brook miraba por las ventanillas. Fijándose en la trémula luz de una linterna, encima de una puerta, desde donde llegaban a él apagados sonidos de cantos entonados por roncas gargantas, consiguió dar con el tabernucho de que Fouché le hablara.

Una vez se hubo detenido el coche se apeó, advirtiendo al cabo Peltier y a sus hombres que bajo ningún pretexto se marcharan de allí. Tenían que esperar a que él reclamara sus servicios para entrar en acción. Luego se dispuso a penetrar en la morada de *madame* Rémy. Tratábase de un edificio elevado pese a contar solamente con dos pisos. Divisó un ventanal extraordinariamente amplio, construido quizá por el último inquilino del piso, un artista, animado del propósito de disfrutar de buena luz. Al otro lado de los cristales se adivinaban unas cortinas. A Roger le

pareció un buen indicio la débil claridad que se filtraba entre ellas. Indudablemente, *madame* Rémy se encontraba en casa. Poco después llamaba con el puño de su bastón-espada en la puerta de la vivienda.

Oyó en seguida el rumor de unos pasos sobre los listones de madera del piso. En el umbral quedó plantada la figura de una mujer. Como los únicos detalles que acerca de la chantajista poseía Roger se reducían al hecho de ser la misma hermana de un mulato que había sido criada como esclava en el hogar de los padres de Josephine, aquél había esperado encontrarse con una negra de mediana edad, francamente obesa, como suele ocurrir con todas las mujeres de esa raza al dejar atrás la juventud. Pero la luz del portal, aunque no permitía ver muy bien, le reveló una figura femenina alta y de airosas proporciones, sorprendentemente juvenil para lo que él había esperado hallar. Así pues, un tanto vacilante, inquirió:

— ¿Sois vos la ciudadana Rémy?

— Sí — replicó ella en tono alegre, que implicaba una sonrisa —. Sois afortunado al encontrarme sola. Pero, entrad y tomaremos un vaso de vino. Después me diréis quién os ha dado mi dirección.

Aquélla era, evidentemente, la invitación de una ramera a un cliente enviado, según las suposiciones de ésta, por uno de sus mediadores. Sonriente también, aunque por diferente motivo, Roger se dijo que aquella mujer no tenía la más leve idea sobre la sorpresa que le aguardaba. Brook la siguió, apreciando de un rápido vistazo la disposición del cuarto principal de la casa, que ocultaba, visto desde la calle, una cortina confeccionada con una tela muy burda.

Dos tercios de la vivienda habían sido sacrificados a la idea de formar un estudio espacioso. Había una escalera estrecha y empinada, al nivel del tabique divisor. Otra puerta daba acceso probablemente a un dormitorio desde el cual se dominaba el río. Pero, al parecer, *madame* Rémy no utilizaba aquella pieza para despachar a sus clientes, ya que en un rincón del estudio, ante una pequeña estufa de carbón de piedra, había una amplia cama cubierta de cojines. En las inmediaciones descubrió Roger una mesa, sobre la cual dos velas, fijadas por su base a las bocas de un par de botellas, se mantenían encendidas. En el gran apartamento no había otros muebles que una silla, una cómoda de roble y un espejo …

Moviendo sus caderas provocativamente, la mujer se encaminó al lecho. Debió ésta ver en aquel instante la figura de Roger

reflejada en el espejo, pues volviéndose, con un dulce acento criollo dijo:

— Por estas calles no es frecuente ver un caballero de vuestro porte. Pero os prometo que no os arrepentiréis de haber venido. Una chica de las Indias Occidentales puede enseñar a un francés cosas que ignora. Y tal vez seáis vos el hombre que he estado esperando para que me instale en un sitio mejor.

Al acabar de pronunciar estas palabras ella se volvió, haciendo una pequeña reverencia. Fue al levantar la cabeza con una sonrisa en los labios cuando experimentó la gran sorpresa. Pero Roger se llevó también la suya al encontrarse con Lucette frente a frente.

Su encuentro en París era algo tan inesperado por ambas partes que no se habían llegado a reconocer por la voz. Únicamente al aproximarse a las velas habían podido observar con claridad sus rostros … Por la expresión de éstos se apreciaba que no abrigaban ninguna duda en cuanto a sus respectivas identidades.

— ¡Vos!

En la exclamación de Lucette se adivinaba el odio y el miedo. Inmediatamente su mano se hundió en una abertura de la falda. De un modo simultáneo se agachó. Al incorporarse llevaba en aquella mano un largo puñal. Lo acababa de extraer de la parte superior de una de sus medias, a la cual habíalo llevado sujeto por la liga hasta aquel momento. Sus oscuros ojos llameaban. Levantando el brazo, Lucette se arrojó sobre Roger como una tigresa.

Sin desplazarse una pulgada del punto en que se encontraba, Brook tiró de la empuñadura de su bastón-espada, parando así la acometida. El puñal de la mulata había buscado su garganta … A continución propinó a aquélla un fuerte golpe en la barbilla. Con un gemido, Lucette cayó de espaldas sobre el lecho. Dejando a un lado su acero, Roger saltó sobre ella, retorciéndole la muñeca. Lucette dio un grito de dolor. Sus dedos se extendieron y el arma cayó al suelo, tintineando, siendo recogida por Brook, quien se la guardó en una de las cañas de sus botas. Inmediatamente éste dijo:

— Estamos en paz. Te acordarás de que meses atrás me derribaste también, hallándonos en el interior de aquel camarote de la *Circe*. Entonces yo apenas si tenía fuerzas para mantenerme de pie sin ayuda de nadie.

— ¡Me acuerdo de eso y de mucho más! — exclamó ella jadeante, esforzándose por incorporarse —. Es difícil que me olvidara de ti habiéndome hecho tanto daño. ¡Tú me has traído siempre mala suerte! Antes de conocerte era feliz y libre. Luego

todo ha marchado mal para mí. Tú fuiste quien mató a de Senlac; tú fuiste quien quebró aquella hermandad en la que yo mandaba como una reina. Después quise establecerme, poniéndome al frente de una respetable casa en St. Pierre. Llegaste allí y mandaste que me encarcelaran …

— Hubiera ordenado que te colgaran de no haber huido al día siguiente de arrestarte.

La faz de Lucette se nubló al fruncir ésta el ceño.

— ¿Qué quieres decir? Tú eras allí el Gobernador y a mí me dijeron que te habían llamado desde Inglaterra.

— Eso expliqué a los que estaban más próximos a mí. Sin embargo, les mentí.

Roger había empleado bien los últimos minutos. Pensaba que no era probable que Lucette lograra causarle algún daño. No obstante, demostraría obrar con prudencia si le refería alguna historia que explicara su presencia en París. Lo más lógico era proceder a efectuar sobre la marcha una nueva versión de la utilizada en otras situaciones. En consecuencia, con una risita, prosiguió diciendo:

— A causa de la fluidez con que hablo el francés tienes que haber pensado que nací en este país. Esto no es cierto, ya que pasé los primeros años de mi vida en Inglaterra. Sin embargo, me considero francés de corazón. He servido durante mucho tiempo a la República en secreto y planeaba un gran golpe al permitir que Víctor Hugues volviera a apoderarse de Martinica. Pero éste me avisó de que nuestra conjura estaba a punto de descubrirse. Escapé como pude de la isla y una vez en Inglaterra contraté los servicios de un buque contrabandista para que me trajera aquí. ¿Qué te sucedió a ti después de mi marcha?

— Al irte tú aquella gente no pudo formular contra mí el cargo de piratería — replicó ella malhumoradamente —. Pero debido a tu denuncia el coronel Penruddock me trató con dureza. Me acusó de haber pretendido explotar contra su voluntad a unas cuantas mujeres, siendo sentenciada a tres meses de prisión. Al salir me hallaba en la ruina. Aquellas lindas perras mulatas que tanto dinero me habían costado habíanse desvanecido como el humo; los esclavos que tomara saquearon la vivienda, tras lo cual huyeron. Sólo quedó el edificio, completamente vacío desde el sótano hasta las traviesas del tejado.

— Así pues, ya sabes por experiencia lo que una persona siente cuando se ve despojada de sus objetos más apreciados.

Los ojos de Lucette brillaron, revelando un odio inmenso.

— ¡Todo eso te lo debo a ti! Y asimismo el estado a que actualmente me veo reducida. Con la venta de la casa me hice del dinero que necesitaba para venir a Francia. Me traía un proyecto que siempre había reservado para una situación apremiante. Pensé que me proporcionaría un ingreso regular. Pero hasta el presente no ha dado resultado. Entretanto, me he visto obligada a ejercer el oficio de ramera entre los obreros del muelle. No había más alternativa que la de morirse de hambre o someterse a las brutalidades de cualquier cerdo borracho capaz de seguirme los pasos por la calle.

Roger asintió.

— A ese proyecto tuyo quería referirme precisamente. Él constituye el motivo de mi visita.

— ¡Cómo! — exclamó Lucette poniéndose en pie de un salto —. Yo creí que tu presencia aquí se debía a la casualidad, que habías sido enviado por uno de los *maquereaux* que se dedican a buscarme clientes y me cobran una comisión por cada uno. Te presentas aquí otra vez en tu papel de gafe, dispuesto a robarme la última oportunidad que se me presenta de pasar una vejez tranquila. Es lo único que ansío ya … He perdido la juventud …

Hasta aquel momento había estado sentada de espaldas a la luz pero al levantarse y volver su rostro hacia aquélla ésta confirmó sus últimas palabras. Del hecho de ser Josephine su hermana de leche Roger dedujo que debían contar más de treinta años. *Madame* de Beauharnais se había conservado notablemente bien. También Lucette, hasta seis meses atrás. Su encarcelamiento y la vida que por aquellos días llevaba habíanla envejecido enormemente. Sus mejillas colgaban lacias; su piel había tomado un color caoba. Veíanse grandes bolsas bajo sus hermosos ojos. Rodeaba el izquierdo un gran morado, algún golpe seguramente que le propinara uno de sus ocasionales amantes.

Conociendo su accidentado pasado, Roger no sintió la menor compasión por ella, limitándose a decir secamente:

— Tu futuro me tiene sin cuidado. Ahora soy un funcionario del Gobierno francés y he venido aquí para llevar a cabo unas indagaciones. Tú has intentado hacer víctima de un chantaje a *madame* de Beauharnais, ¿no es así?

Viéndola vacilar, Brook añadió:

— ¡Vamos, habla! No tengo tiempo que perder. Ahí afuera hay unos hombres que aguardan mis órdenes. Si te niegas a responder a mis preguntas serás encarcelada.

— Te has expresado con mucha rudeza — musitó Lucette

sombríamente —. Marie-Rose Josephine es mi hermana de leche. Ésta me ha hecho pasar innumerables penalidades … Por culpa de ella fui expulsada de la casa de sus padres, convirtiéndome en lo que actualmente soy.

Roger se echó a reír.

— Al parecer te olvidas de que yo conocí esa historia de tus propios labios. Hay otras cosas … De no haber sido por tu mal ejemplo, al echarte un amante, ella no habría llegado nunca a lo que llegó con William de Kay. Pero dejando eso a un lado fuiste tú quien la indujo a aceptar aquella forma de matrimonio que había de ser una maldición en su vida. *Madame* Beauharnais podría formularte así un sinfín de reproches.

— No me guiaba más fin que el de hacerla feliz. Ella tiene que acordarse de eso y de que en la infancia fuimos muy amigas. Marie-Rose es rica y podrá asignarme la pequeña pensión a que aspiro.

— Quizá no te hubiera desamparado de haber recurrido a ella con tal petición. Pero nada de eso figuraba entre tus propósitos. Deseabas sacarle todo el dinero que pudieses, a lo largo de toda su existencia. Por tal motivo, para ocultar tu identidad en el caso de que recurriera a la Policía, te buscaste un intermediario, recayendo tal distinción en el poco escrupuloso ciudadano Fouché.

Lucette dirigió a Roger una mirada que revelaba todo el temor que le inspiraba, inquiriendo en voz baja:

— De modo que estás enterado de todo el asunto, ¿eh?

— Ignoro aún unos cuantos detalles de menor importancia. ¿Por qué escogiste a Fouché como intermediario?

— Esto se debió a un hombre que conocí poco después de desembarcar en Nantes, quien me dijo que el ciudadano Fouché era un astuto *homme d'affaires*, capaz de compartir con quien fuera los beneficios procedentes de una información valiosa. Mi amigo me entregó una carta de presentación para él.

— Perfectamente. Hablemos de negocios, entonces. Haz el favor de entregarme el diario de *madame* de Beauharnais.

— No …, no lo tengo.

— Eso es mentira. Eres demasiado inteligente para habérselo entregado a Fouché. De haber procedido así, tú lo sabes muy bien, aquél te hubiera eliminado definitivamente.

— Te he dicho que no lo tengo.

— Pues, créelo, eso es una verdadera desgracia para ti.

Roger extrajo la Orden de Deportación que llevaba en un bolsillo. Luego se la tendió para que la leyera. A continuación dijo:

— Al encaminarme aquí no se me ocurrió pensar ni por un momento que *madame* Rémy podías ser tú. Pero me había propuesto cerrar un trato con ella. Es lo que haré contigo. Entrégame el diario y anularé esta Orden. Simplemente: sólo te comprometerás a abandonar París mañana por la mañana. Enmendaremos este documento añadiéndole una cláusula, si te parece. Pondremos: «A cumplimentar únicamente en el caso de que la persona citada haya regresado a la capital.» Si te opones llamaré a mis hombres para que te detengan y haré cuanto me sea posible por que dentro de unas horas estés camino de Cayena.

— ¡No! — exclamó Lucette con un violento movimiento de cabeza —. No te saldrás con la tuya. Envíame a Cayena si quieres. Yo no soy como estas delicadas muchachas europeas, que caen allí frecuentemente, con gran facilidad, víctimas de las fiebres. Aunque no sea más que por esta vez he de alegrarme de que por mis venas corra sangre negra. Allí estaré algo peor que aquí pero aún no ando tan escasa de atractivos que no pueda conquistar a uno de mis guardianes, quien, indudablemente, me ayudará a huir.

Al oír estas palabras Roger se sintió algo desalentado. Repentinamente, sus esperanzas de triunfo se desvanecían. No había llegado a pensar en aquello: verdaderamente, para una prostituta mulata, la vida en Cayena no podía ser lo mismo que para una francesa normal. No disponía de otro recurso que la insistencia. Aferrándose a él manifestó:

— Creo que no estimas exactamente los horrores con que te tendrás que enfrentar. Me han dicho que las condiciones en que viajan los deportados son espantosas y que la mayor parte de ellos mueren por el camino. Acepta mi consejo. Elige la fórmula más cómoda. Tu negativa, me imagino, pudiera deberse a la falta de dinero. Si es así no te preocupes. Te entregaré cien luises. Con eso podrás regresar a las Indias y empezar a vivir con cierto desahogo.

Lucette movió de nuevo la cabeza con un gesto de obstinación.

— No. Sé de la doctrina voduista cuanto necesito saber para sobrevivir a las penalidades del viaje. Tengo la seguridad de que al mes de mi llegada a Cayena volveré a recuperar la libertad. Luego me uniré a otra organización de piratas. El diario está a salvo donde se encuentra en la actualidad. Lo he conservado mucho tiempo en mi poder y no voy a renunciar a él así como así. Para mí es como un seguro de vida, una especie de póliza gracias a la cual confío en tener una vejez tranquila.

Roger había pensado ya en amenazarla con la prisión … Pero fuera cual fuera el cargo que formulase contra ella no

permanecería encarcelada de un modo indefinido. Luego, mientras rebuscaba en su mente, intentando hallar con urgencia un recurso que le permitiera dominar la situación, tuvo una idea. Aún tenía en la manga, oculto, un as …

Doblando cuidadosamente el documento, Roger dijo con serenidad:

— Al parecer te has olvidado de una cosa. La piratería es un crimen que se paga con la vida, tanto en Inglaterra como en Francia. Si no me entregas el diario te acusaré de haber ejercido aquélla. Esto aquí puede llevarte a la guillotina.

Lucette abrió la boca, estupefacta comenzando a gritar. Después se abalanzó sobre él, intentando alcanzar con sus largas uñas los ojos de Roger. Éste le propinó un fuerte golpe en el estómago, por efecto del cual retrocedió tambaleándose, cayendo sobre la cama.

— ¡Entrégame el diario si no quieres que te mate, perra! — Dije Roger perdida la paciencia.

Gimoteando, Lucette volvió a ponerse en pie, echando a andar en dirección a la puerta que había al fondo del estudio. Roger la siguió y a la débil luz de la estancia pudo apreciar que aquel cuarto correspondía a la cocina de la casa. Una vez dentro, la mulata rebuscó entre las sombras, saliendo con un hacha de cortar carne en la mano.

Roger no la perdía de vista, por si en el momento menos pensado se volvía para atacarle. Lucette, sin mirarle, se acercó a la parte más baja del techo del estudio, que tenía una pronunciada inclinación, propinando unos cuantos golpes sobre el extremo de una de las traviesas que sostenían aquél. Casi inmediatamente, los largos clavos que mantenían el madero fijo a otro de mayor tamaño fueron aflojándose. El primero presentaba un hueco y en esta cavidad introdujo la mulata una de sus manos para extraer un pequeño libro cuyas pastas eran de piel. Acto seguido se lo entregó.

— Gracias — dijo Roger —. Permíteme que te felicite por haber ideado tal escondite. Ni siquiera de haberme dedicado por espacio de un mes a registrar la casa habría podido dar con el diario. Sí. Aunque la hubiéramos echado abajo no habríamos logrado nada.

Con un encogimiento de hombros, Lucette arrojó el hacha encima de la mesa, tornando a sentarse en el lecho. Entretanto, Roger hojeó el pequeño libro para asegurarse de que era el que

había estado buscando con tanto interés. Constaba el mismo de bastantes páginas, todas ellas cubiertas de una desigual e infantil letra, a excepción de las últimas doce, aproximadamente. En una vio el nombre de William citado por tres veces. El pasaje en cuestión le hizo enarcar las cejas. Era asombroso comprobar de un modo tan práctico hasta qué punto puede mostrarse indiscreta una joven durante los primeros arrebatos de la pasión física, confiando sus sentimientos y experiencias a las páginas de un diario. No era de extrañar que *madame* de Beauharnais desfalleciese ante la idea de que aquél pudiese llegar a poder de un editor sin escrúpulos. No existía ley alguna que prohibiese la publicación de aquel manuscrito, pese a su carácter estrictamente personal. Hallábanse a la venta innumerables libros describiendo todo género de repugnantes obscenidades, sin el menor fondo de autenticidad, las cuales, según se decía, habían sido practicadas por María Antonieta. Dichos libelos habían visto la luz siendo ella reina, viviendo aún en el esplendoroso Versalles.

Guardándose el diario en un bolsillo, Roger se acercó a Lucette, diciéndole:

— Hablemos de ti ahora. ¿Adónde piensas dirigirte mañana por la mañana, cuando abandones París? Estoy dispuesto a ayudarte, proporcionándote el dinero que precises para el viaje.

— Creo que lo mejor es que regrese a las Indias — murmuró la mulata abatida —. No siendo allí la comida un problema y disfrutándose de buen clima la vida resulta más fácil …

— Perfectamente. Me esforzaré por conseguirte un pasaje.

En aquel momento sonaron unos golpes en la puerta.

Lanzando un juramento, Lucette se puso en pie.

— Me figuro que debe ser algún cliente. Voy a abrirle pero le diré que estoy ocupada.

Roger vio cómo cruzaba la estancia, apartando la cortina para correr el pestillo. La puerta se abrió repentinamente. Lanzando un grito de sorpresa, la mulata dio un paso atrás. Oyóse un portazo. Fouché acababa de plantarse ante ellos.

Desenvainando la hoja de su bastón-espada, Roger se enfrentó con el recién llegado.

— De manera que me has seguido, ¿eh? ¿Qué es lo que deseas?

Fouché continuó avanzando hasta la mesa, donde se detuvo. Mirando a Roger con ojos llameantes de furia, contestó jadeante:

— Esperaba que tú tuvieras que recoger todavía, de manos de Barras, la Orden de Deportación de que me hablaste … De haber tenido la suerte de haber podido coger un coche habría llegado

aquí antes que tú.

— Tu paseo no va a servirte de nada — respondió Roger tranquilamente —. Esa Orden se halla ya en mi poder pero no es necesaria.

Los ojos de Fouché se posaron alternativamente en Roger y Lucette, a la que preguntó bruscamente:

— Entonces, ¿es que le has dicho dónde está el diario?

Lucette asintió con un vigoroso movimiento de cabeza.

— Se lo he entregado ya. Discutimos durante unos minutos pero cedí a su demanda hace un momento …

— ¡Necia! ¡Eres una bestia negra, una perra! — gruñó fuera de sí Fouché —. ¿Pero es que no te has dado cuenta aún que de haber seguido guardando el diario nos hubiéramos podido ganar una buena suma de dinero?

— Tú hubieses disfrutado de éste pero no yo — objetó ella con aire retador —. Ese hombre tiene poder suficiente para enviarme a la guillotina y no hubiera vacilado en hacerlo de haberme negado. ¡Lo conozco bien! Es mi enemigo, una persona gafe para mí. De no haber comprado mi vida con el libro hubiese durado bien poco …

— Pero …, ¿es que le conoces?

Roger sintió una repentina punzada a la altura del estómago. Sin embargo, nada podía hacer para impedir las palabras de Lucette.

— ¿Que si le conozco? Casi no lo sé ya. Ahora me ha dicho que es francés, pero me cuesta mucho trabajo creerle al recordar las circunstancias en que le vi por vez primera. Todo el mundo le suponía un caballero inglés … Su esposa era inglesa, al igual que sus amigos y el buque en que viajaban. En Martinica también todos decían al referirse a él *Son Excellence Mister Brook*. Pero a mí me tiene sin cuidado su verdadera identidad. Yo sólo sé que él se alegraría enormemente de verme muerta.

— ¡Ah! — Fouché se volvió hacia Roger, lanzando un grito de triunfo —. ¡Un testigo! ¡El que yo necesitaba para apoyar mi denuncia! *Mort Dieu!* ¡Te estoy viendo ya en la carreta del verdugo!

Roger, incapaz de pensar en un plan para remediar el grave mal que implicaba tal situación, levantó el brazo derecho, atacando con su acero a Fouché desde el lado opuesto de la mesa. Éste retrocedió rápidamente, echando a correr hacia la puerta. En aquel instante, Lucette se interpuso rápidamente en el camino de Brook. Antes de que éste pudiera impedirlo el otro había abierto la puerta, gritando en la oscuridad de la escalera:

— ¡Cabo Peltier! ¡Haz subir a tus hombres! ¡Ciudadanos! ¡Socorro! ¡Rápido! ¡Acudid en mi ayuda!

Esperando todavía ante la perspectiva de asestar a Fouché una estocada que le redujese al silencio para siempre, Roger saltó sobre él. Su adversario continuaba en la entrada, dando gritos, en demanda de ayuda. No obstante, temiendo los ataques de Brook, volvía de vez en cuando la cabeza. La punta del estoque de Roger apuntaba a su garganta. Fouché la esquivó y la punta de aquél se clavó en la jamba de la puerta. El rápido movimiento le había salvado por una fracción de segundo. Habiendo asestado el golpe con todas sus fuerzas, por efecto del impacto, la hoja de acero se quebró. Roger se quedó en la mano tan sólo con el puño del bastón-espada y diez pulgadas de acero. Instantes después Peltier y sus tres hombres apartaban a Fouché para penetrar en el estudio.

Roger se parapetó tras la mesa. No sabía qué hacer en verdad. La única solución era apelar a su autoridad. De momento esto podía salvarle. Así se le presentaría una ocasión que aprovecharía para destruir el diario y quizá consiguiera huir de París antes de que las declaraciones de Fouché y Lucette dieran lugar a que fuese extendida una orden de arresto. Sacándose del bolsillo la Orden de Deportación de la mulata apresuróse a enseñársela a los guardias, gritando:

— ¡Atreveos a ponerme la mano encima y ya veréis! Soy el agente del ciudadano Director Barras. Aquí tenéis este papel. Me habéis acompañado con vuestro cabo al frente para obedecer mis órdenes y yo os mando que arrestéis al ciudadano Fouché y a esta mujer.

Los gritos de Fouché habían atraído a varias personas, las cuales llegaron a subir las escaleras de la casa, tras los guardias. Aquél cerró la puerta con llave para impedirles que pasaran al cuarto. Inmediatamente se plantó en el centro de éste. Su amigo, el cabo, le dirigió una apurada mirada, inquiriendo, presa, evidentemente, de una gran ansiedad:

— ¿Qué ocurre aquí, ciudadano? He visto a este hombre en el momento en que te atacaba. No tiene derecho a conducirse así, aunque sea agente de policía. ¿Qué quieres que hagamos?

— Ignorar sus órdenes y aceptar las mías — replicó Fouché sin vacilar —. La ciudadana Rémy me ha confirmado algo que yo sospechaba desde hace mucho tiempo. Ese hombre es un espía inglés.

— *Sacré bleu!* — exclamó el cabo —. ¡Un espía inglés! Y como me llamo Peltier que es también un aristócrata. Al menos viste y

huele como tal.

— Eso es mentira — le atajó Roger —. Yo no soy una cosa ni otra. Este absurdo cargo se basa en la misión que llevé a cabo en el extranjero, donde permanecí varios meses después del 9 Termidor. Antes de eso fui miembro de la Comuna de París. En la capital hay millares de personas que podrían demostrar mi identidad y atestiguar mi patriotismo.

— Es cierto, es cierto — declaró uno de los guardias, un hombre de rojos cabellos —. Le conozco de vista, de cuando yo trabajaba como mozo de servicio en el club de los jacobinos.

— Sí — apuntó otro, un individuo de fuerte complexión y atezado rostro —. También a mí me pareció reconocerle.

— No hagas caso, Peltier — medió Fouché, nervioso —. Ha actuado como agente de William Pitt desde el principio de la Revolución. Hace años que nos traiciona. Es hijo de un almirante inglés apellidado Brook.

— ¡Mientes! — repuso Roger —. Todo esto es una treta para evitar tu detención.

— Estoy diciendo la verdad y la ciudadana Rémy se halla en condiciones de confirmar mis palabras.

— Efectivamente — corroboró ella volviéndose hacia los soldados —. Ese hombre es un *milord* inglés. El año pasado viajé con él por espacio de un mes en un buque de su país.

— Estás equivocada — dijo Roger con firmeza —. Tengo un primo, Robert MacElfic, que se parece mucho a mí. A ése fue al que tú conociste.

Lucette se echó a reír.

— Esa mentira no te servirá de nada. El ciudadano Fouché tiene razón. Eres un espía inglés. Lo juraría incluso hallándome en mi lecho de muerte.

— ¡Ya ves! — añadió Fouché con aire triunfal —. Ha admitido que tiene parientes ingleses. Y la ciudadana Rémy lo conoció hallándose en el extranjero. ¿Qué necesitas más?

— Ya es suficiente — gruñó Peltier mirando sucesivamente a sus tres hombres —. Bueno, muchachos, ¿vosotros qué decís?

El de los cabellos rojos parecía vacilar pero el de la tez morena declaró:

— Yo creería antes al ciudadano Fouché que a ese individuo.

El tercer guardia bajó la cabeza para denotar que estaba de acuerdo.

Roger, al observar las expresiones de sospecha, ira y odio de aquellos rostros desplegados en semicírculo ante él comprendió

que su situación era desesperada. Si permitía a los guardias que le llevaran a una de las Comisarías de Policía de París, difícilmente impediría que se realizase una investigación a fondo sobre su pasado. La historia que había ido forjando día tras día para justificar sus movimientos no resistiría un examen tan concienzudo.

Sólo unos minutos atrás acababa de decir que Lucette le había confundido con un primo suyo llamado Robert MacElfic. Otro detalle imposible de probar. A las autoridades francesas no les costaría mucho trabajo averiguar que desde el mes de enero hasta el de agosto un tal *mister* Brook había desempeñado el cargo de Gobernador en la isla de Martinica. Un hábil interrogatorio destruiría el edificio que había ido levantando gradualmente. Su vida estaba en juego, pero pese a saberlo Roger no acertaba a escapar de aquel callejón sin salida. No se le ocurrió otra cosa que gritar a los guardias:

— ¡Os digo que esto es un complot tramado contra mí! Este hombre y esta mujer se han puesto de acuerdo. Los dos han sido condenados … Él al destierro; ella a la deportación. No os dejéis convencer por sus mentiras si no queréis sentirlo más tarde. ¡Ordenaré que os arresten a los cuatro!

— No hay nada de eso — insistió Fouché —. Debéis arrestarle a él. De lo contrario nadie podrá volver a consideraros unos auténticos patriotas.

— ¡Vamos, muchachos! — dijo Peltier avanzando un paso —. Llevémosle a la Comisaría de Policía. Allí averiguarán la verdad. Sería capaz de jurar sobre la tumba de mi madre que el ciudadano Fouché tiene toda la razón.

— ¡Alto! — aulló Roger —. Yo represento la ley. El que se atreva a ponerme la mano encima irá a parar a la cárcel.

Viendo que los hombres todavía vacilaban Lucette comenzó a insultarles.

— ¡Adelante, cobardes! ¡Sois cuatro contra uno! ¿Qué es lo que tenéis que temer? Entregadlo a la Policía. ¡Demostraré que es un embustero! ¡Y un ladrón! Vino aquí a robarme un libro que ahora guarda en uno de sus bolsillos.

Esta última acusación acabó por inclinar la balanza … Sólo era necesario ya un grito de Fouché para lanzarlos a la acción. Y éste dijo entonces:

— ¡Me hago responsable de esto! ¡Sujetadle!

Roger comprendió que se había desvanecido su esperanza de

salvarse mediante la discusión o las amenazas. Enfrentábase con un dilema. Si no se rendía tendría que recurrir a la violencia. Lo primero significaba ciertamente la pérdida del diario … y de su vida. Fouché haría lo imposible por apoderarse de aquél. La violencia le ofrecía una posibilidad de salvación entre mil en contra. En el momento en que los hombres se le acercaban cogió la mesa por los bordes, volcándola.

Las dos botellas se estrellaron contra el suelo. Las velas continuaron alumbrando unos segundos la estancia, apagándose después. También había caído sobre las desnudas tablas del pavimento el hacha que Lucette utilizara para despejar el extremo de la viga en que escondiera el diario. Cayó precisamente sobre uno de los pies de la mulata, que dio un grito de dolor. Roger se hallaba de espaldas a la estufa. El carbón de piedra no daba llama sino un apagado destello, solamente. Así pues, la espaciosa habitación se encontraba ahora casi a oscuras.

Roger sintió la tentación de echar a correr hacia la puerta, en busca de la calle, pero por el sitio en que se encontraba habíanse apostado Fouché, Peltier y dos de los guardias. Sabía que jamás conseguiría abrirse paso entre ellos. Por el otro lado vio a Lucette y el tercer guardia. Lanzóse decididamente contra los dos. La palma de su mano derecha entró en contacto violentamente con el pecho del hombre, obligándole a retroceder. Con la izquierda no logró alcanzar a la mulata porque ésta se había agachado para coger el hacha con el último parpadeo de una de las velas.

Roger logró alcanzar las escaleras. A sus espaldas oyó voces y maldiciones de muy distinta índole, formuladas por varios de los componentes del excitado grupo. De repente cruzó una zona en sombras que le ocultó de sus perseguidores. También él los perdió de vista momentáneamente y hasta dejó de ver las escaleras. Pero había calculado bien su distancia y dirección. Extendiendo una mano se aferró a la desvencijada barandilla. Bajó los escalones de tres en tres, hasta llegar al pequeño descansillo. Frenéticamente buscó a tientas el pomo de la puerta que había allí, sin lograr encontrarlo. Fueron aquellos treinta segundos los más angustiosos de su vida …

A juzgar por el rumor de pasos que llegaba a sus oídos sus enemigos sabían hacia dónde había girado. Como una jauría de perros de presa, tropezando unos con otros en la oscuridad, encaminábanse a las escaleras. Lucette, mejor conocedora del lugar que los demás, fue la primera en llegar a aquéllas. Enarbolando el hacha, estuvo a punto de pisarle los talones a

Roger. Éste percibió el apresurado cli-clac de sus pasos hallándose ocupado todavía con la búsqueda del pomo de la puerta. Por fin su mano se agarró firmemente a ésta, quedando abierta la misma.

Había allí un cuarto de techo muy bajo, con dos ventanas desprovistas de cortinas. La luna acababa de salir. Su pálida luz convertía a las dos ventanas en un par de rectángulos de plata, los cuales radiaban suficiente claridad. Con todo, Roger y Lucette no podían verse los rostros. Contemplaban mutuamente sus siluetas. Él observó que se disponía a asestarle un golpe mortal al levantar la mano con que sostenía el hacha. Echándose a un lado en el instante en que ésta descendía sobre su cabeza extendió ambos brazos para alcanzar el cuerpo de la mulata. En el limitado espacio del descansillo aquel frenético ademán se transformó en un terrible empujón. Lucette retrocedió vacilando … Luego se oyó el crujido de las maderas al quebrarse. La vieja barandilla había cedido bajo su peso. Con un grito de horror, Lucette cayó de espaldas, percibiéndose el sordo golpe de su cuerpo al estrellarse contra el suelo, más abajo.

Esto suponía para Roger sólo un breve respiro. Tras la mulata apareció el guardia del rostro moreno. Dada su estatura, muy corta, en aquel momento su cabeza se hallaba a la altura del pecho de Roger, por encontrarse además con los pies posados dos escalones más abajo. El recién llegado se disponía a atacar a Brook cuando éste levantó la pierna derecha, encajándole la punta de su bota en la barbilla. El hombre echó la cabeza violentamente hacia atrás. Por un momento pareció que sus ojos iban a salírsele de las órbitas. Derrumbóse en silencio, rodando escaleras abajo, arrastrando con él a los que le seguían.

Nuevamente el aire se saturó de denuestos. Roger había logrado una pequeña ventaja sobre sus enemigos. Entonces penetró en el cuarto, cerrando la puerta a sus espaldas. Vio esperanzado que ésta contaba con una buena cerradura. Pensó, sin embargo, que dado el estado de aquélla no resistiría más que unas cuantas acometidas. Luego miró a su alrededor, comprobando que la habitación se hallaba vacía.

Por completo, porque ni siquiera contaba con ningún mueble. Pero eso le tenía sin cuidado. Recordó que el edificio daba por su parte posterior al Sena. Las ventanas podían quedar a una altura de treinta pies sobre el río. Había pasado por situaciones más apuradas que aquélla y era un buen nadador. Animado por la perspectiva de ponerse a salvo por fin se acercó a una de las aberturas. Al otro lado vio el centelleo de millares de luces,

parpadeando sobre las fachadas de las construcciones de la isla S. Louis. No obstante, ahora su corazón pareció cesar de latir por un segundo. La ventana tenía una verja de hierro …

Acababa apenas de hacer este descubrimiento cuando oyó unos golpes en la puerta. Haciendo una profunda inspiración, aproximóse a la otra ventana. También ésta contaba con su verja correspondiente. La habitación, al parecer, había sido utilizada en otro tiempo para encerrar a alguien. Se asomó al exterior, afirmándose en el marco de la ventana. Más abajo brillaba el agua débilmente. Ésta bañaba, sin duda, los cimientos del edificio. En sus suaves ondas se reflejaba la pálida luz de la luna. La altura era escasa y el problema, por consiguiente, radicaba en el obstáculo insuperable de la verja. Los barrotes de la misma eran finos pero se hallaban firmemente asentados en el marco, como pudo comprobar. Haciendo un supremo esfuerzo logró moverlos un poco, desplazándolos levemente de sus alojamientos. Pero nada más … Luego intentó doblarlos a un lado y a otro, por el centro, para que dejaran un espacio por el que pudiera introducir la cabeza primero y el cuerpo después. Todo fue inútil. Los barrotes estaban demasiado juntos.

Entretanto seguía oyendo golpes en la puerta. La cerradura y los goznes continuaban resistiendo las acometidas de los que se encontraban fuera, pero los paneles superiores comenzaban a rajarse. Unos de sus perseguidores había encontrado el hacha utilizada por Lucette. Otro dejaba caer periódicamente, de un modo acompasado, con fuerza, la culata de su mosquete, sobre las maderas. Desesperadamente, Roger miró a su alrededor, tratando de hallar algo con que levantar los extremos de los barrotes. En un rincón del cuarto había una pequeña chimenea con su guardafuegos. Pensó entonces en valerse de éste para golpear la verja de una de las ventanas. Sufrió otra terrible decepción. Aquél se hallaba fijado sólidamente al piso de la chimenea.

Finalmente, la parte superior de la puerta cedió. Al observar la amarillenta luz que penetraba por la abertura Roger se dijo que al recoger al hombre que él derribara sus compañeros debían haber encontrado los trozos de vela tirados en el piso del estudio, volviendo a encenderlos. Brook contemplaba inquieto la gran tronera de la puerta, que se agrandaba progresivamente. Por último asomó por ella la culata de un mosquete, oyendo entonces Roger la ronca voz de Peltier ordenando al guardia que manejaba el arma que se retirase. Poco después divisaba un brazo y una roja

cabellera. La mano de aquel individuo buscó a tientas la cerradura. La puerta quedó abierta. Peltier y los dos guardias que le quedaban penetraron en el cuarto seguidos de Fouché.

— ¡Ya le tenemos! — gritó el cabo, jadeante, a causa de sus esfuerzos —. ¡Ah! Poco trabajo podrá darnos ya. Ha dejado medio muerto a uno de los nuestros. En los buenos tiempos sabíamos castigar ejemplarmente a los aristócratas que se comportaban de esa manera.

Roger se sentía verdaderamente asustado. La voz de Peltier, sus palabras incluso, le recordaban algunas de las terribles escenas que se viera obligado a presenciar durante los días del Terror. Adivinaba en él al *sans-culotte* lanzado a la caza del hombre, ansioso de sangre …

— ¿Qué dices tú, ciudadano? — inquirió Peltier mirando a Fouché —. ¿Le pego un tiro?

La mirada de Roger se detuvo también en aquél. En aquella faz cadavérica, más pálida ahora que nunca, no vio la menor huella de piedad. Reflejaba únicamente una indiferencia absoluta. Le agradaría, desde luego, presenciar la escena de la muerte de su adversario. A la pregunta del cabo correspondió con una débil sonrisa y un ligero encogimiento de hombros.

Aquello era suficiente para Peltier. Con estudiada lentitud amartilló su mosquete.

— ¡Detén a ese hombre! — gritó Roger —. ¡Detenlo!

Pero Fouché no hizo el menor movimiento. Los dos guardias parecían contemplarle hipnotizados.

Roger había tirado lo que le quedara de su bastón-espada un segundo antes de haber asido la mesa para volcarla. De pronto se acordó de que en la caña de una de sus botas se ocultaba aún el puñal que arrebatara a Lucette. En el momento en que Peltier levantaba el mosquete para apuntar él se agachó, empuñando aquél. Carecía de experiencia en el arte de arrojar el cuchillo pero no vaciló en emprender aquella acción, proponiéndose alcanzar al cabo en la cabeza.

En su rápido vuelo el estilete giró no más de una vez y media. Demasiado tarde para que Peltier intentara esquivarlo agachándose. El mosquete, levantado, acariciando por uno de sus lados la barbilla del cabo, constituía un estorbo. Roger tuvo suerte. El puño de la daga se estrelló contra el ojo izquierdo de su atacante, dejándoselo destrozado.

Dando un aullido de angustia el hombre dejó caer su mosquete al suelo. El proyectil se incrustó en una de las destrozadas paredes

del cuarto. Tras la humareda de la descarga Roger vio al cabo llevándose ambas manos al ensangrentado rostro. Retrocedió tambaleándose …

La cara de Fouché cambió radicalmente de expresión. Evidentemente, estaba disgustado. El ansia de matar que sentía el ex *sans-culotte* no había servido para zanjar definitivamente aquella cuestión. Volviéndose rápidamente a uno de los guardias inquirió:

— ¿Está su mosquete cargado?

— Sí, ciudadano — fue la réplica del otro —. Me ocupé de eso una vez dejamos a nuestro camarada herido en la cama.

— Pues dámelo — Fouché cogió el arma de manos del guardia, sin dejar de hablar —. Coge ahora el mosquete de tu cabo. Acomodad a éste en el coche. Luego os apostaréis junto a la puerta de la casa. En el caso de que el inglés se me escapara no vaciléis en hacer fuego sobre él.

Unos segundos después los dos guardias se llevaban a Peltier. Fouché preparó el mosquete, diciendo a Roger con una voz en la que no se advertía el menor acento emocional:

— Habría preferido que fuera ese hombre quien te matase … Indudablemente no se me ofrece otra alternativa que la de meterte una bala en la cabeza.

— Tendrás que justificarte, si lo haces.

— ¡Bah! — una sonrisa de desprecio floreció en los pálidos labios de Fouché —. De haberte matado en mi casa habría tenido que dar algunas explicaciones … Aquí la cosa cambia. Ha habido una riña. Dos guardias de los que prestan servicios al Directorio han resultado gravemente heridos. Un mosquete ha quedado descargado; el otro puede descargarse de un instante a otro, en un momento de excitación. Tú eres un espía inglés. Después de ser arrestado intentaste escapar. ¿Qué cosa tan sencilla, eh? Piensa en la serie de complicaciones que así me ahorro.

La frente de Roger se cubrió de sudor. Aquél apretó los puños, con tanta fuerza que las uñas se hundieron en las palmas de sus manos. Fouché comenzó a hablar de nuevo. Apoyando la culata del arma en su pecho inquirió con cínica cortesía:

— Voy a perforarte la cabeza de un balazo. ¿O prefieres que sea el corazón?

Encontrábase Fouché a unos diez pasos de Brook. Éste, de haberse abalanzado de pronto sobre él, no habría logrado nada. Pero Roger había estado reflexionando … Aún le quedaba una

carta por jugar. Sacándose del bolsillo el diario de Josephine asomó el brazo por la ventana que tenía al lado …

— Dispara sobre mí si quieres, pero no creo que incurras en semejante tontería. En cuanto yo caiga muerto el diario se hundirá en las aguas del río, perdiéndose para siempre. Hace unos minutos maldecías a *madame* Rémy por haberse rendido a mis exigencias. Le dijiste que de haber conservado el libro los dos habríais tenido ocasión de haceros de dinero gracias a él. Sé lo que estabas pensando. Era esto: por el hecho de ser mulata ella sobreviviría a la deportación. Eliminados los dos por orden de Barras, *madame* de Beauharnais se creería a salvo, no oponiéndose ya a contraer matrimonio con el general. Tienes razón. Barras se halla muy interesado en que se lleve a efecto ese enlace. No pondrá ningún inconveniente. Yo tampoco … Esto tiene que estar claro para ti puesto que yo he estado trabajando en tal sentido. De poseer entonces el diario todavía no tendrás que hacer otra cosa que mostrarte paciente. Celebrado el matrimonio informas al general Bonaparte acerca del contenido del diario, amenazándole con su publicación. Para impedir que ocurra esto estará dispuesto a pagarte lo que quieras.

Roger tenía la seguridad de que, más o menos, Fouché debía haber pensado lo mismo que él. Sin embargo, ¿aceptaría la jugada? El diario carecía de valor para él a menos que Josephine se casara con Bonaparte sin exigir la devolución del mismo para proceder a su destrucción. ¿Le bastaría con la palabra de Barras de que ella no tenía ya nada que temer? Tal vez, no, se dijo Roger. Pero en esta oferta radicaba la única posibilidad de salvar su vida, una vida pendiente ahora de un cabello, según pudo deducir de la expresión del rostro de Fouché.

La codicia era uno de los defectos más característicos de aquél … Y la codicia pudo más que nada. Fouché parpadeó, inquiriendo:

— ¿Qué condiciones me fijaréis para la entrega del diario?

Roger suspiró.

— Te lo daría a cambio de mi vida y mi libertad.

— A cambio de tu vida, sí, pero no de tu libertad. Si eres tan inteligente que puedes librarte de los cargos que formulemos contra ti la ciudadana Rémy y yo, santo y bueno. He aquí la oportunidad que te ofrezco a cambio de lo que me propones para intentar algún fruto del diario. No hay más.

— Eso significa para mí sólo un breve respiro. No es suficiente.

— No hay más — repitió Fouché —. Entrégame el diario y te llevaré a la Comisaría de Policía. Niégate y te mataré ahora

mismo.

Roger pensó que Fouché no hablaba por hablar. Era un amargo trago el acto de proceder a la entrega del comprometedor manuscrito. Pero no podía pagar más que así, de querer salvar la vida.

— Perfectamente — respondió —. Descarga el mosquete y arroja el cartucho al suelo.

Como Fouché vacilara, añadió:

— Vamos, vamos. No me creerás tan necio como para exponerme a que me mates después de haber recuperado el diario, ¿verdad? Y aún te queda la posibilidad de utilizar esa arma como si fuera una tranca. En cambio, yo, si te atacara, habría de enfrentarme con los dos guardias apostados en la puerta, que acudirían inmediatamente al oír tus gritos.

— Si descargo el mosquete, ¿aceptarás el venir conmigo hasta la comisaría sin armar ningún alboroto?

— Tienes que confiar en mi palabra. Ése es un riesgo ineludible para ti. Como yo he dicho, tú cuentas con dos hombres armados, a las que puedes utilizar como escolta.

Sin pronunciar una palabra más, Fouché descargó el mosquete, arrojando al suelo el cartucho. Roger retiró el brazo de la ventana y aproximándose a su enemigo le entregó el precioso diario. En lugar de encaminarse a la puerta, Roger declaró:

— Ten la amabilidad de precederme. No quiero exponerme a que me golpees en la cabeza con la culata del mosquete mientras bajo las escaleras.

Con una leve sonrisa, Fouché repuso:

— Te agradezco la cortesía. Ahora bien, desconfiando de ti en la misma medida, tampoco yo quiero exponerme a que me ataques por la espalda. En consecuencia, tú esperarás en el descansillo hasta que yo haya alcanzado el peldaño último de la escalera.

Roger asintió. Fouché comenzó a descender por aquélla. Ya abajo, se detuvo de pronto, contemplando algo que Roger no podía ver desde donde se hallaba. Luego éste echó a andar y en cierto momento sus ojos se posaron en *aquéllo* que el otro miraba obstinadamente. Era el cuerpo de Lucette.

Seguía donde había caído, con el cuello grotescamente torcido. Estaba muerta, por supuesto. Roger se acordó de la profecía a que en cierta ocasión se refiriera ella misma catorce meses antes. Habíanle anunciado que moriría a consecuencia de una caída …

Los dos a un tiempo levantaron la vista, apartándola del

cadáver de Lucette. Miráronse fijamente. Comprendían las consecuencias de aquel hecho. Fouché acababa de perder a su precioso testigo. Roger podía jurar ahora, sin temor a ser contradecido por ella, que al formular su denuncia ante los guardias habíale confundido con Robert MacElfic, un personaje que sólo existía en su imaginación …

Roger sintió de pronto una alegría inmensa. Al parecer, aquel giro inesperado de los acontecimientos le ponía a salvo de todo peligro. Luego … Aquello fue como una ducha de agua fría para su alborozo. Entonces repasó la situación serenamente. El destino le había sustraído a Fouché la carta decisiva. Pero aún le quedaban otras muchas que jugar: el diario y dos hombres armados, que hasta aquel momento habían acatado sus órdenes.

Roger se dijo que sólo podría salvarse intentando explotar el revés sufrido por su enemigo. Haciendo un gran esfuerzo logró imprimir a su voz un acento de triunfo.

— ¡Te he ganado por la mano, Fouché! Devuélveme el diario.

— ¡Ni hablar! — exclamó el otro —. Prepárate, porque voy a enviarte al infierno.

— Si te niegas llamaré a esos dos hombres, quienes te obligarán a entregármelo.

El asombro dejó mudo a Fouché momentáneamente. Luego replicó:

— ¡Soy yo quien va a llamarlos! Haré cuanto sea posible para que te quiten de enmedio de una vez.

Esto era precisamente lo que Roger había temido. Sabiendo que no podía protegerse más que formulando amenazas que produjeran el efecto de que era él quien dominaba la situación, soltó una forzada risita antes de decir:

— No pretendas engañarte a ti mismo, Fouché. Esos guardias podían haber disparado sobre mí a sangre fría mientras el cabo Peltier se hallaba al frente de ellos, pero ahora no accederán a poner en peligro sus cabezas por cometer un asesinato a tus órdenes. Únicamente aceptarán acompañarme hasta la comisaría, cosa a la que no pienso negarme. Y, ¿sabes por qué? Naturalmente, que lo sabes.

Fouché parpadeó.

— Tú crees que como *madame* Rémy ha muerto ya no tienes que temer nada de mí. Sin embargo, estás muy equivocado.

— Esos soldados no pueden acusarme de nada a excepción de que he atacado a dos camaradas suyos que se negaron a obedecer

mis órdenes, hallándome legalmente autorizado para mandarles. Si deseas acusarme de algo más habrás de acompañarme.

— ¡Sí que iré contigo! Aún sin disponer de testigos, al afirmar que eres un espía inglés la policía iniciará una investigación. Son muchas las cosas que de ésta pueden salir. Pequeños detalles de los que ya no te acuerdas. Estoy convencido de que con un poco de suerte serás declarado culpable.

Los músculos de Roger se pusieron en tensión. Sabía muy bien el peligro que corría de suceder aquéllo. Pero a la luz de las velas su rostro continuaba siendo una sonriente máscara. Seguidamente hizo un gesto de indiferencia.

— Ya hemos discutido antes este extremo. Si todo se reduce a palabras, ya veremos quién pronunciará las que han de ser aceptadas. La cosa ofrece pocas dudas. ¿No te das cuenta de que en cuanto pises la comisaría serás arrestado? ¿No ves que marchas camino de la prisión?

— Tu amenaza carece de fundamento. No puedes acusarme de ningún crimen. Faltan aún muchas horas para que amanezca. Sé perfectamente que estoy expuesto al arresto si no abandono la ciudad mañana, pero aún me queda un amplio margen de tiempo para saldar este asunto.

Por la parte superior de uno de los bolsillos de Fouché asomaba un papel. De éste colgaban unos menudos fragmentos de cera, procedentes del sello recientemente roto. Roger se fijó en él, juzgando que se trataba de la orden de destierro. Soltando una carcajada dijo:

— ¿Es posible que ya no te acuerdes de las condiciones especificadas en el documento que te entregué hace menos de una hora?

— Aquéllas no afectan a mis actos de esta noche — declaró Fouché con voz ronca —. No entran en vigor hasta mañana por la mañana.

— Exceptúa una — remachó Roger, burlón —. Es aquélla que reza que la orden de destierro se transformará en orden de deportación si intentas ponerte en contacto con determinadas personas como *madame* Rémy. Esos hombres de ahí fuera y yo somos testigos de que te presentaste espontáneamente en su casa, ésta. Así pues, es muy probable que vayas a parar a Cayena.

Fouché daba la impresión ahora de hallarse acobardado. Bajando los ojos extendió los brazos ante él, como si quisiera alejar un diabólico espectro. Roger supo entonces que le tenía ya a su merced, apresurándose a formular su ultimátum:

— Callaré. Pero esto tiene un precio, desde luego. Si no quieres proporcionarme el placer de verte tirado en el fondo de la bodega de un buque en compañía de otros granujas como tú entrégame ahora mismo el diario y prométeme que antes de que amanezca habrás salido de París.

EPÍLOGO

— ¿Qué sucedió después, Roger?

Georgina tenía las mejillas encendidas a causa de su emoción. Era ya tarde y la joven no vestía otras ropas que un amplio camisón que realzaba la esbeltez de su figura. Habíase arrodillado sobre el sofá, estrechándose contra Roger. El fuego de la chimenea arrojaba una rojiza y trémula luz. Cerca de ellos había una mesita y encima de ésta un cubo con hielo, por cuya parte superior asomaba el cuello de una botella de champaña. Junto al mismo se veían varios platos, ya vacíos, con restos de la cena, y una bandejita con fresas, procedentes de los invernaderos de Stillwaters. Corrían los días de mediados de abril. Roger había regresado tan solo el día anterior. Éste hacía dos horas que hablaba. Habíale descrito el París de la época posterior al Terror, contándole los incidentes de su última misión en la capital de Francia.

— Queda ya poco que contar — replicó con una sonrisa —. Una vez hube convencido a Fouché de que los dos guardias no obedecerían su indicación de disparar sobre mí a sangre fría le tuve a mi merced. Tras entregarme el diario les dijo a aquéllos delante de mí que todo había sido un terrible error, que Lucette le había engañado. Por supuesto, yo no era un espía inglés ni nada parecido.

»Aquella misma noche, el 5 de marzo, llevé el diaro a Josephine. Luego le dije a Barras que la había librado para siempre del chantajista. En el transcurso de la jornada siguiente el Directorio nombró comandante en jefe del ejército de Italia a Bonaparte. El día 9 éste se casó con Josephine. Tras una luna de miel que no duró más que dos días él se fue a Niza para tomar el mando de las tropas, llevándose consigo en calidad de ayuda de campo al joven Eugène de Beauharnais.

— Así pues, nos has salvado de la invasión.

— Yo no diría tanto. Son muchas las cosas que podían haber pasado en el ánimo de los miembros del Directorio para pronunciarse en contra de esa empresa. Y si el temor a Bonaparte les hubiera inducido a dejarle actuar es probable que aquél hubiese sido derrotado, impidiéndole nuestra flota que llegase a desembarcar. Puede afirmarse, a mi juicio, que yo hice abortar el proyecto. Y la advertencia no ha caído en saco roto … Esta mañana, después de informar al primer ministro, éste me ha dicho que va a dictar medidas para que sean incrementadas nuestras defensas costeras. Reforzará las milicias ciudadanas y quizás instale en ciertos lugares estratégicos torres de observación que servirán también como fortines en caso de necesidad.

— Ahora, habiéndose desvanecido la amenaza, tales medidas no serán ya necesarias.

— Estas cosas requieren tiempo siempre … En realidad eso es lo que he comprado para Inglaterra. No obstante, no estoy muy seguro de no haber pagado un precio demasiado elevado por él al ayudar a Bonaparte para que se convirtiera en el jefe del ejército de Italia. Al norte de la península hay muchas ciudades ricas y yo sé que el general las considera en conjunto una especie de «arca del tesoro» de Europa. El Gobierno Revolucionario no tiene escrúpulos en lo tocante a los derechos de los propietarios y no se anda con rodeos para imponer toda clase de tasas, multas y requisas en los territorios conquistados. De ser la campaña emprendida por Bonaparte un éxito, como sin duda va a ser, de acuerdo con los informes primeros llegados aquí, estará en disposición de enviar muchísimo dinero a París, proveyendo de fondos a la exhausta hacienda francesa, con lo cual pondrá al país en condiciones de prolongar la guerra. En tal caso, quizá tengamos que hacer frente a una invasión planeada por Bonaparte a su regreso de Italia.

— Creo que eres excesivamente pesimista, querido Roger. Pero aunque tengas razón … Gracias a ti nos encontraremos preparados para resistir. Y hay una cosa de la que estoy absolutamente segura. Frente al dilema optaste por hacer aquello que más convenía a los intereses de tu patria.

— Ojalá que a la larga resulte eso así — contestó él volviendo a llenar sus copas de champaña —. Brindaremos por que sea todo como tú has dicho.

Tras una breve pausa, ella inquirió:

— ¿Y qué habrá sido de Fouché?

— No tengo la más ligera idea. Tuvo que abandonar París, desde luego. Sin embargo, se llevó consigo dinero suficiente para adquirir una casita de campo. Probablemente se encuentre en estos momentos en alguna parte de su país, limpiando las pocilgas de su granja.

— ¿No dijiste que andaba arruinado?

— Pues sí … Estaba muy mal de dinero — Roger vaciló —. Pero le di los cien luises que me había echado al bolsillo para quitar de enmedio a *madame* Rémy.

— ¿Que le diste cien luises? — inquirió Georgina asombrada, poniéndose de pie —. Roger, ¡seguramente no te encontrabas bien de la cabeza!

El joven se echó a reír, cogiéndola del brazo.

— No tiene nada de particular que así fuera. En el continente a los ingleses nos juzgan locos. Pero yo creo que hay mucho que hablar sobre nuestra manera de hacer las cosas. Nunca me he apiadado de mi enemigo en tanto éste se ha hallado en condiciones de luchar … Ese pobre diablo había quedado eliminado.

— Quizá. Pero tú me acabas de decir que Fouché es el tipo más despreciable y traidor que has podido conocer a lo largo de tu vida. ¿Qué es lo que te indujo a dar dinero a ese villano?

— Bien … Yo nunca me habría hecho del nombre y las señas de la chantajista de no haberme confiado él tales datos, a cambio de los cuales Fouché esperaba obtener alguna recompensa. Además, a mi entender Barras le hizo víctima de una sucia jugada. Un nuevo detalle: en su perturbada mente hay una chispa, un destello de humanidad. Siente por su feísima esposa y sus hijos auténtica devoción. Se deduce por el modo de referirse a ellos, por el pesar que siente al recordar los duros años que le esperan, las amarguras vividas … En tales ocasiones, sólo en éstas, se nota en su voz un acento de sinceridad inconfundible. Yo seré un necio pero no quise que por mi culpa esa familia se muriera de hambre.

— ¡Oh, Roger, querido! — los ojos de Georgina se llenaron de lágrimas en el momento de besarle en la mejilla —. Eres un sentimental.

— Nada de eso — respondió él riendo —. Dime que tengo sentido de la realidad. Fouché es un hombre inteligente. Descuida que no pasará toda su vida cuidando cerdos. Antes o después logrará encumbrarse y en este momento tal vez volvamos a encontrarnos. — El tono de Roger era de broma. Pero eso no quería decir que subestimara las cualidades de su enemigo.

(Diecinueve años más tarde, tras la batalla de Waterloo, el emperador Napoleón abandonó París por última vez … obedeciendo una orden firmada por Joseph Fouché.)

— Explícame ahora, Roger, por qué te quedaste en Francia seis semanas más después de haber alcanzado el objetivo propuesto.

— Me pareció una buena táctica la de fortalecer mi posición allí antes de emprender el regreso. Recordarás que para justificar mi anterior partida de la capital francesa fui explicando a todo el mundo que me iba al sur por razones de salud, añadiendo a mi regreso que había adquirido una finca en las inmediaciones de Fréjus. El día en que Bonaparte se fue al sur yo me marché también … Desde la Revolución se pueden adquirir casas magníficas situadas a alguna distancia de los centros de población pagando muy poco por ellas. Mi propiedad es espléndida. Tiene tanto de granja como de castillo y desde las terrazas se divisa la bahía, en la cual se encuentra una aldehuela llamada St. Raphael. Pocos sitios resultarán más deliciosos que aquél en los meses de invierno. Abrigo la ilusión de que cuando haya vuelto todo a la normalidad, tú, Georgina, seas la primera persona que reciba allí en calidad de huésped.

— La perspectiva me encanta. Me gustaría estar allí ya. Mas a juzgar por lo que me has contado la paz queda aún muy lejos.

— No opino yo igual. Francia e Inglaterra la necesitan. Y William Pitt la desea con ardor … Entretanto, yo volveré a mi finca ocasionalmente. Gracias a ella dispondré de un pretexto para ausentarme de París cada vez que me convenga regresar aquí.

— Entonces te propones continuar trabajando en secreto para Inglaterra, ¿no?

Roger esbozó una sonrisa.

— Sí. La primera vez que intenté abandonar esa vida, a raíz de mi matrimonio con Amanda, pese a lo enamorado que estaba de ella, hallé mi existencia sedentaria muy monótona. La segunda prueba que realicé, cuando nuestro viaje a las Indias, resultó extenuante. París se ha convertido en el centro de la iniquidad humana, pero al menos la gente de allí vuelve a adquirir la costumbre de lavarse. Y de ser capturado no me atrevo a imaginar que Barras fuese capaz de arrojarme a un estanque lleno de cocodrilos. El riesgo que corro es razonable y sirve para añadir un poco de sal a la vida. En consecuencia, no abrigo por ahora el propósito de convertirme en un respetable padre de familia.

Georgina suspiró.

— ¡Pobre Clarissa! Pese a su poca suerte llegué a pensar que

aún hubiera una esperanza para ella.

Conteniéndose, Roger preguntó con la mayor naturalidad que le fue posible:

— ¿Quién te metió esa idea en la cabeza?

— ¡No seas tonto, Roger! — exclamó Georgina riendo —. Pero, ¿es que no tienes ojos en la cara? Esa muchacha está enamorada de ti. Cualquiera puede verlo. Lástima que no tenga dinero. Es una criatura adorable y haría una excelente esposa.

— Sí, en efecto, es muy atractiva. En cuanto a lo del dinero … Eso no me preocupa. Tengo treinta mil libras en mi cuenta corriente en la actualidad. Lo que sucede es que no abrigo la menor intención de volver a contraer matrimonio.

— Debes hacerlo, Roger. Has de pensar en tu hijita. Tienes que encontrar una madre para ella.

— Hablemos de ti. De acuerdo con tu argumento, ¿por qué no te molestas en buscar a mi ahijado un padre?

— Quizá lo haga algún día. Pero de momento no. Hay tiempo. Los niños, mientras no dejan de serlo, necesitan el cariño de una mujer. Tu pequeña Susan me tendrá a mí y se criará al lado de mi Charles hasta que tú digas basta. Pero para Susan lo mejor sería crecer en su propio hogar, donde su padre sería algo más que un visitante bien acogido. Por favor, Roger. Si la falta de dinero no es ninguna objeción piensa en Clarissa.

Él guardó silencio un momento. Luego se echó a reír.

— ¿Recuerdas qué fue lo que ocurrió la última vez que tratamos del tema del matrimonio?

Ahora Georgina le acompañó en sus risas.

— Sí. Hicimos un pacto. Tú te casarías con Amanda y yo con mi conde. Eso fue lo que acordamos. A continuación dormimos juntos.

Roger hizo una cómica mueca.

— Si la gente supiera esto nos juzgaría dos personas auténticamente perversas.

— Sin embargo, no lo somos, Roger. Estamos atados por un lazo más fuerte que el del matrimonio. Juntos, tenemos la suerte de gozar de algo que no abunda. En nuestro amor siempre ha habido alegría. Somos como dos mariposas que se unen en un día del verano, recreándonos en nuestras formas y colores, preciados dones que los dioses nos han concedido, entregándonos despreocupadamente a nuestros juegos.

— Tienes razón, cariño — murmuró él —. Y nuestros encuentros han sido muy espaciados desde el invierno del 88. Creo

que los meses que pasé contigo entonces fueron los más felices de mi vida. Fue una tragedia que aquello se cortase de pronto, con motivo del terrible asunto subsiguiente a la inesperada llegada de Humphrey aquí.

— Ésa no fue la causa de nuestra separación. Habíamos tenido ya nuestra primera riña. Yo te había rogado que te quedaras en Stillwaters, dedicado a amarme toda la primavera.

— Sí, pero aquello había pasado ya. Y yo me habría quedado de no haber intervenido el destino.

Otra pausa más, que rompió ella.

— ¿Tienes que regresar a París pronto?

Roger denegó moviendo la cabeza ligeramente.

— No. Poco es lo que puede hacer allí en tanto no se produzca un cambio en la situación política.

Georgina volvió el rostro hacia él. Sus rojos labios estaban húmedos y le brillaban de un modo extraño los ojos.

— Una vez más nos encontramos en Stillwaters, Roger — susurró —. Y corren los días del mes de abril todavía …

Los azules ojos de Roger se volvieron alegres hacia los de Georgina, grandes, oscuros, inmensamente bellos … A manera de respuesta, el joven musitó:

— ¡Qué bondadosos son los dioses con nosotros al ofrecernos la oportunidad que antaño nos arrebataron! Yo no acierto a pensar en nada capaz de superar la dicha inmensa de permanecer a tu lado amándote a lo largo de toda la primavera …

FIN

(1) Mazmorra, calabozo subterráneo. (*N. del T.*)